CRISTINA PRADA

LA NOCHE QUE ENCENDIMOS NUEVA YORK



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Playlist

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

Epílogo

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

La noche que encendimos Nueva York

Cristina Prada

Click
EDICIONES

Playlist

The Two Lips. *In Every Lifetime*
Raye. *Where Is My Husband!*
The Weeknd, JENNIE y Lily-Rose Depp. *One of the Girls*
Florence + The Machine. *Never Let Me Go*
Jonas Brothers. *Waffle House*
The Wombats. *Greek Tragedy*
Macklemore & Ryan Lewis (con la colaboración de Ray Dalton). *Can't Hold Us*
Conan Gray. *Overdrive*
Alex Warren. *Save You a Seat*
Billie Eilish. *When the Party's Over*
Lady Gaga. *Always Remember Us This Way*
Birdy. *Wings*
SYML. *Where's My Love?*
LISA (con la colaboración de Rosalía). *New Woman*
Harry Styles. *Ever Since New York*
Billie Eilish. *Ocean Eyes*
Damiano David. *The First Time*
Sombr. *Back to Be Friends*
Harry Styles. *American Girls*
Nick Jonas. *Jealous*
Saint Rene. *By My Side*
ZAYN. Sideways
Taylor Swift. *Karma*
Elton John. *The Bitch Is Back*
Tate McRae. *Greedy*
LAUV. *Steal the Show*
Ornella Vanoni. *L'appuntamento*

Ornella Vanoni. *Ti voglio*
Toto Cutugno. *L'italiano*
El Profesor, HUGEL. *Bella ciao – HUGEL Remix*
Lucio Battisti. *Il tempo di morire*
Raffaella Carrà. *Rumore*
Marco Mengoni. *Due vite*
Clementino. *La cosa più bella che ho*
The 1975. *About You*

1

Eden

El aire de Nueva York a las dos de la mañana es el humo de un Marlboro, perfume caro y sonrisas transformadas en respiraciones entrecortadas junto al callejón de un bar.

Salimos del club con la música todavía vibrándome en el pecho y el sabor de un spritz en los labios. Adoro la perfecta sensación de haberme reído muchísimo.

Mi hermana Val entrelaza su brazo izquierdo con el mío. El derecho ya lo lleva unido al de nuestra amiga Mellow. Precisamente, ella dice algo y las tres volvemos a romper a reír.

—Cuidado con los adoquines.

Alexander Vandervilt.

Ha pronunciado esa frase con la voz ronca, seria, casi condescendiente. Exactamente como es él. El gran CEO del Vandervilt Group. El hombre más poderoso de la Gran Manzana con tan solo treinta años; bueno, en realidad lleva siéndolo desde que asumió la presidencia del coloso empresarial a los veintiséis.

Aunque para mí es solo Alex. Lo conozco desde... siempre. Los Vandervilt y mi familia, los Lockhart, llevan manteniendo una estrecha relación desde generaciones. Mis padres y sus padres son muy buenos amigos, igual que nuestros abuelos lo eran.

—No te resbales, mocosa —añade.

Porque así es exactamente cómo me ve, también desde siempre. Da igual que ya tenga veinticuatro años, para él sigo siendo la cría de doce que llevaba trenzas y lo seguía a todas partes como un cachorrito.

Odio que me llame así. Él lo sabe de sobra. Soy una adulta funcional y no hay ningún motivo para que continúe tratándome como a una niña.

Silencio culpable.

Bueno, puede que haya uno. Algo minúsculo e insignificante, una nota a pie de página sin ninguna importancia... Llevo enamorada de él, básicamente, desde que entendí que podías enamorarte de alguien. Que quede claro, no van a hacerme una serie en Netflix. No soy una acosadora ni tampoco una heroína romántica de las de Jane Austen. Es solo una realidad más sobre mí. Llevo colada por Alex más de una década.

Gira suavemente la cabeza y sus ojos gris acero me buscan por encima de su hombro. Parecen fríos, a veces los son, pero solo tienes que fijarte un poco para encontrar esa chispa de calidez, esa sensación de que son instinto puro, porque el poderoso Alexander Vandervilt esconde un animal salvaje en su interior.

Mis ojos color chocolate se dejan atrapar y por un momento nos miramos. Él, asegurándose de que estoy entera; yo, disfrutando de lo guapísimo que es. En la escala «Hombres alucinantes» está en el nivel supremo, superando ampliamente los escalones de portada de revista *Squire*, anuncio de colonia cara y potencial modelo de bóxers en fotos en blanco y negro. El pelo castaño oscuro, una cara de ensueño y ese cuerpo cincelado para el placer y el pecado, siempre envuelto en trajes de corte italiano y a medida porque los Vandervilt no tienen dinero, son el dinero.

Alexander devuelve su vista al frente y continúa charlando con otro miembro de nuestra pequeña e indisoluble pandilla, Ted, pero yo tardo un instante más, observando lo mezquinamente bien que le queda el traje negro y la camisa del mismo color, sin corbata, con los primeros botones desabrochados.

—Deja de mirarlo así —me riñe divertida mi hermana en un susurro, conteniéndose por no sonreír.

—Así, ¿cómo? —me hago la inocente.

—Como si estuvieras a punto de tatuarte «Propiedad de los Vandervilt» en el culo —responde Mellow, que claramente ha bebido un par de gin tonics de más.

La miro mal, pero también estoy a punto de sonreír. La verdad es que la broma ha tenido gracia. Así que pierdo un poco de autoridad.

—Déjala en paz —interviene Val.

—Sé lo que quiero —contesto encogiéndome de hombros—. ¿Qué hay de malo en eso?

Que estoy un pelín enamorada no es precisamente un secreto. Valerie y Mellow lo saben y Ted también... y Alexander... ¡Es complicado! Con diez años pensaba que todo lo que tenías que hacer para tener un novio era ir hasta el chico en cuestión y decirle que te parecía muy mono y que querías ser su novia. El Alexander de dieciséis años me miró y respondió: «Piérdete, mocosa».

Estamos a unos pasos del cruce de la 14 con Irving Place cuando Ted se baja de la acera para cruzar; todos lo seguimos. Sin embargo, por mi mala suerte, o quizá por el destino cruel e infame que no hace que Ryan Gosling venga a buscarme para que nos fuguemos a una isla desierta, cuando pongo el pie en el asfalto, un taxi aparece no sé de dónde y da un frenazo a punto de atropellarme. El conductor tarda algo así como una milésima de segundo en asomar la cabeza por la ventanilla y empezar a gritar cosas en checo.

—*Dávej si pozor, kam jdes* —«Mira por dónde vas»—. *Pokud nemuzte jít pesky, vezmete si taxi* —«Si no sabes caminar, píllate un taxi.»

Yo lo miro muy mal.

—*Aby? Takse jsi uvnitr, kdyz nekoho prejedes?* —«¿Para qué? ¿Para estar dentro cuando atropelles a alguien?», respondo.

Sí, sé hablar checo. ¿A que molo?

El chófer me mira aún peor.

—*Nevis, jak ridit* —«No sabes conducir», sentencio.

Y entonces lo siento, aunque no llegue a verlo. A Alexander Vandervilt, parado a mi espalda. Me giro para certificarlo. Tiene las manos en las caderas, haciendo que la chaqueta se le abra de esa manera tan amenazante y atractiva, y se humedece el labio inferior con la mirada sobre mí, en esa pose de profesor cabreado que, para mi desgracia, es aún más sexy que el hecho de la chaqueta en sí.

—¿Qué? —protesto—. Ha empezado él.

Alex le hace un gesto de cabeza al taxista para que se largue, que naturalmente obedece y me hace poner, un poquito, los ojos en blanco porque todo el mundo obedece a Alexander y no tiene nada que ver con que sea un Vandervilt ni con el dinero o el poder, es esa aura que siempre lo envuelve. Él no ordena, él comanda legiones enteras.

Vuelve a mirarme un segundo antes de hacerlo a ambos lados de la calle para asegurarse de que es seguro cambiar de acera.

—Mueve el culo, mocosa —me ordena.

Lo fulmino con la mirada.

—Tengo veinticuatro años —le recuerdo cruzándome de brazos sin moverme un centímetro—. No te necesito para atravesar la calle.

—Y, sin embargo, aquí estoy —replica mordaz, engreído y obscenamente seguro de sí mismo. Es una mezcla muy irritante—, teniendo que hacer de niñero por ti.

—Nadie te lo ha pedido —replico insolente.

Le encanta quejarse de que siempre tiene que cuidar de mí, pero lo cierto es que nadie le ha dicho nunca que lo haga, porque mis padres, mi hermana, el estado de Nueva York, entienden que soy una persona adulta y no lo necesito.

—Lo haces porque eres un obseso del control.

Total y absolutamente.

—Tengo que hacerlo —me recuerda dando un paso hacia mí y clavando esos espectaculares ojos gris oscuro en los míos. Dios, es como un CEO todopoderoso con un Kayce Dutton dentro— porque eres una cría incapaz de cuidar de sí misma.

Odio que me llame cría, que me vea así.

—Tengo veinticuatro años —repito.

—Lo he oído, igual que las trescientas veces anteriores, y eso no cambia nada.

—¿Todo el mundo que cumple treinta se vuelve un gruñón insoportable como tú? —pregunto fingiendo una genuina curiosidad científica—. Ah, no —añado como si cayese en la cuenta de algo—, pero si tú llevas siéndolo toda la vida.

La comisura de sus labios se eleva casi imperceptiblemente en el inicio de una sonrisa. Siempre me ha dado la sensación de que le

gusta fastidiarme, aunque obviamente eso es imposible.

—Todos los puestos de incansables rayos de sol incapaces de velar por su seguridad te los quedaste tú —contesta.

—Por supuesto, soy adorable —afirmo sin dudar, quedándome solo con la parte de la frase que me interesa—. Cuando quieras, puedo enseñarte un par de lecciones para no acabar siendo el viejo ermitaño que vive en la mansión de los Vandervilt. Vas a asustar a un montón de niños.

Un paso más. Se inclina sobre mí y el corazón empieza a latirme muy deprisa.

—¿Quién te ha dicho que ese no es mi plan dorado de jubilación?

Aprieto los dientes guardándome las ganas de asesinarlo y también de sonreír porque lo cierto es que su sentido del humor me hace gracia.

—No te preocupes. Prometo extender los primeros rumores.

He de reconocer que tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no quedarme mirándolo embobada, pero consigo empezar a andar, no porque él lo quiera, sino porque lo quiero yo.

No tardo en sentir sus pasos detrás de mí y mi cuerpo vuelve a revolucionarse. Es su olor, la manera en la que me mira o incluso cómo camina, aunque ahora ni siquiera pueda verlo, porque puedo imaginarlo. Lo hace como si fuera el dueño del mundo y al mismo tiempo estuviese preparado para meterse en cualquier pelea y ganarla. No he conocido a un hombre más masculino jamás.

Apenas tardamos unos minutos, sin tener que volver a cruzar ninguna acera, en llegar al siguiente club completamente de moda. La cola se extiende a lo largo de dos manzanas y cada persona en ella está deseando entrar y darlo todo.

Nos acercamos a la entrada principal, uno de los porteros reconoce inmediatamente a Alexander y aparta el cordón negro para hacerse a un lado y abrirnos paso.

—Señor Vandervilt —lo saluda.

Él asiente en el mismo segundo en el que su teléfono empieza a sonar. Todos entramos y lo dejamos atendiendo la llamada. Son las dos de la mañana, pero la verdad es que no es raro. El Vandervilt Group es un imponente conglomerado de empresas y, aunque su

fuerza mayor está en los astilleros, toca muchos sectores y muchas de sus compañías están repartidas por los cinco continentes. No es de extrañar que reciba llamadas de trabajo incluso de madrugada.

También podría ser una chica y yo también podría decir que odio a muerte esa posibilidad, pero me he acostumbrado a vivir con la idea. No me queda otra. Nosotros no estamos juntos. No somos nada. Y él tiene pinta de saber follar como para servir de inspiración a unas diez canciones de The Weeknd. Sería un poco absurdo esperar que se entregase al celibato. Así que digamos que, como con mi realidad de chica enamorada, estoy en paz con su realidad de ser un hombre activo sexualmente.

—Voy a buscarnos unas copas. Necesito gasolina —comenta Ted dirigiéndose a la barra—. ¡Nos vemos en el reservado, señoritas! —grita para hacerse oír por encima de la música.

—Baño —me avisa Val cogiéndome del antebrazo para llamar mi atención.

—Yo también —añade Mellow moviendo las caderas rápido de lado indicando claramente su imperiosidad necesidad de hacer un pis.

—¿Vienes? —me pregunta mi hermana.

No tengo ganas. Y con la cantidad de gente que hay en el local, la cola para usar el baño promete ser épica.

—No. Nos vemos en el reservado.

Ellas asienten y en cuestión de segundos desaparecen entre los centenares de personas que abarrotan la pista de baile. Miro a mi alrededor. Está claro que yo también voy a tener que cruzarla si quiero llegar a donde hemos quedado. Solo he estado una vez en este club, pero recuerdo que están al fondo.

Doy los primeros pasos. *Where Is My Husband!*, de Raye, suena a todo volumen y la gente está entregadísima, cantando a pleno pulmón y bailando. Avanzar un metro resulta un mundo. Es divertido, incluso sonrío, pero a la vez es un poco frustrante. Puede que tenga que quedarme a vivir aquí. Por suerte me sé casi todas las canciones de moda y no se me da mal mover el esqueleto. Un metro más. ¿En serio? ¿Solo uno?

Pero entonces lo siento.

Unos dedos rodear mi muñeca. Una mano grande y fuerte deslizarse contra la mía. No necesito girarme porque lo veo pasar, a Alex, junto a mí, sin dudar. Tira suavemente de mí haciéndonos caminar. Sé que parece una locura, pero es como si la gente lo sintiese y le abriese paso. Ni siquiera lo entiendo, pero es que no necesito hacerlo porque lo estoy viviendo.

Me muerdo el labio inferior con una sonrisa sin poder evitarlo y bajo la cabeza porque me encanta esta postura, con él caminando un poco más adelantado, tirando de mí, con nuestras manos entrelazadas. Adoro la sensación de su palma, mucho más grande, contra la mía; la calidez que irradia, las chispas que siento.

Nos reunimos todos de nuevo y seguimos con la fiesta. Más canciones. Más copas. Más risas.

—Un spritz, por favor —le pido a la camarera cuando se acerca al reservado.

—Macallan, solo. Y una botella de agua para la señorita —cambia mi orden Alexander.

Yo voy a protestar, pero la mujer está embelesada con mi enemigo número uno, a pesar de que él ya no le está prestando ninguna atención, y no me hace ni caso.

—Alex —me quejo girándome hacia él en el mullido y comodísimo sofá negro—, quiero una copa.

—Llevas cuatro spritz, mocosa —replica—. Eso es más que suficiente. No quiero tener que llevarte en brazos hasta casa.

—Me estoy divirtiendo —contesto— y no tengo por qué darte explicaciones acerca de lo que bebo o no.

¿Por qué se ha quedado anclado en algún punto de hace diez años? ¡No soy ninguna niña!

—La última vez me pediste que te llevara a caballito —me recuerda.

Vale. Mi teoría tiene algún que otro agujero.

—Estaba cansada, no tuvo nada que ver con que hubiese bebido —me defiendo, pero no puedo evitar sonreír. Estábamos en Turtle Bay y cargó conmigo durante más de quince manzanas—, y tú lo hiciste.

—Por eso ahora puedo opinar.

Lo miro con ojitos tristes y el inicio de un puchero en los labios. Es mi superpoder. Sin embargo, Alexander me mantiene la mirada inamovible. Con él nunca parece funcionar.

Niego con la cabeza y me olvido de la triquiñuela.

—Soy una mujer adulta. —A veces tengo la sensación de que con él no dejo de repetir esa frase—. Puedo hacer lo que quiera.

Alexander me mantiene la mirada y finalmente resopla sin levantar los ojos de mí justo después de humedecerse los labios.

—Tómate la botella de agua y yo mismo te pediré un spritz después, ¿de acuerdo?

No aparto la mirada, pero no contesto. Hacerlo sería darle la razón o, lo que es peor, una carta blanca para que siga tratándome como una niña. No obstante, cuando llega el agua, le doy un sorbo.

***

—El último local —se lamenta Val—. Tengo los pies destrozados.

—Pero ganas de seguir bailando —apunto sabiamente.

Ella me mira y asiente con una sonrisa.

—Qué bien me conoces, hermanita.

Me encanta Valerie. Es divertida, inteligente, buena persona y, además, un espíritu libre. Nada de relaciones serias. Nada que la tenga atada a ningún sentido. Tiene claro lo que quiere: vivir, conocer el mundo de verdad y, cuando pasen los años necesarios y se asiente, sentir que ese es su lugar. Así es exactamente como quiere ser, y nada ni nadie podría hacerla cambiar de opinión. Supongo que la tozudez por lo que deseamos nos viene de familia.

Unos minutos después conseguimos parar un taxi. El siguiente club está demasiado lejos para ir andando.

—Sois seis —apunta sabiamente el conductor. Rhys, un amigo de los chicos, se nos ha unido en el último local—. Solo cuatro.

Nos miramos comprobando el comentario del taxista. Es nuestra defensa diré que es tarde y hemos bebido.

—Tendremos que parar otro taxi —comenta Mellow.

—En este barrio y a esta hora —responde Alexander—. Es un milagro que hayamos conseguido este.

Val asiente. Es una verdad irrefutable.

—Señor —llama Ted al conductor inclinándose para quedar a la altura de la ventanilla—, ¿qué tal si dobla la carrera y hace la vista gorda?

—¿A dónde vais? —plantea para saber si le trae a cuenta.

—Al Meatpacking.

Se lo piensa un segundo más.

—Si nos pilla la poli y hay multa, la pagáis vosotros.

Ted asiente con una sonrisa. Adoro a Ted.

—Trato hecho.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Mellow.

—Detrás, dos tendréis que sentaros en el regazo de otro.

Rhys, Ted y Alexander son los más grandes, no tiene ningún sentido que vayan sentados en las rodillas de nadie, lo que nos deja a Valerie, a Mellow y a mí.

—¿Me haría el honor de sentarse encima de mí? —le pregunta Mellow a mi hermana haciendo una reverencia.

Ella estira su mano, ofreciéndosela para que se la bese a la vez que dice:

—Por supuesto, gentil caballero.

Mellow responde chocándosela y rompen a reír. Las dos se acomodan. Ted no pierde un instante y se escabulle hasta el asiento del copiloto.

—Entonces... —deja Rhys en el aire señalándome.

—Ven aquí —la voz de Alexander nos envuelve ronca, con ese deje salvaje imposible de ignorar.

Me giro hacia él. Está junto a la puerta trasera del taxi y está claro que no va a permitir que acabe sentada en el regazo de Rhys.

Camino hasta él. Rhys entra por el otro lado. Alexander se sienta primero. Una mano estirada a lo largo del respaldo, la otra, esperándome. No debería resultar un problema, pero yo siento cómo el corazón comienza a latirme con fuerza contra las costillas.

—Mocosa —me apremia—, son las cuatro de la mañana. No estoy de humor.

—Lo sé. Tú nunca estás de humor. Es trágico —replico.

Sin darle más vueltas, me siento en su regazo. El espacio es mínimo. Tiene las piernas entreabiertas para darme un poco más de estabilidad. Sus músculos están firmes. No sé por qué me da por pensar en las cintas de correr que hay en el gimnasio del Vandervilt Group; en las veces que lo he visto entrenar allí.

Me quedo en el borde, como si pudiese fingir que ahora mismo no estoy encima de él, pero es que es muy incómodo y siento que podría morir por fractura craneoencefálica contra el respaldo del taxista si frena demasiado brusco.

Trato de recolocarme.

Ted hace un chiste horrible. Mellow se ríe demasiado fuerte y contagia su risa a Rhys.

Me muevo de nuevo. Es imposible encontrar la postura... y entonces noto su mano, en mi cintura, estabilizándome. Grande. Firme. Caliente.

—Deja de moverte —susurra en mi oído.

—No me estoy moviendo. Solo intento encontrar la manera de sentarme.

New York pasa rápida al otro lado de la ventanilla, neones transformados en estrellas fugaces.

Me recoloco sin darme cuenta de que el coche gira y mi espalda acaba contra su pecho. La sensación de calor se multiplica como si estuviese tocando la fuente directamente con las manos. Siento los botones de su camisa contra la piel desnuda de mi espalda.

Su olor lo envuelve todo y me emborracha. Esa mezcla de la menta de su loción para después del afeitado y el olor a madera de su colonia.

Mi cuerpo se acelera, como mi respiración.

Pero es que su respiración también cambia, se hace más pesada.

Su mano aprieta posesiva mi cintura.

Yo me quedo muy quieta. Muy muy quieta.

Quiero respirar con normalidad, pero es que de verdad que no puedo.

Y lo noto.

Está duro.

2

Alexander

¿Qué coño me pasa?

Es Eden.

No puede pasarme esto con Eden. Es una cría impulsiva, visceral, sensible... ¡Es Eden, joder! Vuelve a moverse, otra vez sin darse cuenta, y yo tengo que contenerme para no echar la cabeza hacia atrás, cerrar los ojos y aullar. ¿Por qué se siente tan jodidamente bien si es un error tan jodidamente grande?

Es culpa del vestido. Sí, eso es. Ese estúpido vestido rojo que le queda por la mitad del muslo dejando sus largas piernas al descubierto, y que tendría que haberle obligado a cambiarse tal como pensé porque sabía que haría que me pasara la noche apartándole a los moscones de encima.

Se mueve de nuevo. Mi polla late contra mis pantalones, contra su culo. Su olor me sacude, a flores, no sé a qué puta flor. Mi imaginación me juega una mala pasada y me regala una imagen muy vívida de lo que podría hacer justo ahora.

Apretar la mano un poco más, asegurarme de que mis dedos se quedan marcados en su piel. Subir exactamente hasta donde quiero, moverme exactamente como quiero.

Me ato en corto. Nada de eso va a pasar, campeón, así que deja de fantasear con ella.

—No te muevas —le ordeno en un susurro inclinándome sobre ella.

Mis labios casi rozan su oreja. Ese olor a flores vuelve y tengo que contenerme para no olerlo directamente de su cuello. En serio, ¿qué

demonios me pasa?

Es como una ola de deseo que no puedo controlar, como si las ganas que normalmente sentiría por una mujer se hubiesen multiplicado por un puto millón. Pero es que no puede ser. Es una niña. No soy gilipollas. Sé que no lo es en el sentido estricto de la palabra, que tiene veinticuatro años, pero es que yo tengo treinta. No solo eso. La conozco desde siempre. Me subía a la silla de la cocina para coger las galletas que su madre le escondía en el mueble más alto. Fui a su graduación.

Se mueve de nuevo con esa mezcla de curiosidad y expectación con la que lo hace todo, siempre deseando averiguar qué descubrirá. Sería una científica cojonuda, con una de esas gafas de pasta y nada debajo de la bata de laboratorio...

¡Vandervilt, joder!

—Alex... —me llama en un murmullo y su voz suena trémula, mandando una chispa de deseo a cada rincón de mi cuerpo.

Apoya las palmas de las manos en mis muslos. Se recoloca.

—No —gruño.

Aprieto mis dedos en su piel, para mantenerla quieta... para demostrarle que es mía.

¿De dónde coño ha salido eso?

—No te muevas —ordeno y es para ella y para mí.

La noto respirar cada vez más acelerada. Miro a mi alrededor como un halcón. Gracias a Dios, ninguno nos presta atención.

Mi respiración también es un maldito caos. Vuelve a moverse. Más rápido. Más corto esta vez. Dejo caer mi frente contra su nuca. Solo un segundo. Nadie se da cuenta. Nosotros, sí.

Vuelve a recolocarse.

—Eden.

No mocosa. Eden. Su nombre. Y de pronto quiero saber cómo sería oírle gemir el mío.

Pero no va a pasar.

Esto no está bien.

Es una cría y lleva enamorada de mí desde siempre. Sé que no es real, que es solo un capricho adolescente que se ha alargado en el

tiempo y un día se dará cuenta de que no soy como cree que soy y que estar conmigo no sería como ha imaginado que sería.

Si hago lo que quiero hacer ahora, solo me estaría aprovechando de ella.

Recupera el control. Piensa las cosas con frialdad.

Es la pequeña Lockhart.

Es una cría.

Repítelo.

Cría.

Solo está sentada encima de mí. Solo es mi cuerpo reaccionando antes que mi cabeza. Mi mano en su cadera no significa nada. Solo la estoy sosteniendo. Es lo que siempre hago. No significa nada. Nunca ha significado nada.

Pero su piel irradia calor. Y su cuerpo encaja demasiado bien contra el mío.

¡No!

Y no la separo. No la aparto. No dejo de olerla.

Cierro los ojos.

Eden se lleva la palma de la mano a la boca, sofocando un gemido, pero yo lo oigo, creo que podría oírlo en un estadio lleno de gente, y el deseo alcanza el rango de legendario.

—Eden.

Un ruido. La puerta abriéndose.

Los dos nos quedamos congelados y sentimos cómo la burbuja estalla a la vez. Aparto de inmediato la mano, como si acabara de quemarme. Ella se mueve hasta el borde de mis piernas como si quien estuviese ardiendo fuese yo.

Miro aturdido y cabreado en una mezcla imposible hacia la calle.

—Ya hemos llegado —anuncia Ted.

Es quien ha abierto la puerta.

Al darse cuenta de que tardamos un segundo de más en movernos, frunce el ceño observándonos.

—¿Estáis bien?

Ella sale del trance asintiendo y, despacio, sale del coche.

—Estoy cansada —pone como excusa. Dada la hora que es, cuela sin problemas.

Aprovecho que Eden obstaculiza la visión del interior del taxi y me recoloco la polla dura en los pantalones. Está como una puta piedra.

Dios, voy a ir al infierno por esto.

Desde que ponemos un pie en la acera, no volvemos a hablar ni a mirarnos. En el reservado de la discoteca mantenemos las distancias. Es complicado... es raro, pero más lo es lo que ha pasado en ese taxi.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Ted, creo que por tercera vez. La verdad es que no le estoy prestando demasiada atención.

Yo dejo de mirar la pared de botellas de detrás de la barra y llevo mi vista hacia él. Las chicas están a unos metros, charlando y riendo acomodadas en los sillones.

—Nada —contesto haciendo girar el vaso de Macallan entre mis dedos—. Estoy dándole vueltas a lo que tengo que hacer mañana en la oficina—miento.

Ted resopla.

—Tienes que dejar de pensar en el trabajo o te vas a convertir en uno de esos ejecutivos de peli de los ochenta con tirantes y el pelo engominado hacia atrás.

—Michael Douglas marcó una época con esa película —replico refiriéndome a *Wall Street*.

—Michael Douglas marcó una época por protagonizar pelis en las que siempre acababa en líos enormes por meterla donde no debía —contraoferta él refiriéndose... bueno, al resto de su filmografía.

Se me escapa una sonrisa y me bebo la copa de un trago.

Qué apropiado.

—Me largo —anuncio sin ceremonia dejando el vaso de vuelta sobre la barra.

Ted frunce el ceño.

—¿Vas a irte? —plantea—. ¿Así?

Ahora es mi turno de mirarlo confuso.

¿Qué coño pasa?

Al ver que no voy a explicarme, decide hacerlo él.

—¿Vas a irte y vas a dejar a Eden aquí?

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco. Sé por qué lo dice. Nunca me voy y dejo a Eden en el club, el bar o donde sea. No

lo haría tampoco con Val o con Mellow si estuvieran solas ni tampoco con Ted, pero con Eden es diferente. Necesita supervisión constante para no acabar metida en un lío más grande que ella y yo no quiero morir de una angina de pecho a los treinta cuando me llamen de madrugada para que vaya a recogerla a comisaría. Así que, sí, normalmente, si yo me voy, ella se viene y la dejo en la mansión Lockhart, aunque también pasa al revés. Se acerca, me dice que está cansada con la voz más dulce del mundo y me termino la copa de un trago y la llevo a casa.

Esta noche, el marcharnos juntos suena a idea terrible.

Y sin embargo...

—Eden —la llamo caminando hasta ella, que está acomodada junto a su hermana—, nos vamos.

Voy a ir al puto infierno de cabeza.

3

Eden

Levanto la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Siempre ha sido así. Alex siempre se asegura de que vuelva a casa con él. A veces es él quien quiere marcharse, a veces soy yo, pero Alex nunca me deja sola.

Sin embargo, no pensé que esa regla fuera a cumplirse hoy, o quizá sí y era exactamente lo que estaba esperando. No lo sé. Todo es un poco confuso.

Cuando me levanto siento como si las piernas me temblasen. Lo del taxi ha sido demasiado real, demasiado alucinante. Lo he sentido cerca, no hablo de físicamente, Alex y yo nos hemos abrazado mil veces, pero esta vez ha sido completamente distinto. Su mano en mi cadera, las chispas, la electricidad, lo rápido que me latía el corazón. Seguíamos siendo Alex y yo y al mismo tiempo éramos una versión completamente diferente, en un universo completamente diferente, y ha sido genial.

La disposición de este club hace que llegar a la salida desde los reservados sea mucho más sencillo, así que no tiene que cogerme de la mano ni nada parecido. Pero, cuando estamos a unos pasos de la puerta y uno de los porteros la abre para que podamos salir, Alexander coloca su mano en mi cintura y la sensación sencillamente me roba el aliento. Ni siquiera es piel con piel, la tela de mi vestido se interpone, pero a quién le importa. Siento su calor, su firmeza, otra vez esas chispas iluminando todo Manhattan.

Y sé que él también lo siente.

El portero para un taxi para nosotros y nos deslizamos en la parte trasera. Al principio el silencio es ley. Estamos prudentemente separados. Yo, absorta en la ventanilla; él, con la mirada al frente y la mandíbula tensa.

—Lo que ha pasado antes, ha sido un error.

Su voz impacta de lleno contra mí mientras cruzamos el puente de Brooklyn. No era lo que quería escuchar, pero no soy ninguna idiota, esperaba hacerlo... ¡En realidad, no! ¡No tiene por qué ser un error!

—Eso es lo que piensas tú, ni siquiera sabes si lo sería —replico.

Él niega con la cabeza.

—Sí lo sé.

¡Solo son sus prejuicios! ¡Y esa estúpida idea de que sigo siendo una niña!

—¿Por qué? —contraataco molesta, girando mi cuerpo para tenerlo de frente—. ¿De pronto has desarrollado la capacidad de ver el futuro?

Alex también se gira hacia mí.

—¿Y tú qué coño quieres, que nos acostemos y después todo nos estalle en la cara? No puedes ser tan inconsciente.

—Ni tú tan cuadriculado.

No sé cómo ha pasado, pero de pronto estamos muy cerca y el brazo que tiene estirado a lo largo del respaldo está a peligrosos milímetros de mi hombro desnudo.

Alex me mantiene la mirada. El juego de luces que crean las farolas dentro del coche hace que sus ojos gris oscuro, todo él, parezca más peligroso, más sexy, y mi corazón empieza a latir muy rápido.

—¿Te gustó? —pregunto.

Y me envalentono y sigo mirándolo a los ojos y quiero una respuesta.

Hay algo en él, no sé qué es, pero me atrae sin que nada más importe. Soy la nueva versión de Ícaro, joven, con un pelo ondulado del que me siento muy orgullosa y una innata capacidad para aprender idiomas de países diminutos, y Alexander Vandervilt es mi sol.

—No voy a contestarte a eso —su voz suena más ronca, más baja, y él tampoco deja de mirarme.

—Eso es un sí, Vandervilt.

—Eso es un «No seas tan cría» —sentencia sin dudar.

Se separa, enderezándose en el asiento, y yo siento como si de repente fuese invierno.

El barrio de Glen Cove, con sus mansiones y arboledas infinitas, toma el ambiente y poco después el taxi se detiene suavemente frente a la entrada principal de mi casa.

Le doy las gracias al chófer y bajo. Apenas he alcanzado el último escalón del porche cuando oigo otra puerta, pasos y me giro justo a tiempo de ver a Alex detenerse un par de peldaños más abajo, dejándonos a la misma altura.

—No quiero que te enfades por esto —dice.

Tras oír eso me tomo un segundo para mí.

—No estoy enfadada. Estoy... —balanceo suavemente la cabeza tratando de encontrar la palabra adecuada— decepcionada. Siempre pensé que el gran Alexander Vandervilt era un hombre valiente —añado ocultando el inicio de una sonrisa en los labios.

Es verdad, no estoy enfadada, no tengo por qué, cada uno es libre de tomar las decisiones que quiera, en asuntos sentimentales mucho más; pero sí pienso que se está comportando como un cobarde, cerrando una puerta antes siquiera de saber lo que puede haber dentro.

Él deja asomar una sonrisa irónica y fugaz entremezclada con un resoplido para justo después humedecerse el labio inferior.

—Hay una diferencia entre ser un valiente y ser un temerario —me recuerda.

—Cuando importa, no.

Seguimos mirándonos a los ojos, otra vez el corazón latiéndome como un loco. Bajo la cabeza pensando muchas cosas muy rápido, muevo el pie, el impulso para descender un peldaño, para estar más cerca de él, pero, tomándome por sorpresa, Alex lo sube por mí.

Sin la ventaja de las escaleras tengo que levantar la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos. Noto su respiración acelerada

acompasarse con la mía. Siento el calor que irradia su cuerpo, cómo despierta al mío; es como en el coche, pero mejor.

Alex cierra la mano, apretando el puño, y sé que se está conteniendo para no volver a hundirla en mi cadera.

Estamos muy cerca. Muy muy cerca.

—Buenas noches, Eden —se despide.

Lleva su vista a la puerta a mi espalda, y luego vuelve a atrapar mis ojos marrones, una clara orden silenciosa de que entre. Doy un profundo suspiro sin levantar la vista de él. Lo conozco demasiado bien y sé que, cuando toma una decisión, es imposible sacarlo de ahí y yo no pienso quedarme suplicándole que dé una oportunidad a lo que sea que haya sido esto.

Nuestro viaje en taxi termina aquí.

—Buenas noches —respondo.

Giro sobre mis talones y entro en casa.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, no puedo evitar quedarme apoyada en ella un segundo tratando de recuperar el ritmo normal de mi respiración. Alex lleva afectándome más de diez años, pero nunca lo había hecho con esta intensidad.

4

Eden

Me paso el domingo en casa.

Primero con Val y mis padres; comemos juntos, vemos una peli y nos lo pasamos genial. Creo que me río casi tanto como ayer.

Después me encierro en mi dormitorio a trabajar en mi proyecto de fin de máster. Me gradué *cum laude* en la Universidad de Columbia hace dos años y conseguí una de las diez plazas del máster que ofrece el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Han sido dos años muy duros, pero estoy a punto de terminar y todo mi esfuerzo está empezando a dar sus frutos. Aún no lo sabe nadie, pero han ofertado un puesto de trabajo en la revista *ARTNews*, una de las más importantes del sector y la más antigua, para su equipo de edición, y estoy pensando en presentarme como candidata.

Trabajaría en lo que me gusta, con un sueldo bastante decente y, aunque no fuera mucho, tendría tiempo para mis dibujos, que es mi auténtico sueño. Poder vivir de ellos.

Levanto la cabeza a la vez que me froto la nuca y muevo el cuello a los lados tratando de estirarlo. Miro el reloj de mi mesa. Son casi las siete. Sonrío. El tiempo se me pasa volando siempre que estoy dibujando.

Bajo la vista al lápiz que tengo entre los dedos y lo aprieto suavemente, lo justo para sentir la madera contra las yemas. Es el rojo cereza de la caja de cuarenta colores de Caran d'Ache Luminance 6901, la mejor marca de lápices de colores del mercado.

Me la regaló Alex cuando me aceptaron en el máster. No la de setenta y seis colores, no la de cien en estuche de lujo. Esta. Porque dijo que era la preferida de los artistas profesionales y que yo muy pronto sería uno de ellos.

Sonrío casi sin darme cuenta. No sé cómo lo hace. Es condescendiente, mandón, irritante, pero siempre consigue que confíe un poco más en mí, que me sienta orgullosa del futuro que quiero.

Y hablando de Alexander Vandervilt... Sé que no tengo mucha credibilidad, pero no me he pasado todo el día pensando en lo que ocurrió en el taxi anoche ni en la conversación que mantuvimos después. Bueno... le he dado unas... cuantas... vueltas... nada demasiado desesperado.

Hay hechos. Estoy enamorada de él. Alex piensa que lo nuestro sería un error. Da igual cuánto me enfade o todo lo que sienta cada vez que él está cerca, ninguna de esas dos cosas va a cambiar. Lo conozco lo suficiente como para saber que, una vez que toma una decisión, es inamovible.

Y en cuanto a mí, ¿he fantaseado más veces de las que puedo recordar con que estemos juntos? Sí. ¿Sería alucinante que él nos diera esa oportunidad? Sí, también.

Tomo una bocanada de aire y por un segundo simplemente me quedo mirando al frente. No soy tonta. Sé que lo del taxi fue diferente.

—Maldita sea, fue increíble —murmuro a la vez que me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa.

Y sé que podría insistir, pelear para que él lo entendiera... pero no voy a hacerlo. Porque, si tengo que convencer a alguien de que me quiera, ya no me vale. Yo quiero que una persona quiera estar conmigo, lo sienta en cada parte de su cuerpo, queme el mundo por mí.

Quiero saber que soy eso en lo que no puede dejar de pensar.

Y si de verdad lo sientes, no necesitas que nadie, ni siquiera la chica objeto de tus afectos, como dirían en *Los Bridgerton*, te convenza.

***

El lunes me levanto inhumanamente temprano, mi despertador y yo no somos buenos amigos, y me paso el día entre clase y el museo. El malhumor por tener que haberme despertado cuando técnicamente era de noche se esfuma cuando llegamos a la sala de la exposición que, como alumnos del máster, estamos ayudando a preparar y veo *Los girasoles,* de Van Gogh. Sin cordón de terciopelo rojo, sin cristal de metacrilato. Una sonrisa de pura felicidad y de no poder creérmelo se me escapa a la vez que muy despacio alzo la mano y acaricio el marco con la punta de los dedos, solo un segundo, solo un centímetro; jamás me atrevería a tocar la pintura, es demasiado importante. Es algo casi efímero, pero creo que la siento directamente en el corazón.

—Hasta mañana, Eden —se despide Abbie, una de mis compañeras, cuando pasamos las puertas de cristal del museo y salimos a la 53 Oeste.

Mi móvil empieza a sonar.

—Nos vemos mañana —respondo deteniéndome mientras ella acelera el paso hacia el cruce con la Quinta.

Miro la pantalla y sonrío.

—Hola —respondo.

—Eden, cariño, ¿dónde estás?

Es la señora Vandervilt, la madre de Alex.

—Acabo de salir del museo.

—*Timing* perfecto —comenta y mi sonrisa se ensancha solo con imaginar la suya—. ¿Por qué no te vienes a casa y charlamos? Necesito tu ayuda.

Mi primer impulso es decir que sí. La señora Vandervilt me cae muy bien y no tiene nada que ver con Alex. Lleva siendo amiga de mi madre toda la vida, así que la conozco desde siempre. Es amable, simpática y se le ocurren unas ideas fantásticas que a menudo son una auténtica locura, pero te garantizan que el día no va a acabar siendo uno cualquiera.

Sin embargo, hoy dudo; contaba con, al menos, cuarenta y ocho horas antes de tener que ver a Alex cara a cara, aunque, teniendo

en cuenta que son solo las cinco, todavía le quedan tres horas más en la oficina mínimo. Además, Val me llamó para que nos tomásemos algo con Ted y hacer tiempo hasta que saliesen Mellow y Alex más tarde.

No hay peligro.

—Cuente conmigo.

—Buena respuesta.

Voy hasta el parking y saco mi coche. Conduzco un Mercedes AMG Clase A de color rojo. Alexander y mi padre estuvieron una semana entera discutiendo cuál era el coche más seguro para mí. Me molestó muchísimo que yo no estuviese involucrada en esas conversaciones —al fin y al cabo, hablaban de *mi* coche—, y por un momento temí que me hiciesen conducir un todoterreno de esos enormes porque es lo más parecido a un tanque, pero, el sábado por la mañana de aquella semana, Alex me hizo salir a la entrada de mi casa. Yo había jurado no volver a hablarle por haber dicho «que las crías no tienen ni voz ni voto» y si bajé fue para recordárselo en persona, pero entonces vi un turismo compacto, respetuoso con el medio ambiente, sin ostentaciones y rojo, del color que siempre había dicho que sería mi coche, y no tuve más remedio que perdonarlo.

—Buenas tardes, señorita Lockhart —me saluda el ama de llaves de los Vandervilt.

—Buenas tardes, señora Hoover —le devuelvo el saludo con una sonrisa.

—Muchas gracias por ayudar a mi nieto con su trabajo de arte —continúa ahora con una sonrisa y las manos juntas—. La señorita Mills le ha puesto un nueve y medio. Ha sido la nota más alta de todo tercer grado.

Vuelvo a sonreír. Su nieto tiene nueve años y debía dibujar un paisaje con acuarelas.

—Me alegro muchísimo, aunque, si alguien tiene que dar las gracias, soy yo. Me lo pasé genial.

La señora Hoover asiente y su sonrisa se hace más grande.

—La señora Vandervilt la espera en el jardín trasero.

—Gracias.

Atravieso la planta baja y llego a las enormes puertas de cristal y madera blanca. Val y yo nos conocemos este lugar como la palma de nuestra mano.

—Hola, señora Vandervilt —la saludo tras cruzar la majestuosa terraza, apoyarme en la balaustrada de piedra que la rodea y buscarla con la mirada.

Está a unos pasos, en el césped minuciosamente cuidado, hablando con uno de los jardineros.

—Qué bien que ya estés aquí, cariño. Ven —me llama—. A ti se te da fenomenal todo lo visual y necesito tu opinión.

Asiento y me giro para llegar a los dos peldaños que separan la terraza del jardín, pero, por un momento, no doy un paso más.

Alex está al otro lado de la terraza. Frente a mí. Mirándome.

5

Alexander

¿Qué hace Eden en mi terraza?

No tendría que estar aquí. Tendría que estar tomándose algo con Val y Ted en la ciudad, esperando a que Mellow salga del trabajo.

No la estoy evitando. Simplemente, después de lo del taxi, creí que lo mejor para los dos sería que nos diésemos un par de días para que las cosas se calmaran.

Ha debido de pensar en la noche del sábado un millón de veces. Quiero ponérselo más fácil... y, francamente, quiero ponérmelo más fácil a mí.

No he podido sacarme a Eden de la cabeza en todo el fin de semana y empieza a ser frustrante. Es como si tuviera dos malditos bandos en guerra dentro: el que no para de repetirme que es una cría, que le saco seis años, que es la pequeña Lockhart y me llama continuamente al orden, y el que recuerda demasiado bien su increíble cuerpo en ese vestido rojo, rozándose contra mí en ese puto taxi y quiere hacerle de todo.

Es imposible que la toque, así que tengo claro cuál va a ganar.

—¿Por qué no estás con Val? —pregunto.

Ella me mantiene la mirada un segundo más justo antes de sonreír y poner los ojos en blanco, riéndose claramente de mí.

—Voy a apuntarte a uno de esos cursos de «Aprende a ser amable en treinta días». Definitivamente, lo necesitas.

—Contéstame —le ordeno dando un paso hacia ella.

Si ha venido hasta aquí porque cree que puede intentar convencerme de que lo de la otra noche significó que podemos tener

una oportunidad, debo cortar esas fantasías de raíz. Tengo que protegerla.

—Tu madre me ha llamado. Necesita que la ayude con el jardín.

Llevo mi vista a su espalda, donde mi madre está hablando con los jardineros señalando varios puntos de la arboleda.

Tiene sentido. Eden posee una visión artística brutal. Y mi madre la adora; bueno, todos en esta casa lo hacen.

Siento una oleada de alivio, pero, también, inexplicablemente, me siento decepcionado porque esté aquí por mi madre y no por mí, ¡lo que no tiene ningún tipo de sentido, joder! ¡No quiero que esté aquí por mí!

—¿Y tú por qué no estás con Val? —pregunta sacándome de mi ensoñación.

La pregunta me deja fuera de juego, pero lo disimulo a tiempo.

—Trabajo —respondo mecánico.

Ella asiente un par de veces.

—Es un poco raro —comenta perspicaz.

Suelto un resoplido breve e irritado (y frustrado), entremezclado con una sonrisa irónica y aún más fugaz.

—¿Es raro que trabaje?

Ella niega con la cabeza con toda esa insolente seguridad.

—Es raro que no saques un rato para estar con tus amigos.

Tiene razón. Trabajo más horas de las que puedo contar, ya sea en la oficina o en casa, y no me pesa, pero también saco tiempo para divertirme y desahogarme un poco o ya habría muerto.

—A veces se puede y a veces no, mocosa. —El apelativo me sabe a ceniza, pero me esfuerzo en pronunciarlo.

—Y a veces se quiere y a veces no —me replica encogiéndose de hombros—. Ese es el verdadero matiz de las cosas, Alexander Vandervilt.

Me quedo mirándola, debatiéndome entre el hecho de que me gusta que me plante cara, siempre me ha gustado, y el que me ponga de los nervios. A veces se comporta como si fuera una especie de hadita mágica y listilla que cree que me conoce mejor que yo mismo. Se equivoca.

—Cuando seas adulta, entenderás cómo funcionan de verdad las cosas.

Mi comentario la saca de quicio y yo me siento estúpidamente orgulloso.

—Ya soy una adulta —me recuerda—. Tengo...

—Veinticuatro años —termino la frase por ella, sin esforzarme ni un poco en no sonar condescendiente, fastidiándola todavía más—. Sí, lo sé y, ¿sabes qué? —añado dando un cadencioso paso hacia delante, con las manos en los bolsillos, ladeando la cabeza sin levantar los ojos de ella. Soy arrogante, pero con Eden lo soy un poco más y es ella quien me hace serlo, como si me alimentara, joder—. Que no cambia absolutamente nada.

Aprieta sus labios en una fina línea. El movimiento me obliga a centrar mis ojos en ellos. No me había dado cuenta de lo jodidamente sexis que son hasta ahora.

—No soy ninguna cría —sentencia avanzando hasta colocarse definitivamente frente a mí—, pero preferiría serlo a que mi corazón fuese el paraíso del hielo, como, lamentablemente, es tu caso.

Esbozo una sonrisa maliciosa.

—¿Ya no me quieres, mocosa? —replico fingiéndome desolado—. Creo que voy a ponerme muy triste.

—Deberías. Nunca vas a encontrar a una mujer como yo.

—Una niña —le recuerdo impasible.

—Una mujer —contesta sin dudar—. Y, si no estuvieras tan ciego, ya te habrías dado cuenta de la diferencia.

El taxi explota delante de mí y mi cuerpo lo recuerda todo otra vez, como si se hubiese convertido en el puto bucle de mi existencia. El vestido rojo, mi mano en su cadera, cómo gimió.

—¡Alexander! —me llama mi madre—. ¡Ven con nosotras, estamos haciendo cambios en el jardín!

—¡Alex no puede, señora Vandervilt! —responde Eden por mí sin levantar su mirada de la mía, provocándome—. ¡Tiene mucho trabajo!

Sonríe cuando pronuncia la última frase, como si supiese que es mentira, y yo siento mi mandíbula tensarse.

—Una pena —comenta mi madre justo antes de centrarse de nuevo en los jardineros.

—Diviértete —se despide Eden dándose la vuelta para dirigirse a las escaleras y bajar para encontrarse con mi madre.

Y sé que la conversación tendría que terminar aquí, pero algo dentro de mí sencillamente no puede dejarlo estar. Doy un paso hacia ella, la agarro de la muñeca y la obligo a girarse. Ella no se sorprende y de alguna manera eso me frustra aún más.

—El verano que pasaste con tu tía Lydia en la casa que vuestra abuela tiene en los Hamptons, ¿recuerdas cómo te encerraste en tu habitación llorando porque querías ver los fuegos artificiales del 4 de Julio en la playa y tu padre dijo que no?

Eden frunce el ceño, pero sé que conecta con el recuerdo al instante. Me humedezco el labio inferior con una mezcla de arrogancia y el dejarle claro que, aquí, los desafíos, los planteo yo.

—Yo sí los vi—continúo sin una pizca de arrepentimiento— porque, a diferencia de la niña de catorce años que estaba encerrada en su cuarto, en un par de meses iba a empezar mi penúltimo año de universidad. Diviértete con el jardín.

No digo nada más, la suelto y me dirijo de regreso a la casa con el paso decidido. Mi cuerpo está en guardia, pero también tengo algo rugiendo dentro, algo que se ha relamido cuando la he cogido de la muñeca y también cuando le he dejado las cosas claras, como si le pusiese esa especie de jueguecito.

Resoplo.

Estoy perdiendo la maldita cabeza.

Me encierro en mi estudio, que, por suerte o por desgracia, da al jardín trasero. Me deshago de la chaqueta y de la corbata. Me desabrocho los primeros botones de la camisa blanca y me la remango. Intento trabajar, lo juro por Dios, pero estoy demasiado distraído y acabo acercándome a las puertas acristaladas, aunque sé que no debería, apoyando el costado en el marco y, otra vez con las manos en los bolsillos, observo la escena con expresión seria.

Eden y mi madre siguen sobre el césped hablando y riendo. Mi madre dice cosas como que quiere que el jardín sea una explosión de color, que se respire vida, y Eden, con paciencia, va guiando la

idea: qué colores usar para que sea un espacio vivo sin resultar apabullante, dónde aumentar o disminuir las alturas para crear profundidad...

Antes de que me dé cuenta, una suave sonrisa se cuela en mis labios, nada de una mordaz, engreída o solo para fastidiarla. Es un gesto pequeño, pero también es de verdad. Esto es el mundo de Eden. Los colores. Crear cosas increíbles con ellos, dibujar, transmitir sensaciones ya sea en un papel, en una *tablet* o en un jardín.

Mi madre dice algo, no logro oír el qué, y Eden rompe a reír. El sonido me calienta los huesos, joder, y sin darme permiso la recorro de arriba abajo. Veo cómo las puntas de su pelo castaño y ondulado se levantan ligeramente con la brisa caliente que recorre el jardín. Sigo bajando y no debería, pero lo hago. Su cintura, sus caderas, sus piernas. Las imagino bajo el vestido y las contemplo hasta llegar a sus pies. Se ha quitado los tacones que llevaba y está descalza en mi puto jardín y no es ni de broma la primera vez que lo hace, pero ahora parece significar algo completamente distinto.

Y tengo que acabar con ello YA.

Giro sobre mis talones y me adentro unos metros en mi estudio a la vez que me saco el teléfono del bolsillo de los pantalones, deslizo un par de veces el dedo por la pantalla y me lo llevo a la oreja. Contestan al segundo tono.

—¿Diga?

—Nos vemos esta noche. A las once en el Plaza.

—No sé si esta noche estoy libre —coquetea al otro lado de la línea, pero solo se está haciendo la interesante y yo no tengo tiempo para juegos. Si no es ella, será otra.

—Como quieras.

Voy a colgar cuando oigo su voz llamarme tres veces en dos segundos. Vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja, pero no digo nada.

—A las once en el Plaza —repite con voz edulcorada—. Lo estoy deseando.

Cuelgo.

—Alex.

Con lo que no contaba es con que Eden escuchara mi conversación.

6

Eden

No sé cómo me siento. Bueno, sí lo sé, pero soy consciente de que no debería sentirme así, que es un error y una estupidez porque obviamente el taxi no significó nada para él, ¡y no va a dejar de quedar con chicas para acostarse con ellas en hoteles icónicos de Manhattan!

Estoy enfadada... No, no, estoy cabreada... Muy cabreada.

Estoy celosa.

Resoplido interno. Sentirme así es una pésima idea y es peligroso por los motivos obvios y por los que no lo son tanto pero son igual de temerarios.

«Corazón, cálmate ya, ¿me oyes? Tenemos la situación bajo control.»

—El Plaza, todo un clásico, Vandervilt —comento ladeando la cabeza.

Alex frunce el ceño, pero rápidamente disimula el gesto. Creo que no he respondido como esperaba.

—Funciona —sentencia sin levantar los ojos de mí, como si estuviese evaluando mi reacción.

—Por eso es un clásico. ¿Y puedo preguntar quién es? —continúo tratando de que siga sin notársemе el cabreo que va serpenteando por mi cuerpo de lado a lado como si un hindú muy perspicaz lo hiciese bailar.

—Lindsey.

Lindsey Herrera, la conozco. Es una de esas chicas de la alta sociedad a las que les han inculcado la idea de que lo mejor que

pueden hacer es casarse con un hombre rico y poderoso, y, para ese tipo de mujer, Alex es el premio gordo de la lotería. Siempre le ha dejado bastante claro, y no de una manera demasiado sutil, que aparecerá solícita con una sonrisa cada vez que él chasquee los dedos.

Genial, ahora estoy de peor humor porque cualquier conveniente idea de que solo cenarían en el Plaza, se darían la mano y se marcharían cada uno por su lado ha explotado por los aires.

Curvo los labios hacia arriba mirando en cualquier dirección, tratando de controlar cómo me siento.

—Lindsey es muy... —busco la palabra adecuada— simpática —me rindo con una mentira piadosa. No tengo nada bueno que decir de ella. Siempre intenta acaparar a Alex, da igual que esté hablando con alguien y, lo que es peor, ni siquiera se preocupa en fingir que ese alguien existe.

Una media sonrisa arrogante se cuela en los labios de Alex.

—¿Te molesta? —plantea.

«Sí.»

—¿Por qué tendría que hacerlo? —replico manteniéndole la mirada, bordando una seguridad que no siento.

—Porque he quedado con ella.

—Si que quedases con otras mujeres me molestase, viviría molesta.

Como ahora.

Habría empezado, básicamente, cuando él estaba en el instituto porque ya entonces tenía pinta de haber salido de la portada de una revista y la misma apabullante seguridad. Si no, que se lo pregunten a la señorita Mortimer, la profe de matemáticas. Tenía veinticuatro años, él diecisiete, y la señora Vandervilt casi se desmaya cuando el director la llamó para decirle que los había pillado en el aula de castigo.

—No sé —continúa caminando despacio hacia mí, cadencioso, masculino, acariciando la mesa con la punta de los dedos—, hoy tengo la sensación de que te ha afectado un poco más.

¿Y por qué yo la tengo de que está disfrutando de que haya sido así?

—Te equivocas —sentencio encogiéndome de hombros con ese aire insolente marca de la casa—. Espero que te lo pases genial en tu habitación del Plaza.

—*Suite* —me corrige el muy bastardo, porque sí que está disfrutando de que esté celosa.

—¿Perdona? —finjo no entender a qué se refiere.

—Nos veremos en una *suite*.

—Además de clásico, con estilo.

—Ese soy yo.

Nos miramos a los ojos.

«¿Estás jugando conmigo, Vandervilt? Perfecto, porque a ese juego podemos jugar los dos.»

—Oye, Alex, ¿y a ti te molestaría? —le pregunto.

Él se toma un segundo para observarme y yo dejo que lo haga porque esos ojos gris acero siempre han sido mi lugar favorito en el mundo.

—¿El qué?

—Que yo quedase con otro hombre.

De pronto la habitación parece cargarse de tensión, mitad por haberlo oído quedaba, por cómo he reaccionado antes, mitad por cómo está reaccionando él ahora, pero mitad también porque creo que nos acabamos de dar cuenta a la vez de que estamos solos en su estudio y, sí, sé que sobran mitades, pero la respiración me va demasiado rápido como para concentrarme en matemáticas sentimentales.

Alex no responde, pero sé que tengo toda su atención y sé que tengo que doblar la apuesta.

—Que me arreglase para él, vernos tomar una copa en la barra de un club repleto de gente a la que ni siquiera miraríamos, que me hiciese reír.

Alex tuerce los labios quitándole importancia, pero noto su cuerpo tensarse suavemente, como si se estuviese poniendo en guardia.

—No sentiría nada —contesta y algo me dice que es mentira.

—Mejor —respondo siguiéndole el juego—. Además, te quitaría trabajo porque esa noche no tendrías que acompañarme a casa. Lo haría él.

—Genial —responde, pero puedo ver cómo aprieta los puños hasta que los nudillos se le emblanquecen y eso hace que el corazón comience a latirme como un loco. ¿Está celoso? ¿Alex está celoso?

—Genial —repito obligándome a seguir en el papel.

Necesito pensar y para hacerlo con claridad necesito calmarme porque sigo enfadada, pero también confusa. Si está celoso, entonces lo que pasó en el taxi le afectó, ¿no? Pero, si le afectó, ¿por qué demonios ha quedado con Lindsey? ¡¿Por qué está celoso si ha quedado con otra chica esta misma noche?! ¡Dios, ahora estoy aún más cabreada!

—Creo que la cena ya está lista —comentó dirigiéndome hacia la puerta—. No deberías hacerlos esperar.

Alex asiente.

—Eden —me llama cuando estoy a punto de salir.

No te pares. Márchate. Piensa. Es peligroso.

—¿Qué? —respondo deteniéndome y girándome hacia él.

Creo que, si es Alexander quien me llama, no sé fingir que no lo hace.

—¿Has conocido a alguien?

Otra vez sus ojos atrapan los míos. Y esa pregunta tiene mucho de orden, de poseer, y soy lo suficientemente lista para saber que tendría que mandarlo al infierno, y lo haré, con mi mortal actitud, pero lo cierto es que me gusta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Contéstame.

La habitación se hace más pequeña, o quizá es que un nuevo camino se está construyendo entre nosotros, o quizá siempre estuvo ahí pero no habíamos sido capaces de verlo.

—¿Estás celoso?

Necesito saberlo.

Necesito que diga que sí.

—Contéstame —me ordena.

—Hazlo tú.

—Para sentir celos por ti, tendría que sentir algo por ti, mocosa. Y eso no pasará jamás.

No duda ni siquiera un poco, no le duele decirlo, mientras a mí el corazón me sigue latiendo desbocado, aunque, ahora, por un motivo completamente diferente. He volado demasiado alto y he caigo en picado. No sabía que las dos cosas podían pasar tan rápido.

—Pues, entonces, ¿qué demonios te importa a quién conozca? —suelto sin apartar mi mirada de la suya.

Salgo de su estudio. El sonido de la puerta encajando en el marco es leve y tranquilo, pero me atraviesa por dentro mientras me alejo unos pasos más por inercia. El corazón me late con tanta fuerza que siento que va a escapárseme del pecho, mi respiración es un caos. ¡Maldita sea, sigo enfadada, sigo confusa! ¡Estoy abrumada y frustrada!

Sé que estaba celoso. No me lo he imaginado. Pero, entonces, ¿por qué ha fingido que no?

Antes de que la idea cristalice en mi mente, me doy la vuelta porque no es un pensamiento completo, es un impulso.

Volver a entrar.

Preguntarle.

Saber cómo se siente, de verdad.

7

Eden

Entro sin llamar, sin pararme a pensar si es buena idea o no. En cuanto lo hago, Alex lleva su vista hacia mí como si me hubiera estado esperando. Sigue en el mismo sitio en el que lo he dejado, todavía con el cuerpo tenso.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—No te creo —pronuncio sin dudar.

Él suelta otra vez esa especie de resoplido irritado entremezclado con una sonrisa mordaz y fugaz.

—Me importa bastante poco —me deja claro.

—Pues a mí sí —le dejo claro yo, deteniéndome frente a él.

A esta distancia y descalza, la diferencia de altura es casi ridícula. Tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos y ese pequeño detalle parece despertar algo en los dos, que crece y se expande a pesar del enfado, estirando los músculos de mi vientre.

—Estabas celoso.

Alex niega con la cabeza, hastiado.

—Eres una cría —sentencia yendo hasta su escritorio.

Se queda de pie. Abre una de las carpetas sobre la mesa y comienza a revisarla.

—¿Por qué?, ¿por querer saber lo que sientes?

—No, por imaginar lo que tú quieres que sienta y dar por hecho que es la verdad. Deja de soñar despierta, mocosa.

—Y tú deja de intentar enfadarme para que me marche de aquí y me olvide de esta conversación.

Alex se detiene y durante un par de segundos se queda en silencio. Esa es la prueba que necesito para saber que tengo razón.

—Está bien —pronuncia levantando la cabeza y mirándome. Su voz cambia. Sé que es una locura, pero puedo jurar que no solo se vuelve más ronca, sino también más peligrosa—. ¿Quieres que mantengamos esta conversación? —pregunta, pero en realidad me lo está advirtiendo—. Tengámosla —añade dando un paso hacia mí.

La tensión sube al mismo tiempo que algo caliente, húmedo, sensual, va tomando el ambiente.

—¿Quieres saber qué haría si te viera con otro tío? —Da otro paso en mi dirección y todo mi cuerpo se revoluciona, como si el suyo lo llamase, lo rindiese sin condiciones centímetro a centímetro—. ¿Si un gilipollas intentara ponerte las manos encima?

Está furioso, como si la mísera posibilidad de que pasase lo cabrease, y eso está alimentándome, hechizándome, excitándome.

Trago saliva.

—Sí.

—Lo apartaría de ti con mis propias manos. —Otro paso más. Mi respiración se acelera, pero yo ya no necesito oxígeno. Alex observa mi reacción—. Lo tumbaría en el suelo de un puñetazo, te cargaría sobre mi hombro y te sacaría del puto lugar en el que estuviéramos para llevarte a uno donde estuviéramos solos tú y yo.

Tomándome por sorpresa, me coge de las caderas y me sienta en su escritorio. Al notar sus manos en mi piel, suelto un gemido. Alex se cuela entre mis piernas.

Despacio, torturándome, se inclina sobre mí.

—Y tendríamos una charla muy interesante —continúa tan cerca de mí que duele, con sus ojos grises como el acero sobre los míos, con las palmas de las manos apoyadas en la madera, flanqueando mis caderas— sobre que no puedes reírte con otro tío ni dejar que respiren el mismo aire que tú.

Alex es dominante, siempre lo he sabido, nunca lo he dudado, pero ahora es como si todo hubiese subido un escalón, como si, a esa mezcla brutal que es él, arrogante, poderoso, implacable, hubiese que añadirle territorialidad, instinto, un animal salvaje, y estuviese a punto de tomar el control.

—¿Y si te respondiera que haré lo que me dé la gana? —lo reto con la voz baja, casi entrecortada por todo el placer anticipado, pero con ganas de seguir provocándolo para ver las llamas arder.

Alex se humedece el labio inferior con el inicio de una sexy sonrisa en los labios y ese gesto tiene un eco directo entre mis piernas. Por Dios, creo que el corazón nunca me había latido tan deprisa.

Mueve una de sus manos lentamente, sin separarse.

—Yo no comparto lo que es mío, Eden. —Su índice está a punto de acariciarme la piel de los mulos, cada centímetro se derrite por la idea, pero, en lugar de eso, su dedo se desliza por el borde de mi vestido, con la mirada siguiendo el movimiento, demostrándome que es el dueño de la situación.

Tengo que tragar saliva otra vez. Tengo que luchar por no apretar los muslos.

Levanta la cabeza y sus ojos vuelven a atrapar los míos.

—¿Y qué... y qué... pasaría después?

—Que te follaría como te mueres de ganas de que lo haga.

Sí, por favor.

—Alex. —No soy capaz de decir nada más. Estoy a punto de gemir, con todo mi cuerpo temblando suavemente.

Él no deja de mirarme. Se inclina un poco más.

—Mírate —susurra con sus labios casi tocando el lóbulo de mi oreja—, solo puedes decir mi nombre y yo no siento absolutamente nada. ¿Has entendido de una puta vez que no estoy celoso por ti y nunca lo estaré?

La burbuja estalla.

De golpe.

El calor sigue pegado a mi piel, quemándome por dentro, pero ya no es lo mismo. Ahora es incómodo. Demasiado expuesto.

Demasiado evidente.

Alzo la mirada hacia él. Está exactamente igual. Controlado. Arrogante. Intocable. Creo que eso es lo que más duele. No lo que ha dicho, aunque también, sino el hecho innegable de que no le ha costado hacerlo.

Asiento varias veces, gestos pequeños y rápidos. No para él. Para mí. Porque acabo de comprenderlo. Todo esto no ha sido más que

un teatro. Subirme. Dejarme caer. Demostrarme que solo yo me he dejado llevar.

Antes de que pueda controlarlo vuelvo a estar enfadada por sentirme así, por cómo me he sentido antes y por esta estúpida demostración.

—Mensaje captado —digo, y mi voz sale más firme de lo que me siento.

Gracias por eso, universo, Taylor Swift o quien esté al cargo de esta movida.

Me bajo de un salto del escritorio. Durante un segundo temo que las piernas no me respondan, pero lo hacen. Claro que sí. No pienso darle eso.

—Gracias por comportarte como un capullo —añado sin mirarlo.

—Te están esperando —me recuerda como si no hubiese pasado nada, como si no acabara de... joder.

Yo no le respondo y simplemente me largo de su estúpido despacho.

8

Alexander

Me ha costado un puto mundo.

Nunca nada me había hecho necesitar mi autocontrol así.

Me paso las dos manos por el pelo hasta dejarlas en mi nuca a la vez que resoplo.

He hecho lo que tenía que hacer para quitarle de la cabeza la idea de que estaba celoso, para protegerla... pero lo cierto es que lo estaba. Estaba celoso de la hostia solo con la posibilidad de que un imbécil pensara que podía dirigirle la palabra, tocarla, hacerla reír... Eso ha sido lo peor de todo.

Y lo he sentido en un rincón muy adentro y muy oscuro.

Mi cuerpo vuelve a tensarse, mi mandíbula se aprieta.

Al principio solo estaba jugando. Ella se ha puesto celosa de Lindsey y yo me he sentido invencible, joder. Es verdad que he estado con muchas mujeres, nunca me he escondido y a Eden nunca ha parecido importarle, pero esta vez sí y algo dentro de mí se ha despertado arrogante, divertido, satisfecho, feliz.

Pero entonces Eden le ha dado la vuelta al tablero preguntando cómo me sentiría yo si ella saliese con otro y la respuesta ha sido corta y sencilla: querría ver el mundo arder. No hay ninguna posibilidad de que la vea con un gilipollas y me quede de brazos cruzados.

Lo cierto es que no sé de qué me sorprendo. Eden me planta cara, me provoca, me pone las cosas difíciles. Siempre ha sido así. Puedo conseguir acobardar a una junta de veinte accionistas que me sacan mínimo diez años con una mirada, pero Eden es completamente

inmune y a mí me gusta que lo sea y me pone de los nervios a la vez.

No la puedo controlar. Y yo lo tengo todo bajo control. Siempre. Debería odiarlo y lo hago, y no debería gustarme, pero lo hace.

Ya he tenido que luchar conmigo mismo para no abalanzarme sobre ella cuando ha estado aquí la primera vez, pero es que ha vuelto aún más insolente, más convencida de que esto no es una maldita locura, desafiándome, y he hecho lo único que podía hacer. Mentir. Fingir que no me ardían las manos por las ganas que tenía de tocarla, que no me moría por hacerlo cuando la tenía sentada en mi escritorio, por comérmela entera.

Joder.

Joder.

Joder.

Sacudo la cabeza, regreso a mi mesa, a los putos prospectos de inversiones, a lo único que tendría que tener en mente y no a ella. Estoy mirando el papel que tengo entre las manos, pero en el fondo no veo nada porque solo estoy recordando la calidez de su cuerpo tan cerca del mío. Mi respiración se vuelve pesada al pensar en la suya acelerada. Cómo ha pronunciado mi nombre casi como si fuera un gemido.

«Alex.»

Su voz.

—Joder —gruño apretando los dientes.

Las cosas no tendrían que estar yendo así para nada. Se supone que lo del taxi no significó una mierda... y esto tampoco puede significarlo. Es una cría. Una cría que me tiene idealizado pero que en el fondo no ve cómo soy ni lo que significa salir con alguien como yo. Para mí, el Vandervilt Group es lo primero, mi responsabilidad, mi prioridad. No puedo permitir que nadie cambie eso y Eden ni siquiera lo soportaría. Es demasiado sensible. Es visceral. Quiere con todo lo que tiene, hasta el final, te convierte en el centro de su mundo y necesita ser el centro del mundo de la otra persona, ¿y por qué coño iba a pedir menos? Se lo merece. Ella no es el problema. Pero, precisamente porque lo sé, no voy a ser el cabrón que aproveche la situación a su favor. No puedo coger todo lo que me

ofrece y no darle nada a cambio. No sería justo. Y no voy a permitir que nadie, ni siquiera yo, le haga daño.

Todo esto, el taxi, es solo una estupidez y los dos lo olvidaremos con un poco de tiempo.

Me doy un momento para calmarme y recuperar la mente fría y salgo del estudio.

En el instante en el que pongo los pies en el comedor, mi cuerpo se hace hiperconsciente de Eden. No es algo nuevo. Siempre cuido de ella, siempre sé dónde está, pero ahora es diferente, como si la misma idea se hubiese llenado de un millón de matices nuevos.

Está sentada a la derecha de mi madre. El sitio libre, el mío, a su lado.

Eden levanta la mirada y deja que la atrape para demostrarme que puede que le haya afectado, pero no va a esconderse. A veces creo que es demasiado valiente para su propio bien, como si no fuese capaz de ver las señales de peligro o, lo que es peor, aun viéndolas, pensase que puede conseguir que las cosas salgan de manera diferente.

—¿Qué tal el día en la oficina? —me pregunta mi padre sentado a la cabecera de la mesa, frente a mi madre.

—Como siempre —contesto sin darle mayor importancia.

Él asiente, entendiendo perfectamente lo que significan esas dos palabras en una empresa de las dimensiones y el poder del Vandervilt Group y cuántos fuegos se apagan solo para que un día sea «como siempre» y no un puto desastre. Él ocupó el puesto de director ejecutivo antes que yo e hizo un trabajo impecable.

—El jardín va a quedar precioso —le cuenta mi madre—. Esta jovencita —añade cariñosa y divertida refiriéndose a Eden— me ha dado unas ideas increíbles.

Eden sonríe y tengo la sensación de que el maldito salón se ilumina. Algo dentro de mí se llena de alivio. He odiado cómo se ha marchado de mi estudio y necesitaba verla sonreír.

—No esperaba menos de ti —responde mi padre señalando a Eden —. Tienes un talento impresionante.

Su sonrisa se ensancha y baja la cabeza a punto de sonrojarse. Yo me relamo antes de darme cuenta y esa parte de mi mente que está

empeñada en meterme en problemas se imagina cuántas cosas podríamos hacer para que se sonrojara otra vez.

Basta, Vandervilt. Joder.

—¿Qué tal te va en el MoMA? —continúa.

—Genial. Ya casi he terminado con el proyecto del fin de máster y muy pronto tendré los últimos exámenes.

Mi padre asiente satisfecho.

—No te haces una idea de cómo pienso presumir de ti en cuanto termines —le asegura.

—Gracias, señor Vandervilt.

—Podríamos hablar con Peter y Mary Anne —los padres de Eden— y organizarle una fiesta aquí —propone mi madre entusiasmada.

—No será necesario, señora Vandervilt —interviene Eden, pero puede irse olvidando. Mi madre la adora, como mi padre, y no van a perder la oportunidad de dejárselo claro a todo Nueva York.

—Me parece una idea estupenda —la secunda mi padre. Eden tuerce los labios tratando de mantenerse en aquello de «No es necesario», pero mi padre enarca las cejas sosteniéndole la mirada —: No te va a valer de nada protestar, jovencita. Ya te he dicho que pienso presumir muchísimo de ti.

En un descuido, a mi madre se le cae el tenedor.

—¿Te ha llamado Harrington? —me pregunta mi padre.

Sin dudar, Eden se inclina para recogerlo.

—Sí, hemos reprogramado la reunión —le explico. Sin dejar de hablar, sin ni siquiera registrar el movimiento, tapo la esquina de la mesa con la mano para evitar que Eden se haga daño si se golpea al incorporarse—. Quiero que el departamento legal revise todo el papeleo. Si piensan que van a jugar con ventaja, se equivocan.

—Gracias —le agradece Eden a una de las empleadas al entregarle el tenedor que ha caído al suelo.

Seguimos conversando y comiendo. Aún estamos con el segundo cuando recibo una llamada importante que debo atender.

Al ver que me pongo en pie, mi madre me reprende con la mirada.

—Alexander —añade haciendo hincapié absolutamente en todas las letras de mi nombre, incluidas las consonantes. Es un mérito.

Yo finjo no verla ni oírla. Necesito contestar.

Cuando regreso al comedor, todos se han levantado ya, así que pasó al salón, donde imagino que están charlando. Me sorprendo al encontrar solo a Eden, a punto de salir por el otro extremo en dirección al vestíbulo.

—¿Ya te vas? —pregunto, aunque es obvio—. Te llevo.

—No es necesario —se apresura a responder—. No quiero que llegues tarde a tu cita.

La conozco. No está enfadada. Solo está siendo insolente otra vez.

—Tengo tiempo.

—He traído mi coche.

—Jacob —llamo a nuestro jefe de servicio. No tarda un minuto completo en aparecer.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—Haz que uno de los chóferes lleve el coche de la señorita a la mansión Lockhart.

—Por supuesto, señor.

Eden me mira. Se muerde el labio inferior a la vez que niega con la cabeza y una sonrisa se le escapa. Ahora no soy su persona favorita y es verdad que Eden puede enfadarse en cuestión de segundos, pero no es capaz de estarlo mucho tiempo. Además, es muy difícil luchar contra lo que uno lleva años haciendo y, desde que puedo recordar, yo me encargo de llevarla a casa.

—Está bien —cede al fin. Se saca las llaves del bolsillo y se las entrega con cuidado a Jacob—. Cuídamelo, por favor —le pide amable con una sonrisa.

—Pierda cuidado, señorita Lockhart —le asegura antes de retirarse.

—Espérame aquí —le pido—. Termino con unos asuntos y nos marcharemos.

—Está bien.

Vuelvo a mi estudio y sigo trabajando. No entiendo por qué, pero, sabiendo que Eden me está esperando fuera, me concentro mejor. Sin embargo, un asunto se me complica y tardo un poco más de lo esperado.

—Ya podemos irnos —anuncio regresando al salón. Al no obtener respuesta, frunzo el ceño.

Pero entonces la veo, acurrucada en uno de los sofás, dormida.

9

Alexander

Me acerco un paso más hacia ella, quiero pensar que por inercia, pero sé que no es verdad. Tiene la respiración tranquila, los labios suavemente entreabiertos y su pelo desperdigado por mi sofá, y no puedo evitar que me parezca la cosa más sexy y dulce sobre la puta faz de la tierra.

Tomo una bocanada de aire sin levantar mis ojos de ella porque hay más. No está desafiándome, no está provocándome, y, aun así, sigue siendo un puto problema.

La deseo y no debería hacerlo. Quiero follármela y eso es algo que nunca voy a permitir que pase.

Y a pesar de tenerlo claro... aquí estoy, mirando cómo duerme, dejando que mi imaginación vuele libre y peligrosa porque podría estar dormida exactamente así, desnuda en mi cama, después de que me hubiese dejado hacerle de todo.

Me humedezco el labio inferior luchando contra esa idea, contra lo que esa idea me hace sentir.

Aprieto los puños con fuerza junto a mis costados.

No sé cómo lo logro porque juro que puedo olerla desde aquí, pero consigo mantenerme alejado de ella. Me merezco un maldito trofeo.

—No la despiertes —la voz de mi madre casi en un susurro me distrae, pero tardo un segundo de más en apartar mis ojos de Eden —. Últimamente está trabajando muchísimo —añade deteniéndose a mi lado, mirándola también, aunque yo me esfuerzo en no hacerlo —. Termina exhausta cada noche.

Lo sé. Eden no solo tiene talento, también se esfuerza, muchísimo, y estoy jodidamente orgulloso de ella.

—Llévala en brazos —me insta mi madre.

Hostia. No. Es el primer premio a las malas ideas.

—Mamá... —empiezo a decir, buscando una excusa sobre la marcha. Necesito que sea buena, la he llevado en brazos demasiadas veces. No va a colar que a estas alturas diga simplemente que no.

—Alexander, está dormida y agotada. Ten un poco de corazón.

Cabeceo. Es una pésima idea... Es peor que eso... Es... Pero Eden entra en mi campo de visión de nuevo y mi cuerpo se tensa un poco más con una tensión diferente, llena de una anticipación que no debería sentir pero que aun así siento. Y las manos me pican por las ganas de tocarla y mi cabeza moldea la realidad para conseguir lo que quiero y de pronto una muy mala idea se transforma en una excusa perfecta.

No digo nada y camino despacio hasta ella. Uno de mis brazos se desliza entre el mullido sofá y la parte de atrás de sus rodillas; el otro, tras su espalda. Un *flashback* de su espalda desnuda en aquel taxi me sacude y se entremezcla con la calidez que siento ahora, con su piel caliente ahora.

Mi respiración se vuelve un puto caos.

El corazón, un motor rápido, constante, acelerado.

Me incorporo llevándola conmigo, con la mirada fija en su cara. Eden murmura algo en sueños y se acurruca contra mi cuerpo. Encajamos. Maldita sea, es algo mejor que eso. Es como si aquí fuese exactamente donde tiene que estar, donde quiero que esté, a donde pertenece.

Mi madre dice algo, pero no la escucho y empiezo a andar.

A cada paso, el mundo va sobrándome un poco más.

Entramos en la penumbra del vestíbulo, Glen Cove se extiende al otro lado de la puerta abierta de la propiedad, arboledas salpicadas de mansiones llenas de luces tenues. Nueva York despierta a lo lejos repleta de vida, aunque todos los demás se estén yendo a dormir.

Pienso muchas cosas. Lo fácil que sería montarla en mi coche y largarnos lejos de aquí, donde no fuéramos nosotros y pudiéramos

reescribir nuestra historia como nos pareciera, como necesitáramos, como quisiéramos. Un hombre sin responsabilidades con las que cargar, una chica con todo el futuro por delante. Suena jodidamente bien.

Entonces noto su respiración. Está suavemente acelerada. Está despierta fingiendo estar dormida y yo decido fingir que no lo sé para poder estar así un poco más. Una canción empieza a sonar a nuestro alrededor, aislándonos un poco más, convirtiéndonos en dos supervivientes de todo lo demás.

Sus dedos, furtivos, nerviosos, curiosos, comienzan a moverse despacio sobre mi camisa.

Mis manos se vuelven más posesivas sobre su piel y la estrecho un poco más fuerte contra mi pecho.

Eden gime bajito.

El león ruge, reclamando.

Se acurruca contra mi pecho y hunde la cara en mi cuello. Yo ladeo la cabeza hacia ella, persiguiendo la sensación.

Sigo caminando. La música sigue sonando. Seguimos así de cerca. Nada para los demás. Todo para nosotros.

Bajo las escaleras del porche. El aire frío nos recibe, pero nosotros solo somos calor. Veo el puto coche y lo odio porque eso significa que esto va a acabarse, que tendré que soltarla y, joder, no quiero.

Uno de los empleados me abre la puerta del copiloto. Le hago un gesto con la cabeza para que se largue.

Debo mentalizarme y me cuesta un mundo, pero tengo que soltarla, es lo que toca y, maldita sea, he de hacerlo.

Con cuidado, la dejo sobre el asiento, llamándome idiota en todos los idiomas que existen. El frío me golpea cuando la separo de mí. Las ganas se multiplican por un puto millón. Algo dentro de mí gruñe salvaje, instintivo. Aprieto los dientes.

No me aparto del todo.

No separo las manos de ella.

Y Eden abre los ojos.

10

Eden

Abro los ojos y los suyos están frente a mí, muy cerca, esperándome. Sus manos aún están en mi piel y mi mente, mi cuerpo, mi corazón, se recrean en esa sensación, como si quisiesen guardarla para siempre.

Dios, podría salir volando ahora mismo.

Mis dedos sujetan su camisa a la altura de su estómago, como si fuera mi ancla. Nada importa a nuestro alrededor, es como un hechizo, como una maldición. Un deseo haciéndose realidad muy lento, torturándote a la vez que te hace feliz.

El corazón va a escapárseme del pecho, pero no me importa. Firmamos un pacto sin que ninguno de los dos diga palabra. Esto todavía no ha terminado.

Alexander me abrocha el cinturón de seguridad y cierra la puerta. Trato de calmar mi respiración, pero es imposible y mi mirada lo sigue cuando rodea su imponente *coupé* para alcanzar el sitio del conductor.

Aprieta el volante con fuerza. Arranca. Las ruedas hacen sonar la gravilla bajo ellas cuando salimos deprisa y la noche, a cambio, nos come despacio.

Ninguno habla, pero la tensión crece excitante, sensual, caliente.

No hay música, pero juraría que los dos estamos escuchando la misma canción.

Los faros del coche son lo único que ilumina el camino lleno de árboles, de cancelas de hierro forjado y muros altos.

Lleva una mano en el volante, la otra en el cambio de marchas. La mandíbula, tensa. La mirada, fija en la carretera, como la mía.

Trato de calmarme pero no puedo. Trato de pensar pero no quiero.

Veo su nuez moverse cuando traga saliva y es como una grieta en todo su autocontrol que conecta directamente con mi sexo y no puedo contenerme y tengo que apretar los muslos para luchar contra el calor. Es demasiado sexy. Demasiado guapo. Y, el hombre que nunca pierde el control, lo está perdiendo, aunque solo sea un poco, por mí.

Alex nota mi gesto igual que yo he notado el suyo. Los nudillos de la mano con la que agarra el volante se emblanquecen sobre el cuero, luchando, conteniéndose. Y, entonces, pasa... mueve la otra mano y la coloca en mi muslo.

Inmediatamente una corriente eléctrica viaja por todo mi cuerpo. Tomo una bocanada de aire para ahogar un gemido.

Mi piel arde.

Mi piel lo desea.

Mi piel es feliz.

Empieza a subir, despacio, asegurándose de que siento sus dedos, de sentirme a mí. Ninguno aparta la vista de la calzada. Mi voz se convierte en un mar de jadeos. El cuero cruje bajo su mano en el volante.

Sube un poco más.

Se esconde bajo mi vestido.

Gimo. Todo me da vueltas. El corazón me late a un millón de revoluciones por segundo. Lo necesito.

Un poco más.

Está a punto de llegar a mis bragas.

A todo lo que importa.

De pronto echa el coche a un lado de la carretera, frenando de golpe. Nos bajamos del mundo.

Giro la cabeza hacia él justo a tiempo de verlo quitarse el cinturón y volver su cuerpo hacia mí sin apartar su mano de mi piel. Levanta la otra, sus dedos me acarician lentamente la mejilla mientras se acerca un poco más, mientras lo deseo más, más, más.

—Esto va a cambiarlo todo —me advierte con la voz ronca, mirándome a los ojos.

—No me importa —respondo en un susurro.

Sus ojos bailan de los míos a mis labios. La tensión se vuelve sofocante de la manera más maravillosa imaginable.

Se acerca un poco más.

Cierro los ojos.

—¡Ey! ¡Ey! ¡Ey! —las voces de Mellow y Val entremezcladas con el claxon de su BMW y una canción electrónica a todo volumen irrumpe en el *coupé* como una horda de soldados enemigos.

Nos separamos de inmediato mientras el coche de Mellow se detiene de un frenazo junto a nosotros.

—No me digas que el gran Alexander Vandervilt ha pinchado —se burla—. Yo creí que hasta el asfalto te obedecía.

Val se asoma por la ventanilla, apoyando la barbilla sobre los brazos cruzados.

—¿Vais o venís? —nos pregunta.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero la acabo cerrando sin saber qué decir.

—Vamos —responde Alex con esa seguridad envidiable, aunque yo puedo ver las grietas, que está luchando, con más éxito que yo, por no parecer aturdido—. Estoy llevando a Eden a casa.

—Genial —sentencia mi hermana con una sonrisa—. Nosotras también vamos para allá. Podemos pasar un rato todos juntos.

Alex me mira. Nuestros ojos conectan enseguida y la tensión vuelve, la música, la burbuja, nuestra conexión, pero, tras un segundo de más, aparta su mirada de la mía y asiente a las chicas.

—Hay que llamar a Teddy —recuerda Mellow.

Val asiente un par de veces y regresa al interior del coche para sacar su teléfono.

El resto del camino hasta mi casa lo hacemos en silencio. Alex no aparta la mirada de la calzada.

Cuando llegamos, me abre la puerta como cada vez, pero no vuelve a mirarme.

Nos sentamos todos juntos en la sala de estar. Ted no tarda en llegar. Charlamos, nos reímos, pero solo estoy disimulando como una

ninja perfectamente entrenada. Mi mente no puede dejar de volar al coche, a su mano en mi muslo, a cuando me tenía entre sus brazos.

Alex está más callado de lo habitual. Nadie le da importancia, dando por hecho que será por el trabajo, pero yo sé que no tiene nada que ver.

Nos despedimos como siempre, todos a la vez, manos al aire, «Hablamos mañana» y «Llámame cuando termines el curro» entrelazados mientras se oyen más risas.

Val camina a mi lado mientras nos dirigimos al interior de la mansión. Ted le ha pasado el brazo por los hombros a Alex mientras se acercan a los coches.

No puedo contenerme y miro por encima de mi hombro hacia atrás buscándolo a él, un gesto, lo que sea. Necesito un detalle que me diga que esto no va a acabarse aquí, que no va a ser un intento fallido y nada más... pero Alex no se gira.

El corazón duele, pero no se rompe. Respiro hondo y continúo andando.

Pero, si hubiese aguantado un momento más, si me hubiese girado otra vez, habría visto cómo Alex también lo hace, buscándome.

11

Eden

El día siguiente es una auténtica locura. El proyecto, la exposición, el último examen... y la solicitud para el puesto en *ARTNews*. Me he presentado. Soy consciente de que tendría que haberlo pensado un poco más, pros y contras y todas esas cosas tan útiles, pero es que tenía que hacerlo. Será una oportunidad increíble de ser independiente. Quiero alquilar mi propio apartamento, pagar mis facturas. No voy a negar que me preocupa un poco que el trabajo no me deje tiempo para dibujar, que es donde quiero que esté mi futuro, pero me esfuerzo en ser optimista y pensar que encontraré la manera de compaginarlos.

He estado tan ocupada que para cuando termino son casi las cuatro y aún no he comido.

Me despido de mis compañeros y camino unas cinco manzanas con mis preciosas sandalias sin tacón hasta un *diner* muy chulo con una comida increíble. Las chicas, Ted, Alex y yo solemos venir mucho.

«Alex.»

No sé qué estaba esperando que pasase a lo largo de la mañana. Sé que lo sencillo habría sido suspirar enamoradísima solo con recordar lo que ocurrió ayer, pero lo cierto es que no lo sé. Fue muy intenso, pero también muy confuso. Nos habíamos puesto celosos, habíamos discutido y de pronto estaba en sus brazos, fingiendo estar dormida porque no quería que me soltase... y él se sintió exactamente igual. Eso significa que yo tenía razón, con el taxi, con los celos, con todo, y, si se siente así, ¿por qué lo negó?, ¿por qué

no me miró antes de marcharse anoche?, ¿por qué no me ha escrito esta mañana?

No soy estúpida. Sé la respuesta. Piensa que es un error. Pretende fingir que nada ha pasado. Sigue viéndome como una cría. Elijan respuesta, pueden combinarse, pero al final da igual porque lo que tiene que importarme es cómo me siento yo respecto a todo esto. No quiero renunciar a la posibilidad de tener algo con Alexander, pero tampoco quiero ser el error de nadie.

De ahí que no haya tenido la menor idea de qué esperar hoy.

En cualquier caso, lo único que ha habido ha sido silencio. No me ha llamado, no me ha mandado ningún mensaje, y yo tampoco lo he hecho.

Pero ahora estoy aquí en este *diner*, recordando exactamente lo que prefiere pedir cuando venimos, sabiendo a la perfección que no habrá parado de trabajar para comer y que, si las cosas entre nosotros fuesen como siempre, compraría comida para los dos, iría al Vandervilt Group y lo obligaría a parar porque, al contrario de lo que él piensa, no puede alimentarse solo de almas de ejecutivos.

Resoplo.

No debería dudar.

Justamente hoy no se merece que vaya hasta allí... pero es mi decisión. Yo elijo dónde poner a Alexander en mi vida y quiero recuperar la normalidad entre los dos.

Hecho.

—Para llevar —le digo al camarero cuando se acerca armado con un bloc y un lápiz.

Pido mi comida preferida, estofado de ternera, la de Alexandre, sándwich de rosbif y dos trozos de tarta, la suya de chocolate, como siempre, la mía una superdeliciosa que he visto en la carta con pistachos, vainilla y *toffee* salado.

***

—Hola, Patty —saludo a la secretaria de Alexander cuando todavía estoy a unos pasos de su mesa.

—Eden —responde devolviéndome la sonrisa—, ¿qué tal estás?

—Genial. Como tú en cuanto te comas esto.

Abro la bolsa creando un poco de misterio y le entrego una cajita llena de *macaroons* de frambuesa. Al verlos se le ilumina la mirada.

—Eres la mejor.

Mi sonrisa se ensancha. Esta mujer es una de mis personas favoritas en el mundo. Me cae de maravilla y es una gran profesional que no solo soporta a Alex, por lo que básicamente se merece una estatua, sino que le hace la vida más fácil y por ese motivo, automáticamente, me encanta.

—¿Cómo va nuestro gruñón? —le pregunto dirigiéndome a la puerta del despacho de Alexander.

—No de muy buen humor.

Pongo los ojos en blanco, un claro «Cómo no» que hace que Patty vuelva a sonreír, justo antes de girarme hacia la puerta y abrir sin llamar.

Al sentir la puerta abierta, Alex levanta la mirada de los documentos que revisa, pero el gesto que normalmente duraría un segundo se alarga un poco más.

Por mi parte, decidida a recuperar la «normalidad», no me fijo en lo guapísimo que está con el traje a medida y de corte italiano —siempre son a medida y de corte italiano— gris marengo, la camisa blanca y la corbata también gris. Ni en ese extra de atractivo que le da estar sentado a su escritorio, en este inmenso y elegante despacho, con su reino, Nueva York, extendiéndose a sus pies al otro lado de la pared de cristal.

—¿Qué haces aquí, Eden?

—Asegurarme de que comas —contesto con total naturalidad, caminando hasta la versión reducida de la mesa de la sala de reuniones; esta solo está pensada para seis personas y está en un extremo de la estancia, junto a los ventanales.

—No tengo tiempo para comer.

—Lástima que la biología opine lo contrario.

—La biología no tiene que acabar de revisar todo esto.

—No, ella es más lista.

Me mira mal y yo tuerzo los labios divertida, dejándole cristalinamente claro que me siento muy orgullosa de mi comentario.

Alexander no dice nada, dándome por imposible, y vuelve a concentrarse en sus papeles mientras coloco la bolsa sobre la superficie de cristal y comienzo a sacar los contenedores de comida.

No es la primera vez que vivimos esta situación. Él piensa que lo de comer está sobrevalorado cuando puedes trabajar, yo impido que muera de inanición. Alex se queja, yo paso de él y acabamos comiendo juntos en esta misma mesa.

El olor a *diner* llena el espacio en cuestión de segundos, recordándome que estoy hambrienta. Lo preparo todo, incluido servilletas, cubiertos y dos botellitas de agua San Pellegrino sin gas heladas que cojo del minibar.

—Listo —anuncio girándome hacia él.

—Mocosa...

Los dos reaccionamos a esa palabra. A mí me molesta más de lo que debería y por un segundo me quedo congelada, como si mi cuerpo hubiese esperado no oírla nunca más. Alexander traga saliva, me mira, pero rápidamente se concentra en su ordenador con algo a medio camino entre un gruñido malhumorado y un resoplido muy malhumorado.

—No tengo tiempo —termina su frase.

Yo no me doy opción a analizar nada de lo que acaba de pasar.

—Me da igual. Vas a comer.

—Tengo —empieza a contestar, pero yo ya he echado a andar y sin dudar me he sentado en su escritorio, frente a él, obligándolo a apartarse— que trabajar —concluye mirándome a los ojos.

Me encojo de hombros.

—¿Te he comentado ya lo poco que me importa?

—Eden —me reprende dejándose caer sobre su sillón de ejecutivo, con ese tono ronco y amenazante que me hace imaginarme un montón de cosas... cosas que por motivos obvios ya no voy a imaginarme, pero que están ahí, acechándome, como un actor porno con mucha tenacidad.

—Alexander —me rio un poco de él.

No sé exactamente qué pasa, pero sí que algo lo hace porque los dos nos quedamos en silencio mientras seguimos mirándonos y el ambiente a nuestro alrededor poco a poco comienza a cambiar.

Me hago aún más consciente de él; de la manera en la que está recostado, como si el mundo le perteneciese y le sobrase al mismo tiempo. La piel me quema donde sus increíbles ojos se posan. Y me muero de ganas por hundir mis dedos en su pelo castaño oscuro. Es una maldita fantasía.

Pero todo se hace un poco más potente cuando siento su mirada recorrer mis piernas y subir despacio, masculino, dibujando mi cuerpo.

De pronto hace mucho calor y no debería.

De pronto el corazón me late muy rápido y no debería.

—Serán solo veinte minutos y podrás volver al trabajo —le aseguro, pero mi voz, involuntariamente, suena un poco más acelerada, más trémula.

—Está bien —responde sin levantar su mirada de la mía.

Yo asiento, obligándome a moverme, me bajo de un salto y, sin volver a mirarlo, me dirijo hacia la mesa. No lo busco, pero lo oigo levantarse, empezar a caminar en mi dirección, y cada paso cadencioso y seguro es como una especie de castigo para mí. Mi respiración se acelera y, si no fuera una locura, diría que la habitación acaba de jugar con las leyes de la física y se ha encogido hasta medir solo dos centímetros.

«¡Tía, para de una vez!», me riñe mi voz de la conciencia y, maldita sea, qué razón tiene.

No sentamos el uno junto al otro.

—Te he traído tu preferido —le explico con una sonrisa— y, de postre, tarta de chocolate.

—Gracias —responde justo antes de coger el sándwich y darle un bocado.

Como era de esperar, en el momento en el que ha visto la comida, se ha dado cuenta de que estaba hambriento.

Los primeros minutos comemos en silencio, pero es algo muy cómodo. La verdad es que entre nosotros siempre ha sido así, podemos charlar, podemos discutir, mucho, pero también podemos estar callados, simplemente con el otro cerca.

—Tengo algo que contarte —le digo después de darle un trago a mi botella de agua. Alexander me mira para que continúe—. Me he

presentado como candidata a un puesto en la revista *ARTNews*.

Lo suelto de un tirón y después me muerdo el labio inferior esperando su respuesta. No sé por qué me pone tan nerviosa este trabajo o la posibilidad de conseguirlo. Supongo que es porque significará un paso muy importante para mí y marcará mi futuro.

—Creí que querías vivir de tus dibujos —plantea serio, dejando la botellita de agua sobre la mesa—. Eres una artista.

—Y quiero hacerlo. Es mi sueño, pero necesito un trabajo...

—Dibujar es tu trabajo.

—Un trabajo de verdad.

—¿Quién te ha dicho que tu arte no es un trabajo de verdad?

«Tu arte». Suena increíblemente bien. Una ola de calidez me baña por dentro, igual que un efervescente orgullo. Desde que tengo uso de razón he querido ganarme la vida dibujando. No me imagino haciendo ninguna otra cosa... pero hay que ser realistas.

—Todavía no he vendido un dibujo —le recuerdo.

—Tampoco lo has intentado —me recuerda él a mí—. Prepara una exposición.

—Ninguna galería va a exponer mis dibujos. No soy famosa.

El arte es un negocio, más que nunca, y uno muy lucrativo. Las galerías, los espacios artísticos, todos buscan un beneficio y, aunque es comprensible, también cierra muchas puertas a artistas noveles que tienen mucho que demostrar pero pocas oportunidades donde hacerlo.

—Pues consíguelo —insiste—. Sigue dibujando.

—¿Crees que voy a rendirme? —lo desafío—. No pienso hacerlo. No voy a renunciar a dibujar, pero...

Niego con la cabeza. Lo cierto es que tengo miedo. Siempre me he visualizado alcanzando mi sueño, pero ¿qué pasa si me equivoco? Fracasar es parte del proceso, de la vida, pero no quiero fracasar con la parte que siento más mía.

Tomándome por sorpresa, Alex gira mi silla al tiempo que él también se mueve dejándonos frente a frente. No me lo esperaba y suelto un pequeño jadeo.

El contacto visual es inmediato, la conexión se vuelve física y mi respiración se acelera mientras la palabra *posesión* se ilumina en un

cartel de neón al fondo de mi cabeza.

—Si empiezas a trabajar en *ARTNews* —me explica inclinándose, acercándose más a mí—, dejarás de tener tiempo para dibujar y al final dejará de ser tu sueño para convertirse en un *hobby* al que dedicarás unas horas de vez en cuando. No voy a permitir que un talento como el tuyo se desperdicie.

Alex no lo pronuncia como un cumplido fácil, lo hace como una constatación, como si para él fuese algo obvio.

—No quiero renunciar a mi sueño, pero quiero ser independiente, mudarme, pagar mis facturas...

—Tú sigue dibujando, yo me encargo de todo lo demás.

En cuanto pronuncia esa frase, el aire de la habitación cambia y sus palabras se quedan flotando entre los dos. Podríamos tomárnoslo por el lado que no nos traería complicaciones —a él le sobra el dinero, somos amigos, siempre ha cuidado de mí—, pero los dos elegimos el significado que lo hace todo un poco más difícil.

Sonrío, es imposible que no lo haga después de lo que ha dicho, y lo miro un segundo de más a los ojos antes de hablar.

—No voy a dejar que me mantengas, Vandervilt —le dejo claro divertida, inclinándome yo también.

Ninguno de los dos lo ha buscado, pero ahora estamos muy cerca.

Me da igual cuánto dinero tenga, el que tengan mis padres. Yo quiero decidir lo que pasa en mi vida y costeármelo.

—Pero ¿y si yo sí quiero hacerlo, Lockhart? —replica. Es como un maldito encantador de serpientes; con esa mirada, podría conseguir cualquier cosa de cualquier persona—. Puedo ser tu mecenas.

—Si viviéramos en Florencia en el siglo XV, serías un Médici fantástico.

Alex sonríe.

—Estaría todo el día comprando arte y controlando el Mediterráneo. Aunque siempre me he visto más como un Borgia —añade entrecerrando los ojos.

—Te pega muchísimo —le sigo el juego— Tienen una historia mucho más truculenta —sentencio en un susurro.

Alex enarca las cejas fingiéndose intrigado.

—Explícame mejor eso de «truculenta» —me pide bajando la voz, convirtiendo esta conversación es un sexy susurro.

El calor vuele. El corazón desbocado, también. Y sin darnos cuenta ya estamos jugando.

—Ya sabes, la ambición desmedida, métodos brutales contra los enemigos, hacer todo lo necesario por conseguir el poder.

Me pierdo en sus ojos grises mientras Alexander apoya sus manos grandes y fuertes en mi silla, flanqueando mis piernas. Otra vez su cuerpo llama al mío y la sensación me emborracha.

—Dicen que Lucrecia Borgia enamoraba a los hombres —continúo —, los volvía locos hasta que le proponían matrimonio y después envenenaba a sus maridos tras utilizarlos como piezas políticas.

Alex recorre mi cara antes de volver a centrar su mirada en mis ojos y la mía persigue la suya, disfrutado de lo bien que me hace sentir que haga justo eso.

—Una mujer interesante —afirma.

—Desde luego, aunque una mala idea encontrártela un viernes por la noche.

Una sonrisa atractiva y perezosa se dibuja en sus labios por mi comentario.

La tensión crece un poco más, sofocante, deliciosa, perfecta.

Quiero seguir jugando, pero también estoy a punto de gemir. No soy capaz de pensar y, antes de darme cuenta, niego con la cabeza a la vez que un resoplido se escapa de mis labios. Acto seguido rompo a reír nerviosa y encantada al mismo tiempo.

El gesto se le contagia y unos segundos después estalla en risas conmigo.

De alguna manera las carcajadas rompen el hechizo del momento sexy-Renacimiento y me echo hacia atrás en mi silla, creando un poco de espacio e inspirando una porción de aire que no huela maravillosamente a Alex.

Él ve mi movimiento y, con los codos apoyados sobre sus rodillas entreabiertas, me concede la huida. Nunca me he sentido más como una gacela escapando del león.

—Quiero ser independiente y eso te incluye a ti —reconduzco la conversación.

Alex me mantiene la mirada, impasible, arrogante.

—Está bien, pero, como dejes de dibujar, te secuestraré y te llevaré a una isla desierta, donde te dedicaras a dibujar.

Ladeo la cabeza, saboreando internamente todas las implicaciones de esa hipotética idea.

—¿Y qué piensas hacer tú en esa isla?

La frase sale antes de que pueda controlarla, dulce y provocadora a la vez, aunque no sé cómo demonios lo consigo, simplemente pasa.

—Vigilar que tú —dice haciendo hincapié en mi pronombre personal— dibujes.

—Un poco aburrido, ¿no, Vandervilt?

—No te preocupes, tengo claro a qué dedicaría todo el maldito día.

—¿Es una amenaza?

Alex toma una bocanada de aire sin levantar sus ojos de mí. Es sexy, salvaje, casi intimidante.

—Es una puta promesa.

12

Alexander

Eden baja la cabeza apartando la mirada al tiempo que una sonrisa se cuela en sus labios y se ruboriza.

Yo respiro pesado sin levantar mis ojos de ella a la vez que me echo hacia atrás, tensando mi cuerpo, manteniéndolo bajo control, atándome en corto porque todo lo que quiero ahora mismo es sentarla a horcajadas sobre mí y colar mis manos bajo su vestido mientras la beso con fuerza.

Lo de antes iba completamente en serio. No voy a dejar que desaproveche su talento y, mientras yo viva, ella no tendrá que preocuparse de pagar las facturas o el alquiler. Es su sueño. No voy a permitir que renuncie a él.

—Será mejor que terminemos de comer —dice moviendo su silla hasta quedar de nuevo frente a la mesa.

Me humedezco el labio inferior, observándola. Está nerviosa. Y Dios sabrá por qué eso me está poniendo como una moto. Me gusta que reaccione a mí, que se ruborice, que se ponga nerviosa, hacerla sonreír... gemir.

Cállate, Vandervilt.

Me obligo a comportarme, me giro hacia la mesa y los dos abrimos los pequeños envases con el postre. Ella mira el suyo ilusionada y coge la cuchara.

—Lo he visto en la carta y he tenido claro que tenía que pedirlo —me explica—. Seguro que está delicioso.

Pero entonces se mete una cucharada en la boca y la expresión pasa de emoción absoluta a disgusto absoluto. La comisura de mis

labios se eleva en el inicio de una sonrisa. Con Eden siempre pasa lo mismo. Lee el nombre de un postre o lo ve pasar y da por hecho que será la octava maravilla culinaria, pero, cuando lo prueba, nunca le gusta.

—¿Por qué? —se lamenta—. Me dejo embaucar por los postres y ellos me estafan. Debería pedir siempre tarta de chocolate. Es el único que nunca me defrauda.

Me tomo un momento para mirarla.

—Le tienes demasiada fe a la repostería —sentencio empujando mi trozo de tarta de chocolate hasta dejarla delante de ella.

A Eden se le ilumina la mirada.

—¿Para mí?

—Sí, a mí no me apetece.

—¿Seguro? —pregunta apuntándome con la cuchara.

—Seguro.

—¿Seguro?

Se me escapa algo a medio camino entre un resoplido exasperado y una sonrisa exasperada.

—Seguro.

Eden sonríe de oreja a oreja y comienza a comer. Yo me levanto y empiezo a recoger. Con el primer bocado suelta un ruidito maravillado y no puedo evitar que mi sonrisa se ensanche mientras llevo los envases de nuestra comida a la basura.

***

—Me marcho ya —anuncia saliendo del baño.

Mi despacho vuelve a parecer solo un despacho y yo tengo muchísimo trabajo que hacer.

—Quédate hasta que termine y te llevo. Esta noche cenamos todos en casa, ¿recuerdas?

Mis padres tienen unos asuntos que tratar con los suyos, así que los han invitado a cenar, Eden y Val incluidas. Ted se ha apuntado por su cuenta y riesgo.

Ella mira su reloj de pulsera y asiente quitándose el bolso de nuevo, que ya tenía cruzado sobre el vestido.

Yo regreso a mi escritorio. Eden va hasta la estantería y coge el cuaderno de bocetos y la caja de lápices que tiene aquí. Se quita las sandalias y se acomoda en el sofá. Yo abro la primera carpeta y sigo con los prospectos de inversiones del proyecto Johnson.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando muevo la vista de la pantalla del ordenador y la llevo hasta ella. Está muy concentrada en su cuaderno, siguiendo con la mirada los suaves trazos que hace con la mano.

Siempre me han gustado estos momentos de paz. Los dos trabajando, en la misma habitación, en silencio pero sintiendo la compañía del otro. No recuerdo cuándo empezamos a hacerlo. Creo que desde siempre. No hay una época anterior a esto en este despacho. Me convertí en CEO con veintiséis, ella ya estaba en la universidad y casi a la vez empezaron las comidas aquí, comprarle un cuaderno de bocetos y una caja de lápices para que pudiera trabajar mientras me esperaba.

Vuelvo a prestar atención a los documentos que tengo delante, los reviso y empiezo a firmarlos.

—¿Qué? —digo sin alzar la mirada cuando noto la suya sobre mí.

—Nada —responde pensativa—. ¿Alguna vez te has preguntado qué se sentiría siendo un rascacielos?

Paso la hoja y firmo en la parte inferior.

—Lo que te dijeron que era un cigarrillo normal, no lo era. No vuelvas a fumarlo —comentó burlón.

—Vamos, no seas tan cuadriculado —replica como si abrir mi mente justo ahora fuese importantísimo—. Solo... piénsalo. Serías colosal y fuerte, rodeado de otros edificios más pequeños que tú y a la vez compitiendo con tus iguales, el Chrysler, el Empire State, el Flatiron, que es más bajito pero lo compensa con muchísimo estilo.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa mientras leo el siguiente contrato.

—Serías un...

—Gigante —termino la frase por ella.

La siento sonreír.

—En serio, Vandervilt —sentencia—. Un gigante en una isla, luchando porque sea tu territorio. ¿Cómo te sentirías si lo lograras?

Algo me pide que alce la cabeza y lo hago. Nuestras miradas conectan.

—Invencible —respondo.

Ella sonríe. La clase de sonrisa que no tengo ni idea de por qué me alimenta, como si estuviese orgullosa de mí, como si admirase lo que hago aquí cada día, como si pensase que soy mejor de lo que soy.

—Lo imaginaba —contesta antes de, con esa preciosa sonrisa, devolver su vista al dibujo.

Eden Lockhart, eres jodidamente peligrosa.

***

A las seis, quiera o no, tengo que despejar mi mesa y levantarme. Mi madre me matará si llegamos tarde a la cena.

—Hora de irnos —la aviso.

—Un segundo —me pide concentrada en su cuaderno.

—No tenemos un segundo —le recuerdo poniéndome la chaqueta, subiéndomela por los dos hombros a la vez y ajustándomela de un par de tirones de las solapas—. Tus padres y los míos nos están esperando.

—Si me sigues incordiando, en vez de un segundo, necesitaré dos.

Resoplo armándome de paciencia con mi mirada sobre ella, un gesto que suele funcionar con todo el maldito planeta menos con Eden.

Cruzo mi despacho, pero, cuando estoy a punto de alcanzarla, ella cierra rápido el cuaderno, coge la caja de lápices y deja ambas cosas en la estantería.

Un momento.

—¿No quieres que vea tu dibujo? —pregunto observándola perspicaz.

—Efectivamente —contesta en absoluto arrepentida, regresando hasta el sofá y recogiendo sus cosas.

—¿Por qué? Quiero verlo.

—Pues no puedes porque aún no está acabado.

Doy un paso hacia ella.

¿Qué está escondiéndome?

—Eso no te ha importado antes.

—Cada obra es un mundo y esta no puedes verla hasta el final.

La miro, intimidante, para salirme con la mía, pero ella me mantiene la mirada sin problemas.

—Está bien —decido de pronto—, pero, sea lo que sea, ese dibujo es mío y lo quiero firmado.

—¿Por qué? —su turno de preguntar—. ¿Quieres incriminarme en un delito?

—No lo descarto —se aguanta una sonrisa frunciendo los labios—, pero ese dibujo lo quiero firmado porque algún día valdrá una pasta.

Ahora es Eden la que sonríe y la habitación entera se ilumina. Es lo que pasa cuando alguien cree en ella y es alucinante.

—Tipo listo —bromea.

Me encojo de hombros quitándole importancia.

—Previsor.

Otra vez no tengo ni idea de cómo pasa, pero nos quedamos mirándonos. Nueva York sigue bajito al otro lado del cristal, con taxis amarillos en un millón de direcciones y los rascacielos empezando a iluminarse uno a uno en la postal más icónica del planeta.

—Tienes la corbata torcida.

No ha terminado de decirlo cuando camina hasta mí y, como ha hecho millones de veces, me coloca bien el nudo, concentrada en lo que sus dedos hacen, también como cada vez, pero yo, a diferencia de todas esas ocasiones anteriores, no estoy con la cabeza en el Vandervilt Group, ni simplemente relajado. Ahora estoy recorriendo su cara... la manera en la que arruga levemente el entrecejo cuando está concentrada; cómo entreabre los labios suavemente y, cuando se da cuenta, se muerde el inferior para controlar el gesto; las pecas que tiene en la parte superior de las mejillas, solo unas poquitas, que se difuminan en el puente de su nariz pequeña y respingona.

Me fijo en sus labios...

Respiro hondo.

Podría describir su cara de memoria porque simplemente me la sé. Tengo grabados todos esos detalles y ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ha pasado.

—Ya está —dice acariciando el nudo de la corbata con los índices de ambas manos.

Eden levanta la mirada buscando la mía y yo la atrapo sin dudar.

Ninguno de los dos se mueve. Ninguno de los dos quiere. Y de pronto nos damos cuenta de lo cerca que estamos.

Baja las manos hasta que las palmas, dubitativas, descansan sobre mi pecho.

Lo hemos hecho millones de veces y, sin embargo, parece completamente diferente.

13

Alexander

Noto cómo su respiración se acelera y es como un maldito canto de sirena porque ya no puedo levantar la vista de sus labios.

La mía también se vuelve más pesada, casi errática. Dicen que la imaginación puede ser el peor enemigo de un hombre, pero es que yo ya ni siquiera la necesito. No necesito imaginar lo que le haría. Lo sé.

Lo deseo.

Lo quiero.

Eden es una tentación.

Es un problema.

Se me ha metido bajo la piel.

Pero entonces ella cabecea suavemente a la vez que deja escapar todo el aire de sus pulmones, casi un suspiro, y se aparta de mí.

Mi cuerpo protesta muy cabreado, pero mi sentido común regresa de donde coño sea que le ha parecido bien largarse y me recuerda que esto es lo mejor. Volver a puerto seguro, a la relación que siempre hemos tenido, a la que debemos tener.

Es lo mejor, pero, aunque lo pienso y sé que tengo razón, también tengo que domesticar las putas ganas.

Mientras, ella se gira nerviosa, vuelve al sofá y se pone los zapatos, el segundo, levantando el pie y llevándoselo hacia atrás a la vez que gira la cabeza en un movimiento que me parece la hostia de sexy y que me deja ver la curva de su cuello y cómo unos mechones que se han escapado de su coleta le acarician la nuca.

¿Desde cuándo sabe ser sexy? Es que no logro entenderlo y me pone de peor humor.

—Si llegamos tarde, tu madre nos matará y nos servirá como aperitivo —dice colgándose el bolso cruzado.

—Si llegamos tarde, ya habrán servido el aperitivo —le recuerdo sin esforzarme en sonar amable.

Eden ladea la cabeza mirándome como siempre que no lo soy, como si me estuviese diciendo «Deja de ser tan gruñón, Vandervilt. No va a valerte de nada conmigo». Es curioso, mantengo a raya a todos siendo exactamente así, incluso a Ted, pero con ella no funciona.

Extrañamente me gusta, pero también sé que no es real. Eden piensa que soy mejor de lo que soy, como si la manera en la que me comporto fuese una coraza, y se equivoca. Yo soy exactamente así, frío, poco amable y egoísta.

Cuando lo entienda, dejará de estar enamorada de mí. Por eso es importante que, hasta que ese día llegue, yo mantenga las manos quietas. Porque puede que sea frío, poco amable y egoísta, pero no quiero aprovecharme de ella.

—Vámonos —le ordeno señalando la salida con un gesto de cabeza.

Ella se asegura de que lo ha dejado todo ordenado y los dos caminamos prudentemente separados hasta la puerta.

Me adelanto un paso y se la abro. El siguiente movimiento es instintivo: levantar la mano, colocarla en la parte baja de su espalda, guiarla. Pero, cuando ya he iniciado el gesto, me obligo a detenerlo en seco y acabo cerrando la mano con rabia y devolviéndola junto a mi costado.

—La parejita que estaba buscando —dice Ted con una sonrisa entrando en la antesala de mi oficina al mismo tiempo que nosotros salimos de mi despacho.

—Hola, Teddy —lo saluda Eden devolviéndole la sonrisa.

—Voy con vosotros a Glen Cove. Me he autoinvitado a la cena, pero me ha fallado el transporte.

Ted tiene un talento innato para los números y las inversiones. Es probablemente el mejor de la empresa de su familia, la Steele Trust,

y la Steele Trust es la mejor opción en banca de inversión de toda la costa este. Sin embargo, después le encanta comportarse como si fuera un joven aristócrata europeo, mordaz y decadente, que pide el desayuno a una de las criadas con pantalón de pijama de seda, sin camiseta y bata a juego abierta mientras recorre la mansión donde se montó una juerga que apenas acaba de terminar. El puto heredero Steele.

—Entonces te estás autoinvitando al coche de Alex —comenta Eden divertida entrecerrando los ojos.

Ted la señala con el índice.

—No me equivoco al decir que no se le escapa una, joven Lockhart.

Ella tuerce los labios, estudiándolo con la mirada.

—Y yo no me equivoco al decir que es usted sumamente avispado, heredero Steele —responde.

—Y yo no me equivoco al decir que estamos molestando a Alexander Vandervilt. —Ted se lleva el reverso de la mano a la boca y baja la voz aunque obviamente no lo suficiente—. Me han dicho que debemos tener cuidado, usa de asustar a niños y a carteros comerciales.

Pongo los ojos en blanco, pero los dos pasan de mí.

—Te han informado bien —sentencia imitándolo y los dos rompen a reír, encantados de estar fastidiándome.

—¿Habéis terminado ya? —planteo desdeñoso.

Eden se gira hacia mí con las manos entrelazadas delante.

—No te enfades —me pide—. Sé de buena tinta que todos esos carteros comerciales se lo merecían.

Soy plenamente consciente de que se está riendo de mí, pero también parece la cosa más dulce del mundo y me pone muy complicado mandarlos los dos a Glen Cove en un Uber, que es lo que debería hacer.

—Nos vamos —zanjo el tema porque me niego a sonreír, pero es obvio que no estoy todo lo serio que debería estar.

—Nos vamos —repite Eden y otra vez vuelve a sonreír y, sí, para mi desgracia, el Vandervilt Group entero se ilumina.

Tomamos el ascensor y bajamos hasta el garaje.

—No me canso de mirarlo —comenta Ted melodramático, observando mi coche.

El inicio de una sonrisa se cuela en mis labios.

—Es el mismo de siempre —le recuerdo.

—Sí, un Ferrari Roma Spider, gris grafito metalizado, descapotable, con la tapicería *terra bruciata* —añade en italiano precisamente para ganar en melodramatismo—, sin símbolos de marca, porque eres un clasista de mierda, pero tienes mucha clase.

Ted suelta un suspiro. Eden rompe a reír. Y yo me contengo para no poner los ojos en blanco otra vez.

—Bájate del escenario y súbete en el coche o te juro por Dios que te dejo aquí.

Mi amigo capta el mensaje y acelera el paso. Se acomoda en el asiento trasero y Eden en el delantero, como siempre.

No hemos salido del parking cuando Eden ya ha pulsado el botón para bajar la capota, ha encendido la radio y ha elegido su presintonía preferida. En cuestión de segundos el aire se llena con una canción pop facilona que ella, por supuesto, comienza a cantar, eso también pasa siempre. Creo que se sabe todas las canciones que suenan en la radio.

—¿Te has planteado dejar de cantar? —pregunto fingiéndome hastiado cuando nos detenemos en el semáforo del cruce de la 57 con la Undécima.

Tengo una mano en el volante y la cabeza apoyada en el asiento girada hacia ella. Eden, descalza, con los pies en el salpicadero, me mira y sonríe sin dejar de cantar, dejándome bastante claro que, no, no se lo ha planteado.

Yo me quedo observándola un segundo de más, cómo la luz de las farolas ilumina su rostro, cómo el viento le mueve algunos mechones de pelo revolviéndoselo y cómo ella se lo aparta con las dos manos para que no le pongan complicado eso de cantar. La música la hace feliz.

—¡Alex! —la voz de Ted me saca de mi ensoñación y, por la manera en la que lo hace y, sobre todo, por el tío que toca el claxon detrás de mí, me doy cuenta de que no es la primera vez.

Miro el semáforo. Se había puesto en verde y no me había dado cuenta.

Joder.

Salimos de Manhattan por la Joe DiMaggio primero y la I95 después. Unos cuarenta y cinco minutos más tarde, el tráfico nos ha dado un respiro, detengo el coche delante de la mansión Vandervilt.

—Habéis tardado una eternidad —se queja Val al salir de la casa a recibirnos.

Eden se pone rápido los zapatos y baja con el paso ligero al encuentro de su hermana. Esas dos se adoran.

—Os están esperando —nos avisa con una media sonrisa.

—La culpa es de Ted —miento sin ninguna piedad subiendo las escaleras hasta la puerta principal.

—Ey —protesta el aludido, pero solo hace sonreír a las chicas—, no te aproveches de mi encanto para escapar de las situaciones peliagudas.

—Eso solo puedes hacerlo tú, ¿no? —replico entrando en la casa.

—Exacto, para eso es *mi encanto* —sentencia convencidísimo.

Mis padres están charlando con los Lockhart, así que tenemos suerte y mi madre solo me reprende con la mirada.

***

—Te esperamos en el jardín —me informa Val mientras ella, Eden y Ted se levantan al oír proponer a mi padre, cuando terminamos de cenar, que él, mi madre, Peter, Mary Anne y yo pasemos a mi estudio a hablar de negocios.

Asiento y los sigo con la mirada mientras se dirigen a las puertas acristaladas que conducen a la terraza.

Justo antes de salir, como su hermana y Ted han hecho, Eden gira la cabeza. Yo atrapo su mirada y algo dentro de mí me golpea las costillas sin entender por qué. El gesto solo dura un segundo antes de que ella lleve su vista de vuelta al frente y salga definitivamente, pero es suficiente. Es más que suficiente, joder.

—¿Estamos convencidos de que esa es la mejor manera de gestionar los problemas con el envío? —plantea mi padre.

Mary Anne asiente llena de seguridad.

—No es la mejor solución —se explica—, es la única realmente viable si no queremos que dentro de dos meses el problema se repita con el principal puerto de China.

Los Lockhart y los Vandervilt llevan trabajando juntos durante generaciones. Mi familia hizo su nombre y su fortuna construyendo barcos. Aunque la empresa creció y se diversificó con los años, nuestro punto fuerte siguen siendo los astilleros. La familia de Eden fue la primera en asegurar las rutas comerciales marítimas modernas entre China y Estados Unidos y a principios del XIX ya eran la opción más fiable para hacer llegar cualquier mercancía a Europa.

—Eso no es una opción —intervengo—. No pienso permitir que este problema se alargue más allá de esta noche.

No voy a darles ningún espacio a nuestros competidores. Ni voy a dejar que un problema, sea el que sea, influya en el Vandervilt Group.

Mi madre asiente satisfecha.

—Pues está claro —sentencia Peter—. Mañana hablaremos con los Aycart y Ruth lo gestionara todo desde Tokio con el gobierno local.

Repaso los números en la *tablet*. Estoy concentrado, siempre lo estoy, pero, sin que pueda evitarlo, el murmullo de voces desde el jardín roba mi atención. No puedo distinguir qué dicen ni quién está hablando, pero entonces suena una risa y sin darme cuenta sonrío como si fuera un gesto reflejo en mis labios. Es la risa de Eden.

Por inercia miro hacia las puertas acristaladas, como si pudiera verla a ella.

—Alexander.

Llevo mi vista de nuevo al estudio solo para darme cuenta de que todos me estaban mirando a mí. Yo mantengo el tipo y me llamo gilipollas por haber perdido la concentración en una puta reunión de negocios.

Los observó como si no hubiese pasado nada y endurezco mi mirada dejándoles claro que no tienen nada que decir.

—Te preguntaba si te parece bien que Nicole Altamira se encargue del tema de la negoción.

—No —no dudo—. Ellis Patterson estará al frente. Entiende a la perfección los objetivos, está al día de la legislación y conoce personalmente a tres miembros de la junta directiva de la Huanh Company.

Más o menos una hora después damos por terminada la reunión, pero a mí todavía me queda trabajo por hacer. Hay varios asuntos que quiero dejar cerrados antes de mañana.

Estoy cruzando el salón hacia la salida principal. Necesito un par de carpetas que tengo en el coche. Me paso la mano por la nuca. Ya no llevo chaqueta ni corbata y me he remangado la camisa. La noche de trabajo se está haciendo demasiado larga para seguir con el atuendo perfecto.

Oigo un ruido, algo pequeño, un poco mayor después.

Levanto la cabeza.

Y Eden entra en el salón, descalza, con la ropa mojada marcando cada centímetro de su cuerpo.

Me mira. Me mira y, joder, ya sé que estoy perdido.

14

Eden

Es tan guapo que duele. Esa siempre ha sido una verdad irrefutable sobre Alex. Y ni siquiera es solo eso, es el magnetismo que desprende, la seguridad, el maldito atrac-tivo. No puedes mirarlo e ignorarlo. No puedes decir «No es para tanto». Alexander Vandervilt es imposible de olvidar.

Y ahora estoy aquí, en su salón, en mitad de la noche, a un puñado de pasos, calada hasta los huesos y tratando de robar una toalla sin ser descubierta.

Aunque nada de eso importa en comparación a cómo me está mirando, a cómo me siento yo mientras lo hace. Es como si despertara mi cuerpo centímetro a centímetro, como si le prometiese que habrá fuegos artificiales, electricidad pura, calor suficiente para mantenerme a salvo el resto de noches de invierno de mi vida.

Mi respiración se acelera.

Solo quiero que me bese, que me toque. Sé que esta tarde fui yo quien se apartó después de colocarle bien la corbata. Había ido a su despacho en pro de la «normalidad» y me aferré a ella, pero ahora es que esa normalidad parece hueca, todo lo parece ante la posibilidad de sentirlo encima de mí.

—No ha sido culpa mía —me apresuro a decir. ¿Por qué? No lo sé. Estoy soportando una mezcla demasiado peligrosa de excitación y nerviosismo para pensar.

Alex guarda un segundo de silencio en el que no levanta los ojos de mí y todo se vuelve todavía más intenso.

—¿Me explicas qué ha pasado? —la voz le sale dura, sexy. Tiene mucho de orden. Mucho de advertencia. Mucho de querer reprenderme por haberme portado mal.

—A Val se le ha ocurrido que podíamos ponernos a bailar al borde de la piscina como en un videoclip de Ricky Martin. Ha intentado hacer *break dance*. Yo le he dicho que Ricky Martin no hace eso en sus vídeos musicales y ha acabado tirándome al agua con uno de sus movimientos de baile —le cuento exasperada.

El inicio de una suave sonrisa se cuela en sus labios mientras sigue en silencio, observándome, con sus ojos grises cada vez más oscuros, más salvajes, y el fuego en mi piel, en mi interior, creciendo porque él lo alimenta. Quiero respirar con normalidad pero no soy capaz.

—¿Ves —empieza a decir mientras comienza a caminar hacia mí, pasos lentos, deliberados, provocadores— como necesitas supervisión constante?

Doy una bocana de aire sin levantar la vista de él para asegurarme de no gemir.

—Esa es tu opinión. En la mía, quien la necesita es Val, y unas clases de baile. —Se detiene frente a mí y tengo que levantar la cabeza para que podamos seguir mirándonos a los ojos—. El *break dance* es para profesionales.

Mi voz se evapora con la última palabra porque comienzo a no poder gestionar todo lo que estoy sintiendo físicamente. Maldita sea, ¿esto es el primer paso antes de arder por combustión espontánea?

Alex, que parece haber decidido que es más divertido torturarme con gestos que con palabras, me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos. Experimento el contacto desde la primera décima de segundo. Es brutal, total, hipnótico. Es su piel contra la mía, y da igual que haya habido muchas veces antes, ahora es diferente, como si nuestras manos se reconocieran por primera vez.

Echa a andar y tira de mí para que lo siga. No se explica. No pregunto. Subimos a la planta de arriba con él guiando el camino, adelantado un par de pasos. Yo observo su espalda ancha tensarse bajo su camisa blanca. Mi mirada se pierde entre sus omóplatos, se

muda a sus antebrazos desnudos, en la manera en la que anda. Todos los detalles que me están volviendo complemente loca.

Entramos en su habitación.

Se gira sin soltarme.

Cierra la puerta.

Y de un paso me lleva contra la madera, acorralándome contra ella, hundiendo su mano en mi cadera. Todo pasa a la vez. Gimo. Es imposible no hacerlo. Y me zambullo de lleno en sus ojos grises cuando él atrapa los míos sin pedir permiso.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto y mi voz suena entrecortada porque lo de controlar el caos que tengo por respiración es una misión imposible.

—Porque quería hacerlo. Apareces empapada, en mitad de mi salón, en mitad de la noche, con la ropa pegada al cuerpo, mirándome de esa manera.

—¿De qué manera?

Una media sonrisa se cuela en los labios de Alex, divertida, maliciosa y sensual.

—Pidiéndome que te salve y te castigue al mismo tiempo.

Un jadeo sorprendido se escapa de mis labios. Está muy cerca. Siento su cuerpo duro contra el mío. El olor a su loción para después del afeitado y a la madera de su colonia, me emborracha.

—No sabía que podía hacer eso.

Alex se humedece el labio inferior y acaba mordiéndoselo sin dejar de mirarme, solo un segundo.

—Ese es el mayor de mis problemas —sentencia.

Por Dios, necesito que me toque. La necesidad es real, tangible, sofocante.

—Alex —lo llamo.

—¿Qué? —contesta impasible.

—Tengo muchas ganas de estar contigo.

Nunca he sabido guardarme nada con él y es absolutamente imposible que pueda empezar a ahora.

—Dime algo que no sepa.

Lo miro a los ojos. Me envalentono. Puede que esté a punto de derretirme en sus brazos, pero no soy ninguna muñequita.

—Que tú tienes más ganas que yo.

La misma sonrisa peligrosa, torturadora y sexy vuelve a sus labios.

—No sabes lo que dices —contesta, pero no suena a que me haya equivocado, suena a que he dado en el punto exacto.

—Sí lo sé.

Levanto las manos y despacio, nerviosa, pero sabiendo qué es lo que quiero, las subo hasta ponerlas en sus hombros. Las deslizo suavemente y acaricio su nuca, perdiendo los dedos al final de su pelo.

Alex siente el contacto, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás persiguiéndolo y una sonrisa se dibuja en mis labios, disfrutando de verlo dejarse llevar.

Cuando vuelve a abrirlos, el gris se ha convertido en un azul oscuro imposible. Los ojos de un cazador mirando a su presa.

—Quiero estar contigo —repito luchando por sonar segura, por demostrarle que soy una mujer, que mis elecciones son mías y de nadie más.

Alex me mantiene la mirada. Su mano se hace más posesiva en mi cadera. Se acerca más a mí hasta que no queda un átomo de aire entre los dos.

—Eres una cría, Eden —responde porque ha sabido leer mis intenciones, todo lo que quería decir con esa frase.

—No.

—Sí, joder. Sí, lo eres —sentencia.

Y algo cambia. Siento el deseo que hay en esas palabras, pero también la rabia, la frustración, pero sobre todo la contención.

—Coge la ropa que necesitas —me dice apartándose de mí.

Yo me muevo por inercia tras él, pero Alex se marcha de su habitación sin darme oportunidad a decir una sola palabra.

Me quedo muy quieta, aturdida, con el corazón retumbándome en los oídos, tratando de... de... poner en orden en lo que ha pasado... de saber... yo... Creo que nunca me había sentida tan descolocada y frustrada en toda mi vida.

***

Tardo en reaccionar y moverme, pero al fin lo hago. Robo una toalla de su baño y un pantalón de chándal y una camiseta de su armario. Me cambio y regreso abajo. Val asume la culpa del incidente de la piscina delante de mis padres y los señores Vandervilt, así que no quedo como una pringada al cien por cien, solo como la hermana parcialmente pringada de la parcialmente desequilibrada mental. No vuelvo a ver a Alexander.

Unos minutos después estamos en el coche de vuelta a casa.

—¿Estás bien? —vocaliza sin emitir sonido alguno mi hermana para no llamar la atención de papá y mamá.

Asiento. Entiendo la pregunta, he estado especialmente callada.

—Cansada.

Val me observa suspicaz unos segundos, pero decide darme un poco de cuerda y dejarlo estar y yo aprovecho la oportunidad y pierdo mi mirada en la ventanilla para evitarme futuras preguntas.

Me voy a dormir con la mente yéndome demasiado rápida. Por un lado, rememorando cada segundo, cómo me tocó, cómo me miró. Su voz, lo que hace que mi cuerpo se encienda como una valla publicitaria de Times Square; pero, por otro, también recuerdo su mirada cuando aseguró que sí soy una cría, cómo supo leer en mí que le estaba intentado demostrar justo lo contrario y, obviamente, pienso en cómo fracasé.

***

—Señorita Eden Lockhart —irrumpe mi hermana en mi habitación sin ningún tipo de discreción.

Camina hasta mis ventanas y abre las cortinas de golpe. La odio a muerte.

—Valerie —protesto hundiendo la cara en la almohada para escapar de la luz.

Ayer nos acostamos tarde. Me he martirizado más que dormido. Necesito un par de horas extras de sueño.

—Tienes que desayunar porque nos vamos de compras.

—Ve con Mellow —replico.

—No, voy contigo —sentencia sentándose en mi cama con tanta fuerza que rebota sobre el colchón y tan cerca de mí que me molesta, muchísimo—. Soy una hermana mayor extraordinaria y me apetece regalarte tiempo de calidad conmigo.

Salgo de mi escondrijo y la miro muy mal.

—Si es contigo, nunca es de calidad.

Ella sonríe de oreja a oreja.

—Hay tantos hombres guapísimos que estarían en desacuerdo contigo...

—Y no tan guapos, no te tires el pisto conmigo, conozco todos tus ligues.

Sin piedad, me roba mi propia almohada y me golpea con ella.

No me queda otra que levantarme. Aplazo la ducha hasta después del desayuno y bajo. La señora March, nuestra ama de llaves, a la que quiero muchísimo, me tiene preparado un vaso de zumo de naranja y un plato de tostadas francesas además de un café, con leche y sin azúcar, que huele rematadamente bien.

—Eden, ven conmigo —me llama mi madre entrando en la cocina justo cuando le doy el primer bocado a mi *pain perdu*; dulces en cualquier idioma, esa soy yo.

Qué bueno está.

—¿Tiene que ser ahora? —planteo con la boca llena.

—Me temo que sí —responde con una sonrisa.

Gimoteo echando la cabeza hacia atrás, pero decido ser práctica, coger una tostada francesa con cada mano, ese es mi mayor acto de pragmatismo, y la sigo hasta el salón.

Mi padre nos espera sentado en su sillón; mi hermana, en el sofá. Frunzo el ceño. ¿Qué está pasando aquí?

Me acomodo junto a Val y mi madre lo hace a mi lado. Le doy un bocado a mi desayuno. Tengo curiosidad, pero también hambre.

—Hay algo que queremos comentar contigo —empieza a hablar mi padre.

Asiento.

—¿Estamos todos bien de salud? —pregunto.

—Sí —responde mi madre.

—¿Nadie va a acabar en la cárcel por desfalco?

Mi padre se aguanta la risa.

—No —me certifica.

—¿Val está embarazada?

—¡¿Qué?! —se queja la aludida.

—¡No! —contesta a la vez mi padre, que ha dejado de reírse, mi madre le ha tomado el relevo en eso.

—De uno de los hombres guapísimos que están en desacuerdo conmigo —le explico a mi hermana dando otro bocado a mi tostada.

Ella me mira mal y yo me encojo de hombros. Solo estaba eliminando posibilidades.

—Entonces, ¿qué...?

—¡Vas a casarte con Alex! —estalla Val interrumpiéndome como si no pudiese contenerse más.

¿Qué?

15

Eden

Mi mente se ha quedado en blanco, como si de repente hubiese perdido la capacidad de procesar información.

Una risa incrédula, nerviosa, se me escapa.

—Lo he oído mal, ¿no? —doy por hecho. Una mezcla alucinógena de agua de piscina y canela—. No acabáis de decir que voy a casarme con Alex.

Pero, a mi lado, Val asiente un montón de veces con una sonrisa radiante.

—Ha sido idea de los Vandervilt —me aclara papá—. Nuestras familias han estado colaborando durante más años de los que podemos contar. Un matrimonio para afianzar esa unión es un paso lógico.

Mamá pone los ojos en blanco a la vez que le hace un gesto con la mano desacreditándolo, un poco.

—Así lo planteó Sullivan —comenta mi madre riéndose un poco del señor Vandervilt—. A veces puede ser un poco... regio.

—La verdad es que le encanta hablar como si lo estuviese entrevistando el canal de economía —le da la razón mi padre con una sonrisa.

—Nosotros queremos que sepas que creemos que puede ser una buena idea, por los negocios, claro —continúa mamá—, pero, sobre todo, porque estamos convencidos de que entre Alex y tú puede funcionar.

—Nunca te forzaríamos a casarte con alguien que creyésemos que no es bueno para ti —se apresura a dejar claro mi padre— ni por la

empresa ni por nada y también debes saber que respetaremos tu decisión, sea la que sea.

¿Mi primera reacción? Gritar que sí, aceptar el matrimonio porque tiene mucho de sueño hecho realidad y porque, sí, estoy convencida de que nos iría genial, pero, por un momento, me obligo a contener mi impulsividad y mi optimismo loco.

—¿Alex lo sabe? ¿Está de acuerdo con esto?

Por muy feliz que me haga la posibilidad de que estemos juntos, necesito saber que estamos juntos en esto.

—Alexander tenía varias reuniones hoy. Sus padres se lo dirán mañana. Nos han pedido que seamos discretos —responde mi padre haciendo un suave hincapié en ese adjetivo.

En otras palabras, que guarde el secreto incluso con Alex hasta que los señores Vandervilt hablen con él.

Asiento. Además, esto es bueno. Me dará un poco de tiempo para pensar.

—¿Por qué no estás dando saltos de alegría? —pregunta mi hermana confusa.

No voy a negar que lo entienda.

—No es que no me alegre —me apresuro a decir.

Es... Es... ¿Cómo demonios lo explico? Hace un puñado de noches en un taxi nos excitamos de una manera alucinante porque estaba sentada encima de él, y desde entonces la tensión ha escalado a un ciento noventa y dos en la escala del uno al diez Colin Bridgerton sobre cómo estar como una moto, hasta que anoche me acorraló contra la puerta de su habitación en el momento más sexy de mi vida justo antes de decirme que le parezco una cría y largarse.

Vaya, pues parece que era más fácil de explicar de lo que pensaba.

—Me ha pillado por sorpresa —miento.

—Pero estás contenta, ¿no? —pregunta mi madre, dándome un apretón cariñoso en la rodilla al tiempo que inclina la cabeza para poder mirarme a los ojos.

Y simplemente pasa, porque permito que esa pregunta se infiltre en mi sistema nervioso y sucede que mi cuerpo, mi corazón,

contestan antes que yo y me siento feliz de verdad y antes de darme cuenta estoy sonriendo.

—Yo...

Llevo enamorada de Alexander toda mi vida. Esto es una locura, pero, francamente, una locura maravillosa.

—Claro que estoy contenta.

Mis padres se miran aliviados con una sonrisa mientras Val empieza a dar palmaditas aún más entusiasmada.

—Genial, entonces enviaré a mi criado más leal con una flor de loto a casa de los Vandervilt —dice mi padre muy serio... casi regio, riéndose un poco de la situación y un poco otra vez del padre de Alex.

—Ríete —lo amenaza mi madre—, pero a saber lo que tiene Sullivan preparado para la fiesta de compromiso.

—¿Cuándo será? —pregunta mi hermana.

—Quieren tenerlo todo listo para la semana que viene.

Val me mira.

—¿Ves por qué teníamos que ir de compras, mujer de poca fe? —me dice entrecerrando los ojos sobre mí.

La miro. Sonrío.

—Vámonos —sentencio levantándome y corriendo hacia la planta de arriba para que nos preparamos para marcharnos.

***

Esa misma noche quedamos todos para salir. Es sábado. «Noche sagrada», como Mellow la bautizó sabiamente. Además, creo que será el momento perfecto para que Alex y yo hablemos. No lo he olvidado. No puedo decirle que su padre lo ha vendido por veinte camellos, pero esta conversación no va de eso. Va de las cosas que están pasando, de que creo firmemente que volver a la «normalidad», por mucho que lo intentemos, ya no es una opción y que quizá toca ser valientes y mirar de frente a lo que está pasando, como el prota de un poema de Whitman.

Me pongo un vestido increíble corto, dorado, sin mangas. La tela llega hasta el cuello, donde se convierte en una elegante cadena

dorada que se une a una argolla justo bajo mi nuca y de la que se deslizan otras cuatro cadenas que dibujan mi espalda desnuda uniéndose a los costados del vestido.

Las muñecas llenas de pulseras, unos taconazos de infarto, el pelo suelto y ondulado y maquillada para triunfar.

Sonrío delante del espejo a la vez que me muerdo la punta de la lengua. Vamos a pasarlo muy bien.

—Un último pis —anuncia Val regresando con el paso acelerado a su habitación.

—Chica lista —la animo riéndome.

Empiezo a bajar las escaleras con la mirada fija en los peldaños, pero, tras unos cuantos, levanto la cabeza, por nada en especial, por todo a la vez, y mis ojos se encuentran de lleno con unos gris acero.

Alexander está al pie de las escaleras. Traje negro, solo un botón de la chaqueta abrochado, camisa blanca, sin corbata, y acabo de entender que la expresión «sexy a rabiar» la inventaron para él. Ryan Gosling, Tom Hiddleston, Pedro Pascal, retiraos con dignidad, el puesto nunca fue vuestro.

En cuanto nuestras miradas se cruzan, la suya se vuelve salvaje, se oscurece, me llama y las ganas vuelven a dibujarse entre nosotros como si todavía no hubiésemos aprendido la lección.

Sigo bajando.

Me siento deseada.

Me siento viva.

—Alex, esta noche me gustaría que habláramos —digo cuando mis pies llegan al mármol del salón. Me da miedo que todas mis neuronas empiecen a cantar a coro a Michael Bolton y se me olvide que esa conversación es realmente importante.

Él me mantiene la mirada y tras un segundo asiente como si se estuviese convenciendo de algo... o conteniéndose de justo lo contrario.

—Ya estoy aquí —anuncia Val bajando las escaleras—. Manhattan nos espera, chavales.

El chófer de Alex nos lleva hasta el So-Ho, donde ya están Ted, Mellow y el último club de moda en la ciudad.

La música nos recibe alta y tan de moda como el propio local, que está literalmente hasta la bandera. Nos movemos con una maestría adquirida tras años de cruzar pistas de baile y llegamos hasta el reservado.

La primera ronda cae deprisa, los chistes malos cada vez parecen mejores y las risas se vuelven más fáciles. Estar con tus amigos es la mejor sensación del mundo y, si de fondo suena LISA, todavía mejor.

Alex se levanta para atender una llamada de trabajo y comprendo que es mi oportunidad para hablar con él.

Sale del club y yo lo hago detrás. Me quedo a unos metros mientras él habla de Singapur, de cifras que no lo convencen y de unas remesas que van a llegar desde Tokio.

Cuando se separa el teléfono de la oreja, doy el primero paso hacia él. Alex toma una bocanada de aire y veo cómo sus hombros se tensan.

—¿Qué quieres, Eden? —pregunta sin volverse.

Y yo entiendo en mitad de la calle Sullivan que siempre ha sabido que estaba aquí.

La idea me pilla un poco por sorpresa, pero me recompongo rápido.

—Tenemos que hablar.

—No es buena idea —prácticamente me interrumpe, volviéndose.

La música llega amortiguada desde el interior del local. Lo miro, estudiándolo.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Seguir fingiendo que no pasa nada mientras me acorralas contra la puerta de tu dormitorio? —mi voz sale más segura de lo que me siento y me alegro.

Alex tensa la mandíbula y yo alzo la barbilla, manteniéndole la mirada, retándolo a que me diga que me equivoco.

—No sé qué crees que tienes claro —me advierte dando un paso hacia mí—, pero esto es un error y no va a pasar.

—Deja de decir que es un error.

Lo odio. Odio que nos vea así.

Alex niega con la cabeza.

—No hasta que lo entiendas.

—Lo que entiendo es que eres un cobarde. —Estoy molesta y esa sensación se filtra en mis palabras.

Alex da un paso más, dejándonos cerca inconscientemente. Se inclina sobre mí y el espacio se reduce al mínimo común múltiplo.

—¿Crees que vas a hacerme cambiar de opinión desafiándome? —dice con esa maldita condescendencia.

—Yo no tengo por qué hacerte cambiar de opinión, Alex —replico —. Eres adulto y, aunque te empeñes en creer lo contrario, yo también. No voy a intentar convencerte de nada.

Mis palabras lo molestan porque las interpreta como una rendición.

—¿Entonces? —deja en el aire con el tono duro.

—Quiero que sepas que, esto que estamos haciendo de fingir y tratar de volver a la normalidad —digo moviendo el índice vagamente entre los dos—, no me vale.

Alex suelta una risa sin humor.

—¿Y qué coño pretendes?

—Que no nos quedemos en el camino de en medio. O cerramos la puerta para siempre —no me gustan esas palabras, me dan miedo, pero las pronuncio igual, porque necesito que, para bien o para mal, tomemos una decisión— y esperamos a que se nos pase o...

Bendita «o».

Me mantiene la mirada esperando a que continúe, pero la sola posibilidad, por un momento, recorre mi cuerpo, encendiéndome, derritiéndome.

Alex se da cuenta, se le da demasiado bien leer en mí. Su cuerpo se tensa y algo dentro de mí se empeña en creer que es por placer anticipado, y puede que lo haya, pero yo también lo conozco muy bien y sé ver la batalla interna, la idea de que no se equivoca al pensar que esto es un error.

—¿O?

Se acerca un poco más. Nuestros alientos se entremezclan en el ínfimo espacio entre los dos.

—Alex...

—Quieres algo que ni siquiera eres capaz de nombrar —susurra sin piedad—, ¿ves como eres una...?

—No lo digas.

Me mira a los ojos, a los labios.

—Cría —sentencia y entiendo que lo ha dicho por mí, pero también por él, porque, cuando estamos tan cerca, necesita ese recordatorio para que no lo estemos aún más.

Pero entenderlo no significa que no duela.

Alex se separa.

Trago saliva.

—Dentro —me ordena sin permitirse mirarme un segundo, pasando a mi lado y dirigiéndose de vuelta a la puerta del club.

Yo no he acabado.

—Y tú eres un capullo que solo está asustando de lo que desea —le escupo girándome.

Mis palabras lo detienen en seco. Se gira para que volvamos a estar frente a frente, pero esta vez no se acerca. Aun así, no se me escapa que esa frase ha dado justo en el clavo, lo veo en cómo tensa la mandíbula, en cómo su cuerpo se coloca un poco más al límite.

—No me conoces una mierda.

—A más miedo, más rabia —afirmo.

Lo conozco. Lo sé. Lo entiendo. Pero no me vale.

Alex se deshace de la distancia que nos separaba hasta que volvemos a estar solo a un paso.

—Esto no va a pasar, Eden. Nunca —me deja claro sin dudar, sin piedad—. Y no tiene nada que ver conmigo. Es por ti. Llevas comportándote como una niña encaprichada más de diez años, ¿cree que voy a aprovecharme de eso?

No es verdad. Estar enamorada de él no es un capricho. Jamás lo ha sido.

—Sé lo que quiero —contesto manteniéndome firme, segura, aunque dentro de mí todo esté del revés.

Alex no aparta sus ojos de los míos.

—No, no lo sabes —replica implacable—, y yo no voy a ser el cabrón que cargue con eso.

16

Eden

Me quedo mirándolo. Ha dolido. No voy a negarlo. Pero tampoco voy a darle el placer de demostrárselo.

Lo esquivo y entro en la discoteca pasando de él y de hablar con él. Atravieso la pista, me gustaría decir que sin preocuparme de si me sigue o no, pero la conexión que tenemos es como una maldita brújula sexy-emocional, así que, si estuviese detrás de mí, lo sabría.

—Vamos a bailar. —Mellow está tratando de convencer a Ted cuando regreso al reservado.

Una de las camareras se ha acercado con una bandeja llena de pequeños tubos de ensayo con una variedad, la verdad, bastante impresionante, de líquidos fosforitos dentro. Me acerco y me tomo el amarillo y el rosa chicle de una sentada.

—Me apunto a lo de bailar —me ofrezco voluntaria.

Si el gran Alexander Vandervilt cree que voy a quedarme aquí lamentándome porque se ha comportado como un capullo, se equivoca, mucho.

—Esa es mi chica —contesta Mellow señalándome y moviendo las caderas con más tesón que habilidad.

Le tiendo la mano, la coge y nos vamos a la pista de baile. En mitad de un centenar de personas cantamos y bailamos dándolo todo y, sí, me muero de risa muchas veces, readaptando las palabras que no tengo pruebas de que sean de Charlie Sheen, pero tampoco dudas: «Amigas antes que cabronazos buenorros».

Y todo va genial hasta que noto una mano rodear mi cintura.

Mi cuerpo se tensa al segundo y me aparto y me giro al mismo tiempo. ¿Lo siguiente? Empujo al baboso que ha decidido tocarme sin mi permiso con las dos manos.

—¿Qué te crees que haces?

Mellow capta la situación al instante y se coloca a mi lado.

Pero el tío, con pinta de ejecutivo pasado de copas y creerse un regalo para las mujeres, sonríe con una extraña satisfacción.

—Peleona, me gusta.

—¿Estás mal o qué te pasa? —interviene Mellow.

—Lárgate —suelto yo.

El tipo no borra la sonrisa de su cara y da un paso hacia mí, yo instintivamente lo doy hacia atrás, pero él es más rápido y tira de mi muñeca llevándome contra él.

Forcejeo y me suelto.

—¡Déjame en paz! —le exijo.

—¿O qué? —replica asquerosamente presuntuoso.

—¿Necesitas que vuelva a explicártelo otra vez? —le encaró.

—¿Quién? ¿Tú? —plantea riéndose de mí.

—Yo.

Esa única palabra.

Su voz.

Nos envuelven sin importar la música, el ruido. Su seguridad marca la diferencia siempre, como un vaquero levantándose el sombrero con el reverso del índice lo justo para controlar la situación con la mirada.

Alex.

Mi corazón empieza a latir más fuerte, más rápido, mejor, y no tiene nada que ver con ese imbécil ni con ser salvada, porque no lo necesito, sino con el hecho de que él elija salvarme. Alex acaba de mirarme como si el mundo entero fuese un problema solo porque yo estoy sufriendo un mínimo daño en él.

El tipo se vuelve, fingiéndose amenazante. No sabe que la partida la ha perdido incluso antes de empezar.

—Coño, Vandervilt —dice al reconocerlo—. No sabía que teníamos el mismo gusto —añade orgulloso—. Puedo dejarte a la pelirroja, pero la castaña es mía, me pone.

La mirada de Alex se oscurece de golpe, como si esas palabras hubieran encendido algo dentro de él.

—Tú no vas a tocar a ninguna de las dos.

—Mira, tío, he intentado ser amable porque eres Alexander Vandervilt y todo eso, pero se acabó. Lárgate.

Alex no levanta la mirada de él.

—Oblígame— lo desafía con la voz un millón de veces más amenazante que un grito a pleno pulmón.

El desgraciado sonríe. Está intimidado y quiere esconderlo.

—¿Cuál es tu puto problema? —replica—. ¿Acaso tú también quieres follártela? Podemos compartirla. Seguro que tiene para los dos.

Siento asco solo de oírlo, pero no tengo que preocuparme porque ni siquiera termina de pronunciar la última palabra cuando Alex lo tumba de un puñetazo.

Todo pasa muy rápido.

Las personas a nuestro alrededor crean un círculo aislándonos en cuestión de segundos. Todos nos observan mitad horrorizados, mitad curiosos.

Miro al tío retorciéndose en el suelo.

Alex me coge de la muñeca y tira de mí, sacándome de allí.

Camina por delante de mí, obligándome a caminar más deprisa de lo que puedo permitirme con estos tacones. Nadie se interpone en su camino porque, o bien saben quién es, o bien han visto lo que acaba de hacer.

Me lleva hasta la puerta. Salimos. En cuanto mis pies, tocan la acera, me libro de su agarre. Y en cuanto lo hago, él se gira siguiendo mi propio movimiento. Lo empujo con las dos manos. Es mucho más fuerte que yo, así que no lo muevo ni un milímetro. ¡Maldita sea!

—¡¿Qué coño pasa contigo?! —le grito.

Ha sido como una maldita fantasía y me ha derretido, ¡pero no cambia el resto de cosas que han pasado esta noche!

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —contesta demasiado rápido, demasiado enfadado, demasiado todo—. ¿Querías que te dejara en manos de ese gilipollas?

—No es tu problema —me parafraseo.

—Claro que lo es —contesta sin dudar, como si esa frase fuese una verdad inamovible para la humanidad entera.

—¡No! Tú —replico señalándolo, con rabia, con la maldita frustración por las nubes— has decidido que no lo fuera.

Alex da un amenazante paso hacia mí.

—No pienso permitir que otro tío crea que tiene derecho a ponerte las manos encima.

—¡Esta misma noche has dicho que nunca estaremos juntos! Así que, ¿a ti qué te importa?

—Joder, me importa todo.

La frase todavía no ha caído entre los dos cuando Alex coge mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. No es delicado, no es dulce, no es paciente. Es salvaje, desbocado, lleno de hambre y necesidad, exactamente como me siento yo.

El corazón me tropieza contra el pecho un segundo y al siguiente le estoy devolviendo el beso.

Completamente entregada.

Completamente entregado.

Me lleva contra la fachada del club sin separarnos un solo milímetro, sin dejar de besarnos. Una de sus manos baja hasta atrapar mi cuello, apretando lo justo para que el placer se vuelva una locura mientras me mantiene donde quiere, mientras me devora entera.

La otra baja peligrosa por mi costado, incendiando mi piel, como en el taxi, como en su coche, como en su habitación.

Porque esto no es solo un beso, es tensión explotando, marcando el ritmo, volviéndolo todo húmedo y caliente.

Me aferro a las solapas de su chaqueta, lo aprieto contra mí. Alex me da el gusto. Siento su cuerpo contra el mío, calentándome, presionándome contra la pared.

Estoy demasiado excitada para pensar. Solo puedo desear, dar, recibir. Saborearlo entero.

—Pero ¿qué...?

Es solo una frase, ni siquiera eso, solo dos palabras mal colocadas en una boca demasiado sorprendida. Los dos nos separamos de

golpe porque identificamos la voz a la vez: Valerie. Y los dos nos sentimos como si nos hubieran pillado con las manos en el bote de galletas, solo que el bote es el mejor bote de todo el puñetero mundo y las galletas son la promesa más increíble de sexo delicioso y descontrolado.

Miro a Alex con la respiración hecha un caos y el corazón latiéndome como un loco. Sus ojos ya me esperaban. Su respiración es pesada, caótica, como la mía, porque los dos nos hemos dejado llevar, porque los dos hemos sentido esto.

—Vuelve dentro con Val —me ordena, pero mientras lo hace puedo ver cómo sus ojos se fijan en la piel de mi cuello, comprobando que no me ha hecho ningún daño antes y, en mitad de toda esta locura, me siento increíblemente protegida.

—¿Qué? —contesto deprisa, con el ceño fruncido, confusa, confusa y asustada al mismo tiempo—. No.

—Eden —ruge.

—No —casi grito.

—Vuelve dentro de una puta vez.

Lo miro. Sé que está al límite, que todo esto lo ha sobrepasado, pero me da igual. No lo justifica. No es motivo para que me aleje. Y no me voy a quedar aquí tratando de que entienda la diferencia entre protegerme y comportarse como un imbécil mientras lo hace.

Le mantengo la mirada para que entienda el error que ha cometido y echo a andar, choco mi hombro con el suyo al pasar a su lado, pero me importa menos que nada.

Val me observa caminar hasta ella y me sigue, no sin antes observar a Alexander, de pie en el mismo sitio donde lo he dejado, con el cuerpo tenso y una rabia demasiado profunda brillando en sus ojos grises.

17

Alexander

Es la primera vez que no llevo a Eden a casa.

Frunzo el ceño. Es confuso. Incómodo. Da igual que Ted me haya tenido al tanto desde que ha salido del club con las chicas hasta que las ha dejado sanas y salvas a ella y a Valerie en la mansión Lockhart.

Por eso ahora estoy tumbado en la cama, a oscuras, intentado dormir pero sin conseguirlo. Flexiono uno de mis brazos y lo dejo caer por encima de mi cabeza mientras mi otra mano descansa sobre mi estómago.

Mentira.

Lo sé.

No es solo por eso. La he besado. He cruzado una condenada línea que se suponía que nunca iba a cruzar, y ¿lo peor? Ha sido jodidamente increíble. Un beso con Eden ha sido mejor que follarme durante horas a cualquier otra mujer. Puta tensión. Tiene la culpa de todo. La deseaba como un animal enjaulado, peor, como un crío de quince años...

Pero entonces Val apareció y fue como si me devolvieran el maldito sentido común a patadas. Al principio me comporté y Dios sabe cuánto me costó. Ya cuando la vi bajar las escaleras con ese vestido... en fin, la habría cargado sobre mi hombro, encerrado en mi coche; ni siquiera habría necesitado una cama, solo quería tocarla, besarla, follármela. Me dijo que teníamos que hablar; sabía cómo iba a ir esa conversación. Eden no se esconde, no se protege, iba a sacar el tema abriéndonos en canal y, joder, era la peor idea de

todas porque yo tendría que hacerle entender la verdad. Y odio cuando me mira así, como si fuera un imbécil, como si la hubiese decepcionado. «No voy a convencerte». Pronunció esas putas palabras y algo dentro de mí las tradujo como rendición, como si ella se estuviese rindiendo conmigo y, joder, fue insoportable... y una puta señal de alerta.

Debería querer que se rinda. Debería querer que deje de tenerme idealizado.

Que pase página.

Aprieto los dientes. Debería quererlo y lo tengo claro, pero, si todo eso pasa, no podré volver a tocarla. Nunca.

Golpeo la cabeza contra la almohada.

Eso es lo que tienes que querer, Vandervilt.

Me lo he dicho un puto millón de veces. ¿Han funcionado? Ninguna.

Me revuelvo incómodo y acabo cogiendo el teléfono. Me he obligado a no llamarla; a no ir a verla. Pero tampoco puedo dejarlo estar y esa es la verdadera razón por la que no puedo dormir. No quiero que ella piense que no me importa. Puede que no esté enamorado de ella, pero me importa.

Abro nuestra conversación de WhatsApp. Pienso. Escribo. Borro. Vuelvo a escribir. Vuelvo a borrar.

No tendría que haber perdido el control esta noche. Eden, me importas.

Lo envió. Lo lee. Las manos me arden esperando una respuesta... pero se desconecta sin enviarla.

Me contengo para no lanzar el teléfono a la otra punta de la habitación y me dejo caer de nuevo contra el colchón. La noche promete.

***

Me levanto aún más insoportable de lo que me fui a dormir. Es domingo y no tenía pensado ir a la oficina, pero, tras darme una ducha, decido que es lo mejor. Emplear toda esta maldita rabia en algo productivo... y de paso ahorrarme que mi madre me diga que estoy pasando de carácter complicado a realmente difícil.

—Alexander, pasa al estudio —me llama mi padre cuando estoy a punto de alcanzar el vestíbulo.

—Tengo que ir a la oficina —me excuso sin detenerme.

—Es importante —insiste.

Yo me freno controlándome para no torcer los labios con disgusto. De todas las mañanas, ¿de verdad tiene que elegir esta?

—Cinco minutos —pronuncio seco, girándome y dirigiéndome a mi despacho.

Desde la puerta ya veo a mi madre dentro, colocando un pequeño jarrón con flores frescas en la estantería y dando un par de pasos atrás para controlar todo el aspecto de la estancia.

—El *feng shui* de está habitación es lamentable, Alexander —me riñe cuando entro.

—Hay cosas peores —respondo porque, como he dicho, estoy especialmente amable.

—Como tu carácter —replica.

Lo sabía.

—Podéis dejar que me vaya a la oficina y así no tendréis que lidiar con mi compañía —contesto caminando hacia la mesa y quedándome de pie tras ella.

—Si pudieras, vivirías allí.

—Debería —interviene mi padre acomodándose en el sillón al otro lado de mi escritorio—. El Vandervilt Group es lo primero.

Lo tengo jodidamente claro.

Mi madre toma asiento a su lado.

—¿Qué pasa? —pregunto acelerando lo que sea de lo que vaya esta reunión.

—Lo hemos estado pensado y hemos tomado una decisión —anuncia mi padre—. Los Lockhart llevan trabajando durante generaciones con nosotros, son unos socios comerciales muy valiosos y nos conviene que esa relación se cimente adecuadamente.

Mi cuerpo se tensa, como si algo dentro de mí hubiese adivinado antes que yo a dónde pretende llegar Sullivan Vandervilt.

Entrecierro los ojos sobre él con la advertencia en la mirada de que no se ande por las ramas.

—Hemos concertado tu matrimonio con Eden Lockhart.

—¿Qué?

El corazón me late con demasiada fuerza. Siento miedo. Siento rabia. Mucha. Demasiado. Visceral.

—Ni de coña —sentencio.

—¿Por qué? —pregunta mi madre sin entenderlo—. Eden es inteligente, adorable y una auténtica monada. Todos la queremos muchísimo. Creo que es el matrimonio concertado más orgánico que he visto nunca.

—Y la unión reforzará la empresa —añade mi padre— Nuestras acciones subirán exponencialmente.

Lo miro sin poder creer lo que está diciendo. Puedo entender a mi madre. Eden es increíble y, sí, se los tiene a todos ganados aquí, pero mi padre...

—No voy a casarme con Eden y mucho menos porque sea lo mejor para el Vandervilt Group.

Mi padre suelta un resoplido mordaz.

—No seas ingenuo, Alexander. ¿Por qué crees que se casan los hombres de nuestra posición?

—Me da igual por qué lo hagan los demás. Yo no voy a hacerle eso a Eden.

No estoy enamorado de ella. La deseo como un idiota, me importa, es mi responsabilidad, pero no la quiero. Y soy lo suficientemente cabrón como para casarme con cualquier otra chicha de la que no esté enamorado, pero no con ella.

—Eden lleva enamorada de ti desde siempre —me recuerda mi madre con una sonrisa.

—Precisamente por eso, joder —estallo—. Me tiene idealizado. Piensa que soy mejor de lo que soy, mucho mejor. No me ve de verdad y, el día que lo haga y lo comprenda, no va a quererme cerca de esa manera.

Es un puto rayo de sol y yo a veces creo que perdí la humanidad en mi primera junta de accionistas.

—Eden estará encantada —insiste mi madre.

—¿Sí? ¿Lo estaría al comprender que lo primero para mí es el Vandervilt Group? ¿Cuando se diese cuenta de que lo ha entregado todo a un matrimonio que no la ha convertido en una prioridad?

Mi madre aparta la mirada y por un momento me siento mal por lo que he dicho, por ella, pero es que estamos hablando de Eden, maldita sea, no puedo dejar que le hagan daño.

—Eden entenderá que eres el CEO de una de las compañías más importantes de la historia... —argumenta mi padre sin ver más allá del negocio.

—Eden no podrá soportar algo así y yo no voy a ser el cabrón que la ponga en esa posición.

No sabe querer a medias. No ha sabido nunca. No tiene por qué aprender, joder. Porque en algún sitio habrá un tío perfecto para ella que la quiera de la manera que ella necesita... Y de pronto odio esa idea y quiero asesinar a ese tío aunque ni siquiera haya aparecido.

Dios, voy a volverme loco.

—Estás enfocando todo esto de la manera incorrecta —me advierte mi padre inclinándose ligeramente hacia delante—. Esa chica te quiere, haría cualquier cosa por ti. ¿Puede que te tenga idealizado? No lo sé. No me interesa. Pero, cuando te vea tal como eres, aprenderá a aceptarte. No seas idiota, disfruta de que te mire como si fueses lo mejor que ha pisado este mundo.

Mi cuerpo se tensa y, antes de poder controlarlo, cierro los puños con rabia junto a mis costados. Eso ha sido cruel y mezquino y no tiene ningún derecho a hablar así sobre Eden.

—Sullivan —lo reprende mi madre, pero yo no la miro.

—No voy a aprovecharme de ella —rujo sin levantar la vista de él. Va a entenderlo le guste o no—. No pienso cargar con eso.

—No es algo abierto al diálogo. Eres el CEO del Vandervilt Group y harás lo que sea mejor para la empresa y para tu posición. Daremos una fiesta de compromiso la semana que viene.

—No pienso casarme con Eden.

No hay ninguna posibilidad de que le haga algo así.

—Francamente, Alexander, eres lo suficientemente inteligente para saber que no tienes elección.

18

Alexander

Mi padre sale del despacho mientras yo tengo la mirada clavada al frente, con una sensación de cruel impotencia recorriéndome el cuerpo, con la rabia complicándolo todo mucho más.

Mi madre se levanta despacio, con esa calma que sabe comerse a bocados la energía ilimitada cuando la situación de verdad lo necesita. De pequeño pensaba que era su superpoder.

—Sé que no estás enamorado de Eden —me dice acercándose, colocando su mano en mi antebrazo con cariño—, pero ella es feliz solo con tenerte cerca. Eso es más de lo que mucha gente tiene.

—Eso es otra manera de decir que acepte lo que me da sin ofrecerle nada a cambio.

Mi madre me observa, pero no responde porque sabe que tengo razón y que es injusto y egoísta.

—Acabarás viéndolo de otra manera —me asegura con una sonrisa vacía y triste antes de salir de mi estudio.

En cuanto me quedo solo, siento como si me robaran el aire de golpe pero aguanto el tirón.

No voy a permitirlo. La idea cruza mi cabeza tan rápido que asusta, pero eso también me da igual. Pienso. Resolver putas crisis es lo mío. Es lo que mejor se me da.

Lo veo claro. Mis padres siempre pondrán el Vandervilt Group por encima de Eden, pero los suyos no. Tengo que hablar con ella, para que les diga a Peter y a Mary Anne que no quiere casarse. En cuanto lo haga, los Lockhart lo pararán todo y mi padre no tendrá nada que decir.

Me saco el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta, marcó su número y me lo llevo a la oreja.

—Vamos, Eden, cógelo —prácticamente gruño impaciente, caminando de un lado a otro de mi despacho.

Pienso vagamente que apenas son las nueve de un domingo y que probablemente todavía esté durmiendo. También pienso que está despierta y simplemente no quiere cogerme el teléfono después de lo que pasó anoche. Aprieto los dientes. Prefiero no pensar en la segunda opción.

—¿Alex? —responde con la voz adormilada al otro lado.

Un extraño alivio me recorre al poder olvidarme de la maldita segunda opción.

—Tenemos que hablar —respondo sin dudar.

Hay unos segundos de silencio al otro lado, como si estuviese terminando de despertarse. Después oigo ruidos, ella apartando las sábanas, levantándose.

Mi mente decide que es un gran momento para recordarme que estaba en la cama, que yo podría estar en esa cama, encima de ella. Cierro los ojos mortificado y aún más cabreado. No es el maldito momento, joder.

—¿Qué quieres? —dice por fin.

Y me doy cuenta de que su tono cambia, así que quizá haya descartado demasiado rápido la idea de que no quiere hablar conmigo y solo ha contestado porque estaba demasiado dormida para pensar.

—El matrimonio concertado —contesto directo—. No puede ser.

Otro puto segundo de silencio. Me estoy arrepintiendo de haber decidido llamarla en vez de presentarme en la mansión Lockhart. «No es tarde», me digo.

—Tu padre ya ha hablado contigo, ¿eh?

No suena sorprendida. Suena resignada. Como si hubiese anticipado que reaccionaría así.

Salgo de mi estudio y me dirijo al vestíbulo.

—No puede ser —repito—. He intentado hacérselo entender a mi padre, pero ha sido inútil. Tienes que hablar con tu familia, decirles

que no quieres esta boda. Tus padres te escucharán y podremos parar esta locura.

Me monto en el Maybach. Me aparto el móvil de la boca para decirle a mi conductor a dónde vamos. Solo una palabra: Lockhart.

Eden vuelve a quedarse callada.

—¿El beso te gustó? —pregunta de pronto.

Siento como si hubiesen tirado de la alfombra bajo mis pies y casi a la misma velocidad la tensión de mi cuerpo se transforma en otra cosa y lo arrasa con fuerza.

—Eden, esa no es la conversación que debemos tener —trato de reconducirnos.

—Contéstame.

Pero, como era de esperar, ella no me lo permite.

Me paso la mano por la cara a la vez que resoplo. El recuerdo llega igual, de golpe, inundándolo absolutamente todo. Sus labios, lo jodidamente bien que olía, las ganas creciendo más y más, sin calmarse, gritando.

—Sí, me gustó —respondo sincero.

Un pequeño silencio, pero esta vez no me molesta porque sé que está pensando en ese beso y algo kamikaze y temerario dentro de mí quiere que lo haga.

—A mí también.

Adoro esa respuesta. Me complica la vida. Ni siquiera debería escucharla.

—Eden...

—¿Te importo, Alex?

Esa respuesta está aún más clara, pero lo hará todo mucho más difícil.

—¿A dónde pretendes llegar?

—Contéstame.

—Joder, Eden, por supuesto que me importas —respondo desesperado.

—Y tú me importas a mí. ¿Por qué tienes que luchar contra lo que está pasando?

—Porque no debería pasar.

El coche se detiene en la entrada, me bajo un segundo antes de que lo haga totalmente y voy flechado hacia la entrada de la mansión. Llamo y un puñado de segundos después estoy dentro.

—¿De verdad sigues pensando que soy una cría?

—Eden.

—Después de besarme como lo hiciste, ¿lo sigues pensando? —me presiona en busca de una respuesta que no quiero darle.

—No —confieso al fin.

—¿Entonces?

Tomo las escaleras a la primera planta.

—Eden, me tienes idealizado. —Necesito que lo entienda de una maldita vez—. Crees que sabes cómo soy, pero no es verdad y, cuando lo descubras, no vas a querer estar casada conmigo.

Es sencillamente imposible y no pienso atraparla como un pájaro en una jaula, pero entonces se ríe y eso me deja completamente descolocado. No es algo escandaloso, es pequeño, tierno, casi condescendiente, y sé que se está riendo de mí.

—Yo ya te conozco de verdad, Alex, y te quiero incluso con todo lo que tú piensas que no podría querer.

Entro en su habitación en ese preciso momento y ella me mira como si ya me esperase. La visión me deja noqueado. Está junto a la ventana, despeinada, en pijama, descalza, y nunca había tenido tantas ganas de tocarla como ahora.

Su frase se me mete bajo la piel sin darme oportunidad de luchar, aunque tampoco habría ganado de haberla tenido. Trago saliva. Pero en el fondo solo ha sido la confirmación de lo que ya sé, de que está idealizando la relación que tendríamos, otra vez a mí.

Lanzo el móvil sobre la cama y echo a andar hacia ella. Tengo que parar esto antes de que nos arrepintamos los dos.

—Sabes que soy frío.

—Sí —responde con seguridad, con dulzura, siendo exactamente ella.

—Egoísta.

—Sí.

—Que el puto Vandervilt Group es lo primero.

—Sí.

—Y crees que no te importa —continúo deteniéndome frente a ella, más cerca de lo que debería—, pero, dentro de una semana, un mes, un año, lo hará. ¿Cómo te sentirás cuando estés triste por algo y yo sea lo suficientemente frío para decirte que estoy en una reunión y no puedo ir a verte?, ¿cuando montes tu primera exposición y quieras compartirlo conmigo pero yo esté resolviendo una crisis en Tokio?

—Tú nunca dejarías que pasaran esas cosas.

Fe ciega, confianza incondicional, eso es lo que siente por mí y, ¡joder, la adoro por eso, pero no puedo usarlo a mi favor!

—Sí, Eden, sí lo haría porque tengo que hacerlo. Y tú tienes que hablar con tus padres y tienes que parar esto. No voy a ser el cabrón que te meta en una vida desgraciada donde seas infeliz todos los días; a ti, no.

No me lo perdonaría jamás.

Cierro la mano, controlando el impulso de tocarla, la decepción porque sé que no voy a hacerlo. Doy el primer paso atrás, luchando contra todas esas ganas. Me obligo a dejar de mirarla y por fin doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta.

—¿Recuerdas cuando mi abuela murió? —la pregunta me detiene en seco, aunque no me vuelvo. Otra vez ese algo dentro de mí se convierte en adivino y adelanta acontecimientos, susurrándome que es mejor que mantenga las distancias, las barreras—. Había pasado una semana desde el funeral, estaba en un supermercado de la 26 Oeste y empecé a llorar sin ningún motivo. Te llamé y tú dejaste una reunión de la junta para venir a recogerme. Me llevaste al Four Seasons, contrataste todas las películas que ofrecía la tele del hotel y las vimos comiendo palomitas del servicio de habitaciones.

—Eden...

Me vuelvo. Es imposible que no lo haga. Claro que recuerdo ese día y también por qué hice lo que hice.

—¿Y mi graduación en Columbia? Se suponía que no podías venir, ni siquiera debías estar en el país, pero obligaste a tus socios a tener la reunión de madrugada, volaste toda la noche y llegaste a tiempo.

Doy un paso hacia ella. No quiero decir lo que tengo que decir, pero la única manera que tengo de protegerla es que lo entienda.

—Sí, hice todas esas cosas y otras muchas, pero estás confundiendo responsabilidad con amor. Siempre he cuidado de ti, Eden, y, lo creas o no, es lo que estoy haciendo ahora. No estoy enamorado de ti. Nunca voy a estarlo.

«Ríndete conmigo, por favor.»

«No lo hagas.»

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque no eres lo que necesito.

Noto el golpe. Sé que le he hecho daño. Lo odio. Odio la puta situación.

—¿Ves como soy un egoísta de mierda?

Pero ella no me da la razón, no me dice que soy un capullo, no me grita que me odia. Da un paso hacia mí y sencillamente alza las manos y me arregla el nudo de la corbata.

Eso me deja noqueado.

—No lo eres —afirma con la voz más dulce del mundo, creyéndolo de verdad—. No voy a hablar con mis padres y no es porque sea una inocente romántica que crea que el amor y el optimismo pueden con todo...

—Por Dios, Eden, eres exactamente eso —me quejo, pero no la aparto, no me alejo.

—Puede ser, pero no estoy decidiendo basándome en eso. Lo hago porque de verdad creo que, si nos dejas, podemos tener una oportunidad y, sí, es obvio que no soy lo que necesitas igual que, siento decirlo —añade con una suave sonrisa, demostrándome que no lo siente en absoluto—, tú tampoco eres lo que yo necesito ni lo que elegiría si esto se eligiese objetivamente, pero sí creo que podríamos hacernos felices —concluye mirándome a los ojos.

Algo se calienta dentro de mí y ese algo prende una maldita mecha y me doy cuenta de que sería capaz de convencerme porque, joder, quién no querría tenerla cerca el resto de su vida. Sin embargo, no puede ser.

—No —sentencio negando suavemente con la cabeza—. No, Eden.

Pero ella ni siquiera me escucha, su sonrisa no se apaga, termina con el nudo de la corbata. Desliza sus manos hasta que sus palmas descansan en mi pecho y, poniéndose de puntillas, me da un beso

en la mejilla, demasiado cerca de mis labios para no fantasear con él, demasiado corto para no querer más. Cierro los ojos al notar el contacto e instintivamente ladeo la cabeza, para que estemos más cerca, buscando más.

—Te están esperando en la oficina, señor Vandervilt —dice separándose apenas unos centímetros.

19

Eden

Paso por su lado y voy hasta la puerta. Justo antes de salir me giro sin detenerme. Alex sigue quieto, en el mismo sitio.

Ya he dicho todo lo que tenía que decir. No voy a presionarlo. Tampoco estoy enfadada con él. Está haciendo lo que cree que es mejor para mí, protegiéndome. Lo que no ve es que no necesito que me protejan ni de él ni de la vida que tendría con él. Alex es mi elección y sé de sobra a lo que me enfrento, sé perfectamente cómo es, lo que haría y, ahora mismo, soy capaz de entender todo eso mejor que él.

***

Los días pasan uno tras otro. Alex y yo no volvemos a hablar. Tampoco nos vemos ni comemos juntos. Tenía derecho a pensar, a decidir, a tener su espacio para hacerlo.

—¿Estás lista, cariño? —pregunta mi madre entrando en mi habitación.

Asiento con una suave sonrisa y mi mirada puesta en el espejo frente a mí. Me encanta mi vestido. Es blanco, muy sencillo, por encima de las rodillas con un poco de vuelo a partir de la cintura. No tiene mangas y el escote es muy suave. Lo que más me gusta es que la tela en la espalda se convierte en bordado con la forma de una mariposa.

—Estás preciosa —añade deteniéndose junto a mí, observando mi reflejo—. Y apuesto a que un poco nerviosa.

Las dos sonreímos.

—Sí, lo estoy —le doy la razón—, pero también es lo que quiero.

—Lo sé —responde mi madre feliz, tomándome de los hombros y dándome un beso en la sien.

Val y mi padre nos esperan abajo y todos juntos vamos a la mansión Vandervilt, a mi fiesta de compromiso con Alex.

La propiedad, normalmente preciosa y sumamente elegante, hoy parece serlo un poco más. Las flores, las luces, las mesas. Eleanor, Lea, la madre de Alex, no ha dejado un solo detalle al azar.

—Qué bien que ya hayáis llegado —sale a nuestro encuentro precisamente la señora Vandervilt.

Me da un abrazo y deja su brazo alrededor de mis hombros mientras caminamos hacia el interior de la mansión.

—Espero que te guste —me dice—. Es por completo en tu honor.

El padre de Alex le ofrece una copa al mío y se quedan charlando.

Sonrío.

—Gracias.

—Bueno, también es en el de tu hijo —le recuerda mi madre.

La señora Vandervilt hace un gesto de fingido desagrado con la mano.

—Ese chico ni siquiera aprecia que me preocupe por su *feng shui* —se queja—, así que para nada, esta fiesta es solo para nuestra Eden.

Mi madre, la señora Vandervilt, Val y yo volvemos a sonreír.

—Todo está increíble —comento.

—Gracias, cielo —contesta sincera.

La siguiente media hora se parece un poco a un borrón de sonrisas y caras nuevas. La señora Vandervilt me presenta prácticamente a todos los invitados, la mayoría personas de negocios o gente influyente de Nueva York. También están Ted, Mellow y el director de mi máster en el MoMA.

—¿Y Alex cuando piensa aparecer? —le pregunta Mellow a Ted.

Ellos dos, Val y yo nos escapado discretamente a la zona del salón junto a los ventanales que dan a la terraza para bebernos una copa de *champagne* y charlar un poquito.

Ted se encoge de hombros.

—No lo sé. No hablo con él desde ayer por la mañana. Seguro que ha tenido lío en la oficina.

—Lío en la oficina —repite mi hermana pensativa—. Suena a nombre de grupo de música de los ochenta.

—O a película de Chevy Chase de los ochenta —replica Ted.

—Me encanta Chevy Chase —digo con una sonrisa.

Mellow me señala bebiendo de su copa, no una tipo flauta, sino de esas con las que el gran Gatsby mira a cámara. Aquí hay mucha clase.

Oímos algo de ruido en el vestíbulo. La señora Vandervilt es la primera en llevar la mirada hacia esa zona y automáticamente su expresión cambia. Yo frunzo el ceño confusa. Apenas un minuto después, Alex entra, pero no lo hace solo. Una mujer rubia con un Chanel increíble lo hace junto a él.

—¿Qué está pasando? —murmura Val absolutamente perdida, detectando como yo que algo no va bien.

—Pueden prestarme un segundo de atención —pide Alex alzando la voz lo justo.

Los invitados poco a poco van guardando silencio y, por un gesto de la señora Vandervilt, la música se detiene.

—Les agradezco a todos que hayan venido —empieza diciendo— porque tengo un anuncio que hacerles. Ella es Camille Ashcroft.

Se gira hacia la mujer. Ella sonríe y da un paso hacia él, prácticamente tocándose.

Alex mueve la mirada y por fin atrapa la mía, como si hubiese sabido dónde estaba desde que ha entrado. Durante el siguiente par de segundos no dice nada, como si estuviese tratando de memorizarme, y el corazón se me encoge en el centro del pecho.

Toma una suave bocanada de aire.

—Mi prometida —sentencia.

No.

20

Eden

—No.

La palabra sale en un murmullo casi inaudible de mi boca, pero también se queda clavada dentro de mí, en algún lugar entre mi garganta y mi pecho, mientras el mundo sigue girando de una manera completamente incomprensible... sin mí.

La música ha dejado de sonar. Los invitados se miran los unos a los otros en un extraño silencio, aunque sobre todo me miran a mí, a Alex, a esa mujer perfecta y maravillosa a su lado.

Yo solo lo veo a él, a Alexander... y a ella, a ella también la veo y solo su sonrisa, entrenada para no dar ni una muestra de debilidad, me hace comprender lo diferentes que somos, que ella es sofisticada, medida, afilada.

La mujer que él necesita.

Ella, no yo.

Su *prometida*.

La palabra encuentra la forma de abrirse paso por mi cuerpo como si fuese una cuchilla.

Alex sigue mirándome, yo sigo dejándole que lo haga y lo peor de todo es que no está relajado ni feliz.

No parece el hombre que acaba de anunciar algo lógico, conveniente, inteligente, como se anuncian los acuerdos empresariales o las fusiones o los resultados trimestrales.

Parece alguien que ha apretado el gatillo sabiendo exactamente a quién iba dirigida la bala y ha odiado cada segundo de esa trayectoria.

En otro universo, esperaría a que se moviera, se retractara, nos salvara, pero lo conozco lo suficiente para saber que no va a hacerlo porque ha tomado la decisión que cree correcta.

Y aun así...

Aun así, deseo que sí lo haga, sueño con que lo haga. Un miedo muy primario se activa dentro de mí: el rechazo. Porque yo elijo seguir confiando, incluso ahora, incluso cuando no debo, y él ha elegido pensar que no tendríamos una mísera oportunidad.

El silencio nunca dura en una fiesta de la alta sociedad y poco a poco la normalidad va ganando la partida a los corazones rotos. La música vuelve, el tintineo de las copas, se atreven los primeros susurros, aunque las miradas siguen posándose en mí mientras presencio la llamada a posiciones en el deporte preferido de esta gente: comentar un acontecimiento que ha hecho sangrar a uno de los suyos en directo.

—¿Qué demonios...? —musita Val a mi lado.

Alex continúa con la mirada fija en mí un segundo más, el que sé que más va a doler, y después mueve la cabeza muy despacio hacia Camille.

Ella sonríe impecable mirándolo y todos entienden que es verdad. Alexander Vandervilt acaba de echar de su vida a Eden Lockhart.

Siento que algo se me cae dentro. No de golpe. No como un cristal rompiéndose. Más bien como si alguien hubiese apagado todas las luces de una ciudad una a una hasta dejarla a oscuras por completo.

Trago saliva.

«Respira, Eden —me suplico—. Respira. No le des el gusto de romperte delante de él.»

—Eden —me llama mi madre muy bajito, colocándose frente a mí, tratando de tapar con su cuerpo la imagen de Alex y Camille, pero es demasiado tarde. No creo que pueda olvidarla nunca, aunque me mudara a una aldea inuit en el Ártico y no volviera a tenerlos delante.

Da un paso más dispuesta a abrazarme, pero yo levanto una mano apenas un par de centímetros para detenerla. El gesto forma parte de mi plan integral para no desmoronarme en mitad de una

fiesta que era para mí pero ha cambiado repentinamente de protagonista, porque, si alguien me toca ahora, aunque sea con la punta de los dedos, voy a caer destrozada.

Así que, en lugar de eso, tomo una bocanada de aire y me obligo a sonreír.

Es una sonrisa pequeña, educada, probablemente horrible, pero suficiente para que nadie pueda decir que Eden Lockhart no aguantó el tipo con mucha clase.

Lo siguiente es más complicado, mucho más. Camino hacia él. Inmediatamente siento a Val, a Mellow, a Ted, saliendo tras de mí.

—Eden —me llama mi hermana, muy bajo, con advertencia, con miedo.

Pero no me detengo.

Mis tacones suenan contra el suelo con una precisión que casi me hace gracia. Me recuerdo a mí misma hace menos de una hora, mirándome al espejo, sonriendo. Desde luego, el que dijo que nunca ves venir el alud hasta que lo tienes encima, era un sabio moderno.

Alex me ve acercarme. Aprieta la mandíbula sin poder despegar los ojos de mí. Bien. Ojalá le duela. Ojalá le duela tanto como me está doliendo a mí.

Cuando llego hasta ellos, Camille también me observa con una mezcla de curiosidad y estudio, como si estuviese evaluándome. Debería decirle que se ahorre el esfuerzo. Yo no me quedo donde no me quieren y no le entrego los pedazos de mi corazón a quien lo ha roto.

Vuelvo a sonreír. Me sorprende lo bien que se me da hacerlo en semejantes circunstancias.

—Enhorabuena —digo con la voz clara.

Recuerda, Eden, no te rompas. Él no se merece verte caer.

Camille curva los labios sorprendida, aunque el gesto desaparece pronto porque es capaz de controlar lo que enseña al mundo.

—Gracias.

Entonces miro a Alex y, en contra de mi voluntad, por un momento, vuelvo a sentir el taxi; la puerta de su habitación contra mi espalda; sus labios contra los míos; «Tú me importas, Eden», escrito en un mensaje de WhatsApp.

Todo eso ha sido verdad, pero ahora está esta horrible mentira colocada encima. No soy tonta. Sé por qué Alex se ha presentado aquí con ella, sé por qué la ha elegido, pero eso no significa que duela ni una milésima menos.

—Enhorabuena, Alex.

Sus ojos grises se vuelven metálicos al oír esas dos palabras, aunque francamente creo que ha sido el hecho de oír mi voz. Podría haber dicho «Sus patatas, gracias» y habría reaccionado igual.

—Eden...

Niega casi imperceptiblemente, como si no supiera qué quiere decir o como si quisiera decir demasiado y no pudiera permitirse ni una sola palabra.

Ladeo la cabeza con una calma que no siento.

—Espero que seáis muy felices.

Ahí la veo, su reacción, pequeña, algo que se le habría escapado a cualquier otra persona que no lo conociese tan bien, pero yo me doy cuenta de que su respiración se engancha un segundo porque el corazón le tropieza contra las costillas, y de que aprieta el puño de la mano derecha con rabia porque quiere tocarme y no puede hacerlo.

Y me alegro y sé que es algo irracional, sin ningún tipo de sentido porque no cambia nada, pero, si yo no puedo salvarme de esto, al menos, quiero que él tampoco salga intacto.

Me giro antes de que pueda responder y avanzo por el salón sintiendo cómo todos me miran. Ha sido humillante y ha sido público.

—Eden, vámonos —dice Val alcanzándome.

Observo a mi alrededor. No tardo en localizar a mi padre hablando con el señor Vandervilt un poco apartados de los demás. Es obvio que Sullivan Vandervilt está tenso y muy enfadado, capeando el temporal; para él la empresa es lo primero y después la imagen de la empresa, y hoy su hijo ha golpeado ambas cosas. Mi padre está más cabreado de lo que he visto nunca, conteniéndose para no armar un escándalo y no hacer mi situación más complicada.

—No quiero que papá y el señor Vandervilt se peleen —le pido a mi madre.

No lo hago por Alex, aunque todos lo piensen, es porque no quiero más cabos sueltos ni más asuntos pendientes.

Mi madre me observa unos segundos; no sé qué piensa, la verdad... Creo que se lo pido por Alex o por los Vandervilt, pero no es así. Es porque, en mitad de todo esto, ya he tomado una decisión.

Discreta, camina hacia los dos hombres, los interrumpe educadamente y dice algo. Mi padre me mira sorprendido, pero más aún lo hace el señor Vandervilt.

—En serio —insiste Val—, larguémonos.

—Sí, esta fiesta es patética —añade Mellow subiendo el tono de voz con el adjetivo para que les quede claro a todos.

Ted observa a Alex y no sé qué quiere hacer, si quedarse a mi lado para apoyarme o correr hasta el suyo para darle una paliza.

—Podemos hacer lo que quieras —me propone mi hermana—. Nos vamos a Manhattan y no volvemos en dos días o nos atrincheramos en casa o...

—No —la interrumpo con un golpe de voz.

Un aluvión de lágrimas me sube a los ojos de golpe de repente, incluso me asusto porque no me lo esperaba y ha sido realmente rápido, pero, gracias a Dios, consigo pararlo a tiempo.

Val, Mellow, Ted, fruncen el ceño. Supongo que piensan que estoy sufriendo un brote psicótico por querer quedarme, pero son lo suficientemente amables para no decirlo.

—Peque... —empieza a hablar Ted, pero yo niego con la cabeza suavemente.

—No voy a salir corriendo —me explico bajito—. No voy a darle eso.

Él no responde, lo cual ya es un hito, pero lo que realmente marca la diferencia es la manera en la que me mira, como si esta situación, yo ahora mismo, fuésemos lo que más tristeza le hemos provocado nunca.

—Aguantaré un rato más y nos marcharemos —trato de tranquilizarlos.

—Cariño... —me llaman a mi espalda.

Cierro los ojos, suplicándome por aguantar el tipo antes de girarme. Es la señora Vandervilt.

—Te prometo que no lo sabía —me explica.

Yo asiento y otra vez tengo que aguantar el tirón porque es la misma persona que me recibió hace menos de una hora, que me dijo orgullosa que esta fiesta era para mí. Algo en mi interior rompe a reír por lo estúpidamente feliz que estaba al entrar aquí.

—No se preocupe, señora Vandervilt. Está todo bien.

Es mentira. Nada lo está.

Ella niega con la cabeza con la respiración casi entrecortada.

—Eden...

—Voy a tomar un poco el aire —la interrumpo.

He dicho que iba a quedarme y pienso hacerlo, pero ahora mismo necesito un respiro.

—Voy contigo —dice Val al instante.

—No —le pido.

Mi hermana se queda quieta. Sé que quiere protestar. Sé que quiere acompañarme, pelear conmigo, sostenerme o incendiar la mansión entera, todo a la vez, pero decide no presionar.

—Dos minutos —cede al fin—. Si no vuelves, voy a buscarte.

—Los tres —sentencia Mellow.

Asiento y salgo a la terraza.

El espacio de losas blancas me recibe enorme, lleno de la ligera brisa que necesito ahora, moviendo las copas de las decenas de enormes árboles alrededor, acallando el ruido de la música que continúa sonando porque ya pertenece a otra persona.

Pierdo la mirada al frente. Trato de pensar ordenadamente, pero es complicado. Trato de no hacerlo y es aún peor.

Manhattan me llama al fondo. Es imposible verla desde aquí y al mismo tiempo es una especie de faro.

Avanzo un poco más hasta detenerme junto a la balaustrada y me permito cerrar los ojos. Duele. Duele de una manera ridícula. De una manera enorme.

No se parece a nada que haya sentido antes.

Si Alexander amara de verdad a Camille, creo que todo sería más fácil.

La frase aparece en mi mente y, por un momento, doy por hecho que sí, definitivamente estoy teniendo un brote psicótico, pero no tardo un segundo completo en entenderme a mí misma. Si él la amara, yo podría odiarlo, odio pasional, lo que cimenta los triángulos amorosos y el noventa y siete por ciento de las telenovelas de Televisa.

Me habría podido arrancar a Alex del pecho con rabia, con orgullo, con algo limpio.

Pero esto es diferente. Él la ha elegido porque cree que me está protegiendo a mí, porque cree que ella es lo que él necesita. Jamás discutiría ese punto porque estoy segura de que es verdad. Estoy convencida de que Camille es inteligentísima, afilada en los negocios, una alta ejecutiva, quizá incluso tenga su propia empresa. Será fría, nada que resulte alarmante, racional, nada que la haga parecer más fría, y entenderá no ser la prioridad de Alex... porque nunca lo ha sido.

Alex la ha elegido porque es lo opuesto a mí.

Para demostrarme que lo nuestro no tenía futuro.

Para que no lo tengamos.

—Eden.

Su voz. Mi cuerpo reacciona a ella incluso si ya no es lo que quiero y me odio un poco por ello. Reprogramación emocional, me pregunto si habrá una app que haga eso.

¿Qué demonios hace aquí? Otra vez tengo ganas de reírme, ¡porque es que lo sé! ¡Y todo empieza a ser surrealista y ridículo, como si los Monty Python y Danielle Steel escribieran el guion de mi vida!

—No deberías estar aquí —le recuerdo.

Sé que está a unos pasos de mí, pero me niego a girarme.

—Lo sé.

Una risa pequeña, sin humor, se me escapa.

—Celebro que al menos seas consciente de eso. Ahora creo que sería mejor si te largaras.

Se queda en silencio y otra vez saltan los viejos resortes. El vacío que deja la comodidad que los llenaba antes, las ganas de ocuparlos

con palabras, con bromas malas, con una vida que ha perdido el derecho de que comparta con él.

—Intenté que las cosas no fueran así.

—No sabía que un cartel internacional te había obligado a que te presentases con Camille.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—¿La Bratva, entonces? —planteo mordaz, disimulando las toneladas de tristeza que siento por dentro a la vez que me giro.

—Deja de decir estupideces. —Hay una grieta y la rabia, entremezclada con el dolor, con algo parecido a la desesperación, se escapa por ella.

—No intentaste una mierda, Alex —replico casi gritando.

Mi respiración se entrecorta, pero aguanto el tirón, el tipo, lo que tenga que aguantar aquí, maldita sea.

Él me mira, no solo a los ojos, recorre mi rostro entero antes de volver a ellos. Un millón de emociones diferentes cruzan los suyos como si fueran el desfile de Navidad.

—Eden...

—Vete con tu prometida, Alex —estallo señalando hacia la puerta, avanzando un paso hacia él, que avanza otro también y de pronto estamos demasiado cerca—, que, aparentemente, es perfecta para ti.

—No me cargues con todo esto a mí —me recuerda enfadado, dolido, juraría que asustado—. Hablé con mi padre para cancelarlo todo, contigo, pero no quisiste escucharme, así que no me quedó otra que...

Se frena de golpe antes de pronunciar la palabra porque es como ponerle nombre a la mayor cabronada de su vida, pero aquí está Eden Lockhart, dispuesta a servir de taquígrafa para rupturas sentimentales con estilo.

—Demostrármelo —digo por él con una sonrisa tranquila y destrozada e insolente al mismo tiempo, el superpoder de los corazones rotos—. Destrozándome.

—No, protegiéndote.

—Perdona que no me sintiera muy protegida cuando el hombre al que quiero ha aparecido con otra mujer en mi maldita fiesta de

compromiso.

Decirlo en voz alta lo hace real y los ojos se me llenan de lágrimas. Consigo que solo caiga una y me la seco con rabia justo cuando él había levantado la mano para hacer lo mismo.

Ese detalle me molesta muchísimo, como echar gasolina a una condenada hoguera.

—¿Crees que puedes hacerme llorar y limpiarme las lágrimas luego? —le advierto alejándome de él.

—Esto tampoco está siendo fácil para mí —prácticamente grita, como si él también estuviese bordeando un precipicio con demasiado miedo a caer y con el mismo miedo a permanecer en pie —. ¿Crees que no me ha costado la puta vida entrar aquí con ella, mirarte a ti y decir que era mi prometida?

—¡Pues no haberlo hecho!

—¡Tenía que hacerlo, joder!

Sus ojos se encuentran con los míos y el corazón me da un vuelco por él, porque sé que está sufriendo, sé que le está doliendo tanto como a mí, ¡pero es que él nos ha puesto aquí!

—Tenías que entenderlo —añade más bajito, más destrozado, y sus ojos se vuelven brillante por las lágrimas—. No voy a aprovecharme de ti, no voy a hacerte infeliz, Eden. No podría — sentencia.

Lo escucho. Lo entiendo. Lo creo.

Doy un paso hacia él.

—Tú no me has protegido, Alexander. Tú has preferido destrozarme delante de todos antes que creer en mí.

En que sabía lo que quería, en que lo conocía, en que podríamos haber sido felices, de verdad.

Por eso, esta vez, entenderlo no es suficiente.

Alex se queda muy quieto, mirándome, asimilando el golpe. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir, así que doy un paso atrás, siento algo romperse definitivamente entre nosotros, un hilo, una conexión, y me dirijo de vuelta a la fiesta.

Solo he recorrido un par de pasos cuando vuelvo a detenerme. Me giro. Alexander me mira con una esperanza kamikaze y torpe en los ojos. Yo siento lo mismo. Lástima de que él haya dejado claro que

nada entre nosotros es suficiente para convertirnos en la opción correcta.

—Disfruta de tu fiesta de compromiso —remato.

Me vuelvo.

Camino.

Me alejo.

Ahora ya puedo irme.

21

Alexander

Me quedo muy quieto, en mitad de la terraza, con el aire frío sacudiéndome y sus palabras clavándoseme más y más adentro.

No quiero destrozarla, lo juro por Dios, y precisamente es por eso por lo que he hecho esto. Claro que creo en ella. Eden es la persona en la que yo más...

Una lágrima resbala por mi mejilla mientras observo la puerta por la que se ha alejado de mí. Aprieto los dientes. Trago saliva. No vale de nada. Ya no está.

Duele, pero era lo que tenías que hacer. A ella también le duele, pero un día entenderá que solo estabas cuidándola.

Asiento, agarrándome a esa idea como si fuera la última esperanza de un moribundo, y me seco esa única lágrima.

Sigo viendo su cara cuando he dicho que Camille era mi prometida. La manera en la que me ha mirado después. No estaba enfadada, no ha gritado, no ha montado una escena.

Regreso al interior de la casa. La fiesta continúa. Somos los Vandervilt y todos aquí lo saben, nadie va a poner una mala cara o hacer un comentario inapropiado por el cambio de reparto.

Quiero pensar que es por inercia, por comportamiento aprendido, o quizá es que simplemente soy idiota, pero lo primero que hago al entrar es buscarla con la mirada. Obviamente no está. Eden se ha marchado porque esperaba algo mejor de mí que esto. «Disfruta de que te mire como si fueses lo mejor que ha pisado este mundo», recuerdo las palabras de mi padre en mi despacho el día que me dijo que tenía que casarme con Eden y casi me arrepiento de no haberlo

escuchado, porque la alternativa, cómo me ha mirado esta noche, me ha calado hasta los putos huesos.

—¿Qué dices? ¿Te doy la paliza ya o esperamos a que se vayan los invitados?

Es Ted. No se ha ido con las chicas. Está realmente cabreado conmigo y no voy a negar que lo entienda. Todos nos conocemos desde siempre. Eden también es importante para él.

—Déjame en paz —contesto echando a andar sin tener idea de hacia dónde. Lo entiendo, joder, pero a nadie le importa Eden más que a mí.

Ted me sigue. Me coge del brazo. Me obliga a girarme.

—No, tío —replica—. ¿A qué ha venido toda esta mierda? ¿Te haces una idea del daño que le has hecho?

Todo mi cuerpo se tensa hasta un límite indecible. ¡Claro que lo sé! ¡Lo que quiero es gritar, destrozar esta puta fiesta hasta hacerla pedazos! ¡A nadie le importa Eden más que a mí! ¡A nadie!

Ted frunce el ceño sin dejar de observarme, como si hubiese sido capaz de ver lo que estoy sintiendo, como si mi mirada fuese un proyector... como si fuera así de obvio que estoy destrozado.

—¿Por qué coño lo has hecho? —pregunta, pero su tono cambia porque ha entendido que no está delante del general que ha ordenado el ataque, está delante del soldado al que han obligado a disparar.

Durante un segundo me quedo muy quieto, inmóvil otra vez, pero al siguiente reacciono y cabeceo.

—No te metas en mi vida —rujo amenazante.

No quiero que nadie me mire así. No quiero que hurguen dentro de mí. Duele, pero dejará de hacerlo y ella estará bien y será feliz y eso es todo lo que me importa.

Coja una copa de *champagne* de la bandeja del primer camarero que me la ofrece. Me la bebo de un trago y la cambio por una nueva antes de que se mueva. El empleado me observa suspicaz y yo lo fulmino con la mirada. Le pago para que sirva alcohol en estas copas ridículas, no para que me juzgue por cómo me lo tomo.

Mi padre charla con dos inversores como si nada hubiese pasado. Por supuesto, la empresa es lo primero. Mi madre lo hace con

Camille. Solo está siendo educada. Lo sé. Eden es demasiado importante en esta casa como para que simplemente lo deje pasar.

Camille camina hasta mí, con las manos elegantemente entrelazadas, sonriendo como si no hubiese pasado absolutamente nada. Eso hay que reconocérselo, ni un titubeo, ni una sonrisa mal colocada y, mientras, yo siento que acaba de arrasarme un tsunami.

—Alexander —me llama.

De pronto lo odio. Odio su voz diciendo mi nombre. Y recuerdo a Eden, llamándome entre frases de canciones, sonriéndome, con el viento revolviéndole el pelo en mi coche.

Basta.

Esto es lo que tienes que hacer, Vandervilt. Échale valor y hazlo.

La miro.

—Has tardado —comenta tranquila.

—Estaba hablando con Eden.

Camille me observa, estudiándome.

—¿Va a convertirse en un problema? —plantea.

Sé por qué lo dice. No son celos ni nada mínimamente romántico. Entre nosotros no lo hay. Camille es como mi padre y lo que me está preguntando en realidad es si mi relación con Eden va a convertirse en un obstáculo para Verity Capitals, la compañía de la que es directora ejecutiva. Aun así me molesta que piense que Eden podría ser un problema.

—No es asunto tuyo.

Camille da un paso hacia mí.

—¿Debería? —pregunta ladeando mínimamente la cabeza.

Yo suelto una risa sin humor, sin levantar los ojos de ella mientras un vuelco violento y primitivo por defender a Eden serpentea por todo mi cuerpo.

—Por supuesto que no —sentencio.

No digo nada más, no dejo que ella lo diga y echo a andar.

Me saco el teléfono del bolsillo de los pantalones. Solo quiero escuchar su voz. Solo quiero saber que está bien. Aprieto los dientes.

Contrólate, joder.

—Alexander.

La voz de mi padre me saca de mi ensoñación.

—La prensa llegará en veinte minutos —me informa—. Gracias a la estúpida idea de relaciones públicas de guardar el secreto de tu compromiso hasta anunciarlo hoy para dar una sorpresa mediática, conseguiremos que la empresa no se vea afectada por el cambio de prometida.

La rabia me sube hasta la garganta.

—Eres consciente de que Eden es una persona, ¿verdad? No una maldita pieza de ajedrez.

—No he sido yo quien la ha humillado públicamente.

Mi respiración se vuelve irregular porque el condenado enfado se hace insoportable.

—No vuelvas a mencionarlo —rujo a punto de perder el control.

Mi padre me mantiene la mirada.

—Peter Lockhart casi rompe nuestra asociación aquí mismo —replica con la voz demasiado baja, endurecida—. ¿Sabes cómo nos habría afectado eso? Las pérdidas habrían sido incalculables solo porque tú has querido ir de héroe. Tienes suerte de que esa chica te siga queriendo incluso después de lo que le has hecho y le haya pedido a su padre que lo deje estar.

Tengo que bajar un momento la mirada mientras mi respiración se vuelve aún más torpe. ¿Eden ha seguido preocupándose por mí?

—La prensa...

—No, joder —lo interrumpo—. No voy a salir ahí fuera a hablar de mi compromiso.

No pienso aparecer en los medios, en Internet, celebrando mi compromiso con Camille. No voy a permitir que Eden tenga que verlo.

—Es necesario oficializarlo.

—Apáñatelas sin mí.

—Eres el CEO del Vandervilt Group, Alexander. Compórtate como tal —me exige.

Y ahí está otra vez. La empresa. Siempre la empresa. El imperio. El apellido. Toda esa mierda que llevo años defendiendo y que ahora mismo solo consigue hacerme sentir como un hijo de puta.

—¿Sabes cuál es el problema? —pregunto bajo, con una calma que es solo el ojo del huracán, con el inicio de una sonrisa vacía en los labios.

Mi padre tensa la mandíbula.

—¿Cuál?

—Que por primera vez no estoy seguro de que merezca la pena.

Su expresión cambia, como si por un segundo visualizara el verdadero problema, pero, sea lo que sea lo que piensa, lo aplaca. Son años de «el Vandervilt Group es lo primero» haciendo su trabajo.

—Te recuperarás —afirma, y lo hace como si estuviéramos hablando de un resfriado.

Yo me quedo muy quieto. Alguien lo saluda a unos pasos, él pone su mejor sonrisa ensayada y camina en su dirección.

Miro a mi alrededor y no debería porque odio todo lo que veo. El salón sigue lleno de gente. Las luces. Las flores. La fiesta que mi madre organizó para Eden.

Joder.

Me paso la mano por la cara. Necesito aire. Necesito silencio. Necesito dejar de recordar cómo me ha mirado. «Has preferido destrozarme delante de todos antes que creer en mí.»

Subo las escaleras casi sin darme cuenta. Me encierro en mi dormitorio. Trato de respirar despacio. Calmar este maldito huracán mientras doy paseos inconexos como un ratón en un laberinto, pero sencillamente no soy capaz.

Ya tengo lo que quiero, ¿no? Una mujer capaz de racionalizar que su prometido haya salido a hablar con otra mujer. Una persona fría a quien solo le importe su empresa y algo, quizá, la mía. Lo entiende todo. Rompo a reír, aunque no hay ni un rastro pequeño de humor ahí, pero es que no se me escapa la ironía de esta especie de revelación. Tengo lo que necesitaba y ahora soy yo el que está a punto de perder los putos papeles.

De pronto mi cama entra en mi campo de visión y con ella el vestido de Eden perfectamente doblado. El que se empapó cuando Val la tiró a la piscina. Antes de que mi mente registre el pensamiento, lo cojo, hago lo más patético del mundo y lo huelo,

pero mi corazón protesta porque lo han lavado y ya no huele a ella. Aprieto la tela entre los dedos. Creo que me habría conformado con cualquier cosa, incluso el olor a cloro de aquella noche me habría valido.

Me estoy volviendo loco.

No ha montado ninguna escena. No ha gritado. No ha llorado. No me ha suplicado nada. Ha aguantado. Ha aguantado con la dignidad y el amor propio brillando en ella. Los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas.

—Ha aguantado, joder —murmuro.

La puerta se abre y aprieto el vestido instintivamente, como si hubiesen venido a quitármelo.

—¿Qué coño ha pasado? —exige saber mi madre caminando hasta colocarse en el centro de mi habitación.

Un taco. Eso solo significa que esta vez me he coronado. Eleanor Vandervilt, la mujer más elegante de Manhattan, solo habla de verdad cuando está cabreada de verdad.

—Estoy valorando seriamente la posibilidad de matarte con un chuchillo de postre, Alexander.

De pronto reconoce el vestido que tengo entre las manos. Su expresión se suaviza, pero un segundo después se llena de confusión.

—Por Dios, dime que no estás enamorado de esa niña y aun así has hecho lo que has hecho esta noche.

Casi grita al final de la frase y yo comprendo cómo se siente, pero, maldita sea, no quiero tener esta conversación ahora.

—No estoy enamorado de Eden —respondo rápido.

Mi madre me mantiene la mirada. No sé qué espera encontrar, pero no lo hace porque su siguiente gesto es cabecear decepcionada.

—¿Te haces una idea del daño que le has hecho?

—Lo sé.

—¿De cómo ha debido de sentirse?

—Lo sé —gruño entre dientes.

—Te quiere.

—¡Lo sé! —estallo. Me siento como si tuviera un puto animal dentro que solo quiere salir y aullar y buscar a Eden—. ¡¿Te crees que no lo sé?! ¡¿Que algo de lo que he hecho hoy ha sido agradable para mí?! ¡Tengo que protegerla!

—¿De qué?

—¡De mí! —grito desesperado, triste, muerto de miedo.

Mi madre se queda mirándome otra vez y yo me siento expuesto, vulnerable. Lo odio. ¿Por qué no quiere entenderlo? Ya hemos tenido esta maldita conversación. Ya le expliqué por qué toda esa locura del compromiso no podía ser y, si ella o mi padre o Eden me hubieran escuchado, las cosas habrían sido diferentes.

Me paso la palma de la mano por la boca y me alejo de ella, caminando hacia el ventanal. Es como si quisiera escapar pero no tuviese lugar a donde hacerlo. Glen Cove se extiende al otro lado del cristal. Me obligo a respirar hondo y mantener el control.

—Te estás equivocando...

—No empieces, mamá.

—Es que tengo que hacerlo —replica exasperada, moviendo los brazos—. Estás dando por hecho que serás la peor versión de ti con ella cuando ya has sido la mejor. ¿Es que no puedes ver lo obvio?

—Porque siempre he cuidado de ella. Llevo haciéndolo toda la vida.

—¿Y por qué la miras como la miras?

Frunzo el ceño irritado.

—¿De qué estás hablando?

—¿De verdad vas a hacerte el inocente conmigo ahora, Alexander? ¿Por qué la miras así?

—¡Es deseo! —vuelvo a explotar. ¡No puedo más!—. Quiero follármela cada minuto de cada hora. ¿Estás contenta? ¿Es lo que querías oír?

—Demasiado específico para mi gusto.

Niego con la cabeza con algo a medio camino entre un resoplido hastiado y mordaz y una risa aún más breve.

—Eden me importa más que nada —afirmo y mi voz sale nítida, firme, sin dudas, como si estuviera pronunciando las únicas palabras

que pueden darme un poco de paz ahora mismo—, pero no es amor. No estoy enamorado de ella.

A veces pienso que sería más sencillo si lo estuviera, pero después entiendo que, en realidad, sería nuestra condena. Si ahora a duras penas soy capaz de renunciar a ella, ¿cómo sería si la quisiera?

—Camille no va a hacerte feliz —anuncia mi madre sin piedad.

No me duele. No me importa.

—Camille es lo que necesito.

—¿Tú o la empresa?

Otra sonrisa que no engaña a nadie. Otro resoplido desdeñoso.

—¿Por qué? ¿Ahora se me ha concedido la posibilidad de separar ambas cosas? —planteo irónico y cabreado de la hostia.

Mi madre me mantiene la mirada con una mezcla de empatía, ternura y genuina tristeza por mí.

Yo la aparto a la vez que lanzo un juramento ininteligible entre dientes porque, francamente, eso es lo último que necesito.

—Alexander —me llama caminando hacia mí y su voz suena diferente, como si todavía fuese un niño y tratase de consolarme porque mi padre no ha aparecido en la función escolar.

Levanta las manos para arreglarme el nudo de la corbata, pero yo se las aparto amablemente. No me gusta que nadie lo haga, tampoco que me toquen el cuello de la camisa. La única persona a la que se lo consiento es a... Eden.

Resoplo.

Eden. Eden. Eden.

Joder.

—No puedes organizar tu vida emocional en función de lo que necesitas y olvidarte de lo que quieres.

—No tengo otra opción.

—Todavía estás a tiempo de arreglar esto.

Y durante un instante la esperanza se cuela sin avisar. Olvidarme de Camille, de la empresa, de mi padre. Ir a la mansión Lockhart... Pero eso no es esperanza, es soñar despierto. Lo de hoy ha sido, con diferencia, lo más duro que he hecho en mi vida, pero sé por qué he tenido que hacerlo y, desgraciadamente, esas circunstancias no han cambiado.

—Voy a casarme con Camille —sentencio.

Mi madre asiente varias veces.

—Solo espero que, cuando te arrepientas de todo esto, no sea demasiado tarde.

No dice «si te arrepientes», dice «cuando» lo haga, y yo lo siento como un maldito disparo.

Mi madre regresa a la fiesta y poco después no me queda más remedio que hacer lo mismo. No estoy especialmente comunicativo ni amable, pero, dado que no lo soy, nadie nota la diferencia.

Estoy deseando que el puto teatro se acabe.

Cuando el último invitado se larga y Camille se marcha a casa en su coche, me encierro en mi estudio, me sirvo un whisky y, aunque la mejor idea que podría tener es ponerme a trabajar para concentrarme en algo y dejar de pensar, acabo saliendo a la terraza. Todo me recuerda a Eden, así que no me sorprende que este espacio en concreto también lo haga.

Me pregunto cuánto tiempo tardará en volver aquí, en dejarme llevarla a casa, comer juntos en mi despacho, que no deje de hablar, de contarme todo lo que le ha pasado. Ella dijo que esa normalidad ya no le valía, pero yo estoy desesperado por recuperarla. Es la única manera en la que puedo tenerla cerca.

Tengo la vista perdida en lo árboles, en cómo las copas se mueven con el viento, cuando mi móvil empieza a sonar.

Me lo saco del bolsillo de los pantalones, sin especial interés, pero veo quién llama.

Y, joder, eso lo cambia absolutamente todo.

22

Eden

No lloro hasta que llego a mi habitación y odio hacerlo. Cada lágrima, el pecho ardiéndome, la sensación de vacío. Soy como una canción de Alex Warren si lo dejara su mujer y si pusiera hasta arriba de Lorazepam.

Lo peor es que lo entiendo y yo siempre había pensado que, cuando quieres a una persona, es suficiente entenderla para encontrar la manera de llegar hasta ella o dejar que ella llegue hasta ti. Me equivocaba. Hay cosas que no basta con comprender si el resultado te destroza igualmente.

Alex ha elegido. Avancemos. Ya tiene a su barbie alta ejecutiva a su lado. Avancemos también. Todavía puedo recordar cómo me ha mirado esta noche... Debería decir «Avancemos», pero, con franqueza, eso actualmente está fuera de mis habilidades.

Soy una imbécil, una imbécil enamorada, el tipo de imbécil más resistente a la cordura.

Me limpio las lágrimas y me obligo a respirar sentada en el borde de mi cama con las manos en mi regazo.

—Todo esto pasará, Eden Lockhart —me digo.

Mi mayor problema es que la persona a la que correría para que me abrazara con fuerza, mi lugar favorito en el mundo, es el mismo que me ha roto el corazón.

—Buena suerte con eso —añado.

Y las lágrimas vuelven a caer.

—He traído alcohol y tendencias violentas —anuncia Val entrando en mi dormitorio sin llamar—. Tú eliges cómo gestionamos ambas

cosas.

Una risa rota se me escapa pese a todo. Nunca he sabido resistirme a un buen chiste.

Mi hermana deja la botella sobre la cómoda y viene directa hacia mí.

—Ven aquí —me pide casi como una advertencia y, esta vez sí, me dejo abrazar.

Val me aprieta fuerte contra ella mientras yo escondo la cara en su hombro y odio el alivio que siento solo porque alguien me sostenga un segundo.

—Lo siento muchísimo —me dice.

Trago saliva.

—Yo también.

—Deberíamos atropellarlo —suelta sin soltarme.

Es lo último que quiero, pero rompo a reír.

—No, escúchame —continúa—, tengo un plan. No es un gran plan porque el homicidio es complicado desde que *CSI* dio pistas a los policías de verdad sobre cómo buscar, pero yo vi *Dexter*...

—No puedes atropellarlo —le explico separándome.

—¿Dispararle, entonces? Estoy abierta a sugerencias.

—Envenénalo con una serpiente, como a un senador romano.

Val entrecierra los ojos pensativa.

—Actualmente, no tengo acceso a serpientes. ¿Valdría una tortuga?

—Una muerte lenta.

Las dos nos reímos, aunque me tiemblan los labios. Val se da cuenta. Yo me doy cuenta de que se da cuenta y, antes de que pueda controlarlo, las lágrimas caen de nuevo.

Ella me limpia una con el pulgar.

—No me gusta verte así.

—Odio estar así —digo con más vehemencia de la que esperaba y sigo llorando, así que ahora parezco una tragedia griega.

—¿Por qué lo ha hecho? Sé por qué lo ha hecho —me corrijo rápidamente—, pero ¿por qué lo ha hecho?

Aunque suene a milagro, Val me entiende a la perfección.

—Alexander es un desastre —sentencia—. El señor Vandervilt se ha asegurado de que fuera el mejor CEO posible y la señora Vandervilt, de que todo pasara con el *fengshui* adecuado, pero emocionalmente es un maldito caos. No sabe sentir cosas sin meterlas en una caja y, si no encajan en la caja, las aparta.

Me quedo callada unos segundos, no porque no sepa qué decir o esa afirmación me haya impactado de alguna manera, conozco perfectamente a Alex, es porque sí sé qué decir y nunca había pensado que lo haría.

—No puedo perdonarlo.

El corazón me protesta en el centro del pecho, pero es como un grito de impotencia. Estamos de acuerdo en esto.

—Lo sé.

—Y tampoco puedo quedarme aquí y verlo todos los días.

Eso le cuesta un poco más, pero sé que me entiende. Si las cosas hubieran pasado de otra manera, si simplemente hubiese conocido a una chica y se hubiese enamorado, habría dolido, muchísimo, pero lo habría aceptado y no habría necesitado escapar de él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Encontré una residencia artística en Chicago.

Di con ella cuando buscaba un trabajo para después del máster, incluso llegué a hablar con ellos y me ofrecieron uno de los tres puestos libres. Tenía una pinta increíble, pero debía dejar Nueva York y en las mismas fechas apareció la posibilidad de trabajar en *ARTNews*, así que mentalmente la rechacé. Por suerte, nunca llegué a hacerlo oficialmente. Solo espero que no se hayan cansado de esperar.

—Eden, creo que deberías pensar las cosas con calma...

—No hay nada que pensar. Sabes que mi vida en Nueva York es una vida con Alex al menos al sesenta por cierto. —Salir con él, comer con él, la mansión de los Vandervilt, que me recoja en el MoMA—. No quiero pasarme llorando todo ese tiempo y vivir el cuarenta por ciento restante a medias.

—Puedes hacerlo, lo haremos juntas —trata de convencerme—. Saldremos tú, Mellow y yo a quemar la ciudad y, si promete portarse bien, nos llevaremos a Ted. Y buscaremos a un hombre guapísimo

que sustituya a Alexander en todo lo demás. Se me ocurren al menos tres candidatos —intenta tentarme enarcando las cejas.

—Val, por favor —le pido—. Yo tampoco quiero marcharme. Tú estás aquí y Ted y Mellow y papá y mamá y me encanta Nueva York. Lo sabes.

Nunca me he imaginado viviendo en otro lugar. Nunca lo he hecho. Pero esto no es una cuestión de elegir por placer. Es supervivencia.

Mi hermana lo entiende porque su mirada cambia poco a poco hasta esbozar algo parecido a una sonrisa triste.

—La ciudad del viento, ¿eh?

Asiento despacio.

Val se encoge de hombros a la vez que toma una larga bocanada de aire.

—Siempre pensé que, si una hace esta clase cosas, se cambia el nombre y se muda a un pequeño pueblo con vistas al Mediterráneo donde conoce a un portugués terriblemente atractivo.

Frunzo el ceño un segundo.

—Portugal no tiene vistas al Mediterráneo.

—No me rompas la fantasía, Eden —me riñe.

—¿Por qué no has dicho «italiano»? —planteo lo obvio.

—Está muy visto.

—¿Francés?

—Muy cursi.

Lo pienso un instante.

—¿Croata? —planteo satisfecha de mi propuesta innovadora.

Val tuerce los labios.

—Me preocupa seriamente no poder pronunciar tantas consonantes juntas en un apellido.

Asiento. Entiendo su resquemor.

—Portugués, pues —concluyo.

—Un portugués afincado en Italia —especifica ella con una sonrisita.

—Val uno, Mediterráneo cero —sentencio.

Las dos nos miramos y sonreímos. Con ella es imposible no hacerlo.

—Te voy a echar de menos —dice.

Me muerdo el interior de las mejillas para no volver a romper a llorar.

—Y yo a ti, muchísimo.

No solo es mi hermana, es mi mejor amiga y una de mis personas favoritas.

Me abraza con fuerza y yo se lo devuelvo. No es un abrazo de una mujer consolando a otra. Es un abrazo de hermanas, por nosotras y para nosotras.

—Si lo asesino, ¿vuelves? —plantea sin soltarme.

Yo sonrío de nuevo y me doy cuenta de la suerte que tengo de tenerla en mi vida.

—A visitarte en la presión federal —prometo solemne—, todos los jueves.

—Podría valerme con eso.

—Te quiero.

—Te quiero.

Cuando reúno el valor suficiente, bajo al salón y hablo con mis padres. Después de escuchar de nuevo varias amenazas de muerte hacia Alexander, algunas bastante innovadoras, tengo que admitir, consigo convencerlos de que es lo mejor que puedo hacer.

Además, la residencia artística es un sueño. La primera etapa corre a cargo del Ala Moderna del Instituto de Arte de Chicago, que alberga una de las mejores colecciones de impresionismo y postimpresionismo del mundo. Y, en la segunda, formaremos parte del equipo del MCA, el Museo de Arte Contemporáneo, que se centra exclusivamente en arte posterior a la Segunda Guerra Mundial y es famoso por su gran compromiso con artistas vivos. Podré conocer a Firelei Báez, a Murakami o a Kerry James Marshall.

Prácticamente me obligan a dejar firmado el plan de visitas de los Lockhart a Chicago y es realmente apretado, pero lo hago feliz. Voy a echarlos mucho de menos.

Por la noche, con la primera maleta abierta en el suelo de mi habitación y la pantalla del portátil iluminado con la carta de aceptación de la residencia artística, salgo a la terraza de mi habitación.

Glen Cove me recibe y sonrío como si también me estuviese despidiendo de este lugar. Manhattan, de lejos, me recuerda que tenemos la última fiesta pendiente y yo prometo que será legendaria.

Pero en este momento hay algo que me queda por hacer. Me saco el teléfono del bolsillo central de mi sudadera y, con la seguridad de que es lo que quiero hacer, marco el número de Alexander.

No lo hago para suplicar ni para llorar ni para decirle que mi padre pretende ponerse en contacto con un escuadrón de la muerte nicaragüense. Es para decirle que voy a marcharme, porque no estoy huyendo. No soy una niña que no sabe gestionar cómo se siente ni es una especie de pataleta. Es una decisión sobre mí, sobre mi futuro. Sobre priorizarme.

No puedo obligarlo a elegirme. Pero sí puedo elegirme yo.

Respiro hondo. La llamada empieza a sonar.

23

Alexander

Observo la pantalla del teléfono y el corazón me late desbocado detrás de las costillas. Es ese animal, el que lleva caminando en círculos dentro de mí desde la fiesta de compromiso, gruñendo, rugiendo listo para salir, que me mira desde dentro como si fuera el puto momento metafísico de mi vida.

Quiero cogerlo.

Quiero oír su voz.

Quiero suplicarle que me perdone, que se presente mañana en mi despacho, que me deje verla ahora.

Pero si cedo a lo que el animal quiere, a lo que quiero yo, lo de hoy no habrá valido para nada y, lo que es peor, si la veo, maldita sea, si la escucho, no solo voy a suplicar que me perdone, voy a suplicarle que me deje tocarla, borrar a besos el daño que le he hecho.

Sigue sonando. Cierro los ojos. La imagen perfecta de Eden gimiendo bajito, agarrándose a mi camisa, me arrasa de pies a cabeza. Y después sonríe. Y después pronuncia mi nombre torciendo los labios por alguna estupidez que he dicho y después me mira y me ve mejor de lo que soy.

Me hace sentir invencible.

Abro los ojos de golpe y mi respiración es un caos mientras el dolor se cuela por cada rendija, apretándome los huesos.

Miro el teléfono en mi mano, que agarro con tanta fuerza que los nudillos se me emblanquecen. Y deja de sonar. Y yo siento que he perdido la guerra.

—Joder —rujo llevándome las manos a la cabeza, con la mirada perdida al frente, sin ver nada en realidad, pretendiendo verla a ella hasta que giro sobre mis talones y regreso a mi estudio.

***

La mañana siguiente no promete ser mejor. Me levanto antes de que amanezca y me marcho sin desayunar porque no me apetece ver a nadie. Me entierro en el trabajo. Una reunión tras otra, contratos, llamadas, informes.

No hablo con Ted.

No hablo con Val.

No hablo con Mellow.

No hablo con... nadie.

Y esa mañana se convierte en la pieza de muestra de un montón de días iguales.

Todas las noches tengo que contenerme para no llamarla, para no presentarme en su casa. La necesito en mi vida. Siempre se piensa que, cuando una persona revolotea alrededor de otra, es la que revolotea la que depende. Nuevas noticias: no es verdad. Es la puta descripción de codependencia.

Han pasado casi dos semanas y nada tiene pinta de mejorar.

Oigo ruidos en la antesala de mi despacho y levanto la cabeza como un idiota, pensando que es Eden. Sin embargo, en cuanto distingo el patrón de las pisadas, me doy cuenta de que no tengo esa suerte. Esos tacones son decididos, no se paran en la mesa de mi secretaria a darle ánimos por tener que trabajar para un gruñón, ni siquiera la saluda y abre la puerta.

—¿Listo para irnos? —pregunta Camille.

Mi mirada se endurece automáticamente.

No estamos viviendo juntos. Ella insistió. Yo dije que no y la conversación se quedó ahí. Camille se mudó a un ático con vistas al parque en la Avenida de los Millonarios y yo sigo en la mansión Vandervilt, aunque solo lo justo para dormir. Paso más tiempo aquí o en el piso de Ted en Tribeca.

—Tengo trabajo —respondo lacónico.

—La gala de los McPherson es este viernes —replica ella paseándose por mi despacho, evaluándolo, como cada vez.

—No puedo ir.

—Verity Capital y el Vandervilt Group tienen que estar, Alexander. Es sencillamente poco inteligente no hacerlo. Los McPherson controlan el mayor fondo de inversión de Manhattan y uno de mis hombres me ha dicho que están pensando en diversificar.

Las empresas, por supuesto.

—Te recogeré a las ocho —respondo.

Camille asiente satisfecha mientras se sigue paseando por mi oficina con el andar tranquilo.

Yo la observo. Me guste o no, vamos a casarnos. Tengo que dejar de comportarme como un adolescente enfadado y aceptarlo, así que debería poner algo de mi parte en que funcione. Básicamente, dejar de ser un gilipollas.

—Vamos a cenar —le propongo, aunque no me esfuerzo demasiado en sonar amable.

Camille esboza una sonrisa irónica, casi maliciosa, al tiempo que se gira hacia mí.

—Alexander, son casi las diez.

Frunzo el ceño y miró mi reloj por inercia. Ni siquiera me había dado cuenta de la hora que era, aunque tampoco sé de qué me sorprendo, no es la primera vez que me pasa.

—He comido en Le Bernardin hace dos horas —me explica.

Una malísima idea se me pasa por la cabeza, y también muy peligrosa.

—Podrías haberme llamado para que cenáramos juntos o haber traído algo de comida aquí.

Ella me mira como si no comprendiera mis palabras.

—Alexander, no eres un niño para que te recuerden que debes comer —contesta— y no voy a traerte la cena al despacho. No soy tu asistente, tienes a tu secretaria para eso.

La observo mientras me humedezco el labio inferior. Su respuesta era obvia, ¿no?, y también justa; entonces, ¿por qué he odiado cada maldita palabra?

Camille parece darse cuenta porque se acerca un poco más a mi mesa.

—¿Qué tal una copa? —me propone—. En el ático.

No soy idiota. Sé lo que me está proponiendo en realidad, pero, como todas las veces anteriores, finjo que no.

—Otro día —contesto.

Una respuesta corta pero con la que le dejo cristalino que no voy a discutirlo.

Ella me mantiene la mirada y aprieta los labios, pero lo disimula tras un segundo. Camille Ashcroft nunca enseña sus cartas, por supuesto.

—Otro día —repite con una ensayada sonrisa.

La acompaño hasta los ascensores y le digo a Patrice que es tarde y se marche ya a casa. Yo me quedo en la oficina un poco más. De todas formas, no hay ningún otro sitio al que quiera ir.

24

Eden

Chicago es olor a cemento, a dureza, a gente competente siendo mejor cada día, a frío y a amigos combatiéndolo con una cerveza en un bar. Huele distinto a Nueva York y al mismo tiempo se parece, como si fueran dos hermanastros que comparten más de lo que piensan.

Trato de absorber todo lo que puedo de la ciudad a través de la ventanilla del taxi. Me fijo en las aceras anchas, las vistas del lago, las construcciones de ladrillo, una tienda de bocadillos que se parece a la de *The Bear* y cuyo nombre me apunto mentalmente porque tiene pinta de comerse igual de bien que en la serie de televisión.

Sonrío al taxista mientras saca mi equipaje del maletero de su Chevrolet y yo observo el edificio a unos pasos de mí. Es una fábrica reconvertida, qué apropiado, de ladrillo visto de un rojizo lleno de historia y vida al mismo tiempo.

Sonrío. Es mi nuevo comienzo.

—¿Eden Lockhart? —me saluda una mujer muy guapa de mediana edad con el pelo castaño, los pómulos marcados y los ojos grandes, achinados y marrones.

Asiento.

Ella me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Soy Maribel Lucas —se presenta—, hablamos por e-mail.

Es la coordinadora de admitidos en la residencia artística.

—Encantada de conocerla —respondo.

Me guía por el lugar, enseñándomelo y hablándome del proyecto, de mis compañeros. El olor a trementina y café despierta las

mariposas en mi estómago mientras poco a poco, muy poco a poco, me dejo invadir por ese caos que siempre tienen los sitios donde la gente crea cosas.

Hay una sala común de trabajo y otra de descanso, estudios individuales, dormitorios pequeños y una terraza desde la que me aseguran que los días despejados se puede ver el lago Míchigan.

—Hemos pensado que te gustaría —dice deteniéndose frente a la puerta de una habitación.

No es grande. Ni moderna. Ni elegante. Pero tiene unos preciosos ventanales y la ciudad respira al otro lado llena de frío y rascacielos y de pronto me siento como en Nueva York, como si esa fuera una parte de mí construida con edificios altos que un día soñaron personas en un papel.

La luz lo inunda todo, descubriéndolo y transformándolo en un *collage* imposible.

Mi estudio es precioso.

Camino hasta la mesa con pasos lentos. Una mesa de trabajo para mí, una nueva vida para mí. Levanto la mano y acaricio las pequeñas marcas sobre la madera. Sonrío. Son las huellas de los artistas que han estado aquí antes que yo, como si acabase de entrar en una historia compartida.

—Te dejaré sola —comenta Maribel amable cerrando suavemente la puerta—. Bienvenida a Chicago, Eden —añade justo antes de hacerlo por completo.

Tomo una larga bocanada de aire. Chicago y yo nos hemos presentado oficialmente. No nos hemos hecho grandes promesas, sobre todo yo, pero nos hemos prometido sinceridad. Me parece una base genial para construir algo.

Algo sin la posibilidad de que Val entre en cualquier segundo sin llamar a la puerta.

Sin Mellow haciendo chistes demasiado malos y riéndose demasiado alto hasta contagiar a todos los demás.

Sin las historias de Ted mientras desayunamos tortitas sobre sus aventuras de hombre soltero abierto al amor (y lo que surja mientras tanto) en Manhattan.

Sin Alex.

Y ahí está. El hueco. No entra con dramatismo. No me golpea contra la pared. No suena una canción triste de fondo.

Solo es un vacío demasiado real, como si fuese a aparecer apoyado, casi sentado, en mi mesa, agarrando el borde con las manos flanqueando sus piernas, mirándome, humedeciéndose el labio inferior rápido y arrogante antes de decirme «Ey, mocosa, sigo aquí».

Y yo no sé qué decir, pero creo que eso no es lo que importa ahora, porque sé que algún día lo tendré frente a mí de verdad y será mi cierre. Es un proceso, solo tengo que respirar hondo y aprender de él.

Me quito la bufanda, el abrigo, los guantes. Abro la mochila, saco mi cuaderno, la caja de lápices. La miro un momento. La Caran d'Ache...

Primer paso del proceso, Eden Lockhart, aprender que los recuerdos son suyos, pero también tuyos, y tú tienes el poder de decidir si duelen o no.

La dejo sobre la mesa con cuidado, como si pesara demasiado para ser una caja de colores. La miro durante unos segundos y levanto la tapa metálica. El rojo cereza sigue en su lugar.

Decido que este no va a doler.

Resoplo, reconociendo mi propia idea, me siento y comienzo a dibujar, Chicago, mi nueva ciudad, el anfitrión de mi nueva vida.

Nueva vida.

Segundo paso del proceso: Repite esas dos palabras hasta que ya no sea nueva, sea solo... vida.

***

—Hola —me saluda alguien llamando suavemente a la puerta que ya ha abierto un poco para poder asomar la cabeza.

Me giro hacia allí y me encuentro con una chica más o menos de mi edad, con el pelo negro corto, gafas enormes y un jersey amarillo chillón.

—Soy Kaitlyn. Estudio de al lado. Te he visto llegar y he decidido ejercer de comité de bienvenida no autorizado. ¿Café? —añade

asomando también una de sus manos con una taza de café.

Lo pienso un instante; sé que no debería, pero es un acto reflejo, como si mi corazón siguiese en una especie de duelo y se negase a admitir a nuevas personas.

Justamente por eso, decido aceptar.

—Hola, me llamo Eden —le devuelvo el saludo invitándola a pasar con un movimiento de mano.

—Lo sé —contesta orgullosa entrando—. Que te dieran este estudio fue idea mía. Me fijé en que, en la mayoría de tus dibujos, habías pintado rascacielos, así que di por hecho que estas vistas eran las indicadas para ti.

Cojo la taza que me tiende.

—Pensaste bien.

—Y tú has hecho bien en aceptar mi café. Desconfío de la gente que rechaza café en Chicago. Hace demasiado frío.

Eso me da una pista y decido arriesgar.

—¿Florida? —pruebo suerte.

Ella niega con la cabeza.

—Vengo de Georgia, ya sabes, Coca-Cola, Scarlett O'Hara y fantástico clima.

—¿Y qué te trajo aquí? Intuyo que no fue el clima, ¿el Instituto de Arte de...?

—Demasiado Scarlet O'Hara —me interrumpe—. Ser una belleza sureña es complicado.

Finge echarse el pelo largo hacia atrás, pero obviamente no tiene.

—Discúlpame, cabello fantasma.

Sonrío dándole un sorbo a mi café.

—¿Y tú? ¿Recorres casi ochocientas millas en busca de nuevos rascacielos?

Lo pienso un instante y tiene gracia que sea casi una buena metáfora. Siempre he sentido a Alexander así, como un titán de Nueva York, como mi propio Empire State.

—Podría decirse que sí.

—Pues que sepas que mi preferido es el St. Regis —me explica sentándose en la mesa—. La torre Sears se lo tiene demasiado creído.

—¿Cuál es ese que se ve allí?

Ella se gira y se fija donde apunto con el índice.

—El mítico John Hancock, bueno, ahora se llama el 875 de la Avenida de Michigan Norte, pero nadie lo llama así. ¿Quieres que vayamos un día? Tiene un mirador increíble.

Otra vez tengo el impulso de decir que no, pero ¿qué sentido tienen los nuevos comienzos si no dejamos a gente nueva entrar en nuestras vidas?

—Sí —respondo bajito, casi insegura, y podría ahorrarme el «casi», pero es un sí al fin y al cabo.

Kaitlyn sonríe y yo hago lo mismo. Es como un montón de hormiguitas moviéndose deprisa desde su lado y desde el mío para cimentar el principio de una amistad.

Durante los siguientes diez minutos, me cuenta que pinta figuras enormes y deformadas, que odia madrugar, que está intentando dejar de enamorarse de mujeres emocionalmente inaccesibles y que todas las mañanas se pregunta de qué experimento químico han decidido sacar el café de la sala común, pero que es mejor que nada.

Yo le cuento un poco menos, a cambio escucho un poco más. Le hablo del MoMA, de Val y mis padres, de Mellow y Ted, que siempre he querido dibujar y que adoro Nueva York.

—No digas eso aquí —me advierte riéndose un poco de mí—. Bueno, dilo, pero no digas que vuestra pizza es mejor, ni los bocadillos, ni nada que se juegue con una pelota... o un disco —asiento con una sonrisa, como si estuviese tomando notas— ni digas que allí hace el mismo frío. Lo de ser el epicentro mundial de los dedos congelados se lo toman muy en serio.

—Oído, cocina.

El día avanza, sigo dibujando, conozco a otros compañeros y relleno algo de papeleo que me pide Maribel.

Por la noche deshago las maletas. Mi habitación es pequeña, con una cama individual, un armario, una cómoda y una ventana desde la que se ve una calle con farolas amarillas y árboles desnudos.

Le busco un sitio a cada cosa y coloco dos fotos, una de mis padres, otra de Val, Mellow y Ted haciendo el idiota frente al MET.

No pongo ninguna de Alex, aunque la he traído, claro que sí. La idiota enamorada que llevo dentro puede ser muy persuasiva. Está escondida en el bolsillo interior de mi maleta, metida dentro de un libro... la foto, no la idiota. Es como si guardara la prueba de un crimen.

Me ducho, me pongo el pijama y me meto en la cama. Abro el WhatsApp.

Este es el mejor sitio para comer sushi en Chicago.

Este es el club de moda.

Este es el mejor sitio para ir a ver skaters patinando, que sé que siempre te ha gustado echarles un vistazo.

Cada mensaje lleva el enlace de un lugar de la ciudad. Aparentemente venden una cantidad ingente de guías de viaje *online* sobre la ciudad del viento y mi hermana se las ha leído todas.

Chicago no está preparado para tu energía de recién divorciada. Vas a arrasar.

Este es de Mellow y me hace sonreír.

Urgencias estaba ambientada en Chicago. Si alguna vez te pasa algo, acude allí y busca lo más parecido que tengan al doctor Carter.

Este es de Ted y no puedo resistirme a contestarlo.

Ahora está triunfando en The Pitt.

Pero todo lo que sabe lo aprendió en
el County General.

Asiento. No puedo luchar contra esa evidencia.

Voy a bloquear el teléfono y dejarlo sobre la mesita, pero no puedo evitar pensar que hay alguien que no me ha escrito y de alguna estúpida manera era el único que esperaba.

Tercer paso del proceso, Eden Lockhart: como todo proceso, este también tiene puntos débiles y son las noches.

Tomo una bocanada de aire tratando de pensar en todos los triunfos pequeñitos que ha supuesto este día y decidido quedarme con eso. Además, tomo una decisión sumamente inteligente: activo la pantalla del móvil, abro Netflix, elijo una de mis series favoritas y lo coloco en la mesita para poder verlo desde la cama.

Apago la luz y me acurruco de lado con la mirada en la pequeña pantalla.

Si las noches son difíciles, voy a ponérmelas un poco más fáciles.

Por un momento pienso en si habrá comido o cenado, si alguien lo habrá obligado a levantar la cabeza de los informes o la pantalla del ordenador, si alguien lo habrá hecho reír hoy, pero también entiendo que ese ya no es mi trabajo.

Un chiste malo me hace sonreír y eso significa que puedo seguir adelante, que mañana avanzaré un poco más. No voy a mentir, una parte de mí no quiere poder, quiere que el mundo se detenga, que Nueva York se dé cuenta de que me he ido, que Alex mire a su alrededor y entienda que algo se ha roto.

Pero el mundo no se detiene.

Chicago tampoco.

Y yo, por lo visto, tampoco.

25

Alexander

La gala de los MacPherson está siendo el aburrimiento disfrazado de opulencia que tenía claro que sería. Joder, si vuelvo a oír a otra persona felicitarme por los números del Vandervilt Group de este trimestre buscando que yo esté más dispuesto a invertir en lo que sea que tenga en mente es muy posible que mate a alguien con una de esas ridículas cortinas.

Ni siquiera el tiempo acompaña. Llueve a cántaros.

—¿Por qué pareces tan tenso? —me pregunta Camille a mi lado, sonriendo a la vez a alguien que la saluda a mi espalda.

—Son unos gilipollas —sentencio.

Los conozco personalmente a todos. Opino con conocimiento de clase.

—Por supuesto, Alexander —otro saludo, otra sonrisa—, pero tienen mucho dinero y mucho poder. Eso les permite serlo.

—Yo soy el que tiene más poder. —«Y más dinero.»

Me termino la copa de *champagne* de un trago. Otra cosa que odio. ¿Por qué nunca sirven whisky? Tengo que beber demasiado *champagne* para que esto me parezca soportable.

—Lo sé. Por eso estoy contigo.

Su respuesta me hace mirarla a los ojos. Ella me espera. Lo ha dicho como una broma, lo entiendo, pero también sé que es verdad. Puede que no haya aceptado casarse conmigo por mi dinero, pero sí porque soy la persona más adecuada para hacer que su empresa pase de potencial increíble a hecho indiscutible. Camille entiende el juego, eso no puedo discutírselo.

Entonces, otra maldita vez, ¿por qué me siento así?

Eden.

Tuerzo los labios molesto conmigo mismo porque últimamente parece que no hago otra cosa que pensar en ella.

Ahora, por ejemplo, pienso que ella habría contestado, que me habría reñido por llamarlos «gilipollas» y me habría asegurado que, debajo de esos aspectos tan estirados, al menos era capaz de encontrar a diez personas con buen corazón.

Habría llevado puesto un vestido increíble y yo habría sabido, con verla un solo segundo, que no iba a poder dejar de mirarla el resto de la noche.

Mi cuerpo se tensa.

Eso empieza a ser lo peor.

No dejo de imaginármela en el mejor sentido de la palabra. Rememoro el beso una y otra vez como si viviera en un bucle infinito. Dibujo cómo habrían acabado las cosas cuando la tuve contra la puerta de mi habitación. Pero es que también me pierdo en cosas que no han llegado a pasar: desnuda en mi cama una mañana de domingo; en mi coche, a horcajadas sobre mí; en mi despacho: mi escritorio, los ventanales, el suelo, el sofá... En este último escenario, las fantasías alcanzan el rango de legendarias.

Y eso estaría relativamente controlado, pero es que esta es la tercera mañana que me follo mi propia mano en la ducha pensando en ella. Hoy he perdido los putos papeles porque hasta he susurrado su nombre mientras la imaginaba en esa misma ducha, de rodillas, delante de mí.

Sí, lo estoy llevando fenomenal.

Tiro con el índice y el corazón del cuello de la camisa por pura inercia, tratando de aflojármela para poder respirar mejor, aunque tengo claro que esta maldita incomodidad no es un problema de oxígeno.

—Alexander —me llama la atención suavemente Camille—, vas a estropearte el nudo de la corbata.

Mueve las manos, dispuesta a arreglármelo, pero, al comprender lo que va a hacer, siento como si sus manos ardiesen y las aparto con las mías antes de que pueda tocar mi corbata.

Ella me mira confusa.

—No me gusta que hagan eso. —Y es mentira pero no lo es, porque realmente no me gusta y, sin embargo, quiero que Eden venga y lo haga.

¡Esto es ridículo! ¿Es que nunca va a volver a aparecer delante de mí? Sé que no me está castigando, sé que necesita tiempo, me lo repito todos los putos días un puto millón de veces, pero no sirve de nada.

No sé si Camille me cree o no, pero, por supuesto, lo deja estar porque ella nunca montaría una escena en público. Jamás. Imposible.

—Espero que estén disfrutando de la velada. —La señora McPherson acapara la atención desde el pequeño escenario de madera oscura donde un cuarteto está tocando música clásica—. Me encantaría que me acompañaran al comedor. La cena está servida.

Poco a poco empezamos a movernos.

—Tío —me saluda Ted colocándose a mi lado sin que dejemos de caminar—. Camille —añade correcto.

Ella sonríe, la misma sonrisa ensayada de siempre.

—Escuché a tu hermano en la Reserva Federal el martes pasado. Estuvo increíble —le dice.

Ted asiente.

—Se lo haré saber.

Yo miro a mi amigo, interrumpiendo esta conversación tan elegante. Él pilla al vuelo por qué lo hago, pero acaba negando con la cabeza.

Ayer ya no aguantaba más y le pedí que comprobara cómo estaba Eden, si se encontraba mejor, si... si la puta fiesta de compromiso seguía siendo un problema. Lo habría intentado con Val, pero no me coge el teléfono y, cuando le escribí, solo me respondió «Dexter». La conozco lo suficiente para saber que es algún tipo de amenaza de muerte velada.

Pero Ted ha negado con la cabeza, lo que significa que me toca seguir esperando para volver a tenerla cerca.

Joder, voy a volverme loco.

En la cena estoy de peor humor. La conversación me resulta aún más insulsa y siguen sin tener la delicadeza de servirme whisky.

—Su postre, señor —anuncia uno de los camareros dejando un plato frente a mí—, delicia de pastel de chocolate de Cacaosuyo, con volcán interior de chocolate negro noruego Quellouno.

Una manera muy cara de decir tarta de chocolate.

Asiento y le doy un nuevo trago a mi copa de *champagne*.

Por inercia, miro hacia Camille, que ignora al camarero mientras este deja el plato frente a ella.

—Su postre, señorita. Tarta de queso sobre lecho de nueces de macadamia y quinoa salvaje, adornada con mermelada de naranja David Hinkins, compota de dátiles Medjool y pistachos sicilianos de Bronte.

Ella acaba de charlar con el presidente de Robyn Harrington Techs y parte un trozo de tarta casi diminuto con el tenedor. Se lo come y, con la misma delicadeza, deja el tenedor sobre el plato de la forma que indica que el comensal ha terminado.

Antes de que el pensamiento quede registrado en mi mente, muevo el plato ofreciéndole mi postre.

—Cómetela —le digo. Está claro que la suya no le ha gustado.

Ella me mira con el ceño ligeramente fruncido apenas un segundo.

—No la quiero. Si hubiese preferido tarta de chocolate, la habría pedido, Alexander.

—Yo no voy a comérmela.

—Entonces, ¿por qué la has pedido?

Por Eden.

La respuesta aparece delante de mí antes siquiera de planteármela.

Porque ella se pide postres imposibles esperando que sean una explosión de sabor y, cuando los prueba, nunca le gustan y se arrepiente de no haber pedido la tarta de chocolate, que es su favorita, y yo no quiero que pierda la ilusión ni que deje de intentarlo, así que siempre elijo tarta de chocolate, aunque nunca con intención de comérmela, solo para poder dársela a ella.

Arrugo la frente pensativo, sin dejar de mirar el postre.

—Alexander —me llama suavemente Camille, pero yo sigo perdido.

Alguien le comenta algo sobre unas inversiones, ella se gira y se embarca en otra conversación, asegurando que Verity Capital es la mejor opción mientras yo sigo atrapado en esa tarta, en si Eden ha salido a comer estos días, en si ha probado un postre nuevo, en si alguien ha pedido tarta de chocolate para ella. Y estoy a punto de mandarle un mensaje a Val para recordarle que lo haga, pero me doy cuenta de que es estúpido y casi al mismo tiempo que para mí no.

No lo es, joder, porque estamos hablando de Eden.

Sin dar más explicaciones, me levanto, arrastrando la silla con un poco más de fuerza de lo socialmente correcto. Atraigo un par de miradas, pero me importa bastante poco. Necesito un whisky. Ya.

***

—¿Cuántos llevas? —me pregunta Ted acercándose a la barra.

Yo le doy un sorbo a mi vaso bajo con hielo y, sí, gracias a Dios, Macallan doce años.

—Está claro que no los suficientes.

Él apoya los antebrazos en la barra a mi lado y le hace un leve gesto al camarero para que le sirva uno y rellene el mío.

—Los invitados están empezando a marcharse.

Estas fiestas son aburridas desde que empiezan. Nadie suele quedarse por gusto más de lo imprescindible.

—¿Camille se ha ido ya?

Asiento.

—Sí.

—¿No la has llevado a casa?

Ahora niego con la cabeza.

—No lo necesita.

Tiene un coche carísimo e imagino que muy seguro, chófer si no le apetece conducir, un...

—¿No lo necesita ella o no lo necesitas tú? —interrumpe mi línea de pensamientos para, con franqueza, tocarme los huevos.

—Ninguno de los dos.

—Dios, Alexander, eres más gilipollas de lo que creía —suelta con una risilla sin humor dándole un trago a su bebida.

Yo ni siquiera me molesto en mirarlo mal. No es la primera vez que me lo llama y no le falta razón. No me van a dar el premio a míster simpatía, así que doy por hecho que tendrá sus razones.

—Anda, pregúntame por qué —sigue incordiándome.

—Ilumíname —le doy pie.

—Echas de menos a Eden como un idiota.

Oír su nombre hace que el corazón me dé una sacudida violenta en el pecho; es una reacción instantánea, casi imposible de controlar, y me molesta porque Ted es mi amigo y debería tener claro que no quiero hablar de eso.

Lo fulmino con la mirada, pero él se encoge de hombros con ese aire de aristócrata decadente, demostrándome lo poco que le importa, y continúa.

—No la echas de menos como podría echarla yo. No, tú estás en el nivel pintor romántico del XIX con novia prostituta muerta por tisis.

—Que te jodan. —No se me ocurre nada inteligente que decir.

—No, que te jodan a ti. La destrozaste y ahora tienes lo que supuestamente era más conveniente para ti —remarca grandilocuente— y resulta que no solo no eres feliz, sino que cada día que pasa eres más miserable.

—Nunca dije que Camille me haría feliz —le recuerdo con rabia.

—Sí, pero apuesto a que no imaginaste que perder a Eden te haría así de desgraciado.

—Yo no he perdido a Eden.

Me niego a que eso sea una puta posibilidad. Solo necesita tiempo y voy a dárselo. Esperaré lo que haga falta y, cuando quiera volver, yo estaré aquí.

—¿Ah, no? No la he visto por tu despacho últimamente —mete el dedo en la llaga.

Mi respiración se acelera porque mi corazón protesta.

—Ted —le advierto con la voz ronca, con el instinto al límite.

—Ni tampoco cantando en tu coche después de haberte obligado a bajar la capota.

—Basta.

—Algo de lo que, por cierto, siempre te quejabas con ella, pero ni una sola vez te vi apagar la radio o no descapotar el Ferrari.

¡Basta! Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Me giro hacia Ted y lo encaro.

—¿A qué coño viene esto? —rujo, con la voz amenazadoramente baja.

—A que eres mi mejor amigo, estás cometiendo el mayor error de tu vida y ni siquiera te estás dando cuenta.

Le mantengo la mirada. No está jugando, no quiere fastidiarme por lo que pasó en la fiesta, por muy cabreado que esté soy capaz verlo, y eso, de alguna manera, me calma lo suficiente.

—Estás enamorado de Eden.

Oigo las palabras —yo, mi corazón, el animal, lo que queráis—, dejo que se me metan bajo la piel y las racionalizo, pero al final solo puedo respirar cansado.

—No es verdad.

Me aparto de él y vuelvo a concentrarme en mi whisky. Pienso en Eden y es un recurso que pasa sin buscarlo, solo para encontrar un poco de paz y no acabar destrozando la maldita barra de los McPherson a golpes.

—Lo imaginé por cómo empezaste a mirarla después de que cumpliera los dieciocho.

—¿Cómo la miraba? —le sigo el juego solo para demostrarle que se equivoca.

—Como si ya no fuera delito.

Resoplo una risa sin humor.

—Te equivocas.

—Y todos, poco a poco, dejamos de llamarla «mocosa», menos tú. El mecanismo de defensa más barato del mundo.

—La llamaba «mocosa» porque me pone de los nervios —le recuerdo—. Todo el día protestando porque trabajo mucho, o porque no me río todo lo que debería, o porque evito que, literalmente, la secuestren unos latin kings o se caiga por la calle por ir más atenta a los edificios que por dónde pisa. Y, sí, fui consciente de que cambió porque de pronto se convirtió en el centro de cada puto bar

en el que entrabamos. Para ti es muy fácil decirlo —me quejo irritado—. Soy yo quien tuvo que empezar a quitarle a los tíos de encima.

Ted sonríe con una mezcla de condescendencia y empatía y tengo claro que se está riendo de mí.

—Es que a mí no me molesta que se le acerquen los tíos en un bar.

Guardo silencio unos segundos, mirándolo, y finalmente chasqueó la lengua contra el paladar, dándolo por imposible.

—Tú no lo entiendes, llevo toda la vida cuidando de ella.

—Pues yo creo que llevas mucho tiempo queriéndola, pero te has convencido de que era otra cosa porque siempre has tenido la estúpida idea de que Eden no encajaría contigo, y le has puesto un montón de nombres diferentes: cuidarla, responsabilidad, deseo, que te importe, celos —dice con un suave retintín.

Niego con la cabeza a la vez que me separo de la barra listo para irme.

—Eso es una estupidez.

Igual que que siga aquí cuando tengo tanto trabajo esperándome.

Ted se encoge de hombros, pero esa molesta sonrisa continúa en sus labios, como si sintiera pena por mí. ¿De qué va?

—Esa sonrisa no te queda nada bien —le digo.

Pero él sigue ahí, inmune. Yo paso de mi mejor amigo y me dirijo a la salida.

—¿Te has acostado ya con Camille?

La pregunta me detiene en seco y todo mi cuerpo vuelve a tensarse. No porque no quiera contestar, sino porque sé cómo va a interpretarlo.

Ted se levanta y camina despacio hacia mí.

—¿La has besado?

Yo me giro y le mantengo la mirada a la vez que me meto las manos en los bolsillos de los pantalones, arrogante, frío, mi coraza más efectiva.

—No —contesto sin esconderme. No tengo por qué.

No la he besado y tampoco he dejado que ella me bese porque no he querido, porque no he sentido el impulso ni las ganas y por más

cosas que ahora mismo no me apetece analizar.

Ted se planta frente a mí.

—Igual que esta noche no le has dejado arreglarte el nudo de la corbata —sentencia—. ¿A que adivino por qué? —añade mordaz.

Sonrío, pero no es un gesto feliz, es como antes: solo hay dureza y más arrogancia.

—Vete a la mierda —me despido.

Le aguanto la mirada para asegurarme de que le queda claro que no estoy huyendo de esta conversación y me doy la vuelta para marcharme.

—Eden nunca necesitó que tú la llevaras a casa, ¿sabes? —me dice y vuelvo a detenerme, pero esta vez no me giro. No puedo—. Igual que tú no necesitas que te arreglen el nudo de la corbata.

Mi corazón pierde un latido, como si hubiese entendido algo que a mí todavía se me escapa. Y una incomodidad se me instala en el centro del pecho, como un puto incendio que aún no puedo ver.

***

Sigue lloviendo cuando salgo. Le ordeno al chófer que me lleve al Vandervilt Group. El edificio está desierto salvo por los guardias de seguridad y el equipo de limpieza. Atravieso mi planta en penumbra, en silencio, con paso rápido, sin corbata ya, no soportaba llevarla, y con los primeros botones de la camisa desabrochados en busca de un poco más de oxígeno, que no parece cumplir su misión.

Entro en mi despacho, pero, en lugar de ir hasta mi mesa, me detengo en el centro de la estancia mirando a mi alrededor, con la mente funcionándome demasiado rápido pero sin llegar a ninguna idea concreta.

Camino hasta el ventanal y Nueva York me recibe. Los taxis, la gente en busca de sus sueños incluso a esta hora, los edificios... «¿Cómo te sentirías si fueras un rascacielos?». Pienso en la pregunta de Eden aquella tarde. El recuerdo aparece nítido. La conversación. Ella dibujando.

El dibujo.

No lo pienso. Me muevo. Voy hasta la estantería y cojo su cuaderno de bocetos. Lo abro acelerado. Edificios con un detalle casi diabólico, un *skater* que parece que va a saltar del papel, escaparates, dos ancianas riendo en un parque con un gesto tan auténtico que se contagia, más cosas, más personas... Y entonces llego al último y el corazón no sé si me late jodidamente rápido o se ha parado igual que el maldito mundo.

Son los rascacielos más icónicos de la ciudad, pintados en abanico, y en el centro estoy yo, trabajando en mi escritorio como si fuera uno de ellos, el más importante, y no sé cómo lo ha conseguido pero parezco profesional, frío, implacable, pero también valiente, fuerte.

—Invencible —susurro repasando con los dedos la palabra escrita bajo el dibujo.

Pero no es solo eso, porque el reflejo de esas letras crea otra: Vulnerable.

Me quedo observando el dibujo, cada detalle, esas dos palabras, y veo a Eden y por primera vez no pienso en todas las cosas a las que renunciaría por estar conmigo, sino en todas a las que yo no estuve dispuesto a renunciar: su graduación, estar cuando me necesitaba, cuidarla. Y el puto incendio de mi pecho toma nombre y tengo la epifanía de mi vida: Puedo ser egoísta, un cabrón, pero nunca lo sería con ella.

No quiero.

No sé.

—Estoy enamorado de Eden.

26

Alexander

Ni siquiera recuerdo cómo he salido de mi oficina, cómo he llegado al garaje subterráneo del Vandervilt Group, solo sé que he sido muy rápido y ahora estoy montándome en mi coche, que, gracias a Dios, dejé aquí y no en la mansión.

Acelero desde el primer segundo y no dejo de hacerlo. No puedo parar de pensar, de encajar piezas, como si ahora que he unido los putos puntos hubiese abierto una compuerta y un montón de cosas empezaran a salir.

Como, por ejemplo, por qué nunca me he mudado a la ciudad y he seguido viviendo en Glen Cove cuando lo más lógico habría sido tener mi casa en Manhattan. Siempre me he excusado diciendo que vivir en la mansión Vandervilt era más cómodo para mí, una cuestión de costumbre, pero era una condenada mentira. No quería separarme de Eden, no quería que dejáramos de estar a diez minutos, ver lo jodidamente bien que encaja con mi familia.

O que Ted tenía razón y, sí, siempre me quejaba con Eden y farfullaba por tener que llevar el coche descapotado o porque se supiera todas las canciones de la radio, pero es verdad, jamás la apagué, jamás volví a cerrar la capota, porque lo cierto es que me encanta verla cantar con los pies en el asiento, sonriéndome, con el pelo alborotado por el viento.

Y lo más importante y también lo más obvio: he mantenido a Camille a un brazo de distancia —por Dios, ni siquiera la he dejado abrazarme— porque sentía que estaba mal y era algo visceral —ni

mi cuerpo ni mi corazón la querían cerca—, pero también mental. Mi cabeza lo sentía como una traición.

Mi teléfono da tono.

—Vamos, Eden, cógelo —suplico acelerado, apretando el volante con una mezcla de sensaciones nueva, inmensa, aterradora. Odio haber sido tan estúpido de no entenderlo antes. Me da miedo haberla perdido. Y la fiesta de compromiso duele más.

Aprieto los dientes.

La puta fiesta. Si hubiese confiado en ella, nada de esto estaría pasando.

Una, dos, tres, cuatro veces, pero, como las tres llamadas anteriores, acaba en su buzón de voz.

—¡Joder! —rujo golpeando el volante.

Detengo el Ferrari de cualquier manera delante de la puerta principal y me bajo. Sigue lloviendo a cántaros. Vuelvo a llamar. Vuelve a no responder. Llamo a la puerta.

Quiero esperar, lo juro, pero estoy demasiado ansioso y acabo rodeando la mansión, corriendo, hasta quedarme debajo de su ventana.

—¡Eden! —grito—. ¡Eden!

Necesito hablar con ella. Necesito decirle que tenía razón, que he sido un imbécil, que podemos hacernos felices. Pienso luchar por hacerla feliz cada día, siempre.

—¡Eden!

Y necesito que me perdone, que vuelva a mirarme como antes, que me diga que me quiere.

—¡Eden!

—¡Alexander, es que has perdido la maldita cabeza!

Me giro rápido y veo a Val en pijama caminando hasta mí.

No digo nada. No pierdo el tiempo. La esquivo y voy de nuevo hasta la entrada principal, dando por hecho que ahora estará abierta.

—¿A dónde vas?

—A ver a Eden —contesto sin detenerme.

—Alexander, no puedes verla.

Por un momento me planteo ignorarla y seguir. Es mi amiga y entiendo que esté cabreada, pero la única persona que puede decirme que no puedo ver a Eden es la propia Eden, pero entonces recuerdo que es su hermana, que Eden no querría que la hiciera sentir mal, y trato de sacar paciencia de donde francamente no tengo.

—Tengo que hacerlo —me explico girándome—. Necesito que entienda que las cosas han cambiado, que yo...

—Alex, Eden se ha marchado y...

—¿Cuándo va a volver? —la interrumpo atropellado, moviéndome ya para regresar hasta el coche e ir a buscarla—. ¿Dónde está? ¿Está con Mellow?

—Se ha marchado de la ciudad.

Su voz, que ha empezado a cambiar con la frase anterior, lo hace definitivamente y el corazón comienza a latirme con rabia contra las costillas, entendiendo algo que yo soy incapaz de procesar todavía.

—¿Qué? —murmuro más perdido de lo que he estado en toda mi vida—. Val, ¿a dónde?

—No puedo decírtelo.

—¿Cómo que no puedes decírmelo? —replico casi gritando, desesperado, avanzando un paso hacia ella—. Mira —continúo echándome el pelo empapado hacia atrás con una mano, esforzándome por sonar sereno, aunque no lo consigo del todo porque el huracán que tengo dentro es demasiado grande, demasiado intenso—, sé que la jodí. Nunca tendría que haber hecho lo que hice, pero creía que la estaba protegiendo. Ahora lo he entendido, ¿vale? —sueno más acelerado, más desesperado—. Tendría que haber creído en ella. Ahora lo hago y te juro que nunca jamás volveré a hacerle daño, pero tienes que decirme a dónde ha ido.

—Alex...

—¿Dónde está?

Val suspira, manteniéndome la mirada, consciente de que estoy odiando este momento, el dolor que tuvo que sentir Eden.

—No puedo decírtelo —repite.

—Sí, puedes. ¿Dónde está? —replico demasiado rápido.

—Alex.

—¡¿Dónde está?! —grito al límite de todo lo humanamente posible. ¡No puedo perderla!—. Dímelo —le suplico.

Val traga saliva. Es mi amiga, me quiere. Lo sé.

—Eden no se ha ido porque quisiera, Alex. A Eden la echaste tú.

—Yo no quería que se fuera.

Siento el golpe, físico. La culpa entremezclarse con la tristeza, con la rabia. Me equivoqué, joder. Me comporté como un puto idiota y ahora lo estoy pagando.

—¡¿Y por qué lo hiciste?! —estalla—. ¡¿Te haces una idea del daño que le causaste?!

—¡¿Te crees que no lo sé, que no odié cada maldito segundo?!

Vuelvo a pasarme las manos por el pelo, pierdo la vista en los árboles, en Glen Cove, en este pedacito de Nueva York que siempre ha sido nuestro, de Eden y mío, y ahora no está.

No está.

El animal aúlla. El dolor se hace insoportable.

—¿Dónde está? —pregunto otra vez mirándola de nuevo, y mi voz suena más ronca.

—No voy a decírtelo.

—Estoy enamorado de ella, Val.

Y ojalá hubiese sido capaz de entenderlo antes.

Valerie me mantiene la mirada mientras una sonrisa realmente triste se cuela en sus labios.

—Lo sé, Alex, pero has llegado tarde.

Dejo escapar el ademán de un resoplido. Parece que Ted tenía razón. Todos lo tenían claro menos yo.

—Tendrías que haberle respondido la llamada.

La observó sin comprender nada.

—¿Llamada? —planteo otra vez demasiado rápido para que esta conversación no me importe—. ¿Qué llamada?

—Eden no quería marcharse sin decírtelo y te llamó la noche de la fiesta, pero tú no respondiste.

Recuerdo el momento exacto, ni siquiera necesito pensarlo. Mi terraza. El móvil sonando. Su nombre en la pantalla, su preciosa cara sacándome la lengua. Y yo decidiendo que era mejor no cogerlo

porque, si escuchaba su voz, aunque solo fuera sido un puto segundo, habría venido a buscarla y la habría besado hasta que me hubiera perdonado.

Sí, joder, sí. Tendría que haber respondido esa llamada.

Val me observa un segundo más y se gira para entrar de nuevo en la mansión por la puerta trasera.

—Vete a casa, Alex —me pide sin dejar de caminar.

Pero yo no puedo moverme. No puedo huir de la lluvia.

No está.

Es un millón de veces peor: no sé dónde está.

No voy a verla entrar de nuevo en mi despacho.

No voy a verla cantar de nuevo en mi coche.

Arreglarme el nudo de la corbata.

Mirarme.

Sonreírme.

Tocarla.

—Eden —susurro.

27

Alexander

Un año.

Ese es el tiempo que llevo buscando a Eden.

He intentado todo lo imaginable. Listas de pasajeros. Programas artísticos asociados con el MoMA, con la Universidad de Columbia. Cada maldito lugar donde Lockhart Maritime tiene una sede, una oficina, negocios. No estoy orgulloso, pero mandé hackear la cuenta de correo de Val. No me arrepiento. Necesitaba, necesito, saber dónde está.

Ella entró en mi despacho y me dio una bofetada. Me dijo que había caído realmente bajo y que era estúpido si pensaba que ella iba a usar un e-mail que yo conociese. Después me dijo que lo entendía y que nos fuésemos a tomar una cerveza.

Puse en la búsqueda todos los recursos del Vandervilt Group hasta que las cosas se torcieron. La junta dejó claro que no estaba haciendo lo mejor para la empresa y me relevaron del puesto de CEO.

Ese mismo día mi padre me echó de casa y congeló todos mis activos relacionados con la compañía. Según él, dejé de tener un sitio en mi familia en el momento en el que fui tan estúpido de perder la dirección de nuestro negocio.

Mi madre me llamó llorando aquella noche. Sabía que se había peleado con mi padre, que lo había intentado todo, pero que el gran Sullivan Vandervilt no iba a dar su brazo a torcer por un hijo que había perdido los papeles por una mujer cuando, en su opinión, simplemente tendría que haber chasqueado los dedos y habría

aparecido la siguiente. Y también sabía que mi madre no iba a dejarlo por mí.

Todos mis supuestos amigos, a los que antes les encantaba pasar tiempo conmigo, desaparecieron. No me importó. No los necesito.

Solo Val, Ted y Mellow permanecieron a mi lado, pero que lo hicieran no ha significado que me hayan dado alguna pista sobre dónde está Eden.

No puedo decir que no los entienda. Le están siendo leales y, aunque me joda, también me da una mínima sensación de paz, porque sé que la están cuidando ahora que yo no puedo.

Utilicé mi dinero personal al margen del Vandervilt Group para contratar detectives, para viajar de una ciudad a otra cada vez que creían haber encontrado un mínimo rastro. Londres, París, Barcelona, Boston, Atlanta, Los Ángeles, San Diego... Nada.

Nada.

El dinero se acabó hace un par de semanas, así que lo sigo intentando por mi cuenta. Aunque paso mucho tiempo con Ted, actualmente vivo en un motel, no quiero ser una carga. Además, no vivir en un sitio fijo hace que pueda moverme más rápido cuando viajo a cualquier otra ciudad a buscarla.

No ha publicado nada en su cuenta de Instagram desde la foto del precioso vestido colgado en una percha en su habitación, el que llevó en la fiesta de compromiso.

Nada en TikTok.

En ninguna red social.

No soy imbécil, seguro que se ha hecho una cuenta nueva y seguro también que me ha bloqueado, como ha pasado con su teléfono.

No puedo culparla.

—¿Está bien? —le pregunto a Ted y, como cada vez, sueno con una extraña mezcla de estar acelerado y desesperado.

Él pone dos nuevas cervezas heladas sobre la mesa de centro y se deja caer a mi lado en el sofá.

—Por vigésima vez, sí, está bien.

—Pero bien, ¿de verdad? —insisto—. ¿Vive en un buen sitio?

—Sí.

—¿Es seguro?

—Sí.

Empiezo a toser. Creo que va a durar un par de segundos, pero últimamente siempre se alarga un poco más. Ted me mira y resopla y yo sé por qué lo hace.

—Deberíamos ir al médico a que te vieran esa...

—¿Cómo de seguro? —lo interrumpo y él gruñe fingiéndose exasperado, claramente riéndose de mí—. Porque te recuerdo que tu residencia de la universidad te parecía segura y era un agujero.

Todavía tengo pesadillas con ese sitio. Un ratón nos dio la bienvenida y lo mejor es que era la mascota de un yonqui que nos pidió diez pavos a cambio de un revolver, descargado; el tipo se preocupaba por la seguridad de sus potenciales clientes.

—Un sitio seguro para los estándares de obseso del control de Alexander Vandervilt, ¿contento?

—No —contesto demasiado rápido.

A ver, me tranquiliza saber que Eden está en un buen sitio, pero la única manera en la que estaría contento es si pudiera tenerla delante ahora mismo.

Ted lo entiende a la perfección porque su expresión se llena de una ternura limpia y sencilla.

—Lo sé —sentencia.

Me quedo pensativo y, como me pasa tantas veces, mi mente vuela libre antes de que yo le dé ningún tipo de permiso y piensa en ella, en cómo estará. En si se habrá cortado el pelo o seguirá llevándolo largo, en qué edificios estará dibujando ahora porque sé que, esté donde esté, seguirán siendo su inspiración favorita. Pero, sobre todo, pienso en que no quiero que lo pase mal, da igual cómo lo esté pasando yo aquí, quiero que sonría tanto como antes, que siga siendo ridículamente optimista y sensible y visceral.

No puedo soportar la idea de que, de alguna manera, el hecho de que yo fuese tan estúpido de dar por hecho que Camille era la persona adecuada para mí, le haya hecho creer que debía cambiar porque no es verdad. Era yo quien no se la merecía. No al revés.

—Mira —trata de reconfortarme Ted—, está en un buen lugar, con buena gente y más o menos es feliz.

Automáticamente todo mi cuerpo se tensa.

—¿Por qué «más o menos»?

—Alex... —me frena Ted levantando las dos manos.

—¿Le ha pasado algo?

—No.

—¿Entonces?

Ted rompe a reír y yo me pongo de mal humor.

—Dios, menos mal que Eden estudió aquí y no se fue a una universidad en otro estado o ya habrías muerto de un infarto.

—Habla, joder —reconduzco la conversación en un gruñido.

—Nos echa de menos. Está lejos. Es normal.

—Pues que vuelva —replico exasperado.

—No puede —contesta armándose de paciencia, estirando todas las vocales porque, sí, no es la primera vez que mantenemos esta conversación. Más bien es una terapia semanal—. Te lo he dicho, es un proceso. Se está... —se toma unos segundos para encontrar la palabra adecuada—... reconstruyendo, aprendiendo a estar en otro lugar, a tener otro centro.

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—En otras palabras, ¿se está olvidado de mí?

Ted me mantiene la mirada y yo le doy un trago a mi Bud porque ya sé que la respuesta no va a gustarme.

—Sí, lo está intentando —responde sincero.

—¿Y por qué?

—Porque la hiciste polvo —contesta como si fuera obvio y, maldita sea, cómo odio que lo sea.

—Pero me arrepiento —me contengo para no gritar— más que de nada en mi vida. La quiero y quiero que vuelva y quiero hacerla feliz.

—Eden nunca ha dudado de que tú la quisieras.

—¿Entonces?

—Camille...

—¡La dejé! —lo interrumpo. Rompo a toser de nuevo, pero aguanto el tirón y continúo hablando—. Rompí mi compromiso con ella la misma noche que fui a buscarla.

No he vuelto a verla desde entonces.

—Imagina por un momento que la situación hubiese sido al revés, que ella se hubiese presentado con otro hombre y tú hubieras sabido que te quería, pero aun así estuviera tratando de alejarte.

La rabia es brutal, casi violenta, y Ted sonríe al entender que no podría haberse explicado mejor.

—Hay cosas que pueden entenderse, tío, pero no por eso duelen menos o son perdonables.

Le da un trago largo a su cerveza.

—Te has inventado esa palabra.

—Puede ser.

Los dos nos quedamos callados por un momento. Yo dejo caer la cabeza contra el sofá.

—Solo quiero verla.

—Eso es mentira —replica mi amigo cogiendo ca–cahuetes de un pequeño bol.

—Es mentira —admito.

Un poco más de silencio; no es paz, pero es lo único que tengo que se le parezca mínimamente.

—Me arrepiento de tantas cosas, Ted.

Dejo que la frase salga porque lo necesito. Sé que no es la primera vez que la digo en voz alta, que se la digo a él, pero hay momentos en los que es demasiado complicado guardármela dentro, como si pensara que, si la pronuncio las suficientes veces, conseguiré que ella mágicamente termine oyéndola.

—Lo sé.

—¿Y crees que ella lo sabe?

—Bueno, te conoce mejor que nadie. Estoy seguro de que se lo imagina.

—No quiero que crea que estoy siguiendo con mi vida como si todo estuviese bien, que me he olvidado de ella.

Odio que esté donde sea que esté y piense en mí y me odie o, lo que es infinitamente peor, vuelva a sentirse triste porque crea que no me importa que estemos separados, que he pasado página.

—No puedes cargarla con eso. Sabes que no es justo —me recuerda Ted.

—Lo sé.

—¿Puedes decirle que la echo de menos?

—No, pero puedo traerte otra cerveza —me ofrece a cambio levantándose.

—¿Puedes decirme dónde está?

—Buen intento —responde desde la cocina.

—Te odio más de lo que puedas imaginarte —suelto cuando vuelve con refuerzos.

—No, tú me quieres. Estamos imprimados.

Aunque es lo último que quiero, sonrío. No es la mejor sonrisa del mundo, pero ahí está.

—Me lo dirás si necesita ayuda, ¿verdad?

—Serás mi primera llamada.

Asiento. Es lo único que tengo, pero no pienso rendirme.

Ted no me pide que deje de buscarla. Sabe que no es una opción para mí y que probablemente dejaría de venir a verlo si tratara de convencerme de que siguiera adelante con mi vida. Es como una especie de pacto, él acepta que necesito hacer esto y yo, que él no puede romper la confianza de Eden.

Enciende la televisión. El resumen del partido de los Giants llega desde la ESPN.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mis vaqueros. Un mensaje. Lo sacó. Es del último detective que contraté hasta que pude permitírmelo. Solo tiene una frase: «Un regalo de despedida».

Frunzo el ceño. A los segundos un nuevo mensaje aparece en el chat. Una foto. Me echo hacia delante y dejo la cerveza en la mesita sin levantar la vista de la pantalla. Parece un anuncio. Lo miro un momento.

—Tengo que irme —digo levantándome de golpe.

Empiezo a toser otra vez, pero no me importa. Recupero mi marinero y mi vieja mochila.

Ted me llama, pero no me detengo. Joder, creo que ni siquiera lo oigo.

28

Eden

Un año.

Ese es el tiempo que había pasado cuando hace dos semanas regresé a Nueva York. Y estaba muerta de miedo. Es curioso, me aterraba más volver de lo que me aterró marcharme a Chicago.

Sonrío cuando veo mi móvil iluminarse y el nombre de Kaitlyn con una foto de las dos comiendo bocadillos aparece en la pantalla.

—Dime la verdad, neoyorkina —oigo en cuanto descuelgo—: echas de menos esto, ¿a que sí?

Mi sonrisa se ensancha.

—Que esto no haga que te lo tengas muy creído —contesto mientras, de pie junto a mi mesa, con el teléfono sujeto entre el hombro y la mejilla, utilizo las dos manos para cuadrar una pila de bocetos sobre esta—, pero, sí, echo aquello un poco de menos, un poco pequeño.

—¡Lo sabía! —exclama orgullosa—. Esa isla llena de pijos no puede competir con nuestro encanto a prueba de viento y nieve.

—¿He dicho ya que es un poco pequeño? —planteo mitad haciéndome la inocente, mitad mordaz.

—Sí y no me importa.

—Eden —me llama una de mis compañeras asomándose a la puerta de mi despacho—, te esperan arriba.

Asiento.

—Gracias.

Ella sonríe y se marcha.

—Key —la llamo por el apodo que le puse el segundo día—, tengo que colgar. Tengo una reunión. Te llamo esta noche.

—Machácalos, nena —se despide.

Sonrío de nuevo. Cojo las carpetas y los bocetos que acabo de ordenar y salgo de mi oficina.

Trabajo en la agencia de publicidad Kinetix Creative. En realidad, empecé haciéndolo para su sucursal en Chicago, más modesta, pero, poco a poco, la agencia principal empezó a mandarme cada vez más teletrabajo hasta que me ofrecieron un puesto fijo en las oficinas de Madison Avenue. Es como *Mad Men*, pero casi nadie lleva medias de costura y ya no hacemos publicidad de cigarrillos.

Trabajo como ilustradora de los bocetos con los que se presentan las ideas para los clientes y, si el anuncio en sí es una ilustración, también me encargo de hacerlo, aunque, por desgracia, cada vez hay menos anuncios así. Además, hago los *storyboards* de los anuncios siguiendo las indicaciones del director y sorprendentemente es mucho mejor de lo que imaginaba.

—¡Aguanta la puerta! —le pido a uno de los chicos que hay en el ascensor.

Mis padres se pusieron pletóricos cuando les dije que volvía. Val quiere hacer una fiesta en una azotea, algo muy neoyorkino, y he tenido que convencerla de que esas cosas se hacen en primavera; en realidad, en cualquier estación menos en invierno y mucho menos cuando hay pronóstico de nieve para unos días.

Cuando fue a recogerme con Mellow y con Ted al aeropuerto, di y recibí los mayores abrazos de oso de la historia.

Chicago resultó ser un sitio increíble, aprendí mucho en la residencia artística y conocí a Kaitlyn, pero Nueva York siempre será mi lugar en el mundo y, cuando los vi esperándome con un cartel que ponía «Señorita Lockhart, por favor, recuerde que la auténtica pizza es la nuestra», recordé exactamente por qué.

Me he instalado en un pequeño apartamento en el Village, un cuarto sin ascensor, pero no me importa porque es mío. Yo pago el alquiler y las facturas. Tiene un dormitorio, un baño diminuto, una cocina diminuta y un salón diminuto, pero también unas ventanas

que lo llenan todo de luz. Bajo la del salón he colocado mi mesa y me encanta dibujar allí.

Salgo del ascensor y atravieso la planta catorce hasta la sala de conferencias. Me gusta el sonido de mis tacones repiqueteando contra el mármol, me siento importante. Cuando vengo a trabajar en deportivas, me imagino que soy una cantante pop a punto de firmar un contrato musical o, en honor a Val, una bailarina de *break dance*.

No he visto a Alex. Me gustaría añadir «todavía», pero lo cierto es que no lo sé.

Tampoco he dejado de pensar en él, pero he aprendido que fue una parte de mi vida. No puedes enfadarte con una parte de tu vida ni echarla de menos porque, para bien o para mal, es un pedazo de lo que eres y te ha llevado hasta donde estás.

Sueno superzén, lo sé, rollo casi místico. Para compensar diré que, mientras aprendía esas verdades universales tan de libro de autoayuda con un jardín japonés en la portada, también me pasé muchas noches llorando en Chicago y también me pille alguna que otra borrachera. La ventaja es que fue en invierno y todo el mundo dio por hecho que estaba tratando de entrar en calor.

—¿Has traído los bocetos? —me pregunta el señor Walsh cuando entro en la enorme habitación.

Asiento y voy flechada a la mesa. Dejo las carpetas. Cojo el primer juego de bocetos, él se toma unos segundos para estudiarlo y finalmente asiente satisfecho.

Yo me siento increíblemente orgullosa y, sin darme cuenta, me acuerdo de Alexander. Siempre me pasa cuando me felicitan por mi trabajo, porque él siempre creyó en mí. Lo imagino en su despacho, volviendo su mirada a los documentos que tiene delante después de haberme escuchado contarle que mi jefe se ha quedado muy contento y contestando: «¿Y por qué lo dices como si fuera algo que no va a volver a pasar? Tienes un talento increíble. Deberías ir acostumbrándote a los halagos».

—¿Te parece bien?

La pregunta me saca de mis pensamientos y miro a mi alrededor un poco despistada; como no es la primera vez que me pasa, cojo rápido el hilo.

—Podré tenerlo a finales de semana —afirmo.

—Perfecto —responde el señor Walsh.

Cuando la reunión termina, son más de las cinco y el jefe nos manda a casa. Despejo la mesa de mi despacho, me pongo el abrigo y, después de una minicharla con dos chicas de contabilidad, llego al vestíbulo.

¿No vemos en el O'Callahan's?

Sonrío.

Trato hecho.

No está demasiado lejos, así que voy caminando. Ocho manzanas y veinte minutos después estoy entrando en este irlandés absolutamente abarrotado, una mezcla imposible entre hora feliz y *afterwork*.

—Aquí —me llama una voz que conozco a la perfección y veo cómo levantan una mano.

Me abro paso como puedo y llego hasta la mesa alta. Ha llegado primero porque está justo al lado de su oficina.

—Te he pedido una cerveza —me informa señalando mi botellín con el suyo antes de darle un trago.

Entrecierro los ojos divertida.

—Acepto la cerveza, pero la próxima vez un spritz, por favor.

Él sonríe.

—¿Todavía hay gente que bebe eso?

—Si tu pregunta es «¿Todavía hay gente con tanta clase?» —replicó socarrona—, la respuesta es sí.

No contesta. Solo se echa hacia delante y me da un beso en los labios.

Justo al separarse, alguien lo toca en el brazo, Cole se gira y, cuando capta quién es, sonríe de oreja a oreja.

—Tío, cuánto tiempo sin verte.

—Sí, una eternidad. Por cierto, siento la interrupción —añade mirándome un poco mortificado.

Yo sonrío con el clásico «No te preocupes» que Cole sí verbaliza.

—No te preocupes. Ella es Eden, mi novia. Eden, él es Tim, un amigo de la universidad.

29

Eden

Cole no es mi novio. Al menos, no en el sentido estricto de la palabra. Estamos juntos; sé que puede parecer lo mismo, pero todos sabemos ver la diferencia.

Lo conocí hace dos meses cuando viajó por trabajo a Chicago. Fue lo más típico del mundo: un bar, mucha gente, mucha música, una mesa con un grupo de chicas, la mía, y una con un grupo de chicos, la suya.

Nos vimos todos los días la semana que estuvo allí y, aunque se suponía que acabaría entonces, seguimos hablando por teléfono, por e-mail, surgió la posibilidad de mudarme a Nueva York y aquí estamos.

Ted y las chicas aún no lo conocen; eso lo haría pasar demasiado rápido de chico con el que estoy a novio y quiero tomarme mi tiempo, asegurarme de los pasos que doy.

Nos terminamos la cerveza, cenamos algo y a eso de las diez cojo un taxi de vuelta a mi apartamento. Mañana tengo que entregar algunas cosas a primera hora y quiero revisarlas antes.

***

Después de hablar con Val mientras me lavo los dientes —sí, soy una experta haciéndolo, y no me juzguéis, ella está haciendo un pis—, me meto en la cama y apago la luz.

Y de pronto pasa que estoy a oscuras mirando mi nuevo techo y, antes de darme cuenta, sin entender siquiera por qué necesito

hacerlo, suelto un largo suspiro. No muy Scarlett O'Hara. Más Julia Roberts en cualquier peli de los noventa.

No es la primera noche que duermo en este apartamento ni en Nueva York, no entiendo por qué justo hoy me afecta.

Ha pasado un año y muchas cosas y estoy muy orgullosa de mí, pero hay un *je ne sais quoi*, y ese *quoi* me está fastidiando muchísimo; hay algo dentro de mí que se empeña en estar un poco... confuso. No sé si es la palabra adecuada, pero va por ahí, y tampoco sé si ese algo es mi corazón, aunque puede.

Maldita sea, no sé nada.

Eso hace muy difícil hacer un diagnóstico y fingir que lo supero para mañana en el desayuno comerme dos galletas de más para tragarme mis problemas como hacemos los adultos funcionales psicológicamente más o menos estables, no le pidamos peras al olmo.

El caso es que... es Nueva York, creo, porque esta ciudad siempre ha tenido un dueño para mí y es como estar en el territorio de un hombre lobo y esperar que no te huela... o desear que te huela.

—En cualquier caso, Alexander Vandervilt —susurro haciendo grandilocuente cada palabra.

Inflo los carillos de aire y los suelto ruidosamente.

«Lo mejor será que me duerma con Netflix», decido a la vez que cojo el móvil de la mesita, lo desbloqueo y accedo a la plataforma. Dejemos de pensar.

***

A la mañana siguiente, me ducho, desayuno y, con la taza con el resto de mi café, voy hasta mi mesa y empiezo a dibujar. Sonrío cuando siento el grafito del lápiz deslizarse al paso de mi mano. Es la mejor sensación del mundo.

Un par de horas después, me pongo el abrigo, mi bufanda preferida y, armada con mi bolso, mi maletín de bocetos y dos carpetas, me marcho en dirección a la oficina.

Decido complicarme un poco la vida, siempre he admirado profundamente a los equilibristas, y en la cafetería de la 43 Este con

Maddison me paro a comprar cuatro cafés y una bolsa de *cupcakes* para recuperar energías con mis compañeros.

Abrir la puerta del edificio es complicado, pero lo consigo.

—Buenos días, Carl —saludo al guardia de seguridad, que ya estaba a medio camino de abrirme la puerta.

—Buenos días, señorita Lockhart. ¿Necesita ayuda?

Sonrío agradeciéndoselo.

—No te preocupes. Está todo controlado...

—Eden.

Esa voz lo atraviesa todo, el vestíbulo, el continuo del espacio-tiempo, el universo de Marvel en el que nos encontremos... y mi corazón, esta vez estoy segura, porque es Alex.

30

Eden

Me giro despacio y ahí está y yo ni siquiera puedo creérmelo del todo, como si una parte de mí hubiese estado esperándolo, deseándolo, y la otra hubiese pasado página.

No va con traje ni corbata. Solo unos vaqueros, una camiseta de mangas largas con un puñado de botones en el cuello y un marinero negro. Tiene el pelo más largo, la barba de un par de días rasgándole la mandíbula y los ojos gris oscuro más cansados.

Sigue siendo guapísimo, sería ridículo negarlo, pero parece una nueva versión. No el todopoderoso CEO del Vandervilt Group, aunque siga conservando parte de esa aura; ahora parece más salvaje, más instintivo, ¿más triste?

La idea hace que dé un paso hacia él dispuesta a preguntárselo, pero me ato en corto porque ese ya no es mi problema. Ya no es mi trabajo preocuparme de que esté bien, recordarle que hay algo más que el despacho, que él se merece algo más.

Alex traga saliva al verme acercarme, como si estuviera a punto de cerrar los ojos por lo mucho que lo quiere, pero, cuando me detengo, también se da cuenta y algo cruza su mirada disfrazado de rabia porque sé que hay algo más debajo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—¿Cuándo has vuelto? —inquiere a su vez como si le costara trabajo creerlo.

Y esas tres palabras, ese gesto, todos los demás, están a punto de embaucarme.

—No es asunto tuyo —pongo la primera barrera. La necesito hasta que entienda cómo me estoy sintiendo.

—Eden —me llama decidido y acelerado dando un paso hacia mí —, joder, te he echado tanto de menos...

Otra frase brutal, otro gesto brutal. El corazón me late desbocado en el pecho porque hace un año que no lo veo, pero ni por asomo ha sido un año sin pensar en él, pero se supone que las cosas no tenían que pasar así; no sé cómo quería que pasaran, no voy a mentir y hacerme la iluminada a lo *Sopa de pollo para el alma*, pero creo que no así, no ahora. Estoy abrumada y demasiado confundida.

—Déjame que te ayude con eso —dice estirando las manos como ha hecho un millón de veces, pero él ya no tiene derecho a esa familiaridad conmigo.

—No —respondo dando un paso hacia atrás.

No coloco una distancia enorme entre los dos, pero él la nota y, si no fuera una locura, diría que le duele.

—Está bien —contesta frotándose las palmas de las manos contra los muslos, como si ahora que no le dejo ayudarme no supiera qué hacer con ellas—. ¿Hablamos? A dos manzanas está esa cafetería que te encanta, la del estofado de ternera.

Se acuerda. Ha pasado un año y todavía se acuerda. La idea me calienta el corazón, pero casi igual de rápido irrumpe otra: ¿Habrá llevado a Camille allí? ¿Cenaran juntos todas las noches?

—Tengo trabajo. —Otra barrera.

—Claro —contesta con una sonrisa, que está llena de alivio, pero también parece demasiado triste para ser feliz—. Puedo recogerte, a la hora que termines.

Niego con la cabeza antes de que acabe la frase.

—¿Qué quieres, Alex?

—Que hablemos.

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar.

Nunca me imaginé diciendo estas palabras y duelen, pero es lo justo. Tengo que pronunciarlas porque hace un año las cosas se rompieron.

—No es verdad. Tenemos muchísimas cosas de que hablar, Eden. Llevo un año buscándote para explicarte...

Frunzo el ceño. El corazón ya no me late desbocado, ahora lo hace violento.

—¿Llevas un año buscándome?

Alex me observa pensativo al tiempo que se humedece el labio inferior despacio en ese gesto tan suyo.

—Sí. Llevo un año haciéndolo porque necesito que sepas que me equivoqué. La fiesta de compromiso, Camille, todo... Te quiero, Eden.

Tres palabras. Doce letras. En un teclado, quince pulsaciones. Y han conseguido que deje de respirar.

Las manos me fallan o me vuelvo torpe un segundo o me da una apoplejía temporal, pero todo lo que cargaba se me cae. La pequeña bandejita de cartón se estrella contra el suelo y los vasos salen disparados manchando de café el elegante vestíbulo.

El ruido y que me haya vuelto idiota por dos segundos me hacen reaccionar y me agacho rápido tratando de recoger el estropicio. Alex lo hace incluso antes que yo.

Por un momento recogemos las cosas en silencio mientras la frase se repite en mi mente una y otra vez, mientras se cuela bajo mi piel como hormiguitas perfectamente adiestradas, que se transforman en mariposas, que levantan un condenado huracán.

—No hagas eso —casi grito de pronto muy molesta.

Alex se queda muy quieto y por un instante ninguno de los dos sabemos si me refiero a que no recoja o a que no diga cosas increíbles como que me quiere.

Estoy aturdida, sobrepasada, confusa y estoy enfadada y no quiero ponerme triste pero no lo descarto porque, maldita sea, ¡acaba de decirme que me quiere! ¡Ahora! ¡Después de un año! ¡Cuando he reconstruido mi vida como los concursantes de *American Idol*!

—Eden —me llama leyéndome a la perfección, ¿por qué sigue teniendo ese superpoder?, tratando de reconfortarme.

—No es justo —continúo con mi monologo interno en voz alta y también un poco como queja a que siga conociéndome tan bien—. No deberías decirme esas cosas. No deberías estar aquí.

Me levanto enfadada y me llevo las manos a las caderas prácticamente como un mecanismo de defensa. Él se incorpora despacio, controlado, exactamente como Alexander Vandervilt sabe ser, aunque ahora parezca menos Alexander y más Alex y se me derrita un poco el corazón porque, aunque me encantaba Alexander, Alex siempre fue mi favorito.

—Sé que la jodí, muchísimo, y lo siento más que nada. Por eso quiero que hablemos y explicártelo todo. Quiero arreglarlo.

Suena sincero. Si él me conoce a mí, yo también a él. Y si hace un año, cuando lo llamé para decirle que me marchaba, hubiese respondido y me hubiese dicho eso, ni siquiera habría tenido que explicarme nada más, todo habría vuelto a estar bien, pero él no quiso contestar y las cosas ya no son así. Yo no soy así.

—Pero yo no —sentencio.

—Eden —replica con la voz más ronca, con esa esencia más salvaje volviéndose imposible de ignorar.

—Hace un año tú decidiste. Ahora lo hago yo. No vuelvas por aquí.

Recojo mi maletín y mis carpetas tremendamente rápida y llevo mi vista hacia Carl, suplicándole con la mirada que se encargue del estropicio. Prometo traerle un Big Gulp de cereza. Él, que ha estado atento a la conversación, aunque disimulando, asiente y se acerca.

Alex no levanta los ojos de mí con los puños apretados junto a los costados, como si necesitara contenerse para no correr hasta mí y otra vez esa kamikaze dualidad me atraviesa de arriba abajo, el imaginarlo corriendo hasta mí, tomándome de la muñeca, obligándome a girarme, besándome.

Besándome.

Cierro los ojos un segundo camino de los ascensores cuando no puede verme.

Pero, tan pronto como llega toda esa intensidad, me fuerzo a apagarla con mi sentido común. Cuando he dicho que ya no era la misma, iba en serio. Chicago también fue en serio... como aquella maldita fiesta de compromiso.

Entro en el ascensor con la respiración echa un caos. Giro sobre mí misma. Las puertas comienzan a cerrarse. Levanto la cabeza,

aunque sé que no debería, aunque sé que es un error, y lo es porque me encuentro con los ojos más bonitos que he visto jamás.

Porque sé que ha sido sincero.

Porque sé que le duele.

31

Eden

Llego a mi oficina casi en estado de *shock*. Cierro la puerta y por un minuto completo solo camino de un lado a otro, paseos cortos e inconexos. Ha venido, guapísimo como si no hubiera un mañana, a decirme que me quiere. Yo he regado el vestíbulo con café y le he dicho que se fuera por donde ha venido.

Me detengo en seco.

—¿Y si estoy soñando? —susurro, entrecerrando los ojos y mirando a mi alrededor.

Voy hasta la ventana y me asomo, casi en ese mismo segundo un hombre en calzoncillos y una careta de Leonardo DiCaprio pasa corriendo con un pescado enorme. Lo persigue el pescadero al que le ha robado el pescado. No han llegado al cruce cuando lo alcanza y el ladrón empieza a pegarle con el pescado.

—No ha sido un sueño —afirmo torciendo los labios.

Eso solo puede pasar de verdad y en Nueva York. Ninguna mente podría imaginarlo.

Me apoyo en el alfeizar de la ventana y respiro hondo. Ha estado aquí. Cierro los ojos y trato de calmar mi respiración, mi corazón; es imposible.

De pronto recuerdo algo que ha dicho y me doy cuenta de que necesito hacer algo.

Voy a mi mesa, donde he abandonado mi bolso, y saco el teléfono. Tres tonos después, responden.

—Hola —me saluda cantarina.

—Val, ¿dónde estás?

—Trabajando. Soy un espíritu libre atrapado en la óptica capitalista —se lamenta.

—¿Alex lleva un año buscándome?

Entro así, a las bravas, no tengo tiempo para contextualizar.

Un segundo de silencio que básicamente me sirve como respuesta.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Y tú por qué no contestas?

Otro más y definitivamente tengo mi respuesta. De pronto estoy muy enfadada.

—Val... —gimoteo a modo de protesta.

—Tú estabas en Chicago —se explica a la defensiva—. Habías tenido que irte hasta allí para tratar de volver a estar bien. No quería que Alex irrumpiera como el maldito tren de mercancías que es y tú pospusieras tu vida por él.

—Decidiste por mí.

—En pro de cuidar de mi hermana.

—No me vale.

Entiendo que tenía las mejores intenciones, pero me correspondía a mí decidirlo, no a ella.

—Ted y Mellow también lo sabían. Pensamos que era lo mejor para ti.

Acabáramos.

—Es decir —replico igual de molesta—, que básicamente montasteis una intervención sin la intervenida.

—¿Una teleintervención? —plantea con la boca pequeña.

—No hagas bromas.

—Ha sido para romper la tensión.

Nos quedamos unos segundos en silencio, pero uno es todo lo que necesita la imagen de Alex en el vestíbulo para volver a colarse en mi mente.

—¿Cuándo fue a buscarme? —pregunto.

No sé si es porque tengo un lado al que le encanta martirizarse o porque quiero tener de una vez toda la información. Escojo la segunda. Es más sano para mí.

—Un par de semanas después de que te marcharas.

Frunzo el ceño. Solo un par de semanas. ¿Qué demonios pasó?

—¿Por qué?

—Porque comprendió que lleva años enamorado de ti. —Val resopla y cierro los ojos tratando de escapar con el corazón intacto a esas palabras—. Si quieres mi opinión...

—No la quiero.

Pero obviamente pasa de mí.

—Llega como cuatro años y un par de semanas tarde.

—¿Y qué...? —No debería preguntarlo. No debería querer saberlo —. ¿Qué pasó con Camille?

—La dejó, fulminante, la misma noche que vino a buscarte.

Niego con la cabeza. Por Dios... Yo... Todo esto es un maldito desastre.

—No parecía el mismo Alex de siempre.

Mi voz cambia porque no puedo evitar preocuparme por él.

—No lo es —contesta sincera Val y es como alimentar mi miedo a que no esté bien directamente—. Ya no es el CEO del Vandervilt Group.

Abro mucho los ojos, incluso doy un paso involuntario hacia delante.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque Sullivan Vandervilt pidió más dinero en vez de un corazón cuando fue a ver al mago de Oz.

Estoy a punto de reírme, aunque es lo último que quiero.

—Alex no paraba de buscarte. Estaba tan centrado en eso que la junta decidió que no era la persona apropiada para dirigir la empresa. Su padre lo echó de la mansión el mismo día.

Me llevo la mano a la frente.

—Joder, Val.

¿Por qué el señor Vandervilt tuvo que tratarlo así? ¡Maldita sea, es su hijo!

—¿Que te ha dicho? —pregunta mi hermana.

Yo guardo un segundo de silencio, podría decir que repasando la conversación, pero no me hace falta, se me ha quedado grabada a fuego. Solo ha faltado un preadolescente vestido de hindú murmurando «Amon Shevai» para completar el maleficio.

—Que la jodió y que me quiere —respondo sintiendo cómo esas palabras no me dejan indiferente.

—Qué gran resumen.

—Eres lo peor. —No lo digo como lamento, sino como hecho.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no puede decirme esa clase de cosas y que no vuelva por aquí.

—Los de Chicago sois muy duros.

Otra vez me río, pero en el fondo lo que quiero es tirarme al Hudson.

—Era lo que necesitaba —sentencio.

Y duele, de ahí mi mención a nuestro popular río, pero también es la verdad.

—Y eso es lo importante.

Tomo una bocanada de aire y empiezo a dejarlo salir todo.

—Ha sido una locura, Val, hasta he creído que estaba soñando. He sabido que no por un atracador en calzoncillos.

—Es un tótem muy neoyorkino —apunta sabiamente mi hermana.

—Además, llevaba una careta de Leo DiCaprio.

—Un cierre de círculo perfecto.

Sí, si no estuviera en esta posición, le vería la poesía a todo este asunto.

—Tengo que volver al trabajo.

—Claro —contesta ella.

Voy a colgar, de hecho, ya me he separado el teléfono de la oreja, pero mi corazón suplica y yo lo entiendo y estamos de acuerdo.

—Val —la llamo de nuevo.

—¿Qué?

Me quedo callada, pero no porque no sepa qué decir, sino precisamente porque voy a hacerlo.

—Cuida de Alex.

—Ya lo hago.

Estoy a punto de colgar de nuevo cuando la oigo llamarme.

—¿Qué? —pregunto.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Tuerzo los labios y tomo una larga bocanada de aire.

—Yo también estoy orgullosa de mí.

Y eso no duele, pero sigue siendo verdad.

***

Continúo trabajando y eso me distrae lo suficiente para al menos dejar de darle vueltas a toda la información que he recibido hoy.

¿Nos vemos en el O'Callahan's?

Sonrío cuando mi pantalla se ilumina con el mensaje de Cole, pero lo cierto es que esta noche, no sé, después de todo lo que ha pasado, no es que piense en encerrarme en mi apartamento a llorar, pero sí necesito un poco de calma, quizá comida reconfortante, quizá pensar en Brad Pitt tumbado en mi cama vestido como un piloto de F1 diciéndome que todo va a salir bien... No sé, cosas sencillas.

Esta noche creo que me quedo en casa.

Apenas unos segundos después aparecen los puntos suspensivos en la pantalla.

Yo los observo y la mente, esa gran traidora de manual, empieza a pensar que a lo mejor tengo mi plan reconfortante más cerca de lo que imagino y me propone venir con una cena rica y una botella de algo rico que haya destilado un ruso, un sueco o alguien que viva donde haga un frío brutal. Sonrío, podría estar bien.

Ok. Nos vemos mañana.

Leo el mensaje y frunzo el ceño cerrando un ojo.

No era exactamente la respuesta que me esperaba.

Cojo el metro en Times Square con la 42, línea uno, y cuatro paradas y veinticinco minutos después me bajo a tres manzanas de

mi edificio.

Me tomo un rato para disfrutar del paseo. Sé que suena a locura teniendo en cuenta que está empezando a nevar, pero no me importa, echaba de menos mi ciudad.

Entro en mi apartamento sacudiéndome la nieve del abrigo. Solo he dado un par de pasos en el interior cuando mi móvil empieza a sonar.

Alex.

32

Eden

Miro el teléfono como si fuera una bomba de relojería y en muchos sentidos puede que sea así. Una emocional, desorbitada... peligrosa.

Y sé que debería rechazarla sin ni siquiera mirar la pantalla dos veces, pero también que no voy a hacerlo. No puedo.

Descuelgo, la valentía se esfuma, no digo nada.

Alex lo nota y me da ese segundo de silencio que no sabía que necesitaba antes de hablar.

—Hola, Eden.

Maldita sea, su voz. Creo que nunca podré olvidarla.

Niego con la cabeza porque quiero responder, quiero preguntarle si está bien y también quiero que no me importe. Chicago consiguió que aprendiera a ser Eden sin Alex, pero no consiguió que Alex dejara de importarle a Eden.

—No hace falta que digas nada —continúa y su tono se vuelve más calmado y al mismo tiempo más ronco—, lo entiendo. Nada de esto debe de ser fácil para ti y todo es culpa mía. Me merezco que Eden *Sunshine* Lockhart me dé un poco de hielo.

Bajo la cabeza para ocultar la sonrisa que se está formando en mis labios ¡porque no debería estar ahí!

—Solo quería que supieras que no voy a rendirme. No porque no crea que tienes derecho a tomar tus propias decisiones. Lo tienes y a mí me toca respetarlas. Pero también he entendido que lo que teníamos era especial, mejor, y no quiero perderlo.

Los recuerdos vuelven sin que nadie los invite, lo segura que siempre me sentí a su lado, lo cuidada. Alex siempre conseguía que

sintiese que importaba sin tener que cambiar, sin tener que esconder nada, exactamente como soy.

—¿Te asomas a la ventana, Lockhart? —suena a pregunta, pero, en realidad, es una provocación.

Frunzo el ceño y camino hasta una de las ventanas del salón, corro la cortina y ahí está, en la acera frente a mi edificio, bajo la nieve, tan guapo que suena a fantasía.

Sonríe. Su sonrisa engreída, divertida, llena de seguridad. La sonrisa que sabe de sobra que es mi preferida.

Y yo me siento como si estuviese a punto de llegar a la señal que indica el punto de no retorno y no estoy preparada, ni siquiera sé si quiero estar ahí. Y si fuera así, tendría que ser algo que decidiese yo, no él. Perdió ese derecho.

—Yo ya sabía que lo que teníamos era especial, mejor, Alex —repito dejando que esa rabia, ese dolor antiguos, vuelvan a latir—, y tú me lo quitaste.

No dejo que diga nada más, cuelgo y me alejo de la ventana.

Necesito un segundo pero no me lo doy. Mejor ser funcional.

Ceno, me pongo el pijama, trabajo un poco. Llamo a Kaitlyn, a Mellow, y veo dos capítulos de la serie de moda. Sin embargo, una vez que está todo hecho, la ventana me sigue llamando como si fuera el imán más poderoso del mundo y yo estuviese hecha de pedacitos de hierro.

Me acerco caminando despacio, aunque en realidad no necesito asomarme para saber que Alexander está ahí. De todas formas lo hago y lo veo, al otro lado de la calle, quieto, exactamente donde estaba la última vez, como si estuviese llevando a cabo la misión de un héroe romántico, como si, teniéndome cerca, aunque fuese así, fuera la única manera en la que quiere estar.

Resoplo y mi vista va hasta la placa calefactable junto a la pared, un recordatorio de que fuera está haciendo muchísimo frío y está nevando todavía más fuerte.

Niego con la cabeza. De pronto estoy muy enfadada. Las cosas no tendrían que ser así. Me marché por un motivo y es injusto que un año después no deje las cosas donde él mismo decidió que tenían que estar.

—¿Eden? —pregunta Ted sorprendido al otro lado.

No lo culpo. Es tardísimo.

Trago saliva.

—Sí, soy yo —me obligo a contestar—. Se trata de Alexander. Tienes que llevártelo.

No me ando con rodeos. Las cosas son como son, intentar dibujarlas de otra manera no va a cambiarlas. Eso lo aprendí a la fuerza hace mucho.

Ted resopla. Hay quien podría decir que cansado, pero yo sé que lo que está es triste y muy preocupado.

—¿Dónde está?

—En la acera frente a mi edificio. Está nevando y hace frío. No tiene buen aspecto.

—Porque está convaleciente —responde Ted y el corazón me tropieza en el centro del pecho—. Tuvo una bronquitis severa, pero no se quedó en casa el tiempo suficiente para curarse. Puede que haya empeorado.

—Llévatelo —insisto. Mi voz suena más brusca de lo que pretendía, pero es que ahora, además de enfadada, estoy preocupada, y es algo muy difícil de gestionar porque los dos sentimientos están orientados hacia la misma persona.

—Puedo intentarlo, pero no va a funcionar. Desde que le mandaron ese anuncio y él reconoció tu forma de dibujar en la ilustración, solo piensa en arreglarlo.

—¡Pero es que yo no le he pedido que lo haga!

Estallo y sé que no es justo que lo haga con Ted, pero la frustración también está asomando, como la tristeza, y tampoco es lo que quiero. ¡Es injusto! ¡Él eligió! ¡Yo me marché! Hice mi parte, así que ¿qué demonios hace aquí?

—No quiero verlo.

Un segundo de silencio.

—Lo sé.

—Y no quiero que esté aquí, como un alma en pena a lo canción de Michael Bolton.

—Lo sé.

—Puedo presentarme allí e intentar llevármelo, pero los dos sabemos que no va a aceptar, así que entonces tendrías a dos tíos mirando tu ventana en lugar de uno.

—No es justo.

—Créeme, eso también lo tengo claro.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Hace un año habría dado cualquier cosa por verlo así, tenerlo así, pero ahora... ya... siento que no vale.

—Tengo que colgar.

—Espera —me pide cuando ya estoy separándome el teléfono de la oreja.

—¿Qué?

Se queda callado y lo conozco lo suficiente para saber que ahora mismo está repitiéndose todas las razones por las que no debería seguir hablando.

—Sé que te hizo mucho daño —miro a mi alrededor, a ningún sitio en realidad— y que es muy injusto, pero, por favor, no...

—Si sabes que me hizo daño y es injusto, no deberías terminar esa frase —lo interrumpo.

Yo no cambié nuestra dinámica ni nos puse en una situación imposible. Ni siquiera me fui de aquí odiándolo y montando una escena, así que nadie tiene el derecho de pedirme que las cosas sean como antes.

—Tienes razón. No te enfades conmigo —añade y, aunque no lo veo, sé que está fingiendo un pucherito, el muy malvado.

—Te lo mereces, pero no lo haré —contesto.

—Gracias, peque.

Nos despedimos y cuelgo.

Vuelvo a mirar hacia la ventana pero no me asomo. Si quiere estar ahí, que lo haga.

Me pongo a dibujar. Quiero ignorarlos a él y a la ventana, a la nevada, a la calle entera, pero no soy capaz y tengo que obligarme a apartar la mirada una decena de veces.

Un par de horas después me obligo a levantarme para irme a la cama. Mañana tengo que madrugar.

Sin embargo, la maldita ventana sigue ahí, inmisericorde, como un funcionario público francés en una novela de Alejandro Dumas.

—Tendrías que estar metiéndote en la cama ahora mismo, idiota —me riño, pero ya me estoy acercando.

Me asomo. Sigue ahí. Nuestros ojos se encuentran y por un momento tengo la peligrosa sensación de que el gris oscuro se ilumina. Tiene la cara alzada y da igual que tenga el pelo un poco más largo, la barba de un puñado de días, las mejillas rojas por el frío y la expresión cansada por las horas que lleva en esa acera, sigue siendo guapísimo. «Demasiado para su propio bien», le encantaba decir a su abuela.

Tomo una bocanada de aire. Hace mucho que dejé de preguntarme por qué pasó lo que pasó y, con franqueza, el dolor se había hecho tan ínfimo que podía pasarme días sin sentirlo, pero con él a un puñado de pasos, queriendo una redención que aquí no va a encontrar, todo parece diferente, más pesado, más complicado.

De pronto empieza a toser. Al principio parece normal, pero al cabo de unos segundos tiene que dar un paso para poyarse en la farola con una mano a la vez que se inclina tratando de recuperar el aliento.

Sigue tosiendo y acaba cayendo rodillas en la nieve sin poder recuperar la respiración normal.

Yo recuperó el móvil de la mesa y llamo a una ambulancia. Me dicen que está de camino. Cuelgo. Eso es socorro básico, lo que una persona decente haría, lo que le debería a cualquier ser humano.

Pero, sin registrar el movimiento en mi mente, mi pie golpetea contra el suelo una y otra vez, sin apartar la mirada de él.

La tos vuelve más fuerte. Le fallan las fuerzas y se desploma consciente en el suelo.

La fiesta.

Camille.

La ambulancia.

Mis pies se hunden suavemente en la nieve con cada pisada. El corazón me late cada vez más deprisa, más enfadado. No tendría que estar haciendo esto. He llamado a una ambulancia. He cumplido.

Llego hasta él. La luz de la farola parece irreal, transformando cada diminuto copo de nieve cayendo despacio en un pedacito de magia.

Alexander, a punto de perder la consciencia, se obliga a abrir los ojos con muchísimo esfuerzo. Cuando por fin lo consigue, su mirada desenfocada me reconoce. Ni siquiera sé cómo.

—Eden —me llama en un susurro, con la voz trabajosa, luchando por estirar la mano.

33

Eden

El corazón me late más fuerte.

Esa misma magia parece envolvernos, aislarnos.

Pero me obligo a echarlo todo a un lado. He venido solo por una razón. Estoy haciendo lo que haría por cualquier otra persona. Es simplemente humanidad.

Me cuesta, pero logro ponerlo en pie. Paso su brazo por mis hombros y él se deja caer contra mi costado, luchando por no desmayarse. No hay que andar mucho, pero con lo débil que está se hace complicado, especialmente subirlo por las escaleras.

Lo siento en el sofá y le quito el abrigo. Eso también me cuesta bastante esfuerzo.

—Eden... —repite cabeceando, luchando por mantener los ojos abiertos—. Lo siento.

Trago saliva esforzándome en ignorar esas palabras, su voz, el hecho de que, incluso convaleciente, me esté buscando.

No contesto. Coloco dos cojines como almohada en un extremo del sofá y, después de quitarle el abrigo, lo ayudo a tumbarse. Maldita sea, está ardiendo y está empezando a temblar por la fiebre. Miro el reloj sobre la mesita, ¿cuánto tiempo más va a tardar la ambulancia?

Camino deprisa hasta la cocina, mojo un paño en agua fría y regreso al salón. Me arrodillo a su lado y, con cuidado, empiezo a pasarle el paño por la frente, las mejillas, el cuello.

Alex protesta incómodo con los ojos cerrados, palabras sin sentido pronunciadas demasiado bajo, pero yo no me detengo. Hay que

bajarle esa fiebre.

Acabo de regresar de la cocina de volver a humedecer el trapo cuando el timbre de la puerta suena al fin.

—Está en el sofá —les digo a los paramédicos en cuanto abro.

Uno de ellos asiente moviéndose rápido hacia el interior de mi apartamento, lo siguen sus dos compañeros.

Comprueban la saturación de oxígeno en sangre de Alex, la fiebre, hasta qué punto está reactivo.

—¿Dice que se desmayó en la calle? —pregunta la mujer.

—Sí, comenzó a toser, parecía que no podía respirar bien y acabó en la nieve.

—¿Sabe si ha tenido hace poco alguna enfermedad pulmonar?

Recuerdo las palabras de Ted.

—Está convaleciente de una bronquitis severa.

—Pues ya no es una bronquitis —replica—, ahora probablemente sea neumonía. ¿Lo conoce?

Pienso en decir que no y hacer que se lo lleven al hospital, olvidarme de esta noche... pero, por mucho que algo dentro de mí esté en pie de guerra y no pare de repetirme que es lo justo, no soy capaz.

—Sí.

La mujer asiente.

—Necesita descansar, mucho —me explica.

En ese momento su compañero le inyecta algo.

—Es un analgésico —continúa la doctora al ver cómo me fijo en lo que hace el otro paramédico—. También le hemos puesto algo que lo ayudara con la fiebre, pero, como le he dicho, lo que más necesita es descansar, hidratarse y, sobre todo, no andar por la calle en plena nevada —añade como si fuera obvio, ¡y lo es!

Alex vuelve a protestar adormilado. Parece bastante inquieto. Yo doy un paso hacia él con los labios apretados.

—Los delirios son normales con una fiebre tan alta; las pesadillas, también —me tranquiliza mientras sus compañeros recogen el equipo—. Aquí tiene la receta para más analgésicos. Si en tres días la fiebre no ha mejorado, debe verlo un médico porque necesitará antibióticos.

Asiento y cojo los papeles que me tiende. Los sanitarios se marchan y vuelvo a quedarme sola con Alex, aunque creo que lo más justo sería decir que estoy atrapada. No puedo echarlo.

Resoplo al tiempo que giro sobre mí misma, dándole la espalda, y cierro los ojos mortificada. No tendría que haberlo traído a casa, ahora estaría camino del Presbyterian y yo, tan tranquila en la cama soñando con un Chris, ¿Pratt, Hemsworth, Pine o Evans? Hoy es... miércoles, así que me toca Pine.

Vale, la situación es la que es y no voy a permitir que nadie me llame enfermera de la muerte; en la alta sociedad de Manhattan, les chiflan los motes.

Vuelvo a humedecer el trapo. Vuelvo a arrodillarme a su lado y comienzo a pasárselo despacio.

—Está frío —protesta con un hilo de voz, tratando de apartar el trapo de su frente, pero no tiene fuerzas y su mano acaba cayendo sobre la mía.

El contacto es como una reacción química que los dos conocemos de memoria y aun así nos sigue afectando igual. Por un instante dejo de respirar porque llevaba un año sin sentirla, pero creo que, aunque hubiesen pasado diez, mi cuerpo habría seguido reconociéndola.

—Deberías intentar dormir —digo encauzando el momento hacia un lugar menos peligroso.

Alex niega con la cabeza luchando por mantenerse consciente.

—No —pronuncia con voz débil, con la respiración acelerada por la fiebre—. Por fin estoy contigo. No quiero dormirme, Eden.

Aparto la mirada. Es imposible que el corazón me vaya más rápido. Me esfuerzo en que no me afecte y, maldita sea, qué difícil es. Me concentro en lo que mis manos hacen, el trapo, su piel. Pero poco a poco me voy a haciendo demasiado consciente de él, de lo cerca que estamos, de lo íntimo que es todo esto, aunque yo no quiero que lo sea.

En lo fácil que sería olvidarme de todo.

Perdonarlo.

Estar con él como siempre soñé.

El pensamiento lo atraviesa todo, como una bala rompiendo una pared de cristal tras otra, y me levanto de golpe como si de repente el suelo de mi propio apartamento ardiera.

—Te preparé algo caliente —pongo como excusa para alejarme de él.

Voy hasta la cocina y, al llenar la tetera, me doy cuenta de que las manos me están temblando levemente. Estoy alterada, inquieta... En realidad, ni siquiera comprendo del todo cómo me siento y eso es lo que más miedo me da.

Cuando regreso con el té, Alex se ha quedado dormido. Respiro hondo sin levantar los ojos de él. Ha acabado con neumonía por no descansar lo suficiente para seguir buscándome. Una parte de mí, básicamente, se ha derretido con cada palabra; la otra me recuerda que no le debo nada, que fue él quien decidió hace un año y yo nunca le pedí nada, mucho menos que lo dejará todo para encontrarme. Decido agarrarme a esa idea. Es lo que necesito y, con franqueza, lo que quiero.

Me aseguro de que está cómodo y respirando con normalidad. Me pongo el abrigo y las botas y voy hasta la farmacia veinticuatro horas para conseguir las medicinas.

El aire fresco, una manera muy sutil de nombrar un frío alucinante, me viene sorprendentemente bien y también me despeja las ideas fuera del hospital improvisado de buenas samaritanas que ya no son tontas enamoradas (o al menos luchan con dignidad contra ello) volumen uno.

Me levanto varias veces por la noche para controlarle la fiebre y, cuando lo hago a eso de las cuatro, vuelvo a darle la medicina. Ni siquiera creo que esté del todo consciente mientras se la toma.

En la cama, con la luz a caballo entre un amarillo pálido y un suave gris entrando desde mi ventana, me pregunto seriamente si no habré cometido el mayor error de mi vida.

—Lo habría hecho por cualquiera —me repito en voz baja.

34

Alexander

Abro los ojos.

Pero me cuesta demasiado mantenerlos así y vuelvo a cerrarlos. Frunzo el ceño. Es como si mi cuerpo no quisiese responderme, como si acabase de correr un puto maratón, o tuviese la resaca de mi vida, o me hubiese atropellado un autobús; probablemente una meticulosa mezcla de las tres cosas.

Vuelto a intentar abrirlos. Mi respiración suena errática, acelerada porque no me entra todo el aire que necesito. También estoy mareado. Miro a mi alrededor. Tengo que averiguar dónde estoy antes de que los ojos se me cierren de nuevo. Si me voy a morir en un horrible motel de carretera cerca de algún sitio llamado Fort no sé qué, solo pido una cosa: que mi fantasma renazca en Nueva York. Los moteles que me puedo permitir actualmente son demasiado deprimentes incluso para unos protagonistas de *thriller* de Tyler Perry.

¿Tyler Perry? ¿En serio estoy pensando en ese tío?

Los ojos se me cierran y entonces recuerdo perfectamente a Eden, acurrucada en el sofá de mi despacho, viendo una serie en su móvil mientras yo trabajo. No para de decirme que es muy emocionante, que tiene muchos giros; entonces, la veo frotarse los hombros porque tiene frío, pero no tengo ninguna manta aquí, así que me olvido de lo que estoy haciendo, me levanto y me siento a su lado. Ella se mueve rápido, levanta mi brazo y se lo pasa por encima de los hombros acomodándose contra mi pecho, sin dejar de mirar el teléfono, que mueve para que quede delante de los dos. «La dirige

Tyler Perry. Te va a encantar», me dice y yo asiento porque me da igual lo que sea que estemos viendo, solo quiero que deje de tener frío.

—¿Estás despierto?

Su voz. La distingo. Me obligo a abrir los ojos y la veo y creo que lo recuerdo... Me desmayé frente a su edificio y ella me trajo aquí.

—Gra... Gracias.

Los pulmones me arden con cada maldita palabra. ¿Qué demonios me pasa? Otro recuerdo, como un fogonazo, se abre paso entre la neblina que tengo en la mente. Una paramédica diciendo que posiblemente tengo neumonía. Aprieto los ojos con fuerza, lo último que quería era preocuparla. Más fogonazos. Eden pasándome un trapo húmedo por el cuello y el pecho, levantándose y poniéndome el reverso de la mano en la frente para ver si la fiebre ha bajado, obligándome a beber algo de agua.

Quiero decir algo, pero rompo a toser. Joder, cada vez que lo hago me duele el pecho, debajo de las costillas, la cabeza.

—Tómate esto —me ordena suavemente sentándose en el borde del sofá.

Lleva una taza hasta mis labios. El líquido está caliente; no es café, es té. Bebo un puñado de sorbos y aparto la cabeza agotado. Hasta ese esfuerzo ridículo me supone una cantidad de fuerza enorme.

Al menos soy capaz de mantener los ojos abiertos. La miro a ella. Con mimo, me pone de nuevo la mano sobre la frente y está a punto de sonreír, pero el gesto cambia por un asentimiento. Algo más serio, más impersonal, y la conozco lo bastante como para saber que se alegra de que ya no tenga tanta fiebre como anoche, pero quiere mantener las distancias.

El resto del día pasa así. Yo me encuentro un poco mejor. Sigo débil, pero al menos no tengo la sensación constante de estar al borde de la muerte. Intento hablar con ella, frases pequeñas, tontas, pero Eden finge no oírme.

Me prepara sopa y tiene la paciencia necesaria para dármela cucharada a cucharada. Yo quiero comer solo por el tiempo que está perdiendo conmigo, pero no tengo fuerzas.

Me duermo una veintena de veces. Cada vez que me despierto no sé cuánto tiempo ha pasado, pero siempre la busco a ella, con la mirada, fijándome en los ruidos del apartamento.

En una de esas ocasiones está sentada a su mesa, dibujando. Una de sus piernas está flexionada, recogida en la silla, mientras la otra le cae hasta casi tocar el suelo con la punta de los dedos, dejándome ver unos calcetines gruesos y rojos. Lleva unas mallas y una sudadera, ropa cómoda, la que solo usas en tu casa o, conociéndola, en una visita superrápida al supermercado para conseguir helado de chocolate. Se ha recogido el pelo de cualquier manera y está increíblemente concentrada en lo que sus dedos hacen.

La luz entra por la ventana suave, perfecta, como en una vieja fotografía tomada con una cámara analógica, e ilumina la mesa, su dibujo, sus manos y a ella.

Gira la cabeza ligeramente para tener la perspectiva suficiente mientras el lápiz continúa obedeciéndole y eso me deja ver su perfil. Es preciosa. Eso siempre lo supe, incluso cuando tenía diecisiete y la idea me incomodaba más de lo que quería admitir. Pero, cada año que ha pasado, esa belleza ha ido creciendo, afianzándose, volviéndome cada vez más loco.

Eden deja despacio el lápiz sobre la mesa y su cuerpo se tensa un poco, casi imperceptiblemente, y sé que se ha dado cuenta de que la estoy mirando. Es complicado y suena un poco a locura, pero entre nosotros siempre ha sido así, como si hubiese un camino entre los dos que no le pertenece a nadie más, que no funciona con nadie más.

—Gracias —vuelvo a decir y esta vez mi voz suena más clara.

Ella se toma un segundo hasta que finalmente lleva su vista hacia mí por encima del hombro.

—No tienes por qué dármelas, lo habría hecho por cualquiera.

Es su respuesta, pero los dos sabemos que no es verdad, al menos, no del todo. Eden jamás le daría la espalda a alguien que necesite ayuda, pero tampoco lo habría subido a su casa. Sin embargo, entiendo que se está protegiendo y, francamente, es justo que lo haga, así que finjo que la creo.

—Aun así, gracias —contesto.

Ella asiente y los dos nos quedamos en silencio. Me mira a los ojos por primera vez en todo el día y el pequeño salón parece encogerse un poco más y las cosas que hay entre nosotros volverse más complicadas o tan fáciles que asusta.

—Tienes que tomarte las pastillas —comenta rompiendo el momento, levantándose y alejándose de mí.

Duele, joder, duele muchísimo, pero lo entiendo.

No voy a rendirme.

35

Eden

«Necesitará ropa.»

El pensamiento se mete en mi cabeza, por supuesto, sin que nadie lo invite y además cuando me estoy duchando para prepararme para el trabajo, lo que me incómoda un poco. No quiero pensar en Alex en la ducha, no *másdeloquelohago*. Es mi nueva teoría: Si piensas las cosas muy rápido, no cuentan.

El caso es que en algún momento tendrá que ducharse y necesitará ropa limpia. ¿Cómo he acabado metida en este maldito lío? Me llevo la mano a la frente, me lleno los ojos de jabón y me enfado. No me refiero solo al tema logístico, que también, sino a esto. Muevo las manos confusamente a mi alrededor en un vano intento de abarcar la situación.

Resoplo.

Darle la vuelta número doscientos treinta y tres mil cuatrocientos ochenta y uno no va a solucionar nada, así que seamos prácticas. Tengo dos opciones. A: Me planto en Macy's, le compro ropa, unos vaqueros, una camiseta de mangas largas, calcetines, bóxers, cosas de aseo...

—Para, para, para... —me riño.

No quiero parecer la *sugar mama* de un sintecho.

Así que tendrá que ser la B: Averiguo dónde está viviendo y recojo sus cosas. Rápido, aséptico, como un poli nórdico buscando pruebas en un Ikea.

Me preparo y regreso al salón ya vestida. Alex tiene mejor aspecto, respira mucho mejor y casi no tiene fiebre, aunque sigue

durmiendo básicamente tres cuartas partes del día, como si estuviera demasiado cansado incluso para mantener los ojos abiertos.

Eso facilita mi misión.

Voy hasta su abrigo y meto la mano en los bolsillos.

—Me llamo Olaf Olsen —murmuro muy bajito por aquello de recordarme mi tapadera de poli nórdico—. Trabajo en el Departamento de Policía de Copenhague.

Encuentro veinte dólares, un blíster de ibuprofeno casi gastado. Al verlo tuerzo el gesto, debió de sentirse fatal estos días atrás, su cuerpo está completamente agotado.

¡Olsen, sé profesional!

Cambio de bolsillo y enseguida la noto entre los dedos. Una llave sujeta a un llavero de un disco de plástico casi igual de grande. Lo saco e inmediatamente frunzo el ceño al ver el número dieciséis grabado en uno de los lados de la chapa.

—¿Está viviendo en un motel?

Sé que es un motel porque, si fuera hotel, tendría una tarjeta, no una llave. Me quedo un segundo en blanco. No me lo esperaba. Vale, la única manera de saber el nombre del motel es que esté escrito en la otra parte del disco.

—Por favor, por favor, por favor —murmuro justo antes de girarlo entre mis dedos...

Y, *voilà*, lo tengo: el W 39th Inn. Su falta de originalidad en el nombre me ha evitado muchos problemas.

Me aseguro una última vez de que Alex está bien, le dejo en la mesita un vaso con agua y un sándwich por si milagrosamente se despierta con hambre además de una nota diciéndole que volveré en una hora.

Cojo el metro y quince minutos después estoy de vuelta a la superficie en la 42, en este caos imprevisible, pero a la vez extrañamente ordenado, de esta tierra de nadie entre la estación de autobuses de Port Authority y Times Square. Te cruzas con viajeros que están de paso de cualquier lugar con actores de musicales dispuestos a comerse Broadway.

Llego al motel con la excusa preparada, pero no la necesito. El hombre de la recepción tras una ventana protegida con barrotes levanta la vista al verme entrar, pero no le preocupo lo suficiente para preguntar.

Subo hasta la primera planta. El sitio es... deprimente. Lo siento, he intentado encontrar una palabra mejor, pero es imposible. La puerta se atranca cuando intento abrir, pero forcejeo un poco y finalmente lo consigo... y, la verdad, no sé cómo sentirme con lo que me encuentro.

No es que sea horrible, al menos no demasiado, pero Alex es un Vandervilt. Soy consciente de lo estúpidamente clasista que suena, pero ha crecido en una mansión que deja castillos a la altura del betún, su despacho era diez veces más grandes que esto. Yo... ¿Qué es lo que ha pasado este año? ¿Lo ha perdido todo por mí?

Cabeceo tratando de quitarme esa idea de la cabeza porque sé lo que vendrá después, cargar con la culpa y no quiero. Miro a mi alrededor tratando de ubicarme. La habitación es diminuta, una cama individual, una mesita y una cómoda, cada mueble más viejo que el anterior. A los pies de la cama hay una puerta que da un baño donde puedes tocar todas las paredes a la vez estirando los brazos.

Lo primero, la ropa. Voy hasta la cajonera. Abro el primer cajón. Frunzo el ceño. El segundo. El tercero. Más rápido. El cuarto. No hay nada.

Entonces me doy cuenta de que hay un petate apoyado junto al mueble. La ropa está guardada. No es mucho, un puñado de camisetas, un par de vaqueros, un par de jerséis. Es poca pero está limpia y bien guardada. Sonrío. Alex siempre ha sido ordenado. Pero ¿esto es todo? Voy hasta el baño y encuentro un pequeño neceser abierto sobre el lavabo con sus cosas de aseo. No hay más zapatos. Es como si lo tuviese todo preparado para salir disparado en cualquier momento, como si se hubiese transformado en una especie de nómada terriblemente atractivo.

No quiero seguir pensando. Cojo el neceser, lo meto en la bolsa y salgo de la habitación.

No darle vueltas en el metro es un poco más complicado, pero me concedo un sesenta por ciento de éxito. Es que no me entra en la

cabeza. ¿De verdad su padre lo abandonó? ¿Y qué hay de la señora Vandervilt? Pero, tan pronto como me hago esa pregunta, yo misma me la respondo. Es una mujer fuerte en las esferas en las que se le permite serlo, pero vive completamente supeditada a su marido. Es una mezcla de amor absoluto, magistralmente usado por Sullivan, y haber sido criada para entender que, cuando te casas con el poder, el poder sigue siendo el poder.

Entro en mi apartamento procurando no hacer ruido. Alex sigue dormido y el agua, el sándwich y mi nota siguen exactamente donde los he dejado antes, así que doy por hecho que no se ha despertado. Al pasar junto a la mesita camino de mi habitación para dejar allí el petate, recupero la nota, la hago una bolita y la tiro a la papelera del baño. No hay ninguna necesidad de que sepa que se la dejé.

***

Al día siguiente no me queda otra que irme al trabajo. Afortunadamente, Alex parece más recuperado; con un poco de suerte podrá marcharse en un par de días. No quiero pensar cómo me hace sentir esa idea, así que borro el tema de mi mente. Negación y autoengaño, eso lleva manteniendo a la humanidad en pie desde el principio de los tiempos.

Tengo varias reuniones y uno de los proyectos se adelanta por un conflicto de fechas, así que ni siquiera tengo tiempo de respirar. No puedo permitirme parar para comer y cuando me doy cuenta son más de las seis.

Me doy el lujo de coger un taxi y me mentalizo para subir hasta un cuarto sin ascensor con cuatro manzanas de anterioridad.

Al abrir la puerta, inmediatamente frunzo el ceño porque mi mirada ha volado hasta el sofá sin pedirle permiso a nadie y Alex no está en él.

Entro con una mezcla de preocupación y nervios sin saber si es por la posibilidad de que haya intentado ducharse y se haya caído o algo parecido o directamente se haya marchado.

—Hola.

Me interrumpe cuando estaba cruzando el salón con el paso acelerado y lo hace saliendo de mi cocina con una pala de madera en la mano. Está cocinando. Pero es que también se ha duchado y se ha afeitado y el corazón empieza a latirme contento, y eso también pasa sin permiso, pero lo entiendo, porque de pronto esto parece un hogar.

—Hola —respondo tratando de convencerme de que no estoy sintiendo lo que estoy sintiendo o que, al menos, no debería.

—Me encuentro mejor y he pensado en preparar la cena. He imaginado que vendrías cansada.

No. No. No. Esto no está bien y no es justo. Es más, ¡es la hostia de injusto! Porque no puede estar guapísimo en mi casa, cocinando para mí y diciendo cosas como «he imaginado que vendrías cansada» cuando efectivamente lo estoy porque yo quiero mantener una distancia, una muralla, la muralla china de las distancias, y esto... esto no me deja, maldita sea.

—Si estás mejor, creo que deberías marcharte —digo rápido, porque necesito hacerlo.

36

Eden

La frase cae rara entre los dos. Me siento como si de pronto estuviese siendo muy dura y puede que sea así, pero también sé que lo necesito.

Alexander se humedece el labio inferior a la vez que asiente y de pronto me doy cuenta de cuánto echaba de menos verlo hacer ese gesto tan suyo. Me obligo a apartar la mirada o, por lo menos, a no observarlo como si estuviese recubierto de chocolate fundido. Una tiene su dignidad.

Alex asiente varias veces, una mezcla de hacerlo para sí mismo y para mí.

—Terminaré esto y me marcharé —contesta.

Nos miramos. Yo no quiero que se vaya, pero me da demasiado miedo que se quede, esa es la verdad, y por eso acabo asintiendo y me odio un poquito porque estoy dejando que el miedo decida por mí, pero es lo que hay. A veces no hacemos lo que queremos, solo nos lo ponemos fácil para sobrevivir.

Pero...

Resoplo.

¿Por qué tiene que haber un «pero»? Mis piernas deciden ponerse en huelga y no obedecerme, no llevarme a la seguridad de mi habitación, y mi respiración piensa que es superdivertido acelerarse ahora y recuerdo otras veces que he sentido que mi respiración era un caos: la puerta de su dormitorio, su coche, el beso. Los labios me hormiguean porque lo recuerdan a la perfección. Da igual que haya pasado un año, que haya habido otros besos. Ese beso es mi Brad

Pitt y yo soy Jennifer Aniston, mi Watergate para Nixon, los wéstern para Kevin Costner. Lo que no puedo olvidar, lo que me destruyó para bien y para mal y lo mejor de mi vida, me guste o no.

Alexander tampoco se mueve y me pregunto si él se siente igual. Creo que me gustaría, al menos no tendría la sensación de ser la única idiota con destino a la isla «malas decisiones sentimentales». Pero es que, incluso ahora, después de haber estado muriéndose en mi sofá durante dos días, de que sepa que vive en un motel desastroso, sigue transmitiendo esa aura arrogante, peligrosamente salvaje, porque nunca fue una pose, siempre ha estado dentro de él, es él, y podrán quitarle el poder y el dinero, pero nunca podrán quitarle el hecho de que el suelo que pisa le pertenezca.

Mi móvil.

Gracias a Dios, comienza a sonar, me libera del hechizo y me devuelve mis capacidades motoras.

Lo saco del bolso y veo el nombre de Cole iluminarse en la pantalla con una foto de él delante del John Hancock.

Alex también lo ve.

—Tengo que cogerlo —digo rápida, con el teléfono en la mano, justo antes de echar a andar hacia mi habitación.

No me apetece hablar con Cole delante de él.

—Hola.

—Vente al O'Callahan's —pronuncia al otro lado—. Nos tomamos unas cervezas y te cuento una reunión alucinante que he tenido hoy. Lo estoy celebrando con unos amigos.

Yo bajo la cabeza. Debería decir que sí y salir de aquí. Volver cuando Alexander ya se haya marchado, pero, independientemente de los «debería» o de lo emocionalmente más sano, ahora mismo no me apetece estar en un bar lleno de gente al otro lado de la ciudad. Estoy cansada y solo quiero meterme en la cama.

—Mejor lo dejamos para mañana.

Hay un segundo de silencio. Tengo la absurda sensación de que Cole se ha dado cuenta de que algo va mal y me preparo mentalmente para ponerle una excusa.

—Mañana no va a poder ser. Salgo de viaje de negocios, a Cincinnati. Volveré el viernes de la semana que viene.

Asiento.

—Nos veremos el viernes, prometido.

—Me vale —responde y, aunque no lo veo, sé que está sonriendo —. Adiós, ojazos.

—Adiós.

Cuelgo y resoplo y también muevo los hombros para sacudirme una sensación extraña que tampoco entiendo.

Normalidad. Es la clave del mundo. Esa, y los vídeos de animales hablando con voz de humanos.

Salgo de la habitación y me encamino de nuevo a la cocina.

Comemos. Se va. Esta «situación» se acaba.

Alexander está de cara a los fogones eléctricos, removiendo con cuidado la salsa en un cazo. Reconozco el olor. Está preparando salsa de tomate casera y parece un poco más tenso que antes, aunque intente disimularlo.

Yo me niego a reconocer la familiaridad que implica esta escena y empiezo a poner la diminuta mesa de la cocina. Necesito tener las manos ocupadas.

Durante el siguiente par de minutos funcionamos en silencio, cada uno a lo suyo, aunque el ambiente se está llenando de una suave electricidad, bajita, agradable... peligrosa.

—¿Cole es tu novio? —pregunta Alex sin girarse.

Respiro hondo.

—No es mi novio, pero estamos juntos —respondo poniendo una servilleta de papel a cada lado.

—Antes no hacías ese tipo de distinciones.

—Antes no las necesitaba.

El mundo da un parón. Alex se gira y los dos nos miramos. Sí, he cambiado. Puede que no físicamente, al menos no mucho, pero sí por dentro, y puede que tampoco en muchas cosas, pero sí en las importantes. Antes creía que, cuando estabas con una persona, era al cien por cien, al mil por mil, porque, si no lo dabas todo, ¿para qué intentarlo? Pero aprendí que las cosas no siempre siguen esa lógica y que a veces es mejor protegerse, ir poco a poco.

—Supongo que he aprendido —añado restándole importancia.

Pero la mirada de Alex no se relaja y tengo la sensación de ver cruzar por sus ojos gris oscuro una rabia antigua y profunda. ¿Por qué?

Voy a preguntar, pero me ato en corto porque, sea el motivo que sea, no es asunto mío.

—Claro —responde al fin y vuelve a prestarle atención a la comida.

Nos movemos por la cocina con una familiaridad que me sorprende, como si las viejas costumbres no muriesen o Alex hubiese estado aquí un millón de veces. Intento ser comedida. Eso también lo aprendí en Chicago.

Alex termina de cocinar, lo sirve en una fuente y lo pone en la mesa a la vez que yo estoy dejando sus medicinas para que las tome después de la cena.

—Huele genial —se me escapa.

Sí, lo de ser tan dura no se me da tan bien como me gustaría.

Alex me dedica el inicio de una media sonrisa y los dos nos sentamos. Con el primer bocado me doy cuenta de que la comida está realmente buena. No me lo esperaba para nada.

—¿Sorprendida? —plantea Alex leyéndome a la perfección.

Yo pienso en negarlo, por aquello de tener deferencia, pero eso nunca ha sido lo nuestro.

—Totalmente —confirmo—. ¿Cuándo has aprendido a cocinar? La última vez que lo intentaste casi prendes fuego a la cocina de Ted.

Alex trata de disimular la sonrisa.

—Eso no es exactamente así.

—Mellow se acostó con un bombero gracias a ti —le recuerdo y ya no puede negar la evidencia y rompemos a reír.

Cuando nuestras carcajadas se calman, me quedo mirándolo, esperando una respuesta.

—He aprendido —contesta enigmático.

—¿Te estás haciendo el interesante conmigo, Vandervilt?

—No es culpa mía que te lo parezca —replica y yo pongo los ojos en blanco divertida como respuesta—. Últimamente, me lo estoy montando más por mi cuenta.

Intenta que las palabras suenen normales, como si no encerraran nada más, pero automáticamente recuerdo lo que me contó Val y el corazón se me encoge un poco.

—Pues está muy rico —digo tratando de animarlo—. Felicidades.

—Me lo tomaré como un halago viniendo de alguien que no sabe hacer un sándwich de queso fundido —afirma justo antes de meterse una cucharada en la boca.

Yo abro la boca muchísimo, fingiéndome indignadísima.

—Retíralo —le exijo entrecerrando los ojos sobre él, con mi mirada más amenazante.

—Ni de coña —niega en absoluto afectado.

—Es mentira —me quejo.

—No lo es —responde insufrible.

—Pues en los Hamptons te estuviste alimentando con ellos durante dos días.

—Por eso sé que no es mentira.

Le mantengo la mirada. Él hace lo mismo sin arrepentirse ni un poquito de tan vil comentario. Yo aguanto. Juro por Dios que lo intento, pero dos segundos después vuelvo a romper a reír. Al ver mi reacción, Alex sonríe.

—¿Te acuerdas de aquel viaje? —pregunta Alex.

—Imposible olvidarlo.

Era invierno. Los Hamptons es un lugar de veraneo, sin peros: playa y sol, ese es su cometido, pero a mí se me ocurrió que sería fantástico ir a principios de diciembre porque todo estaría tranquilo y el mar, bravío como en una novela de Edgar Allan Poe.

Los convencí. Estoy muy orgullosa de ello. Fue un desastre. Aun así, nos quedamos. Las tiendas estaban cerradas. Solo quedaba la gasolinera más pequeña. En la casa de la abuela no había de nada, así que nos pasamos todo el fin de semana comiendo sándwiches de queso y ganchitos, bebiendo Dr Pepper a una penosa temperatura y, en honor a lo del mar bravío, contando historias de miedo apuntándonos con una linterna.

—Lo pasamos genial —sentencia Alex.

Sonrío porque tiene razón.

—Sí.

Fuera empieza a llover.

—¿Qué tal te va en tu nuevo trabajo? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Me gusta.

—¿Y dibujar?

—Sigo haciéndolo, en el trabajo es lo que me piden, aunque tengo bastante libertad creativa, y, en casa, dibujo lo que me gusta.

Alex me mira en silencio un par de segundos.

—Ese no era el trato.

Yo vuelvo a sonreír antes de que mi cerebro detecte el gesto. Recuerdo aquella tarde en su despacho, todo aquello de que no podía desperdiciar mi talento... la isla desierta.

—He hecho una enmienda —apunto muy convencida.

—¿Puedo saber cuál? —pregunta siguiéndome el juego. Siempre siguiéndonos el juego.

Tomo una bocanada de aire como si fuera a decir algo importantísimo.

—Pagarme mis propios sándwiches de queso fundido —afirmo.

Alex quiere mirarme mal pero no es capaz y sonríe y yo lo hago enseñándole todos los dientes solo por fastidiar.

—Además, paso de ti —añado porque sí, me apetecía.

Él asiente varias veces con la mirada sobre mí.

—Puedo no tener un pavo y puedo secuestrarte igual, Lockhart —me advierte.

—Promesas, promesas —susurro al aire.

Los dos sonreímos.

Y de pronto me doy cuenta de lo fácil que es, es que ni siquiera tengo que pensarlo, no tengo que... nada, solo ser. Con él solo tengo que ser yo.

Dios, esto huele a desastre por todas partes.

—Tienes que tomarte las pastillas —le recuerdo levantándome y llevando mi plato al fregadero.

El ambiente ha caído diez grados en un solo segundo. Alex se ha dado cuenta. No es idiota. Por un momento me pregunto si no me valdría esto, ser amigos, algo completamente inocente... y estoy a punto de preguntarlo en voz alta, pero yo misma me respondo. No,

no me vale. En realidad, nunca lo hizo, porque antes de aquella noche en el taxi tampoco éramos solo amigos. Yo nunca escondí mis sentimientos, nunca dije «Me vale con esto». Quería más y que ahora ya no lo quiera no significa que nuestra relación pueda mutar. Alex nunca va a ser para mí como Ted, ni yo voy a ser para él como Mellow o Val.

Alex se toma las medicinas, recoge su plato y su vaso y los deja en la pila. Durante los siguientes minutos volvemos a ese silencio funcional que poco a poco va haciéndose cómodo, aunque también sea un poco raro. Fregamos los platos, sin mirarnos, el uno junto al otro, con mi cuerpo reconociendo perfectamente el suyo, con la electricidad salpicando la espuma del gel lavaplatos cada vez que nuestros dedos se encuentran en el agua.

—Recogeré mis cosas —dice Alex dando un paso hacia atrás, antes de darse media vuelta y salir de la cocina.

Mi corazón protesta, por supuesto que sí, y mi cuerpo, a coro, pero estoy haciendo lo mejor para mí.

Coloco bien un vaso que no necesitaba que nadie colocase bien porque estaba exactamente en su sitio y me armo de valor paras salir del fortín y caminar hasta mi habitación.

Me quedo en la puerta. No soy capaz de más. Alex está de espaldas, metiendo sus cosas en el petate que tiene apoyado en mi cama.

—¿Te vas con Ted? —le pregunto y mi voz suena diferente, más baja.

—No —responde sin girarse ni detenerse—. Le encanta estar soltero —me explica y yo tardo un segundo de más, pero, cuando comprendo a lo que se refiere, suelto un gruñidito de asco. No me gusta imaginarme a mis amigos teniendo sexo—. La tercera noche seguida que una de sus amigas se equivocó de habitación y entró en la mía de madrugada supe que tenía que salir de allí.

Los dos sonreímos. Puedo imaginarme perfectamente la escena.

Ninguno dice nada más, pero el corazón comienza a latirme rápido, enfadado.

—Encontraré algún sitio para dormir, no es tan complicado.

Pienso que le quedan veinte dólares en el bolsillo del abrigo, así que, sí, sí que es complicado. Incluso el Taj Mahal donde recogí sus cosas debe de valer más que eso.

—¿Por qué no vuelves a la mansión Vandervilt?

Antes he esquivado el tema, pero ahora no quiero hacerlo. Son su familia. No pueden abandonarlo así.

Noto el cuerpo de Alex tensarse. La rabia está ahí, incontrolable, y si la tiene atada en corto es porque está luchando. Puede que perdiera un poco el rumbo, no lo sé con exactitud, pero ha sido el mejor durante años, ha llevado el Vandervilt Group más lejos de lo que Sullivan o cualquiera antes que él lo hizo. No se merece que lo hayan tratado así.

—Mi padre decidió que dejó de haber sitio para mí en esa casa el mismo día que dejé de ser CEO —sentencia.

Tuerzo los labios enfadada. Ojalá pudiese plantarme delante de Sullivan y decirle todo lo que pienso de él.

Alex sigue guardando sus cosas como si no pasara nada, pero puedo verlo, le duele que su padre le hiciera eso, le duele también por su madre, estoy segura, y a mí me duele por él y sé que no debería.

No lo hagas, Eden.

No lo hagas, Eden.

—Puedes quedarte aquí —digo antes de pensarlo, pero, la verdad, tampoco hay dudas—. Hasta que encuentres otro sitio en el que estar.

37

Alexander

Oigo la frase y automáticamente mi corazón se agita contento al mismo tiempo que el animal sonríe lobuno, exactamente como yo. Voy a recuperarla.

Aun así, por encima de esa idea, está el asegurarme de que esto, sea lo que sea, es lo que ella quiere. Eden es lo primero. Siempre.

—¿Estás segura? —pregunto girándome.

Ella me mantiene la mirada y esconde un labio en el otro, no porque dude sobre dejarme quedar aquí o no, sino calibrando la mala idea que será. No se equivoca.

—Es temporal —me aclara—. Hasta que te recuperes un poco y consigas un sitio decente donde vivir.

—¿Y a tu novio no va a importarle?

—No es mi novio —repite rápido.

Una media sonrisa se cuela en mis labios. Por eso precisamente lo he dicho. Quiero que ella se oiga decirlo en voz alta. Cuantas más veces, mejor.

—Y, no, no le importará. Se lo explicaré y lo entenderá —añade intentando compensar la primera frase y yo suelto un gruñido mental al imaginarla con ese tío, sea quien sea—. Duermes en el sofá.

—Me vale.

Eden se queda mirándome. Yo le sostengo la mirada y soy plenamente consciente de que quiere apartarla, marcharse, pero no es capaz y yo debería ponérselo más fácil, pero no quiero. Por fin la

tengo cerca después de un año y no pienso alejarla de mí nunca más.

—Gracias —le digo dando un paso hacia ella pero manteniendo las distancias, torturándola un poco.

—Humm... —contesta tardando un segundo de más en hacerlo—, de nada. Voy a darme una ducha —suelta nerviosa señalando la puerta del baño, dirigiéndose hacia allí prácticamente corriendo, y no puedo evitar sonreír al tiempo que muevo la cabeza girándome para seguirla con la mirada.

Cojo mi petate y vuelvo a dejarlo en una esquina de su dormitorio. Sigo poniéndola nerviosa. Perfecto.

***

Esa noche, tumbado en el sofá, con el salón iluminado suavemente solo por las luces de la ciudad que entran desde la ventana, no puedo evitar pensar una cantidad absurda de cosas.

Eden sigue siendo la persona con el corazón más grande que he conocido. Podría haberme puesto en la calle, podría haberme dejado tirado en la nieve después de llamar a la ambulancia y nadie habría podido culparla de nada, pero no lo hizo.

Quiero matar a ese Cole. Esa no suena tan poética, pero es la pura verdad. Es un imbécil. Me da igual no conocerlo.

Pero la más importante de todas, lo que brilla hasta cegar por completo lo demás, es cómo mi cuerpo está tenso de la manera más alucinante solo porque ella está cerca. Soy capaz de olerla aunque esté en la otra habitación. Las manos me hormiguean ansiosas por las ganas de tocarla y el corazón me late como un loco.

La tengo de vuelta en mi vida y es la mejor sensación del puto mundo.

38

Eden

Me levanto temprano. Mi cuerpo se negaba a seguir durmiendo. Es como si estuviese llena de energía y, al mismo tiempo, con el estómago encogido.

He decidido que es mejor para mi salud mental no hacerme preguntas como por qué y, mientras me ducho, me canto los grandes éxitos de Harry Styles y después me imagino que me caso con Harry Styles. Llámenme señora Pop.

Me preparo para el trabajo y, tras subirme a unos bonitos tacones a juego con mi bonito vestido, salgo al salón.

Voy a mentir.

Ni siquiera me fijo en si Alex está en el sofá.

Ahora la verdad. Es lo primero que hago. Por mi salud mental también, voy a pensar que es porque soy una anfitriona excepcional, de las de nueve con ocho en el TripAdvisor.

El caso es que frunzo el ceño porque no está. La manta y las sábanas están dobladas y los cojines han vuelto a su sitio. ¿Dónde se ha metido?

Entro en la cocina a ver si lo encuentro allí y de paso hacerme café y...

He perdido el hilo.

Alex está tumbado con la cabeza casi metida bajo mi fregadero, y digo «casi» porque puedo verle la expresión concentrada y el flequillo cayéndole sobre la frente mientras aprieta lo que doy por hecho que es una junta con una llave Allen que no sé de dónde se ha sacado mientras sujeta la pieza con la otra mano. Lo que

significa, porque la gravedad y la biología son así, que tiene los dos brazos levantados, haciendo que se marquen los músculos de sus hombros, de sus antebrazos, con la camiseta remangada, con los vaqueros gastados, descalzo...

Creo que he vuelto a perder el hilo.

De pronto se da cuenta de que estoy aquí, o el muy maldito ya lo había hecho y estaba dando el espectáculo, y me mira desde ahí, con esos ojos absolutamente increíbles y una media sonrisa en los labios.

—Buenos días.

Sale de debajo de mi fregadero, se incorpora con agilidad y se planta frente a mí mientras se sacude las palmas de las manos en la parte trasera de los vaqueros y se echa el pelo hacia atrás con una de ellas. Entrecierro los ojos sobre él. ¿Cómo puede tener ese aspecto tan injustamente atractivo antes de la ocho de la mañana?

—Eden —lo oigo volver a llamarme y solo entonces me doy cuenta de que, para mi bochorno total, no sé cuánto tiempo llevaba mirándolo.

Carraspeo al tiempo que aparto la mirada. Eso siempre corre un tupido velo.

—Buenos días —respondo.

Y aunque no la he visto, puedo sentir esa irritante sonrisita de «Me estabas mirando». Finjo que no he hecho nada malo porque soy lo más y camino hasta la cafetera para hacer algo con las manos... Frunzo los labios mentalmente, él ya ha hecho el café.

—He pensado que, ya que has dejado que me quede aquí unos días —me explica mientras me sirvo una taza—, lo justo es que te eche una mano con las cosas de la casa. Me di cuenta de que tenías un problema con el desagüe del fregadero y...

—¿Ya no tengo desagüe? —bromeo concentrada en mi taza porque aquí hace cada vez más calor.

Él se humedece el labio inferior tratando de ocultar una sonrisa y fracasando un poco, lo que claramente no ayuda.

Da un paso para acercarse, despacio, cadencioso. Yo bebo otro sorbo de mi café. Se inclina sobre mí y el aire cambia. Mi respiración, también.

—Ya lo tienes listo —replica con sus labios peligrosamente cerca de mi oído.

Yo me muerdo el interior de las mejillas tratando de seguir pareciendo indiferente, pero creo que también fracaso un poco.

Podría girarme y mirarlo, qué fácil sería, ¿verdad?, pero, con toda probabilidad, este es uno de esos momentos en los que debería mantener la cabeza fría porque esto cada vez se parece más al Coyote y el Correcaminos y yo siempre he pensado que al Coyote le habría ido mejor si cambiara de distribuidora, pero es que este coyote es más listo y sabe claramente lo que hizo... y creo que otra vez he perdido el hilo porque no tengo ni la más remota idea de dónde pretendía llegar con esta metáfora tan sutil.

—Gracias, de verdad —digo al fin, alejándome un poco como si quisiera coger algo de un mueble. Abro uno completamente al azar, solo para seguir disimulando, y, genial, es el que tiene el alcohol. Su vodka para desayunar, gracias. Qué europeo—. Diría que no tenías por qué, pero me parece un trato justo —añado socarrona para compensar cerrando el mueble.

Él mal disimula una sonrisa porque claramente se ha dado cuenta de todo, el muy maldito, y entrecierra los ojos sobre mí.

—Lo sabía, no eres tan adorable como la gente cree —me pica.

—Cazada —susurro bajando la voz como si fuera a contarle un secreto y abriendo el armario correcto. Mi botín: Oreo doble crema —, tengo un abrigo de cachorritos de dálmata en el armario.

Él se apoya en la encimera, con toda esa seguridad, con esa familiaridad.

—Conociéndote —replica bajando la voz como yo—, será para taparlos cuando haga frío.

Lo miro un segundo, pero no soy capaz de aguantar y acabo sonriendo, casi riendo, y Alex sonríe encantado por mi reacción.

—¿De dónde has sacado las herramientas? —pregunto justo antes de sujetar una Oreo entre los dientes, quedándome con otra en la mano y ofreciéndole el paquete.

—El encargado de tu edificio me ha hecho el favor de prestarme algunas.

—Me parece genial que estés haciendo amiguitos, Alexander, pero recuerda devolverle sus juguetes —me río de él con la boca llena de galletas.

—Eres tan adulta con la boca llena de Oreo que me es absolutamente imposible no seguir tus indicaciones.

Me encojo de hombros para nada arrepentida.

—No cuestiones mis galletas —le advierto.

—Jamás.

Miro mi reloj de pulsera y entro en modo activación inmediata.

—Tengo que irme o llegaré tarde —comento mientras me termino lo que me queda de café y salgo de la cocina.

Me pongo el abrigo y la bufanda y me cuelgo mi bolso. Cojo mi portafolio y mis carpetas.

Abro la puerta.

—Eden —me llama Alex apoyándose en el marco de la puerta de la cocina.

Lo miro, porque mi nombre en sus labios sigue siendo una parada obligada. Da igual el tiempo que haya pasado.

Él inclina el paquete de galletas, ofreciéndomelas, y, básicamente, me ha leído la mente.

—Para el camino —digo cogiendo dos.

Me encamino de nuevo hacia la puerta, pero, cuando solo he dado un par de pasos, desando lo recorrido y vuelvo a por dos galletas más.

—Es un camino muy largo —me justifico.

Lo último que veo antes de salir de casa es la sonrisa de Alex y reconozco que es una buena manera de empezar la mañana.

***

El día en la oficina es una auténtica locura. Nos ha entrado un *storyboard* prácticamente en el último segundo, lo que, unido a la cantidad de trabajo que ya manejo, significa que voy a tener que dedicarle muchas horas en casa para tenerlo a tiempo.

En el trayecto en metro, saco el cuaderno y dibujo algunas ideas, posibilidades para el nuevo encargo. El director tiene claro lo que

quiere, pero aún quedan muchos flecos sueltos y algunas cosas que ha preferido que decida yo.

A eso de las seis abro la puerta de mi apartamento, sin saber al cien por cien qué voy a encontrarme pero teniendo claro que a una parte de mí el camino se le ha hecho eterno; es esa parte la que siempre me mete en líos.

En cuanto cruzo el umbral, el olor a algo rico, a cebollitas y ajitos dorándose en una sartén, me recibe. ¿Alex ha vuelto a cocinar? Camino curiosa hasta la cocina y ahí está, dándole vueltas a algo con la misma pala de madera.

—¿Qué toca hoy? —pregunto divertida.

Él me mira muy serio, casi solemne, y consigue intrigarme de verdad.

—Comida —responde al fin.

Lo miro francamente mal y él sonríe encantado por mi reacción.

—Eres lo peor —me quejo entrando.

—He intentado aprovechar lo que había en la nevera.

Me siento en la encimera, con la mirada en los fogones.

—Así que tenemos verduras a la brasa con pollo con mantequilla —me explica.

Asiento maravillada.

—Suena genial —respondo robándole un trozo de tomate de la tabla.

Alexander coge un poco de lo que tiene en la sartén con la pala y lo sopla suavemente antes de acercármelo a los labios, entendiendo perfectamente que estoy muerta de hambre. Me lo como sin dudar.

—Está muy bueno —digo masticando todavía.

Él sigue pendiente de los fogones. Yo me bajo de un salto, voy hasta la nevera y cojo dos limonadas.

—Hay cervezas —le explico dejando una a su lado—, pero no puedes tomar alcohol hasta que no te termines las medicinas.

Él vuelve a coger otro poco de comida con la cuchara de madera, sopla, me la ofrece y yo la devoro.

—¿Te las has tomado? —le pregunto.

Alexander asiente.

—Me he portado genial —contesta claramente riéndose de mí.

Le saco la lengua antes de salir de la cocina porque obviamente se lo ha ganado.

Dejo las carpetas y el material que necesito para el *storyboard* sobre la mesa, pero, justo antes de ponerme a trabajar, veo algo, algo que lleva molestándome muchos días.

—Alex —lo llamo.

—¿Sí? —contesta desde la cocina.

Es hora de arreglar algunas cosas.

39

Alexander

Eden ha dejado de brillar.

No es que ahora sea una princesa de hielo ni nada parecido, ni tampoco que esté llorando por los rincones, pero antes era como una explosión de luz, sensible y visceral, que se dejaba llevar por todo y a la que todo le ilusionaba, y ahora está apagada.

No soy ningún estúpido. Sé que el motivo soy yo, aquella estúpida fiesta de compromiso. Camille. Aprieto la pala de madera con demasiada fuerza. No hay un puto día en que no me arrepienta de aquello y estoy jodidamente orgulloso de ella por todo lo que ha conseguido este año, en el trabajo, en su arte, en su vida en general, pero la conozco lo suficiente para decir que no está bien, al menos, no al cien por cien.

—¿Le has devuelto ya las herramientas al encargado? —me pregunta desde el salón.

—No —respondo sin girarme—. Hay un par de cosas más que tengo que arreglarte.

Automáticamente, una media sonrisa se cuela en mis labios. Me gusta la idea de encargarme de arreglar las cosas que lo necesiten en este apartamento. No soy fan del bricolaje, pero no se me da mal y saber que estoy haciendo la vida de Eden más fácil me sabe mejor que firmar diez contratos millonarios. Además, no se me escapó cómo me miró esta mañana. A mi chica le pone el rollo del esfuerzo físico y yo nunca le negaría un buen espectáculo.

De pronto la veo pasar por delante de la puerta muy decidida con la caja de herramientas. Frunzo el ceño. Pero no me da tiempo a

preguntar cuando la veo pasar de vuelta en dirección contraria con las manos vacías. Va increíblemente decida. Eso es lo que más miedo me da.

—Eden —la llamo dando un paso hacia la puerta.

No me contesta y vuelve a pasar, esta vez con una escalera de tres peldaños.

Mala idea. Muy mala idea.

Aparto la sartén del fuego y, con las prisas, me quemo la yema de dos dedos. La suelto donde lo necesito con un «Au» y me chupo el índice y el corazón medio segundo antes de salir disparado hacia el salón.

—Pero ¿qué coño, Eden? —digo cuando la veo subida a la escalera con un martillo en la mano y un cuadro en la otra, casi de puntillas. Reacciono en el mismo segundo que lo hago, camino hasta ella, la agarro por la cintura y la bajo de la escalera en el mismo movimiento.

—¡Alex! —protesta.

—¿Es que quieres matarte? —replicó dejándola en el suelo.

Tan pronto como sus pies tocan el suelo, se gira para demostrarme lo equivocado que estoy mientras mis manos aún están en su cintura. Y las estrategias están claras. Yo quería bajarla de esa escalera mortal y lo he hecho. Ella quería fulminarme con la mirada y lo ha hecho. Pero han pasado más cosas sin que ninguno de los dos las hayamos medidos y de pronto estamos muy cerca, la tengo entre mis brazos, ella tiene la cabeza levantada para poder mirarme a los ojos y ya ninguno de los dos recuerda siquiera cómo hemos acabado así.

Huele demasiado bien, joder.

Eden traga saliva. Yo recorro su cara con la mirada antes de volver a centrarla en sus preciosos ojos castaños.

Si esto fuera un problema, estarían sonando todas las alarmas, pero es que es exactamente lo que quiero.

Sin embargo, también puedo ver el segundo en el que Eden acaba de pensar lo peligroso que es esto y se aparta un paso.

¿Me jode? Claro que sí. ¿Me encanta que siga reaccionado a mí así, olvidándose hasta del continente en el que vivimos? Por

supuesto.

—Es una escalera de tres peldaños —me recuerda señalándola con el martillo—. Eso es prácticamente nivel del suelo.

—Nivel del suelo es nivel del suelo —le recuerdo yo—. No es interpretable. Todo lo demás es peligroso, y de puntillas, más.

—Tengo que colgar un cuadro y tú no vas a impedírmelo, Vandervilt —me deja claro.

—¿Apostamos algo? —replico arrogante y tocapelotas como solo me apetece serlo con ella.

—Lo que quieras —sentencia manteniéndome la mirada.

Por Dios, cómo la he echado de menos.

Le dedico una media sonrisa, la que sé que la pone de los nervios, por algo es mi preferida, y le quito el cuadro y el martillo de las manos.

—Esto en tus manos —le explico enseñando el martillo— es un arma de destrucción masiva. Eres un peligro, Lockhart.

—Y tú, un obseso del control. Serías superfeliz como líder de una dictadura distópica.

—Ya lo fui —contesto caminando hacia la pared—. Se llamaba «Soy el CEO del Vandervilt Group».

Levanto el cuadro y entonces la oigo reír, reír de verdad, y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, me giro porque ese sonido es mi canto de sirena particular. Perfecto.

Ella se tapa la boca con la mano, pero en sus ojos sigue habiendo esa chispa por las carcajadas.

—No deberías bromear sobre eso —me dice tratando de no sonreír.

Me encojo de hombros.

—Mi despido improcedente, mis reglas.

—Siempre puedes ganarte la vida como chef.

Yo tuerzo los labios desdeñoso y, sí, sexy.

—Nah. Me veo más como manitas.

Ladeo la cabeza sin levantar la mirada de ella, recordándole sin palabras la escena de esta mañana en la cocina, el fregadero, ella huyendo hasta abrir el armarito del vodka... torturándola un pelín. Ella lo pilla al vuelo. Se sonroja y yo quiero follármela sobre el sofá.

En cuanto recupera la compostura, me dedica un mohín sin apartar sus ojos de los míos.

—Todavía tienes que demostrarme tus aptitudes colgando cuadros —me recuerda.

—Justo.

Me giro de nuevo. Subo al primer peldaño y solo el pie derecho al segundo. Pego el cuadro a la pared.

—Pásame un lápiz —le pido dejando el martillo en el escalón superior, que en realidad no debe ser usado como escalón.

—¿No llevas uno en la oreja? Qué decepción.

—Y tú, qué cliché.

—Es que ni siquiera llevas una camiseta de tirantes blanca, ni un cinturón con herramientas —replica yendo hasta la mesa—. Yo, aquí, esperando la versión Bricomart de Brandon Sklenar y tengo que conformarme con el tío del casco de los Village People.

Será...

Me giro hacia ella, que me entrega el lápiz como si fuera la cosa más inocente del mundo, y no sé si asesinarla o comérmela a besos. Presiento que eso va a pasarme mucho el resto de mi vida.

—Soy más guapo que Brandon Sklenar claramente —me quejo.

—Y respecto a los Village People... —deja en el aire.

—Ahí no puedo competir —sentencio haciéndome el resignado solo para hacerla reír otra vez.

Misión cumplida.

—Eres insufrible —protesta alejándose para ver cómo está quedando el cuadro.

—Le dijo la sartén al cazo.

Me aseguro de que el cuadro esté recto y hago una marca en la pared.

—No está recto —oigo esa voz insolente a mi espalda.

Me inclino hacia atrás. Compruebo el cuadro.

—Claro que sí —replico.

—No, para nada. Necesitas subir la esquina izquierda.

—No.

—Sí.

—No.

—Vandervilt —me amenaza.

—Lockhart —demuestro lo poco que me importa y cimento esa idea subiendo un poco la esquina derecha.

—¡¿Cómo te atreves?! —grita a mi espalda.

—Te encanta llevarme la contraria.

—No tendría que hacerlo si no tuvieras un ego del tamaño de Manhattan.

—Mi ego tiene un gusto excelente por la simetría.

Oigo un suspiro aspirado de pura incredulidad justo antes de que me tire un cojín.

La miro por encima de mi hombro y ella enarca las cejas.

—Te lo has ganado a pulso —afirma.

—Vale, ahora sí que voy a colgarlo torcido.

—¡Alex!

No puedo evitarlo y rompo a reír. Sienta tan bien y es tan fácil que se convierte en algo complicado de explicar.

—Última oportunidad —le advierto—. ¿Izquierda o derecha?

—Izquierda, un poco. —Lo hago—. Un poco. —Lo hago—. Un poco. —Lo hago—. ¡Te has pasado! —se queja.

—Señor, dame paciencia —suspiro melodramático mirando al techo.

—Sube la derecha un poco —vuelve a pedirme con esa voz con la que, no lo sabe, pero le daría todo lo que me pidiese—. Un poco más... Un pelín... Un pelín chiquitito.

—¿Qué tipo de medida es esa? —protesto frunciendo el ceño.

—Una muy práctica. ¡Listo! —anuncia encantada dando una palmadita—. No lo muevas. Está perfecto.

Marco y después de los pasos necesarios cuelgo el cuadro. Cuando ya está listo, bajo y camino hasta ella para observarlo.

Los dos lo miramos unos segundos en silencio.

—Está torcido, ¿verdad? —comenta resignada.

—Completamente.

Pero otro segundo más y los dos rompemos a reír.

—Ha sido culpa tuya —me dice entre risas girándose hacia mí.

—Perdona —hago lo mismo y quedamos frente a frente—, yo era el único que sabía lo que estaba haciendo.

—Tendría que haber contratado a los Village People.

Ella me mira, aguantándose la risa de nuevo. Yo me humedezco el labio inferior amenazante y, tomándola por sorpresa, la cojo de la cintura y la pego a mí.

—Eso es una afrenta en toda regla —le advierto bajando la voz.

Nunca podría cansarme de jugar con ella, de tenerla entre mis brazos.

Eden me mantiene la mirada. Siento su respiración acelerándose. Mi corazón latiendo cada vez más rápido.

El animal, feliz.

Joder, lo siento todo.

40

Eden

Lo miro a los ojos y me pierdo en ellos disfrutando que esté así de cerca, la sensación perfecta de sus manos en mi piel, de él. Por Dios, supe con diez años que no habría un lugar en el mundo mejor que Alex y no me equivoqué.

Sus dedos se mueven despacio acariciándome la cintura sin soltarme y yo tengo que contenerme para no ronronear. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan expectantes y mi estómago se encoge como si una mezcla de ansiedad y emoción hubiese decidido quedarse a vivir ahí.

Alex se inclina un poco sobre mí sin dejar de mirarme a los ojos mientras los míos, involuntariamente, bajan de los suyos a su boca y vuelven a subir.

Entreabro mis labios y tampoco sé por qué pasa, pero pasa y me gusta.

Su agarre se hace más posesivo en el momento exacto en el que necesito que lo haga. «Alex», gimo en mi interior. ¿Por qué se le da tan rematadamente bien? Es una locura.

Locura.

Error.

¡Para!

Me separo en el último segundo y me cuerpo se queda frío de golpe a la vez que protesta enfadadísimo.

—Creo que deberíamos dejar así el cuadro —digo torpemente, con el corazón retumbándome contra el pecho y cruzándome de brazos

porque necesito desesperadamente poner algún tipo de barrera entre nosotros.

Alex me mantiene la mirada a la vez que una media sonrisa se va extendiendo por sus labios y tengo la sexy sensación de que está calibrando si dejarme escapar o no. Mi cuerpo se enciende otra vez y el calor vuelve y el caos dentro de mí, como si el aire me sobrara y me faltara con la misma absurda rapidez.

—Como quieras —contesta, y parece inocente, pero no lo está siendo en absoluto—. Voy a echarle un vistazo a la comida —añade con toda esa seguridad.

Asiento, actualmente no puedo hacer otra cosa, y lo observo hasta que entra en la cocina. Cuando me quedo sola en el salón, tomo una bocanada de aire al tiempo que me llevo la mano a la frente mientras soy consciente de que las piernas podrían fallarme en cualquier momento. Todavía siento el calor de sus manos en mi piel.

«Esa ha estado cerca, tía», me digo.

Unos veinte minutos después, en los que yo no entro en la cocina y Alex no sale, nos sentamos a cenar. La tensión sigue ahí, brillando y saltando con chispitas de colores, acelerándome la respiración y el corazón, pero entonces, sin venir a cuento, suelta el chiste más estúpido del mundo, rompo a reír y, sin darme cuenta, simplemente, me relajo, como si toda esa tensión se hubiese transformado en otra cosa y siguiese entre nosotros, pero de una manera bonita, íntima, nuestra.

Por la noche me quedo trabajando mientras Alex lee en el sofá.

Me recuerda a las tardes en su despacho del Vandervilt Group, cuando nos bastaba con compartir el silencio para convertirlo en nuestro oasis particular.

***

A la mañana siguiente me levanto, me ducho y me preparo para ir a trabajar. La discografía mental elegida esta mañana es los Jonas Brothers.

Estoy pintándome los labios delante del espejo del baño cuando llaman suavemente a la puerta del dormitorio.

—¡Adelante! —doy paso.

A los segundos oigo pasos atravesar el pequeño dormitorio hasta detenerse en la puerta del baño y ahí está —suspiro interno confrontado con maestría con un «Me importa un bledo» que se alimenta básicamente de autoengaño—, Alex.

—Buenos días —dice mirándome de esa manera que despierta mi cuerpo en contra de mi voluntad al tiempo que apoya el costado en el marco de la puerta del baño.

—Buenos días.

Dejo el pintalabios y con una sonrisa me ajusto la coleta alta de la que se me caen unos cuantos mechones. No sé por qué y me niego a saberlo, pero de alguna manera esa sonrisa tiene que ver con que él esté cerca, mirándome.

Me vuelvo y estamos frente a frente. Lleva esos vaqueros gastados, una camisa de cuadros y el marinero y me da igual que no haya nada italiano ni a medida ahí porque sigue estando espectacular.

Yo llevo un jersey azul que me está un poco grande, unos vaqueros, unas Converse, nada fuera de lo normal y, sin embargo, solo por la forma en la que me mira, siento como si llevase el vestido de gala más increíble del planeta.

—¿Lista? —pregunta.

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

—Para irnos a desayunar. No puedes alimentarte solo de Oreos por las mañanas.

—El monstruo de las galletas estaría en claro desa–cuerdo contigo.

Alex me mantiene la mirada.

—Tortitas. El IHOP de la 14 Oeste.

Siete palabras y Triki y yo hemos partido vías.

—Trato hecho —contesto llena de seguridad, yéndome deprisa hacia la puerta.

¡Adoro las tortitas de ese sitio!

De reojo puedo ver la sonrisa de Alex mientras, con las manos en los bolsillos y el paso tranquilo, me sigue.

Caminamos once manzanas hasta la cafetería especializada en tortitas y en el local nos sentamos junto a la ventana. Me encanta observar la ciudad a través del cristal de una cafetería. Te conviertes en un espectador privilegiado, como si fueras el personaje de una serie de televisión mirando hacia el otro lado de la pantalla. Siempre encuentro algo para dibujar después.

—Joder —farfulla Alex metiéndose la mano en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —pregunto justo antes de darle un trago al vaso de agua que una camarera muy amable me ha dejado en la mesa.

—He olvidado el blíster de pastillas en la cocina.

Niego con la palma de la mano para que no se preocupe y termino de beber rápido.

—Yo tengo —digo cogiendo mi bolso, abriéndolo y rebuscando en el—. Cogí uno y lo guardé para emergencias.

Sonrío cuando lo encuentro y levanto la cabeza tendiéndoselo, pero entonces me topo con una arrogante sonrisa tan de Alexander Vandervilt.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —responde haciéndose el inocente, pero esa sonrisa sigue ahí.

—Mejor —replico desconfiada.

—Perfecto —sentencia exudando toda esa seguridad.

—¡Alex! —me quejo, pero no puedo evitar sonreír.

—¿Qué? —dice justo antes de tomarse la pastilla con un trago de agua.

Entrecierro los ojos sobre él suspicaz anotándome mentalmente que esta conversación no ha acabado y diciéndole telepáticamente a él lo mismo.

Pero Alex, lejos de sentirse todo lo intimidado que debería, me guiña un ojo y se levanta.

—Te acompaño al trabajo —anuncia.

Yo cojo una última mora y me la meto en la boca a la vez que me deslizo por el sillón corredizo y me pongo en pie. Alex recupera mi abrigo y me ayuda a ponérmelo. Sonrío como una tonta mientras me acomoda el cuello. Sé que para muchas mujeres es una estupidez y a otras no les gusta nada, pero a mí me va que tengan esos detalles

conmigo... que me abran la puerta, que me dejen entrar primero en un ascensor. Será que tengo una princesa dentro o a la vieja de *Downton Abbey*.

Alex me deja en la puerta del edificio de Kinetix Creative y, después de que alarguemos la despedida durante cinco minutos hablando de tonterías, subo hasta la planta catorce.

Sigo estando de trabajo hasta las cejas, así que el tiempo pasa muy muy rápido. Cuando miro el reloj, son casi las seis. Despejo mi mesa y voy directa hasta la parada de metro del Rock Center.

Estoy revisando un correo de mi jefe en el móvil cuando giro desde Waverly hacia mi calle.

—Deberías mirar por dónde vas —oigo que dicen.

Levanto instintivamente la cabeza y veo a Alex caminando desde el otro extremo de la calle. Lleva una bolsa de papel entre uno de sus brazos y el pecho y de ella sobresale una barra de pan, apio y lo que sospecho que es, y deseo que sea, un bote de helado. Mientras, con la mano libre va comiéndose una manzana verde.

De pronto el corazón me da un latido de más, contento al verlo así de saludable después de que acabara tirado en la nieve.

Cuando nuestras miradas se cruzan, sonríe y no puedo evitar hacer lo mismo.

—¿Has hecho la compra? —pregunto.

—Sí, la cena de hoy —responde— y una camiseta de tirantes blanca a lo Brandon Sklenar para cumplir fantasías —añade el muy descarado, deteniéndose a cinco pasos exactos de mí cuando yo hago lo mismo, los dos delante de las escaleras de mi apartamento.

Lo miro mal. Él no se inmuta. Y, con esa misma insufrible sonrisa, sube las escaleras y empuja la puerta manteniéndola abierta para que pase primero. Yo me hago un poco la digna, pero, por supuesto, subo.

***

Los días comienzan a pasar y casi sin darnos cuenta entramos en una especie de rutina. Desayunos juntos y Alex me acompaña al

trabajo. Cada uno pasa el día por su cuenta, pero por la noche siempre siempre comemos juntos en la cocina la cena que prepara.

Después yo me quedo trabajando mientras él se queda leyendo en el sofá, haciéndonos compañía.

***

Los clientes siguen presionando para tener el *storyboard* listo y ya he perdido la cuenta de cuántas horas de oficina y noches aquí llevo trabajando en él.

—Eden —oigo que me llama Alex desde la puerta de la cocina.

—Hummm... —contesto distraída sin levantar la vista del dibujo.

—Tienes que descansar —me dice, pero estoy demasiado concentrada en lo que tengo delante.

—No puedo. Tengo mucho trabajo.

Sigo el trazo del dibujo que tengo en mi cabeza, aflojando la fuerza justo un poco justo al final para poder difuminarlo.

—Soy consciente de ello, pero llevas tres días sin parar, dejándolo solo para comer y acostándote de madrugada.

—Descanso cuando duermo —le explico cambiando el lápiz por otro, levantando solo un segundo la vista del papel.

—Y si durmieras más de cinco horas hasta me podría valer. Se acabó —sentencia plantándose a mi lado, apoyándose en la mesa de cara a mí—. ¿Me das el lápiz o tengo que quitártelo yo? —me advierte.

Levanto la cabeza y al fin lo miro.

—Tengo una fecha de entrega.

—Que va a seguir ahí aunque ahora descanses un poco.

—No puedo fallar.

—Y no vas a hacerlo, pero precisamente por eso tienes que reponer fuerzas.

Le mantengo la mirada pensando en sus palabras.

—Solo un par de horas. Podemos llamar a Val, a Ted y a Mellow y tomarnos algo aquí cerca.

Cuando lo oigo mencionar a mi hermana y nuestros amigos, me tenso. Lo disimulo rápido, pero él lo nota, por supuesto.

—¿Qué? —plantea.

—Nada —respondo mirando de nuevo el dibujo.

—Respuesta equivocada —replica con ese tono de profesor sexy que se le da condenadamente bien poner.

—No pasa nada, ¿vale? —contesto un poco irritada levantando de nuevo la cabeza, lo que claramente indica que, efectivamente, sí, pasa algo.

Alex me mantiene la mirada, con el ceño levemente fruncido, estudiándome, y, entonces, una chispa divertida cruza sus ojos y una media sonrisa se extiende por sus labios. Nítida señal de que va a disfrutarlo muchísimo. No me conviene nada esa sonrisa.

—No lo saben, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunto haciéndome la inocente, incluso me encojo de hombros para que mi interpretación quede redonda.

—Que estamos viviendo juntos —especifica.

Abro la boca fingiéndose indignadísima. Mi táctica favorita de defensa desesperada.

—Para empezar, tú y yo no estamos viviendo juntos. Tú estás viviendo aquí *temporalmente* —recalco la última palabra.

—Llámalo como quieras, pero no se lo has contado.

Resoplo apartando la mirada. ¿Por qué tiene que tener toda esa seguridad? Es de lo más molesto.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Por qué, ¿qué, Vandervilt? Pasa de mí.

Su sonrisa se ensancha. Sí, definitivamente, está disfrutando mucho con esto.

Sigue con sus ojos sobre los míos. Esperando una respuesta.

—No vas a rendirte, ¿verdad? —refunfuño.

—Para nada.

—No se lo he contado porque no he querido —confieso al fin—. Tampoco tienen por qué saberlo todo sobre mi vida.

En una frase tan corta hay muchas mentiras. La primera es que, sí, básicamente, lo saben todo sobre mi vida, así que, sí, es raro que no lo haya contado, pero, y ahí va la única verdad condensada en dieciocho palabras... es que no quería hacerlo. No sé qué está

pasando. No entiendo del todo cómo me siento al respecto. Quería que fuera solo mío un poco más... Solo nuestro.

Alex se queda callado y yo me pierdo en sus ojos gris acero. La chispa divertida sigue ahí, grande y brillante. Se muerde el labio inferior y mi cuerpo recibe el gesto como una punzada íntima y traviesa en mi vientre.

—Me gusta que no se lo hayas contado a nadie —dice con la voz un poco más baja, un poco más ronca, sexy y sensual—. Es nuestro secreto.

Mi mirada baja hasta sus labios tras oír esas palabras y vuelve a sus ojos inmediatamente mientras sus ganas de jugar despiertan electricidad y mariposas dentro de mí.

Lo miro un poco más y no debería y lo sé y, sin embargo, aquí estoy.

—Cole lo sabe —sentencio cortando el ambiente.

Era necesario, como lanzarle un salvavidas a alguien que está a punto de darse media vuelta e ir a jugar a los náufragos.

Alex no aparta la mirada. Su sonrisa se transforma en otra más suave, pero también más peligrosa, como si supiera exactamente por qué lo he hecho.

—Solo una peli para despejarte —reconduce la conversación—. Si cuando termine tienes sueño, te acuestas; si no, sigues trabajando.

La verdad es que suena bien.

—¿Qué va a ser? —pregunta señalando el lápiz que aún tengo en las manos con un golpe de barbilla, con toda esa seguridad incluso en esas cuatro palabras.

Lo pienso.

—Yo elijo la peli —defiendo mi postura, dándole el lápiz.

—Chica lista.

Alex se gira, lo deja en su sitio en la caja y se endereza. Yo lo imito y nos acomodamos en el sofá. Cada uno en su sitio. Hay espacio vacío entre los dos. Tierra de nadie.

Cojo el mando, activo Netflix y voy hasta mi lista.

—¿Qué te parece esta? —digo señalando la tele con el mando.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

Alex lee la pequeña sinopsis bajo el título.

—Un *thriller*. Genial.

—Genial —repito dándole al *play* y estoy a punto de tartamudear.

¡Cálmate!

Es porque estamos sentados juntos, y obviamente, sí, lo estamos, pero no es un juntos romántico ni sexy ni nada. Es funcional. Ver pelis es un acto social, mola más cuando hay más gente, comentas, intercambias impresiones, montas un debate, por eso digo funcional. Solo funcional.

—La noche promete —añado.

¿Por qué? Dios lo sabrá porque yo me rindo.

De reojo lo veo sonreír, esa sonrisa engreída, divertida y llena de seguridad, sin levantar la vista de la televisión.

—Ni que lo digas —sentencia.

41

Alexander

Eden está nerviosísima. Lo sé y me cuesta un mundo aguantarme la sonrisa. Se ha sentado a mi lado, como un millón de veces antes, y esa cabecita ha empezado a darle vueltas a todo.

Yo podría decirle «No pasa nada, no hay problema», pero no quiero hacerlo. Quiero que, que estemos así de cerca, le afecte, que lo desee y se lo niegue, porque cuando te niegas lo que quieres es como admitir que lo estás deseando. En eso soy un puto experto.

Y podría comportarme como un buen chico, pero es que no lo soy.

Sin levantar los ojos de la pantalla, me inclino hacia ella.

—Eden —la llamo en un susurro, asegurándome de que mi voz suene un poco más ronca, de que mis labios estén un centímetro más cerca de lo necesario de sus labios.

Ella tarda un segundo de más en contestar, como si se estuviera mentalizando. Su respiración se ha acelerado suavemente y, al responder, tiene la vista tan fija en la pantalla que estoy seguro de que no está viendo nada.

—¿Quién es el tío de la camiseta roja? No me he enterado muy bien —miento.

—Es el hermano de la chica que está en coma. Ya sabes, la que apareció en la piscina y la policía dice que se tiró, pero estoy completamente convencida de que la tiraron. ¿Has visto la cara de mala de esa criada? —pregunta volviéndose hacia mí, olvidándose de que eso era justo lo que no tenía que hacer. Cuando nuestros ojos se encuentran así de cerca, pronuncia las últimas palabras casi por inercia y no se aparta y eso es lo mejor de todo.

Yo levanto despacio la mano y le coloco un mechón de pelo tras la oreja.

—Menos mal que he preguntado. Parece importante —le digo sintiendo toda su atención sobre mí.

Pero, aunque he sido yo el que ha empezado a jugar, el juego en sí me gana la partida, porque estamos muy cerca, porque mis dedos se han quedado un segundo de más en su mejilla, en la piel tras su oreja.

Trago saliva.

No puedo dejar de mirarla. No quiero. Ella tampoco lo hace.

Es fácil. Joder, lleva años siendo fácil. Siempre ha sido la única persona a la que he querido tener cerca, sin importar el momento, la situación, las circunstancias. Solo ella.

—Alex —me llama casi en un gemido, casi en un murmullo.

Tengo que atarme en corto para no besarla ahora mismo y tumbarla debajo de mí.

—Deberíamos prestar atención a la película.

Yo la miro. Las manos me arden. Mi imaginación vuela libre y en un solo segundo me la como entera. Pero y, maldita sea, hay un «pero» enorme, hago uso de todo mi autocontrol y asiento.

—Claro.

Los dos nos giramos hacia la pantalla. Sin embargo, es más que obvio que ninguno de los dos está prestando atención. Su cuerpo sigue llamando al mío. La calidez, el calor, todo cuenta demasiado todavía.

Poco a poco nos vamos relajando y empezamos a ver la película de verdad. Despacio, también se nos olvida que se supone que no podemos estar tan cerca ni tocarnos, como si fueran reglas que solo se aplican si alguno de los dos la está pensando.

—Pero ¿cuándo ha llegado a la casa? —pregunta Eden escandalizada señalando la tele con las dos manos al tiempo que se cruza de piernas como un nativo americano sobre el sofá. Su rodilla acaba sobre la mía, pero no se da cuenta—. He estado superatenta y no estaba en la casa —protesta.

La película es malísima. No es un hecho subjetivo. Creo que incluso el director lo diría si se lo preguntaran, a no ser que se haya

mudado a vivir a un templo budista al Tíbet tras replantearse su vida, cosa que también entendería.

Yo contengo una sonrisa. Eden nunca dice que una película es mala hasta que termina porque mantiene que nunca sabes si te sorprenderá de una manera increíble en los últimos quince minutos con un extraordinario giro de guion y se convertirá en tu historia favorita.

—A lo mejor ya estaba allí cuando la construyeron —replico.

—Eso... —Eden lo pienso por un segundo—. Eso es imposible.

En ese momento hay un tiroteo con una veintena de policías que no tengo ni la más remota idea de dónde han salido.

Eden se tapa la boca con ambas manos.

—¿Lo has visto? —pregunta asombrada, cambiando de postura a la vez que se gira hacia mí, lo que provoca que ahora prácticamente tenga las dos rodillas apoyadas en mi pierna—. El asesino es el hermano del abuelo del jardinero cojo.

—Ella ya se ha despertado del coma.

—Seguro que la abuela muda puede comunicarse con ella en una visión y contarle toda la verdad.

La trama más absurda que he visto en mi vida, pero no me importa absolutamente nada.

Durante un *flashback* sin ningún tipo de sentido sobre lo que el abuelo hizo en 1942, noto a Eden cada vez más callada, con la respiración más pesada, hasta que se queda dormida con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, ladeada hacia mí, con las dos manos bajo su mejilla.

Yo también giro la cabeza y por un momento simplemente la observo dormir, tranquila, relajada, cerca.

La película acaba. Apago la tele para que no le moleste la música de los créditos. Voy hasta su habitación, destapo la cama y vuelvo hasta el sofá. Lo que estoy a punto de hacer ya lo he hecho millones de veces y, sin embargo, no puedo evitar que las manos me ardan por la anticipación, que todo mi cuerpo se despierte.

Deslizo una mano bajo sus rodillas, la otra tras su espalda y la levanto. Automáticamente cada uno de mis músculos, de mis

huesos, lo recuerda, el peso de su cuerpo, cómo encaja contra el mío, lo bueno que es, aunque sea esto y nada más.

Pero entonces Eden suelta un adorable gruñidito todavía dormida, se acurruca contra mí y hunde la cara en mi cuello.

Me quedo muy quieto.

Su olor me sacude.

Joder, no la soltaría por nada del mundo.

Es intimidad. Es que se sienta segura conmigo. Es que hemos hecho esto un millón de veces, pero sigue contando, sigue importando. Me sigue matando un poco por dentro y al mismo tiempo alimentando.

Empiezo a andar hacia su habitación, pero, cuando estoy a punto de entrar, Eden se estrecha más contra mí, pega su nariz a la piel de mi cuello y me huele. El propio movimiento la despierta y de repente es ella la que se queda inmóvil, como si acabase de darse cuenta de lo que está haciendo, y prácticamente se baja de un salto.

—Perdona —dice casi gritando por lo nerviosa que está, roja hasta las orejas, sin mirarme.

Y yo podría hacer muchas cosas, pero elijo la más divertida.

—Creo que me has olido —comento fingiendo esperar una explicación, con el inicio de una sonrisa en los labios.

—Madre mía —murmura muy bajito. Carraspea un par de veces—. Estaba dormida. Debía de estar soñando que... estaba en una perfumería o algo así —pronuncia muy rápido porque es obvio que es mentira—. Me voy a dormir —añade señalando hacia el dormitorio.

Yo no digo nada, observándola. Por Dios, es adorable. Finalmente, asiente, como si se estuviera armando de valor, y hace el ademán de dar el primer paso. Entonces digo:

—Buenas noches, Eden.

Ella levanta por fin la mirada, como si su nombre en mis labios tuviera el mismo efecto que el mío en los suyos. El puto hechizo es instantáneo y los dos lo sentimos tan debajo de la piel que es imposible escapar de él.

—Buenas noches, Alex.

Quiero besarla.

Quiero tocarla.

Quiero que estemos así el resto de nuestras vidas.

Su respiración se acelera. La mía es un caos.

—¡Eden! —la llaman desde la puerta principal—. ¡Eden, ¿estás en casa?!

Los dos volvemos a la realidad y justo en ese momento oímos el timbre. No debía de ser la primera vez que llamaban. Eden reacciona y echa a andar hacia la puerta.

Abre. Entra. Y le da un maldito abrazo.

Aprieto los dientes. Quiero matar a Cole.

42

Eden

Una sonrisa nerviosa se me escapa cuando Cole me abraza. Me tenso y me separo rápido, aunque sonrío para intentar disimular. Me siento como si fuese una niña y me hubiesen pillado haciendo algo que no debo. Lo más raro de todo es que no tengo claro cuál de los dos me ha pillado y con quién he hecho lo que no debo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. Pensé que no volvías hasta mañana.

—En realidad, regresé antes del almuerzo —me explica restándole importancia, moviendo la mano—. Un cambio de planes de última hora. Aproveché para terminar algunas cosas en la oficina, ver a unos amigos, y ahora estoy aquí —comenta con una sonrisa.

Asiento, pero la verdad es que no sé qué decir.

Cole lleva su mirada hacia el interior de la casa y entonces repara en Alex, que está en el centro del salón, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, simplemente esperando.

Cole frunce el ceño.

—¿Tu amigo Alex es Alexander Vandervilt? —plantea, dando un paso hacia el salón. Aunque suena a pregunta, está claro que ya sabe cuál es la respuesta—. Coño, eso sí que no me lo esperaba.

Alex no dice nada, solo se queda ahí, observándolo y, sin embargo, de alguna forma, parece que está dominando la situación.

—Soy Cole —se presenta tendiéndole la mano.

Alex tarda un segundo de más, pero se la estrecha.

—Siento lo que pasó con tu puesto de CEO. Tuvo que ser duro...

—Cole... —trato de frenarlo dando un paso hacia él.

Pero el primero que me mira es Alexander y, solo por la forma en la que lo hace, entiendo que no le supone un problema. Es una locura, pero ahora mismo lo siento más salvaje, más instintivo.

—¿Qué? —pregunta Cole girándose hacia mí sin entender dónde está el problema—. La situación fue la que fue. La junta tomó la decisión. Sé que fue una putada —añade con cierta empatía hacia Alex—, pero también tengo que decir que si te lo merecías... —deja en el aire.

Alex deja de mirarlo a él y me mira a mí y se toma su tiempo para hacerlo, a la vez que el inicio de una peligrosa sonrisa se dibuja en sus labios.

—Sí, mereció la pena —sentencia.

El corazón me tropieza en el centro del pecho porque sé lo que hay detrás de esa frase. Está diciendo que le valió la pena perder el puesto de CEO de una de las empresas más importantes del mundo, perder el poder, el dinero, por encontrarme a mí y, maldita sea, eso me llena de una calidez deliciosa y perfecta porque me hace sentir querida, deseada, valorada.

Cole le mantiene la mirada y acaba asintiendo pensando que todo va sobre el Vandervilt Group.

—¿Quieres beber algo? —le pregunto.

—Cerveza —responde Cole.

Doy el primer paso hacia la cocina, pero Alex me frena indicándome que va él.

—Oye —comenta Cole reparando en el cuadro que colgamos hace unos días—, ese cuadro es nuevo, ¿no?

Yo voy a contestar que sí, pero Alex se me adelanta camino de la cocina:

—Está torcido.

—¿Cómo te atreves? —replico automáticamente, con una involuntaria sonrisa en los labios, dando un paso en la misma dirección en la que él acaba de desaparecer—. Está perfecto.

Oigo el frigo y a los segundos Alex reaparece con un botellín en la mano.

—No parabas de decir un poco más a la izquierda —contesta divertido mirándome a mí mientras le da la cerveza a Cole—, un

poco más a la izquierda y, al final, el desastre.

Tuerzo los labios. Sí, mi famoso gesto de intimidación pura que con el señor Vandervilt nunca funciona.

—No es verdad. —Lo señalo con el índice avanzando hacia él.

—Sí, lo es —contesta en absoluto arrepentido—. Deberíamos pedir una segunda opinión sincera. Cole —lo llama girándose por fin hacia él—, ¿tú qué dices?, ¿está torcido?

Cole se siente fuera de lugar, es más que obvio. Frunce el ceño y mira hacia el cuadro; tras un par de segundos, se encoge de hombros.

—No lo sé, sí, quizá un poco torcido.

En el momento en el que pronuncia esas palabras deja de existir para Alex, que vuelve a girarse hacia mí.

—¿Lo ves? Tengo razón.

«Tengo razón». ¿Habrá alguien en todo el universo conocido, incluido el espacio Klingon, que consiga que esas dos palabras suenen más irritantes que Alexander Vandervilt? No. Y sabe de sobra que lo tengo clarísimo.

—No, no la tienes —protesto devolviendo toda mi atención hasta él—. No está torcido.

—No sabes perder —replica irritante.

—Claro que sé, pero es que no he perdido.

—El pelín chiquitito —marca una distancia mínima con los dedos riéndose claramente de mí—, eso fue lo que te condenó.

Abro la boca indignadísima. ¡Es una unidad de medida perfectamente válida!

—Alexander, eres... eres...

—¿Alguien que sabe cuándo las cosas están niveladas? —me interrumpe.

Y yo quiero seguir diciéndole cosas al muy maldito, pero su frase me pilla por sorpresa y acabo sonriendo, casi riendo, mientras él sonríe encantado por mi reacción.

—El cuadro está recto —sentencio, pero cuesta trabajo dominar esa sonrisa— y no hay más que hablar.

—Veo que vosotros dos no os aburrís —comenta Cole.

Aparto la mirada de Alex rápido y aturdida, guardándome un suspiro al darme cuenta de que la situación me ha ganado un poco la partida, y doy un resoplido al darme cuenta de que ¡era justamente lo que él quería!

—Nos conocemos desde hace demasiados años para ser educados —contesto a Cole volviendo junto a él y sonriéndole solo a él porque, sí, porque es lo que quiero y porque Alex tiene que dejar de jugar, da igual que se le dé genial y que haga que no pueda dejar de sonreír y que...

Basta.

Cole me devuelve la sonrisa.

—Ojazos, ¿por qué no te vienes a dormir a casa? Hace muchos días que no pasamos un rato juntos.

Yo abro la boca sin saber qué contestar y de reojo veo cómo el cuerpo de Alex se tensa, algo imperceptible para cualquier otra persona, Cole, por ejemplo, pero no para mí.

Dios, ¡no debería gustarme que actúe así, que sea territorial! Pero es que a algo dentro de mí sí le gusta y se derrite despacio ante la idea de que algo de esto le afecte.

—No puedo —respondo, y juro que no tiene nada que ver con Alex. Sí, he recuperado el sentido común—. Tengo una entrega muy importante y todas mis cosas de trabajo están aquí. ¿Por qué... —trago saliva y debo tragarme la tentación de mirar a Alex—... por qué no te quedas tú aquí?

Cole niega rápido con la cabeza sin ni siquiera necesitar pensarlo.

—El Village está bien, pero está como a un millón de manzanas de mi trabajo. Por la mañana sería una tortura.

Asiento, aliviada, me niego a pensar por qué.

—Lo entiendo.

Cole vuelve a sonreír y se inclina sobre mí para darme un beso rápido.

—¿Paso por aquí mañana al salir del trabajo? —pregunta más bajito, casi pegado a mis labios.

Vuelvo a mover la cabeza afirmativamente.

—Claro.

Cole se incorpora, se da media vuelta y se dirige hacia la puerta. Yo lo acompaño un par de pasos por detrás.

—Gracias por la visita —se despide Alex.

Cuando oigo esas palabras, me quedo muy quieta. El muy maldito... ¿Cómo puede haber dicho algo así? ¿Con esa naturalidad? ¿Como si fuéramos una parejita despidiendo a un amigo o a un vendedor de enciclopedias?

Cole no parece notarlo, aunque, en realidad, creo que sí y está decidiendo cómo reaccionar.

—Te veo mañana —se despide.

—Sí —respondo con una sonrisa.

Lo observo caminar por el rellano hasta las escaleras y cierro suavemente la puerta.

El «clic» resuena en el silencio del salón, que, sin embargo, está lleno de Alex. Me giro hacia él con la mirada seria. Necesito que entienda cada palabra que voy a decir.

—No puedes hacer eso —le advierto caminando hacia él.

—Hacer, ¿el qué? —replica inocente cuando no podría haber nada en este mundo más absolutamente alejado de esa palabra.

—Cole es mi novio —le recuerdo plantándome frente a él.

Alex sonríe como si fuera el dueño de la maldita situación, del maldito apartamento, de la maldita Nueva York.

—Estáis juntos —me recuerda a mí.

Y yo caigo víctima de mis propias palabras porque es verdad, estamos juntos, no somos novios.

Lo miro francamente mal y Alex aguanta el tipo a la perfección, enarcando una ceja, retándome a que le diga que se equivoca.

—Eres insoportable.

Opto por esa frase. Condensa mejor los sentimientos homicidas que me inspira ahora mismo.

—No es la primera vez que me lo dices.

—Y siempre tengo razón —sentencio ladeando la cabeza.

—No he hecho nada —dice el muy descarado, pero esa seguridad mezclada con arrogancia, con estar disfrutándolo, sigue ahí, brillando como Times Square.

Yo resoplo exasperada, pero no puedo evitar sonreír también porque, cuando juega, es imposible no jugar con él.

—Sabes que es mentira.

—Sí, lo sé.

—Alex... —protesto.

—Y no me arrepiento, nena.

43

Alexander

Eden quiere mirarme mal y casi lo consigue, pero no puede borrar la sonrisa de sus labios aunque esté luchando muchísimo. Eso es lo mejor de todo, que nada de esto es unilateral. Nunca lo fue. Reaccionamos el uno al otro. Siempre.

Soy plenamente consciente de lo que he hecho antes y también de que pienso volver a hacerlo. No quiero a Cole cerca de Eden, así de simple. Es un pensamiento racional, pero también es impulsivo, visceral, lo que siento desde detrás de las costillas.

Y voy a comportarme exactamente como quiero para que le quede claro a ese imbécil que ha llegado tarde a esta guerra. Eden es mía y yo soy suyo y es así desde mucho antes de que ninguno de los dos pudiese entenderlo.

Además, no es solo porque esté enamorado de ella. Aunque Eden y yo solo fuésemos amigos, tampoco querría que estuviesen juntos porque es gilipollas, eso también es así de simple y me importa muy poco que solo haya estado unos minutos con él, han sido más que suficientes.

—Me lo imaginaba más alto —digo para picarla un poco.

Ella me mira jodidamente insolente y jodidamente adorable. Eden en estado puro.

—Y yo a ti, menos temerario.

—Alguien me dijo una vez que cuando las cosas importan... —dejo en el aire su propia frase, la que me dijo en la terraza de la mansión de mis padres después de lo que pasó en el taxi aquella noche.

Es imposible olvidar nada de aquellos días.

Su respiración se acelera apenas un poco y entreabre suavemente los labios y sé que ella se siente exactamente igual.

Avanzo un paso. Eden no se mueve, no deja de mirarme. Yo disfruto de esta sensación, de cómo consigue que me sienta invencible solo por la manera en la que me mira, con esa mezcla letal de dulzura, curiosidad, confianza y deseo.

Antes de que pueda desviar su mirada, la cojo de la base del cuello. Es un agarre firme, sin apretar, solo quiero anclarla. Apoyo el pulgar en su mandíbula, obligándola a levantar la cabeza para poder atrapar sus preciosos ojos marrones.

Nuestros labios se quedan demasiado cerca. Un pequeño gemido se escapa de los suyos.

—Buenas noches, nena —me despido, soltándola despacio. Torturándola.

La última palabra cae todavía más hondo que antes; se mezcla con la decepción porque no haya llegado a besarla. Eden traga saliva.

—No me llames así —me exige con la voz trabajosa, pero sus ojos bailan de los míos a mis labios.

Yo tuerzo los labios antes de que una maliciosa sonrisa se extienda por mi expresión.

—Pensé que ya iba siendo hora de que usara un apelativo que realmente diga cómo te veo.

—¿Como un cliché de novela romántica?

—Mía —contesto sin dudar. Suyo. Nunca he hablado más en serio.

—Alex... —Se queda callada a mitad de frase. Esto es difícil y asusta, lo sé. Puede ir al ritmo que necesite y eso incluye no tener que decir las cosas que aún no está preparada para decir.

—Descansa —pronuncio dándole un beso en la sien antes de ir hasta el sofá.

Eden se queda unos segundos muy quieta de espaldas a mí, pensando. Se gira despacio. Nuestros ojos vuelven a conectar así de rápido. Fuego y gasolina.

—Buenas noches, Alex.

Ninguno de los dos dice nada más y Eden se marcha a su habitación.

44

Alexander

Me levanto cuando ya no puedo fingir que el sol que entra por la ventana no está dándome directamente en la cara.

Me incorporo hasta quedarme sentado en el sofá y me paso las dos palmas de las manos por la cara.

Después de una ducha y el desayuno, dejo a Eden trabajando en el *storyboard* en su mesa y me marcho con el encargado del inmueble, el señor Masri. Cuando ayer le devolví las herramientas, me preguntó si quería echarle una mano para hacer algunos arreglos por el edificio. Serán quince dólares la hora. No es mucho, pero me servirá para comprar la cena de esta noche.

Al regresar, ya es la hora del almuerzo. Sonrío al oír música saliendo de la cocina. Me alegra que se haya tomado un descanso. Lo necesita.

—¿Qué se siente volviendo a ser útil para el mundo laboral, Vandervilt? —me pregunta de pie junto a la encimera, preparando dos sándwiches de ensalada de atún.

Finjo pensarlo un momento.

—Hambre.

Eden rompe a reír.

—Eres un poeta.

—El Robert Frost de los ayudantes de encargados de edificios.

Lleno una jarra de agua y de regreso a la mesa cojo las servilletas.

—Una frase fantástica para ligar —comenta Eden dándose la vuelta con un plato con un sándwich en cada mano.

—Me aseguraría una variedad de público brutal —replico mientras nos sentamos los dos.

La canción cambia. Sirvo el agua. Eden se levanta cayendo en la cuenta de algo y vuelve un par de segundos después con mi bote de medicinas.

—Esto está muy bueno —digo con el primer bocado.

—Es el hambre —responde guiñándome un ojo—. ¿Qué habéis arreglado hoy?

—¿Conoces a la señora Sánchez, del tercero?

Eden lo piensa y asiente.

—Pues una de las tuberías del baño tenía una fuga y no se había dado cuenta. He rescatado a mi primer gato nadador.

Eden sonríe.

—¿Más difícil que la tubería?

Mi turno de mover la cabeza afirmativamente.

—Pero más gratificante.

Eden se echa a reír y yo sonrío al verla.

Recogemos juntos la cocina. Yo me refresco un poco y me cambio la camiseta, se me había manchado de grasa.

Cuando salgo, Eden ya está sentada de nuevo, muy concentrada, trabajando. Sonrío con una mezcla de orgullo y amor realmente peligrosa, porque, joder, tengo clarísimo que podría hacer cualquier cosa por ella.

***

Han pasado un par de horas cuando vuelvo a la cocina y, mientras me preparo un café, le hago un té a Eden. Nunca bebe café después del almuerzo. Si lo hace, no consigue dormir.

Desde aquí oigo el timbre y todo mi cuerpo se tensa porque el animal reconoce quién es incluso antes que yo.

—Hola, ojazos —lo oigo saludar a Eden.

—Hola —responde ella.

Hay un par de segundos de silencio. Los imagino abrazándose y la sangre me hierve. Sin embargo, no hay miedo, no hay inseguridad, solo una calma peligrosa, clara.

Salgo de nuevo al salón con las dos tazas en la mano. Eden se ha puesto a trabajar de nuevo y Cole está sentado en el sofá.

—Ey —me saluda.

Le devuelvo el saludo con un gesto de cabeza. Tranquilo, camino hasta Eden, dejo la taza sobre la mesa y la giro para que el asa quede como la necesita. Ella murmura un «Gracias» sin levantar la mirada del dibujo, estira la mano y coge el té sin dudar.

Eden no se da cuenta, pero Cole sí, y automáticamente su mirada vuela hasta mí. Yo se la mantengo sin problemas a la vez que me alejo de la mesa dándole un sorbo a mi taza.

—He hecho café —le digo—. Sírvete.

Cole se levanta y va hasta la cocina. Yo me apoyo contra el marco de la puerta, todavía con la taza, y lo observo abrir varios armarios en busca de una.

—Allí —señaló con la barbilla—. Segundo estante.

Se contiene para no mirarme mal, lo sé. Va hasta donde le he indicado y saca la taza. Se sirve el café, pero casi a la vez frunce el ceño. Levanta la cabeza y de nuevo empieza a abrir armarios.

—El azúcar está en el segundo armario de la...

Cole aprieta la mandíbula.

—No estaba buscando el azúcar.

Me encojo de hombros.

—Pregunta lo que necesites —le ofrezco.

—Porque tú sabes dónde está todo, ¿no? —replica más brusco de lo que pretendía.

Yo le mantengo la mirada con la misma calma, con la misma naturalidad.

—Sí —contesto.

—Lo imaginaba.

Me giro al tiempo que una sonrisa se cuela en mis labios. Nunca dije que fuera un buen chico y mucho menos pienso serlo con él.

De vuelta al salón llevo mi vista hasta Eden para asegurarme de que todo está bien, cojo el libro que estoy leyendo y me acomodo en el sofá.

Cole no tarda mucho más en aparecer y se siente en el otro extremo del tresillo. Se bebe el café en silencio y deja la taza sobre

la mesita. No ha pasado un minuto entero desde ese momento cuando saca su móvil y prácticamente en ese mismo instante se levanta.

—¿Vamos a ir a tomar algo? —le pregunta deteniéndose junto a su mesa, con la mirada en la pantalla, tecleando.

Ella está concentrada en su dibujo y no lo escucha.

Cole, al darse cuenta de que no le está prestando atención, la mira, pero en el segundo en el que lo hace su expresión se suaviza. Me jode, muchísimo, pero no puedo negar que lo entienda.

—Eden —insiste.

Ella suelta un gruñidito.

—Te estoy preguntando si vamos a salir a tomar algo.

Eden por fin levanta la cabeza y una leve sonrisa se cuela en mis labios al ver su mirada de disculpa. Por Dios, es la cosa más dulce del mundo.

—Me gustaría, pero tengo que terminar este *storyboard*.

Él asiente.

—No hay problema, pero, si no vamos a hacer nada, prefiero marcharme a trabajar.

—Puedes hacerlo aquí —le ofrece ella rápido—. Así nos haremos compañía.

Mis manos aprietan el libro con más fuerza haciéndolo crujir, pero no dejo de leer.

—¿Compañía? —repite un poco incrédulo—. No, me distraería con el ruido de los lápices y seguro que acabarías hablándome. No te ofendas, ojazos —añade veloz levantando ligeramente las manos—. Me cuesta concentrarme con alguien trabajando al lado.

Es el imbécil más grande sobre la faz de la tierra.

—Como quieras —contesta ella, aunque la conozco y sé que se acaba de quedar un poco descolocada. Primero porque ese gilipollas ha dado por hecho que ella sería un estorbo y, después, porque la ha hecho sentir como a cualquier otra persona en su vida.

Yo tenía razón. No la conoce. Y no la merece.

Ella se levanta. Lo acompaña hasta la puerta. Se despiden. El animal ruge, pero me ato en corto.

Cole abraza a Eden y me mira mientras lo hace. Yo le mantengo la mirada dejando que la arrogancia y la seguridad me bañen de pies a cabeza mientras me acomodo en el sofá, dejándome caer contra el respaldo, con familiaridad, con una sonrisa solo para tocarle los cojones. El animal se mueve en círculos, dentro de mí.

No sé qué coño pretende demostrarme, pero no sabe hasta qué punto se equivoca. No voy a montar una escenita de celos. No lo necesito.

Estoy en mi puto territorio.

45

Eden

El día siguiente es una auténtica locura en el trabajo. Toca presentación para un cliente bastante importante y los dos ejecutivos de cuentas que las llevan nos tienen a todos revolucionados cambiando detalles de última hora y pidiendo ajustes donde es literalmente imposible que los haya.

Durante la reunión, el equipo creativo y el de diseño estamos en tensión absoluta, esperando en la misma planta, atentos y preparados por si tenemos que apagar un fuego inesperado.

Afortunadamente, todo va genial. El cliente se marcha muy satisfecho. Kinetix consigue la cuenta y los gritos de celebración se oyen desde el vestíbulo del edificio.

El señor Walsh está tan contento que incluso promete que organizará una fiesta para agradecernos el esfuerzo.

Ahora solo me queda el *storyboard*, amenazándome desde mi mesa.

***

¿Vamos al cine?

El mensaje de Cole llega cuando estoy archivando todas las cosas de la presentación de la campaña y despejando mi mesa para continuar trabajando.

Lo pienso un segundo. Me vendrá bien para relajarme después de toda la tensión. Ha habido un momento en que he pensado que uno

de los ejecutivos iba a tener un brote psicótico. Los que piensan que los ejecutivos de publicidad son como en *Mad Men* no se equivocan, pero este digi evolucionó a *American Pshyco* durante quince minutos.

Me apunto.

Genial. Te recojo a las ocho.

Compruebo la hora en la esquinita de la pantalla. Me da tiempo.

¿Qué peli vemos?

Tengo muchas ganas de ver algo con lo que me ría... o una peli romántica con Matthew McConaughey enamorándose hasta las trancas. Me sería más fácil elegir si de repente no se hubiese decidido, sin consultarme, que ya no se harían más comedias románticas.

La última de Luca Guadagnino. En el
AMC de la 34.

El nuevo mensaje de Cole me saca de mis pensamientos y de mi idea de enviarles una carta a Tom Hanks y Meg Ryan para que revivan el género. *Algo para recordar II. Ahora me acuerdo.*

Tuerzo los labios. Luca Guadagnino no es lo que más me apetece, pero, bueno, soy de las que piensan que hay que dar una oportunidad a todas las películas hasta el final. Nunca sabes cuándo van a sorprenderte.

OK.

Nos despedimos y sigo con lo que estaba haciendo. No ha pasado un minuto completo cuando Alex se cuela en mi cabeza sin avisar,

como lleva haciendo mucho últimamente y no debería. No debería para nada.

Con el cine no podremos cenar juntos. La verdad es que no sé exactamente cómo o cuándo ha pasado, pero me gusta llegar a casa y cenar con él. Es muy agradable entrar en el apartamento, que huela a comida recién hecha, que la tele esté encendida o que se oiga música. Morirnos de risa mientras cenamos, no parar de hablar...

Pero estoy con alguien y tengo que dedicarle tiempo. Además, lo de Alex es temporal. Ya está recuperado de la neumonía, incluso ha empezado a trabajar para el señor Masri. Pronto encontrará un sitio decente para vivir y se marchará. No tiene ningún sentido que nos acostumbremos a cosas como cenar siempre juntos cuando, en breve, dejaremos de hacerlo.

Y las murallas, cuanto más altas, mejor.

***

Cole me recoge en mi oficina e insiste en que vayamos en taxi, aunque solo son unas quince manzanas. Nueva York de noche es una pasada. Las luces de los edificios se reflejan en las aceras, los escaparates, incluso en los rostros de las personas, y los taxis parecen una marea imposible de balas amarillas. Además, huele diferente cuando hace frío. Y me encanta esa sensación de oír los coches pasar sobre los charcos.

Sonrío cuando veo las letras rojas «AMC» y el número 34 sobre la marquesina semicircular, como si fuera una versión de los cines clásicos, y entramos en el local.

Cole ya ha comprado las entradas en la app, así que vamos directos a la zona de las palomitas y nos ponemos en la cola.

—¿Las compartimos? —pregunto señalando el combo del cubo grande con dos refrescos.

Cole levanta la mirada de su móvil, donde está respondiendo un correo de trabajo, y observa el letrero antes de volver a teclear.

—Claro.

La cola sigue avanzando y me distraigo observando a mi alrededor mientras Cole continúa concentrado en su teléfono.

—Ya estoy aquí —anuncia con una sonrisa, cogiéndome de la cintura y acercándome a él.

—No te preocupes —respondo sonriendo también—. Sabes que...

Quiero contarle lo bien que nos ha ido en la reunión, pero Cole me interrumpe dándome un beso rápido.

—Estoy a punto de cerrar un contrato muy importante —me dice emocionado—. Cuando salga, recibiré un bonus increíble y he pensado que podríamos irnos el fin de semana a un sitio increíble, como St. Barth o Amanyara.

Abro la boca sin saber qué decir. La verdad es que no me lo esperaba.

—¿Sorprendida? —pregunta con un deje orgulloso.

Asiento rápido. Sí, claro que estoy sorprendida. Yo venía al cine y de repente me invitan a Turcos y Caicos como si fuera Nicole Kidman en esa miniserie donde toda la familia lleva albornoces a juego... pero, no sé, algo no... Antes me habría parecido un plan genial, ahora me siento a medias.

Me obligo a apartar esa idea de la cabeza.

—Va a ser una pasada.

—Entonces, ¿St. Barth o Amanyara?

—Somos neoyorquinos, solo puede ser St. Barth —contesto como si fuera obvio.

Cole sonríe encantado.

—Y que sepas que yo también tengo buenas noticias... —dejo en el aire— y también van acompañadas con una celebración. No que incluya un vuelo internacional, pero seguro que el señor Walsh sabe montar buenas fiestas.

Avanzamos un puesto más en la cola.

Cole asiente.

—Cuéntame.

Abro la boca para empezar a hablar, pero su móvil sonando me interrumpe. Cole levanta suavemente la mano pidiéndome un momento y se las ingenia para sacarse el teléfono del bolsillo sin soltarme.

—Steiner —contesta mirándome y sonriendo.

Es guapo. La verdad es que muy guapo. El pelo castaño. Los ojos miel. Y un deje muy sexy cada vez que sonríe de esa manera.

No sé lo que le dicen al otro lado, pero su expresión cambia. Deja de mirarme, se separa de mí y se aleja un paso.

—Dos millones no fue lo que dijimos.

La cola avanza de nuevo y ya nos toca.

—Hola —saludo al empleado—, el combo de palomitas y dos refrescos grandes, por favor.

—¿Mantequilla?

Miro a Cole en busca de consenso, pero él no me mira a mí, así que tendré que tomar esta vital decisión sola.

—No.

Unos segundos después tengo el cubo y los dos vasos de cartón. Abro mi bolso para sacar mi cartera, pero Cole me frena poniendo la mano sobre la mía. Observa la pantalla, donde aparece veintinueve con treinta y seis dólares, y se mete la mano en el bolsillo sin dejar de hablar.

—¿Qué te ha dicho Tallis? —Deja un billete de cincuenta sobre el mostrador—. ¿Llegaría a tiempo contando a partir del lunes?

El chico los coge y cobra.

—Su cambio, señor...

Pero Cole lo interrumpe, cogiendo el billete y dejando las monedas.

—Gracias —pronuncio yo con una sonrisa intentado suavizar el momento.

El chico se gira hacia mí y me devuelve la sonrisa. La verdad es que no cuesta nada ser amable con las personas que trabajan de cara al público. Aguantan mucho más de lo que va con el sueldo y sin ellas, con toda probabilidad, el resto de nosotros acabaríamos en la cúpula del trueno por ver quién tiene derecho a llevarse qué en el supermercado.

Cojo las palomitas y los vasos de cartón y voy hasta la máquina de refrescos.

—Cola —me pide Cole separándose el móvil de la oreja.

Lleno los dos vasos con mucho hielo y coca cola y los corono con unas cañitas.

—Gracias —dice Cole apareciendo desde atrás y dándome un beso en la mejilla.

—¿Voy a compartirte con tu teléfono toda la peli? —pregunto divertida.

Él niega con la cabeza.

—Esta era importante. Palabra. Y la última.

Sonrío. Me parece bien.

Caminamos hasta la sala que nos toca. Cole lleva los refrescos y yo, las palomitas. El techo llama mi atención. Han debido de pintarlo hace poco y lo han decorado con unos mosaicos chulísimos. Sigo caminando fijándome en los patrones. Sonrío. Podría incorporarlos en un dibujo. Podría pintar toda la página con ellos, con los diferentes colores, crearía la profundidad suficiente para que pareciera que es una habitación y en el centro podría poner a una persona sujetando un espejo con las dos manos, reflejaría los mismos patrones y la sensación sería...

Me choco. Con alguien.

Vuelvo al planeta tierra de golpe y doy un paso atrás por inercia.

—Lo siento —le digo veloz a la señora con la que acabo de tropezar. Menos mal que no le he tirado las palomitas. Eso, en el cine, es una afrenta enorme—. Ha sido culpa mía, perdone.

—No te preocupes. No ha sido nada —responde amable la mujer.

—Eden —me llama Cole desde la puerta—, ¿dónde te has metido?

Genial. Estaba tan distraída que ni siquiera me he dado cuenta de que me había saltado la puerta, Cole había entrado y yo no.

—Me he distraído —me explico caminando hacia él.

Cole sonríe negando con la cabeza.

—Eres un caso, ojazos.

Entramos en la sala y por fin nos acomodamos en los asientos.

¿La peli me gusta? Humm... no. Es demasiado para mí.

***

—¿Te ha apetece que vayamos a tomar algo? —me pregunta Cole cuando salimos.

Niego con la cabeza.

—No puedo. Tengo lo del *storyboard*, ¿recuerdas?

Cole tuerce los labios y asiento.

—Es verdad. ¿Cómo lo llevas?

Cabeceo.

—Lo llevo. Eso es todo lo que puedo asegurar por ahora.

—Así empiezan las grandes cosas.

Sonrío.

—Es una buena manera de verlo.

Los dos nos quedamos en silencio durante un par de segundos.

—Yo sí voy a ir a tomarme una cerveza con unos amigos que están aquí cerca, no te importa, ¿verdad?

—Para nada. Diviértete tú que puedes.

Cole asiente y levanta la mano para parar un taxi para mí.

—Su carruaje, *madame* —anuncia mientras me abre la puerta a lo criado del siglo XIX.

Mi sonrisa se ensancha y camino los pocos pasos que me separan del Chevrolet amarillo.

Justo antes de que entre, separados por la puerta amarilla, Cole se inclina sobre mí y me da un beso, más largo, más íntimo. Me gusta.

—Oye —me llama cuando ya estaba a punto de meterme en el coche—, ibas a contarme algo del trabajo, ¿qué era?

Hago memoria.

—Una tontería. —Es raro, pero ahora me da esa sensación. Me deshago de ella y vuelvo a sonreír—. Al cliente le ha encantado la propuesta de campaña y nos hemos llevado la cuenta. El señor Walsh estaba pletórico.

—Eso es genial —comenta Cole, ofreciéndome la mano para chocar. Yo lo hago y mi sonrisa se hace más grande otra vez—. Bien por vosotros. Era un cliente muy importante. Haremos una cosa: cuando termines el *storyboard*, celebraremos las dos cosas juntas.

—Me parece una buenísima idea.

—Pues entonces, a trabajar —me ordena después de besarme de nuevo.

Asiento, me meto en el taxi y él cierra la puerta.

—Cuide de la señorita —le pide al conductor a través de la ventanilla del copiloto abierta.

El chófer asiente sin prestarle verdadera atención. Supongo que le piden que cuide de demasiadas señoritas a lo largo de la noche.

Cole y yo nos despedimos una última vez y el taxi se incorpora al tráfico. Diez minutos después, estoy delante de mi edificio en la 11 Oeste.

Subo hasta mi cuarto sin ascensor, quejándome un poco de mi vida por vivir a este nivel del suelo sin que la ingeniería moderna me ayude. «Cruzaremos ríos, uniremos pueblos, pero Eden Lockhart tendrá que seguir subiendo a patitas». Qué visionarios menos empáticos.

Al fin llego a casa.

—Hola —me saluda Alex cuando entro.

Está sentado en el sofá. Ya se ha cambiado al pijama, unos pantalones oscuros y una camiseta, y está tratando de arreglar algo con un montón de piezas desparramadas sobre la mesa de centro. Parece una radio.

—Hola —respondo cerrando la puerta a mi paso—. ¿Qué haces todavía despierto?

—He pensado que sería justo esperar a la dueña del Airbnb donde vivo —responde socarrón sin erguirse ni alzar la cabeza, simplemente levantando la mirada y fijándola en mí, en mis ojos, con un destornillador en la mano y una pieza en la otra. Es un gesto perezoso, peligroso y letalmente sexy que me hace sentir completamente expuesta, como si me estuviera reclamando sin mover un solo dedo.

—Sí, pues este es un Airbnb respetable, que lo sepas —sentencio.

—Nunca lo he dudado.

Sonreímos.

—¿Qué haces? —pregunto caminando hasta quedar a un par de pasos de la mesa de centro.

—El señor Masri la ha encontrado en uno de los apartamentos después de que se fueran los inquilinos. Ha dicho que podía quedármela y estoy intentando arreglarla. Es una vieja gramola de esas de mesa, como la de algunos *diner*.

Abro la boca sorprendida. Esas cosas son geniales.

—Es todo un hallazgo.

—Si consigo que funcione.

—Tengo fe en ti, Vandervilt.

De pronto, me descubro a punto de quitarme el bolso y sentarme con él en el sofá simplemente a perder el tiempo, a estar con él, aunque esté haciendo otra cosa, y automáticamente me freno.

Acabo de venir de una cita con Cole, la persona con la que estoy, y quiero que esa sea la sensación con la que me vaya a la cama esta noche. Estar con Cole, charlar con Cole. Sus besos.

Aparto la mirada. No sé por qué pero lo hago.

—Me voy a dormir —digo señalando vagamente hacia la puerta.

Alex levanta la cabeza, me mira y sé que es una locura, pero tengo la sensación de que sabe lo que estoy haciendo. Por un momento creo que no va a permitirlo, que va a levantarse, cogerme de la muñeca, tirar de mí hasta dejarnos muy cerca, dejarme claro, con la manera en la que respiramos juntos, que es en él en quien tengo que pensar.

Veo cómo sus nudillos se aprietan con fuerza alrededor del destornillador y cómo los músculos de sus brazos se tensan, como si estuviera librando una batalla interna descomunal para obligar a su propio cuerpo a quedarse pegado al sofá. Sé que podría acortar la distancia en un segundo, pero no lo hace. Se contiene. Está respetando mis límites, dándome el espacio que necesito, aunque le cueste la vida entera no dejarme ir.

Me mira como si ya lo hubiese hecho, como si lo estuviese haciendo. Mi cuerpo despierta porque la imaginación tiene ese poder, por la manera en la que el suyo me está llamando.

—Buenas noches, Alex —digo al fin.

—Buenas noches —responde con esa endiablada seguridad.

Me pongo el pijama en tiempo récord y me meto en la cama. Con la luz apagada, quiero concentrarme en Bradly Cooper, como era mi

plan, pero no puedo evitar que una idea se filtre en mi mente sin ningún tipo de permiso: con Alex siempre me he sentido lo más importante.

Sé que es ridículo, pero es la verdad. Alex era el CEO de una de las compañías más poderosas del mundo, manejaba negocios al más alto nivel, a cualquier hora, y, sin embargo, cuando estábamos juntos, se las apañaba para dejarme claro que lo más importante era yo.

Cole me gusta. Me gusta la relación que tenemos. Creo que puede funcionar, de verdad. Pero... yo... no me siento como pensé que me sentiría. ¿Dónde están los fuegos artificiales? ¿Por qué no me siento como si pudiera volar?

No soy idiota. Sé dónde está toda esa intensidad. Pero esa misma intensidad, el darlo todo, fue lo que me hizo sufrir. Alex me hizo sufrir. No quiero perdonarlo.

Ni debo.

Ni siquiera sé si puedo.

Resoplo y me acurruco de lado en la cama. Tengo que elegir lo mejor para mí.

***

—Necesitamos cambiar esta escena, para que haya continuidad —le explicó a una de las creativas con la *tablet* y el lápiz mágico.

Hoy está siendo un día mucho más tranquilo después del huracán de ayer, pero en ningún caso significa que no tengamos trabajo que hacer. Por eso estoy en el despacho de mi compañera ayudándola a comprobar donde está fallando la planificación del próximo anuncio.

Ella asiente y comprueba las opciones que le propongo.

—¿Es posible eliminar este plano medio?

Reviso la secuencia.

—Sí. Si lo cambiamos, creo que incluso ganaríamos profundidad. Fíjate aquí.

—Eden —me llama la secretaria de planta, después de golpear suavemente la puerta abierta con los nudillos—, tienes una llamada en tu despacho.

—Gracias. Voy ahora mismo. —La secretaria sonríe y se marcha—. ¿Te importa? —le pregunto a mi compañera.

—Sin problemas.

—No tardo.

Me doy una carrera hasta mi despacho y descuelgo el teléfono fijo.

—Hola, soy Eden Lockhart.

—Encantada de saludarte, Eden. Soy Marisa Underwood.

No puede ser.

46

Eden

—¿En qué puedo ayudarla, señora Underwood?

Consigo que mi voz suene como la de una mujer normal, ¡y es todo un triunfo! ¡Es Marisa Underwood! ¡La directora general de las galerías de arte Sidonie! Son los espacios de arte privado más importantes de Nueva York. ¡Es como la Anna Wintour del mundo del arte!

—Creo que eso tendría que preguntártelo yo, Eden. He visto tu trabajo y es francamente muy interesante. Te quiero en una de mis galerías.

Me quedo sin aire. Literalmente.

—¿Está hablando en serio?

No me falta razón al preguntarlo porque empiezo a pensar que Val se ha enterado de que Alex está viviendo en mi piso y, en venganza por no habérselo contado, ella, Ted y Mellow han contratado a un imitador de voces profesional y me están gastando una broma telefónica. Entrecierro los ojos sobre el teléfono con sospecha. Probablemente por eso me han llamado al fijo. ¿Quién lo sigue usando hoy en día? Siempre di por hecho que los teníamos en la oficina como elemento decorativo *kitsch*. Mire, una lata de guisantes de la RDA y un fijo, modelo oficina blanco.

—Por supuesto —contesta sin dudar y el corazón se me agita contento—. También debo decirte que no se hará en las galerías Sidonie, aún no has alcanzado el nivel suficiente de popularidad, pero he adquirido un espacio multicultural en el Meatpacking —el barrio del arte por excelencia en Manhattan—. Es sencillamente

fabuloso y queremos destinarlo a artistas jóvenes y con talento. ¿Qué me dices? ¿Te interesa?

—Claro que me interesa —respondo, quizá un poco, muy, rápido porque la hago reír.

—Pues el primer paso es que me enseñes tu portafolio. Podemos quedar hoy a la hora del almuerzo, ¿te viene bien?

—Por supuesto.

Y, si no, robaré un DeLorean y alteraré el continuo espacio-tiempo para sacar un hueco.

—Perfecto. Nos vemos en la 52 Este. Mi restaurante francés favorito está allí.

Me explica que su secretaria me mandara un e-mail con los detalles y quedamos a la una y media.

Al colgar, estoy pletórica. Más que eso. ¡Feliz! Recupero mi móvil a la velocidad del rayo y lo desbloqueo dispuesta a llamar y sé a quién, la primera persona con la que quiero compartir esto, porque quiero que lo sepa ya y que se emocione tanto como yo.

Quiero llamar a Alex.

Y por eso me freno, porque no debería ser así.

Tomo una bocanada de aire con la mirada todavía en la pantalla y finalmente deslizo el dedo por ella un par de veces. Descuelgan al primer tono.

—Tengo que contarte algo alucinante, pero quiero que sea en persona.

—Podemos comer juntos.

Niego con la cabeza, acelerada.

—Precisamente en la comida va a pasar una de las cosas que quiero contarte —le explico veloz.

—¿Qué es? —inquiere divertido—. Vas a hacer que me muera de curiosidad.

Yo prácticamente rompo a reír.

—Vale —añade rápido—. Nos veremos después del trabajo.

—¿Donde siempre?

Él ríe al otro lado. Creo que acaba de darse cuenta de que estoy exactamente igual de emocionada que una niña pequeña la mañana de su cumpleaños.

—Sí, donde siempre.

—Hasta después.

—Hasta después, ojazos.

Cuelgo y el día pasa muy rápido y lento a la vez. Por una parte estoy tan emocionada que no tengo suficiente paciencia para esperar a que den la una y media y, por otro, me muero de nervios. ¡Es una pasada!

***

—Hola —me saluda Cole con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto me acerco a la mesa en la que está con sus amigos.

Por un momento frunzo el ceño confusa. Pensé que estaríamos solos para celebrar mis buenas nuevas, pero no me importa. Cuantos más seamos, mejor.

—Hola.

Nos damos un abrazo y, cuando nos separamos, me besa. Sus amigos, todos chicos, empiezan a soltar silbidos, lo que me hace sonreír y puede también que provoque que me sonroje un poco. No ahondemos ahí.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme? —me pregunta.

Me muerdo el labio con una sonrisa. Tomo aire.

—Voy a hacer mi primera exposición —suelto de un tirón.

Cole abre la boca, mirándome, como si no encontrara las palabras. Al principio pienso que se ha quedado sin habla, pero una parte de mí tarda muy poco en darse cuenta de que es otra cosa.

—Enhorabuena —dice al fin.

No le parece importante.

Yo me quedo completamente perdida. Desde luego no era la reacción que esperaba.

—Creí que trabajabas en publicidad —dice uno de sus amigos, porque todos han estado atentos a nuestra conversación.

—Sí —contesta Cole por mí—, en Kinetix Creative. Es la mejor.

Y la diferencia es brutal porque ahí sí hay orgullo por mí, por lo que hago.

—¿Y qué vas a exponer, entonces? —pregunta otro de los chicos.

—La publicidad también es un tipo de arte —interviene el que parece más joven—. El otro día leí que el anuncio original de la Coca-Cola de la mujer marcando músculos se vendió por una millonada.

—Ah, va de eso, anuncios.

—Soy artista —me explico—. Dibujo. Voy a exponer mis dibujos, en el nuevo espacio cultural de Marisa Underwood.

Cada palabra que pronunció le suena a chino. Ni siquiera a chino mandarín, no; es como si hubiese hablado el chino profundo de una aldea al norte del país.

—¿Quién es Marisa Underwood? —plantea el mismo que ha hablado de la publicidad como forma artística.

—Una galerista muy importante.

Les agradezco que intenten entenderlo, pero la verdad es que, a cada palabra que pronuncio, me siento más estúpida y la ilusión empieza a escurrírseme entre los dedos.

—Es una noticia genial —me dice Cole, cogiéndome de la cintura para que vuelva a girarme hacia él—. He visto algunas de las ilustraciones que has hechos para Kinetix y son alucinantes, así que los dibujos que hagas como *hobby* tienen que ser aún mejores.

La palabra *hobby* se me clava muy adentro. Sé que no lo ha dicho con mala intención, pero es que yo no la siento así en absoluto. Dibujar no es un pasatiempo para mí, nunca lo ha sido, es a lo que quiero dedicar el resto de mi vida. No a la publicidad, aunque también me guste. Y Cole ni siquiera lo sabe.

—Iremos todos, ¿verdad, chicos? —azuza a sus amigos.

Todos dicen que sí de una manera u otra y yo fuerzo una sonrisa porque no quiero incomodar a nadie.

—¿Una cerveza? —me pregunta Cole—. Para brindar por ti —añade con una sonrisa.

—Un spritz —lo corrijo.

Él sonríe.

—Es verdad. Siempre lo olvido.

Va a la barra. Vuelve con mi bebida. Brindamos. Pero no es lo que esperaba. Soy consciente de que a lo mejor le estoy dando

importancia a algo que no la tiene. Sus amigos son simpáticos, se esfuerzan por integrarme; Cole, porque me sienta cómoda y yo, en caerles bien. Pero lo cierto es que lo que esperaba era que a Cole le hiciese ilusión, que se sintiera orgulloso de mí, no por Kinetix, sino por esto.

El *storyboard* me da la excusa perfecta para beberme sola una y marcharme a casa.

Subo hasta la cuarta planta con pies pesados y abro la puerta.

—Hola —saludo al aire.

—¿Has cenado? —pregunta Alex desde la cocina.

—No tengo hambre —respondo quitándome el abrigo.

—Pues te diría que casi mejor. He intentado hacer la *lasagna* y creo que he invocado a un demogorgon o algo —me explica saliendo al salón secándose las manos en uno de mis trapos de flores— porque lo que ha salido del horno no parece *lasagna*.

Me mira, solo un momento, y su expresión cambia en esa mínima expresión de tiempo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta caminando hasta mí.

—Nada.

—No es verdad —contesta sin dudar, sin juegos. Está preocupado de verdad.

Lo miro perdiéndome en sus ojos gris oscuro y algo se me aprieta en el centro del pecho porque no sé si me lo está poniendo muy difícil o rematadamente fácil.

—Eden —insiste. Su voz suena un poco más ronca, reconfortante.

Pienso en contrale lo que me ha puesto triste, Cole, su reacción... pero no es justo que hable de mi relación con él y no lo es para Cole ni para mí, pero tampoco para Alex.

—Voy a hacer mi primera exposición. —Al pronunciar de nuevo esas palabras recupero parte de mi ilusión, como si mi corazón acabase de recordar cómo me sentí cuando respondí a la llamada esta mañana.

Alexander se queda muy quieto y simplemente pregunta.

—¿En serio?

Asiento.

Un segundo. Eso es todo lo que tarda. Una sonrisa preciosa, orgullosa, sexy, se extiende por los labios de Alex antes de que se coma la distancia que nos separa, me abrace con fuerza levantándome los pies del suelo y nos haga girar.

—¡Eres la mejor, Lockhart! —grita mientras rompo a reír sin que dejemos de dar una vuelta y otra y otra por el diminuto salón de mi diminuto apartamento.

—¡Alex!

Pero él no para de girar y lanzar silbidos ni yo de reír.

—No te haces una idea de lo jodidamente orgulloso que estoy de ti —dice con la misma sonrisa cuando mis pies vuelven al tocar el suelo, conservándome entre sus brazos—. Lo sabía. Sabía que era cuestión de tiempo. Eres una artista.

La calidez va deslizándose por cada rincón de mi cuerpo, haciéndome sentir increíblemente bien, como si estuvieras muerta de frío y alguien te cubriera con una suave manta.

—Tú siempre has creído en mí.

—Y no me he equivocado.

—Solo es una exposición pequeña en un sitio pequeño...

Él niega con la cabeza.

—Es un paso más —me frena sin dudar—. El primero lo diste la primera vez que dibujaste y no has parado desde entonces. Esta exposición te dará a conocer y será la primera de muchas y, antes de que te des cuenta, estarás en el MoMA, delante de un cuadro tuyo con un grupo de japoneses con gorras a juego echándole una foto porque es arte neoyorkino.

Los dos sonreímos.

—¿De verdad lo crees?

—No tengo ni una sola duda. Ahora que lo pienso —cae en la cuenta de algo.

De pronto empieza a moverse rápido por el piso. Coge su marinero y se lo pone deprisa. Recupera mi abrigo de la percha y me ayuda a ponérmelo.

—Alex, ¿qué haces? —pregunto divertida.

—Ya lo verás —contesta sin parar.

Abre la puerta y se gira hacia mí ofreciéndome su mano.

—¿Vienes? —me pregunta con una sonrisa en los labios, tranquila, llena de una seguridad que, en realidad, es familiaridad, confianza, nosotros.

Respiro, sonrío y acepto su mano, y la sensación es la misma que haber saltado desde un precipicio porque sabías que alguien te haría volar.

Caminamos una manzana tras otra, muriéndonos risa. Le hablo de la comida, incluso, sin darme cuenta, repito fragmentos o detalles de la llamada. Le explico que ya tengo claros los dibujos que quiero que estén en la exposición sí o sí, pero que también me gustaría dibujar cosas nuevas. No sé por qué acabamos hablando de lo bonita que se queda la ciudad después de la lluvia y llegamos a la extraña conclusión de que cualquier película que incluya un pato en un medio de transporte tiene mucho ganado.

No nos soltamos las manos en todo el camino.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto cuando tira de mí para que entremos en una licorería junto al 7-Eleven de la 53 con la Octava.

—Necesitamos algo.

Alex recorre los pasillos decidido. Yo camino un par de pasos por detrás y sonrío, porque siempre he adorado esa postura. El chico y la chica de la mano con el chico caminando unos pasos por delante.

Se detiene frente a una de las estanterías. Mira muy concentrado las botellas y finalmente elige una.

—Estás loco —le digo cuando deja el *champagne* sobre el mostrador y el dependiente lo coge para escanear el código.

Es lo que digo, pero en el fondo estoy encantada y no puedo dejar de sonreír.

—De eso nada —responde metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un billete de veinte.

Al verlo, mi actitud cambia.

—No puedes gastarte tus últimos veinte dólares en una botella de *champagne* barato.

Y ahora estoy hablando en serio, pero Alex niega con la cabeza.

—No me estoy gastando mis últimos veinte dólares en una botella de *champagne* barato. Es una inversión.

Lo miro mientras siento cómo mi corazón se derrite.

—Eres una artista —sentencia, y no lo está diciendo para hacerme sentir mejor, sino porque de verdad lo cree, y no me importa si tiene razón o no, el hecho de que lo piense, de que lo diga en voz alta, lo cambia todo.

Sonrío por millonésima vez desde que entré en mi apartamento.

—Sigues siendo un Medici excelente.

Él me mira y también sonríe recordando perfectamente aquella conversación en su despacho.

—Un Borgia —me corrige.

Nos seguimos mirando. Nuestras sonrisas siguen exactamente ahí.

—Su cambio —avisa el dependiente y Alex se vuelve hacia él.

—Mire a esta chica —le dice y me pongo roja hasta las orejas.

—Alex...

—Algún día podrá decir que le vendió el *champagne* con el que celebró su primera exposición.

—Para... —le pido con una mezcla de bochorno absoluto y felicidad absoluta.

El dependiente me observa y después a Alex.

—Una vez le vendí un paquete de chicles a Madonna —nos cuenta.

Alex asiente.

—Claramente una señal.

***

—¿Y dónde vamos a tomarnos esta delicia? —pregunto señalando la botella que lleva en la mano.

—Al lugar más apropiado que podríamos encontrar.

Caminamos un poco más y entonces lo veo. Mi lugar favorito en mi ciudad favorita: el MoMA.

—Estamos focalizando —me dice guiñándome un ojo.

Nos acomodamos en las escaleras del edificio en la acera de enfrente. Alex abre la botella y el «pop» resuena en mitad de la 53 Oeste. El sonido me hace reír de nuevo y él levanta la botella.

—Nos conocemos desde siempre y creo que nunca te he visto sin un lápiz en la mano. —Aprieto los labios divertida, conteniendo una

nueva sonrisa porque es cierto. Dibujar siempre ha sido una parte de mi vida, mi manera más fácil de expresarme—. Nunca te lo he dicho, pero me encanta verte dibujar.

El corazón empieza a latirme más deprisa.

—Me encanta la forma en la que miras el papel en blanco justo antes de empezar porque sabes que está lleno de posibilidades, cómo frunces el ceño cuando te concentras —sonríe señalándose el entrecejo y su gesto se imita en mis labios—, pero ¿sabes cuál es mi parte preferida?

El estómago se me llena de mariposas.

—¿Cuál? —susurro sin poder apartar mi mirada de la suya. No quiero.

—La manera en la que sonríes cuando terminas y ves el dibujo. Estás confiada, orgullosa, feliz, y estoy deseando que el mundo te vea como te veo yo.

Me pasa la botella de *champagne* y, cuando la cojo, nuestros dedos se encuentran sobre el cristal. La sensación viaja por mi piel, en mi sangre, y me emborracha. No me importa que dure un segundo porque es perfecta.

Solo cuando me llevo el vidrio a los labios aparto la mirada y doy un trago.

—Está asqueroso —anuncio estallando en carcajadas a la vez que bajo la botella y se la paso.

Alex da un trago y la baja asintiendo.

—Completamente de acuerdo.

Miró calle arriba. Una suave brisa nos envuelve. Disfruto del sonido de Nueva York, de los pequeños ruidos que me recuerdan por qué adoro esta ciudad, porque forma parte de mí, porque me siento en casa y una parte, sí, son estas calles, estos sonidos, este olor, pero otra es él. Alex.

—Pero es el mejor *champagne* que he probado en mi vida —sentencio mirándolo de nuevo.

Alex me mantiene la mirada.

—Completamente de acuerdo —repite.

Me siento a su lado. Respiro hondo. No quiero estar en ningún otro lugar.

—Va a salir bien —murmuro mirando el museo, recuperando toda la ilusión, la confianza, teniendo la extraña sensación de que vuelvo a brillar—. Alex —lo llamo girándome hacia él.

—¿Qué? —responde atrapando mi mirada.

Por un segundo no tengo ni idea de qué decir, aunque creo que es lo contrario, que tengo demasiadas cosas dentro y todas se están peleando por salir.

—Gracias —pronuncio al fin.

Él sigue mirándome y la comisura de sus labios se eleva en el inicio de una suave sonrisa.

—De nada.

El momento nos va ganando la partida o puede que la tuviésemos perdida desde antes de empezar, no lo sé, pero no me aparto de él, no quiero.

Alex bebe de nuevo y cierra un ojo torciendo la expresión cuando lo traga. Yo sonrío. Me la pasa. Bebo.

—No sé por qué seguimos haciéndolo —me quejo divertida y confusa, separando la botella de mis labios, que se me quedan mojados por tratar de apartarla de golpe.

Sonrío otra vez. No puedo evitarlo. Voy a limpiarme, pero Alex es más rápido. Mueve la mano y me acaricia los labios con el pulgar, llevándose el líquido con él. La sangre se me vuelve más rápida, más caliente, y ya solo puedo oír mi respiración hecha un caos cuando se lleva el mismo pulgar a su boca y chupa mi *champagne*, mi sabor.

—Alex... —murmuro hechizada.

—¿Qué... —repite, me tortura—, nena? —añade.

Y todo mi cuerpo se rinde a la vez que me agarra del cuello y me besa con fuerza. Respondo al instante. Ya no hay más juegos, ya no hay anticipación. Ahora es de verdad. Las ganas toman el control, el deseo me nubla la mente y solo hago lo que me muero de ganas de hacer.

Alex controla el ritmo, devorándome mientras yo siento una oleada de placer, de mariposas, de calor inundar mi cuerpo.

Nos movemos al unísono como la mejor coreografía.

Nos acercamos más.

No es un beso, es una explosión. Es color. Es música. Es sexy. Es sensual.

Alex se separa, solo un par de centímetros, para que podamos recuperar el aire, pero su mano grande y cálida sigue en la base de mi cuello mientras su pulgar me acaricia la mejilla. Mis dedos continúan aferrados a su camiseta. Nuestras frentes, pegadas.

—Maldita sea, nena... Me vuelves jodidamente loco —confiesa con la voz rota por el esfuerzo de recuperar el aire.

Separa lentamente la mano de mi cuello al mismo tiempo que él se aleja despacio de mí. El mismo pulgar que antes acariciaba la piel de mi mejilla ahora baja por mi garganta, asegurándose de no haberme hecho daño.

Yo voy a asentir porque, Dios, lo entiendo, pero acabo negando con la cabeza.

—No podemos hacer esto, Alex.

¡Estoy con alguien! De pronto me siento una persona horrible y me separo de él, pero eso solo hace que me odie porque es como renunciar a un oasis en mitad de un desierto.

—No podemos volver a hacer esto —repito más contundente, aunque el corazón me lata como un loco.

Los ojos de Alex se oscurecen hasta parecer casi metálicos y me doy cuenta de que odia esto con todas sus fuerzas.

—No pienso admitir que no quiero volver a besarte, Eden —replica con esa condenada seguridad, que, maldita sea, empiezo a odiar, porque hace que me derrita—, y cada vez que tenga la oportunidad voy a volver a hacerlo.

—Alex —protesto exasperada y en realidad no sé si lo hago por él, para que deje de decir esas cosas, o por mí, porque no puede gustarme que las diga y, sin embargo, aquí estoy, disfrutándolas con todo lo que soy.

—No pienso volver a renunciar a ti —sentencia.

Cualquier queja que pudiera tener muere en mi garganta y mi corazón, que nunca se había calmado, vuelve a latirme demasiado deprisa.

—Estoy con Cole —me obligo a pronunciar. Porque es la realidad. Porque es lo justo. Porque Alex me hizo demasiado daño.

Él me mantiene la mirada como si pudiese entender todo lo que hay detrás de esas tres palabras.

—Lo sé —contesta y otra vez no duda. No suena a sacrificio porque no lo es, tampoco está dando un paso atrás. Es un «No me voy a rendir», claro, animal, cegador.

Yo respiro caótica una y otra vez, observándolo, asimilando esas dos palabras mientras pienso en todo lo que teníamos, en aquella fiesta de compromiso, en Chicago, en Cole, en él, ahora, aquí. En mí.

Alex le da un trago a la botella y me la pasa.

—Vamos a terminarnos el *champagne* —dice con una suave sonrisa y la voz ronca, dándome la salida para escapar del huracán que me está asolando por dentro.

—Y a volver a casa —añado.

47

Alexander

La besé. No me arrepiento. Y, sí, soy plenamente consciente de que está con el gilipollas de Cole, pero me importa menos que nada. Mi único límite es Eden y, mientras me dé la posibilidad de luchar por ella, estaré aquí.

—Sujeta ahí, chico —me pide el señor Masri.

Aprieto los dientes, levanto los brazos un poco más y mantengo la tubería a la altura que necesita. Joder, pesa más de lo que parece.

—Perfecto. Mantenla ahí.

Besarla fue un puto sueño. Llevaba un año soñando con hacerlo y, cuando me dio las gracias con la mirada encendida y las mejillas sonrojadas por el frío, sin dejar de sonreír, supe que no iba a ser capaz de contenerme. Es una mezcla brutal. Estoy orgulloso de ella, quiero follármela, la quiero. Es imposible escapar.

Regresamos caminando a casa y nos fuimos a dormir sin que ninguno de los dos volviera a mencionar el tema, pero hiperconscientes de lo que había sucedido. El corazón me latía como un puto loco en el centro del pecho, y el animal no paraba de suplicarme que volviera besarla, que le recordara lo jodidamente bien que nos sentimos.

—Esto es para ti —me dice el señor Masri doblando un puñado de billetes por la mitad y ofreciéndomelos. Hemos terminado los arreglos por hoy—. Has trabajado bien.

—Gracias —respondo cogiendo el dinero y guardándomelo en el bolsillo de los vaqueros.

Tengo que hacer la compra y Eden necesita unos guantes nuevos. La punta del meñique está a punto de descoserse en los que tiene ahora y todavía hace frío para ir sin ellos.

Regreso al apartamento. Lo primero que hago es ir a la cocina, coger un vaso y llenarlo hasta arriba con agua. Estoy sediento. Me lo termino prácticamente de un trago y me seco la boca con el reverso de la mano. Estoy haciendo justamente eso cuando llaman al timbre.

Frunzo el ceño. Eden está a punto de llegar, pero lógicamente usaría las llaves.

Cuando abro y veo quién está al otro lado, el humor me cae en picado contra el suelo. ¿Qué coño hace aquí?

La reacción que provoca mi presencia es exactamente la misma.

—¿Está Eden? —pregunta Cole sin esforzarse demasiado en sonar amable.

Yo me tomo un par de segundos de más para responder. No porque no lo sepa, sino por joder.

—No —contesto.

No añado un «Pasa y la esperas» ni un «Debe de estar a punto de llegar».

Cole asiente un par de veces.

—La esperaré —sentencia dando a entender claramente que va a pasar.

Yo me tomo otro par de segundos para apartarme y hacerme a un lado con la puerta y eso lo pone de los nervios. Misión cumplida.

—Por supuesto. Como si estuvieras en tu casa —añado cuando ya ha entrado.

Cole se detiene en seco al oírme y una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Lo es —responde tras volverse—. Al fin y al cabo, es el apartamento de mi novia.

Yo asiento dándole la razón, porque, ¡qué hostias!, la tiene.

Cierro la puerta con toda la tranquilidad del mundo y echo a andar hacia el dormitorio.

—Voy a darme una ducha —anuncio quitándome la camiseta absolutamente a propósito.

Porque el que vive con ella soy yo.

Diez minutos después estoy preparando la cena mientras Cole está sentado en el sofá respondiendo llamadas de trabajo e imagino que leyendo e-mails en el móvil.

La llave entrando en la cerradura, automáticamente, se queda con la atención de los dos. Es evidente que ambos la estábamos esperando.

—Hola —saluda Eden al aire entrando.

Frunzo el ceño. No ha sonado como siempre. Cole también se da cuenta y durante un absurdo segundo nos miramos.

Entonces, ella se gira y observa confusa a Cole, preguntándose qué hace aquí, pero eso no es lo más importante. Lo es que es obvio que ha estado llorando. Tiene los ojos hinchados, la nariz roja y la mirada demasiado triste.

—Eden —la llamo dando un paso hacia ella.

Pero Cole también lo da.

—Ey, ¿qué ha pasado? —pregunta llegando hasta ella y frotándole despacio los hombros.

Yo aprieto los puños junto a los costados porque no quiero que otro tío la consuele. Ese es mi puto trabajo, pero otra vez me ato en corto.

Eden lo mira. Va a hablar, pero un nuevo aluvión de lágrimas la pilla por sorpresa y acaba resoplando.

—Es el *storyboard* —dice finalmente—. El cliente me ha pedido echarle un vistazo a lo que tenía hasta ahora y no le ha gustado nada. Yo he intentado explicarle que aún no estaba terminado y que podía incluir los cambios que necesitara, pero me ha contestado que no entendía lo que él quería hacer, que no se sentía cómodo conmigo y le ha exigido al señor Walsh que me sustituya. Llevaba semanas dejándome la piel en este proyecto y ahora me lo han quitado sin ni siquiera darme la oportunidad de defender mi trabajo.

Un sollozo le hincha el pecho con fuerza, pero se obliga a dejar de llorar y se seca las mejillas con las palmas de las manos.

—El cliente es imbécil y Walsh lo es todavía más por aceptarlo —le dice Cole y por primera vez estoy de acuerdo con él—. He visto ese *storyboard*. Estabas haciendo un trabajo espectacular y tu jefe

también lo sabe. Lo que pasa es que ha preferido contentar al cliente aunque el resultado final vaya a ser de menor calidad.

—Es muy injusto —estalla alzando las manos, caminando por el salón para desahogarse un poco—. Llevo dedicándole semanas. —Se contiene para no gritar con los ojos llenos de lágrimas.

Entiendo cómo se siente. La he visto darlo todo, acostarse de madrugada, levantarse a primera hora sin dejar de lado el resto del trabajo, luchándolo para que ahora simplemente la aparten.

—Necesitas despejarte —comenta Cole acercándose de nuevo a ella y cogiéndola de la cintura. Yo tenso la mandíbula, controlándome, porque odio que la toque, odio que se crea con derecho a hacerlo—. Iremos a cenar a un restaurante de sushi increíble en Turtle Bay y después nos tomaremos un par de cervezas. Ya verás como te sentirás mejor. Para cuando acabe la noche, tendrás claro que tu jefe es un idiota y que, que te hayan quitado ese *storyboard* de encima, es el mejor favor que podían hacerte.

Tengo que contenerme para no soltar un resoplido irónico y fugaz entremezclado con una sonrisa cabreada y aún más breve. No la conoce para nada.

Ella baja la mirada.

—No sé, Cole.

Es obvio que no quiere decirle que no es eso lo que le apetece hacer porque sabe que se está esforzando en animarla.

—Lo pasarás genial —la presiona—. A mí siempre me funciona. Cuando tengo un día de mierda, es como un ritual. Buena comida, alcohol y solucionado.

—Cole, yo...

—Yo sé lo que necesitas.

—¿Qué tal una peli? —propongo dando un paso hacia ella porque no puedo un segundo más con este imbécil empujando en una dirección sin entender que lo que le funciona a él no tiene por qué ser lo que funcione a otra persona.

Sé que no está metiendo la pata a propósito, pero me dan igual sus putas buenas intenciones.

—Una de esas que me mezclan humor absurdo y suspense, como una partida de Cluedo.

—No te metas con el detective Benoit Blanc —replica con una sonrisa, aunque sigue llorando y la combinación hace que quiera follármela hasta que solo sonría.

Yo sonrío, nada grande, solo quiero reconfortarla, joder.

—Puedo recoger la comida en el *diner* de la 45. Estofado de ternera y tarta de chocolate, o podemos cenar palomitas. Tú eliges.

Noto cómo poco a poco se va relajando. La televisión, las películas, son una parte muy importante de la vida de Eden. A través de ellas, consigue calmarse o dejar de pensar. Siempre ha sido así. Un pijama, una peli y palomitas y puede sobrevivir a cualquier cosa.

—Estaría bien —responde apenas en un murmullo.

Sé que una parte de ella se siente mal por elegir el plan que le estoy proponiendo yo en vez del de Cole, aunque sea lo que necesita, como también sé que no ha ido ya a ponerse el pijama y a acurrucarse en el sofá porque le está dando la oportunidad a Cole de que se sume, de que diga «Genial, nos quedamos aquí, me encanta el maldito estofado de ternera» y me jode, como me han jodido pocas veces en mi vida, pero si Eden necesita que sea él quien se siente con ella, me iré a dar una vuelta y a beber a un puto bar porque esto va de ella, no de mí.

—Tienes que despejarte —insiste Cole.

—Lo del bar es una buena idea, pero...

—Necesita salir —añade endureciendo el tono, dirigiéndose a mí, interrumpiéndola—. No quedarse aquí a llorar.

Suficiente. Voy a coger a Eden de la mano, voy a apartarla de él y a ese imbécil voy a echarlo a patadas, pero su voz me frena en seco antes de que dé el primer paso.

—Cole, quiero quedarme aquí y ver la película. —Su voz todavía está inundada de lágrimas, pero suena muy segura.

Él frunce el ceño, aún más confuso, más molesto.

—Y si lo que querías era ver una película, ¿por qué no me lo has dicho desde el principio?

Eden lo mira completamente agotada.

—No lo sé, ¿vale?

—Ey —intervengo—, no la culpes a ella por no darte cuenta de lo que necesita.

Cole suelta una risa sin humor.

—Claro, y tú sí lo sabes, ¿no?

—¿Podéis parar? —nos pide Eden.

Me humedezco el labio inferior amenazante pero me contengo. Lo último que pienso permitir es que se sienta peor porque el imbécil y yo nos peleemos.

—Esto es la hostia —gruñe Cole entre dientes, llevándose las manos a las caderas—. Ved vosotros la película. A mí no me apetece.

Sin esperar respuesta, va hasta la puerta y por el camino coge el abrigo que dejó sobre la silla de Eden.

—Cole —lo llama ella saliendo tras él—, por favor.

Se quedan frente a frente.

—Me voy a cenar, ¿te vienes o no? —plantea por última vez poniéndose el abrigo.

Eden lo mira y yo no entiendo por qué no es capaz de ponérselo más fácil, tragarse la puta frustración y elegir lo que ella necesita.

—Quiero quedarme aquí. No me apetece estar en la calle.

Cole asiente.

—Sin problemas. —Le da un beso en los labios que a ella no le da tiempo a responder y abre la puerta—. Nos vemos mañana.

—Cole —lo llama girándose hacia él, pero el imbécil no se para y le cierra la puerta en la cara.

Eden se queda mirando la madera blanca. Los labios se le curvan en un puchero y más lágrimas empiezan a caer. Ya no solo se siente mal por el día de mierda en el curro, impotente, enfadada, sino que ahora encima se siente mal por no haber querido hacer lo que él quería.

Se acabó.

Camino decidido hasta ella y, tomándola por sorpresa, la cargo sobre mi hombro.

—¡Alex! ¿Qué haces?

No me molesto en contestar y, sin perder un solo segundo, voy hasta el dormitorio y la suelto en la cama.

—Ponte el pijama y elige la peli —le ordeno—. Yo voy al *diner*. Nos vemos en el sofá en cuarenta y cinco minutos.

48

Eden

El día en la oficina después de lo que pasó ayer es raro. Todos saben que me han quitado el *storyboard*. Incluso la nueva persona encargada de hacerlo se ha acercado esta mañana a mi despacho a decirme que lo siente mucho y que Wilson, el cliente, es un idiota.

Tengo más cosas que hacer y me pongo con ello. No voy a hundirme por esto, no es mi política, pero sí tengo en la cabeza todo lo que pasó con Cole. Le escribí más tarde, pero no me respondió.

No me quedé en casa viendo una película porque lo que propuso Alex, sino porque era lo que necesitaba y necesitaba que Cole estuviese también. Sé que puede parecer incomprensible... o no, pero me da igual. Cole me gusta. Me gusta estar con él y me habría encantado que se hubiese quedado. También entiendo que la mayoría de población mundial, cuando ha tenido un mal día, va al bar y le funciona, yo también lo he hecho alguna vez, pero no es mi *modus operandi*. Lo mío es estar en un sitio donde me sienta bien, ver una peli que me ayude a dejar de pensar y comer algo rico.

Y ayer funcionó, no voy a negarlo, pero también eché de menos a Cole y, sí, estaba Alex, y Alex es Alex y yo soy yo... Maldita sea, estoy entrando en bucle y a muy poco de hablar en voz alta mirando al vacío como las protas de las telenovelas.

A las cinco despejo mi mesa y salgo de la oficina. Después de tantos días dejándome las pestañas, creo que hoy me merezco salir a mi hora.

—Hasta mañana, Darren —me despido del guarda de seguridad con una sonrisa cuando paso junto a su mostrador en el vestíbulo

del edificio.

—Hasta mañana.

—Ey, ojazos —su voz llega en cuanto pongo los pies en Madison Avenue y son solo dos palabras, pero suenan diferentes, mi apelativo suena diferente.

Levanto la cabeza y me encuentro con Cole frente a mí, con las manos metidas en el bolsillo del abrigo, la cara de cansancio que te da no haber dormido demasiado bien la noche anterior y la expresión seria, un poco triste, un poco jodida.

—Hola —digo sin saber si quiere que me acerque o no después de cómo acabaron las cosas ayer.

Cole pierde su mirada un segundo a un lado de la calle, a ningún sitio en realidad, antes de hablar.

—Eden, siento mucho lo que pasó ayer —dice mirándome de nuevo.

Asiento y por un segundo bajo la cabeza antes de volver a levantarla.

—Yo quería estar contigo —contesto con la voz suave, aunque es obvio que se da cuenta de que también estoy triste y ya no tiene nada que ver con el *storyboard*.

—Me enfadé —se sincera— y lo perdí de vista.

—Sé que puede sonar tonto, pero cuando estoy mal lo que necesito es estar en un sitio donde me sienta segura y hacer esas estupideces.

—No suena tonto ni son estupideces —me corrige Cole—, es lo que necesitas y eso tendría que haber sido suficiente para mí.

Asiento y la verdad es que ya me siento un poco mejor. No se trata de que necesite que me validen, no va por ahí, pero sí necesitaba que él lo entendiera.

—Y yo quiero que sepas que insistí en que salieras porque pensé que te ayudaría.

—Lo sé —respondo.

Y ya no quiero seguir hablado, solo quiero abrazarlo y eso hago, cruzo la distancia que nos separa y lo abrazo con fuerza. Cole reacciona inmediatamente y me estrecha contra él.

—Gracias por venir —le digo cuando nos separamos.

—De nada.

Nos quedamos unos segundos así y me gusta la sensación de que todo esté simplemente bien.

—¿Te apetece que vayamos a tu apartamento? —me pregunta.

Yo vuelvo a mover la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero ¿puede ser caminando?

Cole duda.

—Es invierno —me recuerda.

—Lo sé, pero hoy no hace demasiado frío.

—Y tarde.

—No tanto —replico divertida.

Él mira a su alrededor y acaba negando con la cabeza.

—No lo entiendo —comenta—, pero vale.

Sonrío, Cole me pasa la mano por los hombros y empezamos a andar.

Me paso todo el camino contándole a Cole por qué me encanta recorrer Nueva York. Le explico los pequeños detalles que voy descubriendo, cómo cambian las perspectivas de los rascacielos dependiendo de la calle desde la que los veas y por qué adoro dibujarlos. Soy consciente de que no me presta demasiada atención, pero lo que me importa es que esté aquí.

—¿Compramos unos pastelitos para después de cenar? —pregunto señalando una pastelería francesa, diminuta pero increíble, justo cuando cruzamos Madison Square Park—. Está ahí, en el cruce con la 23.

—No me apetecen pasteles.

Le pongo cara de cachorrito y él resopla.

—Está bien, pero me debes una porque estamos haciendo todo lo que te gusta y es un coñazo.

Yo finjo no oírlo, ya lo estoy arrastrando a la pastelería.

Como he avisado, la tienda es diminuta, pero tiene muchísimos tipos de pasteles pequeñitos y todos tienen una pinta deliciosa.

—¿Cuáles te gustan? —pregunto inclinada para ver todas las baldas de la vitrina.

—Me da igual —responde concentrado en la pantalla del móvil. Trabajo—. Elige tú.

Me relamo mentalmente y al final elijo unos con varias capitas de chocolate y un bizcochito que desde aquí ya sabe bien.

—¿Llenamos esta bandejita? —me pregunta la dependienta enseñándome un trozo de cartón dorado.

—Sí, por favor.

La chica, ataviada con un precioso delantal decorado con dibujos de plantas aromáticas, está en ello cuando Cole regresa, me da un beso en la nuca y se coloca a mi lado.

Estamos en silencio esperando a que la empleada termine cuando caigo en la cuenta de algo.

—Disculpe, ¿los pastelitos que he escogido llevan nueces?

La mujer los observa.

—Sí.

Tuerzo el gesto.

—Pues entonces no podemos llevárnoslos, Alex es alérgico a las nueces.

Ella asiente comprensiva y empieza a colocarlos de nuevo en el expositor. Yo llevo la mirada hasta la vitrina pensando en cuáles elegir, pero entonces me doy cuenta de que Cole está muy quieto a mi lado.

Confusa, lo miro y frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que está enfadado.

—¿Y si yo sí quería esos pastelitos?

La mujer me mira de reojo. Yo me encojo de hombros.

—Pues nos los llevamos y cogemos otros sin nueces que Alex pueda comer. —Me vuelvo hacia la dependienta—. Disculpe las molestias, pero al final nos lo llevaremos, pero solo la mitad de la bandeja, para la otra mitad...

Observo de nuevo la vitrina.

—¿Qué tal estos? —le propongo a Cole señalando unos también de chocolate—. ¿Tienen nueces? —pregunto a la empleada, que niega diligente con la cabeza.

—Ni siquiera me has preguntado.

Yo lo observo sin entender nada.

—Acabo de hacerlo.

—No me refiero a ahora, estoy hablando de antes —contesta molesto—. No me has preguntado antes de decidir si cambiabas de pasteles por Alex.

—Porque he supuesto que no tendrías ningún problema. Antes has dicho que te daba igual cuáles eligiera.

—Y como Alex es alérgico a las nueces, ya no hay discusión, ¿verdad?

Vuelvo a tomarme un segundo para mirarlo.

—Cole, no estoy entendiendo nada —me sincero a punto de echarme a reír porque esto empieza a ser surrealista. ¡Él ni siquiera quería entrar en la pastelería!

—Piensas antes en Alex que en mí.

La frase me hace sentir culpable de manera automática porque lo cierto es que en parte tiene razón, pero es algo involuntario. Alex y yo llevamos juntos toda la vida, es memoria emocional o qué sé yo, pero en cualquier caso no tiene nada que ver con los pasteles.

—No —replico—, pienso antes en la persona alérgica que en la que no lo es.

—Quiero esos pasteles —gruñe.

—Y vamos a llevárnoslos —me contengo para no gritar—, y otros que no tengan nueces para que todos podamos comer.

Cole aprieta los dientes porque quiere seguir discutiendo pero sabe que no tiene margen y entonces lo entiendo: lo que quiere es que diga que nos llevaremos solo los pasteles con nueces porque él los quiere y si Alex no puede comerlos no es mi problema, pero es que yo no soy así, y no se trata de Alex, jamás llevaría cualquier tipo de comida donde supiera que hay una persona alérgica a alguno de los ingredientes a sabiendas sin llevarle algo igualmente valido que sí pudiera comer. Es decencia básica.

—Te espero fuera —gruñe y simplemente se larga.

La mujer me observa con una mezcla de empatía y un «Qué bien te entiendo» escrito en la expresión.

—Toma —dice tendiéndome un minipastelito de fresa y nata—, invita la casa.

Resoplo y lo acepto dándole las gracias. No voy a negar que lo necesite.

Las trece manzanas que nos quedan hasta casa se hacen larguísimas, rarísimas y un montón de «-ísimas» más. Llevo los pasteles, pero, en realidad, parece que estoy cargando con una bomba de relojería.

Cole no deja el tema estar. Según él, ni siquiera tendríamos que preocuparnos en qué va a cenar Alex porque vamos a mi apartamento a estar juntos y solos. Y tendría que haberle preguntado a él si quería esos pastelitos antes de decidir que Alex era más importante y blablá nueces, blablá pastelitos, blablá Alex.

Es la primera vez en toda mi vida que me arrepiento de haber entrado en una pastelería.

—Hola —saludo al aire entrando en el apartamento y dejando la bandeja de pastelitos sobre mi mesa. Necesitaba soltarlos ya. Era una cuestión psicomística surrealista.

Alex sale de la cocina.

—Hola —responde con una sonrisa.

Cole no le responde, a él no parece importarle y yo me hago la turista islandesa perdida porque paso absolutamente de todo.

—Estoy preparando la cena —explica Alex.

—Huele genial. Nosotros aportamos el postre —digo señalando la bandeja, tratando de sacudirme la tensión del camino—, pastelitos.

—No te preocupes —interviene Cole tirante—. Los hemos traído también sin nueces *por ti* —suelta haciendo hincapié en las dos últimas palabras.

—¿Puedes dejarlo estar, por favor? —le pido bajando la voz.

—¿Por qué? —replica Cole mordaz—. Es un detalle precioso. Resulta que Eden —explica girándose hacia Alex— había elegido unos pasteles, pero, al saber que tenían nueces, se ha deshecho de ellos sin pensar absolutamente en nada más. Solo en ti —se parafrasea señalándolo con las dos manos.

Alex me mira antes de llevar de nuevo su atención a Cole y contestar:

—Os lo agradezco.

—No, a mí, no —responde rápido Cole—. A ella. A mí nadie me ha preguntado —sentencia con rabia, prácticamente indignado.

—Esto es ridículo —estallo—. Tú ni siquiera querías pasteles, después has dicho que eligiera yo y lo he hecho y al final hemos traído los malditos pasteles con nueces —otra vez tengo que contenerme para no gritar y, de paso, lanzar los pasteles por la ventana para que se deslicen por la ventanilla del coche de alguien que acaba de suplicar «Mataría por unos pasteles», a lo película de Chevi Chase. «Yo mataría porque un ovni me abdujera ahora mismo y me llevase a una galaxia muy muy lejana, por hacerme miembro de la resistencia y por casarme con Pedro Pascal, que seguro que no me montaría este pollo ¡por unas condenadas nueces!».

—Tienes que disculparla —interviene Alex tratando de apaciguar la situación. Lo miro suspicaz. ¿Cuándo ha apaciguado nada Alexander Vandervilt? Él es más de alegrarse del río revuelto y recoger sus ganancias—. Tiene muy presente esa alergia porque una vez casi me mata.

Automáticamente frunzo el ceño.

—¿Cuándo?

No lo recuerdo.

—En el Waldorf. Acabé en Urgencias.

En cuanto pronuncia el nombre del hotel, hago memoria. Pienso. Pienso. Pienso. Incluso me siento mal por no recordarlo hasta que...

—¡Eso fue culpa tuya! —replico a punto de echarme a reír mientras avanzo un paso hacia él. Aquel desayuno entra en mi mente como un ciclón—. ¡Te comiste media bandeja!

—Dijiste que estaban riquísimos —contraataca dando un paso él también, dejándonos frente a frente—, que tenía que probarlos o me arrepentiría toda la vida. Me convenció tu melodramatismo —afirma.

Yo abro la boca indignadísima.

—Es que estaban realmente buenos y no sabían a nueces para nada.

Alex sonríe.

—No, la verdad es que no, pero igual acabé en Urgencias.

Al oírlo, tuerzo el gesto.

—Me sentí fatal —rememoro. Cuando lo vi perder el conocimiento, los ojos se me llenaron de lágrimas. Me dio igual que el doctor del hotel ya le hubiese suministrado la epinefrina y me hubiese

explicado que se pondría bien—. A cambio, no me separé de tu cama en toda la noche.

—De hecho —apunta con esa sonrisita irritante—, terminaste durmiendo en ella. La peor enfermera de la historia.

Lo miro francamente mal.

—Soy una enfermera alucinante. Tengo que recordarte que te he salvado recientemente, señor neumonía. —Alex se encoge de hombros pasando de mi fantástico e indiscutible argumento—. Además, aquella cama de hospital era muy grande, yo estaba muy cansada y tú estabas echándole un cuento increíble.

Alex niega con la cabeza, los dos vamos a seguir protestando, pero otra voz es más rápida.

—¿Te acuerdas de que estoy aquí, joder?

En ese mismo segundo, mi cuerpo se tensa y siento cómo el estómago se me encoje porque, sí, por un momento, he olvidado que estaba aquí.

—Cole... —lo llamo girándome hacia él.

—No, esto es de coña —replica todavía más cabreado que antes.

—Lo siento, vale. Hemos empezado a hablar y...

—Eres mi novia —sentencia interrumpiéndome— y solo necesitas un puto segundo para perderte en cualquier anécdota con él.

—Es nuestra... historia —trato de explicarle a falta de una palabra mejor—, pero no quiero que te quedes al margen.

—Pues perdóname que no me guste que la chica con la que salgo tenga una historia tan sentida con el tío con el que vive.

—Cole, las cosas no son así.

—No quiero que siga viviendo aquí.

¿Qué?

—Alex es mi amigo —le recuerdo aturdida.

—Alex quiere meterte en su cama.

Esa frase me molesta. No puede reducir lo que tenemos a eso. Pero la misma idea también me hace sentir culpable.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¿Te crees que soy ciego, que no veo las cosas que hace? —prácticamente grita señalando a Alex, que no responde, simplemente se queda quieto manteniéndole la mirada. Cole aprieta

los dientes tragándose las ganas de solucionarlo directamente con él y vuelve a mirarme a mí—. Eden, me gustas muchísimo y de verdad creo que puede funcionar, pero necesito a mi lado a una mujer a la que solo le importe yo. Así que tienes que elegir. Ahora. Él o yo.

49

Eden

No dice «quiero ser tu prioridad», cosa completamente comprensible. Dice solo «yo». No soy ninguna estúpida, sé que Alex no se lo ha puesto fácil, pero no quiero echarlo de mi vida. Es parte de ella. Igual que Val, que Ted, que Mellow, que mi familia. ¿También va a enfadarse cuando piense en las necesidades de ellos?

Yo también quiero ser la prioridad de alguien, quiero que me quieran más que a nada, que sea incondicional, pero entiendo que no voy a ser la única constante en la vida de nadie y es justo.

Miro a Cole, no a Alex, porque, en realidad, no tiene nada que ver en esta conversación.

—Me elijo a mí —contesto y, aunque duele, muchísimo, tengo claro que no me estoy equivocando—. No quiero ser la clase de persona a la que solo le importa su pareja. Quiero ser la clase de persona a la que su pareja le importa más que nada pero tiene más personas en su vida por las que también se preocupa.

Cole traga saliva, manteniéndome la mirada.

—¿De verdad crees que vas a poder tener una relación normal mientras él siga aquí —plantea enfadado, dolido, señalando a Alex—, que va a permitirlo?

No contesto porque, francamente, no es una respuesta de sí o no y, aunque lo fuera, tampoco sabría qué contestar, no quiero planteármelo. Lo único que me gustaría es que Cole dijera «Lo siento, hagamos una hoguera, quememos los pasteles y olvidémonos de todo»... Pero lo cierto es que tampoco me serviría.

Ha dicho lo que ha dicho, quiere lo que quiere, y no hay ninguna posibilidad de que yo encaje ahí.

—Buena suerte, Eden —sentencia.

Mira con desprecio a Alex una vez más y se marcha.

Yo me quedo mirando la puerta, asimilando que mi relación acaba de terminarse por algo tan estúpido que casi da risa y, al mismo tiempo, ha terminado haciendo estallar algo tan grande que ahora me tiene pensando si tengo futuro sentimental o si debería ir comprándome un montón de gatos y un jersey de punto. Al primero lo llamaré Tom y al segundo, Jerry. Ya es hora de que estén en el mismo bando.

—¿Estás bien? —pregunta Alex.

—¿De verdad tenías que contar esa anécdota? —pregunto a mi vez, pero en el fondo ya sé la respuesta—. No podías decir: «Oh, gracias, me voy a la cocina y desde allí saltaré al rellano para dejaros intimidad». No —cada vez estoy más enfada con él y se lo demuestro—, tú tenías que contar una historia para provocarlo y hacerme entrar de lleno y crear nuestra pequeña burbuja perfecta y maravillosa de intimidad para dejarlo fuera.

Alex asiente y entonces camina despacio hacia mí, cadencioso, lleno de seguridad, exactamente como el estúpido Alexander Vandervilt.

—Hacen falta dos para crear una pequeña burbuja perfecta y maravillosa de intimidad —repite mis propias palabras engreído, disfrutando el muy...

—¡Lo has hecho a propósito! —estallo extendiendo las manos.

—Claro que sí —contesta sin arrepentirse ni siquiera un poco—. Es que es gilipollas.

—Me gustaba —gruño.

—Lo que demuestra que Chicago no te sentó nada bien.

Abro la boca indignadísima y él se encoge de hombros displicente.

—Eres lo peor.

—Puede ser —admite—, pero, para tu próximo novio o chico con el que estés o lo que sea, por favor, haznos un favor a los dos y, sea yo o no, elige mejor.

¡No lo soporto!

—¡Ni de coña vas a ser tú!

—Perfecto. Viviré con ello.

—¿Por qué no podías dejar en paz a Cole?

—Porque te mereces a alguien mejor y tú también lo sabes —contesta como si fuera obvio, sin dudas, tan seguro ¡que me entran ganas de tirarle algo a la cabeza!—. Solo estás enfadada porque te has quedado sin excusa para no tener que mirar de frente a esto —sentencia señalándonos a los dos.

—Despierta, Vandervilt, no hay ningún *esto* —replico imitado su gesto.

Alex se queda mirándome, estudiándome, y yo dejo que lo haga porque solo va a encontrar ira homicida y la fantástica idea de llamar a uno de mis futuros gatos Scooby y, al otro, Doo.

—¿Va en serio? ¿De verdad piensas que no hay nada entre nosotros? ¿Es lo que has dicho?

—Alto y claro —afirmo aún más insolente.

Alex resopla una risa.

—Eres una cobarde.

—¿Qué? —replico con voz aguada—. ¿Crees que tengo miedo a afrontar lo que siento por ti?

—Yo habría dicho que tienes miedo a que follemos y te vuelva tan loca que tengas que admitir que todavía estás enamorada de mí —especifica, y es mi turno de dejar escapar una risa sin humor al tiempo que me llevo las manos a las caderas cabreadísima porque sea tan chulo, pero también teniéndome que contener para no apretar los muslos, ¡porque soy un ser humano muy complejo!—, pero me vale cómo lo has explicado tú.

—Yo no tengo miedo a gestionar mis emociones. No soy tú, Alexander.

«*Boom*. Donde las dan, las toman, Vandervilt.»

Él entrecierra los ojos, ladeando la cabeza, asimilando el golpe.

—Claro, se te da genial —replica—. Por eso te escondiste un año en Chicago.

Qué hijo de puta.

—Lo hice por mí. No tuvo nada que ver contigo —contesto todavía más enfadada.

—Te fuiste para olvidarme —sentencia igual de cabreado que yo— y puedes hablar de reconstrucciones, de procesos o lo que te apetezca, pero al final fue eso.

—¿Y qué si lo fue? Tenía todo el derecho.

—Y yo pagué por ello, joder.

Por un momento esa frase nos deja callados a los dos porque su voz se rompe un poco por la rabia, pero también por el dolor. Yo recuerdo el mío propio y lo duro que fue aprender a no echarlo de menos en Chicago. Y sé que Alex sufrió por él, pero también por mí. Desde luego, un año para el recuerdo.

—Pero ahora estamos aquí, Eden —reconduce la conversación—, y tienes que enfrentarte a lo que está pasando.

Lo miro. Siento el corazón latirme rápido, constante y cada golpe es como un paso en una cuenta atrás, como una grieta en cada una de las murallas que me he pasado tanto tiempo intentado levantar.

La fiesta. Camille. Los «Eres una cría». ¡Los «No puede ser»! ¡Un año! ¡Necesitándolo! ¡Sola!

—¡Te odio! —grito con todas mis fuerzas y Alex traga saliva aguantando el golpe—. ¿Eso es lo que querías oír? Te odio y es lo justo. *Tú* —lo señalo a la vez que hago hincapié en esa palabra— decidiste que no podíamos estar juntos, después decidiste que sí y, ahora, un año después, te plantas en mi vida dispuesto a recuperarme y no soporto la idea de que vayas a conseguirlo sin sufrir. ¡Quiero que sufras!

¡Quiero que lo pase mal! ¡Que llore por mí! ¡Que sobreviva a base de chistes malos y series de Netflix! Que le duela hasta quedarse sin aire. Los ojos se me llenan de lágrimas sin poder controlarlo. Quiero que le duela igual que me dolió a mí.

Alex aprieta los puños junto a los costados conteniéndose para no cruzar la habitación y abrazarme.

—¿Crees que no he sufrido, Eden? La fiesta de compromiso fue el puto peor día de mi vida —ruge con la voz ronca.

—¡De la mía también!

—Pero tú te largaste. ¡No sabía dónde estabas, Eden! ¡Un año! ¡Un maldito año entero!

—¡Te llamé para contártelo y no me cogiste el teléfono!

Todavía recuerdo aquella noche. Solo quería oír su voz. Solo quería que me dijera que aún podíamos arreglarlo.

—¡No pude hacerlo! —contesta y suena desesperado, con el desahucio tatuado en la piel, como si aquella noche también lo hubiese perseguido todo este tiempo—. Si lo hubiese hecho, habría ido a buscarte y te habría besado hasta convencerte de que me perdonaras.

Una lágrima cae por mi mejilla. Ojalá lo hubiese hecho.

—Y después entendí que estaba enamorado de ti. Sé que tarde, joder, que fui un estúpido, pero nadie quería decirme dónde estabas. ¿Te haces una idea de a cuántos sitios fui a buscarte? ¡Me volví loco!

—¡No me importa!

—¡Estaba desesperado!

—¡Genial!

¡Se lo merecía!

Los dos volvemos a quedarnos callados, las respiraciones cada vez más aceleradas.

—No paraba de pensar que podías estar triste o sola y yo no estaba allí —su voz suena diferente.

—Te echaba de menos. Quería que estuvieses allí.

La mía también. Tomo una bocanada de aire y giro sobre mí misma para poner un poco de espacio entre los dos, pero en realidad no voy a ninguna parte porque no quiero, porque esto duele, pero mi corazón también lo necesita, poner las cartas sobre la mesa, la partida definitiva.

—Y tú vas y sales con el gilipollas de Cole.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú no estabas celoso de Cole.

—Yo quería matar a Cole.

—Porque eres un obseso del control y posesivo y territorial.

—Y a ti te encanta —suelta con esa mirada de «No puedes esconderte, sé que lo has disfrutado».

—Vete al infierno.

—De nada —sentencia sexy a rabiar.

Le mantengo la mirada con mi cuerpo completamente revolucionado porque otra vez esa actitud engreída y casi salvaje

hace que sienta una mezcla nivel choque de fuerzas de un caballero del zodiaco con una Sailor Moon. Tengo las mismas ganas de darle una bofetada que de desnudarlo.

—Estaba celoso, Eden —afirma dando un paso hacia mí con la voz dura, calmada—. Te tocaba, te besaba, te hacía reír. ¿Cómo crees que me sentía cada vez que te veía reír con ese imbécil?

—Tú te comportabas como si tuvieses claro que no ibas a perder —le echo en cara irritada.

Alex esboza una media sonrisa.

—¿Cómo te comportabas tú con Lindsey o con las otras chicas? Nunca te enfadaste. Nunca montaste una escena.

—Si hubiese tenido que montar una escena cada vez que te acostabas con alguien, nuestra vida se habría convertido en la Scala de Milán. Eres un mujeriego, Alex.

—Era —me corrige, y una sola palabra hace que el corazón se me agite contento—. Y si nunca montaste una escena es porque sabías algo que yo no entendía todavía.

Me obligo a mantenerle la mirada, pero no puedo evitar morderme el interior de la mejilla. Cualquier cosa antes de reconocerle que tiene razón porque, sí, odiaba verlo con otras chicas, pero al mismo tiempo sabía que ninguna de ella obtendría nada más allá de una noche de sexo.

—¿Crees que habría dejado a Lindsey cantar en mi coche?, ¿habría comido con ella en mi despacho o la habría llevado a caballito durante quince manzanas porque estaba cansada?

No necesito preguntármelo porque sé que no. Lo nuestro era diferente, lo sigue siendo, y ni Lindsey, por mucho que se esforzara, ni Cole, por mucho que me esforzara yo, podían ocupar nuestros lugares.

Pero al final da igual cuánto hablemos, las cosas que reconozcamos o las que no porque algunas siguen doliendo igual.

—¿Y a Camille? —pregunto y ninguno de los quiere oír ese nombre—. ¿La dejaste?

—Comprometerme con Camille ha sido el mayor error de mi vida.

Niego con la cabeza incluso antes de que termine porque vuelvo a sentirme como en esa condenada fiesta de compromiso. Vuelvo a

sentir la rabia, la maldita herida abriéndose. Ha pasado un año y el enfado sobrehumano sigue ahí, ocupándolo todo hasta impedirme respirar.

—Y, para que conste, nunca la besé, nunca la llevé en mi coche, nunca dejé que se acercara porque simplemente no soportaba tenerla cerca.

—Me da igual. No cambia nada.

Rabia. Tristeza. Dolor. Eso es lo que siento.

Alex toma una bocanada de aire sin levantar sus ojos de mí.

—Eden...

—No cambia nada —lo interrumpo a punto de gritar otra vez.

Nos quedamos callados. Nueva York cuatro plantas más abajo sigue girando, como el mundo, pero nosotros no porque yo me he cerrado en banda. Alex necesita que entienda que Camille no significó nada para él y lo sé y lo creo, pero sigo odiándolo a él, a ella, ¡todo!... Y en el fondo es solo mi última muralla porque lo que estoy es muerta de miedo a volver a entregarme con todo y volver a perder.

—¿Pues sabes qué? —dice Alex dando un paso hacia mí. Ya no hay arrogancia. Ya no hay ironía ni rabia ni dolor. Solo él—. No lo parece. Porque llevamos viviendo juntos tres semanas y yo llevo en mi hogar tres putas semanas y sé que tú también.

Pronuncia la última palabra, se da media vuelta y se dirige hacia el dormitorio y yo empiezo a pensar demasiadas cosas, demasiado rápido, pero una salta una y otra vez. Una siempre sobrevive. Siempre vuelve. Siempre está ahí.

Así que dejo de pensar y simplemente hago lo que quiero hacer.

—Alex —lo llamo.

Él se gira al tiempo que se detiene. Yo ya he salido disparada en su dirección. Rodeo su cuello con mis brazos, enterrando los dedos en su pelo, obligándolo a inclinarse hacia mí, y lo beso con fuerza.

Tarda en reaccionar un solo segundo. El tiempo justo para que la sorpresa se transforme en una necesidad salvaje.

Sus manos grandes y cálidas rodean mi cintura con una firmeza que me corta el aliento y me estrecha contra él al tiempo que se

endereza. Me levanta del suelo de un solo movimiento, sin el menor esfuerzo, haciéndome sentir diminuta y completamente suya.

El beso se vuelve más profundo, más intenso, un asalto implacable que me nubla la mente. Su lengua reclama mi boca con un hambre que me hace soltar un gemido ahogado contra sus labios, logrando que cada pedazo de mi cuerpo se rinda a él de inmediato.

El calor que emana de su pecho se filtra a través de su ropa, de la mía, incendiándonos. Mis pies cuelgan en el aire mientras me aferro a sus hombros perfectos, perdiendo la noción de dónde termina mi respiración y dónde empieza la suya. Alex controla el ritmo, devorándome con esa desesperación contenida de quien lleva una eternidad esperando este maldito segundo, anclándome a su cuerpo como si tuviera miedo de que volviera a desaparecer.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando nos separamos apenas un par de centímetros, buscando desesperadamente el aire. Nos quedamos suspendidos en ese instante, con el corazón de los dos latiendo al mismo ritmo caótico. Sus manos aún siguen fijas en mi cintura, apretando mi piel con una posesividad que me hace temblar, y mis brazos continúan enredados en su cuello.

Me baja despacio, agónicamente lento, deslizando mi cuerpo contra el suyo. Todo, sin dejar de mirarnos a los ojos. Sin dejar de sentir nuestros corazones latiendo demasiado rápido.

Pero entonces mis pies tocan el suelo y el miedo vuelve porque estoy delante del único hombre que he querido en mi vida y del que más daño me ha hecho.

—Me voy —digo y ya me estoy moviendo.

Me separo de él, cojo mi abrigo en dirección a la puerta y me marcho.

50

Eden

No tengo ni idea de a dónde ir, así que simplemente camino como un personaje triste de un anime, solo que con las piernas proporcionadas y los ojos y el pecho de un tamaño normal. Todo se ha desmoronado como un castillo de naipes. Yo... Ahora es cuando empiezo una línea de pensamientos muy elaborada en la que afirmo que Alex y yo no estábamos viviendo juntos, sino que lo estaba dejando quedarse en casa porque no tiene a dónde ir, pero, afrontemos la verdad, echarlo mientras estaba delirando por la fiebre habría sido una cabronada, mandarlo en taxi a casa de Ted después, no. Y si a nuestro amigo le gustaba demasiado la vida de soltero y sus vivarachas compañeras decidían colarse en su habitación, bueno, pues tenía dos opciones: enseñarles la puerta o cobrar por ello a lo gigoló europeo con talento.

No me gusta esa última posibilidad. Las amigas vivarachas de Ted tendrán que buscarse otro *cowboy* de medianoche.

Con respecto a que Alex fuese territorial, claro que me daba cuenta... un poco... suficiente. Pero me gustaba. El estúpido Alexander Vandervilt tiene razón, porque disfrutaba de verlo celoso, de que no le gustase que Cole me tocase. En mi maltrecha defensa, nunca lo provoqué con Cole.

Cole.

Tuerzo el gesto. Cole me gustaba. Y odio que las cosas se hayan acabado por unos pastelitos de nueces... aunque sé que eso ha sido el detonante, el minion loco prendiendo la mecha. El problema real es Alex, somos Alex y yo.

—Somos un problema —murmuro y odio vernos así, pero Cole tiene razón, ¿Qué relación sana pretendo construir con Alex en mi vida de esta manera?

Así que esa es la pregunta del millón, Eden Lockhart, ¿quieres a Alex en tu vida así o quieres salir al mundo y conocer a alguien que con un poco de suerte no sea un asesino en serie ni un narcisista, sea amable y folle bien?

¿Tinder o Alexander Vandervilt?, esa es la cuestión.

Delante de mi edificio respiro hondo. Estoy segura de que debe de estar subiéndose por las paredes, con el instinto protector revolucionado, pero también sé por qué no me ha llamado. Sabe que necesitaba tiempo, pensar, y se ha obligado a dármelo.

Llego a mi cuarto sin ascensor y, por primera vez desde que estoy viviendo aquí, la subida al Kilimanjaro se me hace corta.

Meto la llave en la cerradura.

Respiro hondo.

Has elegido al asesino de Tinder que folla bien... No, espera, la metáfora no era así, bueno, pero la idea está clara. Sabes lo que tienes que hacer, hazlo...

Qué sencillo parece, qué difícil es.

Empujo la puerta. Entro. Y entonces lo veo, sentado en el sofá, con el pelo revuelto por haberse pasado las manos por él. Con los ojos gris acero preocupados, acelerados, todavía con un poco de rabia. Guapísimo.

Toma una bocanada de aire sin apartar la mirada de mí mientras yo me quedo quieta con una mano sosteniendo aún las llaves en la cerradura, agarrándome a ella como si me estuviese agarrando a la decisión que ya he tomado que a cada segundo que pasa delante de él parece más lejana, más vacía, más estúpida.

Cole me gustaba, pero no era Alex.

Los asesinos en serie que follan bien probablemente tendrán su atractivo, pero no son Alex.

El problema es que yo no puedo volver con Alex porque algo dentro de mí sigue teniendo rencor y miedo, qué emociones tan humanas y tan jodidas y qué difíciles son de soltar.

Saco las llaves y cierro. Por un momento me siento derrotada, como si hubiese estado luchando contra un huracán, y puede que sea así, el huracán llamado «Llevo queriendo a Alexander durante más de una década, lo quiero todavía, muchísimo». —«Demasiado para mi propio bien», diría la abuela de Alex si estuviera al tanto de mi situación sentimental actual—. Pero es la realidad. Sigo enamorada de él en contra de mi voluntad, qué poético y qué gran putada.

Y a pesar de todo esto, ¿qué es lo único que quiero hacer? Sentarme en ese sofá y acurrucarme contra él porque sigue siendo mi lugar seguro en el mundo.

No es una derrota, decido de pronto. No es dejar de luchar. Quizá solo es cuestión de tiempo. Volver a encontrar el camino. Es como Chicago. Y mi Chicago ahora se llama Alex y tenemos que aprender a cómo ser parte de la vida del otro.

Camino hasta el sofá quitándome los zapatos y me siento a su lado, inmediatamente le levanto el brazo y lo dejo caer sobre mis hombros a la vez que me acomodo contra su costado con la cabeza en su pecho.

Él se deja hacer como el millón de veces anteriores y aparentemente vemos la película; aparentemente también, aunque no se puede juzgar hasta el final, es bastante mala. Es nuestro sino.

—¿Cole se acabó? —pregunta sin que nos movamos, sin que ninguno de los dos levante la vista de la pantalla.

—Cole se acabó —confirmo.

Más minutos de silencio, fingiendo que nos interesa muchísimo lo que le está pasando a Henry Cavill en Praga.

—No somos novios —le dejo claro.

La frase cae entre los dos y va calándonos poco a poco. Al final lo noto asentir.

—¿Y estamos juntos? —plantea el muy...

Yo aprieto los labios conteniéndome por no recurrir a la violencia.

—Eres terriblemente idiota —sentencio.

Alex rompe a reír por mi vehemente reacción y, aunque no quiero, ¡es un desgraciado!, dos segundos después rompo a reír también.

El ambiente va relajándose, la tensión, esfumándose, transformándose, porque eso es lo que pasa cuando estamos juntos. Es fácil.

—Eden —me llama al cabo de un tiempo indefinido.

—Humm —respondo concentrada en la peli de verdad, más tumbada ya sobre él que sobre el sofá, mientras Alex me acaricia la espalda.

—Voy a recuperar el Vandervilt Group.

Me levanto de golpe y lo miro a los ojos.

La hostia.

51

Alexander

No es algo que haya decidido de repente. Tampoco es una epifanía. Es una puta realidad. Dejé que me quitaran el Vandervilt Group porque tenía algo más importante que recuperar, lo más importante, pero Eden ya ha vuelto a mi vida, puede que no como quiero, pero está aquí, así que es hora de ajustar cuentas con la junta y con mi padre.

—¿Va en serio? —pregunta.

Me incorporo hasta enderezarme un poco más en el sofá porque hay algo que quiero que tenga claro por encima de todo lo demás.

—No voy a volver a tomar decisiones por los dos —sentencio.

A ella se le ilumina la mirada y a mí me late como un loco el puto corazón, justo antes de que niegue con la cabeza y se obligue a bajarse de la nube. Lo entiendo.

—Tú y yo no estamos juntos —me recuerda y sé que le duele decir esas palabras. Por eso, entre otras cosas, le debo ser sincero al cien por cien.

—Tampoco lo estábamos antes y escogí por los dos. —La fiesta de compromiso se pasea por mi cabeza como si tuviese instalado dentro un maldito proyector. A veces creo que nunca voy a poder olvidarme de aquella noche—. He aprendido de mis errores.

Una suave sonrisa se cuela en los labios de Eden porque sabe exactamente por qué lo he dicho y también lo que conlleva que no esté dispuesto a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Chico listo —afirma.

Y el inicio de una sonrisa se cuela en los míos. Joder, pienso pasarme el resto de mi vida compensándola.

—Así que, antes de mover ficha con mi padre o con la junta, quiero saber si estás bien con esto.

—No quiero que te pelees con tu padre —contesta rápido—, y no es por él, es por ti —me aclara moviendo las manos. Sin darse cuenta, se recoloca en el sofá sentándose sobre sus rodillas y se acerca más a mí.

Yo sonrío porque me parece la cosa más adorable del mundo, porque me pone de un montón de maneras diferentes que se siga preocupando por mí y porque no puedo pensar en otra cosa que no sea tocarla por todas partes cada vez que me busca y se acerca sin ni siquiera ser consciente de ello.

—No quiero que vuelva a hacerte daño.

Niego con la cabeza, buscando tranquilizarla, pero también domar mi propia rabia por todo lo que pasó el día que salí de la mansión Vandervilt. Mi padre mirándome con desprecio, mi madre llorando en silencio en el sofá... La tinta de la firma de mi despido ni siquiera se había secado y él ya me estaba diciendo que había decepcionado a todos en mi familia y que había perdido la maldita cabeza por no entender que para un Vandervilt lo primero es la empresa.

—No va a hacérmelo —le aseguro sin dudar—. No voy a permitírselo.

—¿Cuál es el plan?

—Demostrarle que se equivoca. El Vandervilt Group es muy importante para mí, es lo justo, pero no es lo más importante y eso no me convierte en un CEO peor ni menos centrado.

—¿Y cómo vas a hacerle entender eso? Tu padre tiene grabada a fuego la idea de que lo primero es la compañía.

—¿Vudú? —planteo torciendo los labios.

Eden entrecierra los ojos sobre mí.

—Tú consigue la foto de Sullivan, yo me encargo de la gallina.

Los dos sonreímos y antes de que me dé cuenta tiro de ella y vuelvo a dejarla caer sobre mi pecho al tiempo que yo lo hago sobre el tresillo. Eden se acomoda de inmediato, cruzando los brazos sobre mí y apoyando la barbilla en ellos para seguir mirándome.

—Tendrás que convencer a la junta.

—Sé cómo. Lo que más les gusta a esa pandilla de buitres es el dinero y nunca han ganado más que conmigo al frente.

—Sigues siendo accionista.

—Uno con las cuentas congeladas, pero sí.

—Y tienes derecho a pedir una reunión extraordinaria.

Yo sonrío, dándole a entender que está pillando mi plan.

—Eres lista, Lockhart.

—El problema es el voto de tu padre.

—Podría mentir, aparecer en la mansión, decir que me lo he replanteado todo, que he aprendido la lección y, una vez que recuperase el puesto, hacer lo que me diese la gana, pero no quiero hacer las cosas así. Pienso ir de frente.

Eden suspira.

—Eso es lo que me preocupa.

—Si de verdad le importa la empresa tanto como dice, sabe que no va a encontrar a nadie mejor para dirigirla.

—Ni más humilde —me fastidia rápida.

Yo pongo los ojos en blanco como respuesta y ella sonríe encantada por haberme molestado.

—No se trata de jugar sucio, aunque lo haré si no me deja otra. Esto va de demostrarle que, si me deja fuera, el Vandervilt Group pierde y hacerlo de tal manera que no pueda negar la evidencia.

—Puedo ayudarte a recabar toda la información que necesites —se ofrece incorporándose de golpe—, no sé, a preparar la reunión, a estudiar a los otros accionistas, y estoy segura de que Val, Mellow y Ted también. Podemos vernos todos aquí mañana y empezar con el plan.

—Si hacemos eso y vienen aquí, van a hacer un montón de preguntas, empezando por por qué vivo aquí.

Eden niega con la cabeza.

—La primera sería por qué ellos no lo saben. Y sería Val.

—Sería Ted —la corrijo y los dos sonreímos porque sabemos que tengo razón.

Los gestos se apagan despacio y entramos en ese silencio cómodo que nos acompaña muchas veces.

—Sé que quieres mantener que vivo aquí en secreto.

Es algo que solo nos incumbe a ella y a mí y, si quiere mantenerlo en secreto, tiene todo el derecho y pienso asegurarme de que sea así.

Ella se encoge de hombros a la vez que toma una bocanada de aire.

—No voy a admitir que estoy deseando que me interroguen y, como sabes por propia experiencia, somos una pandilla de amigos un poco disfuncional y los límites, la intimidad y esas cosas no se nos dan demasiado bien.

Sonrío, yo no nos habría descrito mejor.

—Pero también creo que, que recuperes una parte de tu vida que te has ganado a pulso, es un buen motivo para que nuestro secreto deje de ser secreto.

—¿Significa que te parece bien que vuelva a ser CEO?

—¿Qué pasaría si dijera que no?

La miro, atento a cualquiera de sus reacciones.

—Que intentaría que entendieras mi punto de vista y puede que usara un par de trucos para procurar convencerte.

Sigo siendo yo y sigo queriendo salirme con la mía. La diferencia es que antes pensaba que la mejor decisión justificaba todo lo demás, ahora sé que no.

Eden sonríe y sé que lo está haciendo en contra de su voluntad porque ahora mismo le parezco un descarado. Me da un manotazo en el costado, pero, aunque tiene carácter, está en una forma física lamentable.

La comisura de mis labios se eleva en el inicio de una sonrisa por su reacción, pero antes de hablar me fuerzo a borrarla. No quiero que tenga ni una sola duda de que voy completamente en serio.

—Pero, si después de eso siguiese siendo no, sería no. Te lo he dicho. Se acabó decidir por los dos.

Ese es el puto quid de la cuestión. Somos dos, decidimos los dos. Así de simple. Y si hace un año yo lo hubiese comprendido, nos habríamos ahorrado todo lo que pasó.

Eden me sigue mirando. La conozco mejor que a nadie. Ahora mismo está sintiendo demasiado. Tiene motivos.

Yo quiero que decida libremente, así que me toca comerme toda la jodida expectación.

Ella guarda un silencio que se me hace interminable y finalmente una preciosa sonrisa aparece en su expresión.

—¿Qué va a ser, Lockhart?

El corazón me late como un loco.

—Va a ser un regreso alucinante al mundo ejecutivo, Vandervilt.

Sonrío, casi río, con la adrenalina a mil y la idea de que voy a trabajar muy duro porque no pienso perder.

—Genial.

—Además, tienes demasiados trajes de corte italiano a medida para desperdiciarlos, y no sé si te han llegado rumores, pero no te quedan del todo mal —se ríe de mí.

—No necesito trajes para que me mires embobada —replico desdeñoso.

—Te lo tienes demasiado creído.

—Me cosificas cantidad de veces —protesto haciéndome el indignado.

—Pienso decirle a Ted que creo que es más guapo que tú.

—¿A él también vas a cosificarlo?

—Sí, pero no va a gustarle tanto como a ti.

Yo me humedezco el labio inferior amenazante tratando de ocultar una sonrisa como respuesta. Tiene razón.

Y Eden sonríe con esa insolente cara de listilla antes de girar la cabeza, apoyar la mejilla en mi pecho y seguir viendo la película. Porque sabe que tiene razón.

***

Los días siguientes son una auténtica locura. Montamos el cuartel general de la operación Rosquilla —no tengo ni idea de por qué la hemos llamado así, fue idea de Ted— en el salón del apartamento.

La primera tarde que nos reunimos aquí, nos tocó aguantar una charla combinada con una batería de preguntas dignas de Larry King durante más de cuarenta minutos y a tres voces. Nunca me he sentido tanto en un tribunal militar como entonces.

Sin embargo, es más que obvio que debajo de todas las preguntas, las protestas y las amenazas si no vuelven a ser informados puntualmente, los tres se alegran de que volvamos a estar bien.

Recopilamos toneladas de información. Mi padre no tomó la precaución de anular mis claves, así que sigo teniendo acceso a todo tipo de informes del Vandervilt Group. En este año que he estado fuera las acciones han bajado un 2,8 %, algo que imaginaba, y aunque no hemos perdido ningún socio o proyecto importante, tampoco hemos ganado ninguno.

Preparamos gráficos, informes minuciosos y lo que es mi fuerte: un plan de expansión. Me lleva casi dos semanas, pero consigo cerrar dos nuevos tratos de lo más beneficiosos, que solo se confirmarán si vuelvo a la silla de CEO.

Y, si todo va como espero, eso pasará en la junta extraordinaria de mañana.

Estoy repasando el informe por decimonovena vez mientras Eden se ducha. Intento concentrarme, pero acabo sonriendo cada diez segundos aproximadamente. Es la persona que más desafina del planeta. Si Taylor Swift escuchara la versión de sus grandes éxitos que estoy escuchando yo, es casi seguro que la demandaría. Iba a tener que dejarme una pasta en abogados.

Justo en ese momento llaman a la puerta. Doy por hecho que será Ted y abro sin levantar la vista del papel, pero entonces oigo dos cosas:

—Hola, hijo —la voz de mi madre.

Y la de Eden cantando en falsete el final de *Karma*.

52

Alexander

Me quedo paralizado. Hace un año que no la veo. Y precisamente, la última vez que lo hice, ella llorando en el sofá, aparece delante de mí sin que nadie la haya invitado. Ella también me mira a mí, como si pudiera comprobar a distancia si como bien, si duermo bien, si soy feliz.

Entonces la voz de Eden, más alta y más desafinada todavía, irrumpe entre los dos:

—*Karma is the guy on the Chiefs*. ¡Gracias, Nueva York!

La tensión lucha a muerte por seguir, pero es muy difícil competir con eso.

—Bueno, no se le puede negar el entusiasmo —comenta mi madre con el inicio de una sonrisa.

—Es que es el final del concierto —contesto.

Pero es imposible mantener la solemnidad y los dos sonreímos abiertamente.

—¿Puedo pasar? —me pregunta.

Asiento y me hago a un lado con la puerta.

Mi madre entra caminando despacio. Lleva uno de sus elegantes vestidos y uno de sus elegantes abrigos, con el pelo y el maquillaje perfectos. Eleanor Vandervilt en toda su extensión.

No se me escapa el detalle de que aprovecha cada paso que da para observar el apartamento.

—¿Estáis juntos?

Lo plantea cuando repara en las mantas dobladas en el sofá bajo la almohada.

—No.

—Pero vives aquí —parece una pregunta, pero en realidad lo está afirmando—. Diría que es complicado, pero sois vosotros, así que será absurdamente complejo y absurdamente sencillo a la vez.

Pienso en la descripción y no puedo evitar que la comisura de mis labios se eleve en algo parecido a una sonrisa porque es una descripción bastante acertada.

En ese momento la puerta del baño se abre y Eden sale tarareando bajito, con unos pantalones de pijama de cuadros y una de mis sudaderas de Columbia que le queda enorme. Tiene el pelo húmedo y está descalza.

Cuando su mirada se cruza con la mía, sonríe sin darse cuenta, sin dejar de tararear, pero entonces repara en que mi madre está a unos metros y su expresión cambia.

Camina hasta mí con el paso decidido y se coloca a mi lado para dejar claro que no va a dejarme solo en esta conversación, protegiéndome, y eso despierta muchas cosas en mí muy rápido: ternura, orgullo y la idea de que soy capaz de enfrentarme a cualquier cosa si ella está junto a mí.

—Señora Vandervilt —saluda a mi madre.

Ella le devuelve una sonrisa cálida. Siempre ha adorado a Eden y era mutuo, sigue siéndolo de alguna manera, pero Eden jamás entenderá cómo no pudo hacer nada cuando mi padre me echó.

—Cielo, ¿qué tal estás?

—Estamos bien.

«Estamos», otra manera de protegerme. Mi madre lo nota enseguida y sé que se alegra de que tenga a esta cosa tan adorable y tan fiera a mi lado.

—Me he enterado de que mañana va a celebrarse una junta extraordinaria solicitada por ti.

Ahí está. El elefante rosa de la habitación.

—¿Te lo ha contado mi padre?

Ella niega con la cabeza.

—Sabes que tu padre nunca me contaría algo así.

Le mantengo la mirada notando el esfuerzo que ella hace por no apartarla. Con el resto de Manhattan puede comportarse como la

reina, incluso serlo, pero yo he vivido en esa casa y sé cómo se siente en realidad.

—Solo he venido porque quería saber si estás bien y porque... Alex, no quiero que hagas ninguna tontería mañana. Si esto es una venganza contra tu padre...

—No lo es. —No se trata solo de ajustar cuentas con él—. Quiero recuperar lo que es mío. He luchado más que nadie para ganarme ese puesto.

—Lo sé y también sé lo que te costó.

La frase nos golpea a Eden y a mí muy adentro. La veo bajar la cabeza y la rabia me serpentea brutal por cada rincón del cuerpo. Llevo mi mirada hasta mi madre y soy consciente de que mis ojos se endurecen. Si sabe lo que perdí, no entiendo qué hace aquí recordándonoslo.

Ella suspira y da un paso hacia mí.

—Tu padre te quiere. Sé que es difícil de comprender, pero es así.

—Si has venido a defenderlo, puedes ahorrártelo.

—Alexander, he venido a cuidar de ti —replica ella—. Cuando Eden se marchó, se suponía que tenías lo que necesitabas y tu vida se convirtió en un infierno. Te has pasado un año en él y ahora te veo y pareces tranquilo, feliz.

Eden y yo nos buscamos con la mirada sin darnos cuenta. Mi madre no ha dicho nada que no sea cierto. Puede que no tengamos la relación más sana del mundo, que ni siquiera estemos juntos, pero ninguno de los dos quiere estar en otro lugar.

—Lo que no quiero es que destruyas lo que tienes aquí para convertirte en el próximo Sullivan Vandervilt. Esto no es más pequeño, es mucho más grande. Solo quiero que me digas que lo entiendes y me marcharé.

Ahí está el verdadero problema. Convertirme o no en el nuevo Sullivan Vandervilt, convertir a Eden en la nueva Eleonor, la reina de Manhattan que vive encerrada en una jaula de oro, enamorada con todo el corazón de un hombre para el que nunca será una prioridad.

Lo que mi madre no entiende es que yo siempre tuve claro que jamás pondría a Eden en esa posición, por eso hice lo que hice en nuestra fiesta de compromiso. La diferencia es que antes pensaba

que no tenía más alternativa que convertirme en mi padre y ahora sé que no. Es una opción más y yo elijo no tomarla.

Eden me observa pensativa con el ceño suavemente fruncido y puedo sentir cómo las piezas empiezan a encajar en su cabeza.

Yo le sonrío a mi madre, no feliz, aunque también hay algo de eso, sino seguro de mí mismo, confiado, en paz.

—Lo entiendo y, precisamente porque tengo esto, puedo pelear por el Vandervilt Group.

La empresa es una parte de mi vida. No toda.

Mi madre me mantiene la mirada y tras unos segundos me devuelve la sonrisa aliviada por mí, por Eden y un poco también por ella misma.

—Perfecto —sentencia—, porque te he traído algo.

Camina hacia la puerta y la abre. Su chófer está en el rellano y le entrega un portatrajes y una caja. Al girarse con las dos cosas, sé perfectamente lo que contienen.

—Iba a llevar un traje de Ted —le informo.

—Mejor de Prada y a medida que de Ted —replica mi madre guiñándome un ojo y dejándolo todo con cuidado sobre la silla del escritorio de Eden.

Yo miro la funda y asiento.

—Gracias.

—Gracias a ti —responde sincera—. Hacer las cosas de otra manera es algo que esta familia llevaba necesitando muchísimo tiempo.

Aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea, en silencio, mirándome, y entiendo que lo que viene ahora es un poco más complicado que todo lo demás.

—Siento lo que pasó hace un año.

La imagen de ella llorando en silencio en el sofá vuelve a plantarse delante de mí y vuelvo a sentir la rabia, la decepción, el sentirme solo, pero esta vez elijo cómo reaccionar frente a eso... y escojo dejarlo atrás.

—Acepto las disculpas.

No significa que lo olvide ni que finja que no ha pasado. Quiero decir que paso página porque es lo mejor para mí y para la vida que

estoy intentado construir.

Lo bueno de dejar de estar solo es que empiezas a ser libre.

Nos despedimos y mi madre se marcha. El suave «clic» de la puerta tras ella suena en mitad del pequeño salón como si por un segundo lo ahogara. Es el peso de las grandes conversaciones, supongo, aunque solo duren quince minutos.

Me meto la mano en los bolsillos de los vaqueros y doy un par de pasos hacia Eden. Ella sigue almacenando y clasificando toda la información que ha obtenido hoy.

—¿Pensabas que íbamos a convertirnos en los nuevos Sullivan y Eleanor? —pregunta sin paños calientes.

Una tenue sonrisa se cuela en mis labios. ¿Qué puedo decir? Siempre me ha vuelto loco que sea así de directa.

—Sí —contesto—. Llevo viendo a mi madre toda la vida en segundo plano en su propio matrimonio. No quería que eso te pasara a ti.

—¿Pero no te importaba que le pasara a Camille?

Le mantengo la mirada. Podría decirle que ya hemos hablado de Camille suficiente, pero no es verdad. Si necesita preguntarme por ella un millón de veces, le contestaré un millón de veces. No pienso guardar ningún fantasma en el armario.

—A Camille no le habría pasado porque no me quería y, de haberlo hecho, yo lo habría llevado mucho mejor, porque no la quería a ella.

Eden niega con la cabeza, enfadada otra vez. Es una de las muchas cosas que siente al pensar en todo aquello y es lógico, joder. Tiene todo el derecho del mundo a estar cabreada.

—Eden —la llamo, comiéndome la distancia que nos separa de una sola zancada.

Antes de que pueda huir de esta conversación, levanto los brazos y coloco mis manos a ambos lados de su cuello. Mis dedos grandes y cálidos la rodean en un agarre firme, posesivo, pero con una delicadeza milimétrica. Otra vez solo quiero anclarla a mí, hacerla sentir segura. Apoyo mis pulgares justo debajo de su mandíbula, obligándola suavemente a levantar la cabeza para poder mirarla a

los ojos. Necesito que Eden lo haga, que vea que estoy completamente desarmado ante ella.

Siento el latido acelerado de su pulso directamente contra las palmas de mis manos, una vibración eléctrica que me recorre los brazos y me quema el pecho. El calor de su piel salta a la mía y viceversa y mi respiración se vuelve pesada.

—Sé que suena fatal, pero es la puta verdad —le confieso, y mi voz baja dos octavas, volviéndose áspera—. No rechacé casarme contigo porque no fuera capaz de comportarme como un cabrón. Sé perfectamente el tipo de egoísta que puedo llegar a ser. Fue porque no quería comportarme así contigo.

Eden me sostiene la mirada, entendiendo lo que he dicho, y sé que me cree. Lo noto en cómo su cuerpo llama al mío, cómo encajamos incluso antes de tocarnos, en cómo se derrite, pero entonces parece recordar algo. Me aparta las manos y se aleja un par de pasos.

—¿Sabes qué es lo que más me cabrea?

—¿Qué?

—Que yo ya sabía que tú no eras Sullivan. Especifico —me detiene antes de que pueda contestar alzando levemente la mano—: yo ya sabía que tú nunca serías Sullivan conmigo.

Al decirlo, piensa en momentos concretos, igual que yo, cuando me hizo una pulsera de la amistad y no paró de ser insufrible hasta que dejé que me la pusiera. Me hizo prometer que no me la quitaría en todo el día y yo acabé yendo a dos reuniones, una de ellas de la junta, con ella; o cuando me puso cara de cachorrito para que entráramos en aquella juguetería del Rock Center porque era Navidad y tenían aquel piano gigante en el suelo. Yo solo podía pensar en que había demasiada gente, demasiados niños gritando emocionados como si sufrieran un subidón de azúcar y, aun así, entré.

La mirada de Eden se suaviza porque sabe que tiene razón y camina los pasos que antes se ha alejado otra vez sin darse cuenta. Levanta la cabeza para poder mirarme a los ojos, envuelta en mi sudadera que le queda enorme, con el pelo todavía húmedo. Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones sin apartar la mirada de esos

ojos castaños y sin dejar de pensar que claro que tiene razón, que era jodidamente obvio y que ojalá no me hubiera costado tanto verlo.

—Llevaríamos un año casados —digo, y la tenue sonrisa vuelve, divertida al imaginarlo, triste por tener que hacerlo.

Ella sonríe exactamente igual y acaba negando con la cabeza con un mohín en los labios. Camina el último medio paso que nos separa sin darse cuenta, movida por una inercia que ninguno de los dos puede controlar. Estira la mano de forma inconsciente y su índice dibuja una suave línea en mi jersey a la altura de mi estómago.

—Llevaríamos seis meses casados —me corrige—. Habría necesitado al menos seis para preparar la boda.

Mi turno de negar. Muevo una de mis manos, siguiéndola con la mirada. La coloco en su cadera y tiro despacio de ella hacia mí. Eden no lo piensa, ni siquiera se lo plantea y simplemente camina hasta que estamos muy cerca.

—De eso nada. Te habría raptado y nos habríamos casado en Las Vegas. Yo, de Elvis, y tú, de Dolly Parton.

—Qué icónico.

Nuestras sonrisas se ensanchan. Eden mueve sus dedos hasta que son sus palmas las que descansan contra mi pecho, justo encima de mi corazón, que late a una velocidad ridícula.

—Y la luna de miel en el Bellagio —añade en un susurro.

—Habría pagado una *suite* carísima para no dejarte salir de la cama en una semana.

Quiero que suene a broma, pero la imagen, la posibilidad que acompaña a esas palabras, es demasiado buena y mi voz se vuelve más ronca. El calor de sus manos se entrelaza con la suave tensión. Las ganas me queman en los dedos, que aprietan sus caderas, las acarician, jugando con ese trozo de su piel.

—Dos —murmura ella, y sus ojos se pierden en mi boca un segundo de más.

Un segundo. Dos. Tres. Eden respira hondo y deja caer la frente hasta apoyarla en mi pecho. Lo hace de una manera tan natural, tan confiada, que me marea. Quiero besarla, joder, quiero follármela hasta convencerla de que estemos en esa capilla esta misma noche.

Se separa. Me mira a los ojos. Solo quiero sentir sus labios contra los míos otra vez.

—Voy a recoger el baño —comenta muy poco convencida, señalando hacia atrás con una de sus manos para inmediatamente apoyarla de nuevo en mi pecho junto a la otra. No se mueve. No deja de mirarme.

Y yo podría tomar muchas decisiones, como ponerle las cosas complicadas, cargarla sobre mi hombro y llevarla a la habitación, pero prometí que respetaría sus tiempos, así que, Vandervilt, ya sabes lo que toca. Suelto sus caderas despacio, rompiendo el contacto físico con un esfuerzo titánico que me tensa cada músculo del cuerpo.

Me inclino hasta que mis labios casi rozan su oreja. Ella contiene el aliento.

—Es justo esa puerta —digo en un susurro—. Creo que ya sabes dónde está.

Me separo con una media sonrisa, engreída y socarrona. Eden me fulmina con la mirada, se da media vuelta y comienza a caminar.

Que tenga que hacer lo que tengo que hacer no significa que no pueda torturarla un poco mientras lo hago. Hacerla rabiar es mi cosa favorita en el mundo.

***

Apenas duermo, pero no importa, entra dentro de lo esperado. Antes de que suene el despertador ya estoy en pie.

Estoy entrando en el baño cuando veo a Eden con cara de sueño salir del dormitorio, en pijama, despeinada y frotándose los ojos y, joder, tengo que utilizar todo mi autocontrol para no meterla en la ducha conmigo.

—Las venganzas corporativas empiezan temprano, ¿eh? —bromea.

Sonrío humedeciéndome el labio inferior.

—Ya sabes lo que dicen —replico—, a las nueve de la mañana todos los *brokers* de las pelis de los ochenta empiezan a funcionar, hay que aprovechar antes de que hundan el mercado.

Muerta de sueño, sonríe, aunque cada parpadeo le está costando la vida.

—Dúchate y ponte el yelmo —dice pasando junto a mí camino de la cocina—. Yo haré café.

—Tus bromas no suenan tan inteligente a esta hora, Lockhart.

Eden no dice nada, solo me enseña el dedo corazón y entra en la cocina.

Sonrío cabeceando y voy al baño.

El día promete.

***

La sensación que tengo cuando abro el portatrajes colgado en la puerta del armario del dormitorio, con la toalla blanca alrededor de las caderas y el pelo mojado goteando sobre el parquet, es rara. Llevo casi un año sin tocar esta tela, sin vestirlo. Acaricio la manga de la chaqueta entre los dedos y, despacio, la expectación va llegando, la adrenalina, colándose en mis venas mezclándose con la seguridad, las ganas de pelear la batalla. De ganarla. Siempre.

Sonrío.

Quince minutos después me ajusto la chaqueta gris marengo de un par de tirones frente al espejo. La camisa blanca, la corbata de un gris medio tono más claro. Los zapatos, el reloj, el peinado. Puede que Eden bromeara antes, pero tenía razón. Esto es mi armadura y me gusta llevarla.

Entro en la cocina ajustándome los gemelos. Eden levanta la cabeza por inercia, buscándome, como cada vez que entro en una habitación, y al verme automáticamente me barre de arriba abajo con la mirada, con los labios suavemente entreabiertos.

Joder, ahora mismo siento que podría conquistar Italia.

—Me lo voy a tomar como un «Buenos días, Alex. Qué bien hacen en Prada los trajes a medida» —la torturo un poco.

Ella se obliga a salir de su ensoñación y, roja hasta las orejas, baja la cabeza, concentradísima de repente en el sorbo que le está dando a su café.

—Haces bien en tomártelo así. Era justo lo que quería decir.

Mi sonrisa se llena de un poco más de seguridad, de diversión. Doy un par de pasos en la cocina llenos de familiaridad, sabiendo que ella está hiperatenta a todos mis movimientos. Apoyo las palmas de las manos en la mesa, frente a Eden, y me inclino despacio.

No puede evitarlo y, al notarme, levanta la cabeza buscando mi mirada, le sale solo, y yo la atrapo sin dudar. Curiosidad, deseo, dulzura. Me vuelve loco cuando me mira así.

—De nada —susurro con la voz ronca haciendo que su mirada vuele a mis labios.

Tarda un segundo de más en asimilar lo que he dicho y, cuando lo consigue, frunce el ceño.

—Es lo que te dice Prada —añado.

Otra vez se queda embobada, pero entonces entiende lo que he dicho y abre la boca indignadísima. Yo rompo a reír encantado por su reacción y ella amenaza con tirarme la taza de café y la cafetera.

—Si te murieras ahora, no sentiría ninguna pena, Vandervilt.

Me sirvo un café y la dejo desayunar mientras regreso al salón a comprobar los últimos correos y repasar las primeras noticias económicas de la mañana.

Más o menos treinta minutos después oigo unos tacones repiquetear suavemente contra el suelo y apagarse a unos pasos de mí. Levanto la cabeza por puro instinto, porque siempre lo hago cuando Eden entra en una habitación, y, maldita sea, ni siquiera se me ocurre una estupidez que decir.

53

Eden

Alex no me mira. Alex me recorre entera. Desde mis salones *nude* con plataforma hasta mi pelo suelto. Esbozo una suave sonrisa, feliz por haber elegido este vestido. No es provocativo, no enseña nada, ni siquiera es especialmente ajustado. Solo azul, solo por encima de las rodillas, solo sigue las líneas de mi cuerpo, pero algo me decía que al señor Alexander Vandervilt le llamaría la atención y no me equivocaba.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta socarrona.

—Sí —contesta peligroso, sin arrepentirse ni siquiera un poco.

Alex es brutalmente sincero, es seguro de sí mismo, es honesto y eso siempre me ha parecido endiabladamente sexy.

—Pues entonces deberías felicitar a Aritzia —le devuelvo la broma.

Él sonríe, ese gesto medio, casi aspirado.

—Puede que esta misma tarde compre la marca y les suba el sueldo a todos, por el gran trabajo.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa.

La tensión vuelve tan rápido que casi da vértigo. Lo peor es que no estamos haciendo nada. No nos estamos tocando, ni siquiera estamos lo suficiente cerca, pero da igual, es como sentir permanentemente algo tirando de mí hacia él y supongo que necesito terapia, una limpieza de aura o que me equilibren el magnesio porque me gusta esa sensación.

—Vámonos o llegaremos tarde —rompo el momento dirigiéndome a la puerta.

***

—Así que así es cómo se siente un asistente ejecutivo —plantea Mellow mientras deja delante de cada uno de los asientos de la larga mesa de juntas uno de los dosieres que hemos redactado.

Yo sonrío haciendo lo mismo en el otro lado de la mesa.

Los cinco hemos llegado temprano al Vandervilt Group para prepararlo todo. Alex y Val están en una de las salas más pequeñas repasando los informes y comprobando la apertura de Wall Street para asegurarnos de que no nos hemos dejado ningún cabo suelto.

—Si trabajas para Sullivan Vandervilt, también tienes que asegurarte de que las almas humanas que come en el desayuno estén peladas —interviene Ted mientras sube el último archivo al servidor para que aparezca en la pantalla.

Mellow y yo sonreímos hasta casi reír.

—Es el precio del capitalismo —sentencia ella.

—Yo me tomo las manzanas peladas, ¿eso también es el precio del capitalismo? —pregunto deteniéndome junto a una de las sillas, entrecerrando los ojos.

—No, eso es que eres una mimada —responde Ted como si nada.

Lo miro francamente mal.

—Retíralo.

—Jamás.

—Pues ya no te quiero —replico como si fuera la peor amenaza nunca escrita.

Él se lleva la mano al pecho dolidísimo.

—Me da igual, Mellow me quiere.

—En realidad, no —contesta la aludida.

—Y siempre me va a querer —añade él ignorándola olímpicamente.

—Pero tú necesitas que te quieran muchas personas —le recuerdo yo.

Él lo piensa un momento y acaba asintiendo.

—Eso es cierto —admite—. Hagamos una cosa —me propone—: tú sigue queriéndome y yo te pelo las manzanas.

Lo pienso un instante.

—Me parece un trato justo.

—¿Cómo vais? —pregunta Alex entrando.

De inmediato me busca con la mirada y yo hago lo mismo.

—Todo controlado —responde Mellow.

—Esto listo —anuncia Ted.

—Esto también —hago lo mismo tras colocar el último dosier.

Alex asiente mirando a su alrededor con esa calma que encierra control y seguridad a partes iguales. Está preparado para ganar esta guerra.

—Deberíamos irnos ya —comenta Val mirando su teléfono—. Los accionistas están llegando.

Todos asentimos y nos movemos rápidos. Mi cuerpo decide antes que mi cabeza y camino hasta Alex.

—Va a ir genial —le digo con una sonrisa. No tengo dudas. No las hay.

Él me devuelve el gesto.

—¿Me harás un dibujo mientras esperas? —me pregunta—. Pienso colgarlo en mi despacho.

El corazón se me hincha de orgullo y el estómago se me llena de mariposas.

—Cuenta con ello —afirmo.

Ted y las chicas salen de la sala de juntas charlando, pero yo tengo algo más que hacer. Doy el paso que me separa de Alex, levanto las manos despacio y le arreglo la corbata. El momento revoluciona las mariposas y el corazón me late aún más rápido.

Alex no levanta sus ojos de mí. Siento su cuerpo tensarse, pero no es rabia, es anticipación, es que esto también le afecta.

Al terminar, aparto mis manos, haciéndolas resbalar con mimo sobre su pecho.

Alex mueve las suyas y las ancla en mi espalda a la altura de mi cintura. Mi piel se enciende, brilla y algo parecido a un pequeño jadeo se escapa de mis labios.

Me dejo llevar, me alzo sobre la punta de mis pies y le doy un beso en la mejilla; no sé si me sale a propósito o no, es demasiado complicado pensar ahora mismo, pero mis labios se quedan demasiado cerca de los suyos, el beso dura varios segundos de más.

Alex tensa los dedos contra mi piel, conteniéndose para no estrecharme contra él con fuerza. Los dos cerramos los ojos, los dos sentimos el momento, cada respiración, cada latido.

—Eden —me llama Mellow desde la puerta entrando en nuestra burbuja, pero no rompiéndola. A veces creo que ya nadie puede hacerlo.

Me aparto lentamente y él inclina la cabeza persiguiendo el contacto hasta que nos separamos del todo.

—Déjalos impresionados, Vandervilt —le pido con una sonrisa echando a andar.

—Cuenta con ello —responde girándose.

Nuestras miradas se encuentran una vez más antes de que salga y me marcho definitivamente.

***

No podemos quedarnos a la reunión, así que nos atrincheramos en uno de los despachos esperando noticias. Patty, la antigua, y espero que futura, secretaria de Alex, que actualmente ejerce la misma función para Sullivan, promete tenernos al tanto.

—A ver que me aclare —abre el melón Ted sentado en uno de los sillones del despacho—, entonces el lobo de Wall Street y tú no estáis juntos.

Yo estoy en una de las sillas, sin zapatos, sentada sobre mis piernas, dibujando.

—Nunca he entendido por qué lo llamaban el lobo, el símbolo de su empresa era un león —interviene Val.

Los tres nos quedamos pensativos. Buena pregunta.

—Quizá «el león de Wall Street» estaba cogido —aporto sin apartar la vista del papel.

Mellow me señala y acto seguido se saca el teléfono del bolsillo de su elegantísimo dos piezas camel.

—Lo compruebo... pero no nos desviemos del tema sentimental —añade abriendo Google—. Me interesa —sentencia.

Alzo la vista del dibujo y los tres están callados, observándome, esperando una respuesta.

—No, no estamos juntos —contesto con total naturalidad—. Solo somos amigos.

—Pero vivís juntos —replica Val.

—No estoy en posición de negar esa afirmación —respondo encogiéndome de hombros.

—Un poco tarde para eso, Nixon —me deja claro Ted.

Yo sonrío, a punto de echarme a reír. Cazada.

—¿Y folláis? —plantea Mellow.

—¡Tía! —se queja Val.

—¡Dios santo, estoy ciego! —dramatiza Ted, llevándose una mano a los ojos y estirado la otra.

—Querrás decir sordo —apunto frunciendo el ceño divertida—. Lo has oído, no lo has visto.

—Lo he imaginado y ha sido perturbador... y sexy —explica bajando la mano. Ted siempre parece rico y decadente, como un príncipe europeo regresando a palacio después de un finde en Ibiza o como Barry Keoghan bailando en *Saltburn*—, perturbadoramente sexy —decide definitivamente—. Tengo una imaginación muy vívida y, ey, espera —me señala convirtiéndose de repente en el Colombo de las relaciones sexuales *interamistales*—, ¿por qué has dicho «visto», ha habido algo que ver?

—Tú has dicho «ciego» —respondo realzando lo obvio.

—Sé lo que ha dicho —replica lentamente, observándome.

—El mayordomo con el candelabro en la cocina —apunta Val imitando el deje de detective.

—Eden es claramente la señorita Amapola —amplia la información Ted— y estoy seguro de que tiene sexo en ese salón de Polly Pocket donde duerme el lobo de Wall Street.

Yo lo miro mal y él asiente muy convencido de su propia teoría del Cluedo/Polvos indiscriminados.

—Ajá —salta Mellow agarrada a su teléfono como si hubiera encontrado el santo grial—, no se llama el león de Wall Street porque eso implicaría que lo que hacía era respetable y noble, como el rey de la selva.

—No hay más preguntas —concluye Ted.

—Entonces, ¿Alex es el lobo de Wall Street o el león? —plantea confusa Val.

—El león —contesto demasiado rápido, sin pensar y sin darme cuenta de que lo hago.

Ted me mira con una sonrisita de lo más molesta.

—Ahora sí que no hay más preguntas.

Yo le hago un mohín y sigo dibujando.

—Pero, espera —interviene Mellow—, ¿entonces le dais al tema o no?

—¡Mellow! —grita Val.

Me aguanto el ataque de risa porque eso sería como darles cuerda para una semana y media.

—No —contesto sin ambigüedades.

—La virginidad vuelve a crecer —comenta Ted.

—Interesante apunte —responde Val—. Otra cosa es que quisiera saberlo o no.

—Soy como un dios griego, regalo conocimiento. Lo que hagáis con él ya es cosa vuestra.

—¿Qué dios griego? —indago yo.

—Lo único que tú tienes de dios griego es...

—Mi increíble atractivo —interrumpe el aludido a Mellow—. Lo sé. No lo digas en voz alta. Soy tímido.

Yo suelto una carcajada. Si Ted Steele es tímido, Mark Zuckerberg es un auténtico prodigio de las habilidades sociales.

—... que podrías alimentarte a base de uvas peladas —termina su razonamiento Mellow.

—Peladas —repite Ted dando una palmada y señalándome—, como las manzanas y las almas.

Yo lo señalo de vuelta. Acabamos de firmar una alianza a favor de los elementos extracorpóreos y la fruta pelada.

—Chicos —llama nuestra atención Val con la mirada fija en la pantalla del teléfono y, por la forma en la que se pone en pie, su voz, su expresión, los tres sabemos que ya no está bromeado.

El corazón se me encoge de golpe.

—La reunión ha acabado —dice y, por Dios, juro que oigo un redoble de tambor—, Alex es el nuevo CEO ¡del Vandervilt Group!

Todos nos levantamos de un salto, empezamos a gritar, a aplaudir, a dar saltos. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo ha conseguido!

Patty viene a buscarnos. Alex le ha pedido que nos lleve a su despacho, al de siempre, al de dueño del mundo.

Recogemos nuestras cosas y la seguimos contentísimos. Cuando pasamos por delante de la sala de reuniones, cuyas paredes son de cristal, no podemos evitar buscar a Alex con la mirada y sonreírle y levantar los pulgares y aplaudir.

Él, que está hablando con un par de accionistas, nos mira de reojo y disimula una sonrisa.

Todos siguen caminando, pero yo no puedo evitar quedarme ahí, incluso doy un paso más hacia el cristal. Alex se da cuenta, siempre lo hace, y, en el momento en el que volvemos a mirarnos a los ojos, sonrío de verdad, feliz, con el corazón a mil y tan orgullosa que es imposible ponerlo en palabras.

Él se olvida de la conversación por un instante y me devuelve la sonrisa.

—Lo conseguimos —dice moviendo los labios sin emitir ningún sonido.

El plural más bonito de la historia.

***

—¿Puedes dejar de moverte? —me pide Val a pesar de que sabe claramente que la respuesta es no.

Estoy nerviosa. Llevamos quince minutos aquí y me muero por ver a Alex. ¡Estamos viviendo un momentazo!

De pronto la puerta se abre y reacciono de inmediato. Salgo disparada y me lanzo a sus brazos sin ninguna duda de que Alex me cogerá y, efectivamente, lo hace. Me acomoda contra él mientras yo rodeo su cintura con mis piernas y su cuello con mis brazos.

—Felicidades —le digo entusiasmada, abrazándolo con fuerza.

—Gracias, nena. —Guarda un segundo de silencio—. ¿Sabes que la primera vez que me nombraron CEO también hiciste esto?

Me separo un poco para mirarlo.

—En la mansión Vandervilt. Me salté las clases para esperarte en los escalones de la entrada. Hacía un frío de muerte —comento rompiendo a reír.

Tenía veinte años, él, veintiséis, y quería ser la primera persona en felicitarlo.

—Me parece una tradición genial —sentencia—. Celebremos así todo lo importante.

—¿Y conmigo no quieres celebrarlo? —la voz de Ted me hace romper a reír mientras Alex se contiene para no poner los ojos en blanco y también para no sonreír—. No me veo lanzándome a tus brazos, no te ofendas, pero puedo hacer que sea memorable.

—¿Por qué? ¿Vas a tirarle otra cosa? —pregunta Mellow.

—Me lo estoy planteando —contesta.

Yo me bajo, ellos llegan y dejamos de bromear porque tocan abrazos de verdad, demostrarle lo orgullosos que estamos de él y la confianza que tenemos no en Alexander Vandervilt, sino en nuestro Alex.

—Tenemos que celebrarlo. —Idea de Ted—. Vayamos a un sitio absurdamente caro y pretencioso.

—¿El IHOP de la 14 Oeste? —propone Alex y a mí se me ilumina la mirada. ¡Tortitas!

—Me has leído la mente, hermano —replica Ted haciéndonos sonreír a todos.

Alex entrelaza su mano con la mía y nos marchamos con nuestros amigos.

54

Alexander

Ted deja caer el móvil sobre la mesa pequeña de mi despacho y se deja caer él, dramáticamente, sobre el sofá. Disimulo una sonrisa justo a tiempo.

—Necesito desaparecer una semana de Manhattan o voy a cometer un crimen financiero —se queja mirando al techo.

—Eso ya lo haces normalmente —apunta Val sentada en el suelo, con la espalda apoyada en los ventanales y el portátil abierto sobre las piernas.

Habíamos quedado, pero he tenido un par de asuntos que me ha sido imposible esquivar y hemos acabado viéndonos aquí.

—Son inversiones ligeramente agresivas, nunca asesinatos.

—Qué tranquilidad saber distinguirlos —comento sin dejar de leer el informe que tengo delante.

Mellow estira los brazos por encima de la cabeza sentada en el sillón.

—Yo apoyo lo de desaparecer. El verano en esta ciudad es insoportable. Hace demasiado calor y todos los neoyorkinos parecen moverse en manada a la misma hora a los mismos sitios.

Toda la razón.

—Eso es porque Nueva York tiene personalidad —replica Val.

—¿Por qué no nos vamos de vacaciones? —Ted pronuncia cada palabra como si quisiera empujarnos a tener una revelación—. Europa. El Viejo Continente. A morirnos de calor pero con más estilo. Si voy a ir en manada a cualquier lado, exijo hacerlo como un turista

estadounidense auténtico, con sombrero y gritando que soy americano y tengo mis derechos mientras agito mi pasaporte.

Una risita por la retahíla de mi amigo me hace levantar la vista de los papeles. Eden está sentada al otro lado de mi escritorio, dibujando.

Nunca deja de sorprenderme la habilidad que tiene para ocupar este espacio como si fuera suyo sin ni siquiera hacer algo en particular para conseguirlo. Siempre ha sido capaz, hace dos semanas, dos meses, dos años, desde que se convirtió en mi despacho la primera vez.

Ya han pasado tres meses desde que lo recuperé y todo parece haberse ordenado un poco.

Las cosas en el Vandervilt Group han vuelto a hacerse como yo digo que se hagan y se están notando los primeros resultados. Mi padre ha decido fingir que el último año no ha existido. Sé que una parte de él está orgullosa de que le arrebatara el puesto, como si estuviéramos en una novela de Shakespeare y acabase de demostrar toda mi valía, pero la otra sigue sin estar de acuerdo en cómo llevo mi vida ahora. No me interesa. Son mis decisiones. Pueden parecerle bien o mal, pero tiene que respetarlas. Siempre.

Me mudé a mi propia casa. No quería nada ridículamente lujoso ni ostentoso y alquilé un apartamento en Chelsea, en un edifico tranquilo, discreto y con buena seguridad.

Se suponía que eso debía marcar una distancia lógica, adulta y razonable entre Eden y yo, darnos tiempo y espacio para enfocar nuestra relación de otra manera, pero digamos que, cuando a la mañana siguiente de que me mudase llamó a mi puerta con un paquete de *muffins* y dos cafés para que desayunáramos juntos, supe que lo de «marcar distancias» no iba a funcionar. Aunque, siendo justos, debí de imaginarlo la tarde anterior cuando llegaron desde el supermercado con la compra y me aseguré de que no se hubieran olvidado las Oreo.

Sigo teniendo la llave de su apartamento.

Ella, el código de acceso al mío.

Sé que, de mi edificio en la 28 Oeste hasta el de Kinetix Creative, hay veintidós manzanas.

Eden tiene claro que desde el Village a Chelsea solo hay once, bueno, y tres edificios que quiere dibujar, dos que ya ha dibujado, una tienda «alucinante de material de escritorio *vintage*. Tenemos que entrar, Alex. Te va a encantar» y un zapatero artesanal que deja que su perro Bobby duerma en la tienda y que ya saluda a Eden con un ladrido contento cada vez que pasamos por allí.

A veces aparece en mi cocina con el pelo mojado, una sudadera mía que le queda enorme y la exigencia absurda de que le prepare café porque, según ella, mi cafetera es mejor que la suya aunque compramos las dos el mismo día y son exactamente el mismo modelo.

A veces soy yo quien pasa por su apartamento después del trabajo con comida.

A veces vemos una película que ella elige y luego se queda dormida a los veinte minutos en mi sofá, con la cabeza en mi pecho, sus piernas sobre las mías, tapada con la mantita que le compré porque, aunque tengo la temperatura regulada, aparentemente en mi apartamento siempre hace frío.

No nos hemos besado.

No nos hemos acostado.

Y no voy a negar la mayor evidencia del mundo, quiero hacerlo, quiero follármela, tenerla debajo de mí y hacerla gemir hasta que cambiemos de estación, pero lo que tenemos ahora también me vale. No es la antesala de nada. No es algo frustrante ni un *stand-by*. Somos nosotros.

—¿La Provenza francesa? —plantea Mellow.

—Soy de beber vino, no de vivir el proceso —se opone Val y todos asentimos—. ¿Centroeuropa? Praga, Viena, Budapest, palacios, calles preciosas, *champagne*...

—No quiero morirme de calor en una calle preciosa —replica Mellow—. Quiero morir de calor en una playa preciosa, con hombres preciosos y, si te hace feliz, estoy dispuesta a aceptar que también haya una calle preciosa —cede sonriendo.

—¡Lo tengo! —sentencia Ted incorporándose de golpe—. Sur de Italia. La costa amalfitana.

Al oírlo, Eden levanta la cabeza. Yo la observo con una suave sonrisa.

—Playas preciosas —dice levantando un dedo siguiendo la lista de deseos de Mellow—, gente preciosa —otro dedo—, calles preciosas —el tercero—. No hay palacios, pero hay vino —añade mirando a Val, que asiente divertida y satisfecha— y limones del tamaño de la cabeza de Mellow —concluye.

—Mis respetos a esos limones —interviene la aludida.

—Pasta, vino, el Mediterráneo y canciones de Ornella Vanoni —comenta nostálgica Val, la verdad es que suena bien.

—De nada. Me alegra que mi espíritu decadente haya salvado la situación —pronuncia Ted orgulloso. Yo tengo que aguantarme la risa otra vez con la mirada de vuelta en el portátil.

Val, Mellow y Eden lo aplauden, él se pone de pie y saluda al público encantado.

—No lo animéis —les recuerdo—. Ya sabéis lo que pasa luego.

—Uno se sube una vez al pódium de una *stripper* en un impulsivo ataque de entusiasmo y nunca se lo perdonan —se lamenta y ahí no me queda otra que sonreír. Es imposible no hacerlo con este capullo.

—Pues está decidido, mañana nos vamos los cinco en el *jet* privado de Alex a Amalfi...

—Ni de coña —lo freno sin levantar la vista de los gráficos.

—¿Por qué? —gimotea—. Creí que habíamos llegado al acuerdo unánime de que el calor en Europa es mejor.

Yo me humedezco el labio inferior porque me niego a reaccionar a ese argumento.

—Dame una razón válida —me presiona.

—Ha pasado muy poco tiempo desde que me reincorporé al puesto de CEO, tengo mucho trabajo pendiente.

—Han pasado tres meses —me corrige—. Eso es un trimestre contable.

—Qué bien cuentas —lo felicita Val.

—Verdad —replica muy satisfecho consigo mismo—. Una semana no va a hundir el imperio, Alexander. —Utiliza mi nombre completo para darle solemnidad al momento.

Sonrío sin humor.

—Te sorprendería lo rápido que la incompetencia puede cavar un agujero.

—Qué frase tan bonita para bordarla en un cojín —comenta Mellow.

—Yo quiero uno —salta Val.

Ted da un paso hacia mí.

—Vamos, hermano. Has recuperado el puesto, tienes a la junta a tus pies y tu padre ya no se comporta como si fuera un monarca absolutista de mal humor por la gota.

—Eso es discutible —lo corrijo.

—Está intentándolo —me corrige él a mí— y eso, para el gran Sullivan Vandervilt, equivale a ir a uno de esos programas de Netflix, donde se liga en bañador, a hablar de sentimientos.

Eden rompe a reír otra vez. Yo alzo la cabeza y la miro con una sonrisa. Reconozco que esa ha sido difícil de esquivar.

—Es Amalfi —repite.

Esas dos palabras vuelven a robar la atención de Eden.

—La costa amalfitana es un sitio increíble —dice con esa voz jodidamente dulce, sujetando uno de sus lápices mientras la caja abierta con los demás descansa en mi escritorio—, Amalfi, Positano, Ravello.

—¿Ves? —dice Ted señalándola—. La artista entiende el concepto.

—La artista también entiende que tú no sobrevives una semana sin comer en Le Bernardin —lo pincha divertida.

—Eso son ataques personales —replica—. Y tú —vuelve a la carga contra mí—necesitas vacaciones. Te has llevado tres meses sin respirar.

—No puedo.

Tengo reuniones, revisiones de contratos, prospectos de inversión, proyectos que discutir. Son demasiadas cosas.

—Delega —me pide.

—¿En quién?

—Esta empresa tiene una veintena de altos directivos —me recuerda—, alguien habrá.

—Competente, no —sentencio volviendo a la pantalla del ordenador.

—Pues deberías replantearte tu política de recursos humanos.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa mirándolo de nuevo.

Val llama a Ted con el sonido de un beso.

—Busquemos villas de ensueño.

Suelto una risa entremezclada con un resoplido breve y mordaz prestándole de nuevo atención a los gráficos. Eden sonríe para sí misma antes de volver a su cuaderno.

La conversación continúa sin mí. Val empieza a enseñar fotos de villas, Mellow las critica todas y Ted quiere que vivamos una semana en un barco.

Yo continúo trabajando o finjo magistralmente bien que lo hago porque de vez en cuando oigo la voz de Eden entrando en la conversación: «Ese pueblo es precioso», «Esa terraza es increíble», «Oh, espera, me encanta esa cocina». Y antes de que pueda darme cuenta empiezo a imaginármela allí, descalza, con esos vestidos de verano que me vuelven loco, sin dejar de reír.

—Vale —dice Ted poniéndose en pie de nuevo dando una palmada. Puede ser muy molesto cuando quiere—, vamos a resolverlo con una votación democrática.

—El *jet* es mío —le recuerdo.

—Por eso tú también puedes votar —replica sin ningún remordimiento.

—Para ser rico tienes muy poca conciencia de la propiedad privada —le explico.

—Porque soy como María Antonieta.

Todos, salvo Ted, fruncimos el ceño a la vez.

—Creo que no tienes claro quién es María Antonieta —apunta sabiamente Val.

—La patrona francesa de las pastelerías, ¿no?

—Guillotina, por favor —se lamenta Mellow.

—¿Dónde están los revolucionarios cuando se necesitan? —me lamento yo.

La sonrisa de Eden se hace un poco más grande sin dejar de dibujar y eso es todo lo que necesito para que la mía aparezca. Ella levanta la mirada por encima de su cuaderno y nuestros ojos se

encuentran. Es la mejor sensación, saber que, si alzo la mirada, la tendré delante.

—Votemos —reencauza la situación Ted—. ¿Quién está de acuerdo con que nos vayamos de vacaciones a Amalfi?

Todavía no ha terminado de formular la pregunta cuando ya ha levantado la mano, Val lo hace un segundo después. Mellow al menos tiene la decencia de esperar a que acabe. Entonces, Eden, sin dejar de mirarme ni de sonreír, alza también la mano.

En el segundo siguiente ya me miran todos. Ni me inmuto.

—No —sentencio.

Eden baja despacio el cuaderno y lo deja sobre sus rodillas.

—Podrías llevarte trabajo —empieza a decirme con esa voz que me pone las cosas realmente complicadas—. Por las mañanas trabajas si quieres y después hacemos cosas.

«Hacemos». La palabra se me queda rebotando contra las costillas.

—Hacemos, ¿qué, exactamente?

—No sé —responde encogiéndose de hombros—. Comer. Ver sitios. Ir a la playa. Lo normal en vacaciones.

Le mantengo la mirada. Es cómodo. Familiar. Ella se siente así aquí.

No está insistiendo, eso sería infinitamente más sencillo de gestionar, ella está... esperando y entonces hace algo mucho peor: pone esa suave sonrisa que siempre me mete en líos porque me hace ceder a cosas que claramente son una mala idea.

—Eden Lockhart —anuncia Ted—, la única persona razonable de esta habitación.

—¿Eso debería preocuparnos? —plantea Mellow.

—No, mi hermanita es muy lista.

Yo dejo por fin los informes sobre la mesa y me recuesto en mi sillón de ejecutivo a la vez que resoplo.

—Solo me dais problemas —protesto.

—¿Eso es un sí? —pregunta Ted tan esperanzado que me hace sonreír.

—Eso es un «Voy a arrepentirme».

Todos se ponen en pie y empiezan a celebrarlo y a hablar muy rápido sobre que la tercera casa era mejor que la segunda, que las vistas eran más increíbles, horarios, bebidas, qué llevarnos.

Pero Eden simplemente sonríe otra vez, algo pequeño, casi para sí misma, recupera el cuaderno y continúa dibujando.

Mientras, yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones sin levantar los ojos de ella, porque, realmente, no podría haber nada más sencillo.

No he aceptado por Italia. He aceptado porque ella quiere ir.

55

Alexander

—Si vuelves a decir *ciao* con acento italiano de Nueva Jersey, te dispararé y te lanzaré al mar desde el avión como en una película de Samuel L. Jackson —le advierte Mellow a Ted.

—Qué amenaza más específica —comenta Eden.

—Nueva Jersey, qué ofensivo —se queja Ted, como si ese fuera el mayor peligro de esa frase.

Estamos caminando hacia el *jet* desde la sala supervip del JFK. Hace poco que ha anochecido, así que pasaremos la noche volando.

—No soy yo el que se ha comprado una revista en italiano para ambientarse —acusa Ted a Mellow.

—La inmersión cultural requiere sacrificios.

—Lo que requiere es educación primaria.

—Se acabó —sentencia Mellow entrecerrando los ojos—. Vas a morir.

—Mamma mía!

Sin dudarlo sale disparada hacia él y él, hacia el interior del avión. Eso me gusta. Garantiza que Ted no tiene escapatoria.

—Ir con vosotros es como ser la profesora encargada del viaje de fin de curso —protesta Val, que ya tiene el antifaz colgado del cuello y dos libros, uno en cada mano.

Yo estoy a unos metros, atendiendo la última llamada de trabajo antes de montarme en el *jet*. Las siguientes tendrán que esperar a que aterricemos.

—Este contrato tiene que estar firmado mañana a primera hora de la mañana —ordeno al director de legal—. Quiero que repaséis hasta

la última cláusula. No acepto ni un solo cabo suelto.

Frunzo el ceño cuando veo que Eden no sube las escaleras tras Val y camina junto al avión hasta llegar casi al morro. Me muevo unos pasos y sigo su línea de visión. Una sonrisa se cuela en mis labios al darme cuenta de que está viendo el *skyline* de Manhattan levantándose icónico.

Saca el cuaderno de su mochila, uno de sus lápices y empieza a dibujar.

Echo a andar en su dirección.

—Preparad también todo el asunto Foxborough.

Miro a ambos lados y acelero el paso.

—Quiero que Linda Newman se encargue de la última parte del proyecto con las nuevas modificaciones.

Agarro a Eden de la cintura y la obligo a dar un par de pasos hacia atrás. Apenas dos segundos después uno de esos carritos cargados de equipaje pasa delante de ella.

Está tan concentrada dibujando que ni siquiera se da cuenta.

—No. El proyecto tiene veinte millones de margen y eso es todo lo que estoy dispuesto a ceder.

Gira la cabeza un segundo hacia mí y sonríe antes de seguir moviendo el lápiz sobre el papel, sin apartarse de mi lado. Yo también sonrío mientras una de mis manos sigue en su cintura.

—No me vale que los tipos impositivos estén cambiando. Es una excusa de pena. Dejé muy claro los resultados que quería y no pienso conformarme con menos.

Eden coge el cuaderno con las dos manos, apoyándoselo en los antebrazos, y levanta la cabeza para comprobar el resultado con la realidad. Yo también miro. Sé que solo es un boceto, pero, joder, está lleno de vida.

—Tienen dos semanas para trabajar en esa línea.

Ella asiente satisfecha y orgullosa, mi sonrisa preferida, y guarda su cuaderno y el lápiz. Yo entrelazo mi mano con la suya y tiro ligeramente para que me siga hasta las escalerillas.

—Desvincula la operación y espera a que el baremo esté entre el tres y el uno y medio por ciento.

Cuelgo cuando al fin alcanzamos el interior del avión.

—Buenas noches, señor Vandervilt —me saluda el capitán mientras me guardo el teléfono en el bolsillo de los pantalones de traje. He salido directo desde la oficina y no he tenido tiempo de cambiarme, aunque ya no llevo la chaqueta, me he remangado la camisa y, en el coche, Eden se ha deshecho de mi corbata y me ha desabrochado los primeros botones—. Podemos despegar en cuanto lo desee.

—Ya, por favor —respondo.

Él mueve la cabeza afirmativamente mientras Eden camina hacia el centro de la cabina y se acomoda en nuestros asientos.

La sigo unos segundos después. Val ya está profundamente dormida, aunque creo que sería más correcto decir que ha entrado en coma, Mellow está leyendo y Ted, concentrado en su móvil.

El despegué es bastante suave y apenas veinte minutos después estamos perfectamente equilibrados atravesando el cielo de Nueva York.

El avión está sumido en un cómodo silencio, lo que es realmente sorprendente si estamos los cinco juntos. Sigo trabajando, comprobando correos en el portátil, pero entonces me doy cuenta de algo. Eden está rara.

No está dibujando, primera pista. No está contándome algo increíble que ha visto esta mañana, ni explicándome cuál fue su chiste favorito del programa de Fallon de la noche anterior, segunda pista. No está protestando porque esté trabajando mientras vamos hacia nuestras vacaciones, tercera y definitiva pista.

Solo está ahí, sentada frente a mí, inquieta, y la conozco lo suficiente para saber qué le pasa.

—Si no te gusta volar, ¿puedes explicarme por qué has aceptado unas vacaciones que incluyen dos vuelos intercontinentales de nueve horas? —planteo sin apartar la vista de la pantalla.

—No lo sé —contesta encogiéndose de hombros—. Mal cálculo de riesgos.

—Por culpa de eso acabé siendo amigo de Ted.

—Ey —se queja el aludido y Eden sonríe.

Misión cumplida. Quiero que deje de pensar que está en un avión.

—No es que no me guste volar, es que no me hace especial ilusión —concreta.

—Lo sé —respondo.

—No me da miedo.

—También lo sé y también sé que te pregunté.

Lo hice. Me dijo que no pasaba nada. Insistí. Me llamo Alexander Miranda Priestly Vandervilt y me dijo que no podía controlarlo todo y ahora... aquí estamos.

Aparta la mirada perdiéndola en la ventanilla, mordiéndose el labio inferior.

—Tú necesitabas venir —suelta de un tirón, como si las palabras se le hubieran desparramado.

Frunzo el ceño levantando la vista del ordenador. Ella me devuelve su atención despacio y, cuando nuestras miradas vuelven a conectar, otra vez se encoge levemente de hombros.

Eden sigue hablando sin darse cuenta de que acaba de hacer que el corazón me tropiece en el centro del pecho con una sola frase.

—Te has pasado tres meses trabajando hasta la extenuación. Necesitas descansar y sabía que solo vendrías si pensabas que a mí me hacía ilusión venir. Que quede claro —añade alzando el índice—, también me hace. Es solo una escala de motivos.

No me está reprochando nada. Las palabras salen sencillas, naturales, como si fuera lo más normal del mundo que cuide así de mí, como si llevase haciéndolo toda la vida, y es verdad, siempre lo ha hecho.

Joder.

—Además, tampoco es tan terrible. Solo intento no pensar que estoy en una lata de sardinas cara y gigante suspendida sobre el océano.

Me quedo mirándola. Me pregunto si será consciente de lo que me hace, porque ahora mismo me está matando de la manera más dulce del puto planeta Tierra.

—Ven aquí.

No lo pienso, solo lo digo.

Ella me mira, se pone en pie y camina hasta mí. Sin dudar. Yo levanto el reposabrazos extiendo mi brazo y ella se sienta en el

asiento junto al mío. Se acurruca junto a mi costado, con la cabeza en mi pecho, y automáticamente la rodeo con el brazo.

Noto su respiración, un poco errática, un poco acelerada, y empiezo a mover la mano sobre su piel, arriba y abajo, despacio.

—Así que me has engañado —comento socarrón.

—Técnicamente te he convencido.

—Yo lo llamaría más conspiración en la sombra.

—Pero por una causa completamente benéfica.

—¿Ahora soy una causa benéfica?

Ella asiente contra mi pecho.

—Que los trajes caros no te engañen, Vandervilt.

—Al menos, espero ser desgravable.

—Sí —contesta resignada—, pero no compensa el trabajo.

Quiere mantener el tipo, pero no es capaz y rompe a reír con su propia broma.

Yo sonrío por oírla así.

Sin embargo, sigue tensa.

—Relájate, Lockhart.

—Lo intento.

—Lo intentas fatal.

Ella resopla otra carcajada contra mi camisa.

Poco a poco va calmándose y, sin darse cuenta, conforme más tranquila se encuentra, más se acerca a mí, hasta que cinco minutos después está completamente dormida.

Relajada.

Confiada.

Como si, que estuviésemos cerca, apagase todas sus alarmas. Esa sensación me gusta más de lo que podría imaginar.

Le pido una manta a la auxiliar de vuelo y tapo a Eden. Ella suelta un gruñidito de satisfacción, pero no se mueve.

Cuando me aseguro de que está profundamente dormida, reactivo el portátil con la mano libre y continúo trabajando.

***

Han pasado un puñado de horas cuando siento a Eden moverse. En algún momento de la noche murmuró que necesitaba cambiar de postura y bajó la cabeza a mi regazo. No protesté, había recuperado un brazo, pero ahora se ha despertado.

—Vuelve a dormirte. Todavía es de noche.

Ted, Val y Mellow siguen haciéndolo. Todo está en silencio.

Ella cierra los ojos, pero al cabo de unos segundos vuelve a abrirlos, esforzándose muchísimo.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Tarde.

—Me gustaría un número.

Miro el reloj en la esquina de la pantalla.

—Las tres y media.

—¿Y sigues trabajando?

—Sí.

Un momento de silencio.

—Me caes fatal —contesta al fin.

Yo sonrío, casi río, y ella se incorpora despacio hasta quedarse sentada en su sillón. Está envuelta en la manta, muerta de sueño y jodidamente adorable.

—Hola —me dice, como si acabáramos de resetear la conversación.

Me humedezco el labio inferior conteniendo otra sonrisa.

—Hola —respondo—. ¿Tienes hambre?

Ella niega con la cabeza, pero en el mismo gesto termina asintiendo, consiguiendo que mi sonrisa se ensanche.

Cierro el portátil, me levanto y le tiendo la mano.

—Ven —le ordeno—. Vamos a comer algo.

Ella acepta mi mano de nuevo sin plantearse nada más, como cada vez en realidad, y yo la llevo hasta la pequeña cocina al fondo del avión.

Abro un par de armaritos y empiezo a preparar algo rápido. Un poco de fruta, un poco de queso y galletas saladas.

Estamos prácticamente a oscuras salvo por la tenue luz que sale de debajo de los muebles.

Eden se queda a mi espalda, todavía envuelta en la manta, con tanto sueño que apenas se mantiene en pie. No me sorprende cuando acaba apoyando la mejilla entre mis omóplatos y me rodea la cintura con los brazos para mantener el equilibrio.

—Tengo mi propia mapache, me gusta.

—Y tenemos muy mal humor cuando nos despiertan. No nos provoques.

Sonrío mientras me doy un poco de prisa. Quiero que coma algo antes de caer rendida otra vez.

—Pequeña mapache, ¿sigues viva? Tengo comida para que robes.

Eden se ríe un poco contra mi espalda y noto el sonido en todo mi cuerpo.

Joder.

—Cuando te duermas, te llevaré de vuelta al asiento.

—Ya estoy dormida.

—Eso me temo.

—Solo quería asegurarme de que comieras algo.

Por un segundo me falta el aire y me quedo muy quieto porque ahí está otra vez. Lo mismo que hizo al aceptar venir, lo que hizo cuando me recogió de la nieve, lo que lleva haciendo desde siempre, cuidarme, de esa manera tan suya, como si fuera lo más normal del mundo. Y, joder, me gusta que sea ella quien lo haga. Mucho. Probablemente demasiado.

Termino los platos y me giro con cuidado. Ella me suelta lo suficiente para que pueda volverme y vuelve a apoyarse contra mí, esta vez en mi pecho, mientras sigue abrazándome.

Yo dejo que se acomode e intento que coma algo. Tres bocados. Es todo lo que consigo antes de que me deje claro que una mapache somnolienta es el peor enemigo que un hombre puede tener. Yo también como, aunque no tengo especialmente hambre, solo para que Eden se quede tranquila.

—Hora de volver —anuncio antes de levantarla a peso.

Eden reacciona con toda la familiaridad del mundo, rodea mi cintura con sus piernas, mi cuello con sus brazos y hunde la cara entre ellos y mi piel mientras yo la acomodo contra mí.

Lo hemos hecho cientos de veces.

Miles.

Toda la vida.

—Buenas noches, Alex —murmura.

—Buenas noches, nena.

Atravieso el avión mientras sobrevolamos el océano Atlántico.

La dejo en su asiento y, en cuanto ocupo el mío, ella vuelve a buscarme, desliza sus piernas sobre las mías, apoya la cabeza en mi pecho y se acurruca contra mi cuerpo. Yo la abrazo con fuerza y ella suelta un suspiro tranquilo, pegándose un poco más a mí.

Hundo la nariz en su pelo y respiro despacio antes de apoyar mi cabeza contra la suya.

El avión sigue volando.

Nueva York cada vez más lejos, Amalfi, más cerca, y nosotros en mitad de ninguna parte, pero completamente seguros de que no querríamos estar en ningún otro lugar.

56

Valerie

No son pareja, pero se comportan como una pareja. Esa es una verdad más inconmensurable que el Imperio romano.

No puedo evitar pensarlo mientras los observo dormir. La cabeza de ella casi escondida en su cuello, sus piernas enredadas, el brazo de él rodeándola, su mano descansando posesiva en su cintura. Ya ha amanecido y la luz dorada se filtra a través de algunas ventanillas dando una agradable sensación de paz... hasta que escucho el ruido de un armarito abrirse y a continuación alguien intentando abrir un paquete de patatas muy despacio para no hacer ruido y por ese motivo hacer prácticamente el doble.

Fulmino con la mirada a Ted, agazapado en la cocina.

—No quiero hacer ruido —susurra—, pero tengo hambre y ya sabes la política de Alexander Vandervilt en sus aviones.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa. La conozco. Nada de molestar al personal de diez de la noche a nueve de la mañana, salvo emergencias. Y como Ted ya comprobó una vez, tener hambre y necesitar alcohol no son emergencias contempladas.

—¿Por qué comes eso para desayunar? —lo riño de la misma manera—. Vas a taponarte las arterias.

—Porque no puedo despertar a la auxiliar de vuelo para que me haga tortitas.

—Come fruta.

—Sí, y si quieres le echo piña a mi pizza.

Pelearse en murmullos es la cosa más ridícula que hay.

—¿Por qué estamos susurrando? —caigo en la cuenta.

—No lo sé.

—Este avión... Este avión —empiezo de nuevo hablando en un tono normal— es enorme, no vamos a molestar a nadie.

—Bien dicho —sentencia Ted dejando de susurrar y abriendo las patatas de un tirón.

Justo en ese segundo Alex se mueve y los dos contenemos el aliento. Por suerte, no se despierta y los dos respiramos aliviados.

—Cobardes —nos llama Mellow desde el otro extremo del avión junto a la puerta de los lavabos.

Nos reunimos los tres en los asientos, con dos cafés y un paquete de Cheetos Chrunchy.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Casi las ocho —responde Mellow.

—¿De Nueva York o de Italia?

—Ya he perdido la capacidad de distinguirlo.

Asiento. Una respuesta completamente razonable. Yo me siento como uno de esos astronautas que no saben si están al derecho o al revés.

—Deberíamos hablar de lo que está pasando —dice Mellow tras darle un sorbo a su café.

Ted suelta una sonrisilla.

—¿Del señor y la señora Vandervilt? —inquiere refiriéndose a Alex y Eden.

—Gracias —contesta Mellow vehemente—. Se comportan como una pareja y no son pareja.

Yo sonrío.

—Exacto —contesta Ted.

—Frustrante.

—Superexacto. Míralos —nos exige señalándolos con un cheeto.

—Observo que los tres hemos llegado a la misma conclusión —sentencio levantando las cejas.

—¿Solo nosotros? —replica Ted—. Hace una semana estábamos en la puerta de un restaurante nuevo en Nolita...

—¿Cuál? —lo interrumpo.

—El In Love.

—¡Me han hablado genial de él! —salta Mellow—. Dicen que los *fetuccini* están increíbles.

—Mejor los *ravioli* de ternera —le explica Ted.

—Centrémonos —los riño.

Ted asiente dándome la razón.

—El caso es que acabábamos de salir y Alex se giró para abrocharle el abrigo a Eden porque ella se había frotado los brazos una vez. —Mellow se aguanta la risa con el dato—. Una mujer los vio y dijo: «Qué pareja tan bonita».

—Siempre se han comportado así —rompo una lanza a su favor—. Alex, hiperprotector con Eden y Eden revoloteando a su alrededor.

—Sí, pero antes era distinto —repone Ted—. Tenían una pequeña parcelita de vida al margen del otro.

Mellow lo mira como si acabara de decir que la tierra es plana.

Ted levanta las manos en señal de derrota.

—Vale, muy pequeña —admite.

—Pequeñísima —lo corrijo yo.

—Alex se tiraba a otras —describe exactamente esa «parcelita».

—Sí, aquello era sanísimo también —contraataca Mellow—. Alex llevándose a Lindsey Herrera al Plaza, acostándose con ella y saliendo de la habitación prácticamente poniéndose la camisa mientras Eden fingía que no pasaba nada.

—Eden tuvo un novio hace unos meses —les recuerdo.

—Y todos sabemos cómo acabó aquello —me recuerda a mí Mellow.

—Alexander y pastelitos de nueces, eso siempre ha sido una mezcla explosiva —sentencia Ted y los tres sonreímos.

Eden se mueve y murmura algo ininteligible en sueños, Alex, todavía dormido, la aprieta más contra él, ella esconde definitivamente la cara en su cuello y él la acaricia despacio la espalda hasta que vuelve a quedarse tranquila.

—¿Habéis visto eso? —pregunta Ted completamente alucinando mientras los tres salimos del *shock*.

—Imposible no hacerlo —afirmo.

Absolutamente imposible.

—Y todavía son capaces de decir «Solo somos amigos» —comenta Mellow—. Es que esa parte está matando mi capacidad neuronal. Se tienen que tener unas ganas que por menos Alejandro Magno conquistó Babilonia.

—Qué referencia más culta —la felicito.

—La revista —contesta orgullosa—. El otro día fue al apartamento de Alex...

—¿Cuál de ellos? —pregunto.

—Exactamente —se contiene para no gritar Ted—. ¿Dónde vive Alex y dónde vive Eden? Te lo diré: los dos viven juntos en los dos sitios y no lo saben.

Levanta los brazos completamente exasperado y Mellow y yo rompemos a reír.

—¿Sabes qué encontré en su baño? —continúa Mellow.

Los dos lo miramos intrigados.

—Tampones —anuncia— y dos cepillos de dientes, champú de chica. Y hay cosas de Eden por todas partes, cuadernos, lápices, cojines que claramente ha comprado ella.

—Alex —empieza a imitarla Ted con la voz aguada y dulcísima y el ceño fruncido—, hay más colores además del negro y no me refiero al gris marengo.

—Eden —responde Mellow con la voz exageradamente grave fingiendo ser Alex —, ¿quieres dejarme vivir? Me gusta mi salón así, pero ¿qué cojines quieres? Los compraré todos, mejor, comparé la tienda entera.

Los tres empezamos a reírnos otra vez. Es ridículo, pero es muy temprano y creo que la diferencia horaria nos está afectando. Además, es la pura verdad. Funcionan así. Alex, aunque sin dejar de quejarse, le da absolutamente a Eden todo lo que quiere.

—El whisky caro que Alex toma cuando ha tenido un día complicado en la oficina está en casa de Eden —explica Ted—. Lo que me ofende muchísimo —añade llevándose la mano al pecho.

—Yo pensé que empezarían a comportarse como personas normales cuando Alex se mudara —intervengo—. De verdad, les tenía fe.

—Ilusa —se mete conmigo Mellow.

—Duraron doce horas separados antes de que ella se plantara en Chelsea para que desayunaran juntos —explica Ted.

—Al día siguiente ya tenía una taza preferida.

—Y discutían por dónde guardar los cereales.

—Y Alex volvía a tener trajes en el armario de Eden.

—Esos trajes nunca salieron de ahí, joven Watson —sentencia otra vez Ted.

Alex se mueve dormido, se gira un poco más hacia Eden y, con un cuidado que parece casi una reverencia, le pone la mano en la mejilla, solo como si, incluso en sueños, quisiera asegurarse que está ahí. Ella suelta un ruidito satisfecho y vuelven a quedarse profundamente dormidos.

—Es bonito —digo sin poder dejar de mirarlos.

—Sí, muy bonito.

—Pero no follan —suelta Ted.

Cojo el paquete de Cheetos y se lo tiro a la cabeza. Está casi vacío, pero el polvo naranja radioactivo le cae en la cara, suficiente para señalarlo y empezar a reírme mientras él maldice en lo que cree que es italiano, pero se parece sospechosamente a lo que dice Mario Bros cuando pierde un champiñón.

—Alex la toca constantemente —analiza Mellow.

—Alex la ha tocado constantemente siempre —le recuerdo.

—Ahora es peor.

—Mi teoría —expongo— es que, si los soltaras en dos extremos de una habitación, encontrarían la manera de tocarse. Como una nueva ley física.

—Como un hechizo.

—Como una maldición. *Anck-su-namun, Anck-su-namun* —empieza a decir Ted poniendo los ojos en blanco y otra vez tengo que reírme.

—Ahora en serio —continúo—, parecen felices, ¿no?

Mellow y Ted miran hacia ellos y puedo ver cómo sus miradas se endulzan, como la mía. Los tres hemos sido testigos de lo mal que lo han pasado, de cuánto se quieren y nosotros los queremos a ellos. Al final eso es lo único que nos importa, que sean felices.

—Sí —dice Ted con la voz suave, sin bromas.

—No parecen estar esperando nada, ni sentirse frustrados.

—Yo lo estoy —comenta Mellow.

—No sabes cómo te entiendo —le da la razón Ted.

Yo ladeo ligeramente la cabeza, fijándome en cómo Alex la abraza, como si, incluso dormidos, quisiera protegerla de todo, y miro a Eden, que ahora mismo está en su lugar seguro y favorito en el mundo.

—Antes siempre parecía que estaban intentando llegar a algún sitio —continúo—. Ahora parece que ya han llegado.

Una leve sonrisa se cuela en mis labios cuando pronunció las últimas palabras.

—¡Sexo!

—¡Ted! —protestamos Mellow y yo al unísono.

—Siento ser yo quien aporte esta dosis de realidad, pero, si no le has visto el culo desnudo a tu alma gemela, el vínculo no se completa, es como un ritual de hombres lobo —añade moviendo rápidamente la mano—, o como rellenar la solicitud para alquilar un piso en el Upper East Side.

—Ambas se parecen bastante —certifica Mellow.

—¿Rituales con culos? —digo yo planteándome seriamente lanzarlo desde el avión.

—También he hablado de almas gemelas —replica sacudiéndose el polvo naranja de los Cheetos de su camiseta—. La maldad está en el ojo del que mira.

—Amalfi va a ser una pésima idea —se ríe Mellow cayendo en la cuenta.

—Amalfi es una idea cojonuda —replica Ted—: o explotan y dentro de nueve meses somos tíos de sobrinitos concebidos en Italia, o vivimos un drama sentimental con camisetas hawaianas a lo Romeo y Julieta de Leo DiCaprio.

—Siempre la de Leo DiCaprio —sentencia Mellow índice en alto con mucha seriedad.

—Alex —oímos la voz dulce y rota por el sueño de Eden.

Nos giramos hacia ella y la vemos separar despacio la cara del cuello de él, buscándolo inmediatamente. Alex ha abierto los ojos

antes que ella, esperándola, y cuando se encuentran esboza una sonrisa suave y perezosa.

—Buenos días, nena —dice él.

Ella no contesta nada, solo se deja caer sobre él otra vez y lo abraza con fuerza mientras Alex cierra los ojos, dejándose hacer, y le acaricia la espalda.

Los tres tardamos un par de segundos de más en reaccionar.

—Pues ya estaría —comenta Ted cuando los tres nos giramos de nuevo hacia la mesa.

—Sí, ya estaría —responde Mellow.

No son pareja, pero se comportan como una. Ya ni el Imperio romano vale como comparativa.

57

Eden

Es precioso. No hay otra manera de describirlo. El cielo nos recibe claro y brillante sin una sola nube, como si nos estuviera saludando con luz.

Alex conduce en el camino desde el aeropuerto. Yo sonrío sintiendo ese pinchazo familiar en el estómago cada vez que lo veo guiar el imponente Audi con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas, igual de masculino que si, en vez de manejar seiscientos caballos de potencia, estuviese montando solo uno en Texas.

La carretera es lo más parecido a una serpiente que he visto nunca, estrecha con una sucesión de curvas a veces cerradas y sinuosas y otras más abiertas, dejándote ver los majestuosos Montes Lattari.

—¡Mira! —grito emocionada echándome hacia delante—. ¡El mar!

Ted, Val y Mellow, desde la parte de atrás, me imitan y se echan hacia delante. Alex despega la vista de la calzada un segundo.

Una de esas curvas nos deja por primera vez de frente al Mediterráneo y la sensación es la misma que si estuviéramos firmando un acuerdo; acabamos de caer rendidos, sin condiciones.

—Uau —suelta admirada en un susurro Val.

Y, francamente, qué razón tiene.

Continuamos bordeando la costa y seguimos embobados con el mar, pero también con esa vista de las montañas cayendo sobre el agua y, con ellas, los pequeños pueblos de casas en tono pastel

incrustados en la piedra caliza. Maiori, Minori, Ravello, Atrani y nuestro destino: Amalfi.

—Parece una sucursal del cielo en Italia —comenta Mellow al bajarse del coche.

Yo giro sobre mí misma, observando lo que nos rodea, las bonitas casas formando una escalera de ventanas, los árboles de un intenso verde, la roca blanca grisácea, el sonido del mar demasiado cerca y nuestra villa, frente a nosotros.

—No podrías haber elegido mejor, Teddy —lo felicito con una sonrisa.

—Gracias, peque.

—Me muero de ganas de entrar —le digo a Alex caminando hasta él y cogiéndolo de la mano para que lo haga conmigo.

Él resopla y se hace el remolón mientras comienza a andar.

—¿Podrías moderar tu entusiasmo?

—No lo creo —contesto sincera.

Él vuelve a resoplar más alto, pero de reojo lo veo esbozar una sonrisa.

Recogemos la llave del cajetín que nos indicó el casero y entramos. Mi sonrisa se ensancha en cuanto lo hago. Es aún mejor que en las fotos, de lo que imaginé. El amplio salón, el suelo de piedra gastado. Esa idea de que es una villa pero no es moderna ni funcional, es historia, sencilla, auténtica.

Prácticamente echo a correr hasta la terraza. Aparto las cortinas blancas, salgo y ahí está, otra vez el mar, como si fuera el *leitmotiv* de cada rincón de este lugar.

Camino despacio por el suelo de losas color terracota hasta la baranda de piedra y respiro hondo, llevándome conmigo el olor a agua salada.

—Es increíble —digo sabiendo que Alex acaba de acercase aunque no lo haya visto ni oído.

Me giro y ahora me toca decir «Ahí está él». Con el costado apoyado en el marco y las manos en los bolsillos del pantalón corto que se puso en el avión esta mañana.

—¿Sabes? —me pica—. Todavía tengo dudas sobre si este sitio te gusta o no.

Yo tuerzo los labios conteniendo una sonrisa.

—Pues no deberías porque probablemente me mude aquí.

—A dibujar casitas de colores en vez de rascacielos.

—Y el mar —añado sonriendo de oreja a oreja.

Alex asiente.

—Me parece un buen plan de vida.

—Este lugar ya está haciendo su magia con el implacable Alexander Vandervilt.

Él frunce la nariz en ese gesto que siempre me ha parecido increíblemente sexy.

—No cantes victoria tan rápido.

Niego con la cabeza, dulce e insolente, caminando hacia él con las manos en la espalda.

—Siempre he sabido cuando algo te gusta de verdad —le digo deteniéndome frente a él, alzando la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos—, por mucho que tú intentes disimular.

No era mi intención cuando he empezado a andar, pero ahora estamos muy cerca y puedo notar mi respiración acelerándose suavemente como cada vez que entre Alex y yo hay tan poquita distancia.

Me pierdo en sus ojos gris oscuro.

Hemos construido algo maravilloso en estos tres meses, pero hay veces, como esta, en las que mi corazón no parece captar que ya no puedo suspirar embobada cada vez que lo tengo delante.

—Creo que nunca he sido demasiado bueno disimulando —admite con una leve sonrisa en los labios.

Me encojo de hombros.

—Aunque fueras Marlon Brando seguiría pudiendo leer en ti, Vandervilt —lo amenazo entrecerrando los ojos divertida.

Sonreímos. Es tan fácil. Y estamos tan cerca. Eso también es muy fácil.

—Pues yo creo —dice incorporándose, moviéndose con esa tranquilidad hasta quedarse frente a mí, haciendo que tenga que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos— que lo que pasa es que estás tan pendiente de mí, me tienes tan fichado, que me sabes de memoria —sentencia engreído, disfrutando de cada palabra.

Abro la boca fingiéndome indignadísima.

—No es verdad para nada —protesto—. *Tú* —clavo un poco el índice en su estómago, haciendo un gran hincapié en una palabra tan pequeñita— eres el que me tienes fichadísima. Te encanta mirarme —replico, jugándomela.

Si él puede tener un ego como Manhattan, yo puedo tenerlo como Amalfi.

Alex me atrapa el dedo con su mano justo cuando iba a retirarlo y rompo a reír.

—A ti te encanta que te mire —afirma en absoluto arrepentido a la vez que mueve sus dedos sobre los míos y sin darnos cuenta empezamos a jugar con ellos.

—Eres un descarado —sentencio yo.

Él mueve la cabeza meditando mis palabras.

—Eso te gusta todavía más —responde terriblemente convencido.

Tuerzo los labios, tratando de resultar muy amenazante, pero estoy conteniendo una sonrisa.

—Me niego a seguir teniendo esta conversación —anuncio solemne.

Entrelaza su mano con la mía.

—Entonces gano yo.

—Oye —me quejo, pero es inútil porque rompo a reír otra vez.

Él sonríe, ese gesto divertido y lleno de suficiencia, parece que por su victoria autootargada en esta conversación, pero, en realidad, es por mi reacción.

Su pulgar empieza a acariciar el dorso de mi mano entrelazada, un vaivén lento que disuelve las últimas risas entre los dos. El silencio se vuelve denso, cargado de una intimidad tan cómoda y natural que casi asusta.

Es fácil. Es muy fácil.

—¡Chicos! —nos llaman desde el interior de la casa, rompiendo la burbuja de un plumazo—. ¡Problemas!

Nos miramos con el ceño fruncido y regresamos al interior de la villa.

Ted, Val y Mellow no están solos, como cabría esperar: un señor de cincuenta largos y un poco bajo está en el centro del salón

tratando de comunicarse con ellos en italiano. Parece nervioso, lo que claramente no es una buena señal.

—Tú eres el que sabe italiano —le dice Val a Alex.

Él se acerca. Se presenta. El hombre hace lo mismo y habla cada vez más rápido. Cuando señala el piso de arriba y Alex sigue la dirección con la mirada resulta evidente que no son buenas noticias.

Tras unos cinco minutos intuyo que el señor se está disculpando y, tras despedirse, se marcha.

—Bueno —lo azuza Mellow—, haznos la traducción.

—Ha habido un problema de humedad a causa de una tubería. Nada grave, pero ha tenido que cerrar una de las habitaciones. Han dejado de ser cuatro dormitorios, ahora solo tenemos tres.

—Qué putada —se queja Ted.

Todos protestamos de una manera u otra, aunque, gracias a Dios, también somos conscientes de que es algo bastante asumible.

—Vale, la situación es la que es —toma la palabra Ted—: hay tres habitaciones y somos cinco.

—Me encanta cómo resumes —lo pincho.

Él me mira mal y yo sonrío enseñándole todos los dientes solo para fastidiarlo.

—Eden y Mellow ya iban a compartir habitación —continúa recapitulando—, pero quizá sea más fácil si reorganizamos las parejas. Por ejemplo, Val duerme con Eden y Mellow conmigo.

—No pienso dormir con Val —me opongo—, ronca.

—No es verdad —se queja la aludida, un poco indignada.

—Claro que sí —me apoya Mellow.

—Valerie, roncas como el motor de un F14 al que Tom Cruise olvidó echar aceite —sentencia Ted.

Mellow rompe a reír.

—Yo no pienso dormir contigo —le advierte Mellow a Ted cuando sus carcajadas se calman—. ¡Te mueves muchísimo!

—Retíralo —le ordena, pero ella niega con la cabeza sin dudar.

—No, te estiras en cruz y das patadas.

—Lo de las patadas solo pasó una vez. Soñaba que era Harry Styles y un grupo de fans especialmente entusiasta me acorralaba en el pasillo de un hotel.

Yo me echo a reír. Pobre Teddy Styles.

—¿Y lo de dormir en cruz? —contraataca Mellow.

—¡La cama era diminuta! ¡Como el salón de Pin y Pon de Eden!

—¡Ey! —intervengo como parte ofendida—. Mi salón es genial.

—Precioso —responde Ted sardónico—, y el día que conozcas al resto de los habitantes de la casa de muñecas te lo pasarás de miedo.

Abro la boca indignadísima, pensando en recurrir a la violencia para defender mi propiedad como si viviéramos en Oregon a principios del siglo xx y la justicia impartida por los Marshall aún no fuera ley en este territorio salvaje.

Ted responde haciéndome un mohín y yo lo miro aún peor.

—Idea —toma el relevo Val—: Mellow con Eden y tú —dice señalando a Ted— conmigo.

—Jamás —contesta él sin dudar.

—¿Por qué?

—Estás enamorada de mí.

—Eso no es verdad.

—Pero, lo de que roncas, sí. Solo intentaba ser amable y ofrecerte una salida.

—No voy a dormir con Eden —interviene Mellow—. Habla en sueños.

—No hablo en sueños.

—Hablas muchísimo —se ríe de mí mi propia hermana traidora— o haces esos ruiditos.

—*Ni, ni, ni, ni, ni* —empiezan a imitarme todos a la vez, con la voz ridículamente aguda.

¡Yo no hago eso!

Los fulmino a todos con la mirada, especialmente a Alexander Vandervilt, que encima de todo sonríe encantado por mi reacción.

—Pues con Alex —le da la opción Val a Mellow.

El estómago se me encoge de pronto. No entiendo por qué, pero no me ha gustado nada esa posibilidad.

Noto la mirada de Alex sobre mí y solo entonces me doy cuenta de que, involuntariamente, estoy agarrando mi vestido con demasiada fuerza. Al ser consciente de ello, me suelto, me enderezo

y empiezo a pasearme por el salón. Él vuelve a esbozar esa media sonrisa engreída y llena de suficiencia, apoyado en la isla de la cocina abierta.

—No —responde Mellow sin dar lugar a dudas y mi estúpido corazón se calma—. Seguro que se pasa toda la noche trabajando con el portátil o recibiendo llamadas y no quiero que me despierte gruñendo que está rodeado de incompetentes mientras se levanta a las cuatro de la mañana.

Val rompe a reír. Yo casi hago lo mismo. Alex rodeado de incompetentes, es la cruz de su existencia.

—Se admite —contesta Ted—. Val y Alex.

—Mismo motivo —dice ella rápido y yo agradezco que se haya negado a esa velocidad, aunque no voy a profundizar en por qué. Soy más feliz así—. Paso de que me despierten corporativamente.

Ted resopla. Sé está quedando sin opciones.

—Solución —propone exasperado—: Val y Mellow por un lado.

—Es nuestra tradición de mejores amigas —confirma contenta la primera y las dos sonríen.

—Y tú y yo, hermano —le dice Ted a Alex.

—Ni de coña —contesta Alexander.

—¿Por qué? —inquiere ofendidísimo Ted.

—Porque suficiente hago con aguantarte despierto.

—Pues ya no te quiero —responde Ted sin dudar haciéndome sonreír. Val incluso finge un puchero. Ha sido una amenaza realmente dura—. Solo queda una opción, Eden y yo. Listo.

El ambiente cae diez grados de golpe y se hace un silencio absoluto solo por la manera en la que Alex mira a Ted cuando pronuncia esas palabras. Lo gracioso es que no parece enfadado, ni siquiera ha dicho nada, es peor. Está amenazadoramente tranquilo.

—O quizá no —añade rápidamente Ted.

—Definitivamente no —sentencia Alex.

Yo bajo la cabeza ocultando una sonrisa y el hecho de que todo mi cuerpo se ha llenado de calidez con la reacción de Alex.

—Dejaos de líos —habla precisamente él—. Eden y yo dormiremos juntos.

58

Alexander

Ted, Val y Mellow se quedan mirándome como si acabase de gritar que he visto un platillo volante.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada, nada —se apresuran a responder Mellow y Val, pero las dos tardan un segundo de más.

—Todo muy normal. Muy mediterráneo —añade Ted.

Cabeceo dándolos por imposibles. Que Eden y yo durmamos juntos es de lo más normal. Ni siquiera sería la primera vez. Lo hemos hecho un millón de veces.

Cojo mi maleta y la suya y voy hacia las escaleras mientras ella no para de hablar sobre que podríamos bajar ya a la playa y después buscar una tienda donde vendan pasta y tomates frescos para preparar la salsa.

***

La playa está imposible. Hay gente por todas partes, italianos hablando demasiado alto y camareros paseando entre las hamacas sirviendo spritz como si el mundo fuese a acabarse mañana mismo.

Yo estoy tirado en una de las tumbonas con las gafas de sol, un brazo flexionado hacia atrás y una Peroni helada en la otra mano. Ni siquiera me he quitado la camisa de mangas cortas blancas que llevo, aunque me la he desabotonado y, por supuesto, paso del agua.

Eden, en cambio, está en la orilla otra vez, observándolo absolutamente todo, la gente bañándose, los niños jugando en la arena húmeda, las hileras de tumbonas —los italianos, aparentemente, son demasiado esnobs para tirar una toalla en la arena— y otra vez esa visión imposible del centenar de casitas clavadas en la montaña.

Tiene el pelo húmedo cayéndole por la espalda y la piel le brilla bajo el sol. Debo admitir que llevo siguiendo con la mirada ese bikini de rayas azules desde que se ha quitado el vestido.

Camina de vuelta a las hamacas y se planta frente a mí con los brazos en jarra.

Ahí vamos.

—Báñate conmigo.

—No —respondo sin una pizca de arrepentimiento.

—El agua está buenísima —me tienta.

—La veo capaz de seguir estándolo aunque yo no me meta dentro.

—Eso ha sido demasiado engreído hasta para ti.

Le doy un trago a mi cerveza.

—Estoy de vacaciones —replico—. Me crezco cuando me relajo.

—Creí que lo tuyo era el estrés —opina Ted en la tumbona a mi lado.

—Me crezco en cualquier circunstancia —le contesto muy satisfecho conmigo mismo.

—Ese es mi chico —sentencia.

—Báñate —vuelve a pedirme Eden.

—No.

La verdad es que esa vocecita está tirando de mí, pero fastidiarla es demasiado divertido para claudicar.

—¿Y si me ahogo? —pregunta levantando las cejas.

—Vengaré tu muerte —contesto sin dudar.

—¿Y se me ataca una medusa?

—Le esperará la misma suerte que al Mediterráneo.

Ted sonríe.

—¿Y qué tal esto? ¿Qué pasa si camino del agua piso una piedrecita y me hago una brecha en el pie, entro en el mar confiada

y la sangre atrae a un tiburón?

—Que probablemente habrás caído por un agujero de gusano marino y estarás en el Atlántico porque en el Mediterráneo no hay tiburones.

Ella tuerce los labios tratando de mirarme amenazante, pero es cuando más adorable me parece.

—No me caes bien —me advierte volviéndose para regresar al agua.

—¡Cuidado con las piedrecitas! —le grito.

Ella me enseña el dedo corazón sin girarse y yo sonrío detrás de mi cerveza.

Los siguientes quince minutos me los paso viéndola bañarse con Val y Mellow, morirse de risa, mirar embobada otra vez las vistas a nuestra espalda y también buscarme a mí. Cada vez que eso pasa, da igual que haya diez metros de tumbonas e italianos entre nosotros, siempre nos quedamos mirándonos un segundo de más.

—El agua está genial —explica Mellow cuando regresan a las tumbonas, cogiendo una toalla de su bolsa.

Yo bajo la mano y saco otra toalla de otra bolsa. Cuando Eden llega, se la tiendo y ella la coge con una sonrisa.

—Ya se lo advertí —comenta divertida y un poco indignada—, pero no quiso escucharme.

—Es que el heredero Steele y el joven Vandervilt están jugando a ver qué multimillonario se tuesta primero al sol cual lagartija —explica Mellow tumbándose en su hamaca.

Val llega en ese momento, camina directa hasta Ted y se escurre el pelo encima de él, haciéndolo saltar de la tumbona.

—Te odio profundamente, Valerie.

Ella rompe a reír mientras los demás sonreímos y Ted entrecierra los ojos sobre ella.

—Cada vez que hago una maldad que te obliga a pronunciar mi nombre entero merece la pena.

—Me vengaré —la amenaza señalándola con el índice.

—Te estaré esperando —replica ella sentándose en su tumbona.

Él aprieta los labios en una fina línea apuntándola todavía.

—No me gusta que me presionen —pronuncia al fin—, pero me vengaré.

—Eso no ha dado demasiado miedo —comento.

—Quiero que se confíe —se defiende Ted.

Eden se tumba a mi lado.

—Bonitas gafas de sol —le dice Mellow.

—Gracias —responde ella con una sonrisa—. Me las compró Alex la semana pasada.

No me quedó otra. La recogí en Kinetix e íbamos caminando hasta mi apartamento cuando sus Ray-Ban acabaron en el suelo porque se le rompió una patilla.

—Fue una tortura —resoplo—. Estuvo probándose gafas una hora y media.

—No es verdad.

—Literalmente, era de día cuando entramos y de noche cuando nos fuimos.

—Porque la tierra sigue girando incluso sin tu consentimiento.

Yo llevo la vista al cielo, pidiendo paciencia. Es insufrible.

Val suelta una sonrisilla. Otra insufrible. Es el gen Lockhart.

—Te probaste un millón de gafas y cuando, por fin, elegiste unas, cambiaste de opinión mientras sacaba la tarjeta para pagarlas —explico el suplicio que viví.

—Ah, pero ¿tú pagas con tarjeta? —plantea muy seria Mellow—. Creí que te pinchabas un dedo, caía una gota de sangre y automáticamente todos se inclinaban en una reverencia y te ofrecían sus mayores tesoros.

La miró mal, pero ella me mantiene la mirada haciéndose la inocente.

—Las tres me caéis fatal —me rindo.

—¿Por qué a ella le compras unas gafas de sol y a mí no? —salta Ted.

—Porque las necesitaba —me armo de paciencia.

—Yo también y tuve que ir a Loewe solo como una viuda de guerra.

—Voy a dejar que el Mediterráneo me trague —me lamento para mí, pero lo suficientemente alto para que esta pandilla me oiga.

—Pobrecito —dice Val.

No especifica a cuál de los dos está consolando, pero Ted da por hecho que es a él.

—Gracias. Fue muy duro —contesta.

Eden a mi lado sonríe encantada de que Ted me esté torturando. Yo no lo pienso, estiro la mano y le clavo el dedo por encima de la cadera. Ella da un respingo y rompe a reír para justo después fulminarme con la mirada. Su problema es que sigue sonriendo, así que no obtiene el efecto deseado.

—¿Os imagináis a Ted en una guerra? —plantea Mellow.

—Sería muy útil —contesto yo cogiendo el libro que tengo a los pies de mi hamaca y abriéndolo—. Averiguaría dónde están todos los burdeles y establecería el tráfico de cigarrillos y gafas de sol de Loewe.

Eden rompe a reír y el sonido me calienta por dentro.

—Sobreviviría seguro —afirma orgulloso.

—Eso no lo duda nadie —responde Val.

***

Estamos muertos de hambre por culpa de la diferencia horaria, pero decidimos ser listos y solo picar algo para pillar el ritmo de Amalfi cuanto antes.

Una ronda de spritz, cervezas y un baño después estamos de vuelta en las tumbonas.

Mellow conoce a un italiano en la orilla y suben juntos hasta la playa. Val y los amigos de él se unen rápido. Pero ellos son tres, así que Valerie llama a Eden y las cosas empiezan a no parecerme tan divertidas.

—Voy —responde ella, levantándose de su tumbona junto a la mía y caminando hasta ellos.

Mi cuerpo se pone en guardia antes siquiera de que pueda controlar la sensación y el animal que llevo dentro se despierta y empieza a dar vueltas, con la mirada clavada en esos tíos.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunta uno de ellos, que claramente ha fichado a Eden.

—Dibujo —responde ella.

Él frunce el ceño.

—¿Caricaturas? —pregunta al cabo de unos segundos para encontrar la palabra en nuestro idioma.

Ella sonríe y yo me humedezco el labio inferior porque esa sonrisa es para mí, no para ese imbécil.

—No, hago dibujos... como cuadros, pero con lápices.

El italiano lo entiende y asiente.

—Una artista.

Ella se sonroja y yo empiezo a pensar en cómo puedo hacer desaparecer un cadáver en el Mediterráneo.

Siguen hablando, pero en realidad la única que está charlando es ella, porque ese idiota lo que está es metiéndole ficha. Son conceptos muy diferentes.

Él se inclina más sobre ella.

Ella vuelve a sonreír.

Suficiente.

—Lockhart —la llamo.

Eden se vuelve en cuanto oye mi voz. Siempre lo hace. Esa idea, justo ahora, me gusta demasiado.

—Ven aquí —le pido.

Ella no duda, solo se levanta y empieza a andar en mi dirección, dejando la conversación a medias. El animal se relame porque no lo hace pensando, el venir a mí le sale natural.

Ted a mi lado, sin levantar la vista de la revista que le ha robado a Mellow, suelta una risita.

—Pasa de mí —le gruño, incorporándome y siguiendo a Eden con la mirada.

—Lo intento, pero tú me lo pones muy complicado —continúa, riéndose claramente de mí.

—¿Qué pasa? —pregunta al llegar.

Yo cojo mi vaso de agua con limón, le doy un trago y se lo paso.

—Tienes que beber. Hace calor.

—Si tengo que beber, podría ser otro spritz.

—El alcohol no va a hidratarte. Bébete el agua y te pido uno.

Ella me mira un segundo, valorando mi respuesta, y se lleva el vaso, mi vaso, a los labios. Yo muevo la mano y le aparto un poco de arena que tiene en el estómago con el índice y el corazón, un poco más lento de lo necesario.

Ni siquiera pienso en hacerlo. Solo pasa. Porque Eden siempre termina demasiado cerca. Porque tocarla me sale solo desde hace años. Porque me gusta demasiado.

Eden no se inmuta, pero el italiano sí lo ve. Ella bebiendo de mi vaso, yo tocándola, lo cerca que estamos, y espero que capte el puto mensaje. Si quiere tirar la caña, que pruebe en otro sitio.

Ella deja el vaso en la mesita y se vuelve para marcharse. El italiano sonríe encantando y el animal gruñe.

No va a pasar.

—Hazme compañía —le pido haciendo que mi voz suene un poco más ronca.

Eden se detiene en seco y se gira remolona, como si una parte de ella supiese lo que estoy haciendo y estuviese disfrutándolo.

—Ya tienes a Ted —responde sin acercarse, con una sonrisa de lo más insolente.

La muy... Lo sabe.

—Sí, pero Ted no es la compañía que quiero ahora.

—Ey —se queja el aludido.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí lo soy? —me pone las cosas difíciles.

Me humedezco el labio inferior, escondiendo una media sonrisa.

—Creo que merecerá la pena descubrirlo.

Ella tuerce los labios, tratando de luchar contra la idea de que le gusta demasiado que quiera apartarla de otro tío para que esté conmigo y con paso perezoso camina hasta mí.

Vuelvo a la tumbona, pero me echo a un lado, dejándole sitio para que se tumbe conmigo y no en la suya.

Eden lo hace bocabajo, con la mejilla apoyada en sus brazos cruzados. Yo vuelvo a flexionar uno sobre mi cabeza y por un par de minutos nos quedamos simplemente así, en silencio, cerca del otro.

Es la mejor sensación del puto mundo.

Respiro hondo y ella esboza una sonrisa. Tiene la piel brillante por el agua salada y el sol y huele genial, una mezcla increíble, del coco de la crema solar y ella.

—Me gusta verte relajado —me dice con una suave sonrisa. La que solo pone cuando estamos solos y que es preciosa porque sabe a intimidad.

—Lo sé. Me gusta estarlo —añado devolviéndole el gesto.

—Lo sé —responde ella.

Apenas un minuto después noto cómo busca mi mano con la suya detrás de la tumbona. Sus dedos empiezan a jugar distraídamente con los míos, con mi palma, mientras tiene los ojos cerrados detrás de sus gafas de sol, disfrutando de esta tranquilidad, del sol, de Amalfi.

***

Regresamos a la villa cuando empieza a caer el sol. Nos organizamos para las duchas y para cocinar.

—Hola, Vandervilt —me saluda Eden subiendo de un salto a la encimera de la cocina.

Tiene el pelo húmedo de la ducha y una de mis camisetas, que, como siempre, le queda enorme y le llega a la mitad del muslo.

—¿Qué preparas? —pregunta estirándose para tratar de ver lo que tengo en la olla.

—Bueno, alguien se puso muy pesada con lo de comprar tomates para hacer una salsa de verdad.

—Oye —protesta y automáticamente sonrío—, no me puse pesada, solo insistí.

—Muchas veces.

—Al parecer las necesarias —replica con una sonrisa dulce e insolente, me preguntaré toda la vida cómo lo consigue, mientras me roba un trocito de parmesano de la tabla.

Amalfi suena abajo. Las motos, gente hablando en italiano, el ruido de vasos y cubiertos.

Val ha puesto música de Raffaella Carrà bajito y ahora está reuniendo sillas de las habitaciones para poder sentarnos todos a la

mesa. Cada una es de un estilo diferente, pero la mezcla tiene algo realmente bonito.

La puerta suena. Son Mellow y Ted.

—Ya tenemos el vino —anuncia ella. Él la sigue cargando una caja abierta con las dos manos de la que sobresalen una decena de botellas.

—¿Cómo va eso, chef? —pregunta él.

—Controlado.

Busco a Eden con la mirada, ni siquiera sé por qué. Ella ya me estaba esperando y, cuando nos encontramos, sonreímos.

Vuelvo a los fogones, sí, en el sur de Italia no creen demasiado en las cocinas eléctricas. Según ellos, la mejor manera de controlar la cocción es con fuego y, en realidad, tienen razón. De reojo veo a Ted, Mellow y Val cuchicheando. Ted abre la boca, no sé si preocupado o sorprendido, y niega con la cabeza. Val directamente sonríe y Mellow echa a andar hacia nosotros.

Automáticamente sospecho. Esa cara no trae nada bueno.

—Eden —la llama todavía a unos pasos de la cocina—, ¿a que no sabes a quién me he encontrado cuando íbamos a por el vino?

Entrecierro los ojos sobre la pelirroja.

—¿A quién? —pregunta.

—A los italianos de la playa. ¿Y sabes lo mejor? Nos han invitado a las tres a salir con ellos esta noche. Me han preguntado especialmente por ti.

—¿Por mí? —inquiere Eden señalándose.

Mellow asiente divertida.

—Sí.

Y justo después me mira sin dejar de sonreír.

Hija de puta.

59

Alexander

No levanto la cabeza ni dejo de remover la salsa, calmado, pero el animal ha vuelto a despertarse gruñendo bajo mientras noto algo peligroso y territorial desperezarse dentro de mí.

Eden sonríe sin poder creérselo.

—¿En serio ha preguntado por mí?

—Créetelo, chica —la anima Mellow—. Al alto, Francesco, le encantas.

Yo alzo la cabeza y miro a Mellow con una media sonrisa arrogante y llena de seguridad porque sé lo que está haciendo. Ella me la mantiene haciéndose la inocente porque es perfectamente consciente de que lo sé.

Aprieto la pala de madera un poco más fuerte.

El animal ruge.

Puede que tenga que incendiar el puto Amalfi esta noche.

—No lo sé —continúa Eden y se muerde el labio inferior pensativa —. Supongo que podría pasarme un rato.

Me mira en cuanto lo dice, como si necesitara ver mi reacción antes incluso de entender que quiere hacerlo.

Yo no dejo de contenerme ni un centímetro. Remuevo la salsa mientras compruebo que el agua no haya roto a hervir.

—No —respondo con total tranquilidad, alzando la mirada y observando a Mellow mientras me seco las manos en el trapo de cocina que tengo enganchado a la cintura del delantal. El flequillo me cae sobre la frente casi llegándome a los ojos.

—¿Y desde cuándo decides tú eso? —plantea Eden divertida e insolente a partes iguales.

—Esa no es la pregunta adecuada —respondo devolviéndole toda mi atención.

—Te has vuelto muy autoritario.

Yo me inclino sobre ella para coger el salero a su espalda que no necesito.

—Italia me sienta fatal —sentencio cuando estamos así de cerca, con el inicio de una engreída y divertida sonrisa en los labios antes de apartarme del todo y volver a los fogones.

Ella necesita bajar la cabeza porque el estar tan cerca le ha afectado y yo, interiormente, sonrío satisfecho.

—¿Y cuál se supone que es la pregunta adecuada? —indaga cuando recupera la compostura.

—¿Qué vamos a hacer que es mucho mejor que pasar el rato con unos estúpidos italianos?

—No son estúpidos —interviene Mellow con una sonrisilla.

—Son completamente imbéciles —replico sin arrepentirme ni siquiera un poco.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Eden.

Me tomo mi tiempo para coger la pasta y dejo caer un puñado de *spaghetti* en la olla.

—Positano —contesto.

A Eden se le ilumina la mirada cuando lo digo.

—Solo está a quince kilómetros —me explico incluyéndolos a todos—. Podemos dar una vuelta, comernos un helado.

—Un helado italiano —especifica Val.

—Creo que aquí los llaman solo helado —responde Mellow.

—¿Eso es aplicable a la salsa barbacoa en una barbacoa? —plantea Ted pensativo.

Dejo la pala apoyada en la sartén y camino hasta Eden. Instintivamente ella me hace un hueco entre sus piernas. El animal gruñe satisfecho. La tensión de mi cuerpo se transforma en una más agradable, pero jodidamente brutal.

—¿Te haces una idea de lo increíble que tiene que ser verlo iluminado desde la carretera?

La miro y me encanta. Me encantan esos ojos marrones, que lleve mi camiseta, que acabe de salir de la ducha y todo esto se sienta tan doméstico.

Eden me mantiene la mirada con esa suave sonrisa todavía en los labios. Levanta la mano y me aparta el flequillo de la frente.

—Me has convencido, Vandervilt —sentencia.

Yo me humedezco el labio inferior escondiendo una nueva sonrisa.

—Chica lista, Lockhart.

Hacemos eso, mirarnos, durante un puñado de segundos más, demasiado cómodos, como si lleváramos haciéndolo toda la vida sin ni siquiera darnos cuenta, y probablemente sea así.

—Voy a ayudar a estos a poner la mesa.

Asiento y doy un paso hacia atrás dejándole espacio, pero seguimos mirándonos. Ella no se mueve y se marcha. Yo no lo hago y regreso a los fogones. Seguimos así.

Hasta que Eden deja escapar algo parecido a una sonrisa a medio camino entre nervios y resignación, aparta la mirada y se va.

Vuelvo a prestarle atención a la comida, pero entonces levanto la cabeza y atrapo la mirada de Mellow, que sigue al otro lado de la isla con su copa de vino.

—No juegues conmigo —le advierto—. No vas a ganar.

Ella me observa de vuelta, pero no aguanta la presión y a los segundos tuerce los labios.

—Cabronazo —se queja frustrada justo antes de sonreír.

Yo le devuelvo el gesto mientras por fin le presto de verdad atención a la comida de nuevo.

Eden no iba a largarse con ese italiano. Así de simple. Está conmigo.

***

Cenamos muriéndonos de risa cada dos minutos sin parar de contar anécdotas absurdas, desde las que pasaron hace mil años hasta las que han ocurrido esta misma tarde en la playa.

Después nos cambiamos para irnos a Positano. Estamos de vacaciones de verano y vamos, básicamente, a comer helado y a

pasear, así que los *looks* sofisticados se quedan en casa. Unos pantalones cortos, una camisa de magas cortas, las deportivas blancas y el pelo peinado con los dedos.

Pero entonces veo bajar a Eden y la palabra *verano* adquiere un nuevo significado porque es lo que es ella ahora mismo. Un vestidito claro, de tirantes, sencillo y perfecto a la vez, como si fuese una nueva combinación dispuesta a romper las leyes físicas. Unas sandalias planas. El pelo ondulado suelto. Tiene la cara sonrosada después del día en la playa y la sensación de que, si le besara el hombro, todavía me sabría a agua salada.

Se detiene frente a una de las ventanas y, aprovechando el reflejo, se pone brillo de labios sin ningún color, solo eso, sin ningún maquillaje, y yo quiero aullar, joder, porque parece un puto sueño.

Al terminar, se gira y me busca por inercia, sin pensar, exactamente igual que la busco yo cuando entro en una habitación. Nos encontramos. Sonríe. Y toda la costa amalfitana se ilumina.

—Familia, vámonos —nos llama Ted—. Esos helados no van a comerse solos y yo quiero saber si tienen de mimosa.

Mellow se detiene en seco al oírlo y Ted también lo hace sin entender dónde está el problema.

—A veces pienso que de verdad te has escapado de *The Riot Club* —dice ella.

—Gracias, esta fachada es una obra maestra —responde señalándose de arriba abajo—. ¿Crees que no sería mucho más fácil para mí comer helado de chocolate como un plebeyo más? Pero alguien tiene que mantener el nivel de nihilismo mordaz en esta pandilla.

No quiero, pero es imposible no sonreír.

—Qué trabajo tan duro —finge compadecerse Val pasando junto a él.

—Y aristocrático —añade él—. Estamos en Italia.

—Italia es una república —le recuerdo frunciendo el ceño.

—Espiritualmente, soy Ted I de Amalfi —lo piensa un segundo. Mellow piensa que va a recuperar la cordura. Yo no. Yo lo conozco mejor— y mi helado, mejor de fresas con nata.

Ella lo observo y acaba alzando las manos al aire.

—Contra eso no puedo competir —sentencia.

Ted sonríe satisfecho y Eden, a mi lado, rompe a reír. Está claro que es el mejor público para nuestro Teddy.

Estamos saliendo de la villa cuando mi teléfono empieza a sonar. Resoplo porque a esta hora solo puede ser un tipo de llamada. Miro la pantalla. No me equivocaba.

—Vandervilt —respondo.

El director del departamento legal empieza a explicarme una retahíla de información, pero con la primera palabra yo ya me cojo las sienes con una mano porque sé exactamente dónde va a acabar esta conversación.

Tres minutos después cuelgo con un humor de perros y cara de pocos amigos.

—Marchaos sin mí. Tengo que quedarme trabajando.

Todos empatizan y se quejan porque Nueva York de verdad no descanse nunca. Eden solo necesita un segundo para dar un paso hacia mí.

—Me quedo contigo.

Yo quiero que se quede y me haga compañía. Quiero que este conmigo siempre. Pero no voy a dejar que se pierda algo que está deseando hacer solo porque yo tenga que trabajar.

—No —contesto rápido—. Ve y diviértete.

Ella niega con la cabeza.

—No quiero dejarte solo.

—No te preocupes. Estoy a punto de tener una videollamada muy divertida con el departamento legal. Woodsen, el director, es un genio del humor.

Aunque es obvio que es lo último que quiere, Eden sonríe.

—Al diablo los helados —interviene Ted—. Nos quedamos contigo.

—Sí, quién quiere ver Positano cuando podemos jugar a las cartas —añade Val.

Yo sonrío, aunque no es el gesto más animado del mundo, porque les agradezco muchísimo que estén dispuestos a sacrificar los planes por mí. Aun así...

—No —contesto sin dudar—. Largaos y disfrutad por mí.

—¿Seguro? —pregunta de nuevo Ted—. No nos importa, de verdad.

—¿Seguro? —inquiere Eden con esa voz dulce y adorable que me pone muy complicado decirle que no.

—Seguro —insisto.

Todos asienten de una manera u otra y se dirigen de nuevo hacia la salida mientras yo me quedo de pie en el salón.

La puerta se cierra.

Estoy solo.

Maldita sea, quería enseñarle Positano a Eden. Quería estar con ella cuando la viera iluminada y decidiese dibujar cada rincón.

Resoplo y me obligo a mover los pies e ir hacia las escaleras para subir a por mi portátil.

Pero la puerta suena.

Se abre.

—Ya sé que has dicho que querías que me marchara, pero no voy a dejarte aquí en modo CEO gruñón y que despidas a la mitad de la empresa. Tengo conciencia. Tu trabajas, yo dibujo —decide plantándose delante de mí con una sonrisa.

Y yo se la devuelvo. Joder. Es imposible que no lo haga.

—Nos hemos quedado oficialmente solos, Vandervilt.

—Sí —contesto—. La villa de Teddy I de Amalfi es nuestra.

60

Eden

El plan es sencillo: nos acomodamos en el sofá. Yo, apoyada en uno de los brazos con las rodillas flexionadas hasta plantar los pies en el tresillo y poder apoyar el cuaderno en ellas. Alex también está sentado en el sofá, las rodillas separadas, inclinado hacia la mesita de centro donde tiene el portátil abierto, la *tablet* y el teléfono.

Yo dibujo la playa, el sol brillando sobre las tumbonas y en lo que no he podido dejar de pensar en todo el día: la cascada de casitas de colores sobre la ladera de la montaña. Él ya ha hecho tres videollamadas, ha advertido a cuatro directivos que los despedirá si el problema no se soluciona antes de que abra Wall Street y ha corregido un contrato largo y farragoso mientras se quejaba de que paga demasiado dinero a gente que se lo pasa demasiado bien mientras él hace el trabajo por ellos.

Lo importante: está lo suficientemente cerca para que pueda molestarlo estirando la pierna. Método que uso cuando se pone excesivamente insufrible y dice cosas como «Juro por Dios que, si no tiene ese contrato terminado antes de una hora, lo traeré hasta aquí solo para darme el gusto de tirarlo yo mismo al Mediterráneo».

—Deberíamos descansar un poco —le digo.

—Humm... —es lo único que contesta, con la mirada en la pantalla, que ahora mismo está llena de gráficos y de tablas de Excel, un programa que siempre se ha escapado a mis límites de conocimiento.

—Alex —trato de que me escuche.

—Un segundo...

—Mentiroso —le reprocho divertida.

Estiro la pierna y le doy con el pie en el costado para llamar su atención, pero él no solo no se inmuta, sino que me coge el pie y lo deja sobre su regazo sin levantar la mirada de la pantalla y, distraído, empieza a hacer círculos con el pulgar sobre mi empeine.

Por un momento, yo también me distraigo. Es muy muy agradable... pero entonces me doy cuenta de lo que está haciendo.

—¡Traidor infame! —protesto recuperando mi pie y haciéndolo sonreír.

Pretendía atraparme y poder seguir trabajando.

—Vas a descansar y vas a comer algo —lo amenazo poniéndome de pie y dirigiéndome a la cocina—. Han pasado dos horas sin que levantes la vista de ese ordenador.

Entrecierro los ojos sobre los armaritos y empiezo a rebuscar. Aún no hemos hecho una auténtica compra. Esta tarde, básicamente, nos ocupamos de la cena y el desayuno de mañana además del alcohol, pero nos conozco como pandilla, es imposible que no haya galletas y patatas en algún sitio.

Un armario. Otro. Otro. La nevera. Un cajón. *Voilà*. Un paquete de patatas fritas de una marca italiana.

—San Carlo —leo en voz alta. Parecen unas Lay's, pero hay una foto de una lima y de algo que intuyo que es pimienta rosa... Seguro que están buenísimas. Los italianos se toman muy en serio comer cosas deliciosas.

Regreso con mi botín.

—Mira lo que he encontrado —le digo.

Las abro e inmediatamente sonrío. Huelen genial.

—Humm... —contesta.

—Alexander Vandervilt, si vuelves a contestarme con un «humm», seré yo quien te tire al mar.

Silencio.

—Humm...

¡Y sonríe! ¡El muy maldito lo ha hecho a propósito!

—Se acabó —dicto sentencia.

Camino hasta él, que está escribiendo en el portátil, y hago lo que cualquier persona lógica haría: me cuelo entre sus brazos,

poniéndome delante de la pantalla. Él trata de moverse para seguir viendo el ordenador, pero no claudico y me siento a horcajadas sobre él. No pienso rendirme.

—Eden —se queja en modo gruñón.

Yo niego con la cabeza cogiendo una patata.

—Te he dicho que tienes que descansar y vas a hacerlo.

Me la como y, Dios, está de muerte.

—Tengo mucho trabajo todavía...

—Pruébalas, están de vicio —le pido sacando una y dejándola delante de su boca para que se la coma.

Él me mira mal. Yo muevo la patata.

—Eden.

—Alex.

Tras casi un minuto de batalla pone los ojos en blanco. Yo sonrío victoriosa porque sé que me he salido con la mía y se come la patata.

Tarda literalmente un segundo en entrar en el cielo culinario del señor San Carlo. La expresión le cambia y yo ladeo la cabeza orgullosa.

—Te lo he dicho.

Le doy otra patata y me como una más. Alex deja que sus manos descansen sobre mis muslos y los siguientes minutos los pasamos así, conmigo alimentándonos a los dos mientras hablamos de todo y de nada a la vez.

—Están supersaladas —llego a esa conclusión—, por eso están tan buenas.

—Y por eso moriremos jóvenes.

—Tú morirás joven de todas formas cuando algún alto directivo al que llames incompetente queme tu despacho con gasolina y un mechero.

Le ofrezco otra patata.

—¿Conmigo dentro? —pregunta justo antes de comérsela.

Sus manos me acarician las piernas desde las rodillas al borde de mi vestido, bajando y subiendo.

Me como una más.

—No, tú entrarás porque habrás dejado algo dentro e insistirás en que lo necesitas, un contrato, tu pluma Montblanc o algo así. Llamarás incompetentes a los bomberos porque no te dejarán pasar y acabarás despidiéndolos y entrando. —Le doy otra patata—. Una de tus carísimas estanterías, que parecen de Ikea pero son de otros escandinavos más tristes y cuestan veinte mil dólares más, caerá sobre ti y ese será tu fin.

—Qué específico.

Me encojo de hombros, comiendo de nuevo.

—Lo he visto con mucha claridad.

—¿Y qué estás haciendo tú mientras tanto?

—Vivo aquí.

—Ah, ¿sí?

—Y me he casado con el heredero de la fábrica de estas patatas.

—Eres una mujer muy sabia.

El sonido de la ciudad llega desde la calle entremezclado con la brisa fresca y el olor a mar: cláxones de motos, gente hablando muy alto y muy rápido, risas.

—Pero yo no moriré en el incendio —dice comiendo otra patata—. Escaparé en el último segundo, y llevaré la mitad de la cara cubierta con una máscara porque habré quedado terriblemente desfigurado. Me colaré en un barco mercante, desembarcaré aquí y me esconderé en los sótanos de tu fábrica de patatas. Asustaré a los empleados cantado versiones ópera rock de canciones tristes de los ochenta y, al final, nadie querrá trabajar en la fábrica de tu marido porque pensarán que está embrujada y yo me quedaré con todas las patatas.

Asiento varias veces contemplando esa posibilidad.

—Si tienes las patatas, siempre puedo divorciarme y casarme contigo.

—No sé si quiero compartirlas.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa.

—Qué duro.

Ahora es Alex el que se encoge de hombros.

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Lo entiendo —me finjo comprensiva—, pero tu plan tiene una laguna.

Cojo la última patata de la bolsa.

—¿Cuál?

Se la ofrezco.

—Cuando hay fantasmas, sé a quién tengo que llamar.

Muevo la mano cuando va a comerse la patata, me inclino y me la como yo.

Juego. *Set*. Y partido.

Alex entrecierra los ojos sobre mí y yo rompo a reír encantada.

—Eso ha sido malvado.

—Lo que te merecías.

Sigo riéndome con ganas, encantada de haberle robado la última patata. Echo la cabeza hacia atrás, el movimiento me desestabiliza y estoy a punto de caerme. Me agarro rápido a sus hombros, él hace lo mismo con mi cintura y me salvo de la caída, pero de pronto la postura nos gana la partida y estamos demasiado cerca.

Las carcajadas se me mueren en la garganta de golpe. La bolsa vacía resbala de mis dedos y cae al suelo con un suave siseo que suena ensordecedor en el salón.

Nos quedamos completamente congelados.

El aire cambia a nuestro alrededor, como si alguien hubiese pulsado un interruptor. Se llena de tensión, se torna denso.

Nuestras respiraciones se vuelven pesadas sin que dejemos de mirarnos a los ojos. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué vamos a hacer? Este no era el plan. Se suponía que él trabajaría, que yo dibujaría, que nos reiríamos, pero... esto... Yo...

Sin embargo, no quiero parar. La solución es fácil: separarme de él, bajarme de su regazo, *ciao, possibilità*. Pero no lo hago.

No lo hago.

Tomo otra bocanada de aire y despacio muevo los dedos en sus hombros, al principio a trompicones, hasta que mis manos viajan a su nuca y se enredan al final de su pelo.

Noto las suyas en mi cintura, cómo están a punto de bajar, cómo se frena y vuelven arriba, cómo sus dedos se tensan cuando los

míos se pierden en su pelo. Se está conteniendo, luchando contra lo que le gustaría hacer porque prometió respetar mis tiempos.

Podrías bajarte.

El momento podría acabar aquí.

Respiro hondo. El corazón me late desbocado. Mi cuerpo brilla.

Pero es que no quiero que termine. Quiero dejarme llevar.

Me agarro a su nuca y, sosteniéndole la mirada, me deslizo sobre él. El placer es instantáneo y me recorre el cuerpo como una maldita tormenta eléctrica. Alex suelta un siseo ahogado, un juramento que se le clava en los dientes.

Lo miro. Él me mira a mí. El deseo, la excitación, se arremolinan en mi vientre. Necesito más.

Vuelvo a deslizarme sobre él. Los dos jadeamos despacio. Los dos con la ropa puesta.

Estoy mojada. Él está duro.

—Lockhart —se esfuerza en llamarme con la voz trabajosa, conteniéndose—, esto...

—Esto es lo que quiero —lo interrumpo en un susurro.

Alex me mira a los ojos, recorre mi rostro, tratando de leer cualquier reacción en mí, fijándose un segundo de más en mis labios antes de volver a ellos.

Mis manos le acarician la nuca, el pelo. Sus manos se abren grandes y posesivas en mi cintura.

—¿Estás segura?

—Sí.

Tan pronto como pronuncio esa palabra, empiezo a balancearme. Esta vez no me detengo. Enlazo un movimiento tras otro, meciéndome sobre él de una forma perezosa que, sin embargo, estira deliciosamente cada músculo de mi vientre.

Siento su erección luchar por salir de sus pantalones, mis bragas están cada vez más empapadas.

Gemimos.

Tiene la cabeza suavemente echada hacia atrás para poder sostener mi mirada desde abajo, obligado por los centímetros de altura que le saco al estar sobre su regazo. Ver la línea de su mandíbula completamente tensa, sus labios entreabiertos buscando

aire y sus hombros anchos moviéndose ligeramente para proteger mis balanceos me parece la cosa más condenadamente sexy del mundo.

Joder, estamos tan cerca que es una maldita tortura. Nuestros alientos se entremezclan en el espacio mínimo que separa nuestras bocas, pero sé que él no va a acortarlo. No va a besarme. Me está dando el poder de decidir dónde quiero que lleguemos. Qué quiero que hagamos.

Mi pecho choca contra el suyo, grande y firme, cada vez que respiramos y lo hacemos cada vez más rápido, más fuerte.

Acelero el ritmo. Alex me deja explorar, sentirlo, y eso le está costando librar la batalla más dura de su vida contra su propio cuerpo para no tomar las riendas, conteniéndose solo para darme espacio.

Cierro los ojos y arqueo el cuerpo, perdiéndome en la fricción salvaje, sintiendo cómo cada centímetro de mi piel se incendia. El placer se hace más y más grande, empieza a ocuparlo todo.

—Alex... —murmuro en un jadeo desesperado, incapaz de contener la necesidad que me quema por dentro.

Esa súplica rota es su punto de no retorno. Su autocontrol estalla. Con un movimiento rápido y fluido, sus manos se deslizan hasta mi culo y de un tirón implacable me estrecha contra él, recolocándome en su regazo.

Volvemos a estar tan cerca que duele. Más aún.

Empieza a mover las caderas con un ritmo profundo, animal, saliendo a mi encuentro en cada envite, multiplicando la fricción y el placer hasta hacerme ver las estrellas.

—Dios... —gimo, enterrando las manos en su nuca, aferrándome a él como si fuera mi única ancla para no salir volando.

Alex no se detiene y yo me muero de gusto porque no quiero que lo haga. Su mirada gris está clavada en la mía, empañada por una posesividad ciega, territorial, la misma que le vi en la playa, en la cocina. No quiere que otro tío esté cerca de mí y mi corazón brilla con fuerza porque me doy cuenta de que es exactamente lo mismo que siento yo. No quiero que ninguna mujer lo mire, jamás. Es mío.

Me mueve más rápido, más fuerte, clavándome contra su erección dura como el acero a través de la ropa.

—¡Alex!

¡Mi cuerpo se contrae! Y un orgasmo me recorre de pies a cabeza, como una tormenta eléctrica, como un huracán, como una canción llena de guitarras. ¡Es alucinante!

Él continúa moviéndose, yo lo sigo con los ojos cerrados, buscando más, sintiendo cómo el placer me trepa por la espina dorsal. Sonrío. Gimo. Lo disfruto.

Y, con el sonido más sexy que he oído en todos los días de mi vida, Alex también se corre.

61

Eden

Nos quedamos mirándonos a los ojos. No sé cuánto tiempo pasa. Diez segundos. Diez minutos. Una hora. Todas podrían ser correctas.

¿Qué hemos hecho?

Los sonidos vuelven despacio, colonizando el espacio que habían perdido: las motos, el mar, las risas...

Yo... Estábamos hablando sobre tonterías, comiendo patatas, siendo nosotros... Y, de pronto, hemos seguido siendo nosotros pero es como si esa palabra se hubiese expandido hasta alcanzar límites nuevos sobre el infinito.

Maldita sea, qué cursi.

Y qué acertado.

Buzz Lightyear conoce a Barbra Streisand, así me siento.

Maldita sea, de nuevo, qué pensamiento tan ridículo para un momento como este.

¡He tenido sexo seco con Alexander Vandervilt en un puñetero sofá!

Me levanto de golpe, pero estoy muy nerviosa, así que el movimiento me sale demasiado torpe y estoy a punto de caerme. Él se mueve rápido, se inclina y me estabiliza con sus manos en mis caderas. De repente el mundo vuelve a apagarse.

Literal.

Bajo la mirada, él levanta la suya y nos encontramos a medio camino de esto que no sé si es una malísima idea, un error sumamente desafortunado o mi vida, completándose por fin, en Amalfi, en la villa de Ted I.

No sé si quiero reír.

Si quiero llorar.

Si quiero volver a sentarme encima de él.

Posibilidades.

Nunca una palabra había sonado tan peligrosa en la historia de la humanidad.

—Teng... tengo —señalo, pero, en realidad, no sé dónde apunto—. Tengo que subir... Yo... tengo que hacer pis —añado rapidísimo.

Y mentalmente me flagelo porque es la peor excusa mezclada con la más estúpida y menos glamurosa para decir en un momento así. Intentas parecer Verónica Lake, te despistas un segundo y terminas convertida en un personaje de dibujos animados raros de serie de la HBO protagonizado por un caballo con gafas de sol.

Alex me sigue mirando.

—Claro —dice al fin.

Pero yo lo conozco y sé que ahora mismo se está conteniendo, ¡lo que no mejora nada el caos que tengo dentro! Porque me da más posibilidades, estúpida palabra. ¿Quiero que se contenga? ¿De verdad? ¿O quiero que me tumbe sobre el sofá, me arranque la ropa y me folle hasta que pierda la capacidad cognitiva de preguntarme si mi vida es una mala idea?

Dios.

Tengo que salir de aquí.

Me tiraría por la terraza esperando caer en el mar, pero seguro que lo haría encima de algún italiano, Alex se pondría en plan territorial y yo tendría que pensar otra vez en posibilidades.

—Humm... Yo... subo —repito, y debería moverme, pero no me lo hago.

Veo el paquete de patatas vacío a un lado del sofá y me doy cuenta de que ellas son las culpables de todo. Yo te maldigo, señor San Carlo.

Vale, ya no solo tengo que salir de aquí. Ahora, con toda probabilidad, debería acudir a terapia.

Sal.

Ya.

¡Tía!

Mando por fin el impulso eléctrico a mis piernas, inicio el movimiento de alejarme, pero entonces Alex hace algo que destruye la poca claridad mental que me queda porque, al notar que voy a apartarme, sus manos me aprietan posesivas las caderas por encima de mi vestido. Solo un momento, pero yo lo siento en todo mi cuerpo, como si estuviese llena de letreros de neón y él hubiese pulsado el botón que los iluminara.

Volvemos a mirarnos. Más corto esta vez.

—Subo —repito con cero convicción, aunque sé que tengo que hacerlo.

—Sí —contesta Alex.

Me suelta y empiezo a moverme, pero es raro y confuso, como si los dos estuviésemos luchando contra una fuerza cuyo único objetivo fuese mantenernos juntos.

Cierro la puerta de la habitación, avanzo hasta el centro de la estancia mordiéndome la uña del pulgar, pero antes de llegar vuelvo a girarme y antes de llegar de nuevo a la puerta, me vuelvo otra vez. Porque en realidad no sé a dónde quiero ir, pero tengo que moverme.

—No es tan raro —murmuro para mí—. Somos adultos, jóvenes, sexualmente activos. No es tan raro —me lo repito con una extraña mezcla entre ser vehemente e intentar quitarle toda la importancia del mundo.

Funciona, durante tres segundos exactamente en los que incluso sonrío aliviada, pero después... caos emocional cerniéndose sobre la pobre Eden Lockhart.

Decido cambiarme. Emplearé mi energía en algo y me desharé de este estúpido vestido que huele a Alex, a patatas riquísimas y a haber perdido el sentido común, en ese riguroso orden.

Menos de un minuto después he cumplido la misión y empiezo a moverme de nuevo, como un ratoncito encerrado en un laberinto, mordiéndome las uñas otra vez antes siquiera de registrar cualquiera de esos movimientos.

¿Por qué no probamos a analizar esta situación como una persona normal?

Me siento en el borde la cama, respiro hondo con los ojos cerrados, moviendo la mano, tratando de ser zen... pero entonces me doy cuenta de que la camiseta que llevo es de Alex.

No de Ted.

No de Val.

No de Mellow.

¡No de un maldito desconocido que a estas alturas de mi vida me sería más fácil de asimilar, aunque implicara que me está espiando detrás de las paredes como el *stalker* de un *dark romance* con mucho tiempo libre y habilidad para el bricolaje!

Es que es mi lugar seguro.

El pensamiento llega tan rápido que asusta, pero es la verdad. Alex es eso para mí. Es mi rutina, mi comodidad, lo que me hace feliz... mi hogar.

Me paso las manos por el pelo.

—Estoy bien jodida.

Y lo peor es que objetivamente no tiene sentido. Está como un queso, verdad indiscutible, es bueno conmigo, mi persona favorita, está enamorado de mí, yo lo estoy de él. ¡Debería estar dando saltos en una nube! ¡Pero es que también tengo muchísimo miedo!

Miedo de que vuelva a hacerme daño, lo cual es obscenamente injusto porque lleva meses demostrándome que no, porque hace mucho que entendí por qué hizo lo que hizo aunque todavía duela pensar en ello.

Y también tengo miedo de que salga mal y perder a Alex, porque francamente no puedo vivir sin él. Qué demodé, ¿verdad? Pero es que es así desde la primera letra a la última, desde los dedos de mis pies hasta mi último pelo. Ni quiero ni puedo ni sé vivir sin Alexander Vandervilt. Y soy una malísima persona, de eso también soy consciente, porque la relación que teníamos me permitía tenerlo cerca sin tener que arriesgarme.

Pero lo peor es que tengo miedo a dejar de tener miedo porque, cuando eso pasa, todas las barreras, las corazas que te has construido para sobrevivir, se caen, incluidas las que necesitas más que nada o crees necesitar y, si yo me permito hacer eso, voy a volver a entregarme con todo lo que soy, que suena muy bonito, y

con franqueza lo es, pero tengo claro que, si me destroza de nuevo, no volveré a recuperarme.

Resoplo y me dejo caer bocarriba contra el colchón.

—Odio mi vida.

Dijo la mujer que acaba de tener un orgasmo monumental.

Sonrío al recordarlo.

—Puede que ahora la odie un poco menos, pero el saldo de cuentas sigue siendo negativo.

***

Decido que tengo que bajar. Porque soy adulta, porque las cosas se arreglan encarándolas y porque abajo está el alcohol. Fundamental.

No tardo dos segundos completos en ver a Alex apoyado en la isla de la cocina, con las manos a ambos lados de sus caderas, agarrándose al borde la encimera como si necesitara anclarse físicamente a algo que le impidiera salir a buscarme.

Otra idea que me vuelve loca sin ni siquiera entender por qué.

Él tampoco necesita más que un par de segundos para darse cuenta de que estoy aquí y, al hacerlo, se endereza, como si el autocontrol le hubiese fallado una décima de segundo ahí y su cuerpo hubiese aprovechado la rendija.

Nos miramos. Otra vez. Últimamente parece que es lo único que hacemos, mirarnos, sonreír y...

—Hola —digo rápido antes de que mi mente termine de vuelta en ese sofá. No puedo permitírmelo.

Una vez lo hago, soy consciente de lo estúpido que ha sonado, pero ya está sobre la mesa.

Él me mantiene la mirada, estudiándome, pensando que lo daría todo por abrirme la cabeza y ver qué hay dentro... Ahora mismo un loro parque, pero ese es otro tema.

—Hola —repite.

Asiento.

Me fijo en su ropa. Lleva el bañador que dejó secándose en la terraza cuando volvimos de la playa, con la misma camisa de mangas cortas y descalzo. Tampoco quiero pensar por qué ha tenido

que cambiarse, pero es absolutamente imposible que mi cerebro no vaya allí: porque se ha corrido en ellos.

Él.

El gran Alexander Vandervilt.

Y yo he sido la responsable.

Me siento poderosa como la reina de Inglaterra, la de Saba, Lady Gaga.

El sentimiento se mezcla con todo lo demás, con la frustración, la confusión, la felicidad, el deseo, el miedo y no tengo ni idea de qué pensar. Es como vivir con una ensalada César de emociones dentro del pecho.

—¿Está solucionado? —pregunto torpemente.

Él frunce el ceño sin entender a qué me refiero.

—Eso —digo señalando vagamente hacia su bañador—, tus pantalones.

Alex sonríe frustrado.

—Sí.

Y el hecho de que él también se sienta así me alivia.

—¿El bañador seguía mojado?

—No.

Bien, me alegra que al menos la logística esté de nuestro lado.

—Tú también te has cambiado.

Automáticamente miro hacia abajo y me topo de nuevo con su camiseta, como si fuera la prueba de un delito.

—Sí, tenía que hacer algo con las manos —confieso porque, aparentemente, me he vuelto incapaz de vivir en silencio.

—Yo he intentado ponerme a trabajar.

—¿Lo has conseguido?

Su resoplido se entremezcla con una sonrisa aspirada.

—No.

—Pues por eso he acabado con tu camiseta.

Los dos entendemos a qué me refiero: no tenemos la cabeza donde debemos.

—Si te paras a pensarlo, no es tan raro —dice Alex.

—Para nada —respondo un poco acelerada.

—Somos adultos.

—Jóvenes.

—El sexo no es pecado.

«Pero oírte pronunciar esa palabra debería serlo.»

¡Tía!

Me quejo por mi propio pensamiento, ¿de qué voy?, pero todo es infinitamente complicado porque esa mísera palabra, su voz con ella, ha prendido una mecha en mi cuerpo.

—El sexo está bien —replico.

—Muy bien.

La voz ronca, volvemos a mirarnos a los ojos y las ganas vuelven a una velocidad que ganarían las veinticuatro horas de Le Mans.

—Al menos no nos han pillado —comento y, automáticamente, me arrepiento, bueno que si me arrepiento.

—Sí, no quiero darle munición a Val para una semana.

—O a Mellow durante un año.

Los dos nos miramos pensando en el tercero de esa lista y de inmediato sonreímos, de verdad, con un chiste que ni siquiera hemos hecho pero que sabemos que sería muy gracioso e involucraría a Ted.

Esa sonrisa tiene algo de catártico y antes de que nos demos cuenta los dos rompemos a reír y ahí está, la tensión no se va, pero se transforma en algo que nos deja volver a ser nosotros.

—No deberíamos darle más vueltas a lo que ha pasado —digo cuando nuestras carcajadas se calman.

—No hay por qué —sentencia Alex.

Sus palabras me tranquilizan. Siempre ha tenido ese efecto en mí.

—No quiero estar rara contigo.

—Eres rara —afirma sin dudar solo para fastidiarme.

Yo entrecierro los ojos sobre él.

—Y tú, un idiota —contesto antes de pensarlo siquiera.

—La culpa ha sido tuya.

—La culpa ha sido de las patatas.

Me doy cuenta de la estupidez que he dicho, pero al mismo tiempo es como una pequeña prueba de mi subconsciente traidor porque es lo que habría dicho antes de lo que a partir de ahora llamaré *il delitto del sofà*.

Alex me observa durante unos segundos y finalmente sonríe con malicia.

—Denunciaremos a la fábrica.

Y el alivio vuelve y se queda y algo se me afloja en el pecho porque esa contestación significa que estamos bien.

—¿Nos quedaremos a vivir aquí hasta el juicio? —indago.

—Podría planteármelo.

—La indemnización la quiero en bolsas de patatas.

—Mejor pediremos la receta, montaremos nuestra propia fábrica y nos forraremos.

—San Teddy.

—Primero —me recuerda Alex con una sonrisa.

—Sí. —Quiero aguantar el tipo, pero no puedo más y rompo a reír —. San Teddy I.

Mi risa se le contagia y Alex comienza a reír también.

En ese momento la puerta se abre y se oye una protesta melodramática:

—Voy a denunciar a toda Italia.

—Solo te han servido un helado —trato de calmarlo Val, cerrando la puerta tras ellos.

—Sí, pero estaba buenísimo. ¿Cómo voy a poder comerme otro y disfrutarlo sabiendo que existe ese aquí?

Conforme hablan, van avanzando hacia el salón.

—Te entiendo —comenta Mellow—. A mí me pasó lo mismo cuando me acosté con un trapecista, pero lo acabé superando.

—Creo que esto es mucho más grave que tu vida sexual, pelirroja —replica Ted.

62

Alexander

Ted, Val y Mellow colonizan el salón en cuestión de segundos mientras yo solo puedo pensar en lo que ha ocurrido en ese mismo sofá hace treinta putos minutos.

He follado con muchas chicas en mi vida. No me estoy vanagloriando, es un hecho, y, sin embargo, con ninguna de ellas me he sentido como con Eden, aunque ni siquiera nos hayamos quitado la ropa.

Sexo seco y ha sido la hostia. Tengo ganas de reírme y de aullar y de llevármela arriba para hacer todas las cosas que llevo media hora imaginándome.

—Tú, las cartas —le ordena Val a Ted—. Tú, el alcohol —continúa con Mellow—. Tú... —se gira en busca de Eden. La señala y acaba frunciendo el ceño— ¿por qué pareces culpable?

Eden abre la boca y vuelve a cerrarla sin saber qué decir hasta que finalmente resopla.

—Alex no ha dejado de trabajar ni un segundo —miente descaradamente—. Es agotador.

—Lo sé. La culpa es de su padre. De pequeño le hacía ver Wall Street en lugar de *Barrio Sésamo*.

Me sonríe ensenándome todos los dientes después de haberse reído de mí y echa a andar hacia el mueble donde dejó el altavoz portátil.

—Hermanita, tú los *snacks*. Vandervilt, tú busca algo que podamos usar de fichas de póquer —nos ordena sin volver a mirarnos.

Me inclino sobre Eden.

—Relájate —le digo.

Distraídamente le acaricio el bajo de la camiseta, la piel que marca la frontera, lo que he hecho millones de veces, pero ahora es diferente porque los dos somos conscientes del contacto, como si nos hubieran arrancado una capa de piel y nos hubiesen dejado en carne viva.

La recuerdo gimiendo y todo mi cuerpo se llena de adrenalina y ganas en una sola milésima de segundo. Brutal.

Eden me mira y sé que ella también lo ha sentido: la punzada de deseo atravesando el cielo y estallando como fuegos artificiales.

Carraspeo y nos obligamos a movernos.

La partida de cartas, póquer estilo Texas Hold'em, dura diez minutos antes de descontrolarse. Val empieza a gritar que somos todos unos tramposos, Mellow la acusa de acusar para no ser acusada. Eden se muere de risa. Mientras, Ted me observa perspicaz y me dice que sabe que sé que sabe que yo soy el tramposo. Me niego a contestar esa afirmación y aprovecho el jaleo para deshacerme de los dos ases que tenía escondido bajo la pierna del bañador.

—¡Pareces muy inocente, pero eres un terror! —le grita Mellow a Eden y le lanza un cojín.

Ella se mueve muriéndose de risa para esquivarlo y prácticamente se echa sobre mí. Yo la sujeto por la cintura para impedir que acabe en el suelo. Como siempre. Natural. Pero otra vez parece diferente. Muy diferente y al mismo tiempo demasiado igual para que las alarmas salten. Es como el agua colándose entre las piedras sin hacer ruido, sin romper nada, pero destrozando todas tus defensas.

Nos miramos a los ojos. Nuestras respiraciones se vuelven un poco más rápidas. Sonreímos y no sé si dura un segundo o toda la vida. Eso es lo peligroso con Eden: la facilidad. No tengo que pensar. Solo hacer lo que quiero hacer.

Me controlo a duras penas y vuelvo a incorporarnos a los dos hasta que estamos perfectamente sentados. Estos están tan enfrascados llamándose tramposos rastreros que no se dan cuenta.

Seguimos jugando, bebiendo, escuchando canciones italianas demasiado antiguas, pero que, por algún extraño motivo, jamás pasarán de moda.

Aguantamos otros veinte minutos antes de que Val le tire las cartas a la cara a Ted y todo se convierta en un caos inmediato. Mellow grita llamando a la revolución. Ted amenaza con echarlas de la villa.

Eden se mueve más cerca de mí para esquivar una lluvia de cacahuetes y termina prácticamente pegada a mi costado. La rodeo automáticamente con el brazo, protector, y el tirón vuelve, pero no me muevo, lo disfruto, joder, lo siento atravesarme entero.

Ella se acomoda mejor bajo mi brazo y azuza a su hermana.

—Ha sido Mellow. Yo la he visto, Val. Está poniéndote en contra de Ted para eludir responsabilidades.

—¡Mujer justa! —grita Ted.

—¡Traidora! —replica Mellow.

Y una nueva lluvia de palomitas aparece desde Dios sabe dónde.

El salón huele a sal, a alcohol y a verano y por primera vez todo vuelve a sentirse manejable.

***

Eden está sentada pegada a mí. No conscientemente. Nunca es consciente de ello. Simplemente siempre termina aquí. Nuestras piernas y nuestras rodillas se rozan cada pocos segundos y mi brazo descansa estirado sobre la espalda del sofá tras ella.

—Si pierdo esta partida, pienso denunciaros a todos —avisa Ted repartiendo una nueva ronda de cartas.

Eden se inclina para coger su spritz de la mesa y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, bajo la mano y sigo su columna con la punta de los dedos hasta acabar en la parte baja de su espalda. Ella se arquea sintiendo las cosquillas.

—¡Alex! —se queja.

Yo sonrío mientras sigo mi mano con la mirada.

Ella me observa por encima del hombro y me devuelve el gesto. Otra vez todo parece igual y diferente y por eso tardo un segundo de más, que solo notamos los dos, en apartar los dedos de su piel.

—¡¿Cómo es posible que haya seis ases?! —se queja Mellow—. ¡Solo estamos jugando con una baraja!

—Sois lo peor de verdad —se queja Eden fingiéndose indignada.

—¡Tú has sacado dos reyes de picas! —cae en la cuenta Ted, separando las cartas que ha dejado sobre la mesa.

Eden rompe a reír. Esa risa suya que no es contenida ni elegante, que la hace echarse hacia atrás, cerrar los ojos. Una risa completa y absolutamente auténtica y feliz.

Yo me quedo mirándola sin buscarlo, otra vez, como toda la noche en realidad. Ella se da cuenta. No me mira pero lo sé. La conozco. Se muerde el labio inferior y vuelve a coger su copa porque ahí está otra vez, la tensión nueva, la conexión, las ganas flotando entre nosotros, como si bajo la superficie hubiese una conversación secreta que solo nos atañe a nosotros.

Me termino el whisky de un trago y me fuerzo a mirar las cartas.

—Eso es lo más indignante —continua Val bebiendo de dos pajitas unidas para alcanzarlas sin tener que mover la copa—, ni siquiera os molestáis en hacer trampas decentes.

La música ha ido avanzando de Raffaella Carrà a Toto Cutugno, pasando por Ornella Vanoni. Ahora Lucio Battisti suena despacio, bajito, mientras, poco a poco, nos vamos calmando, acomodándonos, alrededor de la mesa. Es nuestra versión de las noches largas donde al final solo acabamos disfrutando del silencio y riendo suavemente hasta que el primer valiente dice:

—Me retiro. —Esta vez es Val—. Me muero de sueño y no me caéis bien —añade levantándose.

—Te acompaño —la sigue Mellow—. Mañana quiero ir al puerto temprano de compras.

—¿Por qué? —me lamento.

Eden está acurrucada contra mi costado, con un brazo sobre mi estómago y una pierna sobre las mías.

—Porque no voy a dejar pasar la oportunidad de comprarme un vestido de verano en el lugar de verano más icónico del planeta. Es como si tú fueras al distrito financiero y no *oparas* hostilmente a alguien.

—¿*Opara*? —parafraseo frunciendo el ceño.

—Sabes que lo haces —me acusa señalándome.

—Buenas noches —se despide Eden con la voz llena de sueño.

Las dos responden. Val añadiendo un «enana» al final.

Yo sonrío. La verdad es que sí.

Me incorporo lentamente para dejar la copa en la mesa y Eden suelta un gruñidito cansada cuando mi movimiento la hace tener que moverse a ella.

—Hora de irse a la cama, nena —le digo con voz suave.

Ella suelta un largo suspiro y tuerce los labios en un pucherito.

—Estoy literalmente demasiado cansada para andar.

Yo la miro y sonrío. Esto también es muy común cada vez que acabamos así.

—Vamos —le digo levantándome.

—Alex —murmura alargando las vocales, con ese tono mitad exigencia, mitad súplica, sabiendo que voy a ceder y, joder, claro que cedo.

—Sube —digo dándole la espalda.

Eden sonríe al instante. Un segundo después sus brazos rodean mi cuello, sus piernas, mi cintura, y su cuerpo se pega completamente a mi espalda.

Caliente.

Suave.

Demasiado.

Y yo lo noto todo aunque no debería.

Maldita sea. No debería afectarme así llevar a Eden a caballito, pero es que ahora recuerdo estos mismos brazos rodeando mi cuello y hundiendo la cara contra mi piel mientras gemía, mientras se corría; cómo se movía encima de mí. Aprieto la mandíbula y literalmente me obligo a no estrechar las manos sobre su piel.

Ella acomoda la cabeza contra mi hombro suspirando feliz, completamente relajada, como si este fuese su sitio favorito del mundo.

—Buenas noches, Teddy —se despide.

—Buenas noches, peque.

Cruzo el salón y subo las escaleras mientras suena una puerta a lo lejos, un grifo, una risa.

—Pesas mucho —miento.

Resopla contra mi cuello y me muerde el hombro por encima de la camiseta.

Yo resoplo una risa.

—Animal —me quejo divertido.

Ella sonríe orgullosa y traviesa.

—Has empezado tú.

La dejo en la cama y me vuelvo para cerrar la puerta.

—Gracias —dice escabulléndose de inmediato entre las sábanas hacia su lado y tumbándose sobre las almohadas.

La sigo con la mirada y el corazón empieza a latirme con fuerza porque ahora mismo me parece jodidamente dulce, jodidamente adorable, pero también sexy y mía, como si fuera una combinación demasiado peligrosa para hacerme sobrevivir a esta noche.

Me llevo las manos a la espalda y me quito la camiseta. Por un momento creo que no debería haberlo hecho porque la mirada de Eden cambia; no la aparta de mí y consigue que el aire, despacio, se llene.

Con toda probabilidad, es una pésima idea que durmamos juntos esta noche, pero ninguno de los dos lo dice, ninguno quiere salir de aquí.

Apago la luz y la estancia se queda levemente iluminada por las luces de Amalfi, de la carretera de la playa y de la luna al otro lado de la ventana con postigos de madera.

Me meto en la cama solo con el pantalón de pijama, al que me cambié hace unas horas cansado del bañador.

Los dos bocarriba.

Los dos respirando pesado.

Los dos muy quietos.

Es ella la primera que avanza, lento, probando. Se acurruca hacia mí. Su frente me acaricia el brazo, casi el hombro. Mi pierna se mueve buscando la suya. Otro roce, otra llamada, otra oportunidad que los dos perdemos de decir hasta aquí.

Extiendo el brazo. Ella se pega a mí. Su mano en mi pecho. Su cara escondida en mi cuello. Por Dios, adoro que haga eso. Mi

cabeza baja, le acaricio la sien con la nariz mientras la estrecho un poco más.

—Alex —me llama y el sueño sigue ahí, haciéndola sonar un poco más vulnerable.

—¿Qué?

—Esto me gusta demasiado —confiesa.

La frase me pega fuerte, como si la hubiese dicho con esa intención aunque sé que no, Eden no es consciente del efecto que tiene en mí, y yo otra vez tengo que atarme en corto, muy en corto.

—Eres un peligro —sentencio esbozando una sonrisa que le hace temblar la piel.

—¿Uno bueno o uno malo?

—Que lo preguntes ya debería darte una pista.

—Eso no es una respuesta.

—Es la que pienso darte.

—Eres insufrible.

Sonrío por su reacción.

—Me lo voy a tomar como un cumplido —decide al cabo de un puñado de segundos, refiriéndose al principio de la conversación.

—Me parece justo.

Mi mano decide por su cuenta y trepa por la piel de su brazo. Ella se acomoda un poco más contra mí. Debería parar, pero no lo hago y bajo un poco más, por su espalda.

Eden suelta un ronroneo.

—¿Quién es un peligro ahora, Vandervilt? —murmura.

Yo me humedezco el labio inferior.

—Te juro que lo sigues siendo tú, Lockhart.

Ella rompe a reír y ahí ya sé que estoy condenado. Me muevo para que estemos frente a frente. Nos recolocamos tan rápido que da miedo y nos quedamos en esa cama cerca, muy cerca, mirándonos en una habitación casi a oscuras.

Sus ojos vuelan a mis labios.

Mi mano se hace más posesiva en su cadera.

—Alex —repite mi nombre y, joder, el animal se relame satisfecho.

—¿Qué?

Y la puerta se abre de golpe.

63

Alexander

—¡Necesito asilo político! —entra gritando Ted.

Eden da un botecito en la cama pegándose más a mí, asustada por el ruido, pero, en cuanto reconoce la voz, rompe a reír.

Yo no. Yo quiero asesinarlo.

—¿Qué coño haces? —gruño.

Él no se queda en la puerta, avanza despeinado y en pijama con cara de pocos amigos.

—Mellow se ha metido en mi dormitorio, ¡y me ha echado! Ha dicho que no podía compartir cuarto con Val porque es una tramposa patológica. Yo he ido a la habitación de Val para dormir allí y me ha echado también porque dice que el tramposo patológico soy yo —cuenta indignadísimo, rodeando la cama para meterse en ella.

—Fuera de mi habitación —le dejo clarísimo.

Ted ni siquiera me mira y se sienta en la cama.

—¡Todos saben que el tramposo eres tú! —me acusa—. Así que voy a dormir aquí para que reflexiones sobre tus actos.

Eden estalla en carcajadas otra vez contra mi pecho y, en serio, yo voy a matar a Ted, lenta y dolorosamente.

Pero entonces mi cerebro entiende una cosa importantísima. Se ha metido en la cama por el lado de Eden.

Ni de puta coña.

No lo pienso. Actúo. Agarro a Eden de las caderas y la paso sobre mi cuerpo al otro lado. Ella suelta un gritito por la sorpresa, pero no para de reírse.

—¡Alex! ¡¿Qué haces?!

La dejo sana y salva de nuevo sobre el colchón y vuelvo a acomodarla contra mi pecho.

Ted frunce el ceño con esa expresión tan suya de aristócrata recién levantado observando los restos de su propia fiesta.

—¿Qué haces? —pregunta con la voz más aguada de lo normal.

—Tú duermes ahí.

—¿Tienes doce años?

—Lo que tengo es paciencia limitada y capacidad económica para hacerte desaparecer en el Mediterráneo. Elige bien.

Eden sigue riéndose, pasándoselo de cine a mi costa mientras yo lucho con el intruso.

—Te has puesto en modo dragón defendiendo un cofre de monedas de oro —protesta Ted tumbándose.

—Tú te has colado aquí sin que nadie te invitara.

—Te lo he dicho, necesito asilo político.

—Sois muy divertidos —nos fastidia Eden, pero la muy maldita sigue acurrucada bajo mi brazo, con los suyos cruzados sobre mi pecho y la cabeza apoyada en ellos como si estuviera viendo su propia *sitcom*.

—Ah, pero si el osito amoroso ahí escondido habla —replica Ted.

—Sí —responde ella con ese tono dulce e insolente—, y está encantado con este momento Brokeback Amalfi millonario que os estáis montando. Puedo dejaros solos.

Será...

Le doy un pellizco en la cadera y ella rompe a reír, encogiéndose.

—Los que se pelean, se desean —insiste entre carcajadas.

—Échala de aquí, Alex —me azuza Ted—. No nos comprende.

—Yo no te comprendo —replico.

—Soy complicado. —Se toma un segundo como si cayera en la cuenta de algo—. Interesante, elegante, complicado.

—Tramposo —continúa Eden por él.

Noto su sonrisa vibrar por mi cuerpo mientras vuelve a acomodarse. Su mano en mi estómago, sus piernas enredadas con las mías, completamente pegada mí, robándome todo mi espacio personal, y yo la dejo, siempre la dejo.

—Necesito amigos nuevos —resopla Ted.

—Deberías empezar a buscarlos ya —lo animo.

—¿Siempre dormís tan juntitos? —pregunta girando la cabeza hacia nosotros.

—Cállate y duerme —le ordeno.

—Cuanta hostilidad —replica melodramático llevando la mirada al techo de nuevo.

***

La luz me despierta. No es incómoda, la orientación de la ventana lo impide, pero es imposible no darse cuenta de que ya es de día.

Lo siguiente que siento es calor y algo haciéndome cosquillas en la barbilla.

Bajo la mirada y me encuentro con una cabeza de pelo castaño. Eden sigue acurrucada contra mí, con los brazos escondidos entre los dos y nuestras piernas aún más enredadas que ayer. La he abrazado con fuerza incluso dormido y no puedo evitar pensar que es porque, incluso inconsciente, ella consigue metérseme bajo la piel.

Me gusta esto.

Me gusta que esté aquí, despertarme así.

Vuelvo a mirarla y mis ojos se fijan en mi camiseta, en cómo se le ha subido lo justo para que el inicio de la curva de su culo quede al descubierto.

Un puto millón de fantasías en un puto segundo, eso es lo que siento, y la idea de que, si las cumpliese, la realidad superaría la ficción cada vez.

Ella suelta un gruñidito, hace algo parecido a estirarse, pero solo me está buscando. Levanta la cara sin separarla de mi brazo que usa como almohada y la hunde en mi cuello.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Cierro los ojos, humedeciéndome el labio inferior, disfrutando de que haga eso. Activa todas mis malditas sinapsis nerviosas, mi cuerpo, al animal, todo, como si me estuviera diciendo «Estoy aquí,

Alex», y yo solo puedo pensar en movernos y que esté debajo de mí.

Debería contenerme, pero cada vez hay más cosas que están alcanzado el rango de imposibles.

Bajo la mano y dejo que dos de mis dedos acaricien su rodilla. Me vuelve loco su piel. Está caliente, suave. Subo despacio. Solo esos dedos porque es una caricia, pero también una tortura.

Su muslo, la piel del interior.

Eden gime contra mi piel, perezosa, somnolienta, y una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Alex —murmura.

Lo que no sabe es que, cada vez que pronuncia mi nombre así, con la voz un poco rota, con el deseo poniéndole complicado respirar, me hace perder el poco sentido común que me queda.

Subo hasta su culo, hasta el final de mi camiseta. Me freno ahí. Respirando mal. Imaginándomela. Jugando a eso tan peligroso de retrasar los placeres.

Se contonea suavemente, pidiéndome sin palabras que siga. Mi sonrisa se ensancha justamente por eso y por eso también me quedo quieto.

Eden deja escapar un suspiro decepcionado contra mi cuello y tengo que morderme el labio inferior para dejar de sonreír.

Pero, entonces, el aire caliente que sale de su boca incendia mi piel y multiplica las ganas, haciéndome aún más consciente de que la tengo entre mis brazos, pegada a mí.

Ella también se da cuenta de cómo reacciono. Me acaricia con la punta de la nariz. Tenso la mandíbula. Me besa en el cuello. Mis manos se aprietan en su piel.

Me afecta mucho más, más fuerte. No entiendo por qué, pero me da igual. Me encanta.

—No me hagas hacer algo que no quiero —susurro en su oído, besando después la piel justo de debajo.

Ella se estremece por el suave contacto.

—¿Y qué no quieres hacer?

—Matar a Harry Styles y lanzarlo al mar.

Eden me oye, racionaliza lo que he dicho y rompe a reír. Se asoma por encima de mi hombro al tiempo que yo giro la cabeza lo estrictamente necesario y los dos vemos a la vez a Ted, moviéndose hasta que estira los dos brazos como las aspas de un molino, atravesado en la cama.

Todavía con la sonrisa en los labios vuelve a apoyar la mano en mi pecho, yo vuelvo a mirar hacia ella y nos encontramos. Otra jodida vez. Siempre.

—Hola —murmura bajito.

Ya está despierta del todo. El pelo castaño y revuelto cayendo sobre la cama, los ojos todavía un poco hincados por el sueño. Sus labios, en los que estoy empezando a pensar mucho más de lo que debería, ligeramente entreabiertos.

—Hola —respondo.

Noto algo peligrosísimo golpearme detrás de las costillas una y otra vez al verla tan cómoda aquí, tan feliz.

—Buenos días, señor y señora Vandervilt —oigo a Ted saludar a mi espalda.

Eden sonríe, aguantándose las ganas de reír otra vez.

—Cállate —respondo automáticamente.

Eden no puede más y rompe a reír.

—No me puedo creer que me hayas relegado al lado triste de la cama —se queja colocándose de lado, con el codo apoyado en el colchón y la mano en la mejilla.

—Querrás decir que te has quedado con media cama —lo corrijo.

—Lo he hecho para sentirme menos solo.

—Eso no tiene ningún sentido.

—En mi universo, sí. Tengo hambre —anuncia dejándose caer de nuevo bocarriba y bostezando.

—Qué novedad —comenta Eden.

—Necesito azúcar. Y café. Muchísimo café. Y probablemente terapia después de compartir cama con la versión mediterránea de Jack y Rose.

Eden busca mi mirada con una sonrisa que conozco demasiado bien.

Esa sonrisa siempre me mete en problemas.

—¿Podemos desayunar tortitas con Nutella?

Lo pregunta de esa forma... como si ya hubiera decidido que voy a decir que sí antes incluso de abrir la boca.

—Claro —respondo.

Ted suelta un resoplido ofendidísimo.

—¿Por qué a ella le hablas como si fuera una princesa?

—Créeme —replico levantándome—, no quieres que te conteste a eso.

—Porque lo soy —sentencia Eden divertida, todavía tumbada en la cama y con cero remordimientos.

—Por eso tu relación con el señor oficina no funcionó —replica Ted moviéndose en la cama hasta quedar bocabajo, más cerca de ella, y apoyando otra vez los codos en el colchón para poder señalarla—. El señor arrogante te está malcriando.

—No necesito a nadie que me malcríe —responde ella mirándolo con esa insolente sonrisa—. Me basto yo solita. He aprendido del mejor.

—¿De quién?

—De ti, heredero Steele.

Eden estalla en risas otra vez, Ted quiere mirarla mal, pero no puede porque le ha hecho gracia de verdad y acaba torciendo los labios para contener una sonrisa. Además, creo que se siente extrañamente orgulloso.

—Vamos a desayunar —los llamo.

Eden hace el ademán de incorporarse, pero, en cuanto el movimiento requiere un mínimo esfuerzo, se deja caer de nuevo sobre la cama.

—¿Qué pasa? —pregunto con una tenue sonrisa en los labios.

—No quiero andar.

Ted se ríe.

—Dios mío, qué dramatismo —dice.

—Es muy temprano —protesta ella— y estamos de vacaciones.

No sé qué me hace más gracia: la excusa o la absoluta confianza con la que da por hecho que voy a solucionárselo.

Resoplo una risa y aparto las sábanas.

—Vamos, nena —la llamo quedándome de pie junto a la cama.

Eden ya está sonriendo incluso antes de que me ponga de espaldas.

—No me jodas —alucina Ted.

—Sube.

Ella se encarama inmediatamente a mi espalda y suelta un ruidito satisfecho cuando la levanto mientras sus brazos se deslizan suaves sobre mis hombros y sus piernas rodean mi cintura con toda esa naturalidad.

No puedo evitar que mi cuerpo reaccione a la sensación de tenerla pegada a mí, pero otra vez la disfruto.

Ted nos observa desde la cama con expresión de víctima absoluta.

—Yo tampoco quiero andar.

Me echo a reír directamente mientras ajusto mejor a Eden sobre mi espalda.

—Pues búscate un multimillonario que te aguante.

—¡Eso intento desde 2018!

Eden se ríe bajito contra mi cuello y después apoya la barbilla en mi hombro con la cabeza girada hacia mí, esperándome. Yo también me giro y, en cuanto nuestras miradas se encuentran, sonríe, esa sonrisa pequeña, preciosa y auténtica que hace que todo valga la pena.

Salimos de la habitación y Ted nos sigue arrastrando los pies dramáticamente.

—No puedo creer que ella tenga servicio prémium y yo tenga que desplazarme como un campesino.

Los dos sonreímos. Justo después Eden bosteza bajito contra mi cuello y casi a la vez noto cómo algo se me ablanda en el pecho porque sigue medio dormida y está completamente confiada, relajada, segura encima.

Antes no me paraba a planteármelo, simplemente pasaba, pero ahora que lo hago me doy cuenta de lo raro que es, de lo especial, y de que, probablemente, no debería gustarme todo lo que me gusta.

Dejo a Eden sobre la encimera.

—Voy a soltarte —aviso—. Si vas a caerte como un dibujo animado es el momento de decirlo.

—Soy consciente de mis actos —responde ella.

—Qué aburrida —bromeo.

Ella me suelta los hombros, pero aprieta las piernas alrededor de mi cintura como venganza por semejante agravio. Por inercia, sin ni siquiera ser consciente de ello, hago lo que he hecho un millón de veces, me giro con una media sonrisa en los labios, doy un paso más hacia ella y coloco las manos sobre el granito a ambos lados de sus caderas, inclinándome en el mismo movimiento.

Ella me mira, curiosa y hambrienta, y, joder, esa mirada me mata de demasiadas maneras.

—¿Qué? —pregunto arrogante, dejando que lo salvaje tome el mando por un solo segundo.

Ella quiere mantenerme la mirada, quiere seguir jugando, pero apuesto a que la imaginación le juega una mala pasada porque se sonroja y baja la mirada.

Yo me quedo observándola, sintiendo cómo la sangre se me vuelve adrenalina caliente en las venas.

Me inclino un poco más. Siento cómo su cuerpo se enciende, cómo el mío llama al suyo y lo encuentra.

—¿Serías tan amable de darme un respiro? —susurro en su oído.

Se tensa. Eso también lo noto y sé que es por pura confusión. Cuando me separo, Eden me está mirando con el ceño fruncido y me parece la cosa más adorable del mundo.

Yo le paso el pulgar por el entrecejo y le guiño un ojo justo antes de alejarme unos pasos hasta los fogones.

—La emperatriz ni siquiera toca el suelo ya —comenta Ted colocándose a mi otro lado.

—Correcto —contesta Eden solo para fastidiarlo.

—Cállate y ayúdame con el café.

—Encima tengo que servir en palacio —se lamenta con cara de horror absoluto—. Solo eres un esclavo con valores en bolsa —me advierte.

Tengo que luchar con todas mis fuerzas para no sonreír.

Ted y yo preparamos el desayuno mientras Eden nos observa sentada en la encimera. Me roba una fresa mientras las corto sobre la tabla y me aparta el flequillo de la frente para que no me moleste.

—¿La emperatriz desea también que la abanique? —pregunta Ted después de una reverencia.

—No estaría mal —responde Eden, casi como si le estuviese haciendo un favor a él.

Me echo a reír por la bajo mientras le doy la vuelta a las tortitas.

Ted me mira escandalizado.

—¡No la animes! —me riñe.

—Llegas años tarde para eso.

Eden sonríe encantada, mirándome, porque mi respuesta le ha gustado demasiado.

Giro la cabeza hacia ella y da igual que estemos separados un puñado de pasos, la conexión brilla, cargada de esa nueva fuerza absolutamente kamikaze.

—¿Qué huele tan bien? —la voz de Mellow llega antes que ella.

—Tortitas —responde Eden.

Un segundo después la pelirroja aparece en la cocina, justo detrás de Val, que lleva las gafas de sol como si fuera una estrella de rock la mañana después de los Grammy.

—Me están explotando laboralmente —se queja Ted.

—Nadie sabe lo dura que es la vida del multimillonario —lo compadece Mellow al tiempo que se ríe de él con un pucherito.

—Completamente —sentencia Ted llevando el bol vacío de la masa al fregadero.

—Las tres. Mesa —les ordeno.

Ted señala inmediatamente a Eden.

—¡Ajá! La emperatriz también.

Eden pone cara de absoluta traición.

—¿Te estás sublevando? —plantea entrecerrado divertida los ojos sobre él.

—¡Revolución! —grita, que es básicamente lo mismo que ver a la brigada antirrobo cantar el *Bella ciao*.

—Alex —me llama con ese tonito.

Yo me aparto de los fogones, manteniéndole la mirada.

—Estoy cansada —continúa con voz de pena y curvando los labios.

Será...

—Qué pena —replico.

—Realmente, estoy muy cansada.

Me humedezco el labio inferior conteniendo una sonrisa porque, incluso sabiendo que es completamente mentira, está a punto de ganarme.

Agarro el trapo de cocina que tengo en la mano, lo estiro y le doy un golpe suave en el culo.

—A trabajar, nena.

Eden se baja de un salto entre risas.

—Eres un desalmado —se queja cogiendo los platos y caminando hacia la mesa, pero cuando se aleja puedo ver que esboza una sonrisa.

Me quedo mirándola un segundo de más, dos, tres, cuatro, ¿a quién demonios le importa?

—Bien hecho, hermano esclavo —me felicita Ted sacándome de mis nada inocentes pensamientos.

Un par de minutos después nos sentamos a desayunar. Los planes empiezan a aparecer uno detrás de otro: el puerto, la playa, visitar el pueblo, alquilar un barco...

Eden está sentada a mi lado como siempre, robándome comida sin ningún remordimiento.

—¿Puedes dejar de robarme comida? —me quejo.

—Error —me corrige Ted—. La emperatriz no roba, redistribuye.

—Efectivamente, Theodore.

Me sonríe. Juro por Dios, la sonrisa más insolente que he visto en todos los días de mi vida.

—Además, no estoy robándote nada —replica mientras coge mi taza de café y bebe directamente de ella justo de antes de reírse encantada por estar haciendo maldades.

—Eres una salvaje —protesto.

—Es que no sé por qué pero el café siempre está más bueno en tu taza —me explica encogiéndose de hombros, siendo completamente adorable.

Yo acabo negando con la cabeza, pensando en la facilidad con la que invade mi espacio como si fuera suyo, da igual si es mi coche, mi despacho, mi taza de café.

—Eres imposible —sentencio, pero estoy conteniendo una sonrisa y ella se da cuenta.

Me la devuelve y sigue charlando con Val mientras yo lo hago con Ted.

Mi mano termina en su rodilla debajo de la mesa mientras los dos seguimos atentos a nuestras conversaciones. Sin pensar. Solo porque sí. Porque llevo toda la mañana buscándola constantemente. Eden no dice nada, no me mira, solo mueve un poco la pierna, acomodándose, poniéndome más fácil llegar a ella.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —plantea Val.

—El puerto, por favor —pide Mellow juntando las palmas de las manos delante de la barbilla.

—El puerto estaría bien —dice Eden con esa voz dulce que le sale sin darse cuenta. Solo que ella no lo dice a la mesa, lo dice mirándome a mí y sé que tampoco se da cuenta de eso.

Yo la miro. Joder. Pero ni siquiera tengo nada de pensar si me lo pide así.

—Claro —contesto.

Ted deja su taza sobre la mesa.

—Ya ni siquiera lo piensa —comenta señalándome.

Eden no lo escucha, solo apoya su barbilla en mi hombro, con la mirada iluminada porque la he hecho feliz con algo que puede parecer pequeño pero que para ella es enorme porque son a esas cosas a las que Eden les da valor.

—Porque Alexander Vandervilt perdió cualquier autoridad con Eden Lockhart en el 2021 —se ríe Mellow de mí.

—En el 2020 —la corrige Val.

Mi mano aprieta suavemente su rodilla debajo de la mesa.

Ted se incorpora de golpe.

—Necesito una ducha antes de ver italianos perfectos y sentirme peor conmigo mismo.

Mellow se levanta también.

—Tengo que preparar un conjunto a la altura —comenta—. Voy a comprarme un montón de sandalias.

—Tú te duchas, tú te preparas, yo me hecho una siesta reparadora de diez minutos —anuncia Val dirigiéndose hacia la

habitación también.

—Si no hace ni una hora que te has despertado, ¿sigue considerándose siesta? —plantea Ted.

—Lo importante es el espíritu, Teddy.

Desaparecen al otro lado de la casa y los dos nos quedamos solos. Parece una obviedad, lo es, pero es que el puto aire ha cambiado, sin preámbulos, sin concesiones.

La miro. Eden está jugueteando nerviosa con su taza de café porque también nota toda esta electricidad que nació ayer, como si hubiésemos activado un maldito volcán a nuestros pies y ahora todo fuera caliente y fuego donde antes el universo lo mantenía todo cuidadosamente contenido.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Contigo eso nunca suele ser buena señal.

—Haces bien en pensarlo —sentencia bajito, entrecerrando los ojos e inclinándose sobre mí.

Yo esbozo una media sonrisa y mi atención vuela a su boca. Eden se da cuenta y su respiración se acelera ligeramente.

Es como dar y tomar, rápido, como provocar y reaccionar, como pedir y, joder, que te den exactamente lo que quieres.

—La pregunta —digo mirándola a los ojos, torturándola.

—¿Qué? —contesta como si acabase de volver a la realidad y ni siquiera hubiese sido capaz de escucharme.

«¿Qué estaba pensando esa cabecita, nena?»

Me pregunto si nos habrá imaginado. ¿Qué piensa que le hago? ¿Qué quiere que le haga? Estoy más que dispuesto a cumplir fantasías.

Ella vuelve a mirarme a los labios y aprovecho para volver a hablar.

—Tenías una pregunta para mí.

Eden sigue cada movimiento de mi boca, hechizada. Mi cuerpo se revoluciona satisfecho y saco pecho arrogante porque ella me alimenta, porque llevo toda la vida pensándolo y jamás me he equivocado. Eden me hace sentir invencible.

Al darse cuenta de que estoy jugando, un poquito, con ella, Eden se endereza en su asiento, torciendo los labios para contener una

sonrisa. Fracasa. Me pone.

—Te lo estás pasando demasiado bien, ¿verdad? —me ataca.

—No lo dudes —contesto encantado conmigo mismo.

No me muevo. Mi mano sigue en su rodilla. Los dos lo sabemos.

—¿Te arrepientes de lo que paso anoche? —me lanza sin paños calientes.

Yo le mantengo la mirada.

—No deberías andar preguntando esas cosas —contesto haciéndome el remolón. No por qué no tenga una respuesta, sino por todo lo que implica, ni siquiera importa cuál sea.

—¿Por qué? ¿Te da miedo darme una respuesta?

—Creo que a ti te da miedo oírlo.

Ella niega con la cabeza y vuelve a inclinarse, desafiándome. El movimiento levanta levemente mi camiseta sobre su piel y nos hacemos más conscientes de dónde están mis dedos.

—No —responde en un susurro, valiente—. Quiero saberlo, Alex.

Sigo mirándola. Siempre me ha vuelto loco cómo lo hace ella, con toda esa curiosidad, esa confianza, esa familiaridad. Es un puto cóctel molotov.

—No —contesto sin una mísera duda, sintiendo cómo la seguridad me baña de pies a cabeza, haciéndome sonar duro—. No me arrepiento. ¿Y tú?

Ella suspira y vuelve a negar despacio con la cabeza sin apartar los ojos de mí.

—No —pronuncia y me da igual que sea una sola palabra porque es jodidamente sexy, sensual, ella.

—Pues tenemos un puto problema, Lockhart.

Porque yo pararía, aquí, ahora; me guardaría todo lo que quiero, las condenadas ganas, si ella hubiese dudado aunque solo fuese un poco, si algo me dijese que se siente incómoda.

Pero no es así.

La electricidad vibra entre los dos porque los dos la alimentamos.

Me echo hacia delante, sintiendo que el animal lo hace conmigo. Es instinto. Mi mano decide por su cuenta y riesgo y sube un poco más, paso bajo mi camiseta buscando piel suave, caliente.

Eden se echa hacia atrás despacio, apoyándose en el respaldo de la silla, probando, tentando, sin darse cuenta de que es exactamente eso, una jodida tentación.

Mis dedos recorren sus muslos. Su respiración se acelera y mi mente lo registra todo, saboreándolo, aprendiendo, recordando, jugando. Por qué ya sé cómo reacciona, qué sonidos hace, qué partes de su cuerpo tiemblan primero.

Se sonroja.

Me mata.

Me paso la lengua por el labio inferior con una sonrisa engreída en los labios, sigo el movimiento como si estuviese bebiendo de él.

Mi mano sube. No quiero perderme un solo segundo de su expresión. Es lo mejor de todo.

Mis dedos rozan el borde de sus bragas. Eden gime. Un sonido dulce, sorprendido, excitado, que se le escapa justo a la vez que cierra los ojos, que los deja así un segundo entero.

Joder.

Trago saliva.

Algo me arde bajo la piel.

Caos. Gana. Batalla.

La estoy tocando en mitad del salón, a plena luz del día, con todos en la casa, y casi me asusta lo poco que me importa porque nadie podría arrancarme de esta silla, la única que podría hacer que me levantara sería ella.

—Alex —susurra mi nombre.

La voz le sale rota. Me vuelvo adicto. Ya lo soy. Lo sé.

—Dilo otra vez —le ordeno.

La acaricio, despacio, casi efímero, justo cuando abre la boca para decir mi nombre.

—Alex —gime.

Y juro por Dios que no había oído nada mejor.

—Otra vez —le ordeno inclinándome un poco más sobre ella. La voz me sale más ronca. La respiración, más trabajosa.

Ella jadea. Echa el cuello hacia atrás. Un puto espectáculo.

Me mira a los ojos.

—Alex.

Podría pedirme lo que quisiera que se lo daría.

Pero, en lugar de pedir, da. Lentamente, con esa mezcla perfecta de nervios y deseo, separa las piernas apenas para mí.

El momento me atraviesa entero como un maldito rayo. Subo un poco más la mano. Le acaricio entre las piernas, de verdad.

Eden gime rápido.

Joder.

Está mojada para mí. Por mí. Esperándome a mí.

Entreabro los labios sin darme cuenta porque necesito que el aire entre rápido. Empiezo a mover los dedos, los cuelo bajo la tela.

—Mírame —le ordeno.

Eden está perdida en una nube de placer, gimiendo bajito.

—Mírame o pararé.

La voz me sale más firme, más arrogante, más salvaje. Todo es cierto porque me siento exactamente así.

Las tres palabras atraviesan el aire y llegan hasta ella. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, con la respiración perdida, Eden abre los ojos, me mira.

Esbozo una media sonrisa satisfecho y sigo moviendo los dedos. Deslizo uno dentro de ella. Eden se lleva la palma de la mano rápido a la boca para no gritar y con la otra me agarra la muñeca con fuerza, casi desesperada, porque el placer la ha llenado por completo en un solo segundo. Me quedo quieto.

No hay nada que no sea ella.

No hay Amalfi.

No hay Italia.

Todo me importa menos que nada.

Me mira, vuelvo a esbozar una media sonrisa porque la conozco demasiado bien, porque no está confusa, está abrumada, pero mi chica no se asusta a la hora de sentir.

Se deja llevar y poco a poco empieza a mover sus caderas, solo una vez, cabalgando mi mano.

Mi sonrisa se ensancha, excitado y orgulloso.

Sigue moviéndose. Despacio suelta mi muñeca a la vez que baja la mano de su boca.

Empiezo a moverme yo. La embisto con el corazón al tiempo que el pulgar le acaricia el clítoris. Está cada vez más mojada.

Se coge a ambos lados de la silla. Gime cada vez más rápido.

Añado un segundo dedo.

—Alex —vuelve a gemir.

Sabe a triunfo.

Me muevo más rápido. Ella también. Dejo los dedos dentro, cubro su coño con mi mano, la muevo deprisa.

—¡Alex!

Esta vez soy yo quien le tapa la boca con la palma y Eden ahoga un grito en ella. Eden sonríe contra mi mano, excitada, confiada. Es fácil. Entre nosotros es jodidamente fácil.

Y brutal.

Sigo moviéndome, embistiéndola, reconociendo sus patrones, sus movimientos. Lo que le gusta y lo que le vuelve loca.

Y se corre.

En mi mano.

Mientras el sol de Amalfi nos cubre enteros.

64

Alexander

Oímos pasos, voces. Val gritando que necesitarán algo más para acabar con ella; Ted, que él la defenderá como se defienden los «Esto no es lo que parece» y los caballos buenos. Mellow insiste en que deberíamos separarnos y buscar grupos de amigos independientes más funcionales.

Yo me dejo caer sobre la silla sin levantar la mirada de Eden porque francamente no me da la gana. Está preciosa y ahora sé que esta es la cara que pone cuando hago que se corra con mi mano, sé cómo le gusta. Sé cómo suena su voz cuando gime mi nombre.

Estoy bien jodido, porque además sé una cosa más, la mejor: que le gusta que lleve el control.

Ella me está mirando con los labios suavemente entreabiertos por la respiración agitada, con los ojos brillantes y la piel sonrojada. Ahora mismo me la follaría en el suelo de este mismo salón y también me la llevaría a Positano, a ver cómo se queda embobada en cada calle y pinta cada casa, viéndola feliz.

Ted, Val y Mellow están a punto de irrumpir en la estancia.

Sin apartar los ojos de los suyos me llevo la mano a la boca y chupo mis propios dedos, uno a uno, despacio, limpiándolos con la lengua, quedándome con su puto sabor.

Eden suelta un suspiro ahogado y se sonroja hasta las orejas. Abre un poco más la boca sin poder apartar la mirada e instintivamente, sin poder evitarlo, aprieta los muslos conteniendo una nueva oleada de placer.

Cuando los saco, una media sonrisa divertida y engreída se dibuja en mis labios porque sé que acabo de desbloquearle una nueva fantasía.

—De nada —le digo disfrutando de cada letra.

—¿Todavía estáis así? —se queja Mellow al vernos.

Eden tarda un segundo de más en reaccionar.

—No —contesta, pero no tiene ningún sentido porque aún no se ha cambiado. Mira hacia abajo, hacia mi camiseta—. Quiero decir, sí... Quiero decir, me cambio en un segundo.

Se levanta como si la silla estuviese ardiendo y sale disparada hacia la habitación otra vez roja hasta las orejas. Yo la observo aún sentado, increíblemente cómodo, y un poco fascinado, sin que se me borre la sonrisa.

Justo antes de subir las escaleras, cuando solo yo puedo verla, me enseña el dedo corazón y mi sonrisa se ensancha hasta casi reír.

Recojo la mesa y la cocina con la ayuda de Val y cuando Eden baja me da el relevo y yo subo a cambiarme. Un bañador, una camiseta, unas deportivas, y las gafas de sol. Me paso un par de veces las manos por el pelo y listo.

***

Amalfi, por la mañana, en verano, está imposible. El puerto, lo está un poco más. Demasiados turistas, demasiados italianos, demasiado ruido, demasiado sol.

Eden camina a mi lado, invadiendo mi espacio como si fuera suyo, y yo adapto automáticamente mi paso al de ella, vigilando que no la empujen, sujetándole distraídamente la cintura cada vez que alguien pasa cerca.

Como siempre.

Y también, como desde ayer, diferente.

Cruzamos y ella acaba en el lado de la carretera; sin pensarlo, doy un paso atrás y la empujo suavemente hacia el interior de la acera.

Eden me mira sin dejar de caminar.

—¿Qué? —pregunto sin entender dónde está el problema—. Esto está lleno de motocicletas y de coches y la gente conduce como si

estuviera chalada. Ni de coña te dejo en este lado.

Tampoco lo habría hecho en Nueva York. La diferencia es que allí no me pregunto constantemente cómo es posible que no haya un accidente por segundo por metro cuadrado.

Ella asiente, pero tiene esa insolente sonrisa, la pequeña, la que es peor, porque es la traducción de «Sí, claro, lo que tú digas, Vandervilt».

Lo dejo estar. Igual que dejo mi mano en su cintura después de haberla cambiado de lado.

—¿Un granizado? —propone Val.

Eden asiente entusiasmada, cómo no, y nos paramos en una tienda que vende, básicamente, todo lo imaginable de la Kinder y granizados.

Espero en la puerta junto a la caja mientras Eden y Val deciden qué sabor coger. Sonrío cuando las oigo proponer todo tipo de combinaciones. Todas las que incluyen maracuyá me parecen espeluznantes. Al final se decantan por limón. Literalmente las calles huelen a esa fruta y aquí se inventó el limoncello. Me parece la mejor elección.

El dependiente les dice el precio a las chicas, pero yo le hago un sutil gesto con mi American Express negra entre los dedos para que me cobre a mí.

—Tienes que probarlo —dice Eden emocionada en cuanto le da el primer sorbo caminando directa hacia mí—. Dios, te va a encantar.

Pienso en decirle que no solo para fastidiarla un poco, pero está tan ilusionada que le doy el gusto.

¡La hostia! Está increíble.

—Te lo dije —comenta con una sonrisa cuando me ve darle un segundo sorbo más largo.

Reanudamos la marcha en busca de más tiendas de ropa para Mellow y echar la mañana con un paseo para el resto de nosotros.

Eden se acerca cada dos metros para ofrecerme un nuevo sorbo de su granizado, así que al final acabo pasándole la mano por los hombros y pegándola a mí porque así es más fácil.

Prácticamente a los pies del puerto nos encontramos una hilera de pequeños puestos artesanales.

Pasa casi en automático. Eden se planta delante de mí, con una mano sujetando el granizado y la otra la cañita, mirándome con esos enormes ojos castaños, diciéndome sin palabras: «¿Podemos ir?».

Yo abro la boca dispuesto a decir que no porque esos puestos parecen atraer a un millón de personas más y hace calor y lo que quiero es ir a un sitio con aire acondicionado y beberme una cerveza, pero está muy cerca y su olor me está volviendo loco. Siempre he sido capaz de distinguir su olor, siempre me ha gustado, pero ahora parece que se ha bañado en feromonas ante de salir de casa.

—Está bien —gruño—, pero solo quince minutos.

Ella me dedica una sonrisa enorme que hace que todo el maldito puerto resplandezca, dejándome claro también que lo de los quince minutos es discutible. Me agarra de la mano y literalmente me arrastra al primer puesto de la hilera porque, por supuesto, quiere verlos todos.

Mira, pregunta, hace sonreír a más de una de las mujeres que atienden los tenderetes y trata cada pequeña cosa que venden como si fuese un tesoro por el hecho de estar hecho a mano.

—Dime, por favor, que no quieres ver todos los puestos —prácticamente le suplico.

—Chiiist —me chista suavemente—, estoy concentrada —explica mirando una mantita negra llena de diminutos cuernos retorcidos rojos.

Yo la miro, demasiado tiempo otra vez, pero es que ni siquiera lo pienso. Solo lo hago y me encanta lo que veo, joder. Cómo observa cada mínimo detalle, cómo sonríe, el respeto con el que señala algo y el mimo que le pone cuando por fin lo toca.

—Sabía que lo encontraría —dice entusiasmada.

Le pregunta a la mujer al otro la de tabla de madera llena de dijes y lo coge.

—Te la regalo —dice muy segura, con una sonrisa preciosa tendiéndome lo que sea que tiene en la mano.

Frunzo el ceño y lo cojo. Parece una llave antigua.

—¿Me has comprado un apartamento? —pregunto socarrón—. Es la inmobiliaria más rara que he visto en mi vida.

Eden tuerce los labios conteniendo una sonrisa. Yo la miro como si no entendiese nada. Y acabo consiguiendo que resople completamente exasperada. Automáticamente sonrío.

—Es un amuleto —me explica armándose de paciencia—. Una tradición italiana. Trae buena suerte en el ámbito profesional y también en el económico y se le considera un custodio del hogar y la familia. Si la llevas encima, ahuyentas la mala suerte de tu hogar.

Yo observo la pequeña llave dorada mientras el corazón empieza a latirme con fuerza.

—¿Dónde has aprendido eso? —pregunto y, sin quererlo, mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

—En la revista de Mellow —contesta orgullosa.

Esa revista está dando para muchísimo.

—¿Y eso era lo que estabas buscando en los puestos? ¿Era por mí?

Eden asiente sin dudar, sin esconderse.

—Pensé que podría venirte bien.

El corazón ya no me late rápido, ahora lo hace desbocado porque, joder, lee algo así y piensa en mí, y lo busca, y se preocupa por mí y me cuida y yo... yo pienso en ella todos los putos días.

Sin entenderlo, sin pretenderlo, sin buscarlo, doy un paso hacia ella y deslizo mis manos por sus caderas, Eden contiene el aliento y una sonrisa pequeña y preciosa se cuela en sus labios.

—Tengo que pensar que te gusta.

—Me encanta —sentencio.

Su sonrisa se hace más grande, pero el hecho de que prácticamente la tenga entre mis brazos nos está ganando la batalla a los dos.

—Alex... —susurra.

—Por Dios —replico rápido a punto de echarme a reír porque esto me está sobrepasando, porque estoy nervioso y ni siquiera recuerdo la última vez que me sentí así, porque estoy a punto de perder el control—, tienes que dejar de hacer eso.

Eden frunce el ceño mirándome confusa.

—¿El qué?

—Llamarme así. —No aparto la mirarla de sus ojos. No quiero—. No puedo pensar cuando me llamas así.

Otra vez mi tono baja dos octavas al final de la frase.

En sus ojos puedo ver que está nerviosa como yo, expectante, sintiendo demasiado, y aun así también sé que no va a rendirse, que va a dejarse llevar un paso más lejos.

—Entonces, tú... tú vas a tener que parar de mirarme así.

—¿Por qué?

—Porque haces que todo parezca demasiado fácil.

Le sostengo la mirada un segundo para perderla a un lado justo después mientras me muerdo el labio inferior, otro segundo nada más porque, en realidad, no necesito más y devuelvo mi vista a ella.

—A lo mejor lo es, Lockhart.

Sé por qué lo dice. Sé por qué sigue estando asustada. Pero también que nada de lo que está pasando desde que hemos llegado a Amalfi, los últimos tres meses, ha sido porque estuviera en el guion de ninguno de los dos. Me valía lo que teníamos, a ella también, y, sin embargo, solo necesitamos dejarnos llevar un solo segundo para que nuestros cuerpos decidieran antes que nuestra cabeza.

Ella deja que atrape su mirada un momento más antes de bajar la cabeza, pero la puedo ver sonreír. Mi sonrisa preferida, la que esconde un poco de nerviosismo, la que está llena de expectación, de ser valiente, que no es perfecta, pero esconde tanto que es sencillamente preciosa.

—Voy a pagarlo —se escabulle de vuelta al puesto.

Yo la sigo con la mirada y tomo una bocanada de aire.

—No pasa nada, nena —susurro para mí—, puedo esperar todo el tiempo del mundo si la recompensa eres tú.

65

Alexander

Volvemos con los demás y continuamos dando un paseo. La llevo de la mano con los dedos entrelazados y, aun así, a veces no tengo suficiente y le acaricio distraído la cintura, le aparto un mechón de pelo de la cara, le rozo el dorso de la mano con el pulgar.

La verdad es que ahora mismo no sabría explicar por qué necesito seguir tocando a Eden constantemente, como si mi cuerpo hubiera decidido de repente que perder contacto con ella es una mala idea, pero, francamente, estoy de acuerdo.

A nadie le resulta raro porque llevan viéndonos así demasiados años, pero nosotros sí sabemos que es diferente.

Llegamos hasta una pequeña plaza llena de mesas exteriores y Ted prácticamente se deja caer sobre una silla libre.

—No pienso moverme nunca más.

Val pone los ojos en blanco.

—Has caminado media mañana.

Le aparto una de las sillas a Eden, ella se sienta y me observa con una sonrisa hacerlo a su lado.

—Suficiente. Exijo que Alex compre un helicóptero que nos lleve de vuelta a la playa —sentencia melodramático.

El camarero se acerca a la mesa y pedimos la primera ronda.

No ha pasado un minuto completo cuando coloco mi mano sobre el muslo de Eden, sin ninguna intención, en realidad, solo tocarla.

Ella sonríe y sé que no tiene nada que ver con la conversación con Mellow mientras yo sigo hablando con Val y Ted. Es esto, que

tengamos una especie de secreto entre las manos, que sabe lo que me está provocando solo con estar cerca.

El camarero regresa con nuestras copas y el sol y el calor hacen que ninguno se lo piense antes de atraparlas y beber. Después, la conversación va regresando poco a poco.

Mi mano baja despacio hasta una de sus rodillas, la acaricio con círculos concéntricos con el pulgar y vuelvo a subir hasta su muslo.

Eden se queda mirándome con una sonrisita. Los demás están muy ocupados hablando de barcos y no nos prestan atención.

—¿Qué? —pregunto.

Ella me observa insolente y, también, disfrutando muchísimo de ello.

—¿No me estas tocando mucho últimamente, Vandervilt? —plantea divertida.

Mi mente registra sus palabras, lo juro por Dios, pero decido hacer algo diferente y vuelvo a repetir la misma caricia solo que esta vez mis dedos bajan más despacio, se concentran un poco menos en su rodilla, dejándola con ganas de más, y suben torturadoramente lentos.

Eden toma una torpe bocanada de aire para que no se le acelere la respiración.

Me encanta que sea tan receptiva, que una caricia sea todo lo que necesite para perder el control.

—Solo te estoy tocando —respondo fingiéndome inocente cuando estoy diciendo mucho más.

Las ganas que tenemos de que siga tocándola.

De que ella me toque a mí.

De seguir cruzando líneas.

Eden no dice nada. Solo se mueve suavemente acercándose un poco más. Esconde una de sus manos bajo la mesa y me acaricia el dorso de la mía, todavía sobre su muslo, con la punta de los dedos.

El corazón me tropieza en el pecho. Es solo una caricia, pequeña, pero me gusta demasiado y entonces la agarra y lentamente me hace subirla debajo de su vestido, hacia el interior de su muslo.

Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones, fingiendo que estoy relajado cuando, en realidad, estoy ardiendo, joder.

La miro a los ojos.

Ya me esperaban.

Me vuelvo un poco más loco.

—Entonces, podemos hacerlo ahora y directamente comer allí, ¿no?

Ha hablado Ted y la frase es para mí, pero ni siquiera me doy cuenta. No dejo de mirar a Eden, de sentir su piel caliente, su mano contra la mía, diciéndome dónde quiere que esté.

—Hermano —insiste Ted al borde de la risa.

—Es a ti —me dice Eden con una sonrisa más que satisfecha.

Yo tardo un segundo de más, pero al fin salgo de mi ensoñación.

—¿Qué?

—Ted te está hablando.

Me giro hacia la mesa y me encuentro a Val, Mellow y el propio Ted observándome como si ellos fueran los documentalistas del National Geographic y yo, una especie de huracán rarísimo.

—¿Qué? —repito, pero mi voz suena más dura y, por supuesto, no suelto a Eden.

—Te decía si te parece bien que nos vayamos ya y comamos allí —repite paciente Ted.

—Sí —contesto encogiéndome de hombros—. Me da igual el plan.

Pero sé que voy a arrepentirme en cuanto veo cómo se le ilumina la mirada.

—Sí —dice emocionado levantándose con el móvil—, preparos para mis *vibes* de recién divorciado en Ibiza —prácticamente nos amenaza.

Yo frunzo el ceño sin entender absolutamente nada.

Val me mira cabeceando, a punto de echarse a reír. Una mezcla entre compasión y el hecho de que le hace demasiada gracia el lío en el que acabo de meterme.

—¿Qué coño...? —murmuro.

—El más grande que tenga —pide Ted hablando por teléfono a unos pasos.

—Acabas de darle permiso para que alquile un barco y pasemos el día allí.

No, joder.

***

Llegamos al puerto cuarenta minutos después, donde nos espera una lancha rápida que nos llevará al barco. El puerto de Amalfi es antiguo y pequeño, algo casi artesanal, y una embarcación más grande que una lancha o una barquita para pescar no puede atracar aquí.

Ted se ha pasado todo el rato hablando casi sin respirar y llamando al barco «barquito», eso es lo que más miedo me da.

No tardamos en verlo, anclado en el Mediterráneo, y es exactamente el tipo de barco que Ted alquilaría: grande, blanco y brillante. Algo a medio camino entre el yate de un millonario que usa gorra de capitán y chaqueta azul marino con botones dorados cada vez que sale al mar y el barco que usarían para rodar el vídeo musical de una canción electrónica con un montón de modelos en bikinis fluorescentes.

La música empieza a sonar desde cubierta prácticamente antes de que nos montemos, como si fuera nuestra bienvenida, y, en cuanto lo hacemos, Ted nos presenta al que será el sexto miembro de nuestra pandilla durante la travesía, juro por Dios que dice la palabra *travesía*: una nevera enorme llena de Peronis y Aperol Spritz. Ambas cosas heladas.

—Esto grita «crisis de los treinta» —murmura Val mirando a su alrededor.

—Gracias —responde Ted orgulloso.

Eden se ríe a mi lado mientras el viento le mueve el vestido alrededor de las piernas y entonces se queda muy quieta. Yo me giro y sonrío porque ya sé lo que ha visto.

En la parte trasera, popa, proa, como coño se llame, el suelo normal de barco se ha sustituido por cristal y puedes ver el mar claro bajo tus pies, además de que, por supuesto, es la pasarela perfecta para lanzarte al Mediterráneo.

—¡Ted! —grita entusiasmada.

Él sonríe.

—Sí —contesta sin dudar—, lo vi y supe que ibas a odiarlo muchísimo —se mete con ella.

Eden no lo duda y echa a andar hacia allí emocionadísima. Yo miro a Ted con una sonrisa. Él levanta su cerveza helada hacia mí, entendiendo a la perfección que le estoy dando las gracias por pensar en ella.

Tarda exactamente treinta segundos en deshacerse de sus sandalias, soltarse el pelo y quitarse el vestidito para quedarse en bikini.

Joder.

Sí. Poético, ¿verdad? Debería haber una ley que le prohibiera llevar un bikini blanco por mi estabilidad mental. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy apretando los puños contra mis costados para controlarme, no ir hasta allí, cargarla sobre mi hombro y encerrarnos en uno de los camarotes que este barco salido de *Unmar de enredos* seguro que tiene.

¿Cómo es posible que me afecte así? Ni siquiera necesita esforzarse. Solo tiene que ser ella.

—¿Vienes? —me pregunta.

«Sí. Sí. Sí.»

—No —respondo porque paso de follármela mientras un delfín nos mira.

—¿Seguro?

«No. No. No.»

—Sí.

—Yo me apunto —dice Mellow pasando a mi lado.

—Ey, esperadme —se queja Val quitándose las deportivas camino de la pasarela de cristal.

Las tres están allí hablando, riéndose, pero yo solo puedo mirar a Eden y ese bikini, que aparentemente no tiene nada de especial, pero que yo estoy a punto de enmarcar.

—Si la sigues mirando así, Netflix te va a hacer una serie —se burla Ted desde su tumbona.

—Cállate —gruño, pero solo consigo que directamente se ría.

—Tómate una cerveza conmigo —me ofrece—. Antes de que saltes ahí y te la lleves a nado hasta Cerdeña para revivir *El lago*

azul.

Eden y las chicas saltan al agua, la oigo reír, y eso se mezcla con la idea de que, desde el agua, vuelve a buscarme con la mirada porque cuando está feliz yo soy la primera persona con la que quiere compartirlo. ¿Por qué estoy tan seguro? Porque a mí me pasa exactamente igual.

Val la llama, Eden se gira y empiezan a nadar y zambullirse.

—Cerdeña está habitada —replico mientras le cojo la cerveza que me tiende y me tumbo en la hamaca junto a la suya.

—Bueno, digo yo que te las apañarás para encontrar una parcelita sin mucha gente.

Nos miramos. Dos segundos después no puedo más y me echo a reír. La risa se lleva toda la tensión. Lo necesitaba.

Pasamos unos minutos en silencio disfrutando del sol y de la tranquilidad hasta que las chicas vuelven a gritar desde el agua pasándoselo realmente bien.

En cuanto el sonido atraviesa el ambiente, llevo mi mirada hasta allí y casi sin darme cuenta sonrío cuando mis ojos se encuentran con ella.

—Nunca te había visto así —comenta Ted moviendo el pie suavemente al ritmo de la música.

Frunzo el ceño.

—Así, ¿cómo?

Mi mejor amigo suelta una de sus sonrisitas irritantes de hombre perspicaz.

—Así —insiste con una calma que es casi alevosía—. Te mueres por tirarte al agua y no te tiras por lo que te mueres de ganas de hacer después.

Tiene razón y me niego a dársela.

—Pasa de mí —le digo mientras vuelvo a mirar al frente y le doy un trago a mi cerveza.

Ted lo interpreta exactamente como lo que es: estar a la defensiva.

—Debería cansarme de tener razón siempre, pero, no, a mí me va.

—A ti también puedo tirarte al mar —le recuerdo.

—No me estropees mi crisis de los treinta imaginaria con tu hostilidad.

No quiero, pero no me queda otra que sonreír.

Volvemos a ese cómodo silencio. No tengo ningún problema en admitir lo que está pasando con Eden, pero antes de que lo que tenemos o no tenemos vaya a convertirse en tema de conversación, debemos ver a dónde nos lleva, vivirlo. Es simple. Y solo nos concierne a ella y a mí.

—Está bien —dice Ted de pronto con su mirada también al frente, a la costa, a la hilera de barquitos en el puerto.

—¿Qué?

—Sea lo que sea lo que esté pasando o no pasando, está bien.

Sonrío y esta vez es porque quiero, no porque no pueda evitarlo. Pienso en Eden en los últimos tres meses en Manhattan, en cómo conseguimos recuperar lo que teníamos, hacerlo todavía mejor, pero también pienso en Amalfi, en cómo la he visto sonreír aquí, en las ganas de tocarla, en lo jodidamente fácil que es.

—Sí, lo está —respondo.

Ted sonríe. No sé qué imagina, qué sabe, pero, sea lo que sea, se alegra de verdad, por nosotros.

—Genial —responde.

Estas son las cosas por las que, me guste o no, tengo que querer a este capullo.

***

Las chicas por fin salen del agua y vienen hacia la zona de las tumbonas.

—El Mediterráneo es lo mejor —dice Val cogiendo su toalla.

—No es un motivo vacío que nombre un estilo de vida —apunta Ted.

—Y una dieta —añade Mellow envolviéndose en la toalla.

—¿Nos podemos quedar a vivir aquí, Alexander? —me pregunta Ted—. Podemos teletrabajar el resto de nuestras vidas.

—Sería muy interesante ver cómo se lo toma tu hermano —comento inclinándome para sacar la toalla de la bolsa sin perderme

la reacción de Ted, a quien, al pensar en el otro heredero Steele, le cambia la cara—. Por curiosidad —le tiendo la toalla a Eden cuando llega—, ¿cómo piensas explicárselo?

—Con una carta de suicidio —suelta casi hastiado y todos los demás sonreímos—. Me compraré un pasaporte nuevo y fingiré mi muerte. Seré Giorgos Papadopoulos.

—¿Griego? —plantea Val frunciendo el ceño.

—Hay que integrarse.

—¿Heredero Papadopoulos, entonces? —sigo su argumento.

—Por supuesto, la clase hay que mantenerla —sentencia levantando su Peroni.

Eden, envuelta en su toalla, rompe a reír y yo sigo el sonido como si fuera mi canto de sirena particular.

Le paso mi cerveza y ella la coge sin dudar y le da un trago largo.

Se quita la toalla y se deja caer en la tumbona a mi lado, armada ya con sus gafas de sol.

Respira hondo, relajada por haber estado en el agua. Val cambia la canción. Eden empieza a dar golpecitos sobre el plástico de la tumbona con las manos al ritmo de la música, un segundo después ya está tarareando, con los labios casi tocando el botellín de mi Peroni.

Yo la miro y esa media sonrisa vuelve a mis labios sin permiso.

Eden gira la cabeza hacia mí, sin separarla de la hamaca, y vocaliza la letra como si estuviera cantando usando mi cerveza como micrófono.

La miro, mi sonrisa se hace más grande, fingiéndome exasperado, pero lo que está pasando en realidad es que el corazón me está latiendo cada vez más rápido en el centro del pecho.

Porque es preciosa. Porque yo ya soy suyo y ella es mía y llevamos años siéndolo sin ni siquiera darnos cuenta. Bueno, sin darme cuenta yo, porque ella siempre lo tuvo claro.

***

Comemos. *Spaghetti alle vongole* con tomates del Vesubio. Es imposible que haya algo en el mundo que sepa mejor.

Volvemos a bañarnos. A beber. A escuchar música. A morirnos de risa.

—Te vas a quemar —le digo a Eden.

Estamos de pie, en cubierta, mirando el mar, la costa, el puerto, las casitas, la imagen que te deja sin aire que forman. Sé que ella, además, lo está memorizando absolutamente todo para dibujarlo después.

—No voy a quemarme —replica testaruda.

Yo pongo el índice de la mano con la que sostengo la cerveza en su hombro y marco una zona.

—Estás roja.

—No lo estoy.

—Si te quemas, va a dolerte muchísimo —le recuerdo, y ni de coña voy a dejar que pase—. Necesitas crema.

Echo a andar hacia las tumbonas para cogerla. Eden resopla dejándome clarísimo lo en desacuerdo que está con esa afirmación, pero acaba caminando tras de mí.

—Eres un obseso del control —dice sentándose entre mis piernas, en la hamaca, mientras yo abro el bote de crema.

—Toda la razón —porque, qué coño, la tiene—, pero tú no vas a quemarte.

Me echo en la mano.

Eden me mira por encima del hombro y esboza una suave sonrisa. Otra de las que me vuelven loco, aunque debería empezar a admitir que todas lo hacen. Esta es un poco insolente, confiada, la que dice «Sé que harías cualquier cosa por mí, Alexander Vandervilt», y otra vez tiene razón.

Le aparto el pelo húmedo a un lado y empiezo a extenderle la crema sobre sus hombros. Lento. Demasiado lento, probablemente. El olor a coco de la crema se mezcla con el de su piel y todo mi cuerpo se revoluciona, porque está cerca, porque la estoy tocando, porque es ella.

Bajo, pero no lo hago por la espalda como debería, y elijo sus costados. Eden se estremece lentamente, como si hubiese aprendido a gemir sin hacer ningún sonido, pero yo lo noto, lo oigo.

Mis manos bajan, suben, vuelven a bajar. Mis dedos se abren para alcanzar su estómago, la piel sobre sus costillas. Me he vuelto adicto a tocarla. La crema es la excusa perfecta y yo la estoy usando con una concentración absoluta, casi con veneración.

La espalda.

Un poco más abajo.

Un poco más despacio.

No debería sentirse tan bien. No debería notar cada cambio en su respiración. Pero lo noto. Todo.

Aprieto su cadera. Fuerte. Posesivo.

Eden traga saliva concentrándose en no gemir. Yo tengo que hacer el puto esfuerzo de mi vida para no seguir. Mi respiración es un caos. Me acerco un poco más a ella.

—Me estás volviendo loco —le susurro al oído.

Ella sonríe bajando la cabeza, y suena como una risa, pero, en realidad, es su respiración trabajosa.

—¿Alguien duda de que Eden ya tenga la crema perfectamente integrada en la piel? —inquiere con sorna Mellow.

—Muérete —contesto sin dudar, haciendo que la aludida sonría encantada.

—Hermano, yo estoy contigo —salta Ted—. El sol es peligroso. No hay que escatimar.

Otro que se lo está pasando de cine a mi costa.

—Muérete tú también.

Eden vuelve a mirarme por encima del hombro. Sus ojos buscan automáticamente los míos y veo el hambre, las ganas, todo lo que estoy seguro de que están diciendo los míos.

—Yo creo que necesito un poco más de crema —prácticamente susurra.

Sexy y adorable. Esa combinación va a llevarme al infierno.

66

Eden

No sé qué me pasa, pero es que no quiero parar. Es como si mi piel necesitara sus manos. No algo metafórico, ni psicosensorial, no se siente como escuchar una canción. Las necesito, físicamente. Como si mi cuerpo estuviese ardiendo constantemente, a punto de consumirse, y sus manos, el que esté así de cerca, frenaran el proceso y me aliviara y me excitara aún más, exactamente lo mismo que intentar apagar un fuego echando más madera.

Ridículo.

Absurdo.

Real. Muy real. Demasiado real.

Alex levanta su mirada hasta atrapar la mía mientras la punta de su lengua acaricia el filo de sus dientes. La imagen perfecta del animal perfecto. Me encanta el Alex controlado, pero el Alex salvaje, la chispa que brilla en sus ojos antes de que se deje llevar, por Dios, ese podría ser el *leitmotiv* de ejércitos enteros para ganar guerras.

—Estamos de acuerdo —sentencia con la voz ronca.

Sus manos vuelven a moverse. Mis caderas, primero, y despacio sube a mi cintura, a mi estómago y se quedan ahí paradas un segundo de más, volviéndome loca lentamente con algo que sabe a tortura y a combustión espontánea; a alcanzar la paz y a despertar el caos. Y es adictivo, hasta la última maldita décima de segundo.

Miro a los demás casi de reojo. Ninguno nos está prestado atención. Mejor. Me recoloco, un poco hacia atrás, mi espalda un poco más cerca. Alex gime. Un sonido demasiado sexy. Sube las manos hasta mis costillas.

Quiero echar la cabeza hacia atrás. Quiero cerrar los ojos. Quiero gemir.

Me muerdo el labio inferior, pensando, valorándolo, descartando la opción de hacerlo... pero justo en el instante siguiente, lanzándome al vacío como se toman las decisiones que de verdad valen la pena, está a punto de mover las manos hacia abajo, pero yo atrapo una de ellas con una de las mías.

Todo su cuerpo se tensa detrás de mí y una sonrisa pequeñita, pero triunfal, maliciosa, no me importa, de auténtico disfrute, aparece en mis labios porque sé que está luchando por contenerse.

Entrelazo nuestros dedos.

El todopoderoso Alexander Vandervilt está a punto de perder el control. Repito la idea en mi cabeza y me emborracha, me hace sentir bien, poderosa, feliz.

Subo su mano hasta mis pechos. Resopla. Mira como un halcón hacia las otras tumbonas. Me concentro para no gemir. Mi respiración es un desastre. El corazón me martillea por todas partes.

Deja caer su frente contra la parte de atrás de mi cabeza. Da una bocana de aire pesada. Me acaricia. Se rinde. Pasa debajo del bikini. Lo atrapa entero en su mano. Aprieta.

¡Dios!

Su mano libre tapa mi boca justo a tiempo para poder sofocar un gemido contra ella.

Sigue acariciándome bajo el bikini, mis pechos, mis pezones, mientras me tapa la boca, mientras su cálido aliento me calienta la piel debajo del pelo, mientras cada sonido que hace, sexy y masculino, me hace perder un poco más la razón, mientras vigila que nadie nos mire.

Es privado. Es público. Es nuestro.

Mi mano se desliza por mi estómago. Ni siquiera sé qué estoy haciendo. No quiero pensar. Bajo más. Alex se da cuenta. Su respiración se vuelve más irregular. Me ve. Llego. Me acaricio por encima de la tela. Una vez. Dos. Sus caricias se vuelven más intensas, más fuertes. Me calientan demasiado bien.

Alguien se mueve en las tumbonas. Alex lo ve antes que yo y se separa rápido. Aparto las manos.

—Por eso es importante aprender a distinguir entre las nueces y las castañas —comenta Mellow levantándose, muriéndose de risa con Ted y Val.

El corazón me late como un loco. ¿Estoy respirando? No lo sé. Creo que sí, rápido, muy rápido.

—¿Quién quiere otra ronda? —pregunta mirándonos a todos.

—Yo —respondemos Alex y yo al unísono.

La necesitamos. Es evidente.

—Claro que sí —responde Ted desde la tumbona—, el sexo con crema de coco y aloe vera da mucha sed.

Si tú supieras.

—Papadopoulos —lo llama Alex.

—¿Qué?

—Estás muerto.

Ted sonríe encantado ante tal muestra de agresividad y yo me muerdo el labio inferior esta vez para no estallar en carcajadas.

¡¿Qué hemos hecho?!

¿Y por qué quiero morirme de la vergüenza y me siento tan terriblemente bien al mismo tiempo? Una mezcla alucinante entre emoción, adrenalina, mucha, y estar excitada hasta la médula. Eso es lo que Alex me hace sentir, viva, y no es algo de lo que acabe de darme cuenta, esto es la confirmación. Alex me hace sentir viva mientras nos morimos de risa dando un paseo por Manhattan, mientras nos picamos y discutimos absurdamente en el sofá y mientras me toca.

Me llevo las palmas de las manos a la cara.

Dios, me encanta cómo me toca.

Cuando las aparto, me giro hacia él porque sé que me está mirando. Me pierdo en esos ojos gris acero, él resopla una sonrisa pequeña y comprendo demasiado bien que una parte de nosotros sigue perdida en hace cinco minutos.

—¿Estás bien? —me pregunta en un susurro que solo oigo yo.

—Sí —contesto y sonrío un poco más enamorada de él por esa pregunta—, pero me he quedado con algo complicado entre manos —añado torciendo la expresión.

—Dímelo a mí —contesta sin dudar.

Nos miramos un segundo, dos, y nos echamos a reír.

Me gusta que a pesar de todo siempre encontremos la manera de reírnos juntos.

El resto de la tarde pasa entre más baños, más discusiones absurdas, Mellow convenciendo al capitán de que le deje llevar el barco «un minutito», Ted gritando que el Titanic se hundió por menos y el mar y el calor y el verano a nuestro alrededor.

Empieza a anochecer cuando cambiamos el barco por la lancha y regresamos al puerto. Estoy memorizándolo todo, pero al mismo tiempo soy hiperconsciente de Alex, de lo mezquinamente bien que le cae el bañador surfero sobre las caderas, de que me gusta más de lo que quiero admitir.

Noto cada vez que se mueve; cada vez que habla; cada vez que respira un poco más fuerte.

Sentados en la lancha, no puedo evitar fijarme en lo cerca que estamos; en que, si nos moviéramos solo un poco, podríamos tocarnos otra vez. Disimulando, fingiendo estar concentrada en mis propias manos, muevo la rodilla buscando la de Alex.

Él se da cuenta, claro que se la da, y, sin dejar de hablar con Ted, entreabre un poco más las piernas para que su rodilla se encuentre con la mía.

El contacto es mínimo y a la vez brutal. Está cargado de demasiadas cosas porque nos tenemos demasiadas ganas.

Ted y Alex son los primeros en bajar. Alex me tiende la mano para ayudarme a hacerlo mientras que Ted ayuda a Val y a Mellow. En el momento en el que mi piel encuentra la suya, vuelvo a notar las chispas, como si alguien las fuera pintado alrededor de nuestras manos con rotuladores de colores.

Estoy a salvo en la pasarela del puerto, pero Alex no me suelta y entrelaza nuestros dedos.

—Es por tu seguridad —me explica con esa sonrisa engreída y divertida en los labios, dando un paso hacia atrás y tirando de mí para que empecemos a caminar.

—Gracias, Alexander. Siempre puedo confiar en ti.

—No lo dudes —sentencia antes de girarse y andar hacia las casitas de colores.

***

De vuelta en la villa, el caos se instala de inmediato. Peleas por quién se ducha primero, por qué cenamos, por quién lo pide, incluso se recuperan conflictos del día anterior como quién hizo más trampas ayer a las cartas.

Sin embargo, otra vez, todo eso no es más que ruido de fondo para mí mientras mi mirada va una y otra vez a Alex, apoyado en la isla de la cocina, con las manos agarrando el borde a ambos lados de sus caderas. Lo conozco. Está pensado. Conteniéndose.

Y esa simple idea vuelve a iluminar algo dentro de mí.

Está pensando en mí. Está conteniéndose por mí.

Vuelvo a mirarlo y, esta vez, él ya me está mirando a mí. Toma una decisión. Lo veo en sus ojos. Se incorpora lleno de seguridad, de esa calma que le hace parecer ser el dueño de esta casa, de Amalfi, de Italia entera.

—Voy a comprobar unos correos —miente mirándome a los ojos.

Va hacia las escaleras.

—Voy a descansar un poco —miento yo—. No me importa ser la última en ducharme. Ya me he cambiado en el barco —añado señalando vagamente la camiseta y los pantalones que me he puesto porque el vestido estaba mojado.

No espero respuesta y me dirijo al piso de arriba. Alex me está esperando a mitad de las escaleras.

No decimos nada, solo me coge de la mano de nuevo, entrelaza nuestros dedos y tira de mí, adelantado unos pasos.

Siento el «clic» de la puerta cerrarse a mi espalda. Siento a Alex a un puñado de pasos tras de mí. Respiro hondo antes de girarme porque la realidad es que siento muchas cosas más: las mariposas, el deseo luchando por contenerse en una tinaja demasiado pequeña que ya tiene demasiadas grietas. Está a punto de escapar.

Me giro. Su mirada me atrapa de inmediato. Mi corazón... mi corazón no ha latido con normalidad desde ayer por la noche.

Alex acorta la distancia sin apartar esos increíbles ojos grises de los míos. Se detiene a solo unos centímetros, invadiendo mi espacio

personal de una forma tan rotunda que el aire entre los dos se vuelve denso de golpe. Recorre mi cara con lentitud, quedándose un segundo entero en mis labios antes de volver a mis ojos.

Respiro más rápido. El oxígeno me falta.

—Se acabó —sentencia, y su voz baja dos octavas, volviéndose tosca, áspera, cargada de una determinación que me eriza la piel.

Yo frunzo el ceño, intentando aferrarme a un control que ya no tengo.

—¿El qué?

Alex no responde con palabras. Mueve la mano con una parsimonia perezosa y peligrosa, desliza dos dedos por el interior de la cintura de mis vaqueros, justo bajo mi ombligo, y tira de mí hacia delante firme y posesivo.

Doy un respingo y mi cuerpo choca directamente contra la solidez de su pecho. Siento que se me escapa el aliento. Nos quedamos así, suspendidos en una distancia ridícula, con mi cabeza echada hacia atrás debido a los centímetros que me saca y mi respiración caótica acariciando su barbilla. Alex no se inclina de inmediato; se recrea en mi caída, devorándome con la mirada, disfrutando de ver cómo tiemblo contra él. Sus ojos prometen un incendio y yo soy pura gasolina.

—Parar —susurra contra mis labios, rompiendo mi última defensa.

Entonces, se inclina y me besa.

Mi cerebro entra en cortocircuito instantáneo. Solo puedo disfrutar; nada de pensar, nada de nada. Solo él y otra maldita frontera cruzada para siempre. Sus manos grandes y cálidas se encuentran en la parte baja de mi espalda, pero no descienden; en lugar de eso, suben despacio por mis costillas por encima de la tela de mi camiseta, como si me estuviera diciendo que va a tomarse su tiempo, que va a derretirme lentamente. Yo agarro su camisa con las dos manos, arrugándola entre mis puños porque no confío en que mis piernas vayan a sostenerme.

El beso crece. Movemos las cabezas, nos acompasándonos al ritmo del otro en una sincronía perfecta. Su boca explora la mía con un hambre que me marea, profunda y caliente. Alex tensa los dedos

sobre mi piel, atrapándome en esa lucha encarnizada por controlarse y dejarse llevar al mismo tiempo.

Y pierde.

Y yo sonrío contra sus labios.

Abre sus manos posesivas sobre mí, rompe el maldito dique y me estrecha contra su cuerpo con una fuerza brutal. Profundiza el beso, lo vuelve salvaje, y los dos nos aceleramos, desesperados, necesitados, hambrientos.

67

Alexander

La beso, disfrutándolo, joder, necesitándolo. Necesitándola a ella.

La tumbo en la cama e inmediatamente lo hago sobre ella sin separarnos ni un milímetro. Es imposible que consiguiesen apartarme de Eden ahora.

Separa despacio las piernas haciéndome sitio entre sus muslos y tengo ganas de aullar cuando siento mis caderas encajando a la perfección en las suyas.

—Alex —susurra de esa manera rota que me hace perder el control, pero esta vez tengo la puta certeza de que sabe lo que está provocando en mí.

Sonrío contra su boca. Eden no puede contenerse y me devuelve el gesto.

—Eres mala —protesto sin dejar de besarla.

Ella niega con la cabeza con los ojos cerrados, interrumpiendo por un pequeño segundo del beso, dejándome besarla inmediatamente después. Sus dedos se entierran en mi nuca, acariciándome el final del pelo, atrapándome contra ella.

—Solo quiero saber cómo es sentir que pierdes el control encima de mí.

Lo dice tan bajito que al principio creo que no he oído bien, pero, cuando la frase me agujerea las costillas, me doy cuenta de que me ha afectado demasiado para habérmelo imaginado.

Vuelvo a sonreír. Me separo apenas un centímetro, lo justo para acariciar su nariz con la mía.

—Deberías estar prohibida —murmuro contra su boca.

Mis manos van a sus muslos, escondiendo los dedos por debajo del borde de sus vaqueros cortos, y disfruto del calor salvaje de su piel bajo mis yemas. Sigo besándola porque no puedo no hacerlo. Ahora mismo todo lo demás podría arder y yo seguiría aquí, atrapado en sus labios.

—Es lo justo —responde ella con voz trabajosa, respondiendo a cada beso.

—¿Lo justo?

Mi mano sube por su costado con una inercia que me sale sola desde hace años, llega hasta su cuello y la dejo ahí, abriendo los dedos en un agarre firme, posesivo, suave, para anclarla contra el colchón, manteniéndola justo donde la quiero mientras mi pulgar le acaricia la línea de la mandíbula, obligándola a levantar la cabeza hacia mí.

—Tú me haces perder el control solo con mirarme —dice arqueándose contra mí, dejándose llevar mientras alargo el beso y nos giro un poco antes de dejarla escapar para coger aire.

Me elevo sobre mis antebrazos para poder mirarla desde arriba. Automáticamente, por instinto, le paso el pulgar por la piel del cuello para asegurarme de que no le he hecho daño. Busco sus ojos marrones porque lo necesito, porque quiero, pero también para que le quede clara cada palabra que estoy a punto de pronunciar:

—El día que entiendas el efecto que tienes en mí, va a ser mi perdición.

Podría pedirme cualquier cosa que la respuesta sería sí. Soy suyo, joder, y lo fui mucho antes de Amalfi.

Ella frunce el ceño confusa, pero también sonríe un poco nerviosa y muy feliz por lo que significan esas palabras. No soy ningún estúpido. Lo que pasó, pasó porque di por hecho que ella estaba entregándose con todo y yo, con nada; que no sería capaz de convertirla en mi prioridad cuando estaba siendo tan idiota de no darme cuenta de que ya lo era. Así que, sí, comprendo que le cueste creerlo, pero veo en su mirada lo mucho que le gusta oírlo.

Eden se muerde el labio inferior, tentándome, comprobándome, pidiéndome de esa manera tan jodidamente vulnerable y tan

jodidamente sexy que la bese. Sonrío, me inclino y lo hago. Y no paramos de hacerlo.

No sé si pasan diez minutos o un día y medio. No es que me importe. Metido entre sus brazos se está demasiado bien como para preocuparme.

Hasta que alguien golpea la puerta y recuerdo que puedo despreocuparme del espacio-tiempo, pero no de los tres chalados con los que comparto casa de vacaciones.

—Siento interrumpir, suponiendo que haya algo que interrumpir —trata de ser diplomática Val.

—¡Claro que lo hay, Valerie! —grita Ted desde abajo.

—¡Inocente! —secunda la moción Mellow.

—¡Dejadme en paz! —se queja Val.

—¡No!

—¡Es que hay que tener valor! —replica Ted—. Esos dos están jugando a los médicos prémium. Están en el Presbyterian, a Eden le duele la garganta y Alex es el especialista de fama mundial.

Miro a Eden debajo de mí, aguantándose el ataque de risa. Yo estoy haciendo lo mismo, pero también estoy pensando en matarlo lentamente.

—La comida ha llegado hace como veinte minutos —rencauza la conversación Val—. ¿Bajáis?

Solo necesito un segundo para saber que Eden no se sentiría cómoda si nos quedásemos ahora aquí, así que me levanto.

—Estamos bajando —contesto.

La cojo de las dos manos y tiro de ella para ponerla en pie.

Nos quedamos muy cerca. Eden vuelve a sonreír. Y yo ya estoy perdido. Espero a oír los pasos de Val alejarse por la escalera y vuelvo a besarla, solo una vez, largo.

Joder.

Es lo mejor del puto mundo.

Nos arreglamos la ropa, el pelo y bajamos.

—Mira, si es el doctor Vandervilt —me saluda Mellow con un Grissini como si fuera un cigarrillo.

Han montado la cena en la mesita de centro.

Yo la miro de esa manera, arrogante y lleno de seguridad.

—Estaba respondiendo unos correos —miento descaradamente, pero ellos no tienen por qué saberlo—. A diferencia de vosotros, yo trabajo de vez en cuando.

—Se refiere a correos de otras consultas médicas —le dice Ted a Mellow como si hablara completamente en serio.

Lo fulmino con la mirada y él se vuelve hacia Eden, que ha aprovechado para escabullirse y sentarse en el suelo junto a Val.

—No te preocupes, las otras consultas son telemáticas, a la única paciente a la que atiende en directo es a ti.

Ella le mantiene la mirada insolente.

—No sé de qué estás hablando, Theodore. Yo estaba durmiendo.

Él le mantiene la mirada, asintiendo gratamente impresionado, quiero pensar que porque la cree, pero en realidad lo que le tiene fascinado es lo bien que aguanta el tipo.

—Me caes fatal —sentencia Eden entrecerrando los ojos sobre él.

Ted se encoge de hombros.

—Mientes —responde sin una mísera duda.

Y esa seguridad inquebrantable en que ella lo adora es lo que la hace fracasar y sonreír.

—Es verdad, te quiero muchísimo.

Ted sonríe.

—Y tú también me quieres —me dice señalándome.

Yo ya me he sentado en el sillón cerca de Eden y me estoy comiendo un *panzarotto*.

—*Nop* —contesto.

—Me quieres mogollón.

—De eso nada.

—Quieres a John D. Rockefeller y a mí. Somos los amores de tu vida.

Ahí ya no puedo más y sonrío también.

Cabrón.

***

La cena es una locura, como casi cualquier cosa que intentamos hacer. De postre cae la primera ronda de copas acompañadas de lo

que viene siendo la tradición nocturna más importante de Amalfi: comer *cornettos,croissants* grandes rellenos de Nutella. Sin duda alguna, una gran tradición.

Todavía no nos hemos recuperado de la partida de cartas de ayer, así que esta noche toca película y, por supuesto, hay que hacer palomitas.

Eden se presenta voluntaria. Se levanta y yo la sigo con la mirada. Al pasar detrás de mí, pone la mano en la espalda del sillón y, aprovechando que nadie puede notarlo, me acaricia la nuca con el reverso de los dedos.

La caricia solo dura un segundo, pero automáticamente me lleva a nuestra cama, a cuando ha hecho eso mismo mientras la besaba.

Giro la cabeza hacia ella, pero Eden sigue caminando en dirección a la cocina, ajena al hecho de que acaba de incendiarlo todo dentro de mí.

Piensa rápido, Vandervilt.

—¿Quién quiere otra copa? —pregunto levantándome.

—No.

—No.

—Yo —se apunta Val terminándose el último buche de la suya.

Tengo que reconocer que casi no aguanto el tiempo suficiente para dejarlos contestar, pero lo consigo. Voy hasta la cocina abierta, la cojo de la muñeca y tiro de ella, chistándola bajito con una sonrisa cuando está a punto de soltar un gritito y romper a reír.

La meto en la despensa. La llevo contra la pared y le doy un beso. Todo es rápido, loco, pero es que no podía esperar.

Su sonrisa se ensancha contra mis labios y esa es la puta mejor sensación que he experimentado en mi vida: besar su sonrisa.

68

Alexander

Me separo. Me humedezco el labio inferior escondiendo una sonrisa y salgo de la despensa tan rápido como he entrado.

Regreso a la cocina y empiezo a preparar las copas como si nada.

Eden lo hace unos segundos después, un poco... acalorada. Justo antes de alcanzar la isla, tropieza con sus propios pies y está a punto de caerse.

Yo tengo que morderme el labio para no romper a reír y ella me fulmina con la mirada.

—Es culpa tuya —me recuerda bajito con voz amenazante, pero un segundo después está sonriendo y luchando por no sonrojarse. Gran combinación.

Volvemos a acomodarnos y la peli empieza. Me sorprende lo callados que estamos. No pasa muy a menudo.

Yo sigo en el sillón y Eden, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en mi pierna. Antes de darme cuenta estoy jugando con su pelo, masajeándole la coronilla.

No llevamos ni la mitad de la película cuando Eden bosteza. No un bostezo normal, sino uno enorme, casi demasiado grande para su cabeza, por eso sé que es mentira. La observo y una media sonrisa se cuela en mi expresión. Sé de sobra por qué lo está haciendo.

Cinco minutos después vuelve a bostezar, más pequeño, pero más largo.

Finjo que no la veo.

Eden se contiene para no resoplar y yo, para no sonreír.

Otro bostezo. No ha pasado un minuto completo del anterior. Yo me inclino hacia ella.

—Me da la sensación de que tienes muchísimo sueño —susurro y solo ella me oye.

Eden se gira y me asesina con la mirada justo antes de soltarme un codazo en la pierna en la que está apoyada.

Mi sonrisa se ensancha hasta casi reír por su reacción y decido ser un buen chico.

—Ey, tienes sueño —digo lo suficientemente alto para que todos me oigan.

—No —contesta ella, haciéndose la inocente—. Estoy bien.

Resoplo.

—Literalmente, te estás quedando dormida contra mi pierna.

—Te he dicho que estoy bien —replica insolente.

—No puedes dormirte en el suelo.

—No voy a dormirme en el suelo.

—Dios —finjo perder la paciencia—, eres insufrible. Al menos ven aquí.

Eden se gira hacia mí como si fuera a fulminarme con la mirada, pero, cuando no nos prestan atención, sonríe.

—Tú eres insufrible —responde, pero ya se está levantando.

Se sienta en mi regazo y yo la acomodo sobre mí, con una mano en la cintura manteniéndola estable y otra sobre sus piernas que pasan por encima de mí hasta apoyarse en el brazo del sillón. Deja caer la cabeza en mi cuello y se acurruca. Exactamente lo que estaba buscando con la sucesión de melodramáticos bostezos.

Yo no voy a negar que he ganado con el cambio. Ahora la tengo encima y la mano que se supone que debería tener en la cintura baja, explorando, como la Indiana Jones de las decisiones geniales, y la que tendría que quedarse en sus piernas sube hasta sus rodillas y la acaricio despacio, con el pulgar, pequeños círculos que la hacen sonreír y a veces también le cortan la respiración.

La película termina y unánimemente deciden que estamos en una sesión doble de un cine de los años cincuenta y es la pausa para ir al baño, reponer las palomitas y las copas antes de que empiece la segunda parte.

Todos se levantan concentrados en sus tareas.

Todos menos Eden y yo.

En cuanto nos quedamos solos. La miro, joder, no necesito nada más para quedarme embobado. Nos acercamos. Cada uno recorre unos valiosos centímetros. Oigo el ruido en la despensa, en el piso de arriba, en la terraza.

—No sé cómo te las apañas para acabar siempre encima de mí, Lockhart —digo socarrón mirándola a los ojos.

Ella tuerce los labios conteniendo una sonrisa.

—Te estaba haciendo un favor, Vandervilt. Sabía que me echabas mortalmente de menos.

Una sonrisa tira de la comisura de mi boca.

—Entonces, creo que debería agradecértelo, ¿no?

Me acerco un poco más. Noto cómo su cuerpo se enciende.

—La educación nunca pasa de moda —responde.

La última palabra la dice contra mis labios porque la beso. Es peligroso, pero lo mejor de guardar un secreto es esto, arriesgarte. Eden también lo cree. Por eso agarra mi camisa con las dos manos y tira de mí. Por eso nos movemos hasta que prácticamente está a horcajadas sobre mí.

Mi mano se ancla a su cintura, a su cadera. La otra la sujeta por la nuca contra mí mientras me la como entera, despacio, deprisa, haciéndola gemir.

Oigo ruidos. Respiro rápido. Sigo besándola. Pisadas. Las escaleras. Eden se estrecha contra mí. Un beso más. Otro. Alguien bajando el último escalón. Le muerdo el labio inferior. Gime. Sonrío. Vuelvo a besarla y me separo justo cuando Mellow aparece en el salón.

Nos recolocamos de inmediato y ella va tan concentrada que no nos presta atención hasta que se sienta.

—La segunda parte va a ser una pasada —afirma.

—No hay dudas —responde Eden con la respiración todavía agitada.

Ted se une a Val en la cocina. Las palomitas empiezan a sonar. Miro a Eden. ¿A quién demonios le importa la película?

—Finge que te has dormido —le susurro al oído.

Me separo apenas unos centímetros para ver su reacción y la encuentro sonriendo, pero no una sonrisa de «Qué idea tan maravillosa, Alex. Eres el mejor», sino esa otra, insolente y dulce a partes iguales, la que siempre me complica la vida.

—No sé si te lo mereces —susurra de vuelta—. Tuve que bostezar tres veces —me recuerda—. Estoy un poco dolida.

—Qué rencorosa —contesto fingiéndome sorprendido.

—Muchísimo.

La miro con una sonrisa tirando de la comisura de mi boca.

—Entonces, deberías dejar que te compense —murmuro.

La insolencia se borra de su mirada en un segundo ahogada por la curiosidad. Yo enarco las cejas tentándola y el deseo vuelve a brillar en esos ojos marrones, convencida.

Inclina la cabeza hasta apoyarla en mi cuello y cierra los ojos. Ted y Val llegan con las copas y las palomitas.

—¿La enana se ha quedado dormida? —pregunta Val mirándola.

Yo voy a decir que sí, pero, entonces, la cabrona hunde un poco más la cara en mi cuello y me besa. Nadie puede verla, pero yo sí puedo sentirla y esa mezcla de tomarme por sorpresa y las ganas que van a acabar conmigo hace que tenga que usar todo mi autocontrol para no moverme y convertir justo a tiempo la sonrisa en un resoplido o al revés. No lo tengo claro.

—Sí —logro responder al fin después de que me dé otro beso—. La llevo a la habitación. Yo me quedaré trabajando.

Todos dicen que sí de una manera u otra. Yo acomodo a Eden en mi regazo y me levanto con ella en brazos.

En la escalera la veo aguantar la risa y, una vez que cierro la puerta de la habitación tras nosotros, rompe a reír.

—Serás... —le digo tirándola en la cama.

Pero no le resulta ni un poco amenazante y sigue riendo y, joder, no hay un sonido mejor.

Clavo la rodilla en el colchón y apoyo las manos a ambos lados de su cabeza, flanqueándola, mirándola desde arriba.

—Vas a acabar conmigo —afirmo.

Ella niega mientras sus carcajadas poco a poco se transforman en una preciosa sonrisa.

—Antes tienes que compensarme, ¿recuerdas?

Yo me encojo de hombros desdeñoso.

—Me lo estoy planteando por tu reciente actitud.

Ella abre la boca a medio camino entre estar desolada y estar indignada.

—¿Vas a romper tu promesa?

—Puede ser.

Eden me mantiene la mirada y susurra muy bajito:

—No, por favor.

Mirándome a los ojos. Robándome el aliento.

Y el puto corazón.

—Cuando dije que eras un peligro, tenía razón —sentencio antes de inclinarme y besarla.

Dejo caer mi cuerpo sobre el suyo. Eden me recibe encantada y todo vuelve a empezar, el deseo loco, la excitación, el placer, todo lo que nos importa ahora mismo.

De pronto un ruido fortísimo resuena por toda la casa desde la planta de abajo.

Nos congelamos.

Silencio.

Y entonces...

—¡¡¡Hostia!!! —grita Ted demasiado fuerte, demasiado en serio.

Nos separamos al instante y nos miramos preocupados.

—¡Dios! ¡¿Estás bien?! —pregunta Val.

Eso nos hace reaccionar definitivamente. Me incorporo rápidamente de la cama y automáticamente tiro de Eden conmigo antes siquiera de pensar.

Salimos de la habitación. Bajamos las escaleras. Y encontramos el caos.

Ted está sentado en el suelo del recibidor agarrándose el tobillo con cara de tragedia griega mientras Val y Mellow están agachadas a su lado.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunto yendo directamente hasta ellos y acuclillándome frente a Ted.

Él levanta la cabeza indignadísimo.

—¡Las escaleras han intentado asesinarme!

Mellow resopla mientras yo aparto la mano de Ted para poder comprobar cómo tiene el tobillo.

—Has intentado bajarlas sin encender la luz porque, según tú, la tarde en el barco te había proporcionado «visión nocturna mediterránea».

—No ha sido exactamente así —protesta Ted—. Lo único que he dicho es que de noche no está completamente oscuro porque la luna rebota en el mar y el agua amplifica la luz o qué sé yo. ¡Es algo científico! —insiste vehemente.

—Déjame ver —gruño.

Ted aparta las manos dramatizando como si le fueran a amputar la pierna.

El tobillo está empezando a inflamarse. No parece roto, pero sí bastante afectado.

—Madre mía —murmura Eden.

—Tenemos que ir al hospital.

Val se mueve rápido en busca del pasaporte de Ted y las llaves del coche.

Ted intenta levantarse. Fracasa estrepitosamente.

—¡Me estoy muriendo!

—No te estás muriendo —respondo armándome de paciencia.

—¿Cómo puedes saberlo? ¡No eres médico!

—Porque sigues hablando.

Eso hace que Eden ser ría bajito, pegada a mí y, joder, el sonido me relaja y me enciende automáticamente.

Ted me mira desde el suelo.

—Te necesito, Alexander.

—No empieces —le advierto.

—Trátame como a Eden. Solo hoy —me pide.

Eden estalla en carcajadas y yo juro que no quiero reírme, pero es imposible.

—Eres como la mala de un drama vertical, Teddy —le dice Mellow.

—Es el dolor —responde él melodramático.

—Vamos —me levanto y lo ayudo a que haga lo mismo.

—Consígueme drogas legales, Alexander —me suplica—. Esto es Europa, aprovechémonos de que a ellos no los gobierna el pastor de

Footloose.

Niego con la cabeza intentando no sonreír otra vez. Hacerlo sería como echarle gasolina al fuego.

—Haré lo que pueda.

Val llega con las llaves. Mellow nos abre la puerta. De reojo veo a Eden ponerse mi sudadera. El hecho de verla con ella puesta me despista un segundo, pero me recupero rápido.

—¿A dónde crees que vas? —pregunto.

—Con vosotros. Quiero estar con Teddy.

Ni siquiera necesito pensarlo.

—Ni de coña.

Ella se cruza de brazos, pero el gesto le dura poco porque simplemente echa a andar, me esquiva y sale directa al coche. Genial. Ahora está enfadada conmigo.

Yo miro al cielo armándome de paciencia.

—No tienes ningún tipo de autoridad con la señora Vandervilt —se ríe Ted de mí.

—Puedo soltarte —le recuerdo.

Él me mira y finge cerrarse la boca con una cremallera.

Salimos y lo ayudo a meterse en el Audi. Eden está a punto de entrar también cuando la cojo de la mano y la obligo a girarse.

—¿Podrías quedarte aquí?

No lo ordeno. Lo pregunto. Gran diferencia. Ella también se da cuenta porque su expresión se suaviza y tuerce los labios.

—Quiero acompañar a Ted.

—Lo sé, nena. Pero es de madrugada, estamos en un país donde no conoces el idioma y los hospitales pueden ser sitios muy caóticos. Creo que sería mejor si te quedaras con Mellow y Val. Prometo mantenerte informada de todo.

Ella lo piensa un instante.

—¿Y cuidar de Ted?

Parece que lo está preguntando, pero eso es para ilusos que no la conocen. Me lo está advirtiendo.

Sonrío.

—Y cuidar de Ted.

Ella toma una bocanada de aire.

—Está bien.

—No te preocupes, peque. Estaré bien —le dice Ted desde el coche con la ventanilla abierta.

—Lo sé. Eres indestructible.

—Como los Mustang buenos —replica guiñándole un ojo.

Arranco y nos marchamos al hospital.

69

Eden

Observo el camino hasta que el coche desaparece. Tuerzo los labios y regreso al interior de la casa.

—Voy a denunciar a Italia —sentencia Mellow.

—No eres la primera persona que dice eso en esta villa —le recuerdo.

—¿Entera? —pregunta Val—. ¿Por qué?

—Porque se me prometieron unas vacaciones tranquilas y hasta hoy todo ha sido caos.

—Eso no es culpa del país —intervengo.

Ella le hace un mohín al aire, probablemente al destino.

—Tienes razón. Vayamos donde vayamos ocurren cosas. Empiezo a pensar que el problema somos nosotros.

—Denuncia mejor a Italia —le da la razón mi hermana—. Siempre va a salirte más barato que la terapia.

—Gran verdad.

Las tres seguimos un rato en el salón. Ponemos otra película. Mellow protesta porque nadie aprecia el cine de autor. Val protesta porque lo que aprecia es el cine y precisamente por eso quiere quitarla.

Me siento rara. Estoy preocupada por Ted, aunque también sé que no tenía nada grave, pero no me gusta imaginarlo con dolor en un hospital. Y por otro lado es esta... sensación que no pienso nombrar porque paso de darle vueltas.

Silencio mental.

Silencio mental.

Vale, echo de menos a Alex. ¡Es ridículo! ¡Lo sé! Lo más frustrante es que lo sé, pero nosotros no... solemos... estar separados. Diría que eso ha pasado solo en Amalfi, por mi salud mental, pero estaría mintiendo. Este bellísimo lugar solo lo ha amplificado. Desde que volvimos a encontrarnos, dio igual que empezáramos a vivir en casas separadas, hemos pasado muchísimo tiempo juntos. Y claro que trabajamos y cada uno está en su oficina, pero el resto el día, la noche, estamos juntos, y este momento entra claramente en el grupo de horas no laborales.

Resoplo.

Esto no puede ser sano y no es que antes lo fuéramos mucho, así que es como echar más leña al fuego. Además, está el otro tema que he esquivado sutilmente. ¡Íbamos a acostarnos! Literalmente, podría subirme por las paredes solo con la energía sexual que he acumulado desde anoche. Así que, sí, necesito que esté aquí.

Alex nos manda un audio. Es el móvil de Alex, pero el mensaje es de Ted. Nos pide que recemos por él, pero al dios del Papa porque estamos en Italia y aquí tiene más cobertura, y que durmamos tranquilas porque Alexander daría su vida por él. Alex rebate esa afirmación, pero Ted da por hecho que se está haciendo el duro para no derrumbarse.

En la habitación la cosa no mejora, pero lo llevo bien hasta que me doy cuenta de que no llevo la misma camiseta de Alex para dormir que llevaba ayer, sino que, por equivocación, he cogido la que él llevó puesta ayer y... decido subírmela hasta la nariz y olerla porque todavía huele a él.

Lo hago porque es un olor agradable, no tiene nada que ver con que haya perdido un tornillo y la dignidad.

Después de unas doscientas vueltas y unos cuatrocientos cambios de postura, por fin me quedo dormida.

***

Me despierta el sonido de un coche en la entrada principal. Ni siquiera me paro a ver la hora antes de salir disparada, pero, por

cómo entra el sol por la ventana, debe de ser ridículamente temprano.

Bajo las escaleras todo lo deprisa que soy capaz y un poco más y llego al salón. Mellow está preparando café. Val le ofrece apoyo moral buscando vídeos graciosos en TikTok.

La puerta suena y Ted aparece apoyado en una muleta.

—He visto la muerte.

Esa es su entrada.

—Buenos días, Teddy —contesta Val.

—La medicina moderna me ha fallado.

—Buenos días, Teddy —contesta Mellow.

—Soy un hombre roto.

—Buenos días, Teddy —contesto yo.

—Gracias por vuestro apoyo —dice llevándose la mano al pecho.

No puedo evitar sonreír.

—¿Cómo estás?

—Traicionado por mis ligamentos.

—Entonces, ¿mejor?

—Muchísimo mejor.

Los dos sonreímos y le doy un abrazo. Me alegro infinito de que esté bien.

—Teddy —lo llama Mellow—, ven con nosotras. Hay café.

—¿Y tostadas? —pregunta antes de fingir una tos para enfatizar que está enfermo y necesita mimos y dirigirse a la cocina.

Estoy a punto de responder cuando la puerta vuelve a sonar y lo veo. Alex. Cerrando. El pelo revuelto, aspecto cansado... pero, en cuanto enfila el salón, lo primero que hace es buscarme.

Sus ojos grises se clavan en mí y lo demás desaparece. Ted sigue contando su dura batalla, Mellow y Val siguen mimándolo mientras la cafetera empieza a silbar en el fuego, pero yo solo lo veo a él.

Y, por la manera en que me mira, sé que él tampoco está viendo nada más.

Ni siquiera sonreímos.

No hace falta.

Porque, después de unas horas separados, la sensación es exactamente la misma.

Por fin.

***

Bajamos a la playa un par de horas después.

—¡Última oportunidad! —grito desde el agua.

Alex me mira desde detrás de las gafas de sol, recostado cómodamente en la tumbona, con un brazo flexionado sirviéndole como almohada.

—Estoy perfectamente donde estoy —contesta.

—¡Cobarde!

—Pesada.

—¡Viejo!

Alex baja despacio las gafas de sol por el puente de la nariz.

—Por tu bien, voy a ignorar eso.

—Pues no se te está dando nada bien —certifico antes de ladear la cabeza con una sonrisita profundamente insolente.

—Lockhart —me advierte.

—Señor Vandervilt —lo pincho.

—Tengo treinta y uno —me recuerda un pelín indignado, extendiendo los brazos para enfatizarlo.

—Lo sé.

—Eso no es ser viejo.

—Para una tortuga, no.

Val y Mellow, a mi lado en el agua, rompen a reír. Ted, en la tumbona junto a Alex, su tobillo no le deja bañarse, se lleva una mano al pecho.

—Por favor, seguid. Estoy lesionado y necesito entretenimiento.

—¡Gracias, Teddy! —grito lanzándole un beso.

—No estás ayudando —le gruñe Alex.

—Nunca lo he pretendido.

—Gracias también por eso —replica de nuevo Alex.

—A mandar.

Sonrío otra vez, aunque creo que en realidad nunca he dejado de hacerlo. Desde que llegaron del hospital, Alex y yo nos las hemos apañado para estar muy cerquita, su mano en mi pierna debajo de

la mesa mientras desayunábamos, un beso rápido cuando hemos subido a cambiarnos, caminando de la mano hasta aquí... pero quiero más. Quiero que esté cerca siempre.

Vuelvo a mirarlo. Sigue tumbado en la tumbona sin ninguna intención de venir. Perfecto. Eso significa que todavía puedo empeorarlo.

—Bueno, no importa —finjo claudicar encogiéndome de hombros.

—Me alegro de que lo entiendas —responde.

—Sin problemas.

—Perfecto.

—Tendremos que conformarnos —les digo a las chicas casi compungida.

Val frunce el ceño divertida.

—¿Conformarnos?

Yo asiento melodramática.

—¿Con qué?

—Con el hecho de que ya no podemos contar con Alex porque ha entrado en esa edad en la que el estar tumbado al sol ya cuenta como deporte.

Ted es el primero en romper a reír, seguido muy de cerca por Val y Mellow.

—Eres mi ídolo —me dice la última.

Yo me aguanto la sonrisa para seguir pareciendo... ¿qué era? Ah, sí, inocente.

Alex se incorpora. Se mueve grácil, seguro.

—Vale —comenta con toda esa tranquilidad.

—Vale, ¿qué? —replico.

—Ahora sí —sentencia.

Mi sonrisa vacila un poco.

—No.

Se quita la camisa de mangas cortas que llevaba abierta y la deja sobre la tumbona.

—Sí.

—Oh, oh —interviene Ted.

—No eres capaz —me hago la valiente, pero ya me están temblando las piernas de anticipación.

Se deshace de las gafas y las tira sobre la camisa.

—Supongo que eso lo comprobaremos juntos —contesta con toda esa calma.

Empieza a andar. Yo aguanto el tipo, aunque tengo unas ganas absurdas de romper a reír por los nervios.

—No te creo.

Pero como soy valiente, no idiota, doy el primer paso hacia atrás en el agua.

Él se encoge de hombros engreído. Entra en el mar. Vale. Oficialmente ha llegado el momento de huir.

—¡Corre! —grita Ted.

Me doy media vuelta, empiezo a nadar. Avanzo un metro. Dos. Tres. Y de pronto una mano se cierra alrededor de mi tobillo.

—¡No! —grito muriéndome de risa cuando tira de mí—. ¡No! ¡No!

—Te pillé.

Forcejeamos. Trato de escapar y fracaso miserablemente.

—¡Alex! —me quejo entre carcajadas.

Me agarra de la cintura. Pega mi espalda a su pecho inmovilizándome.

—¿Cómo es eso que has dicho? —pregunta con esa clama—. ¿Que soy tan viejo que, para mí, tumbarme al sol ya es un deporte?

—Lo retiro. Lo retiro —suelto rápido.

—Llega un poco tarde.

—¡No! —grito cuando me levanta completamente fuera del agua, sabiendo perfectamente lo que va a hacer.

—¡Te lo has ganado!

Rompo a reír tan fuerte que apenas puedo respirar.

—¡Ayuda!

Pero mis dos cómplices han cambiado muy rápido de bando y ahora se están riendo de mí.

—¡Ted! ¡Convéncelo!

—A mí no me mires. Yo he apostado.

—¿Has apostado?

—Contra ti —afirma sin un mínimo arrepentimiento.

—¡Eres una persona horrible, Teddy I!

—¡Lo sé!

Alex rompe a reír detrás de mí y la sensación me atraviesa entera porque está riéndose, feliz, y eso sencillamente me gusta más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Voy a darte una última oportunidad —pronuncia—. ¿Cómo soy?

Yo lo pienso y claramente lo pienso fatal.

—¡Viejo! —chillo.

Alex no lo duda y me lanza al agua. Vuelo por el aire un segundo antes de caer y que el Mediterráneo me envuelva entera.

Salgo a la superficie tosiendo y riéndome.

—Eres un desalmado —me quejo.

—Tú has empezado.

—¡Mentira! —miento.

Alex avanza hacia mí. Yo debería salir huyendo, lo sé, pero no lo hago. Él enarca una ceja.

—Llevas toda la mañana buscándome —remarca la evidencia.

Ya está un poco más cerca.

—Eso no es verdad —replico alzando la barbilla.

—Claro que lo es.

Estoy a punto de responder cuando una ola pequeña me desequilibra, solo un poco, pero Alex ya me está agarrando por la cintura, automáticamente, como si para él fuera como respirar.

El estómago se me llena de mariposas. Sus manos se quedan sobre mi piel, grandes, firmes, seguras. Yo le acaricio el estómago con la punta de los dedos, suave, justo por encima de la línea del bañador. De pronto ninguno de los dos está riéndose tanto como hace un minuto.

El agua nos balancea despacio.

El resto del mundo se esfuma.

Estamos cerca.

—¿Contenta? —pregunta y su voz suena más roca.

Yo asiento sin poder apartar mis ojos de los suyos.

—Sí.

Su mirada baja a mis labios.

—Bien.

Ninguno dice nada más, solo dejamos que el agua nos meza mientras él me estrecha un poco más cerca, mientras nos morimos

de ganas por besarnos.

—Eden.

—¿Qué? —murmuro completamente perdida en él.

Despacio, una sonrisa aparece en su boca. La engreída, la que está llena de seguridad, la divertida. Mi sonrisa preferida.

—No —reacciono echándome a reír porque sé lo que está a punto de hacer, pero no escapo a tiempo.

Alex vuelve a cogerme, aprovechando que es más grande que yo, a levantarme y a lanzarme al agua.

Lo último que oigo es su risa.

***

Comemos en la playa y, a media tarde, Mellow desaparece en el puerto y vuelve con unas cosas extraordinariamente deliciosas llamadas *graffa* y más granizado de limón. Mellow es la mejor.

—¿Qué hacemos? —pregunta esta desde su tumbona.

Tomo una bocanada de aire, con los ojos cerrados detrás de mis gafas, disfrutando del sol.

—No lo sé. ¿Vivir aquí para siempre?

—Moción aprobada —sentencia Val.

—¿Americanos?

Todos abrimos los ojos y nos giramos hacia la voz y, en cuanto lo veo, lo reconozco. Francesco.

70

Eden

—Pensé que no habías sobrevivido a Amalfi —dice con una sonrisa que, de una manera u otra, todos le devolvemos... Todos, menos Alex. Interesante.

—Algunos, por poco —comenta Ted.

Francesco frunce el ceño.

—¿Qué te ha pasado?

—Las escaleras italianas... —deja en el aire.

—Son complicadas —acaba la frase Francesco.

Y a Ted se le ilumina la mirada con una sonrisa ante el hecho de que alguien esté entendiendo su drama.

—¿Y qué tal? ¿Cómo lo estáis pasando? —pregunta el recién llegado. Se supone que está hablando con todos, pero solo me mira a mí, así que me incorporo hasta quedar sentada en la tumbona y contesto.

Alex tiene la mirada al frente, pero sé que ha sido plenamente consciente del movimiento.

—Genial. Este lugar es maravilloso.

—¿Ya has visto el puerto?

Asiento con una sonrisa.

—Alquilamos un barco.

—Yo lo alquilé —levanta la mano orgulloso Ted.

—Yo lo alquilé —sentencia Alex y objetivamente no hay nada malo en su voz. No ha sido desagradable, ni siquiera ha hablado especialmente alto, pero ha sido diferente.

Muy diferente, calmadamente diferente, y todos lo hemos notado.

Giro la cabeza hacia él y lo miro. Él me devuelve la mirada, pero esas Ray-Ban, que le quedan de escándalo y que normalmente adoro me impiden leer en sus ojos.

Frunzo el ceño. Está celoso. Una sonrisa de lo más tonta amenaza con colarse en mis labios, pero la retengo a tiempo. ¿En serio cree que otro tío puede atraerme lo más mínimo?

La parte sensata de mí ya está preparando mentalmente una estrategia para que ni siquiera se preocupe —sentarme en su hamaca, pedirle que vayamos al agua—, pero, cuando estoy a punto de ejecutar el plan, me doy cuenta de que puedo hacer algo más interesante: devolvérsela.

Llevo enamorada de Alexander Vandervilt desde que tengo diez años, eso son muchas Lindsey, así que ¿por qué no hacerle probar un poquito de su propia medicina?

Esa decisión la ha tomado la otra parte de mi cerebro. La que no es sensata para nada, la misma que decidió enamorarse de Dean mientras veía *Off Campus* (temporalmente, claro, Garrett es el dueño de mi vida sentimental televisiva).

—Fue increíble —le digo a Francesco girándome hacia él.

El italiano se lo toma como una invitación y se sienta en mi tumbona, manteniendo las distancias.

Alex aprieta la mandíbula y todo su cuerpo se tensa. Lo sé. Pero finge que no le importa, ni siquiera nos mira directamente.

—Este lugar es el paraíso —comenta Francesco.

Asiento.

—Tiene que ser increíble vivir aquí.

—Iba a decir que al final te acostumbras, pero es mentira.

Mi gesto se ensancha.

—A ti debe de pasarte lo mismo con Nueva York.

—¿Has estado alguna vez?

—Una, y estoy deseando volver.

Seguimos charlando. Él me habla sobre cuánto lo impresionó el Empire State, la estatua de la Libertad, Times Square, que le encantaría ir allí alguna vez en Fin de Año. Yo sigo hablando de Amalfi, de la comida italiana, de que acabamos de probar las *graffa* y que todo lo que lleva limón aquí está espectacular.

Pero mi plan no está saliendo como esperaba. Alex no está haciendo nada. No soy estúpida, sé que está malhumorado, mucho, y que probablemente quiere enterrar vivo a Francesco en un lugar muy profundo y oscuro en algún punto de las montañas que tenemos detrás, pero se está conteniendo. ¡No estoy loca! No quiero que cometa un crimen internacional, pero quiero que haga... algo, que pierda un poco el control... Soy consciente de en qué tipo de persona me convierte esto, pero es que, cuando se pone territorial, sonrisa tonta mental, me siento dentro de mi propio libro.

Supongo que, si quiero mi recompensa, tengo que subir un poco la apuesta.

—Hablas muy bien mi idioma —le digo a Francesco.

Él sonríe orgulloso.

—Muchas gracias. ¿A ti no te gustaría aprender a hablar italiano?

—Lo he intentado —le digo rápido, fingiéndome metidísima en la conversación—, pero se me da fatal. Ni siquiera podría pedirme un spritz en ese chiringuito de ahí.

Ted empieza a toser para ocultar una risa porque el muy maldito ha descubierto lo que pretendo. Vale, puede que no esté siendo muy sutil, pero no puedo perder el tiempo.

Francesco mira hacia el *lido*, como los llaman aquí, y de inmediato lleva su vista hacia mí con una sonrisa italiana y perfecta.

—¿Por qué no vienes conmigo? —me propone—. Te enseñaré a hacerlo y, por lo menos, podrás decir que fuiste capaz de conseguir una copa cuando vuelvas a casa.

Me giro suavemente para mirar a Alex por encima de mi hombro. Me doy cuenta de que está apretando con fuerza en un puño la mano que tiene escondida tras la cabeza, pero sigue con la mirada clavada en el mar, sin mirarme. Sigue en silencio.

«Te estás haciendo el duro, ¿eh, Vandervilt? Pues vamos a ver cuánto aguantas.»

—Me encantaría —acepto la proposición de Francesco.

Él me devuelve la sonrisa y se levanta. Yo también me incorporo y echamos a andar hacia el bar.

«No mires atrás —me ordeno—. Soy una *femme fatale*, una mujer alucinante. Soy Gilda, sin guantes largos, porque estamos en verano

y porque siempre me ha dado la sensación de que me hacen los brazos más cortos, pero la idea es la misma. Grrrr.»

Llegamos a la barra. Cruzo los brazos sobre ella y me pongo de puntillas buscando al camarero mientras repaso de memoria lo que están bebiendo Alex y los demás para llevar para todos.

Francesco me acerca un taburete y se lo agradezco. Lógicamente me siento de cara a la barra, lo que implica que quedo de espaldas a las tumbonas. Tendré que confiar en que quien rige el universo se comporte. Siempre me lo he imaginado como una mujer que trabaja, tiene dos niños pequeños y ha de pasarse a comprar cartulinas de colores antes de que le cierre la tienda mientras piensa qué preparar de cena. No hay nada más multitarea que eso.

—¿Qué quieres pedir? —pregunta Francesco mientras esperamos a que el atareado camarero repare en nosotros.

—Tres spritz y dos Peronis.

Él frunce el ceño a punto de echarse a reír.

—Pero, bueno, ¿dónde metes tanto alcohol?

Sonrío de vuelta.

—Es para mí y mis amigos y, bueno —caigo en la cuenta—, pide algo también para ti, yo invito, por ser mi profesor.

Francesco me mantiene la mirada, pero yo la aparto. No quiero que piense que estoy ligando de verdad con él.

—Vale, vale —contesta con una sonrisa—. Por un momento me habías preocupado.

—El spritz y yo nos controlamos mutuamente.

Vuelve a sonreír y le devuelvo el gesto.

Me estoy frustrando. Mucho. Se supone que los acontecimientos no tendrían que estar desarrollándose así. Yo debía intercambiar un par de frases con un chico objetivamente atractivo en bañador y Alex tenía que amenazar con quemar Amalfi y sacarme de la playa cargada al hombro. Todo muy normal. Muy civilizado. Y, en lugar de eso, ¿qué voy a obtener? Alcohol... Podría ser peor, podría estar esperando un café.

—¿Has visto Positano?

Rompo a reír. Tiene mucha gracia que me lo esté preguntando él.

—¿Qué pasa? —plantea divertido.

—Es una larga historia, pero, no, no lo he visto.

—¿Te gustaría?

Llama al camarero, pero él le contesta en italiano, intuyo que está ocupado y que no tenga tanta prisa.

Entrecierro suavemente la mirada sobre él un segundo.

—Francesco, tengo que contarte algo...

Pero entonces no lo veo. Lo noto. Cómo entra en el bar bañado en esa seguridad que sabe a locura, caminando como si el suelo que pisa le perteneciera. Lo siguiente, lo siento. Las palmas de sus manos apoyándose en la barra, flanqueándome.

Antes de volverme, me muerdo el labio inferior conteniendo una sonrisa.

Bienvenido a casa, Kacey Dutton.

Alex se inclina sobre mí. Se asegura de no tocarme, de que sea su presencia, el estar tan lejos para querer más, pero tan cerca como para no poder pensar en otra cosa, me torture.

—¿Te estás divirtiendo?

Giro la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro.

—Muchísimo —respondo sin arrepentirme ni un poquito—. ¿Puedo saber qué te trae por aquí?

—Varias cosas —contesta sin dejar de mirarme y con la misma alevosía se separa un único paso. Yo frunzo el ceño, separo mis brazos de la barra y giro mi cuerpo y el taburete un poco hacia él. Una media sonrisa engreída y llena de seguridad se cuela en sus labios. Como si hubiese reaccionado exactamente como esperaba.

Tía, no se lo pongas tan fácil.

Me giro de inmediato y vuelvo a cruzar los brazos sobre la barra.

Alex no se inmuta y vuelve a acercarse. Por Dios, qué bien huele.

—Lo primero —me susurra al oído. Noto su cálido aliento en la piel bajo mi oreja y los ojos se me cierran solos de puro gusto— es que me tienes muerto de sed, nena.

Me contengo para no volverme, pero de reojo lo veo. Solo necesita mirar al camarero una vez con un «scusa» en los labios que ni siquiera pronuncia alto para que el empleado repare en él y se acerque.

Pide tres spritz y dos Peroni en un perfecto italiano. Después, mira a Francesco y, por Dios, eso es lo mejor, porque no lo hace enfadado, ni de una forma desagradable, lo mira como si no le supusiese una amenaza ¡Es otra vez toda esa seguridad!

—*E quello che vuole lui* —«y lo que quiera él», le dice al camarero, pero lo hace mirando a Francesco—. *Offro io* —«Yo pago».

Lo observo casi embobada, ya casi girada hacia él.

—Lo segundo —añade mirándome de nuevo a mí, ladeando suavemente la cabeza—, si quieres aprender italiano, yo te enseño. Podemos hacerlo muy interesante.

Inclinando su uno ochenta y cinco sobre mí, mirándome a los ojos y haciendo que todo lo demás se evapore.

—Aprendes, recompensa. —Son solo palabras, pero él las pronuncia como si fueran promesas, incendios, sexo—. Fallas —coloca su mano sobre mi muslo y sube, colándose bajo mi vestido—, castigo.

El aire se me escapa y tengo que concentrarme, mucho, muchísimo, para no apretar los muslos.

¡Tía, eres una femme fatale*, reacciona!*

Me obligo a salir de la neblina mental provocada por tener al hombre más guapo que jamás he visto de cerca decir cosas como «recompensa» y «castigo». Santo cielo, me ha puesto hasta diciendo «aprendes»... y «spritz»... ¡Soy complicada!

Alzo la barbilla.

—¿Qué te hace pensar que eres el profesor que busco? —planteo.

Su media sonrisa engreída estira sus labios.

Una insolente aparece en los míos.

—Nada en absoluto —contesta otra vez con toda esa calma, pero yo sé que dentro está escondiendo un huracán y eso es lo más sexy de todo.

Mueve los dedos y me acaricia despacio el muslo, subiendo apenas un centímetro y después otro mientras estamos en el *lido*, mientras el camarero prepara nuestras bebidas a unos pasos, mientras Francesco está literalmente al lado.

Mi respiración se acelera y tengo que hacer auténticos malabarismos para no empezar a jadear.

—Salvo eso —sentencia—. ¿Estamos de acuerdo? —pregunta.

Yo veo sus labios moverse. Sé que ha pronunciado palabras, las he oído, pero mi cerebro no funciona. Solo hay espacio para suspirar.

—Eden —dice mi nombre con una alevosía brutal. Maldito hijo de puta—, ¿estamos de acuerdo?

¡Responde o no te recuperas!

—Sí —contesto.

—Perdona, pero ¿tú quién eres? —interviene Francesco.

—Soy Alexander —responde, pero, como ha hecho antes, aunque la respuesta es para él, me mira a mí—, su novio.

Su mirada tiene una chispa dominante, pero también otra divertida y una más desafiante. Me está retando a que diga que no lo es.

Yo me obligo a dejar de contemplarlo como si estuviera hechizada y mantenerle la mirada como una adulta funcional, a poder ser una que ya ha visto de todo.

—Lo estamos discutiendo —afirmo.

—¿Y puedo saber el qué estamos discutiendo exactamente?

Me encojo de hombros.

—Espero que se cumplan mis expectativas.

—¿Expectativas? —repite la palabra.

—Expectativas —hago lo mismo—. Ya sabes, antes de valorar otras opciones.

Su mano se mueve otra vez sobre mi muslo. Lucho por controlar la bocanada de aire que tomo. Nunca me había parecido tan atractivo, tan salvaje, como en este momento.

Alex asiente muy suavemente un puñado de veces mientras se humedece el labio inferior sin levantar los ojos de mí.

—Lárgate —le ordena a Francesco en cuanto el camarero pone su bebida, no tengo ni idea de lo que es, frente a él.

El *lido*, Italia, parecen congelarse en este segundo. El ambiente cambia de temperatura, pero yo sigo ardiendo mientras, fuera, el aire es glaciar.

Francesco se queda quieto, observándolo. Alex mueve despacio la mirada hacia él y sé perfectamente lo que el italiano ve: la calma que precede a la tormenta y que lo mejor que puede hacer es acatar la orden sin discutir.

Sonríe hasta casi reír y levanta las manos en señal de rendición.

—A ella le gusta cuando te enfadas —dice, y suena como un consejo, justo antes de coger su copa y marcharse.

Alex se gira hacia mí. Su mano sube un poco. Me vuelve un poco más loca y sé que eso es precisamente lo que quiere para hacerme confesar. Yo trato de resistirme muchísimo, pero la fuerza de voluntad me dura exactamente otro centímetro más arriba.

—Quería que reaccionaras —confieso.

—¿Cómo?

—Así.

Alex resopla una sonrisa.

—Me has puesto celoso a propósito.

Niego con la cabeza, rápida.

—Sí —me contradigo. Quiero pensar con coherencia, pero me lo está poniendo muy complicado—. Quería que sufrieras... solo un poquito. Que por una vez fueras tú el que viera cómo alguien liga conmigo.

Al oírme, su expresión cambia. Se llena de ternura, pero también de un poco de arrepentimiento por haberme puesto en esa posición.

—Soy una justiciera romántica. —Resoplo—. No quería llegar hasta aquí, pero en la tumbona no dejabas de contenerte.

—¿Y crees que no me estaba costando? —replica.

—Supongo que sí —lo sé—, pero yo quería ver la explosión.

Alex sonríe, a punto de reír de pura incredulidad.

—Eres un puto peligro —sentencia—. De verdad.

Niego con la cabeza.

—No. Solo quiero verte perder la cabeza por mí —me explico bajito.

Ahora entiendo lo que no entendí antes, que para mí es más que un juego, es borrar una inseguridad, tapar algo que asusta con algo que hace feliz. Nuevamente, ¿es lo más sano? No, pero ¿es lo que necesito ahora? Sí.

—¿Sabes cuándo perdí la cabeza por ti por primera vez? —replica mirándome a los ojos porque quiere que no me quede una sola duda —. Cuando tenías diecisiete años, pensé por primera vez en follarte y tuve que convencerme de que mi imaginación me había jugado una mala pasada.

Una sonrisa aún más tonta que todas las anteriores se cuela en mis labios. El corazón me empieza a latir más fuerte, mejor, y las mariposas cubren todo lo que antes me inquietaba.

—Llevo perdiendo la cabeza por ti toda la maldita vida —sentencia. Una sonrisa se despereza despacio en sus labios, la engreída, la divertida, la mía—. Pero sí lo que necesitas es que te lo demuestre...

Aparta la mano de mi pierna, coge las dos mías con las dos suyas y tira de mí. Menos de un segundo después tengo la espalda contra la columna de madera a un lado de la barra, la zona que no puede verse desde las tumbonas.

—Alex...

Y me besa con fuerza. Los fuegos artificiales explotan, como la calidez, como el calor, como el deseo, como el millón de cosas bonitas que Alexander Vandervilt me hace sentir.

Mi lugar favorito en el mundo.

Mi sitio seguro.

—¿Mejor? —pregunta con la voz trabajosa, separándose apenas unos centímetros.

—Mucho mejor —respondo con una sonrisa—. ¿Y tú?

Alex desliza la mirada sobre mí entre sus brazos y sube hasta mis ojos, deteniéndose un segundo de más en mis labios.

—¿De verdad tienes que preguntármelo?

—Quiero oírtelo decir.

No podemos dejar de sonreír.

—Cada vez que te tengo así, el mundo entero puede irse al infierno, Lockhart.

«Amén a eso, Vandervilt.»

71

Valerie

—Eden ha conseguido convencer a Alex de bajar hasta la orilla después de una negociación absurda de siete minutos —pone el dato sobre la mesa Ted, con su tobillo en alto como si fuera el Luis XVI de la playa mientras los tres los observamos.

—Porque Eden siempre consigue que la siga —replico.

Siempre.

—¿Francesco habrá muerto?

Mellow rompe a reír.

—Lo pregunto por si tengo que ir llamando al capitán para que tenga preparado el *jet* y vosotras correr a por nuestros pasaportes. No quiero ir a la cárcel en Italia. Soy demasiado guapo.

—Creí que eras tú el que quería gritar que eres americano y tienes tus derechos mientras agitas tu pasaporte.

—Sí, pero quiero hacerlo por algo normal, como que aquí no tengan un Costco donde poder comprar un bote gigante de agujeros de rosquillas... Las cosas que nos importan realmente a los estadounidenses —contesta vehemente haciéndonos sonreír a las dos—, no por un crimen internacional.

—No ha muerto —interviene Mellow—. Alex se habrá plantado allí, le habrá metido el miedo en el cuerpo a nuestro amigo Frank y se habrá camelado a Eden.

—Nuestra amiga Eden ya estaba perfectamente camelada. Lo estaba provocando para que saltara.

Se me escapa una sonrisilla. La verdad es que estaba siendo bastante obvio para todos, excepto para Alex.

—El único que no se daba cuenta era Alex.

—No piensa con lucidez cuando se pone en plan territorial —especifico.

—Y ahora está con ella en la orilla, muerto del asco, pero sin volver —sentencia Ted y los tres volvemos a mirarlo.

Alex camina unos pasos por detrás de Eden, con las gafas de sol puestas, las manos en los bolsillos del bañador y esa calma arrogante tan suya mientras ella va descalza por la orilla, inclinándose cada pocos pasos para recoger conchas pequeñas y piedrecitas pulidas por el mar.

Completamente concentrada.

Completamente feliz.

Y Alex no le quita los ojos de encima ni un segundo.

—Estoy fascinado —continúa Ted mientras recoloca el tobillo vendado sobre una toalla doblada. Yo me levanto para ayudarlo.

—¿Por qué? ¿Por el hecho de que lleve siguiéndola veinte minutos como un guardaespaldas millonario?

—No. Por lo tranquilo que parece mientras claramente quiere asesinar a todos los hombres menores de cincuenta años de esta playa.

Rompo a reír. Tiene razón. Cada vez que algún hombre mira demasiado hacia Eden, Alex se tensa apenas. Muy poco. Un detalle mínimo. Una mandíbula apretándose. Los hombros endureciéndose. Nada exagerado, pero suficiente para los que lo conocemos lo suficiente nos demos cuenta.

Lo más divertido es que, con toda probabilidad, no sea consciente de que lleva haciéndolo toda la vida. En Amalfi solo parece más consciente de ello, si es que eso tiene algún sentido.

Eden se acuclilla cerca del agua recogiendo una concha blanca diminuta, el vestido se le sube por los muslos con el movimiento y Alex se queda muy quieto, observándola.

Ted suelta una carcajada.

—¡Miradlo! ¡Acaba de reiniciarse!

Mellow y yo también nos reímos. ¡Es imposible no hacerlo!

—No, no, espera —pide Mellow—. Mi parte favorita es cómo intenta fingir normalidad.

Porque Alex, aparentemente, sigue exactamente igual detrás de las gafas de sol. Seguro. Impecable. Pero por dentro tiene un huracán. Una mezcla imposible entre lo que le provoca ella y lo que le provoca lo que mi hermanita le provoca al mundo.

Un grupo de treintañeros italianos pasa muy cerca de Eden y uno de ellos la recorre de arriba abajo al verla agachada en la orilla.

Error.

Alex empieza a caminar otra vez, directo hacia ella.

—Ahí va —digo con una sonrisita.

—Es literalmente un documental de lobos —añade Ted.

Eden levanta la vista justo cuando Alex llega a su lado y, al verlo, sonríe, pequeño, familiar, completamente ajena al caos que ha desatado.

Le enseña orgullosa la concha que recién ha rescatado.

—Mira qué bonita.

Alex no mira la cocha, la mira a ella, después al italiano que por fin ha dejado de girarse mientras se aleja y vuelve a prestar atención a sus amigos.

Se fija en la concha, medio segundo.

—Humm —contesta.

Eden entrecierra los ojos inmediatamente.

—No estás escuchándome.

—Claro que sí.

—¿Qué he dicho?

Alex le quita la concha de la mano tranquilamente y después, agarrándola de la cintura, en un movimiento que parece sacado de un libro romántico, la acerca apenas a él, solo que a Eden, ese «apenas», acaba de destruirle la estabilidad.

—Que aparentemente has decidido coleccionar conchas y arruinarme las vacaciones.

Ted se deja caer dramáticamente sobre la tumbona.

—Dios mío. Está coladísimo.

Yo vuelvo a abrir el libro intentando concentrarme en lo que tenga que contarme Sally Rooney.

—Siempre lo ha estado —les recuerdo—, pero tardó mucho en darse cuenta.

Mellow contempla cómo Alex vuelve a acariciarle distraídamente la cintura mientras Eden habla sin parar, feliz, enseñándole otra concha.

—Lo mejor es que ella ahora no tiene dudas —sentencia con una sonrisa maliciosa.

Eden sigue caminando por la orilla como si acabara de adoptar oficialmente el papel de coleccionista marina profesional. Tiene las manos llenas de conchas, cristalitos pulidos por el mar y piedras pequeñas que, según ella, tienen «mucha personalidad». Los tres sonreímos cuando la oímos asegurarle a Alex emocionadísima que piensa dibujarlas todas.

Él camina a su lado con una expresión de paciencia resignada, pero una vez más sigue ahí, con ella.

—Alex siempre ha sido así con ella —dice Ted y una sonrisa suave, de las auténticas, no las que pone cuando se comporta como un aristócrata decadente, se cuela en sus labios porque le parece realmente bonito.

Ninguna de las dos le rebate esa afirmación porque es sencillamente la pura verdad. No es nuevo que Alex la coja de la mano, que reorganice planes enteros alrededor de ella o que aparezca de la nada cada vez que un tío se acerca demasiado.

Siempre ha sido así, solo que ahora parece más evidente, más físico, más difícil de esconder.

—Dios, se han liado. —Tengo que contenerme muchísimo para no gritar.

En la orilla, Eden vuelve a acuclillarse emocionada delante de algo medio enterrado en la arena.

—¡Alex! Mira esto —le pide levantándose orgullosa con una piedrecita blanca perfectamente redonda—. Parece una miniluna.

Alex se queda mirándola unos segundos por encima de las gafas de sol.

—¿Tengo que entender que ahora también recoges planetas? —pregunta fingiéndose desdeñoso solo para fastidiarla.

—Es bonita.

—Es una piedra.

—Tu sensibilidad artística es una piedra.

—Pero tiene forma de planeta, ¿o no?

La conversación más absurda jamás ocurrida en una playa italiana, pero ella sonríe, casi ríe, y él le devuelve el gesto satisfecho por su reacción.

—Sí, están liados —sentencia Mellow—. O la persona que te dice eso te anima las frías noches de invierno o no tienes esa conversación.

—Alex la mira como si fuera lo más valioso del mundo y como si, además, quisiera comérsela viva —contribuye Ted.

—Exacto— contesto yo—. Perturbador, pero exacto.

Alex y Eden siguen alejándose con el agua mojándoles los pies.

—¿Creéis que van en serio? —pregunta Mellow.

Yo tuerzo los labios con una leve preocupación trepándome por el estómago.

—Son novios sin saberlo desde que Eden cumplió los dieciocho, así que, sí, van muy en serio, pelirroja.

Niego suavemente con la cabeza.

—Estamos de vacaciones —le recuerdo—. La vida en una villa de Amalfi no es la vida real.

—Porque no me dejáis —protesta indignado Ted.

—Hablo en serio.

Una cosa es estar aquí, con el sol, el Mediterráneo, todos juntos, y otra la vida real. Mellow baja la mirada. Ha pensado lo mismo que yo. Ted nos observa alternativamente a los dos y al final se incorpora hasta tener la espalda recta.

—¿De verdad os preocupa? —replica—. ¿Qué creéis que va a cambiar? Ya viven juntos, ya pasan todo el bendito día juntos, ya se hacen videollamadas cuando están aburridos, se cuidan cuando están enfermos y ahora, además, van a tocarse cuando no lo estén.

—Ted —nos quejamos casi al unísono.

—Superadlo.

Justo en ese momento, Alex se inclina hacia Eden para decirle algo y ella se ríe tan fuerte que casi pierde las conchas.

—Va a salir genial —asegura orgulloso Ted.

Se deja caer de nuevo sobre la tumbona, con los brazos cruzados tras la cabeza.

—¿Y si no? —plantea Mellow preocupada.

Yo también lo estoy.

—Pues mandamos de nuevo a Eden a Chicago y a Alex, esta vez, lo medicamos mejor. No quiero otra pulmonía.

—Eres lo peor —protesto a punto de echarme a reír absolutamente en contra de mi voluntad.

—No, soy un visionario. Esos dos van a estar juntos toda la vida. A Alex le quedan cantidad de horas de sufrimiento recogiendo conchas.

72

Alexander

—Alex, mira este —me llama Eden por enésima vez.

Estamos caminando de vuelta a la villa y, mientras lo hacemos, ella va revisando sus mejores adquisiciones.

Observo el pequeño cristal pulido por el agua que tiene entre los dedos.

Después vuelvo a mirarla a ella. Eden sigue teniendo sal en la piel, el pelo revuelto por el mar y esa sonrisa de felicidad que parece que quiero ver una y otra vez.

—Es literalmente un cristal, nena.

Ella abre mucho los ojos indignadísima y yo siento que he tenido esta conversación muchas veces esta tarde.

—Tiene forma de corazón.

Resoplo una risa bajándome las gafas de sol apenas.

—Claro. Cómo no iba a tenerla.

Le quito el cristal de la mano y me lo guardo directamente en el bolsillo de la camisa antes de seguir caminando. Es la manera más rápida de terminar esta conversación, pero ella sonríe inmediatamente a mi lado.

Y, joder, ahí está otra vez esa sensación rara en el pecho porque me hace mirarme dentro y me doy cuenta de que no lo he hecho por terminar la conversación, ha sido porque quería tener algo de ella, algo que le hiciera ilusión.

Es peligroso, pero no me asusta. Si es con ella, no lo hace. Para nada.

Ted camina apoyado en Mellow como si hubiera vuelto de Vietnam.

—Alex —me llama.

Me giro. Quizá necesita ayuda o está cansado. Caminar por aquí no debe de resultarle fácil.

—¿Qué?

Pero él está sonriendo de oreja a oreja.

—Te he visto —me avisa.

Pongo los ojos en blanco.

—Si te empujo, desde aquí llegas rodando a la playa.

Él asiente condescendiente, como si solo estuviese poniéndome a la defensiva y él hubiese decidido concederme el gusto.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Eden empieza a reírse y yo me paso las manos por el pelo para no subirlo de una carrera al acantilado y tirarlo desde allí.

El resto del camino pasa igual, Eden hablando, yo escuchando, disfrutando de las vistas y tocándola, mucho, cada vez que tengo una oportunidad. Mi mano en su espalda cuando subimos las escaleras de piedra, en la cintura cuando pasa demasiado cerca del borde del camino, el brazo rodeando sus hombros cuando se acurruca contra mi costado.

Su mano tirando de la mía para enseñarme algo que le parece increíble.

Me sale solo y a ella también y ninguno de los dos se esfuerza ya en disimular. No queremos.

***

Cuando llegamos a la villa, el cielo ya está anaranjado sobre Amalfi. Llevo a Ted hasta el sofá y él se deja caer dramáticamente.

—Siempre lo sospeché, pero ahora lo confirmo —dice al aire, como si fuera una actriz francesa de los años treinta en su lecho de muerte dictando sus últimas voluntades a los presentes alrededor de su cama—: Mi vida es mucho más dura en vacaciones. Necesito alcohol, *graffa* y compasión.

—Solo tenemos alcohol —dice Val caminando hacia la cocina.

—Yo sé dónde hay croquetas de patatas —apunta Mellow.

—Me vale —responde Ted resignado.

Mellow se ríe como Eden, aunque ella además está muy concentrada dejando las conchas, como si se tratara de un tesoro arqueológico, en una pecera redonda vacía que encontramos entre la decoración de la casa.

Yo me quedo mirándola, otra vez. Me importa menos que nada. El vestido se le mueve con el viento que entra desde la terraza, aún tiene el pelo húmedo, pero es que todo eso da igual. No va de eso, joder. Ni siquiera de besarla o de tocarla, aunque me muera de ganas, muchas, de hacer las dos cosas. Va de que la quiero cerca, incluso cuando estamos bajo el mismo techo, como ahora, porque eso no me vale, la quiero a mi lado en todos los putos sentidos.

Eden se gira hacia mí con una sonrisa porque estoy seguro de que sentía que la estaba mirando.

—¿Qué?

Ladea la cabeza y con ese simple gesto estoy perdido.

Ni siquiera lo pienso.

Camino hasta quedarme frente a ella. La miro a los ojos. Sonrío.

—Repite conmigo —le digo solo a Eden—. Hoy nos toca ducharnos primero —añado para todos los demás.

Ella me mira embobada un segundo, esa mirada que me hace sentirme como un campeón, con una sonrisa justo después.

—Hoy nos toca ducharnos primero —repite.

—Subimos.

—Subimos.

¿Los demás nos miran? Seguramente. ¿Yo los miro? Ni por asomo. La cojo de la mano y tiro suavemente de ella, caminando un par de pasos por delante, guiándola hasta la planta de arriba, hasta nuestra habitación.

Cierro la puerta, con seguro, conozco a los tres cabrones que he dejado abajo. Al volverme, Eden está acuclillada revolviendo las cosas en su maleta abierta en el suelo.

La observo con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Puedo preguntar qué estás haciendo?

Ella levanta las manos y resopla exasperada.

—No entiendo para qué me molesto en hacer la maleta si después no recuerdo meter nada de lo que necesito.

—Eso es porque necesitabas espacio para las conchas —replico.

Ella intenta mirarme mal, pero acaba sonriendo.

—Son unas piedras geniales.

—No lo duda nadie —contesto.

—Claramente, tú —se queja.

Vuelvo a sonreír.

—¿Qué quieres? —pregunto yendo hasta mi maleta.

—Una camiseta para estar cómoda, enorme, por favor. Mi vestido sigue mojado.

Me agacho, cojo una de mis camisetas y vuelvo a incorporarme. Eden ya está de pie. Se la tiendo, ella la coge pero, cuando tira para quedársela, yo no la suelto.

Eden sonríe, casi ríe, pensando que estoy haciéndola rabiar.

—Alex —protesta.

Pero entonces se da cuenta de cómo la miro y su sonrisa poco a poco va cambiando a curiosidad, a deseo, a que estamos solos, cerca.

Doy un paso más.

Muy cerca.

—¿Y si te dijera que no necesitas una camiseta?

73

Eden

El calor de la playa todavía me late en la piel, el olor a sal, a crema solar, la sensación de las conchas entre mis manos; sin embargo, el aire ahora parece haber cambiado.

Es denso.

Pesado.

Me embebo de él con una sola mirada, cómo el bañador le cae peligrosamente bajo sobre las caderas, cómo solo lleva abrochados un par de botones de la camisa de mangas cortas blanca, cómo tiene el pelo alborotado.

Es mi sueño. Siempre lo ha sido. Y, mal que me pese, mensaje para la Eden del futuro: siempre lo será.

Alex se da cuenta, como cada vez, como siempre, como si pudiese leer en mí tan rematadamente bien que resulta casi ofensivo. ¿Qué me salva de mandarlo al infierno? Que es completamente mutuo.

—¿Por qué no pides lo que quieres, Lockhart? —pregunta con la voz más ronca y esa sonrisa llena de suficiencia que me vuelve loca en el peor sentido y en el mejor.

Déjate llevar. Hasta el final.

—Quiero tu camiseta —pido y consigo que mi voz suene mucho más valiente de cómo me siento realmente—, pero no quiero esta.

El frunce el ceño, un segundo.

—¿Y cuál quieres?

Giro la cabeza hacia la cama, donde la camiseta que llevaba esta mañana antes de que nos marcháramos a la playa está tirada de cualquier forma sobre la fina colcha blanca.

—Quiero la que huele a ti.

La frase me sale bajito, casi un susurro, pero da exactamente igual. Alex traga saliva despacio, masculino, sin levantar su mirada de mí. Sus ojos se oscurecen y el gris acero se convierte en grafito, casi en negro.

Suelta la camiseta limpia, dejándola caer sin importarle absolutamente nada. Da el paso que lo separa de mí con una parsimonia depredadora, acortando la distancia hasta que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo.

Levanta sus manos grandes y cálidas tan lentamente que duele. Cuela sus dedos entre el tirante de mi vestido de verano y mi piel, provocando que un delicioso escalofrío me recorra la columna, los brazos, y se concentre en mi vientre.

Los desliza hacia abajo y el vestido cae con un silbido hasta arremolinarse a mis pies.

Alex me recorre de arriba abajo con la mirada. Pienso que va a tocarme. Ya no soy capaz de respirar con normalidad, pero entonces da un paso atrás. Arrugo la frente completamente descolocada y lo observo caminar hacia la cama, recoger su camiseta usada y volver hacia mí.

El corazón me rebota con fuerza en el centro del pecho.

Mis ojos se clavan en cómo sus nudillos retuercen la tela azul entre sus manos con una mezcla de deseo y contención, de control e instinto.

Se detiene de nuevo frente a mí. Mi respiración se transforma en una suave ristra de jadeos.

—Levanta los brazos —me ordena.

Obedezco, hechizada. Alex desliza la prenda sobre mi cabeza. La sensación es brutal, la suave tela tapa mi cuerpo mientras su olor me envuelve aislándonos un poco más del mundo, haciéndome un poco más adicta a él.

Saco la cabeza y mi mirada busca la suya, que ya me esperaba. Todo es muy íntimo, casi reverencial, porque me está vistiendo cuando sé, por la tensión de su cuerpo, que se muere de ganas de desnudarme.

Nos miramos. Es demasiado complicado de poner en palabras porque en realidad todas sobran; es actuar sin pensar, dejarse llevar, sentir.

Con la mirada fija en su mano, Alex me agarra de la cintura y firme, despacio, me acerca a él. Vuelvo a quedarme sin aliento como cada maldita vez que ha hecho eso. Mis ojos quedan a la altura de la base de su cuello y allí es donde miro mientras mis manos suben por sus brazos hasta casi llegar a sus hombros, mientras mi respiración se acelera más y más.

—Mírame —me ordena.

Obedezco, mi corazón y mi cuerpo han decidido antes que mi mente. Inclino la cabeza hacia atrás y obtengo mi recompensa: sus increíbles ojos, su increíble mirada, él.

Su respiración es pesada y una punzada de placer eléctrico enciende mi vientre.

Nos gira en un solo movimiento y me hace caminar hacia atrás, un paso, dos, con su boca demasiado cerca de la mía, con su mano en mi cadera, con sus dedos apretando mi piel por encima de su camiseta.

La parte de atrás de mis rodillas choca contra el lateral del colchón. Alex respira hondo, forzando a su autocontrol a seguir en la partida. Mi cuerpo protesta, mi corazón también porque lo que quiero es que lo pierda. Lo quería en la playa y lo quiero ahora.

Da un paso atrás.

—Quédate ahí —dice señalando la cama con un golpe de cabeza —. No te muevas.

Camina hacia la esquina de la habitación, agarra el sillón bajo oscuro por el respaldo y lo arrastra por el suelo hasta colocarlo a un par de metros de mí.

Me deslizo hacia atrás por el colchón sin poder apartar la vista de él hasta que mi espalda choca con el cabecero. Mis dedos retuercen la tela de su camiseta como si fuera mi ancla.

Alex se deshace de su camisa y se deja caer en el sillón. Estira sus piernas largas, abriéndolas en una postura que derrocha una masculinidad apabullante, perezosa y peligrosa a la vez. Apoya la nuca en el respaldo de piel, pero sus ojos no se desvían de los míos

ni un milímetro. Siento que estoy a punto de arder, aunque no comprenda cómo ni por qué.

Despacio, disfrutando de todo lo que me hace sentir solo con estar, de cómo su cuerpo esculpido a base de horas de gimnasio, una genética envidiable y el estrés del trabajo me llama; se lleva la mano al estómago y empieza a bajar agónicamente lento hasta encontrar la cintura de su bañador.

Dejo escapar un jadeo rápido. El sonido resulta ensordecedor en el silencio de la habitación. Sus abdominales se contraen y se tensan al recostarse un poco más, dibujando esas líneas perfectas en sus caderas que bajan hasta esconderse bajo la tela.

Se desata el cordón, la cintura del bañador se abre suavemente y él se lo baja lo suficiente para liberar su erección, grande y dura, que se tensa contra su abdomen.

Se rodea con la mano y el contraste de su piel bronceada por el sol contra sí mismo me marea. El placer se vuelve líquido dentro de mí.

Marca el primer movimiento, lento, firme.

Es alucinante.

—Mírame —me ordena como ha hecho antes. Su voz se vuelve más áspera; su respiración, trabajosa, densa por una necesidad que me hace temblar.

Yo no aparto la mirada, no podría hacerlo aunque mi vida dependiera de ello porque nunca había estado delante de un espectáculo mejor. Sus bíceps se marcan con el propio movimiento, con el esfuerzo de contenerse mientras veo sus hombros dibujar el ritmo de su mano.

Pero lo mejor es cómo él me mira a mí. Me siento una diosa. Poderosa. Me siento como si fuera lo único que él quiere mirar el resto de su vida.

—No tienes idea de cuántas veces he imaginado esto —susurra, acelerando el ritmo de su mano. Su respiración errática es la cosa más sexy que he oído jamás—. Mirándote a ti. Solo a ti. Con mi ropa puesta.

Mis ojos bajan hacia su mano y la excitación se multiplica por mil. Está expuesto, atractivo, demostrándome lo que le hago sentir.

Eligiéndome.

Me muerdo el labio inferior, tirando del cuello de su camiseta para respirar su olor, demasiado excitada, con unas ganas demasiado grandes consumiéndome poco a poco. Hace demasiado calor.

La tensión en sus brazos aumenta. Sus movimientos se vuelven más rápidos, más urgentes. Alex echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea tensa de su cuello mientras su respiración se convierte en un abismo de jadeos rotos.

Está llegando al límite y yo sigo hipnotizada, disfrutándolo, sintiendo una punzada tras otra entre mis muslos, deseándolo todavía más.

Pero se para. Respira. Salvaje. Sus bíceps tiemblan visiblemente por el esfuerzo titánico que le exige esta muestra de autocontrol. Abre los ojos, me busca, durante dos segundos enteros solo hace eso, mirarme mientras su mano se aleja de su erección; mientras apoya cada una de sus palmas en los brazos del sillón y se levanta como un rey haciéndolo de su trono.

—Quiero correrme después de haber estado dentro de ti —gruñe —, después de haberte follado hasta que tú te hayas corrido conmigo dentro.

Camina los dos metros que nos separan lleno de esa seguridad que siempre lo envuelve, determinado. Hinca una rodilla en el colchón, se inclina sobre mí y, antes de que pueda procesarlo, me agarra con firmeza por la parte posterior de las piernas. Tira de mi cuerpo hacia él con una facilidad pasmosa, hasta tumbarme por completo en el centro de la cama.

Ya no hay distancia. Ya no hay sillón.

Alex se cierne sobre mí, atrapándome bajo el calor de su cuerpo de infarto. Sus manos van directas a mis caderas, sujetándome con una necesidad que me hace cerrar los ojos, disfrutarlo y gemir.

Me besa. Por fin. Mi recompensa. La que llevo deseando... En realidad da igual porque incluso cuando me está besando quiero que siga haciéndolo, que me jure que nunca va a parar.

Nuestras bocas se persiguen despacio, con fuerza, intensas. Instinto puro y nada más porque ya nos hemos besado deprisa, ya

lo hemos hecho desesperados y ahora nos estamos devorando, saboreándonos, y, por Dios, no podría haber nada mejor.

Abro suavemente las piernas, le hago espacio y gimo contra su boca cuando lo siento encima de mí. Ya no sé respirar. Mi corazón ya no sabe latir. Ya solo somos esto.

Su mano sube por mi costado, levantando su camiseta a su paso, liberando mi piel, dejándola en contacto con la suya.

—Alex —gimo completamente perdida.

Me acaricia el estómago, su mano grande y caliente bajando por mi piel. Llega a mi bikini. Sus dos manos. Tiran de él. Levanto las caderas para que pueda quitármelo, él sigue el movimiento con las suyas para no tener que separarnos y me mira con una media sonrisa divertida, llena de seguridad, de él.

Se deshace de la parte de abajo de mi bañador, del suyo justo antes de sacar un condón del bolsillo.

—Ted —murmura y esa media sonrisa aparece otra vez.

Me alegra que alguien viniera lo suficientemente prevenido a estas vacaciones.

Vuelve a besarme, baja por mi mandíbula, se hunde en mi cuello. Calienta mi piel, me muerde, la lame con veneración y yo me derrito lentamente y ardo y quiero más y podría morirme ya porque moriría feliz.

Recorre el camino a la inversa. Vuelve a mi boca y se queda cerca, demasiado cerca. Nuestros alientos jadeantes se entremezclan.

Me mira a los ojos.

—Dime que esto es lo que quieres —me pide, arrastrando cada sílaba por el esfuerzo físico de pronunciarlas—. Porque, si no es así, paro ahora mismo.

Mi respiración es un caos, pero aun así una sonrisa completamente admirada, feliz, se cuela en mi boca.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Y qué hacemos si paramos? —lo torturo un poco.

—Te beso hasta que salga el sol si me dejas —responde y veo a su autocontrol trabajando a destajo, pero no hay dudas—. Vuelvo a esa silla si es lo que quieres. O nos duchamos, bajamos y vemos una película. Aquí no hay reglas. Nos elegimos o no vale.

Lo miro a los ojos. Sería imposible desearlo más de lo que lo hago ahora.

—Estoy en el único sitio en el que quiero estar —sentencio y me enamoro un poco de mí por lo segura que me siento, lo libre.

Él sonríe.

—Menos mal, joder —confiesa—. Necesito estar dentro de ti más de lo que necesito respirar.

Su mano baja por mi costado, vuelve a mi estómago. Siento el placer diluirse con la sangre de mis venas.

Desliza sus dedos en mi sexo.

Gimo. Fuerte.

Cuela un dedo en mi interior.

—Estás muy mojada, nena —dice contra mi boca y la manera en la que me habla, la voz ronca, lo que dice, me está volviendo completamente loca—. Te ha gustado que me follase mi mano mientras te miraba. Por eso ya estás lista para mí.

Automáticamente me sonrojo. Automáticamente lo ve.

Aparto la mirada. Alex me besa en la mejilla, tomándose su tiempo, sube hasta mi oído.

—Cada vez que te sonrojas, quiero follarte —susurra—. Así que imagínate lo poco que me estás ayudando ahora mismo.

Sonrío, casi una risa, y despacio vuelvo a subir la cabeza buscando sus ojos grises.

—Eres jodidamente perfecta.

Me besa con fuerza y yo le devuelvo el beso. Rodeo sus caderas con mis piernas. Pierdo mis dedos en su pelo. Esconde sus manos bajo su camiseta. Me acaricia por todos lados. Me hace arquear la espalda contra él. Me hace gemir.

No sé si son minutos, días, porque sabe demasiado bien para que importe.

Rompe el envoltorio del preservativo con los dientes, se lo coloca en cuestión de segundos y pierde la mano entre los dos. La anticipación, la excitación, las ganas pesan demasiado y cierro los ojos para poder controlarlas.

Pero entonces oigo su voz.

—Mírame —otra orden. Otro hechizo—, quiero verte la cara cuando me hunda dentro de ti.

Me cuesta un mundo, pero consigo volver a abrirlos, mantenerlos así mientras el deseo me está reclamando, jugando conmigo, haciéndome arder.

Paseo mis dedos por sus bíceps con mis ojos fijos en el movimiento. Subo mi mirada hasta sus hombros, su mandíbula, sus ojos, y me quedo ahí, para siempre.

Y entonces me embiste y llega hasta el fondo.

—¡Alex!

El placer se convierte en mi única y absoluta realidad.

Alex solo necesita estar dentro de mí para ser incapaz de contenerse. Se vuelve salvaje y el dominio deja de llegar del control para nacer del instinto porque, el control, lo ha perdido ya. Sonrío. Misión cumplida.

Hinca los dedos con fuerza en mis caderas.

Gimo al sentirlo, al imaginar las marcas en mi piel, al morirme de gusto.

Me eleva un poco. Cambia el ángulo. Sale. Entra. De verdad. Embistiéndome con una potencia y una velocidad arrolladoras.

En mitad del ritmo implacable, una de sus manos sube con firmeza hasta la base de mi cuello. Sonrío porque ya me había dado cuenta de cuánto le gusta hacer eso, de cuánto me gusta a mí que lo haga. No aprieta, nunca lo hace. No me asfixia, jamás. Su mano es grande y me envuelve de una manera que me excita. Es posesivo, firme, me expone, pero también me siento jodidamente protegida.

—Dime de quién eres —ordena, con esa voz tosca y áspera que me vibra directamente en el vientre mientras se mueve dentro de mí.

—Tuya —gimo, echando la cabeza hacia atrás contra la presión de su mano, perdiendo el sentido de la realidad mientras la cama tiembla bajo su imparable ritmo—. Soy tuya, Alex.

—Maldita sea, sí que lo eres —sentencia y sus embestidas se vuelven aún más profundas, implacables, mientras se inclina sobre mí, dejando sus labios muy cerca de los míos, casi besándome—. Y

yo soy tuyo, nena —responde con una media sonrisa engreída y la voz jadeante—. Hasta el final.

Su camiseta sobre mi piel se arruga contra mi pecho con cada envite. Verlo encima de mí, con los músculos de los hombros contraídos por el esfuerzo, sentir los de su espalda bajo las yemas de mis dedos, completamente adueñado de mi cuerpo y de mis gemidos, ¡Dios! No quiero nada más. No necesito nada más.

—Por favor, no pares —le suplico como si fuera una oración.

Alex vuelve a sonreír.

—Nunca. Ni aunque el mundo estuviera ardiendo, joder.

Cada embestida es un latigazo de electricidad que me recorre la espina dorsal, rozando ese límite perfecto donde la dominación más pura se encuentra con la adoración.

No hay un solo rincón que no lo reciba como si acabase de volver a casa, que ya lo eche de menos.

—Alex —mi voz se rompe en un lamento agudo, incapaz de articular nada más.

Estrecho mis piernas con más fuerza alrededor de su cintura sin ni siquiera pensar, hace una vida que dejé de hacerlo, buscando más profundidad, más de él.

Él lo nota al instante. Sus ojos destellan con un triunfo primitivo. Sus dedos se hunden con más fuerza en mis caderas, fijándome contra el colchón mientras da tres embestidas brutales, seguidas, que me hacen perder el sentido de la gravedad.

—Quiero ver cómo te corres —gruñe contra mi boca—. No te atrevas a cerrar los ojos.

Amalfi desaparece, el piso de abajo, las vacaciones... Todo se reduce al calor de su piel salada y a la presión insoportable que se expande en mi vientre, que ya no puedo contener, que amenaza con desbordarlo todo.

—¡Alex! —grito.

Un espasmo violento me sacude entera y mi visión se nubla cuando un orgasmo me atraviesa desde los dedos de los pies a la cabeza. Me garro desesperada a su espalda. Gimo su nombre, una y otra vez, sin parar.

Eso es el detonante final para él. Alex hunde la cara en mi cuello y, ahogando un alarido sexy y masculino, da un último empuje ciego, hundiéndose tan adentro que siento que me toca el alma. Su cuerpo entero se tensa, rígido como el acero mientras se corre dentro de mí en pulsaciones largas y calientes.

Nos quedamos suspendidos ahí, el tiempo sigue sin importar. Siento el corazón de Alex desbocado contra el mío mientras los últimos ecos del placer nos devuelven lentamente a la realidad de la habitación.

El silencio regresa roto solo por el sonido de nuestras respiraciones acompasándose, tratando de encontrar calma.

Siento el peso reconfortante de su cuerpo y sonrío. Acabo de encontrar otra de mis sensaciones favoritas.

Pasan apenas un par de minutos cuando se mueve despacio, casi perezoso. Se apoya en sus antebrazos para no aplastarme y me mira desde arriba. Sus ojos ya no están oscuros ni salvajes; han vuelto a su gris habitual, pero ahora brillan con una suavidad tan intensa que me encoge el pecho.

—¿Estás bien, nena? —susurra, apartándome un mechón de pelo de la cara con una delicadeza que contrasta brutalmente con la fuerza de hace unos minutos—. ¿Te he hecho daño?

Sus dedos me acarician el cuello mientras sus ojos lo siguen, asegurándose de que no hay el más mínimo rastro de que lo ha hecho; hace lo mismo con la piel de mis caderas.

—Estoy genial —consigo decir, y mi voz suena glotona, flotando en una nube de endorfinas—. Mejor aún.

Una media sonrisa ilumina su rostro. Besa la punta de mi nariz antes de salir de mí con cuidado y yo suelto un pequeño quejido por la pérdida repentina. Se tumba en el colchón y tira de mi cuerpo obligándome a recostar la espalda contra su pecho.

Me acomodo en el hueco de su hombro de forma instintiva, natural, y nuestras piernas se enredan de la misma manera. Sus brazos largos me rodean por la cintura, atrapándome contra él, y sus manos grandes se asientan sobre mi vientre por encima de la tela arrugada de su camiseta negra.

Me besa la coronilla, aspirando el olor de mi pelo.

—Creo que es el momento justo en el que uno de los dos debería decir «Por fin» —comenta socarrón.

Suelto una risa suave, entrelazando mis dedos con los suyos sobre mi estómago. El contraste de su mano enorme contra la mía me hace sentir completamente protegida.

Ya es de noche y las luces de las calles de la ciudad, de los bares, de los coches y las motos se cuelan por la ventana dejándonos en una agradable penumbra.

El verano sigue ahí fuera, pero a ninguno de los dos nos importa.

Respiro hondo, con los ojos cerrados, relajada, feliz...

Pero...

Algo se cuela de pronto. Un pensamiento. Una sensación. Un recuerdo que odio. Y luego otro. Y el miedo. Y quiero respirar, pero ya no puedo.

Alex lo nota enseguida.

—Nena —me llama.

Pero yo no respondo. No puedo. Quiero dejar de pensar, pero eso tampoco puedo hacerlo.

—Nena —repite y empieza a sonar preocupado.

Intenta girarme con mimo para verme la cara, pero yo me aparto con brusquedad y me pongo en pie.

—No —casi grito.

—Eden, mírame —me pide esforzándose en que su voz suene reconfortante.

No lo miro. No puedo. Y soy consciente de que llevo su camiseta, pero me siento demasiado expuesta, demasiado vulnerable. Estoy demasiado asustada.

—Por favor, nena, mírame —vuelve a pedirme, sonando firme, tranquilo, aunque sé que no se siente así en absoluto. Lo único que quiere es calmarme—. Solo mírame y respira. Soy yo. Estoy aquí.

Pero es que ese es el problema, que es él, que está aquí.

Ese es el puto problema.

74

Eden

Tiro de la sábana antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, me envuelvo con ella y salgo disparada.

—Eden —me llama Alex reaccionando en menos de un segundo y levantándose también, pero yo ni siquiera lo escucho.

Corro hasta las escaleras, bajo. Necesito controlar lo que estoy pensado porque ahora mismo siento como si mi propia mente me estuviese atacando. Más recuerdos. Más ideas con las que no quiero quedarme, pero no se van. No se van.

Tropiezo en el último escalón y corro hasta el salón, pero una vez que estoy allí tampoco sé a dónde ir.

Estoy triste, demasiado.

Nerviosa, demasiado.

Tengo demasiado, miedo.

Duele demasiado.

—Eden —la voz preocupada de Val me hace volver.

Me giro con el corazón latiéndome en la garganta, sintiendo todo lo que siento, pero además enfadada conmigo por haber huido de esa habitación, de Alex.

La veo de pie, a unos pasos de mí, y de pronto recuerdo que estaban aquí y veo a Ted mirándome tan preocupado como mi hermana, a Mellow exactamente igual.

Me quedo quieta. Callada. Ni siquiera sé cómo explicar qué está pasando.

En ese momento se oyen pasos acelerados y Alex aparece corriendo en el salón. No mira a nadie, solo me busca a mí.

—Eden —me llama bajo, preocupado, con la respiración acelerada por la carrera porque solo ha perdido el tiempo justo de ponerse el bañador para salir tras de mí, sin camiseta, descalzo.

Yo me quedo mirándolo en cuanto lo veo, con unas ganas tremendas de romper a llorar. No quiero perderlo. No quiero que piense que ya no quiero estar con él porque, Dios, eso es lo único que quiero, pero... pero...

Él ve que la situación ha empeorado, que estoy un poco más al borde.

—Eden —vuelve a llamarme a la vez que echa a andar decidido hacia mí y, maldita sea, no me he sentido más protegida en toda mi vida.

—Para, Alex —la voz de Ted suena como es tremendamente raro oírla, seria, dura, mientras se planta delante de él.

Alex se detiene por inercia con la mirada demasiado preocupada sobre mí, furioso con él porque no lo deje llegar hasta mí, abrazarme, cuidarme.

—Quítate de en medio.

—No hasta que me expliques qué coño ha pasado para que esté así.

—Apártate. Ya —ruge.

Y Alex no está enfadado como otras veces, es diferente, es más instintivo. No le están tocando la empresa, ni su posición. Le están impidiendo llegar hasta mí cuando sabe que lo necesito más que nada, aunque yo misma haya salido huyendo.

Ted también lo entiende. Aprieta los dientes, maldice por lo bajo y se aparta, confiando en estar haciendo lo correcto.

Alex echa a andar decidido en cuanto tiene la oportunidad, pero a unos pasos de mí la rabia desaparece, la agresividad. Su expresión se suaviza e incluso esboza una tenue sonrisa para, de alguna manera, tratar de transmitírmela a mí.

Se coloca de espaldas al sofá, dándome algo de intimidad con su propio cuerpo. Da un paso más, pero me deja espacio alrededor.

—Nena —pronuncia esa palabra inclinándose para que nuestros ojos estén a la misma altura—, ¿quieres contarme lo que ha pasado? Sea lo que sea, puedes confiar en mí —me asegura—. Y si no

quieres hacerlo, tampoco pasa nada. Es como antes, ¿recuerdas? Nos elegimos o no vale.

Yo niego con la cabeza, rápido.

—No hagas eso, por favor.

Alex frunce el ceño.

—¿El qué?

—No seas tan bueno conmigo —prácticamente lo interrumpo.

—¿Y cómo quieres que sea? —plantea socarrón para intentar llevarme a un terreno donde me sienta cómoda.

—¡No quiero que seas nada! —estallo—. ¿No lo entiendes? Ha sido mejor de lo que había imaginado.

Alex me mantiene la mirada. Se humedece el labio inferior, hay quien diría que tratando de poner en orden esta locura que encima le estoy contando de la peor manera posible, pero él ya lo ha entendido.

Lo fácil sería decir que esto va de Chicago, de Camille, de la estúpida fiesta de compromiso, pero tampoco es verdad. Se trata de mí. De que antes me entregaba con todo, sin guardarme nada, y lo que pasó me hizo resguardarme, no de forma evidente, pero sí dentro de mí. Ahora las cosas han vuelto a cambiar, como un maldito océano destrozando una presa. Y si elijo quererlo, elijo ir con todo, porque con él no sé hacerlo de otra manera y entonces... también lo estoy arriesgando todo, exactamente como aprendí que duele más.

—Estar contigo es un millón de veces mejor de lo que había imaginado y no me refiero solo al sexo, es tenerte cerca, es reírme contigo. Por Dios, me encanta reírme contigo y discutir contigo.

—¿Y qué problema hay? —replica esforzándose en que su voz siga sonando tranquila, convencerme de que podemos tener una oportunidad cuando por dentro está odiando tener que hacerlo, dolido consigo mismo porque fue él quien la jodió—. A mí también me encanta hacer todo eso contigo.

—Alex —lo llamo desesperada. Siento las lágrimas a punto de caer y me alejo un par de pasos porque lo necesito demasiado para tenerlo cerca y que no lo estemos aún más—. Si me destrozas otra vez, no voy a superarlo.

—No va a pasar —responde con una convicción absoluta, negando también con la cabeza.

—No lo sabes.

Estoy siendo injusta, lo sé, me ha demostrado que las cosas ya no son como antes, muchas veces, todos los días, y sé que él también lo sabe y me siento como una persona horrible, ¡pero no puedo dejar de tener miedo!

Sin embargo, Alex no se rinde, no se enfada, sigue mirándome a los ojos.

—No va a pasar —repite sin dudar.

—¿Cómo lo sabes?

Alex da un paso hacia mí a la vez que traga saliva. Veo que está jodido, que le está doliendo, pero su seguridad brilla con fuerza porque está hablando de nosotros.

—Porque para mí tú estás aquí —dice marcando un punto alto con la mano— y lo demás ni siquiera está.

El corazón me late con fuerza. Me muerdo el interior de las mejillas luchando por no llorar.

—Joder, te quiero, Lockhart. Te quiero con todo. Hasta el final.

Usa la misma frase que arriba y parecen situaciones distintas, pero no lo son. Maldita sea, no lo son. Arriba lo hemos dado todo y aquí él ha vuelto a hacerlo. Y tiene razón: o nos elegimos o no vale.

Y él me está eligiendo a mí.

Y yo quiero elegirlo a él. Siempre a él.

Salgo disparada, la sábana cae por el camino, pero ya no me importa. Me lanzo a sus brazos rodeando su cuello con los míos y hundiendo la cabeza en su piel mientras que Alex me agarra sin dudar, rodea mi cintura con sus manos y me estrecha con fuerza.

—Yo llevo queriéndote toda mi vida, Vandervilt —respondo—, y te prometo que voy a seguir haciéndolo.

Asusta, mucho, demasiado. Pero también es llegar a casa. Y voy a confiar en mi hogar.

75

Alexander

No volvemos a salir al salón. Resulta que no lo necesitamos. Tampoco lo hacemos de la cama. Tenerla debajo de mí es una de mis sensaciones favoritas en el mundo y que yo esté encima de ella es de las suyas, así que decidimos no perder el tiempo.

Pero no es solo eso. Con ella nunca es solo eso. Porque nos morimos de risa más veces de las que puedo contar, la hago rabiar otras muchas y hacemos algo que también me encanta: hablar de todo y de nada a la vez.

Nos lo pasamos tan bien que al día siguiente bajamos cuatro horas tarde a la playa.

—Mirad quiénes han decido honrarnos con su presencia —bromea Mellow desde su tumbona y sus enormes gafas de sol a lo Audrey Hepburn.

—Cállate —le digo mientras llevo a Eden de la mano hasta nuestros sitios.

—¿Ya habéis dejado embarazada la villa? —pregunta Ted.

Eden rompe a reír; a mí me cuesta muchísimo no hacerlo, pero aguanto el tipo.

—Cállate —lo amenazo a él también.

—¿Tienes el pelo mojado? —le pregunta extrañada Val a Eden.

Ella sonríe nerviosa, una sonrisa de criminal pillada con las manos en la masa en todo regla.

—Es que nos hemos duchado —responde como si fuera lo más normal.

—¿Antes de venir a la playa? —replica Mellow y los tres ya están riéndose.

—Claro que sí, joder —sentencia Ted justo antes de darle un trago a su Peroni con el pie vendado sobre una toalla.

Yo la miro y una sonrisa va estirándose en mis labios. La de ella ya está allí y hago lo único que quiero, lo que llevo queriendo hacer desde que llegamos a Amalfi, tres meses antes, un año antes. Siendo sinceros, lo que llevo queriendo hacer demasiado tiempo y la beso sin importarme absolutamente nada más.

***

Pasamos el día en la playa y la última noche en la villa todos juntos cenando, primero, y bebiendo después mientras echamos una partida con un Trivial italiano del 92 que encontramos en la casa. Sobra decir que lo convertimos en un caos absoluto, que nos morimos de risa y que incluso en semejantes circunstancias consigo hacer trampas y que Ted sea el único acusado.

Apenas dormimos, pero no desperdiciamos nuestra última noche en nuestra cama de Amalfi. Ninguno de los dos quiere.

***

A las doce y media estamos cruzando la pista del aeropuerto internacional de Capodichino y montándonos de vuelta en el *jet* para regresar a Nueva York.

—Estoy muerto de sueño —se queja Ted— y os recuerdo que sigo herido, tenéis que mimarme muchísimo durante el vuelo.

Mellow, que está acomodándole el cojín bajo el tobillo vendado, se lo arranca de golpe y le da en la cara con él.

—¿Así va bien de compasión o necesitas un poco más? —plantea ella ladeando la cabeza.

Eden, delante de mí, rompe a reír.

—No te entienden, Teddy —le dice a Luis XVI.

—No lo animes —la riñe su hermana divertida.

—No deberíamos volver a irnos de vacaciones juntos —comenta melodramático Ted—, o repetirlo el mes que viene —añade tras un resoplido—. Todavía lo estoy pensado.

—Una elección complicada —sentencio.

Nos preparamos para el despegue. Eden, a mi lado, me quita sitio, comida, se bebé la mitad de mi café y acaba con el lápiz en la mano, apoyada de espaldas contra mi costado, después de haberme levantado el brazo para que le haga sitio. Siempre dibujando.

Yo me pongo a trabajar. En Nueva York todavía es demasiado temprano, pero tengo varios asuntos pendientes y necesito controlarlos.

Todo se sume en un agradable silencio muy pronto. Mellow, leyendo tranquilamente; Val y Ted, dormidos; Eden, metida en su cuaderno, y yo, delante del portátil.

De pronto, Mellow sonríe y baja la revista, sí, la misma que todos en algún momento hemos ojeado durante este viaje, buscándonos con la mirada.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Sabéis que la llave que te compró Eden significa algo más?

Esas palabras, por supuesto, activan toda su curiosidad.

—¿El qué? —pregunta.

—Resulta que simboliza un cambio importante vital, *una svolta* —dice haciendo girar la mano en el aire, marcando el acento italiano de Nueva Jersey, que, obviamente, Ted nos ha pegado a todos—, y lo mejor de todo es que es un símbolo del Imperio romano que sobrevivió en el sur de Italia y significa «la llave de tu propio corazón».

Qué jodidamente apropiado. Sin darme cuenta, bajo la mano y la acaricio en el bolsillo de mis pantalones por encima de la tela.

Eden sonríe encantada.

—Así que ya sabéis —nos informa Mellow levantando de nuevo su revista y volviendo a centrar su mirada en ella—: Nerón ya os había condenado antes siquiera de que lo supierais.

Sonrío. Imposible explicarlo mejor.

***

Las horas avanzan perezosas. Sorprendentemente el avión sigue tranquilo y la luz va cambiando de tonos de dorados mientras avanzamos.

—Ey, Vandervilt —me llama Eden.

Llevo mi mirada hasta ella. Está recostada en su sillón, girada hacia mí, con la mejilla apoyada sobre la suave tela color crema.

La comisura de mis labios se levanta, solo un poco; me giro hacia ella, apoyo el codo contra el respaldo y la mejilla en mi palma. Estamos casi casi frente a frente, casi, casi muy cerca.

—¿Qué pasa, Lockhart?

—Nada —responde haciéndose la inocente, pero conozco demasiado bien esa expresión, es la que siempre me mete en líos. «Alex, solo saldremos un momento», «Solo quiero verlo un poco más de cerca»... y yo acabo hasta la madrugada en un karaoke oyendo cantar a Ted *Bohemian Rhapsody* haciendo todas las voces, o pagando a la fundación de Central Park diez mil dólares para que olviden que intentó «liberar» a un pato—. Solo quería que supieras que eres mi persona favorita.

El corazón me tropieza en el pecho y me humedezco el labio inferior conteniendo una sonrisa; puede que fracase miserablemente.

—¿Sabes que es lo mismo que me dijiste cuando te me declaraste con diez años? Alex —empiezo imitando la voz de una niña pequeña —, eres mi persona favorita y tienes que ser mi novio porque estoy enamorada de ti.

—¿Lo recuerdas? —plantea divertida.

Frunzo el ceño como si fuera obvio.

—Era la primera vez que una Lockhart se le declaraba a un Vandervilt. Seguramente mi padre mandó que lo escribieran con sangre en el libro familiar.

Los dos reímos suavemente.

—Sí —responde Eden alzando la cabeza muy digna— y tú contestaste «Piérdete, mocosa» —añade agravando la voz.

—Qué duro.

—Muchísimo.

Vuelvo a atrapar su mirada. Un segundo después volvemos a sonreír.

Nos recolocamos sin darnos cuenta y de pronto estamos un poco más cerca. Eden juega con los botones de mi camisa, siguiendo con la mirada sus propios dedos.

—Es curioso —caigo en la cuenta—. Nunca volviste a decírmelo.

Se me declaró aquella vez en la pista del instituto, pero nunca más volvió a insistir.

—Porque ya había soltado el mensaje —responde completamente convencida—. Solo tenía que dejar que calara. Era una cuestión de tiempo.

Yo me muevo un poco hacia ella. Ni siquiera sé por qué. Es automático. Natural.

—Un plan cuestionable —comento socarrón inclinándome levemente sobre ella, bajando la voz.

—Dicen que lo bueno se hace esperar —contesta, acomodándose un poco más cerca, levantando la cabeza, dejándome ver esos preciosos ojos castaños.

—Humm —pronuncio justo antes de besarla.

No podría tener más razón.

***

Por la diferencia horaria, cuando aterrizamos en Nueva York ya ha anochecido. Bajamos las escalerillas del avión, algunos visiblemente cansados, otros bostezando directamente.

Los coches nos esperan a unos metros.

—¿Nos vemos mañana para desayunar? —me pregunta Eden plantándose delante de mí.

Acabo de dejarla frente a su edificio y me he bajado con ella para acompañarla hasta la puerta.

Asiento.

—Tortitas del IHOP de la 14 Oeste —propongo y su expresión se ilumina.

—Trato hecho —acepta.

Me inclino sobre ella, cojo su cara entre mis manos y la beso. Eden se estrecha contra mí y ya estoy perdido. Alargo el beso mucho más de lo estrictamente necesario, pero nos importa menos que nada.

—Hasta mañana, Alex —se despide cuando nos separamos.

Le doy un último beso.

—Hasta mañana, nena.

Eden echa a andar hacia la entrada del edificio. Yo la veo alejarse y entonces tengo una especie de revelación, qué coño, es que sé exactamente lo quiero hacer. Doy un paso tras ella, la agarro de la muñeca y la obligo a volver hasta mí girando un par de veces contra mi brazo como si estuviéramos en una clase de bailes de salón.

Ella rompe a reír y yo sé que ya ha merecido la pena.

—¿Qué pasa?

—Donde quieras —prácticamente la interrumpo, soltándola frente a mí.

Eden frunce el ceño.

—Donde quiera, ¿qué?

—Vivir —contesto sin preámbulos.

—En tu apartamento —digo señalando el edificio con la barbilla— o en el mío o por temporadas en uno u otro sitio, como quieras, pero no quiero no estar contigo.

Tan pronto como empiezo a pronunciar las últimas palabras, ella empieza a sonreír. Un gesto dulce, auténtico, feliz.

—¿Y levantarnos juntos? —plantea.

—Todos los días.

—¿Y que haya cosas mías repartidas por tu salón?

—Creo que es un poco tarde para esa pregunta, nena.

Mi salón, mi casa, se convirtió en su territorio básicamente doce horas después de que me mudara.

—¿Y acostarnos juntos? —su tono cambia, lo justo para que sienta ese tirón en cada puto músculo.

—Puedo asegurártelo —sentencio asintiendo suavemente, incluso mi voz se vuelve un poco más ronca.

Su sonrisa se ensancha por mi reacción y da un paso hacia mí.

—Pues creo que elijo —ladea la cabeza pensativa y pierde la vista al frente al tiempo que coloca sus manos en mi pecho, justo antes de devolverme toda su atención— el Village.

Una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Hecho. Me encantan los cuadros torcidos.

—¡No está torci...!

Pero acallo su protesta con un beso. Ella sonríe por la sorpresa, por el gesto, porque somos nosotros, y ahí está, mi recompensa. La levanto del suelo sin dejar de besarla, ella rodea mi cuello con sus brazos.

—Te quiero —me dice.

Yo disfruto de oírselo decir. Mi corazón se hincha contento, satisfecho, orgulloso, feliz.

—Te quiero —respondo.

Y con ella en mis brazos, en mitad de nuestra ciudad, sé que el viaje por fin ha terminado. He llegado a casa.

Y todo comenzó en la parte de atrás de un taxi la noche que encendimos Nueva York.

Epílogo

Alexander

—Llevas inquieto todo el día. ¿Vas a decirme ya qué te pasa? —me pregunta Eden divertida a punto de echarse a reír.

Nos conocemos demasiado bien, así que, sí, se ha dado cuenta de que estoy escondiendo algo. Tendría que haberme inventado alguna excusa para que no nos viéramos hasta la cena, pero, honestamente, ¿quién se la habría creído?

Llevamos cinco meses viviendo juntos y sigue viniendo a mi despacho para que comamos juntos, sigo recogiéndola todos los días y seguimos peleando por qué peli ver: de detectives, profesionales o no, con un cuestionable sentido del humor, o *thrillers* donde siempre hay un hermano gemelo malvado intentando usurpar una vida, o, en su defecto, la hija de una familia adinerada que ansía robarle la vida y el marido a la hija de un jardinero que perdió la memoria y, en realidad, es el heredero perdido de la familia. Lifetime, gracias por esa.

—Y encima ahora estás de mal humor porque hemos tenido que volver a la oficina.

Es verdad. Lo estoy. Porque las cosas no están saliendo para nada como las había planeado.

Voy hasta mi escritorio y rebusco entre los prospectos de inversiones tratando de encontrar el que, aparentemente, alguien del departamento olvidó enviarme por e-mail.

—Ted tiene razón, tengo que replantearme la política de recursos humanos de la empresa y despedirlos a todos, empezando por los de recursos humanos. Son todos unos...

—¡Espera! —me pide Eden frenándome en seco y haciéndome levantar la mirada—. Estoy usando mis poderes —continúa con voz de ultratumba, el índice en la sien y la otra mano estirada hacia delante, diría que como Eleven, pero paso porque se está riendo de mí y voy a decir como el prota de *Jurassic World* controlando dinosaurios—. Voy a adivinar lo que piensas decir: tienes que despedirlos a todos porque son unos... —cierra los ojos apretándolos con fuerza, como si la última palabra del mensaje fuera terriblemente complicada de encontrar. La miro mal, ni se inmuta— incompetentes —suelta al fin fingiendo recuperar el aire.

Yo tuerzo los labios con la mirada sobre ella y Eden sonríe encantada y muy satisfecha con su propia broma.

—Te lo pasas bien a mi costa, ¿verdad?

Se encoje de hombros jodidamente insolente.

—Hago lo que puedo.

Esta mujer va a acabar conmigo.

Gira sobre sus talones y comienza a pasear por mi despacho.

Yo vuelvo con las carpetas. ¿Dónde coño está el maldito prospecto? Resoplo aún más irritado. Tenía un puto plan y me lo han fastidiado.

Levanto la cabeza demasiado molesto para encontrar nada ahora mismo y, simplemente, pasa, la busco por la habitación, como cada vez que entro en una, y la encuentro junto a los ventanales, de espaldas a mí, con la mirada perdida en los edificios que ha dibujado mil veces, estoy seguro de que recordando lo que han significado cada vez, lo que significan para nosotros, y entiendo algo tan simple que casi asusta de lo fácil que es.

—A la mierda —farfullo determinado y echo a andar hacia ella.

Ella se da cuenta de que algo ha cambiado, como si una voz le dijese que debe girarse, y lo hace justo a tiempo de verme detenerme a unos pasos. Ella sonríe y camina hacia mí.

—Te estoy dando tiempo para que se te pase el mal humor, pero te aviso de que no pienso esperar mucho más antes de saltar encima de ti y convencerte de que eres un gruñón que debe tomarse un descanso. Utilizaré cualquier método que se me ocurra —me advierte.

Entrecierro los ojos.

—¿Debería sentirme amenazado?

Ella avanza un poco más.

—Muchísimo —casi susurra, como si de pronto estuviésemos en una peli de espías—. Soy una mujer peligrosa.

Una media sonrisa tira de la comisura de mi boca.

—Ni que lo digas.

Y ya no quiero esperar más, no quiero llegar al restaurante, ni el plan. No lo necesito. Solo la necesito a ella.

Tomo una bocanada de aire y, sin más, clavo una rodilla en el suelo. Al verme, los ojos de Eden se abren más, igual que sus labios. Yo sonrío porque estoy nervioso, acelerado, porque por un momento pienso en bromear y me callo justo a tiempo, porque tengo demasiadas ganas de hacer esto, pero, sobre todo, por esa expresión, por la sonrisa que despacio está apareciéndose en sus labios y que ilumina toda Manhattan antes de que se lleve las palmas a la boca emocionada.

—Alex —susurra.

—Lo había planeado todo —le explico—. Había reservado en tu restaurante favorito, en la mesa que te gusta junto a la ventana y... bueno... más cosas, pero es que me he dado cuenta de que no quiero esperar. No quiero algo perfecto. Quiero algo nuestro.

Y esto lo es y también es íntimo, pequeño y muy grande a la vez. Se parece a lo que somos nosotros, todos los días.

—Te conozco desde siempre, literalmente, y hemos pasado por muchas cosas. Algunas buenas, otras no tanto y las que han sido alucinantes, y yo solo quiero sumar una más.

Me meto la mano en el bolsillo de los pantalones, saco una cajita y la abro. En cuanto lo ve, Eden sabe lo que es y también que no es un anillo cualquiera, tampoco el más caro de la joyería más cara.

—Es el cristal con forma de corazón —murmura asombrada, levantando los ojos de la sortija y llevándolos hasta los míos.

Sonrío. Sabía que se daría cuenta solo con verlo.

Asiento.

—Tenía que hacer algo con él, Ted me vio guárdamelo.

Los dos sonreímos, reímos. La miro. Ha llegado el momento.

—Eden Marie Lockhart, te quiero como un auténtico idiota. ¿Quieres casarte conmigo?

Si me dice que no está lista, la esperaré todo el tiempo que necesite y, si me dice que no quiere cambiar lo que tenemos, me vale también.

Eden no aparta sus preciosos ojos marrones de los míos y camina despacio hasta mí. Tengo que levantar la cabeza, que queda a la altura de su estómago, para seguir mirándola. Hunde las manos en mi pelo y yo inclino la cabeza un poco más hacia atrás, siguiendo su caricia.

Nueva York, al otro lado del ventanal, brilla.

—Sí, acepto —dice con la sonrisa más bonita del mundo en los labios.

Yo también sonrío, me levanto y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, la cojo en brazos; ella reacciona en la misma milésima de segundo, rodea mi cintura con sus piernas, mi cuello con sus brazos. Estamos exactamente donde tenemos que estar.

—La mejor decisión que podías tomar —le digo. Sí, creo que es un gran momento para fastidiarla un poco.

—Qué presuntuoso —replica.

Niego con la cabeza sin dejar de sonreír, seguro, divertido y engreído. Su sonrisa favorita por mucho que lo niegue.

—Es determinación absoluta —sentencio.

—¿De qué?

—De que quiero hacerte feliz el resto de nuestras vidas.

No hay ni una sola duda.

Ella vuelve a sonreír, más pequeño esta vez, pero más nuestro. Me acaricia la nuca, el final de mi pelo.

—¿Ves? —dice con la voz más dulce, insolente. Sexy y adorable. Mi combinación preferida—. La mejor decisión la tomé cuando tenía diez años.

Sonrío. Pienso en lo que contesté entonces. En lo que quiero contestar ahora. Siempre.

—Te quiero, mocosa.

Eden inclina su cabeza sobre la mía.

—Gran respuesta.

Y me besa.

Referencias de las canciones

In Every Lifetime, ℗ 2026 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Two Lips.

Where's My Husband!, ℗ 2025 RAYE bajo licencia exclusiva de Human Re Sources, interpretada por Raye.

One of the Girls, ℗ 2023 The Weeknd XO, Inc., comercializado por Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd, JENNIE y Lily-Rose Depp.

Never Let Me Go, ℗ 2011 Universal Island Records, una división de Universal Music Operations Limited, interpretada por Florence + The Machine.

Waffle House, ℗ 2023 Jonas Brothers Recording, Limited Liability Company, bajo licencia exclusiva de Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Jonas Brothers.

Greek Tragedy, ℗ 2015 Bright Antenna Records bajo licencia exclusiva de 14th Floor Records/Warners Music UK, interpretada por The Wombats.

Can't Hold Us, ℗ 2012 Macklemore, LLC., interpretada por Macklemore & Ryan Lewis, con la colaboración de Ray Dalton.

Overdrive, ℗ 2021 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Conan Gray.

Save You a Seat, ℗ 2024 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Alex Warren.

When the Party's Over, ℗ 2019 Darkroom/Interscope Records, interpretada por Billie Eilish.

Always Remember Us This Way, esta recopilación ℗ 2018 Interscope Records, interpretada por Lady Gaga.

Wings, ℗ 2013 Jasmine Van den Bogaerde bajo licencia exclusiva de Warner Music UK Limited, interpretada por Birdy.

Where's My Love?, ℗ 2016 Syml bajo licencia exclusiva de Nettwerk Music Group Inc., interpretada por SYML.

New Woman, ℗ 2024 RCA Records, bajo licencia exclusiva de Lloud Co., interpretada por LISA con la colaboración de Rosalía.

Ever Since New York, ℗ 2017 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Ocean Eyes, ℗ 2017 Darkroom/Interscope Records, interpretada por Billie Eilish.

The First Time, ℗ A Sony Music Italy / ℗ Un lanzamiento de Sony Music Italy / Arista Records (P) 2025 Sony Music Entertainment Italy SpA., interpretada por Damiano David.

Back to Be Friends, ℗ 2025 SMB Music LLC bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Sombr.

American Girls, ℗ 2026 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Jealous, ℗ 2014 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Nick Jonas.

By My Side, ℗ 2026 Viacom International, Inc. bajo licencia exclusiva de Soundtrack Records Inc d/b/a Lakeshore Records, interpretada por Saint Rene.

Sideways, ℗ 2026 Drop Zed Music, LLC, bajo licencia exclusiva de Mercury Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por ZAYN.

Karma, ℗ 2022 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

The Bitch Is Back, ℗ 1974 This Record Company Ltd., interpretada por Elton John.

Greedy, ℗ 2023 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Tate McRae.

Steal the Show, ℗ 2023 Walt Disney Records/Pixar, interpretada por LAUV.

L'appuntamento, ℗ 2023 Sony Music Entertainment Germany GmbH, interpretada por Ornella Vanoni.

Ti voglio, ℗ 1977 Nar International Srl, interpretada por Ornella Vanoni.

L'italiano, ℗ 1983 Carosello Records, interpretada por Toto Cutugno.

Bella ciao – HUGEL Remix, ℗ 2018 Kontor Records / +Mas Label, interpretada por el Profesor.

Il tempo di morire, ℗ 1970 Sony Music Entertainment Italy S.p.a., interpretada por Lucio Battisti.

Rumore, ℗ 1974 Sony Music Entertainment Italy S.p.A, interpretada por Raffaella Carrà.

Due vite, ℗ An Epic release (P) 2023 Sony Music Entertainment Italy S.p.A., interpretada por Marco Mengoni.

La cosa più bella che ho, ℗ 2017 Universal Music Italia Srl, interpretada por Clementino.

About You, ℗ 2022 Dirty Hit, interpretada por The 1975.

Bohemian Rhapsody, ℗ 2014 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen.

Biografía



Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con tres hijos, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del que devora todas las historias que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura, la música y el cine.

Es autora de más de treinta libros, entre los que destacan las series *Todas las canciones de amor que suenan en la radio*, *Manhattan Love* y *Tú eres mi millón de fuegos artificiales*, y las novelas *Somos invencibles*, *#nosotros #juntos #siempre*, *Forbidden Love*, *End game*, *Manual de tácticas amorosas para grinches y elfos, Bound by love* y *King*. *La noche que encendimos Nueva York* es su novela más reciente.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:
Facebook: @cristinapradaescritora
Tik Tok e Instagram: @cristinaprada_escritora

La noche que encendimos Nueva York
Cristina Prada

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Cristina Prada, 2026

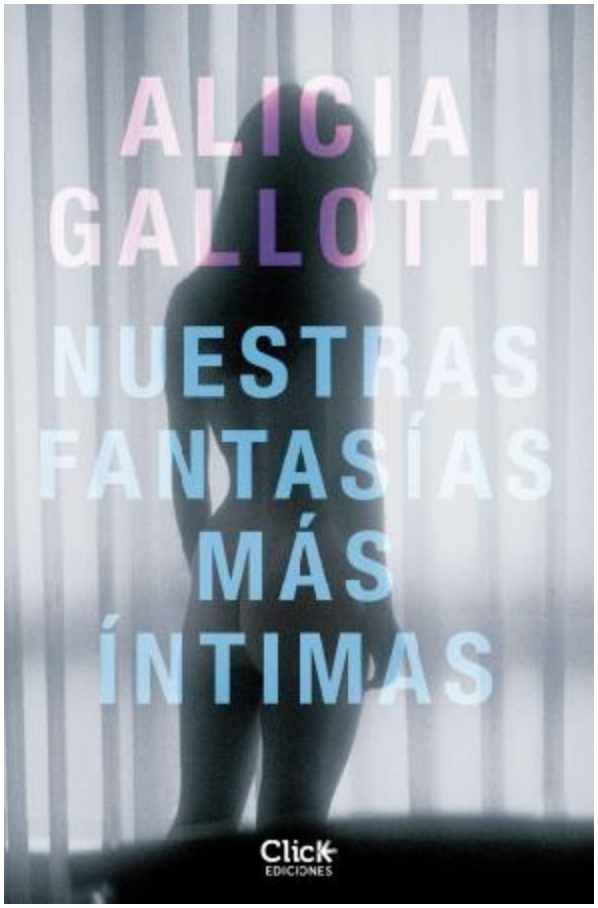
Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta
© Ilustración de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32627-4 (epub)

Composición: Realización Planeta



Nuestras fantasías más íntimas

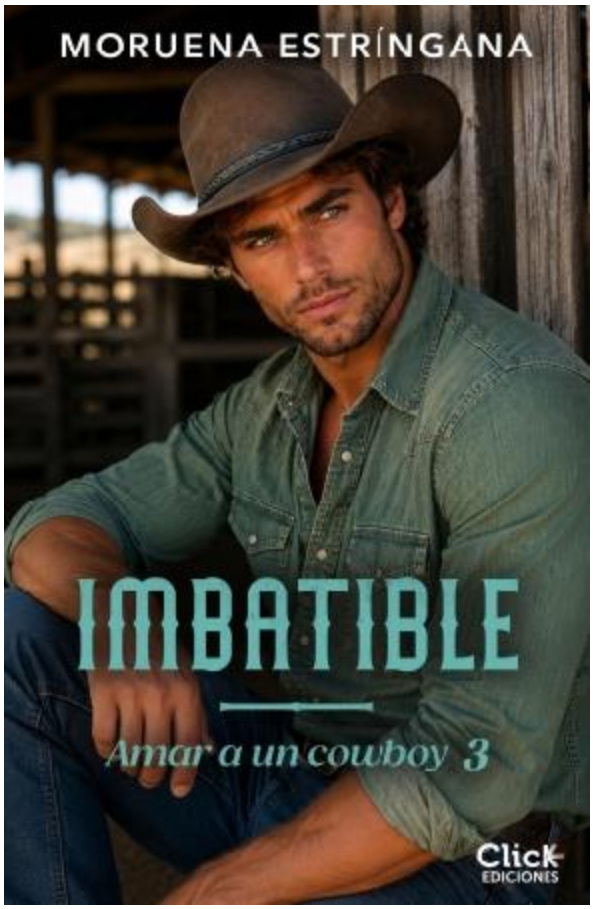
Gallotti, Alicia
9788408145363
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cinco mujeres, cinco relatos, cinco fantasías distintas. ¿Quién no ha soñado con mantener una relación con un extraño a quien no vayamos a ver nunca más? ¿O con aquel compañero de trabajo que nos quita el sueño? ¿Tal vez tu fantasía sea un hombre con bata blanca? ¿O por qué no una mujer? La popular autora Alicia Gallotti

nos ofrece una fiesta para los sentidos donde la mujer y sus fantasías más íntimas son las protagonistas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Imbatible

Estríngana, Moruena
9788408324287
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Diez años después, el único hombre al que nunca olvidó sigue esperándola.

Diez años después de marcharse del rancho Landry con el corazón roto, Dakota regresa convertida en una brillante entrenadora de caballos. Lo que nunca imaginó es que tendría que trabajar codo con codo con Tyre, su mejor amigo de la infancia y el único hombre al que jamás consiguió olvidar.

Tyre tampoco ha logrado dejar atrás el pasado. Aunque ha convertido el viejo rancho familiar en un lugar del que sentirse orgulloso, hay una herida que nunca terminó de cerrar: la forma en que Dakota desapareció de su vida.

Obligados a reencontrarse entre entrenamientos, viejos recuerdos y heridas que siguen abiertas, ambos descubrirán que la atracción entre ellos continúa siendo tan intensa como el primer día. Pero recuperar la confianza será mucho más difícil que volver a enamorarse.

Porque algunos amores nunca desaparecen. Solo esperan el momento adecuado para demostrar que, incluso después del dolor, hay sentimientos capaces de resistir el paso del tiempo.

Una vez más, Moruena Estríngana demuestra su maestría para convertir las segundas oportunidades y los amores imposibles en romances adictivos, emotivos y profundamente humanos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Arriesgado juego de seducción

Lopez, Loles
9788408326694
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un quarterback estrella que lo tiene todo y una mujer que no quiere necesitar a nadie. Entre reglas que no pueden romper, ambos descubrirán que el amor puede ser el riesgo más difícil de asumir.

A veces lo más difícil no es amar, sino mostrarse tal y como uno es.

Duncan Morris, quarterback estrella y reciente ganador de la Super Bowl, atraviesa el peor momento de su carrera. Desmotivado y perdido, busca algo que le ayude a dejar de pensar en sí mismo y volver a disfrutar de lo que más le gusta.

Kim, la coordinadora de redes sociales del equipo, está decidida a triunfar en su trabajo. Inteligente, mordaz y completamente inmune al encanto de los jugadores, no piensa dejarse impresionar por el arrogante quarterback que parece empeñado en sacarla de quicio.

Lo que comienza como una relación llena de choques y pullas se complica cuando descubren que son vecinos. Y aún más cuando el entrenador principal del equipo —que además es el tío de Kim— deja claro que deben mantenerse alejados. Una cláusula contractual que prohíbe las relaciones entre empleados y jugadores convierte su creciente atracción en un riesgo que ninguno debería asumir.

Entre secretos, heridas del pasado, decisiones impulsivas y una química imposible de ignorar, Duncan y Kim tendrán que decidir si están dispuestos a apostar por lo que sienten.

¿Conseguirá Duncan reencontrarse consigo mismo?
¿Logrará Kim proteger su corazón cuando el amor llame a su puerta?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Dulce vendetta

Lopez, Loles
9788408320531
420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un matrimonio forzado. Una guerra entre clanes. Una venganza que acabará convirtiéndose en el amor más feroz.

Claire regresa a Toronto tras aceptar un trato con su padre que cambiará su destino. Prometida con Ruggero Corsini, cree que su sacrificio es la única forma de proteger a su madre. Pero su vida da

un giro inesperado cuando Leone Lombardi, el capo más temido de la mafia ítalo-canadiense, irrumpe para reclamarla como esposa. Leone lleva quince años planeando una vendetta contra los Corsini. Frío, metódico y despiadado, ha convertido la venganza en el único motor de su existencia. Claire es la pieza perfecta para golpear donde más duele.

Obligados a convivir en un matrimonio forzado, el odio y la tensión se transformará en algo difícil de detener.

Casarse no estaba en sus planes. Desear a su esposa, tampoco.

Loles López combina intensidad emocional, tensión erótica y ambientación mafiosa realista para crear historias adictivas como románticas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Quemando el hielo

Estríngana, Moruena
9788408327103
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tuvieron que perderlo todo para encontrarse.

Ella lucha para mantenerse en pie.

Él nació para ganar.

Después de una vida marcada por las pérdidas, el abandono y las segundas oportunidades, solo hay una cosa que a Ellie nunca le ha fallado: el hielo. Allí, entre giros imposibles y saltos que desafían la gravedad, encuentra la libertad que el mundo siempre le ha negado.

Jace Roy es la estrella del patinaje artístico. Talentoso, reservado, irresistible y el rival al que Ellie nunca ha soportado. Todo el mundo cree conocerlo, pero nadie imagina lo que esconde tras su sonrisa perfecta.

Cuando el destino los obliga a compartir pista, descubrirán que las apariencias engañan y que bajo el brillo de las medallas se esconden heridas que ninguno ha logrado sanar.

Entrenar juntos debería acercarlos a la meta más importante de sus vidas, pero cada mirada, cada roce y cada momento compartido los empuja hacia un camino que ninguno había planeado recorrer.

Porque el hielo puede ser frío.

Pero hay fuegos capaces de derretir cualquier muro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada